

# Neovaticano

Una fantasía teológico-arquitectónica



J.A  
Forteza

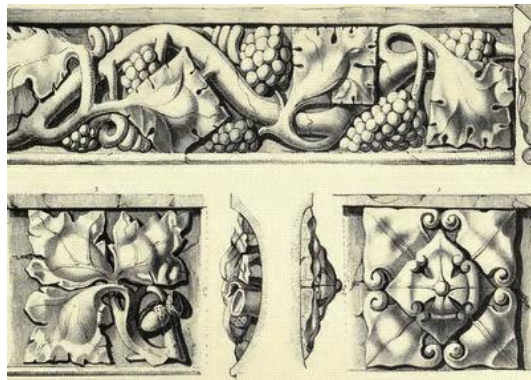


Editorial Dos Latidos  
Zaragoza, España, 2014  
Copyright José Antonio Fortea Cucurull  
Publicación en formato electrónico en septiembre de 2014  
[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)

Versión para tablet

# Neovaticano

Una fantasía teológico-arquitectónica

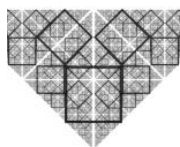


José Antonio  
Forteza



# Neovaticano

Una fantasía teológico-arquitectónica



Han edificado un santuario a tu Nombre, diciendo: Si viene sobre nosotros algún mal, espada vengadora, peste, hambre, **nos presentaremos delante de esta Casa, y delante de ti, porque tu Nombre reside en esta Casa;** clamaremos a ti en nuestra angustia, y Tú escucharás y nos salvarás.

II Cron 20, 9.

La presente obra es un conjunto de apuntes personales, de anotaciones reunidas durante cinco años. Este escrito comenzó como una mera descripción sin muchas pretensiones. Esos apuntes, esas anotaciones, eran acerca de un edificio. Leer este texto supone recorrer la descripción de una construcción que no existe.

El libro dio principio como unas notas rápidamente esbozadas que iban a ser únicamente para mí. Quería recordar todos los detalles de aquel edificio que había imaginado a ratos sueltos durante varios meses. Nació como unos apuntes personales que se quedarían sólo en eso. Quizá unas diez páginas, veinte a lo sumo.

Conforme esas anotaciones se multiplicaron -nunca pensé que eso sucedería-, los apuntes se tornaron en descripción más detallada. Por primera vez, en algún momento que no recuerdo, comencé a pensar en los lectores. Esos apuntes acabaron convirtiéndose no en una mera descripción, sino en una historia: la historia del desarrollo de esta idea, de su construcción y de su

evolución. Con el pasar de más de un año de pacientes adiciones a mi escrito, la historia, en algunos de sus tramos, fue tomando ribetes de verdadero ensayo, un ensayo narrativo. El ensayo, las construcciones teológicas se celaban detrás de la apariencia de la mera descripción.

A lo largo de la creación de este lienzo arquitectónico, llegó un momento en el que me abandoné a la fantasía. Llegó un momento maravilloso en el que el escrito despegó y rompió todas sus amarras.

Los seres humanos podemos tejer tapices con palabras narrando historias o podemos desgranar razones en un ensayo. Este escrito no es ni lo uno ni lo otro. El edificio que describo es posible que nunca exista. Pero, sea lo que sea, en esta obra no me he limitado a levantar edificios con palabras. Sino que he volcado un pensamiento que ha sido mi pasión durante varios años. Un lustro de grandes y pequeñas modificaciones del proyecto original. Cinco años dedicando inconexos ratos libres a reformas y mejoras. Años de ampliaciones, levantando muros y tirándolos. Todo para volcar un pensamiento. Un pensamiento compuesto de muchos pensamientos: este libro.

Un libro que es un edificio. Este libro trata solamente de un edificio, es la descripción de un edificio. La historia de esta obra consiste en recorrer una construcción.

Este edificio ha tenido cinco años de construcción en las llanuras de mi mente. Pero ese periodo de tiempo tuvo varios años más, a ratos sueltos, de protohistoria, de preparación, y es que la arquitectura ha sido una afición predilecta de mi vida. Por eso, en realidad, hay más de cinco años de tiempo repensando ciertos detalles de este libro. Sí, ciertamente, hay mucho trabajo detrás de

estas líneas que ahora se van a desplegar. Me consuelo pensando que no ha sido en vano.

Aunque no se llegara a colocar ni una sola piedra de esos edificios que forman la macroconstrucción descrita, esas edificaciones existirían en estas palabras. Construcciones pensadas y soñadas, tantas veces retocadas, centenares de veces calculadas de nuevo, proporciones corregidas, una vez más. Las máquinas imaginadas han maniobrado con pesadez, pero infatigables, sobre el solar de mi pensamiento. Ahora, tanto tiempo después, no me desmoralizo contemplando paredes de pensamiento, torres de imaginación. Aunque nadie pudiera recorrer esos edificios, aquí habrán existido.

Al principio, estás páginas fueron un mero proyecto arquitectónico. Después, me percaté de que, en el fondo, estaba desarrollando toda una teología acerca de la Curia Romana. No del Primado de Pedro, sino de la Curia Romana, insisto. A causa del edificio (no diré *con la excusa del edificio*) estaba teorizando acerca de en qué podría convertirse esa Curia. Finalmente, la teología entreverada con la construcción se fue convirtiendo en literatura. Para algunos será este escrito el primero y (por fortuna) el último exponente del género de arquitectura literaria. El más claro exponente de cómo un escrito se le puede escapar de las manos al escritor. Pero me gustaría defender a este hijo mío, alegando que en su exceso radica su belleza. La cantidad, en este caso, es lo que otorga el encanto del paseo por este libro.

Por otra parte, para muchos estas páginas poseerán un inestimable valor teológico, porque nos muestran (según esa concepción de algunos) en lo que no debe convertirse la Curia Romana. Para ellos, llevar las cosas al extremo, ofrece una indudable luz acerca de la dirección que no debe emprenderse. El



libro así se convertiría en su propia apología y en la vindicación de la dirección opuesta. La idea de un libro que navega en dos direcciones contrarias... mi creación se alegra con esa elegante esperanza.

Y ahora una cuestión que no resulta baladí, ¿cómo leer esta obra? Muy pocos tendrán arrestos para leer, de principio a fin, un libro como éste. Esa pereza es la postura más sensata. No me gustan los libros gruesos. Todavía no entiendo como este libro me ha enredado tanto a mí, su autor. Pero aunque yo haya caído en las trampas del libro, no puedo condenar a nadie a recorrer un edificio tan extenso.

Por tanto, si uno se interna en esta selva de pináculos, léanse las primeras cincuenta o setenta páginas seguidas. Después, el lector, pasee por la obra, distraídamente. Examine los índices con indolencia, y vaya aquí o allá sin más guía que la curiosidad y el capricho. Eso sí, aconsejo marcar las secciones leídas. Porque la curiosidad es muy caprichosa. Uno comienza asomándose un poco por tal o cual zona de la construcción, y con el pasar de las semanas entra, en los lectores más viciosos, una especie de gula.

Hubiera sido fácil hacer un escrito breve y más creíble, donde se explicara este mismo proyecto arquitectónico, pero limitado a una medida más moderada. De hecho, me hubiera resultado bastante más fácil y hubiera ahorrado mucho tiempo. Aunque leyendo esta obra, algunos lectores puedan llevarse la sensación de que el autor no distingue muy bien entre lo razonable y lo que no es factible, puedo asegurar a mis lectores futuros (y detractores venideros) que conservo todavía claros los límites de la sensatez constructiva.

Qué instante tan interesante para un escritor, cuando este libro hinchó sus velas y partió de los puertos de la cordura, para

internarse en las aguas de lo no posible. Ese día en que me abandoné al viaje. Un viaje, una expedición literaria. Cosa extraña porque un edificio no se mueve. Y el mío, desde luego, no se mueve. Como he dicho antes, llegó un momento maravilloso en el que el escrito despegó y rompió todas sus amarras. Ya no me importaba si el lector me consideraba un loco peligroso al que jamás habría que haber ordenado<sup>1</sup>. Lo que me importaba, lo único, era dejarme llevar del deleite de recorrer, ampliar y contemplar de nuevo este macroedificio. En fin, ahora que vas a comenzar su lectura, recuérdalo, son sólo un conjunto de anotaciones personales. Anotaciones y apuntes acerca de una construcción para muchos no deseable, irrazonable e imposible.

Muchos enemigos de la visión de la Curia Romana que voy a ofrecer, me agradecerán encarecidamente esta obra por haber ofrecido las mejores razones para no comenzar el camino que voy a exponer. Y el mejor argumento, según ellos, será ver adonde lleva ese camino si lo seguimos hasta el final. Otros lectores, por el contrario, me agradecerán la obra diciéndome: No creo en Dios, pero ahora creo en la Iglesia. En cualquier caso, el que recorra toda esta construcción formada por muchos edificios, reconocerá que detrás de estos planos hay toda una teología. Los planos de este edificio son expresión de una eclesiología, de toda una forma de ver a Dios.

Quizá éste sea uno de esos pocos libros que serán leídos con gusto por seguidores radicales de la Teología de la Liberación y por seguidores extremistas del tradicionalismo. Quizá, sin quererlo, he creado un extenso test de Rorschach. Sea lo que fuere, los centenares de páginas de anotaciones ya existen. El edificio no, pero las anotaciones sí. Qué engranajes y mecanismos

---

<sup>1</sup> Hay que tener cuidado con este tipo de locos: hoy les puede dar por construir edificios, mañana les puede dar por matar gente. El que hoy se sienta pacíficamente (falaz apariencia pacífica) delante de la mesa de arquitecto a delinear, otro día puede salir a la calle con un rifle recortado y acabar con medio vecindario.

de causas y efectos pondrán en marcha estos papeles, es algo que desconozco. Pero quizá sean mecanismos benévolos que nos sorprenderán por sus devotas y extrañas rotaciones.



# I Parte

---

Los claustros o el placer de la geometría

## **1.La Curia Romana**

Un proyecto para realizar a muy largo plazo, durante un par de generaciones, podría ser reunir todas las congregaciones, consejos y departamentos de la Santa Sede en un solo gran complejo arquitectónico. Aunque son muchas las ventajas prácticas de tener todas las oficinas agrupadas en un solo lugar, no son consideraciones de carácter pragmático las que deberían motivar el nacimiento de un proyecto así. Sino que más bien esta Gran Curia respondería al deseo subconsciente que sienten los seres humanos de tener ante sí imágenes visuales. Nuestra civilización del siglo XXI necesita de iconos, de imágenes que recuerden la presencia de la Iglesia hoy día en nuestro mundo secularizado. La Curia Romana existe, hoy día, pero nadie es capaz de asociarla a una imagen. Por defecto, se vincula a la cúpula de la Basílica de San Pedro del Vaticano.

Si las congregaciones del Vaticano se reunieran en un solo edificio, este edificio, indudablemente, se convertiría en uno de los grandes iconos de la Iglesia. No sólo de la Curia, sino de la entera Iglesia. Si tal edificio se construye algún día, desde el primer día será entendido como una expresión arquitectónica de nuestra fe y del Pueblo convocado en esa fe.

Si este proyecto se erigiera, desde el principio sería lugar predilecto para todos los medios de comunicación. Dado lo que

ese edificio simboliza, debería levantarse como una construcción donde poder orar, trabajar, pasear e, incluso, morar de forma habitual. El edificio no debería ser una mera aglutinación de oficinas, sino algo que trascendiera completamente su carácter funcional.

La gente suele percibir la Curia como algo misterioso y oscuro. Este proyecto debería hacer de la Curia algo visitable, algo que diese impresión de apertura, de transparencia, de noble sencillez, algo de lo que sentirse orgulloso como católico.

No pocos, al principio, se opondrían enteramente a la misma idea: hemos de evitar toda apariencia de estructura de grandes dimensiones, hay que dar la impresión de que la Curia es lo más pequeña posible. Pero precisamente la idea es la contraria, la de hacer de la Curia algo evangelizador por su misma belleza y grandeza. A los humanos les gustan las cosas grandes.

Un edificio así tendría un mensaje implícito: nosotros somos la Iglesia. La Iglesia con mayúsculas, en un mundo donde pululan pequeñas sectas, pequeñas denominaciones que pretenden ser cada una de ellas la verdadera Iglesia. La grandeza de esa Curia daría una idea de la magnitud de ese Pueblo de Dios. Esa Curia sería una muestra de que la verdadera fe ha permanecido y triunfado, de que el Pueblo de Dios regido por los sucesores de los Apóstoles se ha extendido por los cuatro puntos cardinales de la tierra. El edificio tendría que ser contundente como una proclamación de fe.

Debería construirse a las afueras de Roma para tener mucho espacio alrededor, y así poder crecer. Pienso que un buen emplazamiento estaría a unos veinte kilómetros del Vaticano en la zona de la Via Aurelia. No plantea ningún problema religioso el

que no esté dentro del término municipal de Roma. El mismo Monte Vaticano estaba fuera de la Urbe. Roma, hoy día, *de facto* es el término municipal junto a toda la conurbación que la rodea. El concepto de distancia no es el mismo hoy que en tiempo de San Pedro. El complejo formaría parte de Roma, entendida Roma como una ciudad extensa que ha crecido.

De todas las formas geométricas en que se podría materializar la idea de un macroedificio como éste, una especialmente atractiva es la de un gran claustro. El cuadrado representa estabilidad, perfección. Abierto a todos los visitantes, el claustro indica apertura. Es como si la edificación abrazase, acogiese. La construcción se convierte en marco, no en centro en sí mismo. Y este simbolismo se refuerza si en el centro de este gran claustro se coloca un pequeño templo renacentista de planta octogonal con la Eucaristía sobre su altar central rodeado de una perpetua adoración diurna y nocturna. El templo sería un reproducción exacta del que aparece en *La entrega de las llaves a Pedro* de Perugino.

Las medidas ideales de este claustro podrían ser, por ejemplo, las de la Plaza Mayor de Madrid: 129 metros de largo por 94 metros de ancho. Pero dado que los edificios que enmarcarían este claustro curial tendrían más altura y en el centro estaría ese templo de adoración, el claustro sería mejor que formase en su interior un cuadrado de 160 metros de longitud. El claustro podría ser un edificio cuadrado de 21 metros de altura, es decir, siete plantas de altura. Con estas dimensiones el claustro mostraría unas proporciones humanas. Incrementar los números no aumentaría el encanto del lugar, y sí que causaría una sensación de cansancio al pensar en recorrerlo. Un claustro perfecto debe incitar a pasear por él.

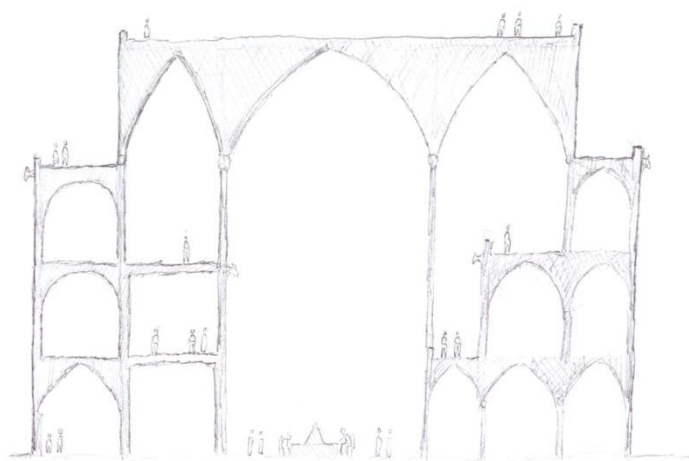
El interior del edificio, en la parte de las oficinas, la Curia podría tener la estética de un gran *scriptorium*. Una sala alargada, que respirase blancura y luz, de techo muy alto, acabado en bóveda de cañón que permitiese una visión más despejada. La bóveda de crucería crea discontinuidad visual. El techo debería ser alto, porque la gran sala tendría un corredor elevado, a siete metros de altura del lugar de trabajo, por donde los turistas podrían pasar y ver abajo como trabaja la Curia, su curia. Lo interesante de este complejo es que estaría diseñado desde el principio para que fuese visitable. Visitable sin que eso interrumpa el trabajo de los curiales. Los grupos discurriendo por una galería a siete metros de altura y tras un cristal, no deberían ser una molestia para los que trabajasen abajo.

De esta manera, la Curia sería una casa abierta, la casa de todos. No sería el lugar oculto de despachos cerrados, sino que visualmente se convertiría en el lugar donde se trabaja para todos los creyentes. Los guías, desde el corredor elevado, podrían explicar los distintos sectores de ese gran *scriptorium*. Sería un recorrido donde las congregaciones, los consejos, serían visualmente identificables. Lo que daría lugar a poder explicar su misión y sentido. La Curia de ser considerada un escándalo, una traición al mensaje de Cristo, pasaría a ser algo amado.

El interior de este gran *scriptorium* debería mostrar unidad de estética. Una estética moderna, minimalista, quizá con detalles gótico-románicos en el interior del edificio, al estilo del Museo de la Arquitectura de París, que me muestra lo que es en arquitectura un excelente matrimonio entre el pasado y el presente.



Más que hacer todo el interior del *scriptorium* en piedra, resulta preferible que los muros, los suelos, las paredes, el techo, todo respire luz y blanca candidez. Y en esos muros se insertarían pilares de piedra, arcos y toda una gran variedad de estatuaria en forma de figuras de bulto redondo, canecillos, e incluso, diseminados, algunos frescos románicos.



Sería un lugar de trabajo, pero un lugar de trabajo que respiraría sacralidad. Los pocos despachos individuales que hubiera en esta Gran Curia, tendrían la pared interior de cristal para ser visibles desde la galería de los turistas. La Gran Curia nada tiene que ocultar.

Y así los turistas podrán ver de lejos a los cardenales en sus despachos, o más allá una reunión de obispos. No pasa nada porque vean cómo trabajan o a quien han recibido y con quien están hablando. Todo debe estar visible. Todo en su interior debe mostrar apertura hacia el visitante que mira y desea saber.

Dado que la Curia sería un edificio visitado día tras día, hora tras hora, los mismos archivos mostrarán un aspecto ordenado y agradable a la vista. Habrá que hacer arte incluso de los archivos. Los cuales no serán salas cerradas por un techo, sino que serán visibles desde los corredores elevados de los visitantes. Los Archivos del Vaticano ya son casi un lugar común en las novelas y en el imaginario popular.

La Gran Curia será el ejemplo de que servimos a Dios a través de la belleza. La contemplación de los curiales realizando su trabajo cotidiano, debe convertirse en un diario espectáculo. El espectáculo del trabajo ordinario, sencillo, realizado en medio de un entorno arquitectónico que muestre que eso no es el obispado de una diócesis cualquiera, sino la Curia de la Iglesia universal. Organizada la Curia de este modo, los fieles tendrán más facilidad para sentirla como algo propio, para entenderla como un servicio necesario. Es curioso como un edificio, un solo edificio, puede convertirse en la mayor ayuda contra los sentimientos antirromanos.

Por el mismo marco arquitectónico, por el modo de vestir los clérigos, por su modo de trabajar tranquilo, paciente y constante, la Curia deberá mostrar el aspecto no de una empresa, sino algo más parecido a un gigantesco monasterio. Estamos hablando de unos dos millares de sacerdotes. Habría que hacer de la visibilidad de esta maquinaria eclesial una obra de arte del siglo XXI; incluso, quizá, su mayor obra de arte. Habría que proyectar a gran escala, a largo plazo. El mundo quizá no comparta nuestra fe, pero no será indiferente a la belleza. El mundo podrá no compartir nuestro credo, pero se sentirá atraído por este edificio y sus miles de oficiales y monseñores como por un imán.

Por supuesto que a los curiales habría que explicarles que trabajar en una congregación romana supondrá, a partir de entonces, estar expuesto a la vista de los turistas que hagan el recorrido por el corredor superior. Dado que los turistas estarán a una razonable distancia, mirarán desde arriba y estarán insonorizados, su presencia no debería suponer una intolerable presión psicológica sobre los que trabajan allí. Más bien, resultará bastante fácil no prestarles atención. Pero desde la creación de este edificio, habrá que explicar a los curiales que trabajar en la Curia supondrá tener

que aceptar esta faceta del trabajo. Si alguien no pudiera trabajar en un entorno así, debería ser reenviado a su diócesis o congregación religiosa.

Como se ha dicho, el edificio por fuera se constituirá como un claustro. El claustro tendrá en su planta baja una parte arcada, por donde podrían pasear no sólo los clérigos, sino también los turistas. Asimismo, todos podrán pasear por la terraza superior que corona todo el edificio. Todo lo que debería ser el techo, será una terraza. Por último, el edificio contará con una terraza intermedia en el cuarto piso de altura. Terraza intermedia entre la arcada inferior y la terraza superior. Estas terrazas serán lugares de paseo abiertos a todos sin ninguna restricción. Diversas escaleras exteriores llevarán al corredor intermedio, y de éste a la terraza. El edificio se constituirá desde el primer momento no como un mero lugar donde “estar”, sino como un lugar que invite a recorrerlo en sus distintos niveles, verdaderas calles por donde discurrirá el incesante trasiego de visitantes.



El claustro tendrá unos 160 metros de largo en sus caras internas, y 190 metros de largo en cada uno de los lados de su perímetro externo. Las dimensiones externas son casi las de El Escorial. La Curia, ocupará íntegramente uno de los cuatro lados del claustro.

Esta generosidad de espacio permitiría que el Claustro no sólo albergue a la Gran Curia (formada por el Scriptorium, los

despachos individuales y los archivos), sino que el edificio podría albergar otros elementos: una biblioteca, un museo, residencias para los que trabajen allí y para los obispos en visita *ad limina*.

En el gran claustro que es el edificio, conviene que se emplace una biblioteca. Popularmente la gente se asocia la idea del cristianismo y de la biblioteca. Y ésa es una feliz asociación. Esta biblioteca no debería ser especialmente extensa y formada no por obras originales, sino por facsímiles. Se intentaría que contuviera los más bellos volúmenes. Porque la biblioteca, tanto en los libros como en su diseño, lo que pretendería es convertirse en una representación del saber.

En esta biblioteca nada debería ser lujoso, pero todo debería ser bello, desde las encuadernaciones hasta los muebles que los contuviesen. Un lugar donde no se primara el número de obras, sino la posibilidad de poder hojear con libertad los beatos medievales con sus iluminaciones, las cartas de los monarcas a los sumos pontífices, o poder sentir en las manos cómo eran los rollos en los que Gregorio Nacianceno escribió sus obras. La biblioteca, de unos doscientos metros de longitud, sería un símbolo en sí misma, aunque nunca nadie leyera un libro en ella. Por otra parte, se crea para que grupos de visitantes puedan acceder a ella y hojear y tocar las reproducciones.

Los Museos Vaticanos están hoy día completamente saturados. Hay tanta gente que resulta difícil transitar por algunas de sus salas. En este edificio, se podría crear un museo que, aunque pequeño, descongestionase algo los corredores vaticanos. Y se podría crear, sobre todo, con el propósito de que las obras expuestas se convirtieran en un recorrido por la fe y la gloria de Dios.

En el edificio también se construiría una zona de residencia para cardenales, obispos y otros clérigos. Concentrar varias residencias eclesiásticas (ahora dispersas por Roma) permitiría compartir muchos servicios y crear otros que sería imposible si están repartidos por toda la ciudad.

El edificio tendría una zona para retiros espirituales. De forma continua e ininterrumpida, millares de personas querrían pasar allí un tiempo de retiro espiritual. Normalmente vendrían en grupos trayendo sus propios predicadores.

Resulta claro que habría que el edificio debería contar con una zona de restaurantes. Esa zona de restaurantes y venta de objetos religiosos ayudaría financieramente a sostener el lugar.

Como resulta lógico este edificio-claustro se iría construyendo por fases. Tomándose el Vaticano el tiempo que hiciera falta para seguir adelante. La ventaja es que la Gran Curia podría comenzar a funcionar, aunque sólo uno de los lados del claustro hubiera sido acabado. Es decir, el Claustro con uno de sus lados terminados ya podría estar en perfecto funcionamiento, sin que existiera urgencia por finalizar los otros tres lados; los cuales se irían acabando sin prisa de acuerdo a los recursos presupuestarios.

Fase tras fase, el Gran Claustro acabaría contando con distintas secciones, las cuales serán visitables desde un corredor que discurrirá por todo el edificio. Las secciones del este claustro serían las siguientes:

- I. **El Archivo Anselmiano:** Los archivos de uso menos frecuente de todas las congregaciones y departamentos estarían reunidos en un solo sector. Sin duda el lugar más conveniente sería un sector anexo al gran *scriptorium*. Esta zona estaría dividida en varias partes, cada una de ellas cerrada con llave. Pues cada congregación tendría su propio archivo separado del resto.

El Archivo Anselmiano tendría muros, pero no techo (como ya se ha explicado), para así poder ver las instalaciones desde el corredor elevado.

- II. **La Biblioteca Calixtina:** No sería especialmente extensa. Lo que pretendería es convertirse en una representación del saber. La biblioteca mostraría en su organización una disposición escalonada concéntrica.
- III. **El Museo Urbaniano:** Creado con una pequeña parte de los fondos de los museos vaticanos, estas obras podrían quedar expuestas con la amplitud que merecen.
- IV. **El Cuartel de la Guardia Romana:** En este sector estarían las dependencias de los servicios de seguridad del Neovaticano. Este cuerpo estaría formado por voluntarios de todo el mundo, venidos para prestar este servicio durante un año o más si lo desean. La idea de este cuerpo de seguridad se desarrolla más adelante en esta obra.
- V. **Zona de residencia de cardenales, obispos y otros clérigos.** El edificio-claustro, además de ofrecer el lugar de trabajo, ofrecería también residencia para todos los que trabajaran allí, así como para los obispos en visita *ad limina*.
- VI. **Zona para retiros espirituales.** De forma continua e ininterrumpida, millares de personas querrían pasar allí un tiempo de retiro espiritual. Normalmente vendrían en grupos trayendo sus propios predicadores.
- VII. **Los gremios de los artesanos.** Se reservará una parte para los talleres y almacenes necesarios para llevar a cabo todas las estatuas, columnas, frisos y otros elementos en piedra que se vayan integrando en el edificio-claustro. La piedra será artificial para abaratar costes. De forma que se usará ampliamente de moldes, repitiendo las más de las veces obras ya existentes.

Como es evidente, el edificio-claustro se iría construyendo paulatinamente en fases muy diferenciadas. Tomándose el tiempo que hiciera falta, entre fase y fase, de acuerdo al presupuesto disponible. La ventaja es que la Gran Curia podría comenzar a funcionar, aunque sólo uno de los lados del claustro hubiera sido acabado. Es decir, el Claustro con uno de sus lados terminados ya podría estar en perfecto funcionamiento, sin que existiera urgencia por finalizar los otros tres lados; los cuales se irían acabando sin prisa de acuerdo a los recursos presupuestarios.

Las siete zonas del claustro serían visitables. Desde la biblioteca hasta los talleres. Pudiendo ver, desde un corredor elevado, unos pocos de los pasillos de las residencias. Los turistas podrían entrar en algunas habitaciones vacías de muestra para ver como son los aposentos de los curiales, dependiendo de que uno sea sacerdote, obispo o cardenal.

## 2. Templum Cuadratum

El edificio-claustro enmarcaría un cuadrado de grandes dimensiones. Lo ideal sería que ese gran cuadrado fuera de césped y árboles. Pero la afluencia de gente será tan masiva que será inadecuado confinar a toda la gente a los márgenes de unos cuantos paseos que llevaran al templo central. Así que el cuadrado central estará cubierto de piedra artificial imitando mosaicos verdes. Desde lo alto de las terrazas ese extenso mosaico dará una cierta impresión de frescura y vegetación.

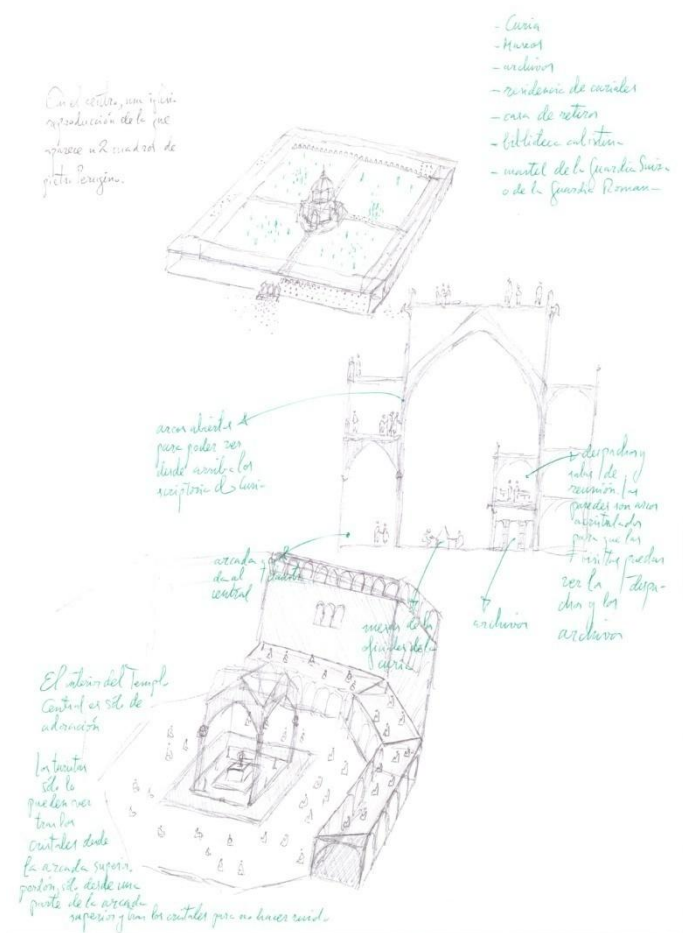
En el centro de ese cuadrado estará situado el Templum Cuadratum. El templo que aparece a los ojos es octogonal, una réplica exacta del templo que aparece en el fresco de Pietro Perugino titulado *La entrega de las llaves a San Pedro*. Las dimensiones serían las que aparecen en el fresco de Perugino.

Bajo el templo octogonal está el templo subterráneo de planta cuadrada que es el doble de grande que el que está en la superficie. Si el templo octogonal fuera más grande, llenaría demasiado el claustro. Las proporciones deben ser las del templo original de Perugino. El cual, recubierto de mármol blanco, se

erige como un montecillo blanco en medio del verdor del pavimento del cuadrado central.

En el centro del Templum Quadratum se levanta un baldaquino como el de San Pablo Extramuros. Sobre el altar, habría adoración perpetua de la Eucaristía colocada en una custodia de la altura de un ser humano. La custodia será todo un exceso de piedras preciosas sobre oro y plata.

Una arcada recorre el perímetro interior del templo. Esa arcada sostiene un primer piso donde también hay adoradores. Con el suelo de este primer piso algo en pendiente, para que todos puedan ver perfectamente el altar desde sus asientos. Ningún turista podrá acceder al interior del templo, el cual no tiene otra función que la de la adoración de la Eucaristía. Los turistas sí que pueden subir hasta un pequeño cubículo aislado por cristales y situado a tres metros por encima de la arcada. Desde ese lugar, situado a diez metros de altura por encima del suelo, no molestan la meditación de los orantes y, sin embargo, pueden verlos desde lo alto.





que enmarca nueve esbeltas columnas dóricas. Allí hay repartidos altares para celebrar misa, así como iconos y reliquias para su veneración. Alrededor de este espacio se despliega una cripta con los sepulcros de los que clérigos que trabajan para el Vaticano.

Como se ve, este Templum Cuadratum cuenta con tres niveles: el superior de la superficie, el nivel subterráneo para la adoración, y el tercero para las misas rodeado por la cripta. Esta iglesia a tres niveles con adoración continua de la Eucaristía está situada en el centro del edificio-claustro para dejar claro con ello, que la razón de toda esa obra es Jesucristo; y que por eso se le sitúa en su centro de todo. La Curia entera, de este modo, se transformará en el marco de la adoración a Dios.

La gente adorará la Eucaristía día y noche. Los adoradores estarán sentados alrededor de ese altar en el más absoluto de los silencios. En ese espacio de adoración, no habrá bancos. Los adoradores estarán sentados en sillas que no formarán hileras. Las cuales sillas se retirarán si quedan vacías. De forma que la iglesia nunca ofrezca una imagen de bancos o asientos vacíos.

A los adoradores se les dará a la entrada una especie de capa blanca que se cierra también por delante. De manera que tanto el suelo, las paredes, como los mismos adoradores darán una impresión de celestial blancura. Los que penetren en ese espacio de adoración deben tener la impresión de que allí hay un pedazo de cielo.

Únicamente el colorido ciborio destacará con el esplendor de todas sus tonalidades marmóreas en medio de ese espacio de pureza. No habrá luz artificial. Sólo luz natural entrando por los ventanales. Por la noche se encenderán cirios y lámparas que ofrecerán la luminosidad necesaria. La única luz artificial será la

que enfoque directamente a la custodia sobre el altar. Será un lugar de adoración y sólo de adoración silenciosa, sin otro oficio religioso.

Junto al altar, a sus pies, habrá un incensario de plata humeante. Un presbítero con capa pluvial, acompañado de varios acólitos, se acercará al altar, echará incienso e incensará la Eucaristía. Hará una brevísima oración latina cantada en tono gregoriano y se marchará.

### **3.El exterior del edificio-claustro**

Ya se ha insistido suficientemente que desde el principio el edificio-claustro será concebido como un espacio arquitectónico que se preste al paseo. Tendrá la azotea carente de obstáculos. Para ello será necesario dedicar partes del piso inferior como planta técnica. De forma que toda la cubierta del edificio-claustro quedará habilitada como un lugar para ser recorrido, con bancos para sentarse e, incluso, alguna que otra zona con mesas donde tomarse un refresco.

El edificio, además de la azotea transitable, dispondría, de otras dos *calles elevadas*, una en la fachada interna y otra en la externa. Estos dos corredores no serán meros lugares de paso, sino verdaderas calles dotadas con su propia entidad. Estas dos calles que circunvalarán el edificio, comunicadas por escaleras exteriores con la azotea superior, así como con la galería porticada al nivel del suelo que da al jardín interior, ofrecerán muchísimo espacio transitable a los turistas. A estas cuatro calles, habría que añadir el corredor que discurre por el interior del edificio. Es difícil idear un edificio que en una misma cantidad de

espacio pueda ofrecer más itinerarios y asumir una cantidad tan grande de turistas.

Las fachadas del edificio tendrán una estética a trozos predominantemente renacentista, y en algunos espacios gótica. Su fachada externa y las caras internas del claustro no serán de una estética uniforme, sino que debería parecer la suma de distintos edificios contiguos que muestren la variedad de la Iglesia. La Historia y el Mundo deberían estar representados en las fachadas de ese claustro. Pero para que no ofrezca la sensación de una mera acumulación sin concordia, el conjunto tendrá un aire general renacentista y gótico.

De las muchas estéticas que se podrían haber elegido para un lugar tan emblemático, y todas ellas adecuadas, ésta renacentista recordaría su ligazón con la Urbe. La estética gótica la liga a la historia de la cristiandad europea. La adición de fragmentos de otras estéticas, se debe a que un macroedificio de cuatro extensas fachadas idénticas resultaría un tanto tedioso. Si se hubiera escogido una fachada como la de El Escorial hubiera estado bien, es digna y correcta. Pero una fachada que sea como una calle romana, resulta más agradable a la vista y más humana.

Para esas fachadas, una estética moderna, más minimalista, hubiera resultado insulsa en un edificio de considerables dimensiones como éste en el que la gente va a querer recorrerlo. Una forma geométrica pura no anima a su recorrido. Sí que la gente se anima si esta fachada está sembrada de ventanas de distintos estilos, variados relieves, diversas columnas y estatuas. Una vez acabado el edificio, será labor de los años siguientes el ir enriqueciendo esas fachadas con elementos artísticos variados, a semejanza de una iglesia de las del centro de Roma a la que se le han ido añadiendo con las generaciones más elementos.

La estatuaria del lugar se incrementará año tras año, dedicando una partida de los presupuestos sólo a este fin. De forma que las distintas terrazas del edificio, conectadas entre sí, acabarán estando ornamentadas en algunos de sus trechos con lápidas conmemorativas, estatuas de grandes clérigos y laicos, largas hileras de gárgolas. En las fachadas del claustro cabrá todo. Lo monstruoso, lo angélico, las representaciones de los profetas, de las virtudes. El edificio-claustro por dentro y por fuera sería semejante a las páginas de un libro que deben ser escritas con piedra y formas.

Al interior del claustro, desde fuera, se penetrará por grandes arcos enmarcados por una estatuaria como la del Arco de Constantino. Cada uno de sus cuatro lados contará con una gran entrada en piedra. La piedra usada para este edificio, no tiene por qué ser natural. Pueden ser versiones artificiales mucho más económicas. Para realizar toda la estatuaria de la que antes se ha hablado, se usará para ello de moldes siempre que se pueda. Moldes que reproduzcan obras originales en piedra artificial será una solución nada costosa.

## **4.Las iglesias angulares**

Con el andar del tiempo, en cada esquina del Claustro Central, en su azotea, se levantarán cuatro iglesias, conocidas como las iglesias angulares. Estas iglesias son iguales entre sí, de cruz griega con una gran bóveda en el centro. Estos cuatro templos son réplicas de la iglesia veneciana de Santa Maria de la Salute.

El edificio del claustro formará una especie de plano en cada esquina para poder alojar estas iglesias. La razón para erigir las

iglesias angulares está en que el Templum Quadratum será claramente insuficiente para asumir a los turistas que deseen rezar allí. Así que sin prisas se irán levantando esas otras cuatro iglesias. Los peregrinos suelen venir acompañados con sacerdotes. De forma que no habrá necesidad de clero adicional para celebrar las misas en los idiomas de todos los que vengan a las iglesias. Misas, rosarios, adoración del Santísimo Sacramento y otros actos litúrgicos y devocionales.

Esas cuatro iglesias se irán embelleciendo año tras año con nuevas adiciones: retablos de mármol, frescos, lámparas de bronce que colgarán del techo iluminando con sus mechas de aceite el lugar. Esas iglesias con el templo central deben en el plazo de veinte años convertirse en lo que otras han tardado siglos. Ofreciendo al que entre una abrumadora sensación de belleza.

En la primera de las iglesias angulares habrá un coro de monjes benedictinos que cantará las horas canónicas en gregoriano. En la segunda, la comunidad será de cistercienses. En la tercera, la comunidad será de dominicos. Y en la cuarta de franciscanos. Se escogerán de entre todas las abadías y conventos del mundo a diez frailes modélicos para dar comienzo a cada una de estas comunidades. Dos de las cuales (benedictinos y cistercienses) estarán encargadas del culto en sus dos iglesias. Las otras dos (dominicos y franciscanos) estarán encargadas del apostolado en sus dos iglesias.

Con el pasar del tiempo, los talleres situados en el Claustro Central serían trasladados a otro claustro. El espacio libre podría dedicarse a establecer una pequeña comunidad de cartujos. Estos diez cartujos estarían situados en el lado del claustro entre la comunidad de los benedictinos y la de los cistercienses. Usando

cada mes una de esas iglesias para sus pocas oraciones comunes. Las diez celdas cartujas estarían situadas a la altura de la azotea, pero sus pequeños huertos estarían resguardados enteramente de la vista de los turistas.

Los turistas verían la parte posterior de las celdas, pero no su interior. Esas casitas recordarían a todos que allí moran diez cartujos. El monasterio cartujo estaría reducido al mínimo indispensable. Sería una comunidad desnuda de todo lo que fuese esencial. Los talleres abandonados, transformados, les ofrecerán un amplio lugar de paseo. Esos antiguos talleres, rehabilitados como jardines interiores, serán usados también por las otras dos comunidades monásticas. Incluso tendrán un pequeño claustro interior.

Estas cinco comunidades serán la corona orante del edificio de la Curia. Es bastante probable que la visibilidad de estas cinco comunidades, haga que tengan abundancia de personas que pidan el ingreso para probar si tienen vocación. Así que parece razonable que crecerán mucho. Ayudado esto por el hecho de que sus integrantes, como se ha dicho, se escogerán como lo mejor que se pueda hallar de cada orden.

Este crecimiento de las cinco comunidades obligará a crear ampliaciones en distintos lugares de los siguientes claustros del complejo. Manteniendo los cinco monasterios primitivos en su original sencillez.

Conforme se vayan construyendo los otros claustros, se irán añadiendo iglesias angulares en sus esquinas. Unas más grandes, otras más pequeñas. Diferentes estilos para las diversas comunidades de jesuitas, salesianos, Comunión y Liberación, Misioneras de la Caridad, Legionarios de Cristo, Opus Dei, o

cualesquiera otras realidades eclesiales que decidieran tener presencia allí. Pronto comprenderán los superiores de esas congregaciones y movimientos que esas iglesias y sus comunidades constituirán un inmejorable escaparate para todos los que pasen por ahí como turistas. Estas comunidades se encargarán de hacer apostolado entre los que pasen por ahí, ofreciendo confesiones, retiros, predicaciones, pequeñas procesiones por los claustros.

## **5.Los nueve claustros**

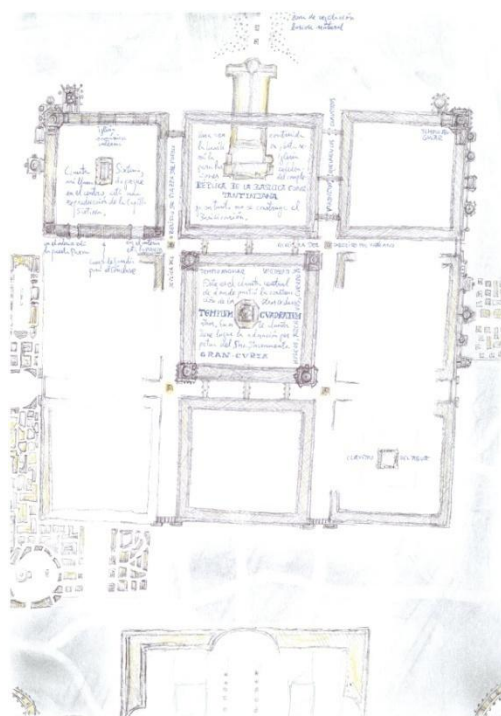
Aunque el edificio-claustro bastaría para albergar los sectores antes citados, es seguro que se quedará pequeño. Cada uno de esos sectores crecerá, y sin duda se producirá la necesidad de ampliaciones. Las ampliaciones se ordenarán siguiendo una cuadrícula. En su etapa final, si se llega a consumir todo el proyecto, el Celio formaría un gran cuadrado, constituido a su vez por nueve claustros cuadrados exactamente igual en sus dimensiones al primero. El primer claustro, situado en el centro, es donde estará situada la Curia.

Los nueve claustros no estarán pegados uno al otro. Sino que dejarán entre ellos una separación de veinte metros. Esas separaciones entre los nueve claustros formarán la red de calles comerciales. El aspecto de estos intersticios entre los nueve claustros será como el de la Via del Corso en Roma, con su misma anchura y aspecto.

La razón de estas calles comerciales radica en que el complejo no puede ofrecer sólo lugares para rezar o dormir. Debe contar con lugares de esparcimiento, de lo contrario resultaría un lugar

excesivamente adusto y poco grato. Los turistas necesitan sentarse a tomar un refresco, comer y, no lo olvidemos, les encanta comprar alguna cosa. El complejo debe contar con estas necesidades humanas. Las calles comerciales son una necesidad. Alguien puede objetar que un lugar como éste no debería tener tiendas. Pero las tiendas estarían todas ellas fuera de los claustros. Lo profano y lo sacro quedaría perfectamente separado, sin mezclas.

Además, la pureza de un lugar dedicado sólo a la oración es imposible, pues un complejo tan vasto necesariamente debe estar provisto, cuando menos, de restaurantes. El sitio, por tanto, no será sólo un lugar de oración. Por el contrario, el complejo estará pensado para ser un lugar de oración, de peregrinación, de turismo, de ocio, un lugar también donde vivir permanentemente para los que trabajen allí, un sitio donde hospedarse si eres un turista o un peregrino. Este complejo será, en cierto modo, un santuario, pero también una pequeña ciudad. Un lugar espiritual, pero también de trabajo, de residencia y de turismo.





## **6. Segundo claustro: la Basílica Constantiniana.**

Como se ha dicho, el segundo edificio-claustro será igual en dimensiones y líneas generales al Claustro Central, como el resto de los claustros. En el interior del segundo claustro se contendría una réplica exacta de la primitiva iglesia de San Pedro del Vaticano, la basílica constantiniana del siglo IV.

El complejo comenzaría con el Templum Cuadratum como primer lugar de culto, dedicado únicamente a la adoración silenciosa de la Eucaristía. Con el tiempo, y sin ninguna prisa, de acuerdo al ritmo que marquen los presupuestos, una a una se irían levantando las cuatro iglesias angulares en las esquinas del Claustro Central, estos templos irían acogiendo el número creciente de visitantes y peregrinos. Más adelante, ¿veinte años después?, ¿treinta?, se erigirá la basílica constantiniana, que será una reconstrucción históricamente fidedigna al templo tal como pudo verse hasta el siglo XV. La Antigua Basílica será el lugar por excelencia de las grandes celebraciones del Celio.

Al principio, esta basílica constantiniana se reduciría a sus elementos de fábrica esenciales. Con los años, se le podrá paulatinamente, pero de un modo constante, ir añadiendo más ornamentación. Hoy día, construir la basílica con pilares de hormigón y los muros con elementos más ligeros y baratos que el ladrillo, no supondrá un gran esfuerzo económico. Después se tendrán decenios para ir enriqueciendo ese espacio con ornatos más costosos: cosmatescos en los suelos, lápidas de mármol con inscripciones, recubrimientos en mármol. Elementos variados, pero siempre fidedignos a lo que debieron ver los ojos de un

visitante de la basílica hasta la época de Julio II. Lo importante es que exista una partida presupuestaria constante para el mejoramiento de esta basílica en sus detalles.

Una partida presupuestaria constante dedicada para el trabajo de enriquecimiento de los claustros, mantendrá los puestos de trabajo del taller de artesanos del Celio durante más de una generación. Entre esos artesanos podrían haber religiosos (pudiendo vivir una comunidad religiosa sólo de eso) y también aprendices, los cuales podrían cobrar menos pero a cambio aprenderían todas las artes que allí se enseñaran. Lo ideal sería que el taller de artesanos fuese integrado por aprendices, religiosos, profesores y otros que simplemente fueran laicos contratados.

El edificio del segundo claustro servirá para dar más cabida a gente que quiera hospedarse, así como para los que quieran hacer retiros espirituales. En la segunda construcción podrán establecerse también conventos y universidades.

Asimismo, este segundo claustro podrá albergar en el edificio todos los negocios que quieran establecerse y que no cupieran en el primer claustro. Por supuesto que estos negocios (farmacias, joyerías, tiendas de moda, etc) tendrán que abrir sus locales siempre hacia las calles comerciales. Aunque el local mismo, en algún caso, ocupe una amplia zona de la planta baja del edificio, o incluso toda una parte del edificio claustral.

Sin duda, será bueno que haya también algún hotel de grandes dimensiones con todos los servicios que esto supone. Ya sólo un gran hotel podría ocupar íntegramente un claustro. Si esto sucediera, el interior del claustro deberá mantener su carácter sacro y abierto a todos los que deseen transitar por él. Se ocupe

para lo que se ocupe cada edificio del complejo, el interior de los claustros debe mantenerse como un lugar de oración.

De todas maneras, la Curia sólo alquilará locales pequeños o entregará concesiones por un número limitado de años, aunque sea por cincuenta o incluso cien años. Pero ninguna persona física o jurídica podrá poseer propiedad sobre ninguna parte de los edificios del Celio.

## **7.Tercer claustro: el Chorus Primus.**

En el centro del tercer claustro se podría situar un gran coro para el rezo de las horas canónicas. En el Celio trabajarán, al final, unos dos mil sacerdotes, convendría que todos rezaran juntos a las 9:00 las laudes, antes de comenzar el trabajo. Y que interrumpieran su trabajo a las 12:00 para rezar sexta.

Rezar en este coro laudes y sexta sería obligatorio para los que trabajen en la Curia. El resto de las horas serían de asistencia voluntaria para los que moren en las viviendas individuales o en las residencias comunitarias de los claustros.

El coro del claustro tendrá el aspecto de un coro catedralicio, de madera, ornamentado, pero mucho más grande: con cinco niveles escalonados y escaños para casi dos mil sacerdotes. Sólo los himnos, las antífonas y los responsorios serán cantados. La salmodia será recitada, para no alargar el rezo.

Antes de comenzar cada hora canónica, a la hora fijada, los clérigos partirían en procesión desde la Gran Curia. La procesión seguirá este orden: cincuenta presbíteros con roquete seguirán a la cruz procesional. Tras ellos, irán el resto de sacerdotes revestidos con sus sotanas o hábitos. Al final de la procesión, concluyéndola ésta, los canónigos revestidos con sus trajes corales. Tras ellos cincuenta sacerdotes revestidos con albas y estolas. Y finalmente los obispos en traje coral, seguidos por doce arzobispos revestidos con mitras y capas pluviales. Finalmente, el cardenal que presida la celebración de esa hora canónica. El cardenal presidirá el rezo revestido con una especie de amplia cogulla roja y un gran galero sobre su cabeza.

Los obispos ocuparán la cabecera del coro. A un lado estarán los presbíteros revestidos con alba y estola, y al otro los canónigos. Abajo, en la parte central del coro, habrá un pequeño altar de piedra con una cruz y seis cirios encendidos. Ese altar será incensado durante el rezo del Benedictus por la mañana, y del Magnificat por la tarde.

El coro estará situado al aire libre. La procesión partirá de la Gran Curia, atravesará el claustro del Templum Quadratum y se dirigirá al claustro del coro. Los días de lluvia, no se llevarán valiosos ornamentos litúrgicos y todos irán cubiertos con amplias capas con capucha. Unas capas ligeras blancas, también con capucha, les protegerán del sol en los meses calurosos. Los elementos meteorológicos, así como la variedad de vestiduras según el tiempo que haga, lejos de ser un problema, debe verse como un factor de variedad. Los curiales más ancianos dispondrán de un lugar alternativo si así lo desean o ya andan con lentitud.

En caso de lluvia, la salmodia se escuchará desde los altavoces y el resto de los presentes sólo la escuchará, sin libros, para que evitar que estos se mojen. La norma será que la celebración de las horas canónicas tendrá lugar en ese coro, con frío, calor, llueva o nieve.

El nombre de esta sillería será Chorus Primus, pues será el primer coro de la Iglesia Católica. Éste será el coro por antonomasia. El coro desde donde se elevará la diaria alabanza de la salmodia a sus horas. Las partes cantadas las cantará un coro gregoriano formado por pocos miembros, verdaderos especialistas en canto.

El horario del Chorus Primus será de una gran sencillez: a las 9 am (laudes), a las 12 pm (sexta), a las 3 pm (oficio de lecturas), a las 6 pm (vísperas) y a las 9 pm (completas).

Se designará, entre los que viven en los claustros, a los cien curiales que, por turno, deberán rezar las tres últimas horas. Situándose estos en los sitios en torno al altar. Frente a este altar habrá bancos donde los turistas y peregrinos podrán sentarse a escuchar el rezo de las horas. Habrá bancos para que se sienten sólo unos cien fieles. La mayoría se quedarán de pie fuera, escucharán un rato y, normalmente, seguirán con sus recorridos.

El desplazamiento al coro y el regreso a la Curia, más el rezo de laudes, precisará en total de unos treinta y cinco minutos. Laudes y la hora sexta supondrán que los curiales tendrán que emplear cada mañana una hora de su tiempo en ese acto. Suponiendo que trabajen por la mañana hasta las dos de la tarde, eso significa que ese rezo curial les llevará una quinta parte de su tiempo. Eso puede parecer que es mucho, pero se soluciona simplemente añadiendo una quinta parte más de personal. Lo que deben entender los clérigos empleados en las congregaciones, es que ese acto de adoración formará parte de su trabajo. No será por tanto una pérdida de trabajo, sino parte de éste. La adoración comunitaria como parte del trabajo de la Curia.

## **8.Las azoteas**

Desde la terraza superior del Claustro del Chorus Primus, no sólo se tendrá una perfecta visión de ese coro, sino que se tendrá un interesante panorama de los nueve claustros. Pues todos los claustros tendrán exactamente la misma altura. Sobre esa altura se elevarán las treinta y seis iglesias angulares.

Los edificios-claustro estarán conectados entre sí por puentes magnificentes. No por estrechos viaductos, sino por puentes como

el de Sant'Angelo de Roma. Cada uno de esos puentes, con sus ángeles flanqueando la vía de paso, estará formado por cuatro arcos que se apoyarán sobre un gran arco que cruzará toda la calle. Estos puentes de conexión darán una pétreo impresión de gran pesadez. Esta impresión estará acentuada por el hecho de que la estructura será un puente-edificio habitado.

Si el interior de los claustros deben estar ajenos a todo lo comercial, las calles comerciales bullirán de vida. En parte porque su diseño ligeramente estrecho favorecerá esa impresión. Mientras que las azoteas deben ser un lugar más relajado, menos movido, donde poderse sentar a tomar una pizza o un refresco. Las calles intermedias (las elevadas a mitad del edificio) tendrán bancos, porque será un lugar más propicio para sentarse en pequeños grupos a descansar, charlar o comerse un bocadillo. Estos lugares de turismo masivo, donde se anda tanto, siempre requieren de lugares propicios donde sentarse a descansar.

Todo el complejo será peatonal. La red de calles para el tránsito de vehículos discurrirá bajo los claustros. Siempre que se construya cualquier edificio, desde el primer claustro, el proyecto tendrá en cuenta la red de calles subterráneas. Al nivel de profundidad de esa red de calles, entre los cimientos, habrá todo un espacio vacío que se podrá habilitar en el futuro para aparcamientos, recogida de basuras, y líneas de metro.

## 9. Plan de ampliaciones

Este proyecto de adición de nuevos claustros se tendrá en cuenta desde el principio, pero sabiendo que se llevará a cabo a muy largo plazo, y que quizá nunca se complete. Levantar los nueve claustros podría requerir siglos. Pero si se llegara a realizar, no hay duda de que el conjunto sería visualmente formidable. Podría contener las sedes de varias universidades, decenas de conventos y monasterios, hospitales para enfermos, empresas de arte religioso, estas últimas también visitables, seminarios de algunas congregaciones religiosas, o incluso sus mismas casas-madre. Si se llegase a consumir el plan entero, constituiría una verdadera ciudad de Dios.

Se podría promover que las diócesis enviaran a sus sacerdotes retirados a pasar un año de su jubilación en este Neovaticano. Durante ese año, se les mostraría el sentido espiritual de esa nueva etapa de retiro en sus vidas presbiterales. Además, se les mostraría cuántas labores puede realizar un sacerdote jubilado a pesar de su movilidad reducida o sus problemas de visión u otros achaques. En el Celio se animaría a que estos sacerdotes dividieran su tiempo entre el ministerio de la confesión y los rezos corales. Los presbíteros jubilados tendrían actividades comunes, así como unos horarios de lectura, oración personal y paseos por los claustros, a los que sería fácil integrarse. Los jubilados sólo tendrían que dejarse llevar. Siempre en la medida de sus fuerzas y con otros sacerdotes jubilados alrededor que ayudarían a sus hermanos.

Los sacerdotes que lo desearan, podrían prolongar indefinidamente su estancia. Cada diócesis pagaría los gastos de alojamiento de sus propios sacerdotes. Se estimularía la



formación de fundaciones que obtuvieran fondos para pagar parte o íntegramente el retiro de esos sacerdotes. Así el final de la vida sacerdotal de ellos transcurrirá en comunidad, realizando pequeños trabajos, sintiéndose útiles. La calidad de vida en esas residencias será la más humana posible. Procurando que esas residencias constituyesen el modo óptimo en que un sacerdote puede usar sus últimos años de vida.

No hace falta insistir en que la vida litúrgica al ritmo de las horas canónicas, sería una excelente labor para ellos. Ellos, revestidos con sus sotanas, nutrirían los coros de las iglesias angulares.

El perímetro exterior del complejo tendrá un aspecto amurallado, que recordará a las murallas de Jerusalén. Una terraza externa recorrería también esas murallas-edificio. Pues estas murallas no serían otra cosa que un gran edificio habitado. Así como el Vaticano está ceñido por las Murallas Leoninas, así el Celio estará rodeado por esta gran muralla, que delimitará de forma clara e inequívoca los límites territoriales propios.

## 10. Cuestiones legales

Construir este complejo, supone desde el principio contar con la aquiescencia de las autoridades nacionales italianas. Pues la explanada para el proyecto sería grande como la de un aeropuerto, tampoco más grande. Antes de empezar la más pequeña edificación, sería conveniente iniciar conversaciones entre el Estado Vaticano y el Estado Italiano para tratar de conseguir la extraterritorialidad del terreno incluido dentro de las murallas del Neovaticano. Hoy día las congregaciones romanas la tienen. No es un despropósito pedir tal cosa, ya que todas las embajadas cuentan con ese privilegio.

Si se no se lograra ese privilegio, cualquier juez podría revisar los archivos. No será difícil conseguir esa extraterritorialidad, ya que cualquier estado la concede a las oficinas de los organismos de la ONU que existen dispersos por el mundo. Las autoridades fácilmente entenderán que la Iglesia Católica supone una entidad internacional que requiere de esa salvaguarda.

Levantar de la nada esta Ciudad de Dios, supone hacerlo con el acuerdo y apoyo de las autoridades italianas. La extraterritorialidad es importante para evitar problemas con impuestos, o la tentación de que gobiernos hostiles creen legislaciones contrarias *ad hoc*. Fácilmente cualquier gobierno entenderá que lejos de poner trabas a una idea así, les convendrá favorecerla. Pues el complejo supondrá que más turistas entrarán en la nación, al mismo tiempo que se descongestionará el centro histórico de Roma. Recordemos que estará situado a diez kilómetros del límite municipal de Roma

Si se pusieran trabas al proyecto, siempre se podrá amenazar con construirla en algún país cercano. Hoy día con las

comunicaciones en tiempo real, la Gran Curia podría estar radicada en cualquier país del planeta y, aun así, mantenerse en contacto con el Romano Pontífice. Y serían muchos los países que concederían cualquier tipo de beneficios con tal de tener en su suelo un proyecto de esta magnitud. Y ciertamente que allí donde esté la Curia, alrededor de ella crecerá una sucesión de ampliaciones.

Una Gran Curia situada en Centroeuropa, en Estados Unidos, o en Latinoamérica, tendría ciertas ventajas adicionales para la Iglesia en esos países al crear una especie de gran santuario con peregrinaciones masivas. Pero, a pesar de estas ventajas, la Gran Curia debe estar cerca de Roma. Las posibilidades de comunicación existen, pero la Curia no debe estar lejos del Sucesor de Pedro. Y el Santo Padre tiene que estar en Roma. El exilio de Avignon nos mostró que la elección de Roma como sede de los sucesores de Pedro, no fue una cuestión de azar. Existe una voluntad de la Providencia detrás de ello. El Papa siempre ha estado en Roma, con pocas excepciones, y debe continuar en Roma. No hay que preocuparse de dónde localizar la residencia del papado, porque de eso ya se ha encargado Dios. Luego sus asistentes deben situarse cerca.

Y eso que muchas veces me he planteado el impacto que tendría situar el Celio en mitad de África. O la belleza de los nueve claustros bajo un grueso manto de nieve en Dinamarca. Las ventajas materiales de tener al Papa en Roma y a su Curia en otro país, supondría, ciertamente, una mayor seguridad, que tenerlo todo centralizado en un único lugar del mundo. Pero ese criterio humano debe ceder ante lo que, evidentemente, es un designio de Dios. En Roma está la sede de Pedro, y allí debe permanecer la Curia. El que esté situado el Celio a las afueras de la Urbe, no plantea problemas. Pues moralmente forma una unidad con ella.

## **11. Cuarto claustro: el Jardín de la Clausura.**

No sólo las tres órdenes monásticas del Claustro Central, antes citadas, se establecerán en el Celio, sino también otras comunidades contemplativas. Comunidades que santificarán el lugar. Santificarán el lugar con su mera presencia sacrificada y orante, aunque no salgan para nada de sus conventos.

Pero dado que sí que saldrán al jardín a pasear en su tiempo de recreación. Conviene que el interior de uno de los nueve claustros se reserve como gran clausura para las recreaciones de monjes y monjas. Mejor que dividir el claustro en dos partes (una para las órdenes masculinas y otra para las femeninas), sería preferible repartir las horas en las que se usa el claustro. De forma que tanto después de la comida del mediodía, como de la cena, pudieran tener su tiempo de descanso en ese claustro sin coincidir.

No sólo el interior del claustro, sino el entero edificio-claustro entero con sus cuatro lados podría reservarse para el futuro establecimiento de casas pertenecientes a órdenes contemplativas. Aunque el interior del edificio sea un conjunto de monasterios y conventos, las terrazas sí que serán transitables por todos. Será muy bonito ver desde lejos a todos estos consagrados con sus hábitos religiosos andando por el jardín, o sentados gozando de su tiempo de recreación al aire libre.

En el interior del edificio monástico cada comunidad podrá contar con su pequeño claustro interior. Un claustro que no dará al exterior y estará iluminado por luz artificial. Estos claustros de reducidas dimensiones, de unos nueve metros de lado, serán

propios de cada orden. La falta de luz natural no sería obstáculo para que crezca un jardín iluminado con lámparas que colgarán de hilos desde lo alto hacia los macizos de helechos, potos y hiedras. Estos jardines minimalistas iluminados y enmarcados por un claustro gótico, serán verdaderas obras de arte. Obras de arte pequeñas, pero intensas.

Pero además de ellos, habrá dos grandes claustros góticos, uno para los monjes y otro para las monjas. Estos dos claustros interiores (dentro del edificio-monasterio) estarán situados en el cuarto piso de altura, y se abrirán a la azotea.

Este edificio monástico tendrá inserto en su lado norte el claustro interno masculino y en su lado sur el claustro interno femenino. El edificio en su parte este y oeste descenderán como dos laderas de un monte. Y también parcialmente en las otras dos partes del edificio. Pequeños montículos menores reforzarán la apariencia montañosa del edificio. De forma que desde el interior del claustro dará la sensación de estar en mitad de las montañas, en medio de las cuales se verán elevados dos claustros. Todos estos pequeños montículos y las laderas más altas serán en su interior verdaderos edificios habitados. Pequeñas ventanas, disimuladas en la medida de lo posible, se abrirán en esas laderas.

De forma que disponiendo de la inclinación adecuada y escalonado con pequeñas terrazas de tierra, una vez completamente cubierto de hierba y otras plantas, parecerán las faldas verdaderas de un monte. A pesar de las colinas y praderas ascendentes, en la “planta baja” una arcada recorrerá todo el perímetro del interior del claustro. De forma que este edificio monástico tendría el gran claustro, dos claustros góticos de tamaño medio, y otros claustros menores.

Este diseño del gran claustro, con laderas como prados y senderos que los recorran, permitirá disponer de una gran longitud de paseos posibles. En esas laderas se colocarán grandes peñascos artificiales. Las peñas, los bosquecillos y los prados conformarán un lugar óptimo para el descanso y la contemplación de los religiosos. Lejos de tener la idea de encerramiento, dará la sensación de estar en la naturaleza. Ese claustro será un oasis de bosques y praderas en el Celio. Desde la azotea será posible asomarse a esa pequeña reconstrucción del paraíso.

Se fomentaría también que varios eremitas habitaran en las cuevas que se abrirían en esas zonas rocosas artificiales. Esos eremitas vivirían como los antiguos habitantes del desierto de Egipto. Una vida de ascesis en gran soledad y pobreza, reclusos en sus cuevas, mantenidos por las limosnas de los templos del complejo.

Si esta forma de vida eremítica tuviese más seguidores, podrían crearse este tipo de peñascos recorridos por cuevas en más claustros. Su mantenimiento sería muy económico y se convertirían en una fabulosa fuente de santidad, cuyas gracias se desbordarían sobre todo el Celio. Será paradójico que uno de los lugares más turísticos del mundo, se convirtiera al mismo tiempo en un lugar de soledad.

Pero es que justamente allí, en ese claustro monástico, los eremitas podrían tener una gruta y un modo de vida exactamente igual al que se lee en las vidas de los Padres del Desierto. Este modo de vida, como se ha dicho, podría tener un número de seguidores tal que obligara a erigir esos peñascos artificiales con cuevas en otros claustros. En esos peñascos se verían algunas ventanas abiertas en la piedra, abiertas sin seguir ninguna pauta, de modo irregular. Como si de modo espontáneo hubieran sido excavadas. Estrechas escaleras esculpidas en esos peñascos

comunicarían algunas de las puertas. Los eremitas podrían pasear por esos peñascos que se comunicarían entre sí por el exterior y el interior. Pero ningún turista podría acceder a esas escaleras. De forma que la separación entre ambos mundos sería total. Si los eremitas quisieran pasear algo más, siempre podrían trasladarse por un pasaje interno al claustro de los monasterios.

Este claustro monástico, sin duda, será la causa de que más congregaciones de carácter contemplativo decidiesen fundar una casa en el Neovaticano. Por lo cual de este claustro podrían partir más ramificaciones al resto del complejo de los claustros. El Celio se convertirá así no sólo en la sede de la Curia, sino también en un nuevo Athos.

El interior del claustro monástico, es decir, el conocido como Jardín de la Clausura, tendrá la mitad de su superficie cubierta por un prado natural, sin setos recortados, ni macizos artificiales de flores. Es decir, será como el típico parque inglés. La otra mitad será un bosque, denso, húmedo, oscuro. Las laderas aparecerán como una mezcla de esta variación entre prado y bosque creciendo entre unos cuantos peñascos.

## **12. Quinto claustro: el Jardín de los Curiales**

Ésta será la zona de descanso para todos aquellos que trabajan en la Curia. Cerrado al público, sin turistas. Un lugar destinado para que los curiales puedan relajarse y charlar entre ellos. Dado que ellos viven allí, parece lógico que puedan tener un lugar tranquilo donde descansar y conocerse entre ellos.

Bajo los pilares que dan a este claustro, habrá cafeterías y lugares donde podrán comer. El Jardín de los Curiales será el lugar de encuentro por antonomasia. Incluso, en una parte de este edificio, habrá una zona de juegos. Bien para hacer ejercicio físico, bien para jugar a la petanca, los bolos o el billar. Una piscina cubierta completará la oferta de lo que la Curia ofrecerá a sus trabajadores.

En el centro de este claustro habrá un bosquecillo. Y en el centro de este bosquecillo habrá un gran árbol artificial. Externamente parecerá un árbol verdadero, pero será como un gran baobab de treinta metros de altura. Este árbol representará al Árbol de la Vida. El árbol, ancho, frondoso, parecerá enteramente real y será uno de los símbolos del Celio.

### **13. Sexto claustro: el cuartel de la Guardia Romana**

Conforme crezca el complejo, tendrá que crecer igualmente su fuerza de seguridad. La primitiva Guardia Romana de noventa miembros, acabará constando de varios centenares de efectivos. Sus uniformes serán enteramente iguales a los de la Guardia Suiza, con la única diferencia es que las bandas verticales azules serán negras.

Los integrantes de esta fuerza de seguridad no sólo patrullarán todo el complejo, sino que también vigilarán desde su cuartel a través de cámaras de seguridad todos los recovecos y pasajes menos transitados. Cada día, un 10% de los agentes de servicio patrullarán vestidos con ropa de civil mezclados entre los turistas.



La Guardia Romana estará formada por voluntarios de todo el mundo. Los capellanes del cuerpo se encargarán de que la estancia de sus miembros sea un tiempo de aprovechamiento espiritual, con charlas, retiros y práctica de obras de caridad.

La Guardia Suiza se constituirá como una especie de orden militar formada por voluntarios que se entregan a ese modo de vida durante un año o dos. De ahí que sus miembros realizarán también obras de caridad con los sacerdotes ancianos que residen en el complejo, así como con los enfermos. El propósito es que cuando se marchen a sus países respectivos, esos jóvenes vuelvan mejorados en su espíritu.

La pertenencia a la Guardia Romana será entendida no meramente como un trabajo, sino como un tiempo de servicio para la Iglesia. El que sea aceptado para pasar ese año de estancia, deberá entender que entra con la misma disposición de un novicio a una congregación religiosa. El tiempo en la Guardia Romana deberá cambiar a sus integrantes. Serán laicos, sí, pero laicos que se comprometen a emplear ese año de su vida en una alternancia de trabajo y oración.

La Guardia admitirá en sus filas a un número superior al que se requiere para las tareas policiales. Eso se hará para disponer de una reserva de hombres armados si se diera algún caso de emergencia. Recibirán una formación militar que les capacite para defender las instalaciones frente a asaltos armados de comandos terroristas. Pero mucho más se insistirá en el entrenamiento como fuerza antidisturbios. Contando para esas situaciones con uniformes apropiados y todo el material pertinente para ello.

En ese cuartel de la Guardia Romana es donde se situarán las prisiones. Uno de los grandes peligros que tendrá el Celio es la

afluencia de grupos de protesta organizados, que quieran organizar manifestaciones en el complejo. Se necesita, *in situ* y siempre preparada para intervenir, una Guardia Romana numerosa.

Este número de efectivos será superior al estrictamente necesario. Pero no estarán inactivos, sino que se emplearán en labores de jardinería, carpintería, ayuda en las cocinas de los asilos, etc. De forma que el tiempo de servicio en el Celio se entienda como un periodo de noviciado para crecer en el ejercicio de las virtudes, en la formación cristiana y en la vida espiritual. La Guardia Romana será, verdaderamente, como una especie de orden religiosa, en este caso militar, cuya duración será únicamente de dos años.

Esa estancia de dos años se podrá prolongar a petición de los interesados. Y, de entre ellos, algunos podrán quedarse de forma permanente como oficiales de ese pequeño ejército.

La necesidad de que la Curia y todo el Celio se hallen adecuadamente protegidos, es razón suficiente para revivir este carisma propio de una orden militar religiosa. La ventaja del Celio, además, es que con su gran variedad de tareas harán más agradable los dos años de estancia.

Aunque los guardias serán laicos, algunos de sus miembros permanentes podrán acceder al estado religioso si así lo solicitan. Vistiendo un uniforme militar diverso que mostrará a todos su consagración. El uniforme tendrá los mismos colores y diseño de los miembros laicos, pero en vez de greguescos (los pantalones bombachos renacentistas), llevarán una túnica hasta la rodilla. Para los miembros consagrados, su cuartel será su monasterio. Y sabrán que su estancia allí no será un tiempo de paso, sino una vocación en la que su trabajo será proteger la Curia.

La necesidad de disponer de nutrida fuerza antidisturbios y el ejercicio de las obras de caridad, harán que, al cabo de una generación, la Guardia Romana acabe constando de unos efectivos superiores a los dos mil hombres.

Jóvenes de todo el mundo sentirán un entusiástico impulso a emplear un año o dos de su vida en esta tarea. Tarea que supondrá, además, una limosna, puesto que servirían sin recibir remuneración alguna. Tampoco podría ser de otra manera, puesto que mantener dos mil efectivos en nómina sería un gasto excesivo para el Celio. Este carácter altruista, monástico y lleno de ideales del cuerpo atraerá muchas más peticiones de las que las vacantes de la Guardia Romana podrá aceptar. Pudiéndose permitir escoger a los mejores de los candidatos de los cinco continentes. Intentando que cada continente tenga el mismo número de hombres en la Guardia.

Otra razón por la que la que habrá una Guardia Romana numerosa, radica en el hecho de que se precisarán muchos efectivos siempre de guardia en las salas de pantallas desde las que se vigilará el complejo. El Celio será tan extenso que resultará imposible colocar guardias en todas partes, que puedan proteger del vandalismo los pasajes menos transitados. Razón por la cual, habrá bien disimuladas muchas cámaras de seguridad. Desde las salas de las pantallas se seguirá a los jóvenes que resulten más sospechosos de que puedan realizar algún acto de gamberrismo en algún lugar poco transitado. Entre las pantallas y los guardias vestidos de paisano, unido a una legislación dura, se podrán evitar muchos destrozos, grafitis y actos similares.

Varios carteles advertirán antes de la entrada del Celio, que los jóvenes que produzcan algún desperfecto serán encerrados en una

prisión del complejo, y que no saldrán hasta que ellos o sus familias depositen el importe de la multa correspondiente. Cada año se calculará cuánto ha costado reparar los desperfectos, y esa cantidad se dividirá por el número de detenidos anual. La política será implacable: no podemos detener a todos los vándalos, pero a aquellos que atrapemos, pagarán entre todos la cuenta de los desperfectos. El mensaje de las autoridades del Celio será claro: Piénsatelo bien antes de hacer voluntariamente desperfecto alguno. Porque la cuenta de los gastos se paga entre todos los culpables, sin entrar en consideración si lo has hecho una vez o cinco.

Está claro que no se podrán evitar grafitis y destrozos. Pero aquellos a los que se pille, desde luego, pagarán los desperfectos, o si no tendrán que estar unos cuantos días o semanas en la prisión del cuartel. Prisión que por sus reducidas dimensiones y casi nulas instalaciones, será mucho más incómoda y aburrida que cualquier prisión.

La norma puede parecer muy estricta, pero la ley se redactará para evitar el mal. Esta ley contra el gamberrismo no se redactará en orden a castigar el hecho concreto cometido por un sujeto determinado, sino que se redactará para evitar el mal del vandalismo.

El primitivo cuartel de la Guardia Romana, situado en el primer claustro, el Claustro Central, será claramente insuficiente en un complejo de nueve claustros. Habrá que construir otro cuartel general de esta fuerza armada. El primer cuartel hará las funciones de cuerpo de guardia para la Gran Curia. El nuevo y definitivo cuartel ocupará, al menos, uno de los lados de uno de los nuevos claustros. Y aunque tendrá la misma altura que el resto de los edificios, y los mismos pasos accesibles para los que

paseen por las terrazas, se construirá con una fachada que ofrezca la apariencia de un castillo.

El aspecto protocolario de esta Guardia Romana ni mucho menos será de las funciones menos importantes. Todos los que visitamos el Vaticano con frecuencia, comprobamos el entusiasmo que produce en los turistas la visión de un par de guardias suizos haciendo guardia ante una puerta. Cuánto más entusiasmo provocará un desfile diario por la mañana y otro por la tarde de trescientos soldados con sus alabardas, sus yelmos y corazas. Esta marcha acompañada de sus tres estandartes y su propia banda de música recorrerá los nueve claustros, y será uno de los elementos más característicos del Celio.

La fachada principal del edificio de la Gran Curia tendrá durante toda la mañana a veinte soldados haciendo guardia. Especialmente vistoso será el cambio de guardia ante el portón principal de entrada. Cada hora tendrá lugar un solemne cambio de guardia de todos los soldados apostados delante de esa fachada. Los dos desfiles principales (el de la mañana y el de la tarde) pasarán por delante de la fachada de la Gran Curia, deteniéndose y realizando en esos dos momentos el relevo de los soldados.

Los veinte soldados moviéndose de guardia delante de la fachada de la Gran Curia, realzarán más esa fachada. En cuyo centro habrá una gran escalera de ascenso al portón principal. La fachada expresará la fortaleza de la fe. Será una cosa a medio camino entre una muralla medieval con contrafuertes y una fortaleza neoclásica. Entre los soldados patrullando a distintas alturas de ella y los clérigos ascendiendo por la escalinata, no cabe duda de que será una imagen icónica de la Iglesia.

Ese portón con la escalera que lleva a ella será tan simbólico, que los curiales tendrán que entrar a su puesto de trabajo por ella. Por esa escalera descenderá la larga procesión de camino hacia el Chorus Primus.

Durante los tres primeros días de cada tiempo litúrgico, cuatro pendones verticales de siete metros de longitud y tres de ancho serán desplegados en esa fachada de la Gran Curia. Los pendones de seda adamascada tendrán el color del tiempo litúrgico. Será el modo en que la Gran Curia anunciará a la Iglesia y al Mundo el comienzo de cada tiempo litúrgico. Las sedas son bellísimas, pero delicadas. Por eso sólo estarán tres días. Por otra parte, los pendones si estuvieran de forma permanente, quitarían parte de ese aspecto roqueño a la fachada.

Una vez a la semana, tres cuartas partes de todas las fuerzas de la Guardia Romana participarán en el Desfile de Longinos. El nombre oficial de este acto será *Desfile de los santos Longinos, Jorge y Martín*, santos todos ellos militares. Los mil quinientos efectivos saldrán simultáneamente por las cinco puertas de bronce del cuartel, marcharán por regimientos y formarán marcialmente en el ese claustro, llamado Patio de la Guardia. Después de un rápida revista realizada por el Gran Maestre de la Guardia Romana seguido por otros cinco oficiales a caballo, el Desfile de Longinos recorrerá los nueve claustros.

El Gran Maestre o el oficial que él designe para encabezar ese desfile, irá sobre un corcel que, lo mismo que el Gran Maestre, irá revestido enteramente con una armadura renacentista, cubiertas todas sus partes de damasquinados, grabados y relieves, con una gran cabeza de león sobre el peto del pecho, y otros muchos leones rampantes desde la gola hasta la pernera.

Las armaduras de los seis oficiales que le sigan a caballo, serán de acero brillante. Los seis corceles de estos oficiales irán cubiertos sobre su lomo de gruesas telas con los motivos del León de Judá alternándose con flores de lis. El que presida el desfile, llevará sobre su armadura una banda de seda bermellón colgando cruzada desde el hombro y anudada en la cintura. En la mano un bastón de mando como el de los antiguos mariscales prusianos.

Antes se ha dicho que un oficial podrá ser designado para sustituir al Gran Maestre presidiendo este desfile de Longinos; también podrán ser sustituidos los oficiales que le siguen a caballo. La razón está en que el Gran Maestre así como otros oficiales lógicamente pueden ser personas de edad, y las armaduras no pesarán menos de veinte kilos.

El Desfile de Longinos durará bastante tiempo, pero la Guardia Romana tendrá muy claro que su faceta ceremonial no es una añadidura vana a sus funciones, sino que es uno de sus más principales cometidos. A los que ingresen se les dejará muy claro desde el principio que se trata de un cuerpo no sólo de seguridad sino también ceremonial.

La Guardia Romana tiene cada día cinco grandes cometidos rituales:

1. La apertura de ocho de las nueve puertas la muralla exterior de los claustros
2. El desfile de la mañana que recorre el perímetro externo de los nueve claustros.
3. El cambio de la guardia cada hora ante el edificio de la Curia
4. El desfile de la tarde que de nuevo recorre el perímetro de los claustros.
5. La clausura de las ocho puertas de la muralla. Una novena siempre quedará abierta.

Con el tiempo, la Guardia Romana desarrollará una rama femenina. Habrá que pensar cuidadosamente qué tipo de uniforme podría ser coherente con el de la rama masculina.

La rama femenina y la masculina disfrutarán de encuentros (para ver cine, fiestas, bailes), y será más que probable que se dé un no despreciable índice de bodas entre personas religiosas y llenos de ideales. El problema de la Guardia Romana, desde luego, no será nunca el de llenar las plazas vacantes. Y menos todavía si se convierte en una cierta esperanza de lograr un cónyuge bueno con el que compartir la vida.

## **14. Séptimo claustro: el claustro de la lectura orante.**

Uno de los claustros se dedicará a la lectura de la Biblia. Habrá mesas de madera, individuales, de aspecto medieval, con el tablero inclinado, sosteniendo biblias en varios idiomas. Las biblias serán libros voluminosos, versiones en letra grande, con hermosa tipografía. Grandes y bellos libros para que la gente al pasar por este claustro, tenga una idea visual de la sacralidad de la Palabra de Dios. Los libros en sus mesas estarán bajo la techumbre del claustro.

Si no llueve, los sacerdotes que peregrinen con grupos, podrán pasar al interior del claustro para leer y comentar la Biblia con su grupo sobre la hierba. Una imagen que retrotraerá fácilmente a la escena de Jesús explicando las Escrituras a sus discípulos. Se favorecerá que los grupos parroquiales y diocesanos dediquen un tiempo a esta lectura de la Biblia en su visita al Celio.

En este claustro podrá uno tener en sus manos un magnífico Evangelio de San Marcos en letra grande con letras capitulares de oro y con bellas acotaciones hechas a mano en sus márgenes. O un libro del profeta Isaías con iluminaciones realizadas por



artistas del Celio. O podrá leer el Éxodo en frances, pero en un rollo cuyas columnas recuerden en todo a los antiguos rollos de las sinagogas. Los libros de este claustro constituirán una expresión de la grandeza de la Palabra de Dios. Serán libros muy bellos. Las mesas esparcidas por todo este claustro con gente leyendo y meditando, serán una predicación silenciosa.

En este claustro, siempre bajo el techo del claustro, habrá un libro de mayores dimensiones que el resto, con folios de un metro de longitud, que será la más bella Biblia del claustro: por sus dibujos, por sus letras iniciales y por otros muchos detalles que lo ornamentarán. Ésta será la Biblia por antonomasia del Neovaticano. La lengua de esta biblia será el inglés, para que siempre haya sacerdotes que la lean de forma real a los grupos de feligreses que les acompañen. Pues estas biblias no serán objetos de museo, sino objetos admirados pero usados. Los fieles tendrán el placer de pasar sus páginas, de hojearlas y besarlas. Los libros se deteriorarán, cierto. Pero así el claustro cumplirá su función.

En este mismo claustro, habrá un sector separado, con libros más pequeños, donde se pudieran leer obras de los santos padres, doctores de la Iglesia y santos en general. En esta parte reinará un silencio absoluto, pues allí estarán las personas que hagan retiros espirituales en el complejo. Las cuales podrán acercarse a este claustro, para encontrar libros clásicos de espiritualidad y leerlos allí en un ambiente que invite a la meditación.

Los turistas sólo podrán ver este claustro y sus galerías desde el sobreclaustro. Únicamente podrán entrar en las galerías si es para sentarse en silencio y leer un rato. Al claustro se abrirán varias salas con calefacción para la lectura en invierno. Aunque normalmente al mediodía en Roma, si hace sol, la temperatura es muy agradable incluso en invierno. Y no hay nada más sugerente

para una lectura orante que leer al aire libre en un claustro o bajo sus galerías.

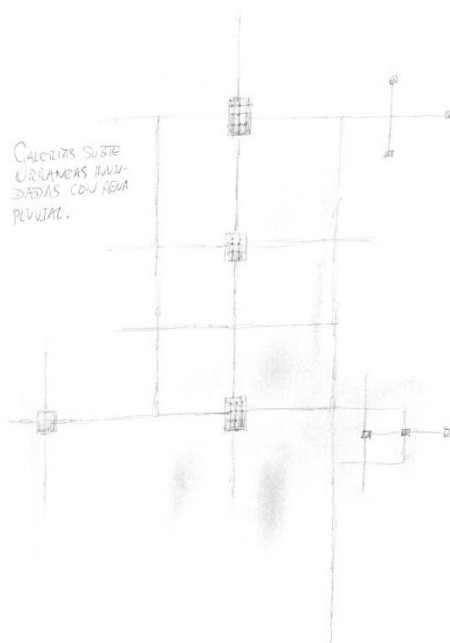
La imagen de doscientas personas en silencio, unos leyendo grandes biblias apoyadas en elaborados atriles sobre mesas individuales, otros leyendo sobre su regazo pequeños volúmenes, será muy inspiradora.

## 15. Octavo claustro: el Claustro del Agua

El octavo edificio será como el resto de los nueve claustros, las mismas dimensiones y aspecto externo. Pero en el centro del césped del claustro se abrirá, a nivel del suelo, segundo claustro inferior. Se podrá descender a él, y una vez allí se observará que desde las columnas que sostienen las cuatro galerías, uno se puede asomar y ver que más abajo hay un lago inferior. Exactamente quince metros por debajo de este claustro subterráneo.

Esa laguna estará formada por todas las aguas pluviales del complejo, que serán recogidas y desembocarán allí. Los días de lluvia se podrá ver cómo esas aguas caen desde unas grandes bocas del claustro inferior hacia la laguna que está más abajo.

Las aguas de las terrazas de todos los claustros, de todas las terrazas del complejo, serán recogidas y caerán por una serie de grandes gárgolas en forma de ángeles con las bocas abiertas. Esas gárgolas estarán repartidas por todos los claustros, pero por distantes que estén entre sí, las aguas que arrojan serán recogidas y reconducidas hasta el claustro inferior. Y de allí, a través de cuatro bocas, el agua será derramada en la laguna.



De estas cuatro bocas que representan a cuatro profetas, siempre caerá un chorro de agua. La razón está en que el agua de todas las terrazas, de todas las gárgolas, es recogida en un depósito intermedio. Depósito tan grande que permitirá que siempre caigan cuatro chorros por ellas. Pero cuando llueva estas cuatro bocas pétreas de un metro de diámetro lanzarán una poderosa cascada de agua. Flujos de agua vigorosos, pues en estas cuatro bocas se concentrará el agua recogida en los nueve claustros.

Este flujo será tan potente que cuando llena enteramente la sección de las cuatro gárgolas, un sistema ingenioso interno hará que comience a desbordarse el agua hacia otras gárgolas laterales. Y así un día de lluvia intensa, en ese claustro inferior, comenzarán a manar agua más de diez gárgolas menores, que habitualmente están secas.

Desde los arcos del claustro que está bajo tierra, mirando hacia abajo se podrá ver el espectáculo de todas esas gárgolas arrojando cascadas de agua hacia la oscura laguna inferior.

La laguna sería un aljibe de poca profundidad, dos o tres metros, pero de gran extensión. Se trata de una cisterna que parecerá una primitiva y tosca cripta románica. Esta laguna subterránea tendrá una parte ancha, que es la que está justamente bajo el claustro inferior. Esa parte ancha formará una especie de lago de más de cien metros de largo y no menos de ochenta de ancho, de cuyas aguas oscuras y quietas emergen muchos pilares de hormigón.

De ese lago central partirán varios pasajes que se ramifican, formando en el subsuelo una red de galerías inundadas que se puede recorrer montados en barcas a remos. Las paredes, techos y suelos de esta red serán de hormigón. Pero, de vez en cuando, habrá alguna bóveda, algún pilar con capiteles románicos. En

varios lugares estratégicos se colocarán inscripciones con versículos bíblicos acerca de las profundidades de la tierra.

Y es que este mundo subterráneo de las galerías inundadas, sin duda, será uno de los lugares que más inspirará a los artistas más creativos de los talleres del Celio. A pesar de ello se mantendrá la sobriedad del entorno.

En todo este lago inferior, no habrá ninguna luz artificial. Todo se hallará en la más completa oscuridad. Cada barca, todas serán a remos, deberá portar su propia luz colgando una lámpara en su proa.

Se podrá también pasear por el perímetro del lago, por un pasillo que flanquea el muro y que está elevado a dos metros sobre las aguas. Andando por este pasillo se podrán recorrer todos los pasajes de esta galería inundada de tinieblas y carente de vida. Parte de este aljibe estará abierto a los turistas. No todos los corredores de todas las galerías subterráneas, para evitar que se pierdan por ese laberinto oscuro.

Se les explicará que el complejo del Celio tiene tres partes. Lo edificado sobre la tierra representa la Iglesia que peregrina en este mundo. La parte celeste estaría representada por las torres y pináculos con estatuas de ángeles y santos en lo alto de los templos angulares. Esa laguna en la parte subterránea representará el inframundo. De forma que el complejo entero será un símbolo de la tierra, el cielo y el infierno. El complejo entero se transforma así en una especie de gigantesco tímpano medieval, un tímpano que es posible recorrerlo. El paseo se transforma en meditación, en una especie de lectura de las verdades de la fe.

Las aguas de este lago serán unas aguas cristalinas, completamente estáticas, oscuras y vacías. Serán cristalinas, porque todo el lodo irá sedimentándose en el fondo. Es posible que algunos turistas arrojen algún tipo de pez en el lago. Pero será muy difícil que estas aguas sumidas en la más completa oscuridad, generen vida que puedan mantener algún tipo de ecosistema por pequeño que sea. No existe ningún peligro de que alguien pueda arrojar pequeños caimanes o tiburones. Cualquier animal vivo que se arroje, acabará muriendo por falta de alimento.

De forma que serán unas aguas muertas. Si algún día aletean peces en sus fondos, serán pocos y se tratará de peces de pantano, como los barbos y las carpas. Ciertamente resultarían aguas muy amenazadoras si los que se suben en las pequeñas embarcaciones supieran que hay peces de gran tamaño bajo la barca. Tampoco se puede descartar que puedan vivir en sus fondos algún tipo de cangrejos, caracoles o anguilas.

Esta red de túneles tendrá en tres o cuatro zonas con mayor profundidad. Una especie de pozos cilíndricos de diez metros de diámetro y unos veinte de profundidad. Allí se irán depositando lentamente, muy lentamente, una mayor acumulación de lodos del fondo. Quizá justamente allí, donde se concentren los lodos, se desarrolle algún tipo de vida submarina.

Dado que bajo los claustros hay toda una trama de calles subterráneas transitadas por vehículos, la red del lago inferior estaría por debajo de esas calles. Así se evitarían filtraciones. Además, el lago inferior supondría un peso colosal para ese sistema de calles.

## **16. La administración financiera de los beneficios**

Los hoteles, museos, talleres de obras de arte, tiendas, restaurantes, pisos alquilados, locales comerciales arrendados, darán mucho dinero de beneficios al año. Con el tiempo, el complejo se convertirá en una máquina de hacer dinero a favor de los más necesitados. Y así el lugar se justificará por un capítulo más. Una vez que tres claustros estén acabados, podrán dedicarse más beneficios a ayudar a los pobres. En un determinado momento, habrá que dedicar la mitad de los beneficios a realizar más ampliaciones y mejoras, y la otra mitad de esos beneficios a obras de caridad.

Resultará preferible que el proyecto se consume en un plazo de tiempo más largo, pero que los recursos para actividades caritativas se den lo antes posible. Una forma de reinvertir el dinero de la caridad en el complejo, consistiría en crear dentro del Celio hospitales, residencias para ancianos, talleres donde enseñar oficios (electricidad, fontanería, carpintería) a gente muy necesitada. Se podrían crear una residencia modélica para ciegos abandonados, otra para paralíticos. Se podría encargar a alguna orden que se hiciera cargo de una residencia para personas con problemas mentales que no tengan a nadie que les acoja.

Un claustro entero se podría dedicar a la caridad y mantenerse con los beneficios de los otros claustros. Aunque lo ideal es que las obras de caridad se extiendan también por todos los claustros, y que sobre dinero para enviar recursos a lugares distantes donde se viva en una indigencia extrema. El modo para incrementar el dinero para los pobres, será proseguir con el plan de ampliaciones.

Puede parecer contradictorio, pero para ganar mucho dinero hay que construir y decorar muy bien. En la medida de la excelencia de los claustros, en esa medida podrá manar el agua de la caridad. Excelencia no es fasto, ni lujo mundano. Existe un gran estilo eclesiástico ya consolidado por siglos. No será difícil dar con el estilo adecuado, sin desde el principio se preserva el carácter sacro del interior de los claustros. En la medida en que se espiritualice más el proyecto, en esa medida fluirán el dinero de los claustros, como si en sus centros hubiera unas fuentes invisibles.

Habrán quienes objetan que no es conveniente instrumentalizar el lugar para obtener un beneficio económico. Pero si ese beneficio económico se usa para ayudar a los pobres, tal actividad no sólo resultará lícita, sino muy aconsejable. De lo contrario, todo ese dinero (que al cabo del año será cuantioso) se dejaría de ganar.

Los administradores del Celio no deben sentir repulsión, hacia las ganancias que este complejo proveerá. Lo que deben hacer es que las cuentas sean claras, transparentes, y se muestre que esos beneficios van a parar a los pobres del mundo. Dejar de ganar ese dinero por parecer más respetables, es dejar de hacer el bien.

Al final, lo más respetable será siempre hacer el bien. Y, sobre todo, hacer el bien a los más necesitados. El Celio puede ser criticado por algunos como un escándalo de riqueza indigno de la Iglesia. Pero la mayor parte de las personas, incluso de los no católicos, comprenderá estas ideas propias de un buen administrador si se les explica. La gente es más inteligente de lo que parece. Lo que sí que habrá que evitar en todo el Celio es el lujo. El lugar debe ser sobriamente grandioso, majestuoso en su simplicidad.



Las ganancias que producirá el Celio veinte años después de su comienzo podrán ser, durante un tiempo, reinvertidos en la construcción de nuevos claustros, en nuevas fases de ampliación, en su embellecimiento. Pero pasado cierto tiempo, el Celio debe tener una clara vocación caritativa.

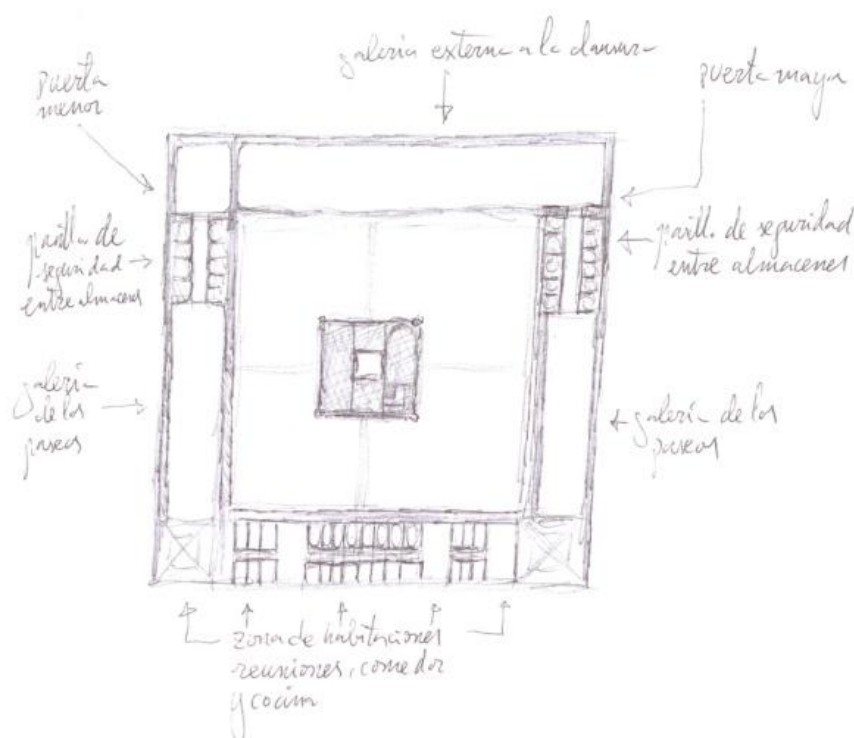
Si los beneficios fuesen muy notables, no sólo se podría ayudar a las religiosas que ayudan en lugares paupérrimos, sino que, además, lo que ahora vemos que hace la ONU en ciertos lugares de África, lo podría hacer el Vaticano a pequeña escala, poniéndose de acuerdo con las Naciones Unidas. La Guardia Romana ofrecería la posibilidad de tener hombres disponibles para las grandes catástrofes humanitarias. No es que el Vaticano tenga recursos para encargarse de una región entera. Pero sí para ayudar a unos cuantos poblados. Si la gente conociera esta labor, el Celio se convertiría en un verdadero motor de movilización de limosnas.

Los nueve claustros serán una patena donde ofrecer gloria a Dios, pero también serán red donde pescar para dar peces al hambriento. El Celio como incensario para Dios, pero también como una fuente de la que podrán beber los sedientos del mundo.

## **17. Noveno Claustro: el Claustro Sixtino**

Uno de los claustros estará diseñado para poder ser utilizado como lugar del cónclave para la elección del Romano Pontífice. Por supuesto que, aun existiendo este claustro, se podría seguir utilizando el emplazamiento actual en el Vaticano. Pero siempre

será útil contar con un lugar alternativo ya preparado por si alguna vez una emergencia impidiera su celebración en el lugar habitual. Si se construyera el Claustro Sixtino, un claustro construido *ex profeso* para esta función, esto permitiría contar con mucho más espacio que el actual, mantener una clausura más estricta, realizar la ceremonia del sellado de las puertas con mucha más solemnidad, además de dar mucha más facilidad para que los medios de comunicación estuvieran presentes en ese momento en que los cardenales se encerrarán dentro. Y permitir que estén presentes los medios en esa ceremonia de clausura, supone permitir que esté presente el mundo entero. Pues esta ceremonia del *extra omnes* y el sellado de la puerta ejercerá una atracción casi mágica sobre creyentes y no creyentes.



La razón de construir un edificio como éste no radicaría, evidentemente, en la mayor amplitud de las nuevas instalaciones,

sino en el propósito de que todo en el nuevo edificio mostrara la grandeza sacra del acto de la elección de un pontífice.

Este Claustro Sixtino estaría completamente incomunicado del resto del complejo salvo por dos grandes portones. Externamente formaría un claustro más dentro del complejo, pero internamente los únicos accesos posibles serían dos puertas: la Puerta Magna y la Puerta Parva. La Puerta Magna será aquella por la que ingresarán al cónclave los cardenales y por la que saldrá el nuevo Pontífice. La Puerta Parva será el acceso para todos los servicios necesarios durante el cónclave: entrada de alimentos frescos y del personal preciso (limpieza, médicos, confesores) para atender el cónclave.

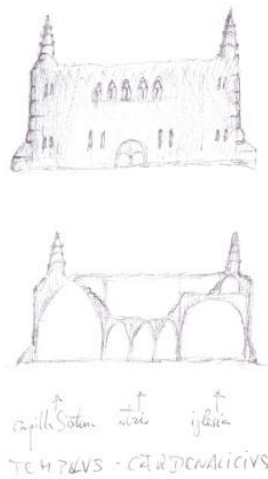
Exclusivamente dos accesos, no harán falta salidas de emergencia. Porque si hubiera, por ejemplo, un incendio, todos podrían salir hacia el jardín interior del claustro. De forma que los muros externos podrán ser de hormigón, absolutamente sin ninguna puerta.

En el edificio-claustro estarán los aposentos de los cardenales, más amplios que los actuales, más solemnes. Sobrias habitaciones, de paredes desnudas, pero cada una dotada de una gran cama con dosel. Será una cama de color de roble, estilo Tudor, con el cabecero y los pies de la cama, bellamente tallados. La habitación contará con un tríptico con un reclinatorio delante. El tríptico será distinto en cada habitación. Cada habitación cardenalicia tendrá un pequeño despacho con tres sillones para recibir a otros cardenales, así como un aseo.

Los aposentos cardenalicios, al igual que otras habitaciones de las residencias del Claustro Central, serán octogonales y decoradas con frescos. Las habitaciones cardenalicias tendrán cajones de

diversos tamaños incrustados en las paredes. Estos cajones de estilo siglo XVI, cubrirán las paredes del dormitorio hasta un metro de altura. Cada habitación estará cubierta por una techumbre de vigas de madera bellamente policromadas. Las puertas tendrán frisos con ángeles de estuco y la única ventana será una vidriera enmarcada por un arco ojival geminado. Cada habitación estará cuidada hasta en sus más pequeños detalles, para hacer de ella una obra de arte distinta de las otras.

Templo Cardenalicio



Los pasillos estarán decorados con los escudos de los cardenales que han participado en los cónclaves desde que se construyó ese claustro. Estos escudos formarán cuadrículas que cubrirán las paredes hasta la altura de los

marcos de las puertas. Escudos y retratos renacentistas de los cardenales cubrirán varios trechos de los pasillos.

En el centro del claustro habrá un templo, el Templo Cardenalicio, que será el resultado de unir, digámoslo así, cuatro capillas sixtinas en forma de cuadrado con un patio central. Estos cuatro cuerpos de igual anchura y longitud serán: la réplica de la Capilla Sixtina, la capilla románica (llamada Capilla Ambrosiana), el atrio de entrada y el cuarto sector: formado por la capilla de las confesiones y la capilla de las reliquias.

Tanto el atrio como el cuarto sector tendrán la mitad de altura que las dos grandes capillas. Y por lo tanto habrá otras dos salas en el primer piso, una encima del atrio, otra encima del cuarto sector.

La reproducción de la Capilla Sixtina será una reproducción exacta en tamaño, decoración y detalles, con todas sus pinturas replicadas con paneles fotográficos. La Capilla Sixtina con su disposición coral y sin sagrario no será un lugar adecuado para la oración personal. Una gran capilla románica, la Capilla Ambrosiana, será el lugar usual para la oración personal de los cardenales. Ese templo tendrá las mismas dimensiones de la Sixtina en largo, alto y ancho, y se hallará colocado paralelo a la Sixtina.

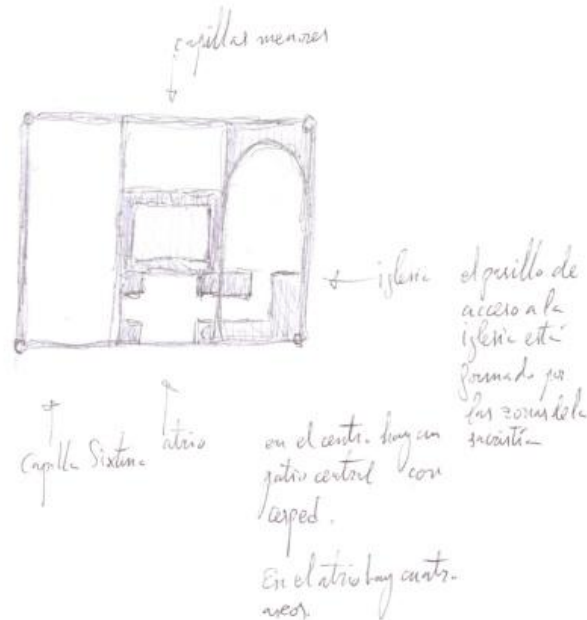
La Capilla Ambrosiana y la Sixtina, más los dos cuerpos que las unen formando un cuadrado, constituirán el Templo Clementino o Templo Cardenalicio.

En el cuarto sector, las dos capillas menores. En la Capilla de la Confesión, mientras dure un cónclave habrá confesores en varias lenguas varias horas al día. La capilla de las Reliquias será un lugar donde se podrá orar más a solas delante de magníficos relicarios. En estas dos capillas menores, se colocarán los sepulcros de los purpurados. En principio, los cardenales curiales serán enterrados en ese templo cardenalicio. Unos sepulcros les representarán con estatuas yacentes, otros se limitarán a una inscripción mostrando sus magníficos escudos. Algunos sepulturas tendrán el aspecto de hornacinas incrustadas en los muros. Cuando las dos capillas menores lleguen al límite de la saturación, se continuará colocando las tumbas en la Capilla Ambrosiana del mismo templo. Cuando ésta ya no tuviera más espacio en sus paredes y parte de su suelo, se podría excavar una pequeña cripta, que siempre se podría ampliar. Será un buen

motivo de reflexión para los cardenales, ver las tumbas de los que les precedieron. Para ellos será un sermón acerca de la vanidad de las cosas de la vida en este mundo.

El sagrario se encontrará sólo en la Capilla Ambrosiana. De este modo, el Templo Clementino será, digámoslo así, como un gran sagrario en el centro del claustro. Lo cual les recordará a los purpurados de un modo muy visible, que todas las deliberaciones tienen que tener como centro a Cristo. En la zona de los sepulcros cardenalicios, se enriquecerá la Capilla de la Reliquias con la mayor cantidad de éstas. Para mostrar con ello, la conveniencia de la intercesión de los santos en un momento tan importante como ése.

Este Templo Clementino se irá enriqueciendo con el pasar de los años con más elementos ornamentales. Pero no se añadirán más capillas externas al templo, para que el conjunto se mantenga con las dimensiones originales y su geometría cuadrada. Por otra parte, esta iglesia está pensada únicamente para acomodar al limitado número de los purpurados y nada más.



El Templo Clementino externamente mostrará el aspecto de una fortaleza, con un solo portón de entrada, con sus muros verticales y carentes de ornamentación. Cuatro sólidos contrafuertes en sus esquinas reforzarán esta sensación de *fortaleza de Dios*. Recordando al colegio cardenalicio que ellos deben ser como un baluarte para la Iglesia en un momento tan trascendental como es un cónclave.

Se hubiera podido poner la capilla con el sagrario no en el centro del claustro, sino en una de las cuatro partes del edificio-claustro. Para así tener el lugar de oración más cerca de las habitaciones y salas de reunión. Pero es preferible que el sagrario se halle en el centro del claustro, para tener la sensación de "ir al Templo". Así como para mostrar físicamente la unión que debe haber entre el lugar de la votación y el lugar donde está la presencia de Cristo en la Eucaristía. El mensaje es claro: el lugar de las votaciones debe

considerarse un espacio sacro. Las votaciones tienen un carácter de acto sagrado. De forma que si el claustro cardenalicio ya es un lugar sagrado, el Templo Clementino será el lugar más santo de ese claustro.

En el edificio-claustro se repartirán las instalaciones necesarias: las diversas salas de reunión, el refectorio de los cardenales, el comedor de los operarios del lugar (personal de limpieza, de cocina, lavandería), la cocina, los almacenes, así como otros servicios. El resto del edificio-claustro estaría vacío. Esas partes vacías de la construcción se usarían como dos extensas galerías de notables proporciones, para que los cardenales puedan pasear si fuera llueve, hace frío o excesivo calor. En esas dos partes vacías del edificio estarán situadas unas salas menores que serán los almacenes. Así el cónclave, pase lo que pase, gracias a esos almacenes, podrá estar suministrado de alimentos y agua durante más de un mes. También contará con un grupo electrógeno que le proporcionará electricidad si fuere necesario. La amplitud de ese claustro con tanto espacio vacío, permitirá estar pertrechados de material si sucediera cualquier tipo de emergencia. De hecho, fuera del tiempo del cónclave se contará con esos almacenes como un depósito para emergencias.

Este Claustro Sixtino podrá ser utilizado como hotel, mientras no se use para el cónclave. A la gente le fascinará la idea de dormir en las mismas habitaciones que los cardenales y vivir en el mismo lugar donde tiene lugar el cónclave. Sin duda, la gente estaría dispuesta a pagar mucho dinero por alojarse en esos aposentos.

Como este edificio con sus dependencias, su templo, sus galerías, fuera del tiempo de cónclave, será visitado por tantas personas, este edificio-claustro deberá expresar arquitectónicamente la trascendencia del acto que allí tendrá lugar. Es decir, el claustro



será un libro escrito para los purpurados, pero también para toda la Iglesia. El edificio mostrará la magnitud del acto que ha tenido lugar allí, no con riquezas, sino con la noble austeridad de sus elementos. Los jardines del Celio situados en el centro de los claustros serán como los prados ingleses: suaves colinas cubiertas de césped, salpicadas de árboles solitarios. En los jardines no habrá nada geométrico, ni artificiales macizos de flores, ni setos. Los jardines parecerán un trozo de prado. En este claustro cardenalicio el prado rodeará el Templo Clementino.

Una de las ventajas del Claustro Sixtino es que, gracias a los muchos grupos que lo visitarán, y a los muchos documentales que explicarán ese edificio, qué sea un cónclave será algo mucho más conocido por todos, creyentes y no creyentes. Las explicaciones de los guías serán indirectamente una catequesis sobre la Iglesia. Pocas formas más agradables de conocer con más profundidad qué es el primado de Pedro que escuchar las explicaciones del guía, mientras estás viendo donde comerán los cardenales, curiosas por las galerías por donde pasearán los días de lluvia, visitas una de sus habitaciones o entras en la pequeña biblioteca que hay a disposición de ellos mientras están reunidos allí en clausura.

Mientras los cardenales no estén reunidos en cónclave, en la Capilla Sixtina se podrán celebrar misas cada día, sean éstas misas privadas o celebradas para pequeños grupos. Es más, se fomentará que sea usada esta capilla para este fin. De forma que cuando los cardenales se reúnan en ese lugar para votar, la Capilla Sixtina no sea un mero espacio de votación, sino un lugar santificado por la oración diaria. Pero, aunque se celebren misas en ese lugar, todo en esa capilla estará dispuesto permanentemente para el cónclave. Para que así quede claro a los que en ese lugar oran, que allí, justamente allí, se vota para la

elección del sucesor del Papa. Lo cual también tendrá un carácter práctico, no teniendo que realizar ningún cambio, ni siquiera pequeño, cuando se produzca la clausura.

Los escaños, las mesas de los que dirigen las votaciones, el ánfora metálica de los votos, todos los demás elementos necesarios para el cónclave se hallarán ya dispuestos en sus lugares respectivos, como si las votaciones tuvieran que celebrarse al día siguiente. Las misas de los visitantes se celebrarán en el altar central, el único de la capilla. De forma que el ánfora de las votaciones se situará, mientras no tenga lugar un cónclave, en un pedestal de mármol especial más cercano al espacio central donde pasarán los turistas. Para que así puedan contemplarlo de cerca.

Cosa conveniente el que pueda ser vista de cerca esa ánfora, pues el vaso que hará las veces de urna de los votos, será una especie de ánfora de plata, más ancha que alta, con dos asas, cubierta de inscripciones latinas así como de otras inscripciones en los idiomas de los distintos ritos de la Iglesia. Frases espirituales todas ellas haciendo referencia a las votaciones. Esta ánfora tendrá dos asas de bronce y un plato de oro colocado encima. El plato es donde cada cardenal coloca su voto antes de tomar ese plato y arrojar con él la papeleta en el ánfora. Los tres tipos de metal recordarán que entre los candidatos hay unos que son de oro, otros de plata y otros de bronce. Siendo misión de los purpurados discernir como peritos la calidad de los distintos metales y aleaciones que componen el metal de los candidatos a la Sede de Pedro.

Deberá evitarse construir una pasaje cubierto entre el Templo Clementino y el edificio-claustro. Tal galería rompería completamente la belleza visual de este templo pétreo como una fortaleza en medio del prado del claustro. Desde el inicio del

cónclave se proveerá a los purpurados de unos mantos gruesos con capucha para protegerse de la lluvia en el caso de que esto sea necesario para este corto trecho.

Estos mantos serán convenientes también para protegerse del frío. Pues sólo se calentará la parte del edificio habitada (habitaciones, salas de reunión, comedor, y algunas otras); tres de las cuatro partes del edificio (tres lados del claustro) serán largas galerías sin calefacción por tratarse de espacios vacíos demasiado extensos y de techos muy altos.

Con el pasar de los decenios, se podrán construir, al menos, cuatro pequeñas ermitas románicas en lo alto del edificio-claustro, en sus esquinas. A esas ermitas se podrá acceder desde el interior del claustro, ascendiendo por caminos-escaleras de suave pendiente. Así los cardenales que lo deseen podrán realizar pequeñas romerías personales a esos lugares. Estas pequeñas peregrinaciones servirán no sólo para realizar en ese tiempo sus devociones personales, sino también para hacer con ello algo de ejercicio. Estas romerías darán la sensación de una pequeña excursión en medio del encerramiento.

En el día en que se produzca la clausura del cónclave, varias cámaras de televisión podrán grabar el ingreso de los cardenales en la Capilla Sixtina así como el cierre de sus puertas. Después del *extra omnes* gritado por el Maestro de Ceremonias, la Guardia Romana acompañará a los que deben salir fuera de la clausura. Todo esto podrá ser grabado y transmitido en directo también. Por último, los encargados cerrarán la Puerta Magna, correrán una cadena alrededor de sus agarraderas y la sellarán. Delante de esa Puerta Magna será donde estén situados todos los medios de comunicación acreditados. La amplitud del lugar permitirá que todos puedan situarse allí con comodidad.

La Puerta Magna estará situada en un muro de piedra, espacioso, sin ventanas, sin adornos. Durante los días que dure el cónclave, las cámaras de todo el mundo filmarán una y otra vez este gran portón de ingreso cerrado y con la Guardia Romana flanqueando la puerta. La galería donde estará situada la Puerta Magna, será una galería interior del edificio-claustro, situado en un extremo de éste. Esa puerta sellada con los soldados y sus alabardas a ambos lados, será el gran icono visual del cónclave, con sus portones de acero y sus remaches metálicos. Las cámaras podrán filmar a otros diez soldados recorriendo en formación esa galería vacía, así como otra parte del perímetro de ese lado del claustro. La ceremonia del sellado de esa puerta se hará por parte de los protonotarios con toda la ritualidad y solemnidad que merece la ocasión.

Pero las cámaras no sólo filmarán la clausura de la Puerta Magna, sino que algunos pocos medios podrán incluso estar presentes en las ceremonias previas a la clausura. Después del *extra omnes*, podrán retransmitir cómo los no cardenales salen de la Capilla Sixtina y el maestro de ceremonias cierra las puertas de esa capilla. Acto seguido, las cámaras seguirán retransmitiendo la salida de los clérigos del Claustro Sixtino escoltados a ambos lados por la Guardia Romana. Y, por último, retransmitirán cómo se cierran los portones de la Puerta Magna y se sellan. Éste es un acto ceremonial que millones de personas querrán seguir en directo desde sus casas. Por lo tanto, debe realizarse con toda la majestuosidad posible.

Como ya se ha dicho, la Puerta Magna estará situada en un lado del claustro. Una galería amplia y vacía, desnuda de ornamentación. Un largo espacio sólo recorrido por los soldados que lo patrullen durante el cónclave. Esa galería tendrá a un

extremo la Puerta Magna y al otro extremo un muro. Tras ese muro, fuera de la vista, se hallará un atrio donde estará la Puerta Parva. El portón pequeño será el lugar por donde ingresarán los operarios y las cosas necesarias, tales como la comida fresca. La razón para que esta puerta menor se halle separada por un muro de la galería que forma ese lado del claustro, es para que visualmente parezca que la Puerta Magna es la única entrada al claustro. El acceso a la Puerta Parva se hará desde el claustro adyacente, no desde la galería de la Puerta Magna, galería ésta tan grande como todo el lado del claustro: galería sin columnas, desnuda, en piedra y hormigón. Visualmente será muy contundente el efecto visual de una gran superficie pétreo con una sola puerta clausurada.

No hace falta decir, que durante el cónclave la terraza superior del claustro, así como las dos calles intermedias (las dos elevadas a media altura del edificio) se hallarán clausuradas para los turistas. Incluso los puntos de conexión de la terraza del claustro del cónclave con los otros claustros tendrán una estructura metálica que se pueda retirar durante esos días como una especie de puente levadizo. De forma que quede como un foso de unos diez metros de anchura que haga imposible acceder por la terraza de un claustro a otro. Retirando estos puentes levadizos, será evidente que el Claustro Sixtino está físicamente separado del resto de los ocho claustros.

Los medios de comunicación, durante todo el tiempo de la clausura, sí que podrán acceder a la galería de la Puerta Magna. La reclusión del cónclave se materializará en una serie de pasos, todos ellos muy, digámoslo así, tangibles: el *extra omnes* Cardenalicio con el cierre de la puerta del Capilla Sixtina, seguido después por el cierre de la puerta del Templo Cardenalicio, el recorrido hasta la Puerta Magna, el sellado del portón, la Guardia

Romana que ocupa sus puestos flanqueándola, la orden del comandante y el escuadrón que parte a patrullar la galería y parte del perímetro, acto seguido se alzan los ocho puentes levadizos que conectan en cuatro emplazamientos el claustro con los otros dos claustros adyacentes.

Una particularidad de este claustro en concreto, es que ningún cardenal, sin excepción, vivirá en él hasta el conclave. El ingreso de los purpurados en ese lugar tiene que suponer una experiencia espiritual. Para ellos la mudanza a las dependencias del Claustro Sixtino tiene que suponer el ingreso a un lugar de oración, de retiro. Han de experimentar la impresión de penetrar en un lugar especial. Por eso, ningún cardenal vivirá allí por ningún espacio de tiempo, si no están reunidos en cónclave. El resto de dependencias de los otros claustros podrán ofrecerles alojamiento y lugar de reunión, pero no el Claustro Sixtino.

A los cardenales se les explicará que habrá dos tipos de alarmas. En la alarma 1, o alarma de ataque, los cardenales se refugiarían en un búnker subterráneo. Esta alarma sólo se activaría en el caso de un peligro real e inminente de que, por ejemplo, se esperase un ataque con un misil sobre el lugar. La posibilidad de que alguien quisiera hacer este tipo de atentado terrorista es sumamente improbable. Pero no debemos olvidar que en un cónclave estarán reunidos todos los cardenales-electores de la Iglesia. Debe existir un protocolo previsto de evacuación. Y mejor que tratar de desplazarse por pasillos en el complejo, sólo para ir un poco más lejos, será más rápido descender por varias escaleras cercanas y esperar a que el motivo de alarma desaparezca.

En el caso de que sonara la alarma 2, o alarma de intrusión, significaría que un comando de terroristas ha penetrado en el claustro. En ese caso, los cardenales se encerrarían en varias de

las cuatro salas acorazadas repartidas por el claustro. Salas de refugio, muy pequeñas pero herméticamente selladas, recubiertas de hormigón. Y esperarían allí a que los servicios de seguridad hubieran peinado el edificio concienzudamente, y quedarán libre de intrusos todas las estancias del claustro.

Salir fuera del claustro no será tan rápido como encerrarse en estos dos tipos de bunkers. Los cuatro lados del edificio tienen gruesos muros de hormigón de un metro de grosor, sin ventanas. La primera hilera de ventanas está a once metros de altura.

El claustro estará dotado, de forma absoluta, con dos únicas entradas. Sin la más pequeña excepción a ello. Este Claustro Sixtino estará diseñado, desde los cimientos hasta el techo, para ofrecer la máxima protección frente a los intrusos.

A las únicas dos entradas al claustro, por seguridad, les seguirá un trecho que actuará de verdadera ratonera para aquellos, muchos o pocos, que logran atravesar la primera puerta. Ese trecho será una especie de ancho pasillo, cuya compuerta más adentro será fácil de sellar desde fuera. Una vez sellada, gracias a un retardo en el cierre de una segunda compuerta, para los intrusos no será posible ni seguir avanzando, ni salir. Quedando encerrados en un espacio sin ventanas, y sin otras puertas que la del principio y el final, ambas de gran grosor y en un corredor de muros también de hormigón.

Una vez elegido el nuevo Papa, éste se trasladará a un balcón a saludar a los cientos de miles de personas congregadas en la explanada delante del Celio. Ir por la superficie, supondría tener que formar un cordón policial para que cientos de miles de personas no trataran de acercarse a la comitiva de automóviles. Eso requiere mucho tiempo de preparación.

Mientras que los subterráneos ofrecen mucha más seguridad frente a la posibilidad de atentados. Pues las calles inferiores al ser esencialmente un espacio diáfano entre pilares, permitirán docenas de trayectos alternativos. Pero para evitar cualquier riesgo de atentado en esa zona, cuando se elija un nuevo Papa, se detendrá completamente el tráfico en las calles inferiores, y tres caravanas atravesarán simultáneamente por rutas diversas esos subterráneos. Para cualquiera que planease un ataque con coche bomba, sería imposible saber en cuál de las tres hileras de automóviles transporta al nuevo Sumo Pontífice.

Pero antes de que la comitiva se ponga en camino, el mundo sabrá que hay un nuevo Vicario de Cristo, porque una gran chimenea de ladrillo en una parte de la fachada echará humo blanco durante un largo rato. La noticia de que hay un nuevo Papa, se transmitirá desde el Claustro Sixtino hasta esa chimenea de la fachada por el siguiente procedimiento. El Camarlengo llamará al puesto de la guardia situado a la entrada de la Puerta Parva. Desde dentro del claustro cardenalicio, sólo se podrá llamar a este puesto de guardia, ya que los cardenales se hallan incomunicados. El comandante del puesto de guardia llamará a través de un teléfono interno al encargado de la chimenea. Siempre que la fumata deba ser negra, bastará que se lo comunique. Pero si la fumata es blanca, tendrá que repetirle dos veces la palabra clave que indica que ha sido elegido un nuevo Papa.

La necesidad de la palabra clave se debe a que el encargado de la chimenea, al estar lejos, recibe la noticia por teléfono, y, por tanto, hay que evitar la posibilidad de un error o de que alguien que se haga pasar por el comandante. Repetir la palabra clave que únicamente conoce el encargado y el comandante de la guardia, evitará que se pueda dar una noticia falsa a la toda la Iglesia: bien por error (por no haber entendido bien), bien por simulación (que



alguien se haga pasar por el comandante de la guardia). Este tipo de precauciones son necesarias, cuando las cámaras de tantos equipos de televisión están enfocando a esa chimenea cada vez que sale humo de ella.

Una vez que salga humo blanco de la chimenea comenzarán a sonar las campanas de todas las iglesias de los nueve claustros. En el cónclave del 2005, se tardó una hora entre la aparición de la fumata blanca y la salida al balcón del nuevo Papa. En el Celio no se tardará menos. Pero un aspecto simbólico muy bello, es que el Santo Padre saludará a la multitud desde los cuatro lados del complejo de los nueve claustros. Con ese gesto se simbolizará que saluda a los fieles y a los hombres de los cuatro puntos cardinales del orbe. Será como asomarse a todas las direcciones del mundo. En el primer balcón será donde estará más tiempo y donde dirá unas palabras el recién elegido. En los otros tres balcones, se limitará a saludar a la multitud, después recitará una breve oración latina y dará la bendición. Si lo desea podrá decir unas breves palabras en cada una de los lados del Celio.

Frente al segundo balcón, le esperarán en primera fila cuatro grupos de personas: un grupo de cincuenta romanos que representarán a su rebaño de la iglesia de Roma. Un segundo grupo, formado por cincuenta católicos de todo el mundo. Un tercer grupo de cristianos de todas las confesiones. Y un cuarto grupo de no cristianos venidos de todo el mundo. De cada uno de estos cuatro grupos, se escogerán a tres personas, para subir hasta el balcón y saludarle personalmente. Frente al tercer y cuarto balcón le esperarán en cada uno otros cuatro grupos. Quienes integrarán estos ocho grupos habrá sido decidido previamente con tiempo. Unos grupos podrían ser, por ejemplo, enfermos, paráliticos y ciegos, que fácilmente podrán ser llevados de los hospitales y residencias del Celio. Los últimos cuatro grupos

podrían ser representaciones de judíos, musulmanes, budistas y una selección de otras religiones.

Estos saludos expresarían el hecho de que el Papado en el siglo XXI ya no se limita a ejercer el pastoreo de los católicos. Sino que ejerce un verdadero liderazgo espiritual sobre toda la familia de la Humanidad. Los cuatro saludos desde los cuatro balcones (con los desplazamientos necesarios) podrían completarse en el transcurso de una hora. No es mucho para un momento tan señalado. Un momento que tendrá repercusión planetaria.

## II Parte

---

El Templo o la construcción de la montaña sagrada

### **18. El Basilicarión**

El Celio comenzó con el Templum Cuadratum como lugar cultural. Después vinieron las cuatro iglesias angulares en las esquinas del Claustro Central. Más templos fueron surgiendo para acoger el número creciente de visitantes y peregrinos. Más adelante, la Basílica Constantiniana. Pero los que vean el complejo de los nueve claustros se preguntarán: ¿por qué no erigir un gran templo, un templo que sea la gran iglesia del Celio?

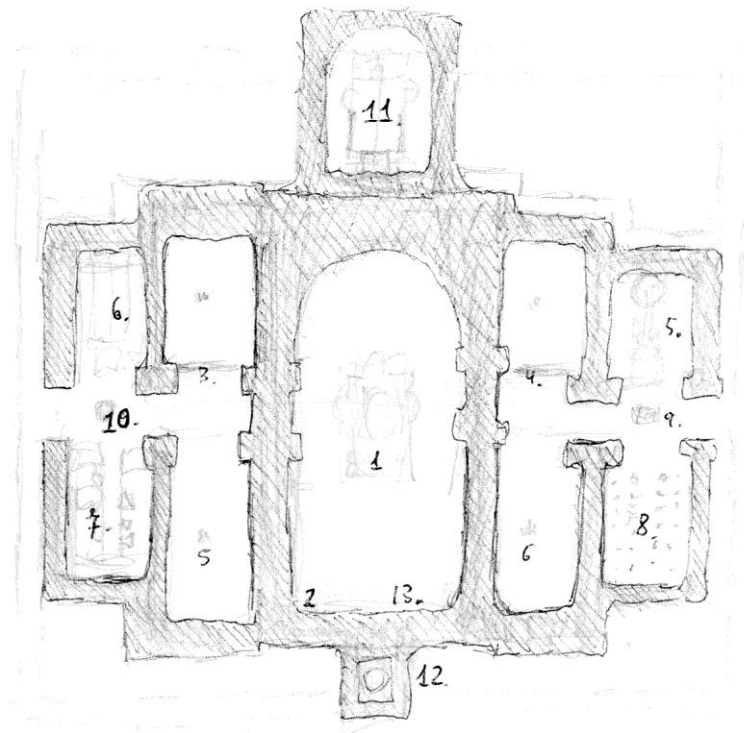
El Basilicarión será el gran templo del complejo, el templo por excelencia. No será una iglesia más, será el Templo. Un proyecto que para ser finalizado, requiera un siglo entero. Si es necesario, más. Un templo que embarque a la Iglesia en un proyecto a largo plazo. Esa iglesia que se va erigiendo sin prisa, será la imagen de una Iglesia universal en construcción. El Templo estaría situado al Este del Celio, anexo a él. Al Este, pues del oriente viene la luz. La planta del Basilicarión formará esencialmente un cuadrado, que si algún día se llegase a terminar contaría con dos kilómetros de longitud.

La longitud de San Pedro del Vaticano es de 183 metros. Se construirá más grande que la Basílica Vaticana, porque será el templo del siglo XXI, un templo planetario, para toda la raza humana.

Se comenzará la construcción de esta basílica por su Muro Este, concretamente en el centro de ese muro, donde estará el ábside. A esta nueva basílica, ya desde el principio, se le otorgará el título de archibasílica. El ábside será una mezcla entre algo moderno, un ábside catedralicio y un flanco de Santa Sofía. Este ábside colosal surgirá de ese Muro Este como una contundente afirmación. Como el Basilicarión tardará un siglo entero en finalizarse, este ábside servirá de templo para celebraciones que sean tan masivas que no se dé abasto con la Basílica de San Pedro en el segundo claustro. El ábside será esencialmente un espacio con nueve columnas-edificio de siete plantas de altura.

Esas columnas de aspecto pesado, románico, sostendrán un techo plano con un jardín superior por el que se podrá pasear. Este ábside en su interior se mostrará muy desnudo. Será una hibridación entre el románico y el minimalismo moderno. El altar primitivo de piedra en su centro apenas tendrá ornato. Sólo alrededor de la base de estos nueve pilares se irán colocando relieves como tímpanos de pórticos medievales. Los muros del ábside sí que irán siendo decorados con frescos. Pero el ábside en sí, será un espacio desnudo iluminado con la luz de vidrieras.

De este ábside partirán a derecha e izquierda las capillas que recorrerán el Muro Este. Estas capillas serán grandes como iglesias. Pero al lado de la magnitud del ábside y del pasillo que llevará a ellas, parecerán meras capillas. La parte central del Basilicarión será la última en construirse, por tener las edificaciones más altas y que requerirán mayores presupuestos. De forma que el proyecto avanzará desde afuera hacia el interior.



- 1. PRESBITERIO
- 2. NAVE CENTRAL
- 3. ESCALINATA DE SUBIDA
- 4. " " "
- 5. Tienda de la Reunión
- 6. Templo de Salomón
- 5. Basílica de la Resurrección
- 6. Basílica de San Pablo Extramuros
- 7. Capilla de los distintos ritos
- 8. Zona sepulcral
- 9. Capilla de la Resurrección
- 10. Calvario

- 11. Basílica Constantiniana de San Pedro
- 12. Monte Tabor
- 13. Escalinata Mayor

## 19. La Nave Central

La Nave Central además de estar en el centro del Basilicarión, será su corazón, su parte más interna. Para hacerse una idea de las dimensiones de este espacio arquitectónico, lo mejor es compararla con la nave central de la Basílica de San Pedro del Vaticano:

### Longitud

Vaticano: 187 metros

Basilicarión: 400 metros

### Anchura

Vaticano: 26 metros

Basilicarión: 200 metros

### Altura

Vaticano: 45 metros

Basilicarión: 230 metros

La Nave Central del Basilicarión no es excesivamente más larga que la del Vaticano. Porque la del Basilicarión pretende ser un rectángulo perfecto. Mientras que la del Vaticano es larga y estrecha. Sin embargo, la nave central del Basilicarión es más de cuatro veces más ancha que la del Vaticano. La impresión de amplitud y colosalidad será grandiosa. Un gigantesco rectángulo vacío, una forma geométrica perfecta, de proporciones áureas. No se quiso hacer más larga la nave central, porque para aquellos que hubieran querido asistir a misa, hubiera significado no perder toda conexión visual con el altar. Mientras que con estas proporciones, el gran baldaquino sí que será visible en cualquier punto de la nave.

La nave central tendrá una estética fundamentalmente minimalista, algo decididamente moderno. Ningún ornato, ninguna añadidura, debe enturbiar sus líneas puras. Si en el resto del Basilicarión existirá un criterio de adición, de añadidura de elementos que muestren el paso de la Historia, en esta nave se preservará su desnudez.

Los pilares y muros de esta archibasílica en su nave central y las adyacentes se mostrarán gigantescos, porque en su interior esos muros y pilares serán en realidad edificios ocupados por apartamentos y oficinas, a los que se accederá a través de un nivel

subterráneo. Cada muro de sus dos muros más largos, estará formado por cuatro rascacielos que serán los pilares internos de la estructura que sostendrá sus muros. Cada uno de esos pilares requerirá de tres años para ser erigido. Las estructuras que los unirán entre sí, a modo de puentes, serán los que les den un aspecto continuo. Esos puentes serán recubiertos por paneles que formarán una superficie continua. Esta superficie será tan lisa, tan carente de ornatos, que habrá que colocar algún elemento, que permita tener una referencia para apreciar sus dimensiones.

Por esa necesidad de referencias y para evitar la frialdad de una pared enteramente desnuda, hasta una tercera parte de la altura de los muros, estos tendrán el colorido, formas y arcos de la Basílica de San Pedro del Vaticano, con sus arcos, estatuas y todos los demás elementos ornamentales. Después los muros se elevarán como una superficie limpia, lisa, de un blanco perfecto. Visualmente contrastará la parte inferior, más oscura, con la parte del techo de contrastante blancura pues será por donde entra la luz a la nave. Estos muros no tendrán ventana alguna. Todo el techo estará cubierto por una especie de lona sujeta por cables como los de los puentes colgantes. Los espacios abiertos entre lona y lona, los espacios abiertos entre la lona y los muros, harán la función de ventanales.

Los efectos de la luz viniendo enteramente del techo sobre una nave sin ventanas, crearán una sensación de elevación. Sin contar con la belleza de la transición de la gran luminosidad de lo alto, con la mayor oscuridad de la parte inferior, creando una parte intermedia de transición.

Durante varias horas cercanas al mediodía, los haces de luz penetrarán definidos en la nave. Serán haces como los del Panteón, sólo que haces alargados y paralelos. Lo mismo que en

el Panteón, la lluvia penetrará al interior de la nave. Dado que la caída del agua será vertical y en lugares definidos, se podrán acotar esas zonas para no poner asientos. Si bien sólo una quinta parte de la inmensa nave contará con asientos.

Los muros de la Nave Central no contarán con frescos, ni se les irán añadiendo estatuas. La luz penetrando en esa geometría será su ornato. Los arcos, que sólo llegan a la tercera parte de la altura de los muros, conectarán esa nave con la idea de nave central de las catedrales de todas las épocas anteriores. Esos arcos recorriendo la entera longitud de los muros son necesarios para dar salida a la masa de gente que allí se congregará.

En la línea de unión entre los arcos y el resto del muro, hay varios escalonamientos blancos. Sobre ellos hay colocadas estatuas de ángeles de mármol blanquísimo. Más estatuas jalonan los cuatro muros de la Nave Central hasta su parte superior. Los ángeles son tan blancos y estarán colocados sobre un fondo blanco. De forma que habrá que aguzar la vista para percatarse de esa multitud de miles de ángeles, que día y noche miran hacia el interior de la nave.

Esta muchedumbre de ángeles en medio de la luz será, si se puede decir así, el único retablo de la nave central. Un retablo superior formado esencialmente por luz. No habrá, por tanto, un pantocrátor en su cabecera, ni nada similar. La Nave central será como el estuche que contendrá una gran joya, y esa joya será el Baldaquino situado en su centro, un baldaquino descomunal como una montaña sacra.

La palabra *montaña sacra* es muy adecuada, dados sus treinta y seis metros de altura hasta el altar. Por encima del altar, hay otros setenta metros hasta llegar a la cruz que corona el techo del



baldaquino. Pero esta montaña sagrada tiene las formas rectilíneas de un pedestal renacentista escalonado en tres niveles. Recuerda algo al sepulcro de Julio II, sin la parte del sarcófago.

El sagrario de la Nave central estará en una capilla en el interior de la gran mole de mármol que es la base del baldaquino. La gente sentada en los bancos sabrá que tras la puerta dorada que ven en esa montaña, se guarda la reserva eucarística. La puerta dorada será como una puerta de sagrario sólo que de cuatro metros de altura, acorazada y recubierta de oro purísimo. Habrá cuatro puertas doradas, una en punto cardinal del pedestal. Así todos los sentados alrededor, podrán localizar donde está el sagrario.

La Capilla del Sagrario es un poco peculiar. Primero porque nadie puede subir a ella para orar dentro. Si un fiel quisiera hacerlo, tendría que subir al presbiterio, seguir aproximándose al baldaquino, ascender por sus escalinatas y llegar a una de las puertas, que están a media altura del pedestal.

La segunda razón por la que nadie puede orar dentro de esa capilla, es porque allí se deben reservar las formas consagradas que sobran tras la misa. A la misa dominical usualmente asisten no menos de cien mil personas. Eso supone que, de forma usual, pueden quedar más de cincuenta copones completamente llenos, de los cuatrocientos empleados en la ceremonia. Razón por la cual, la Capilla del Sagrario es una capilla en la que hay cuatro extensas mesas de mármol como altares, sobre los que se colocarán los copones. La entera capilla será el sagrario y sus cuatro puertas de oro serán, realmente, las puertas del sagrario. En el centro de la capilla cuelga una lámpara de bronce con la típica vela roja que recuerda la presencia de la Eucaristía en todos los sagrarios del mundo.

Sea dicho de paso, en el pedestal del baldaquino, a media altura, pero por encima de la Capilla del Sagrario, hay en cada lado una ménsula que surge del mismo muro del pedestal. En cada una de esas cuatro ménsulas, se colocarán los cuatrocientos copones que serán necesarios para proveer de formas a los asistentes en una misa dominical normal de cien mil asistentes. Los presbíteros, durante la consagración, estarán mirando al altar central, pero rodeando estas cuatro ménsulas. En el momento de administrar la comunión, cuatrocientos ministros partirán en todas las direcciones de la nave. Aunque las misas con cien mil asistentes serán comunes, habrá misas en las que asistan más de trescientas mil personas.

En la parte de la Nave Central donde debería estar el ábside de la Nave Central, sí que se abrirá un ábside pero que llegará sólo hasta la altura de los arcos. Dado que hasta la altura de los arcos, sí que se acumularán estatuas, lápidas, relieves y todo tipo de elementos ornamentales, es lógico dotar de una cabecera a ese rectángulo.

La sensación que dará la nave, con esas dos zonas (la ornamentada de los arcos y la desnuda por encima) será la de una catedral a que le hubiéramos quitado sus bóvedas y techo, y que se abriera a la luz divina celestial. Esa pureza de blancura hará del lugar una especie de puerta, de túnel, de ventana abierta a las esferas angélicas. Por eso la luz no debe ser enturbiada por nada y la superficie de la nave debe ser de una blancura impoluta.

Mucho más abajo, poco visible a no ser que uno se acerque, sí que se verá que la nave cuenta con un ábside con un pantocrátor. En ese ábside está el Coro Áureo, el coro de los monjes de la

Abadía de San Simeón Estilita. Lo monjes benedictinos que habitan en parte del edificio que es esa archibasílica. En el lado opuesto al ábside, está la Escala de Jacob: una monumental escalera por la que se puede ascender hasta las varias terrazas superiores. Terrazas escalonadas que recorren los muros de la Nave Central, por dentro y por fuera de la nave. La gran escalinata llega, por fin, hasta la terraza superior que recorre el rectángulo de la nave.

La Escala de Jacob comienza con una extensa escalera como la de Santa María de Araceli, sólo que enmarcada por elementos renacentistas. La escala una y otra vez se bifurca y se vuelve a juntar. Zigzaguea simétricamente hasta llegar a los muros que la enmarcan, llenando todo el espacio de los pies de la nave. En un tramo, la escalera se divide en cuatro escaleras menores y paralelas. Los rellanos de descanso con bancos para sentarse están diseminados cada cierto trecho. Y por todas partes se yerguen estatuas de mármol blanco que representan a majestuosos ángeles. Esa escalera representa el camino de ascenso que es la santificación. Esa escalera tiene que dar la sensación de que lleva al cielo.

La mayor parte de los turistas animosos se lanzan escaleras arriba, pero las escaleras les vencen y sólo alcanzan a llegar hasta cierta altura. Los muros de la Nave Central, con sus 58 plantas, triunfan sobre los ánimos de la mayoría. Los turistas cuando se ven agotados, salen de la escalera y recorren las terrazas superiores, desde donde tienen magníficas vistas de la Nave Central. Algunos pocos, gente muy entrenada, y haciendo muchos descansos, ascienden hasta salir a la terraza superior.

La escala más allá de los arcos inferiores, se vuelve completamente blanca como los muros de la nave. Además, dado

que cada vez menos gente prosigue su ascenso, la escalinata se vuelve progresivamente más estrecha. La escalera que comienza ascendiendo en sentido longitudinal respecto a la nave, acaba ascendiendo en sentido axial y cada vez más oculta en el muro, pues la baranda oculta hasta el pecho a los pocos que sigan subiendo. Al final, la Escala de Jacob da la sensación de que se pierde en la blancura del muro. Si se aguza mucho la vista, se puede seguir la línea ascendente que marca la baranda blanca.

Esta nave central requiere de la construcción de una estructura esencial, que es el equivalente a levantar ocho rascacielos. Puede parecer un presupuesto imposible. ¿Pero que son ocho rascacielos para la gloria de Dios? Bien poca cosa. Las proporciones que he descrito antes, pueden parecer más propias de una fantasía wagneriana, que de la realidad. Pero, recordemos, que la realidad será lo que nosotros queramos. Démonos cuenta de que solamente organizar la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid en el año 2011, tuvo un costo de 50 millones de euros. Levantar la Torre Sacyr (del complejo de Las Cuatro Torres en Madrid) costó 350 millones de euros, sin contar el precio del terreno. Como se ha dicho, cada uno de esos pilares de la Nave Central requerirá de tres años para ser completado; eso fue lo que costó acabar cada una de las Cuatro Torres. Eso significa que el presupuesto para erigir cada pilar se costea dividido en tres años. Luego, sin ningún esfuerzo presupuestario especial del Vaticano, la Nave Central podría estar acabada en un plazo que va de no más de quince años. Y estamos hablando de la parte más colosal del Basilicarión y de todo el complejo del Celio. Incluso esa parte, hoy en día, sería perfectamente realista el llevarla a cabo. Mucho más cuando al presupuesto actual Vaticano, se sumen los beneficios procedentes del complejo.

Una vez que se finalice la Nave Central, ésta se alzaré como un símbolo indiscutible del catolicismo. Nótese que esta forma rectangular recordará el Arca de la Noé, el Templo de Salomón, recordará un sepulcro del que se resucita, del que resucita la Iglesia entera. Será un símbolo triunfal. Un impresionante aleluya. Todos los siglos han dado lo mejor para Dios en cada época. El siglo XXI tendrá en sus manos una ofrenda, que no será una iglesia más.

Muchas vueltas he dado durante años a la forma que debía tener el centro del Basilicarión: ¿cruz latina o cruz griega? Después de darle infinitas vueltas, llegué a la conclusión de que esto era Roma, y que por tanto había que reproducir las antiguas basílicas romanas: eso significaba un gran rectángulo central.

Esta nave central contará con un descomunal baldaquino en su centro, que permitirá llenar ese espacio vacío y señalar de forma clara un centro. El baldaquino, de por sí, será grande como una iglesia. Este baldaquino tendrá un estilo semejante al de la Catedral de San Louis (Missouri). Este baldaquino será tan grande, que dentro de él habrá un ciborio de tamaño normal. Un ciborio como el de San Pablo Extramuros.

El interior del ciborio estará oculto por velos sutilísimos, que dejarán ver el interior pero que denotarán que allí está el lugar más sagrado dentro del lugar sagrado. Será como una tienda (y *plantó su tienda entre nosotros*) en medio del Templo. Bajo el ciborio, en un nivel inferior, estará el gran sagrario del Basilicarión, el sagrario de la nave central. Si la Nave Central está en el centro del Basilicarión, el sagrario estará en el centro de esa nave. En el centro exacto de la planta cuadrado sobre la que se eleva todo el Templo con todo lo que rodea a la Nave Central. Será como su corazón.

En ese altar, continuamente, se celebrarán misas, pues todos los grupos pondrán celebrar allí. La idea es que sobre ese altar haya un culto ininterrumpido día tras día, año tras año.

Si los grupos de peregrinos no superan las dos mil personas, podrán escuchar misa simplemente estando en los alrededores del Baldaquino, cuyo ciborio estará muy elevado. Pero en las grandes celebraciones, con decenas de miles de personas, se hará necesario seguir la eucaristía a través de las pantallas. Pues en el centro de la nave sólo se verá el baldaquino, sin que sea posible divisar las ceremonias de su interior. Las pantallas no serán un elemento añadido a la arquitectura. Sino que el proyecto inicial ya las tendrá en cuenta como partes integrantes de ese espacio. En vez de colocar pocas muy grandes, se dispersará un número mayor de dimensiones más pequeñas.

La nave central sólo dispondrá de bancos en una tercera parte de su superficie, situados en torno al presbiterio en torno al baldaquino. Justo delante del presbiterio, los mármoles del pavimento mostrarán un dibujo: la planta de la basílica vaticana. Así se verán las dimensiones de los dos templos comparados, y se podrá apreciar la grandeza del nuevo templo. Sobre todo se verá bien desde las terrazas intermedias, desde donde algunos seguirán las ceremonias, viéndolas desde lo alto.

La Nave Central tendrá dos elementos más, situados longitudinalmente, cada uno a noventa metros de distancia del baldaquino: la sede y el ambón. Si el baldaquino está situado en el centro del rectángulo que forma la nave, cada uno de estos otros dos elementos están situados a media distancia entre ese centro y el extremo del rectángulo.

El Trono de la Palabra será un elevado ambón de estilo gótico-románico desde donde se leerán las lecturas. Será un ambón a medio camino entre el púlpito de la Catedral de Ravena y el de la Catedral Nacional de Washington, pero sobre todo será como el de la Catedral de Siena, una obra de indescriptible belleza.

El mismo ambón servirá de marco pétreo a una Biblia de grandes dimensiones, escrita a mano, siempre abierta. El lector del ambón estará orientado en su lectura hacia afuera, como para dar a entender que se lee la Palabra para que la escuche el mundo.

Frente al Trono de la Palabra, los bancos donde se sienten los fieles tendrán una disposición coral. Eso simbolizará que la comunidad se reúne en torno a la Palabra para meditarla, están sentados allí para escuchar y meditar las Escrituras. En el extremo de ese espacio vacío, frente a la Biblia, habrá varios siales, y en medio de ellos los asientos de tres obispos. Ellos constituirán la presidencia de ese espacio de congregación en torno a la Palabra de Dios.

En las liturgias papales, en esa parte de la Nave Central, la dedicada a la Palabra, como mínimo, habrá tres obispos con sus mitras y capas pluviales. Capas pluviales y no casullas, pues los allí sentados lo harán para presidir la escucha de la proclamación de la Palabra, no para celebrar ellos la misa. Los concelebrantes se sentarán alrededor del baldaquino, en el presbiterio.

En torno a estos obispos que presiden la escucha de la Palabra, habrá ocho presbíteros revestidos con alba y estola. El resto de obispos y sacerdotes ocuparán la primera fila de los bancos en disposición coral. Se sentarán en los escaños de la primera fila. Escaños como los de un coro de canónigos. Estarán revestidos con hábito coral.

La razón de que estén esos clérigos allí, junto a esos tres obispos revestidos litúrgicamente, es evitar que parezca que esa mitad de la Nave Central quede como sin presidencia, pues la sede donde se sienta el Papa, está situada en el lado opuesto de la nave, con el baldaquino en medio.

El clero que participa en una liturgia papal, se situará en cuatro lugares de la Nave Central. En una celebración típica con participación de quinientos clérigos, la mayor parte se situará en el presbiterio que rodea enteramente al baldaquino. Divididos en dos grupos. Con tres obispos presidiendo, situados en el presbiterio, justo frente al baldaquino en el lado norte. Y otros tres obispos en el mismo lugar, pero en el lado opuesto, en el lado sur del Baldaquino.

Dadas las dimensiones de la nave central, si no se distribuyeran de esa manera, daría la sensación a los fieles de no tener una presidencia cercana. Muchos sólo la verían en las pantallas. Pero estas tres presidencias menores, no irán en detrimento del hecho de que la sede de la nave central estará en el llamado Solio de la Santa Sede, situada en sector este de la nave.

Unos cincuenta clérigos estarán enfrente del Trono de la Palabra. Y otra cincuentena se situará en torno al Solio de la Santa Sede. El resto del clero se situará en el presbiterio, en torno al baldaquino. Los concelebrantes que, usualmente, no superarán los doce obispos y los treinta presbíteros, se situarán en el presbiterio. Los cuales sólo comenzarán a ascender por las escaleras del pedestal del baldaquino, al comienzo de la liturgia eucarística. El Papa y otros dos obispos se colocarán justo delante del altar. El resto de los obispos varios escalones por debajo. En un círculo inferior los presbíteros.



El Solio de la Santa Sede será una especie de pedestal, en cuya cúspide se sentará el Romano Pontífice. La sede del Papa, sobre la que físicamente se sentará, será de aspecto romano clásico, en mármol blanco, muy labrada. Flanqueando al Papa, dos escalones más abajo, estarán los dos ceremonieros sobre asientos de madera. Más abajo siete cardenales revestidos con hábito coral: de rojo con sus galeros, sentados en siete sitaliales de madera como los de un coro catedralicio. Debajo de ellos, un arzobispo flanqueado por dos obispos, revestidos con mitra y capa pluvial. Estos tres obispos, así como los siete cardenales, permanecerán en sus asientos cuando el Papa se dirija al Baldaquino. Evitando así al quedar vacíos sus asientos, se ofrezca la sensación de que no hay presencia del clero en esa parte de la nave.

Este pedestal para la sede del Santo Padre, será símbolo de la Santa Sede. Es decir, no simbolizará únicamente a la Cátedra de Pedro, sino al Papa rodeado de sus colaboradores.

En esa sede sólo se sentará el Papa. Si celebra otro ministro como celebrante principal, los cardenales y obispos sí que se sentarán en los asientos que les corresponden en este conjunto, pues representan a la Santa Sede. Pero dejarán vacío el asiento superior del Papa.

Alrededor de este pedestal que es el Solio de la Santa Sede, al nivel del suelo estarán los asientos de los obispos y presbíteros que no concelebrarán. Estos clérigos rodearán el pedestal, completando el símbolo de la Santa Sede en su sentido extenso, colectivo.

La homilía se leerá desde por el Papa sentado en su sede. El Papa y los que le rodean cuando están sentados en el Solio, miran en

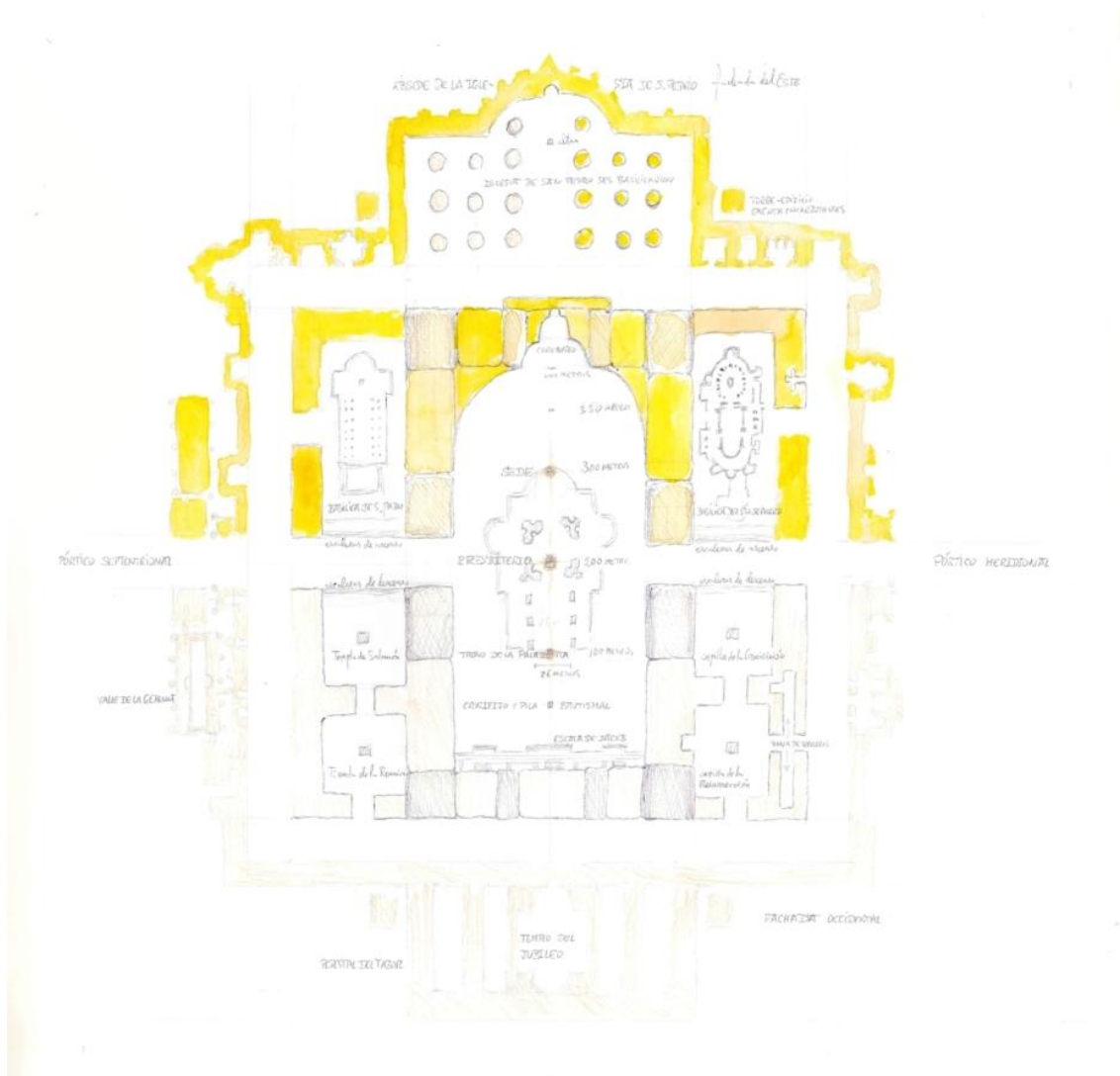
dirección opuesta al baldaquino. Con eso se da ofrece la sensación de que se predica hacia fuera, hacia el mundo y los fieles allí congregados. Además, es lógico que se haga así, pues ellos son la presidencia y deben mirar a aquellos a los que se dirigen.

Cuando no haya ninguna liturgia papal, los asientos de madera de los ceremonieros se retirarán. De forma que sobre el pedestal aparecerá de forma evidente, en toda su belleza, la cátedra de Pedro. Fuera de las ceremonias, incluso sin nadie sentado en ella, será un bello símbolo del magisterio y autoridad del Sucesor de Pedro.

Los fieles y el clero se distribuirán alrededor de estos tres puntos focales: el baldaquino, el ambón y la sede. Todos los presentes podrán seguir la celebración, visionándola a través de las pantallas distribuidas por toda la nave.

Entre la sede y el baldaquino, a mitad de distancia, estará el cirio pascual. El candelabro de piedra será parecido al de la Basílica de San Pablo Extramuros; aunque de menos altura. Tres metros es más que suficiente para el candelabro, de lo contrario el cirio queda empequeñecido ante su candelabro. Alrededor de ese candelabro, habrá cien candelabros de bronce de unos tres palmos de altura. Esos candelabros sostendrán velas de distintas longitudes y de unos seis centímetros de anchura. Serán velas recogidas de otros lugares del Basilicarión.

Tanto el cirio pascual como las cien velas se mantendrán encendidas día y noche hasta que se consuman. Sólo el cirio pascual se remplazará durante la mañana en la que se vea que se va ya a consumir enteramente.



## 20. Naves laterales

La nave central contará con dos naves laterales que alzarán a la mitad de altura de la Nave Central. La razón de estas naves laterales está en que ofrecen al conjunto una proporcionalidad. El corazón del Templo no puede parecer como una gran caja solitaria en medio de construcciones diminutas. De forma que grandes toldos sujetos por cables como los de los puentes colgantes, caerán desde los flancos de la Nave Central hacia el siguiente edificio-estructura, que tendrá la mitad de altura.

El conjunto dará la impresión de que la nave central y sus dos laterales forman algo así como una gran tienda. El Basilicarión en

su parte central será como la Gran Tienda de la Reunión. Rectangular como el Templo de Salomón, al mismo tiempo con “tela” (en realidad gruesos toldos) para recordar la Tienda del desierto en la época de Moises. Por otra parte, el conjunto de una nave central con dos naves laterales no dejará de tener un evidente aspecto catedralicio de tipo medieval.

Los toldos serán coloridos y permitirán innovación de diseños y colores. Siendo posible sustituirlos a través de los cables. Cables que permitirán el movimiento de operarios por ellos, lo mismo que en los puentes colgantes. Como ya se ha dicho antes, los toldos que hacen de techo dejan franjas discontinuas entre ellos. De forma que los haces de luz descenderán de forma muy rotunda también sobre las naves laterales.

También en las naves laterales, toda la luz procederá de lo alto. Los muros estarán desprovistos de ventanales. Pero estarán salpicados de la luz que procederá de las ventanas de las viviendas y oficinas. Ventanas que serán muy pequeñas, como marcos cuadrados en cuyo interior los cristales estarán integrados en un arco geminado. En otras zonas, el cristal de la ventana estará enmarcado en la típica forma trilobulada gótica. También los muros de las naves laterales estarán recorridos por tres niveles de terrazas.

Las dos naves laterales estarán divididas en cuatro espacios, puesto que un pasillo central las atravesará por la mitad. En esos cuatro espacios se colocarán cuatro elementos: una reproducción de la Tienda de la Reunión, el Templo de Salomón, la Basílica de la Resurrección de Jerusalén y la Basílica de San Pablo Extramuros. Serán reproducciones exactas, históricamente perfectas, con todos los elementos arquitectónicos y los elementos

que hay en esas basílicas cristianas, y los elementos que hubo dentro de esos espacios sacros del Antiguo Testamento.

Se reproducirán los vasos del Levítico, el mar de bronce sobre los doce toros, el candelabro de oro, todos sus elementos, que siguen siendo una enseñanza permanente. Y más en ese lugar, pues recuerdan el sentido del Basilicarión. Lo mismo sucederá respecto a esas dos basílicas cristianas. De forma que los cuatro espacios de las naves laterales son como cuatro estuches para contener esas cuatro joyas.

Por supuesto que los judíos pondrán su grito en el cielo, clamando que les parece poco menos que una blasfemia el que nosotros hagamos una reproducción del Templo de Salomón. Pero el beneficio de toda la Iglesia pudiendo contemplar y penetrar en lo que son las raíces de nuestra fe, estará por encima de las protestas. Y más, cuando con el pasar de una o dos generaciones, serán los mismos judíos los que de forma individual se acercarán con curiosidad a ver esas reproducciones.

Con lo cual, durante las generaciones siguientes, los judíos del mundo verán con sus ojos la incontestable unión que existe entre el Antiguo y el Nuevo Testamento materializado en ese templo de la Antigua Alianza dentro de gran Templo de la Nueva. Las protestas serán fortísimas durante un par de decenios. Pero después será causa de muchas conversiones. Además, ese templo será una gran afirmación: ¡somos hijos de Abraham!

Tanto en el Templo de Salomón, como en la Tienda de la Reunión, no habrá culto alguno. Será un lugar para ser visto desde el atrio. No se entrará dentro, por respeto a lo que representa, un lugar santo. También porque, dadas sus dimensiones, se llenaría enteramente de gente. Pero en las dos arcas de la alianza de los

dos lugares santos, se colocará la Eucaristía. Se permitirá que los sacerdotes que vayan vestidos con sotana, puedan entrar en el santuario y sentarse en los muros para hacer unos momentos de oración. Los obispos (si van revestidos con traje talar) podrán incluso entrar más allá del velo y hacer oración dentro del Sancta Sanctorum. Lo mismo que era necesaria una ropa especial para que los sacerdotes entraran en el antiguo templo, así también se requerirá para penetrar en estos lugares sacros.

Las dos basílicas y los otros dos espacios estarán elevados a quince metros de altura. Se accederá a ellas a través de cuatro escalinatas que abarcarán de un lado a otro toda la nave lateral. Esta elevación, además de proporcionar variedad visual, dará la sensación de ser un lugar de ascensión.

Esta nave central y sus dos laterales formarán un cuadrado. Será un cuadrado dentro del cuadrado que es el Basilicarión. El resto del Templo estará articulado como una sucesión de naves secundarias distribuidas en torno a este amplio pasillo que recorrerá el perímetro de este cuadrado. El Templo será en cierto modo una sucesión de tres cuadrados concéntricos.

A diferencia de la Nave Central, las naves laterales sí que contarán con cuatro ábsides con frescos gigantescos que representarán a la Virgen María, los santos, la Iglesia y los ángeles. En esos cuatro ábsides de las naves laterales, no está representado Cristo, porque es la nave central es la que le representa. Por otra parte, en el ábside del Coro Áureo sí que aparece Él.

Los muros-edificio más grandes del interior del Basilicarión, no sólo dividen con fuerza el interior del espacio sacro, sino que también permiten poder ascender por sus muchas escaleras y

recorrer la azotea de este macrotemplo. Estos muros-edificio crean una discontinuidad en un espacio que sin ellos parecería una mera acumulación sin plan orgánico.

Las naves laterales tendrán a su vez otras naves laterales, y después una constelación de capillas siguiendo las pautas de los corredores. Los corredores de estilo gótico, tendrán quince metros de altura y treinta metros de anchura. Una hilera de pilares recorrerá longitudinalmente esos corredores. Cada sección del corredor estará sostenida por dos pilares laterales y uno central. A partir de esos arcos laterales es donde se irán añadiendo las iglesias y capillas que flanquearán los corredores a ambos lados.

## 21. El resto del Basilicarión

El interior del Basilicarión no tendrá una única estética. Aunque lo neogótico, con partes románicas y otras modernas de estilo minimalista. Pero también habrá partes renacentistas, paleocristianas y hasta algunas capillas barrocas. Los amplios corredores harán que el Templo ofrezca interiormente el aspecto de un bosque de pilares. Será un templo pensado para pasear orando por él, para perderse entre sus recodos, para explorarlo.

Las dimensiones del templo obligarán a construir en hormigón. Las bóvedas, la mayoría de ellas pintadas en azul con estrellas, serán de un material plástico ligero. La sobriedad y desnudez en las paredes imperará. Pocos serán los materiales nobles empleados. Pero los elementos ornamentales que se incluyan sobre sus paredes desnudas, deben ser sencillamente perfectos. La ornamentación con retablos de apariencia de alabastro, réplicas de trípticos, o falsos mosaicos, debe ser inmejorable. Pocas obras pero magistrales, ése debe ser el espíritu. Sin tener ninguna prisa por llenar esos espacios.

La basílica tardará mucho en ser acabada, pero no importará. Porque incluso durante su construcción se convertirá en lugar de visita turística. Visitar un lugar en construcción tiene un indudable interés. Por eso se habilitarán zonas para su visita. El Templo será tan gigantesco que sólo un pequeño sector de él se mostrará con grúas, camiones y los operarios trabajando en él. El resto del Templo se mostrará inacabado, pero limpio. Con las naves abiertas, todavía sin cerrar, pero bello en su carácter incompleto.



Por otra parte, desde el principio, los visitantes del Basilicarión tendrán una visión integral del proyecto. Porque el perímetro de los muros externos y los principales pilares aparecerán ante la vista de los visitantes. La explanada tendrá el aspecto de las abadías ruinosas inglesas de Glastombury, Bolton o Ripon, cubiertas de césped, a cielo abierto. Esos primeros metros de alzada de la construcción, en realidad, serán estructuras muy simples cubiertas de materiales plásticos. En cierto modo, esa explanada cubierta de ruinas y césped será como un gran escenario de Cinecittá a base de algo más resistente que el cartón piedra. De este modo, desde muy pronto, será posible tener una visión completa del perímetro y de muchos de sus pilares.

La construcción de la Basílica de San Pedro del Vaticano se prolongó durante más de un siglo. No pasará nada si este templo tuviera que irse acabando durante dos siglos o más. Desde el inicio de las obras, sería una imagen simbólica de la Iglesia en construcción. Con tales dimensiones, partes del templo podrían estar en pleno uso, aunque otra fase se estuviese completando a doscientos metros de distancia.

Los corredores que lleven a la explanada de césped y, digámoslo así, ruinas, podrán quedar abiertas. Otros corredores deberán cerrarse de forma transitoria, para evitar que el polvo pentre en la archibasílica.

Existirá una pauta muy peculiar en la organización del espacio en el Basilicarión. Y es que el corredor perimetral y los corredores transversales serán de grandes dimensiones. Mientras que las iglesias y capillas que se abrirán a él, normalmente tendrán dimensiones más reducidas. Lo normal en cualquier edificio es que el corredor sea más pequeño que el salón o iglesia al que conduce. Pero en la archibasílica la masa de gente que recorrerá el

corredor será muy grande y se precisa de ese espacio ancho y alto para no dar una sensación de agobio. Por otra parte, esos corredores no son un mero lugar de paso, son verdaderamente parte del Templo.

Por último hay que tener en cuenta que tanto el ábside como la Nave Central y sus dos laterales tienen dimensiones colosales. De ahí que ya no tenga interés el levantar iglesias impresionantes en el Basilicarión. Si se levantan, será porque la afluencia de personas así lo requiera. Pero para el resto de iglesias, cada congregación religiosa, cada movimiento eclesial, buscará, más bien, el recogimiento, la belleza de lo pequeño dentro de lo grandioso. Cada una de esas iglesias y capillas contará con una zona delimitada, para que la visiten los turistas. Y una zona en la que sólo se podrá entrar para sentarse y orar.

Grandes ventanales en el corredor perimetral dejarán entrar la luz. Eso será fácil, pues normalmente las capillas serán de menor altura que el corredor. En otras partes, los edificios circundantes harán más oscuros algunos tramos del corredor. De ahí que haya partes del corredor en el que existan algunas aperturas cuadradas en las mismas bóvedas meramente para iluminar. Una vez acabado, la mayor parte del Templo se hallará invadido por una luz tenue como la de una construcción gótica.

Cada uno podrá seguir el recorrido que desee para visitar este templo. Pero lo lógico será sugerir a este río de gente que fluya de acuerdo a varios recorridos predeterminados. Eso permitirá conducir a una masa que, en los meses de verano, será de decenas de miles de personas diarias. Se trata de un verdadero río humano que de forma constante desembocará en este Templo.

## 22. El Tesoro del Templo

El Tesoro es donde se guardan los cálices, cruces, báculos y demás elementos valiosos empleados en la liturgia. El Tesoro no debe avergonzar a la Iglesia, sino que, por el contrario, debe hacer entender a los visitantes la razón del esplendor de la liturgia. Lo que se guarda allí, es el tesoro de Dios. Y, por tanto, no hay ninguna razón para avergonzarse. Si algún creyente se avergüenza de ello, que no entre.

Este tesoro del Templo será la prueba más evidente de que no nos abochorna gastar para expresar la gloria de Dios. De ahí que se le llame *tesoro*, y que no se usen otros términos eufemísticos, con el propósito de resultar menos lesivos a la sensibilidad de los algunos visitantes. Si hay visitantes intoxicados con ideas contrarias a la glorificación de Dios, lo mejor es que se vayan al campo con las ovejas y que no entren en esa parte de la sacristía. Lo cierto es que ningún esposo se avergüenza en hacer buenos regalos para su mujer. Para ella quiere lo mejor.

El oro, la plata, el marfil y las gemas nos parecen poco para Dios. ¿Es que resultará impropio dedicar cálices con gemas al mismo Dios que las ha creado? ¿Es que el oro y la plata han de ser sólo para mostrar el amor a una esposa en su aniversario o para una novia durante el noviazgo, y para Dios sólo hay que darle materiales baratos? Para los hombres los materiales más nobles, y para Dios la baratija, ¿es eso lo que quieren algunos? Evidentemente, sí. El Tesoro del Templo hará caso omiso de esos intoxicados, y se mostrará con el esplendor debido a todo un Dios.

Si alguien se siente ofendido de que se gaste para la glorificación de Dios, el Basilicarión no será un destino recomendable en su visita a Roma. Pues todo ese templo es una muestra de que no sólo no nos duelen prendas en gastar para Dios, sino que estamos dispuestos a hacerlo espléndidamente, sin ningún tipo de remordimiento de conciencia. El mismo Dios nos ha enseñado lo espléndido, lo generoso, lo derrochador que se ha mostrado en su creación. Una noche estrellada en el campo muestra esa liberalidad divina: con menos estrellas hubiera sido suficiente. Pero a Dios no le duelen prendas a la hora de mostrar su gloria. Nosotros no podemos ser tacaños, debemos ser como nuestro Padre. Él ha puesto esos diamantes en la tierra, Él ha colocado el oro. Justo es que le ofrezcamos algunos a su Creador.

Así como parte del Museo Vaticano pasará al Claustro Central, lo ideal sería que buena parte del Tesoro Vaticano pasara a esta nueva localización. En cualquier caso, el Celio irá creando su propio tesoro. Cada año, siempre habrá unos cuantos orfebres que donarán algunas piezas movidos por la fe.

El Tesoro forma parte de la Sacristía Mayor, porque todos esos elementos se usarán de forma habitual en las ceremonias. Una sala que causará mucho interés en los visitantes, será aquella donde se muestran las mitras papales. A continuación del Tesoro, estarán las salas que permiten ver las casullas, capas pluviales y mitras que se emplean en las liturgias más solemnes.

## 23. Capillas menores

Aunque en el Basilicarión uno podría dedicar una semana entera a apreciar detalle a detalle todas sus capillas y asistir a sus ceremonias, la mayor parte de los turistas harán lo que se denomina el recorrido esencial. Entrarán por el atrio principal. El cual es un espacio de planta cuadrada, cubierto por bóvedas góticas, sostenido por cien pilares de quince metros de altura. De este bosque de columnas, pasarán a la Nave Central. Sintiendo la impresión de pasar de la finitud y penumbra del final del atrio a la amplitud de la nave.

Desde allí recorrerán la nave hasta llegar a la altura del baldaquino. Aunque haya una ceremonia, podrán hacerlo sin molestar. Pues el río de turistas recorrerá la nave sin adentrarse en la zona donde la gente está sentada. Ese flujo de gente recorriendo los muros de la nave central será incesante. Pero en la inmensidad de ese espacio, la única molestia será el rumor de sus conversaciones. Un rumor lejano que será inevitable.

De allí se desviarán a la derecha, pasando delante de las escalinatas de las naves laterales, y subiendo por una especie de torre inscrita en un muro-edificio. Para así poder ver desde lo alto las proporciones de la Basílica de la Resurrección. De allí irán a una bonita iglesia, la Capilla de la Virgen María. Una estatua de mármol blanco tan bella como La Piedad de Miguel Ángel, estará en el centro de esta iglesia. Iglesia que significará un alto en la visita. Allí podrán sentarse alrededor de la estatua, y rezar un rato a la Virgen. En esta iglesia se podrán encender velas delante de los muchos iconos y tallas. Todas las imágenes serán de la Virgen María, pero talladas o pintadas bajo un mismo estilo. De manera que todas conformen un conjunto ordenado y armonioso, como de

capillas que surgirán del centro de esa iglesia, donde estará la estatua de mármol.

De allí pasarán a la iglesia de enfrente, la Capilla de todos los Santos. En ella habrá centenares de tallas, cuadros e imágenes que representan a la multitud de los santos. De nuevo, el conjunto se organizará desde el principio para que el estilo de las tallas y pinturas sea como una gran sinfonía, y no una adición de elementos heterogéneos. Aquí la gente también podría colocar velas. Numerosas reliquias serán veneradas en esta capilla. Ambas capillas tendrán una estética entre lo gótico y lo renacentista.

De allí se andará hacia una especie de ábside que se abriría en el flanco oeste del Templo. En este sitio habrá una reproducción a tamaño natural de las tres cruces del Gólgota y de los tres crucificados. La gente podría sentarse a meditar alrededor de estas cruces.

En todo este recorrido por el Templo, los corredores tendrán a ambos lados pequeñas capillas menores.. Esas capillas serán construidas y mantenidas por congregaciones religiosas o movimientos eclesiales, que quieran tener un lugar propio para sus charlas, misas, convivencias y retiros.

Los visitantes darán la vuelta al Templo por el corredor perimetral, hasta llegar al ábside de la archibasílica. Ábside sostenido sobre nueve grandes pilares. La parte donde nació el Basilicarión. De allí, seguirán avanzando, dando la vuelta por el coredor perimetral, hasta llegar a la Capilla de la Resurrección. Esta capilla de piedra, situada en el centro de cuatro grandes pilares, tendrá forma de rectángulo de 20 metros de largo y cinco de altura, sin ningún ornamento en su exterior. La entrada,

pequeña, mostrará una piedra redonda apoyada sobre la pared. Esta capilla representa la sepultura de Cristo, la sepultura vacía.

Esta capilla, abierta y visitable por todos, tampoco dentro mostrará decoración alguna, sólo paredes lisas de piedra. En el centro, únicamente, una losa, que representará la losa sobre la descansó su cuerpo muerto. La losa no tendrá nada encima. Ésta será una capilla sin adornos, enteramente vacía; el vacío lo diría todo. En la cámara sepulcral, en una de sus paredes laterales, habrá un nicho con una sábana plegada y tres ánforas con bálsamos, que se rellenarán regularmente para perfumar el ambiente. Unas pocas lámparas de aceite ofrecerán la única iluminación del espacio.

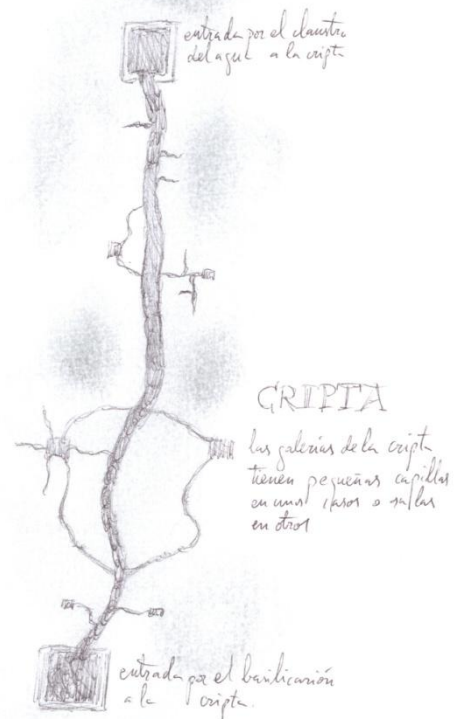
La gente podrá quedarse allí sentada en un banco corrido pegado a una de las paredes, o sentarse o arrodillarse en el suelo. La entrada al sepulcro tendrá una pequeña cámara previa. En esa cámara previa estará la losa de las unciones. Esta Capilla de la Resurrección será un lugar favorito de meditación. Siendo un lugar tan reducido y donde querrán quedarse muchos a orar, los sitios para sentarse a rezar durante un rato, sea largo o breve, deberán ser reservados con anterioridad. Habrá un libro donde uno anotará de qué hora a qué hora quiere quedarse uno dentro de esa capilla. La fila de visitantes que, en todo momento del día, pasará ininterrumpidamente por detrás de los que oran, verá una capilla a la luz de las lámparas de aceite, una capilla en un tremendo silencio a pesar de estar repleta de gente, con la Losa de la Resurrección rodeada de orantes.

Como la entrada a la Capilla de la Resurrección será como la de la tumba de Jesús, y por tanto con una sola entrada y ésta estrecha. La gente entrará por esa entrada, pero saldrá por un túnel subterráneo. Así se evitará un embotellamiento de la gente, que de

otra manera sería inevitable. La Capilla de la Resurrección en el plano de la archibasílica, estará situada justo en el lugar opuesto y simétrico al lugar que representa al Calvario con sus tres cruces.

Al ser la Capilla una reproducción de como pudo ser el sepulcro de Jesús, no podrá ser ampliada. Eso hará que la mayor parte de las veces, ésta se halle llena y que la fila de gente esperando sea muy grande. Así que la mayor parte de los visitantes tendrán que conformarse con verla por fuera.

El grupo de visitantes de la Capilla de la Resurrección, se dirigirá después hacia la zona de los sepulcros. La entrada a las naves de los sepulcros será como la representada en el óleo *La Isla de los Muertos* de Arnold Böcklin. Es decir, los pilares de la nave enmarcarán una especie de valle de piedra, en el que se abrirán primitivas puertas adinteladas por las que se podrá entrar a distintas cámaras. En el centro de ese desfiladero que formará el valle, se levantará un bosquecillo de cipreses (artificiales) que harán de la entrada un lugar denso y oscuro. Esta entrada magna estará cerrada al público. Sólo un número reducido podrá acceder por ese lugar. El resto entrará a la zona de las sepulturas, por los dos arcos laterales, de lo contrario la masa taponaría la estrecha y oscura entrada de los cipreses.





Tras ingresar por esos arcos laterales, los visitantes tendrán ante sus ojos la parte del Templo donde se acumulan millares de sepulcros de todo tipo y tamaño: simples lápidas, estatuas yacentes, sarcófagos de piedra, mausoleos familiares, etc. Las tumbas estarán más o menos alineadas para formar calles por donde la gente pueda andar. Tras un trecho de doscientos metros, se llegará a la amplia escalera de entrada a la cripta.

La cripta tendrá a sus lados sepulcros, columbarios y osarios. La cripta se ramificará, pero su camino principal llegará hasta la zona de los claustros, conectando la cripta con el corredor principal que discurre por los muros de los aljibes subterráneos, y que llega al claustro inferior del Claustro del Agua.

Serán muchas las congregaciones religiosas que comprenderán la gran cantidad de vocaciones que pueden lograr manteniendo el culto sus capillas del Basilicarión. Algunas decidirán colocar su noviciado en los muros-edificio del Templo.

## 24. La ceremonia de la **Traslato del Triduo Pascual**

Una vez al año, tras la Misa de la Cena del Señor del Jueves Santo, se vaciarán todos ellos, como mandan las normas litúrgicas. Eso también afectará a la Capilla del Sagrario situada en la Nave Central. Tras esa misa, los copones se llevarán en procesión solemnísimas hasta la zona del Templo donde se alzan las réplicas de las tres cruces del Gólgota. La procesión litúrgica subirá las amplias escalinatas de una la nave lateral donde se sitúa la Basílica de la Resurrección. La procesión se detendrá en el ábside de esa nave, en el lugar conocido como Getsemaní, en el que se levantan siete olivos de piedra de estilo paleocristiano. Estos olivos de piedra descansan sobre unos mosaicos decorados con olivos. Paredes y suelos repiten este motivo. Allí un presbítero leerá en latín, con voz potente, las palabras de Jesús en el Huerto de los Olivos: *Orad, para no caer en la tentación*. Tras un momento de breve pausa, un segundo presbítero leerá: *Padre, si quieres, aparta de mí ese cáliz. Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Tras una pausa, un tercer presbítero leerá: *¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en la tentación*.

En ese momento, llegará una cohorte de la Guardia Romana de 480 hombres. Con sus estandartes, tambores y corazas de gala. El comandante exclamará una fórmula latina, y la procesión de clérigos con la Eucaristía se pondrá en camino hacia el Gólgota, hacia el lugar del Templo donde se alzan tres réplicas exactas de los crucificados en el Gólgota. Los clérigos serán precedidos y escoltados por los soldados, porque esa procesión simboliza el prendimiento tras la Última Cena.

Al llegar al Gólgota, los copones serán depositados sobre cuatro mesas cubiertas de riquísimas telas. Las cuales mesas estarán situadas en torno a la cruz central de Cristo. La Eucaristía se dejará a los pies de la Cruz. Cuatro diáconos los cubrirán con un velo semitransparente. Alrededor de esas mesas, en el suelo, se colocarán cien velas. El comandante gritará con fuerza otra fórmula latina y la cohorte se retirará. Una guardia de veinte soldados de la Guardia Romana, con sus alabardas y corazas de gala, se situarán en sus puestos de guardia y permanecerá, mirando hacia la Cruz.

La Guardia Romana estará alrededor de ese lugar, representado a los soldados que estaban alrededor Cristo durante su Pasión. Las guardias de los soldados se relevarán hasta la medianoche. Más allá de la medianoche los que se queden serán voluntarios. Sólo aquellos que lo deseen permanecerán allí haciendo oración, sentados en lugares especiales.

La Eucaristía permanecerá allí desde la Misa de la Cena del Señor hasta el Oficio de Viernes Santo. En el momento preciso, los copones serán llevados a la Nave Central de nuevo, para dar la comunión a los que participen en el Oficio de la Pasión del Señor. El momento preciso se calculará, sabiendo que se necesita de un cuarto de hora para trasladar las formas desde el Gólgota hasta la Nave Central.

Tras el Oficio del Viernes Santo en la nave central, las formas sobrantes se llevarán procesionalmente a la Capilla de la Resurrección. La procesión será como la comitiva que trasladó el cuerpo de Jesús al sepulcro. Una vez allí, dejarían los copones sobre la losa, saldrán todos, se quitarán las calzas de la piedra redonda de la entrada, y se correrá ésta cerrando la puerta. Se deslizará una cinta de tela por dos aperturas, una apertura

practicada en la piedra circular y otra apertura en la pared, se sobrepondrán los dos cabos y se unirán con un sello de lacre, un sello amplio, usado sólo para esta ceremonia. En ese momento, se adelantarán soldados de la Guardia Romana con uniforme de gala y alabardas, los cuales harán guardia por turnos de voluntarios toda esa noche y el sábado ante la puerta de la capilla. La gente podrá quedarse orando alrededor de la Capilla de la Resurrección toda la noche si lo desea.

Durante la Vigilia Pascual, al comienzo del canto del aleluya, un grupo de canónigos de la archibasílica acompañado de treinta religiosas (simbolizando éstas a las mujeres que fueron al sepulcro) partirá procesionalmente desde el presbiterio de la nave central hacia la Capilla de la Resurrección. El resto de celebrantes proseguirá con la ceremonia de la Vigilia Pascual.

La procesión al llegar a la Capilla de la Resurrección se detendrá. Uno de los clérigos se adelantará y romperá el sello que cuelga de la cinta de la piedra de la entrada. Romperá el sello estirando de las dos cintas. Después la cinta se cortará para no romper un segundo sello y guardarlo como recuerdo de esa noche. Los sellos se guardarán en otra capilla de la archibasílica, como recuerdo de la Vigilia Pascual de cada año. La procesión partirá con los copones hacia la nave central, dejándolos sobre la ménsula del lado norte que estará vacía. Los dejarán allí, pues llegarán ya tras la consagración. Este lado norte del baldaquino es el que da hacia el corredor que lleva a la Capilla de la Resurrección.

La procesión al regresar simboliza a los apóstoles y mujeres que vuelven del sepulcro. Ascenderán hasta esa ménsula del baldaquino, para simbolizar que el mismo cuerpo que se depositó en el sepulcro, retorna ahora allí. La Capilla de la Resurrección queda desde ese momento abierta y vacía hasta el año siguiente.

## **25. Las siete capillas de los sacramentos**

En un principio, se pensó en colocar bajo los pilares de un muro-edificio de la Nave Central siete capillas, que serían las Capillas de los Sacramentos. Hubieran estado bajo el muro que representa el costado de la llaga de Cristo. También se pensó en colocar esas capillas alrededor del ábside inicial. Si el proyecto se hubiera llevado a cabo, los muros de cada capilla hubieran estado cubiertos de trípticos góticos, en los que las pinturas hubieran estado exclusivamente referidas a un solo sacramento.

Pero, finalmente, se optó por no crear un lugar específico y que de forma espontánea el tiempo decantara la función concreta de algunas iglesias. El sacramento del bautismo se celebra en casi todas las iglesias del Basilicarión. Aunque hay una capilla, regida por jesuitas, en la que cada año se celebran millares de bautismos. Su pila bautismal en el centro de esa capilla, así como todo el marco que la rodea, resultan un lugar de incomparable dignidad para la celebración de ese sacramento.

Mientras que otra capilla (la regida por la Renovación Carismática) se ha ido especializando en oraciones por los enfermos. La misma disposición de esta capilla se presta para ello y las pinturas que la ornan, son alusivas a las curaciones y repiten temas en relación con el Espíritu Santo. Otra capilla se ha ido convirtiendo, poco a poco, en la preferida para conferir las órdenes menores. En otros dos lugares del Basilicarión hay cinco sacerdotes con fama de santidad, que son visitados cada año por personas muy graves, para recibir de sus manos la unción de los enfermos.

También hay grupos parroquiales enteros que deciden recibir el sacramento de la confirmación en ese lugar. Bodas y bautismos son los sacramentos más celebrados en sus muchas capillas. En la Archibasílica tienen lugar cada año no menos de dos mil bodas y unos ochocientos bautismos.

## **26. El Celio como lugar de jubilación**

El Neovaticano se convirtió en lugar de jubilación para sacerdotes que ya no se podían valer por sí mismos. Aquellas diócesis que carecían de residencias de retiro, solían acogerse a esta posibilidad, gracias a varias fundaciones que cada año concedían generosas ayudas con este fin. La mayor parte de estos presbíteros, presentan graves dificultades físicas para ayudar en los cabildos del Neovaticano, pues apenas pueden salir de sus residencias repartidas por los claustros.

Reunir a los jubilados que no se valen por sí mismos en un solo lugar, permite poder ofrecerles unos servicios que de ninguna manera serían posibles viviendo dispersos. Sin duda habrá laicos que tendrán todo tipo de iniciativas para hacer esta última etapa de la vida, más provechosa espiritualmente y más agradable, organizándoles actividades, rezos en común. No faltarán laicos que deseen pasar un mes ayudando a estos ancianos con fisioterapia o ayudando a las religiosas en la atención de las casas. Los claustros gracias a estas actividades y otras similares en sus hospitales, se transformarán en unir la peregrinación a la caridad. Habrá otro tipo de sacerdotes jubilados en el Celio, que serán todos aquellos que se encuentren físicamente bien, pero que pidan pasar un año de su jubilación en el Neovaticano. Ésta es una costumbre que se fomentará. Estos sacerdotes sí que podrán

ayudar en los cabildos, en los turnos de confesonario, y en otras actividades pastorales o de caridad.

La costumbre de pasar un año allí, se fomentará porque será muy útil para los sacerdotes ancianos pasar un tiempo con más hermanos sacerdotes de la misma edad, recibiendo charlas acerca de cómo encarar espiritualmente la última etapa de la vida: cómo organizar el día, cómo puede ser ésta una etapa de más oración, de más lectura de la Biblia, qué labores se le pueden sugerir al obispo para realizar dentro de la diócesis, etc.

Además, un cierto tanto por ciento de los que presbíteros que vienen a pasar un año, deciden prolongar más tiempo su estancia en el Celio. Y así esta etapa casi monástica en mitad del tiempo de jubilación, se convierte en un magnífico complemento dentro de una vida dedicada a la pastoral.

## **27. Los siete cabildos**

En la Iglesia Católica hay ahora mismo más de medio millón de sacerdotes. En este escrito algunos aspectos del Celio que pueden parecer excesivos, imposibles de realizar, aspectos que pueden parecer megalómanos. Pero podemos estar olvidando las dimensiones actuales de la Iglesia cuyo centro es esta construcción aquí descrita. Que el Neovaticano cuente con siete cabildos de canónigos, no será algo difícil de conseguir con miles de sacerdotes residiendo entre sus muros.

En el complejo existen siete cabildos de canónigos. Todos rezan a las mismas horas: 9am, 12am, 3pm, 6pm y 9pm. Unas grandes campanas en los claustros anuncian el momento exacto en las que

todos los cabildos parten hacia sus distintos coros. Los cabildos son los siguientes:

1. El cabildo curial

Es el más grande de todos. Tiene su sede en el Chorus Primus. Aunque son muchos los clérigos que rezan todos los días en este coro, canónigos nombrados como tales únicamente son cien.

2. El cabildo archibasílica

Formado por treinta canónigos, son los encargados de la liturgia de las horas en el Basilicarión. Junto a estos treinta canónigos fácilmente, de forma usual siempre les acompañan unos cuarenta presbíteros jubilados revestidos con sotana y roquete.

3. Las cuatro comunidades de las iglesias angulares

Cada una de las iglesias angulares cuenta con una comunidad de, al menos, diez frailes. Estos frailes no son canónigos. Pero de entre los clérigos que trabajan en la Gran Curia se nombrarán a treinta canónigos para que engrandezcan el culto en esas cuatro iglesias.

4. El cabildo veterobasílica

Tiene su sede en la Vieja Basílica de San Pedro, situada en el centro de uno de los claustros. Como los anteriores, también cuenta con treinta canónigos.

El número de integrantes de estos cabildos será creciente, a causa de los sacerdotes jubilados que se les unirán. A los clérigos que físicamente puedan desplazarse, se les destinará a estos cabildos como parte del trabajo que deben realizar. La asistencia de sacerdotes de paso, también será muy abundante. Estos subirán al coro revestidos con sotana y roquete.

De entre los sacerdotes que trabajan en la Gran Curia, se escogen a los que integran los cabildos de las Iglesias angulares. Si bien estos canónigos sólo rezan laudes y la hora sexta. El resto de las horas corren a cargo de los frailes de las cuatro comunidades religiosas de las iglesias angulares.

El cabildo archibasílica reza en el Coro Áureo, en la cabecera del ábside. A ambos lados de esa cabecera se despliegan los escaños del centenar de monjes de la Abadía de San Simeón, que viven en la archibasílica.



Una comunidad cisterciense del Basilicarión se encarga del rezo de la liturgia de las horas de un modo procesional. Sus cuarenta monjes rezan las horas canónicas siguiendo distintos recorridos en la archibasílica. La disposición de esa procesión es la siguiente: Todos van precedidos por una cruz, seguida con los monjes cubiertos con sus capuchas y con sus libros abiertos en sus manos. Los libros están dotados de pequeñas luces con las que pueden leer, pues la mayor parte de los pasajes están sumidos en la penumbra. La procesión en su extremo finaliza con el abad revestido de capa pluvial, y flanqueado por el prior y el subprior con alba y estola.

Esta procesión tendrá varios recorridos, cuya longitud dependerá del tiempo empleado para el rezo de la hora canónica. A lo largo del día recorren sustancialmente el entero Basilicarión.

El aspecto estético de un templo que varias veces al día es recorrido por esta hilera de monjes que salmodian, es tan caro a los turistas y peregrinos, que se fomentará que otras comunidades monásticas realicen la misma liturgia procesional por el entero complejo de los claustros. Se pretende que con el pasar de los años, al final, haya cuatro o cinco comunidades que transiten procesionalmente bajo las arcadas de los claustros y el entero perímetro del complejo.

## **28. Las velas**

La vela tiene una belleza propia. Por eso los peregrinos podrán encender velas en las capillas habilitadas para ello. Por supuesto que no habrá velas eléctricas, invento éste completamente demoníaco. Ciertamente, algún enemigo estalinista o masónico de

la Iglesia ingenió ese tipo de vela. Ahora nuestra misión es barrerlas completamente de toda Iglesia sin ninguna piedad.

Las velas en el Basilicarión serán naturales, pero tampoco habrá esas feas mesas llenas de velas largas y delgadas como bolígrafos. Sino que habrá menos velas, pero más estéticas. En las capillas donde halla velas, la autoridad del Templo se encargará de que sean o pequeñas en vasitos de cristal color ámbar, o más gruesas, cada una de ellas colocadas en un candelabro de bronce. Colocadas bien en un candelabro individual, bien en un candelabro triangular, bien en un candelabro donde los brazos se ramifican.

El fiel que compre una vela, la colocará en el candelabro libre que desee. Las velas son como un recuerdo ante Dios, para que tenga en cuenta su petición. Esas velas son un testimonio de culto, de petición, de fe, y por tanto deben ser bellas, y los candelabros que las sostengan también. Un candelabro con una vela, o con varias con sus goterones de cera, tiene su propia belleza. Es preferible que haya pocas velas, pero dignas y bien colocadas, a una multitud de velas feas colocadas de cualquier manera, lo cual no refleja ninguna belleza.

Sitios en los candelabros para colocar velas, no faltarán. Pues habrá operarios encargados de recoger velas, para que siempre haya un número razonable de sitios donde colocarlas. Esas velas se fundirán en forma de cirios. Esos cirios se guardarán, en varios lugares.

Uno de los lugares donde se colocarán, será en el candelabro de doce brazos que hay en el centro del atrio de entrada que lleva a la nave central. Los que entren en la archibasílica, en ese vestíbulo de columnas, se encontrarán con este esplendoroso candelabro de

cuatro metros de altura, grande como un tenebrario catedralicio, ornamentado con pequeñas figuras. Bajo cada cirio estará escrito el nombre de una de las siete iglesias del Apocalipsis. El candelabro representará la Iglesia. Los cirios arderán todo el día y toda la noche. Sustituyéndose cada mañana.

La norma general en el Basilicarión es que las velas que los fieles coloquen, se dejan en sus sitios hasta que se consumen. Pero siempre se retira un cierto número, para que quede lugar para las nuevas. Al final el número de velas sobrantes recogidas de todas las capillas es tan notable, que se ha instituido la costumbre de colocar una especie de pequeño bosque de cien cirios encendidos alrededor del Cirio Pascual de la Nave Central. El conjunto de esos cien cirios sobre sus pesados candelabros de bronce, resulta especialmente bello a la hora del crepúsculo.

Una vez al año, el cirio pascual y las cien velas se encenderán en una ceremonia, con el fuego traído de la Capilla de la Resurrección de Jerusalén. El fuego que el Patriarca Ortodoxo saca de esa capilla según el calendario que ellos usan para calcular la festividad de la Resurrección. La Cada año, a un sacerdote que esté en Jerusalén acompañando a algún grupo de peregrinos, se le comisionará el encargo de que traiga una lámpara con el fuego de esa capilla.

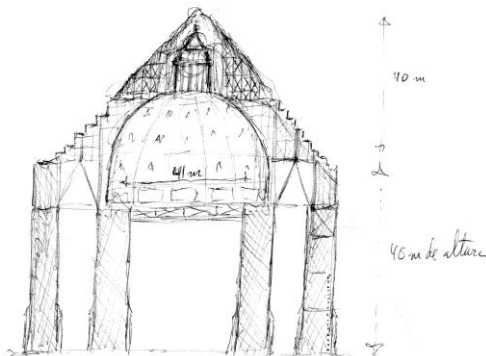
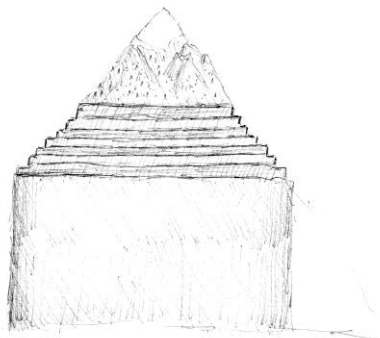
Como la fiesta de la pascua católica y la ortodoxa no coinciden, la ceremonia del encendido de las velas tendrá lugar en una fecha cercana a la llegada a Roma de ese fuego. La ceremonia tendrá lugar en el atardecer de un día de diario. Será una ceremonia, no una misa, a la que se invitará a los ortodoxos de Roma, así como a otros hermanos separados

Después, cada vez que se renueve el cirio o cualquiera de esas cien velas, se hará con el fuego de las velas restantes. De forma que el fuego de Jerusalén arderá todo el año, día y noche, en la Nave Central.

Los tres grandes candelabros del Templo que arden día y noche son:

1. El Cirio Pascual rodeado de cien velas. Este cirio representa a Cristo y es el gran cirio del Templo.
2. El Candelabro de los doce brazos situado en el atrio que lleva a la Nave Central. Este candelabro representa a la Iglesia.
3. El Tenebrario de la Capilla de Completas, bajo el Baldaquino. Para muchos representa el paso del tiempo en honor de Dios. Pero su significado oficial es el de todo tenebrario: los once Apóstoles, las tres Marías y Jesús.

A estos hay que añadir los dos candelabros, las dos menorah, que hay en la réplica de la Tienda de la Reunión y del Templo de Salomón.



El cirio pascual del Templo no se apaga hasta la noche del jueves santo. Después de la Misa de la Cena del Señor, se coloca el Tenebrario de la Capilla de Completas en la Nave Central. Se coloca exactamente a medio camino entre la Solio de la Santa Sede y el Ábside Áureo.

El acto de colocación del tenebrario simboliza la preparación y alzamiento de la Cruz. Por eso se coloca en el lado opuesto y simétrico a la Cruz que hay en la Nave Central. Está hacia las afueras de la Nave Central, para

simbolizar que tanto la oración de Huerto como su crucifixión tuvieron lugar a las afueras de Jerusalén.

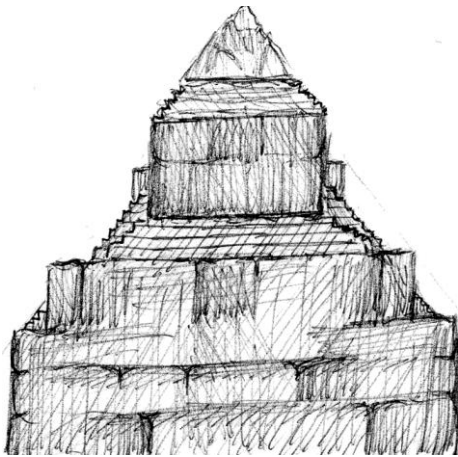
Una vez preparado el tenebrario, se encienden los cirios. Mientras el diácono enciende el tenebrario, es acompañado de diez monjes con sus capuchas echadas que van cantando en gregoriano el Oficio de Lecturas. El diácono y los monjes se dirigen después al Cirio Pascual. Mientras los benedictinos siguen con sus rezos, el diácono va extinguiendo el cirio y las velas que le rodean.

Las velas del tenebrario ya no se apagan. Aunque su longitud está calculada para que se vayan apagando lentamente después del Oficio del Viernes Santo. La tradición antes de la reforma litúrgica del Vaticano II, era que la vela central que representa a Cristo, tras el Oficio, es sacada del tenebrario y llevada detrás del retablo. Aquí se revivió esa costumbre. Como no hay retablo en esa nave, la vela central es llevada por un diácono a lo más profundo del ábside. Dado que el Coro Áureo está formado por tres ábsides, el más profundo de ellos tiene un cierto carácter de cueva respecto a la pared de la Nave Central. De manera que el acto de poner la escalera para bajar la vela central, recuerda el Descendimiento de la Cruz. Y el tercer coro recuerda el Santo Sepulcro excavado en la roca. La vela es colocada en el centro de ese tercer coro, con una gran cartela que dice: *et sepultus est*, y ha sido sepultado.

## **29. La fachada principal**

De muchas maneras se podía diseñar la fachada principal del Basilicarión. Durante más de un año me pregunté cuál podría ser una fachada óptima para el más grande templo del mundo. ¿Qué poner allí? ¿Una cúpula? ¿Torres? ¿Una forma geométrica pura?

¿Un diseño ultramoderno? Poner delante de todo una forma geométrica pura me atraía mucho. Especialmente un gran cuadrado. Un gran cubo pétreo hubiera expresado fortaleza y estabilidad. Después de darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que quizá una de las formas más simples sea que esa fachada esté diseñada para servir de pedestal para un gran monte con aspecto de triángulo equilátero. Lo cual ofrece visualmente una incomparable sensación de equilibrio, al mismo tiempo que de vida, pues el monte está cubierto de un prado natural.



Concebida de este modo, la fachada sería un gran pedestal: el pedestal de un monte cubierto de hierba, con pequeños árboles artificiales, con su cumbre cubierta perennemente de nieve. Aunque la apariencia de nieve la diera el recubrimiento de cerámica blanca. Este monte, al que se le daría el nombre de Tabor, tiene en su interior, oculto a la vista, una réplica de la Cúpula de San Pedro del Vaticano. El interior de la cúpula es una iglesia sobre cuyo altar central se adora permanentemente al Santísimo Sacramento expuesto. Esa capilla es el tercer gran centro de adoración del complejo: el Templum Quadratum, la Nave Central y esta iglesia, cuyo nombre es Templo de todos los Ángeles.

Esta iglesia, desde luego, es la que está situada más alta en todo el complejo, por eso la fachada es un gran pedestal de ese monte. El sentido de ser de esa fachada-pedestal es que se coloca en el lugar más alto a la Eucaristía. Además se quiso que la fachada estuviera dotada de sentido teológico: tenía que expresar la solidez de la fe. La geometría de sus formas pétreas debía estar al servicio de la

expresión de ser algo incommovible. El edificio-fachada tiene un aspecto roqueño, sólido, piramidal. El triángulo expresa la máxima estabilidad, además de ser símbolo de la Santísima Trinidad.

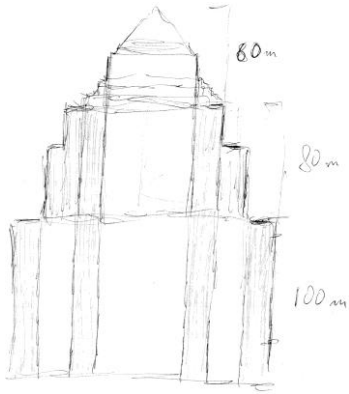
Dentro está la cúpula del Vaticano, porque esto es el Neovaticano. Pero no es una mera réplica de la antigua cúpula, sino la antigua cúpula recubierta. Para dar a entender que aunque allí en el Celio está la Curia, se halla recubierta por el resto de la Iglesia. De forma que esa fachada no es símbolo de la Curia, sino de la Iglesia.

¿Cuánta debía ser la altura de ese monte? ¿Cuánta debía ser la altura de la fachada? Desde luego lo más grande no es bello por ser más grande. Pero después de mucha meditación, me percaté de que a Dios hay que ofrecerle lo mejor. Había que desechar versiones más moderadas. No había que ser realista. Cuando Dios quiere un templo, el templo se hace, sea como sea; Dios se encarga de que las cosas salgan adelante. Lo importante es actuar dentro de la voluntad de Dios.

Y así, una vez más había que empujar la arquitectura hacia la grandiosidad. El monte y su pedestal deberían estar sobre un edificio que expresara la grandeza de ese Dios Arquitecto para el cual esto es un homenaje. Así que desde el suelo hasta la cumbre del monte hay una altura de 300 metros, el equivalente a 65 plantas de altura.

Consta de tres cuerpos principales: la base, el pedestal y la montaña. La transición entre esos cuerpos corre a cargo de dos zigurats con muchos niveles escalonados. La fachada no era una mera fachada, sino un gran edificio. La fachada hubiera sido una obra completa en sí misma sin estar unida a la archibasílica. El

edificio-fachada era una expresión de la Santísima Trinidad de 300 metros de altura. Alguien definió la fachada del Basilicarión como una pirámide babilónica colocada sobre otra pirámide babilónica, y sobre ésta una tercera pirámide.



Para hacerse idea de las dimensiones de esta fachada, hay que darse cuenta de que es más del doble de alta que la Pirámide de Guiza. Seis veces más alta que la fachada del Vaticano. Tiene dos veces la altura de la cúspide de la cúpula de San Pedro. Y es sólo 90 metros más baja que la azotea del Empire State Building, pero muchísimo más ancha que ese rascacielos.

La estructura que mantiene el pedestal y el monte, así como la del zigurat superior, descansa en un entramado de vigas de acero sostenido por cuatro edificios-estructura. De estas cuatro grandes estructuras esenciales, los dos edificios laterales tienen 100 metros de altura. Sólo los dos edificios interiores tendrán que llegar más cerca de la cúspide para sostener el monte superior.

Se pensó que estos cuatro edificios-estructura ya que se levantaban, era mejor darles un uso. Suponían una cantidad ingente de espacio que podía usarse como edificio habitable. Se optó por levantar esas estructuras dándoles el uso de hoteles. Las ventanas de las habitaciones que dan al exterior son importantes, porque ofrecen referencias para calcular las dimensiones de la fachada a los que la contemplan desde la explanada. Parte de sus habitaciones dan a la parte interna del conjunto, ofreciendo una vista peculiar y de apariencia irreal.



## 30. El Balcón Papal

Una vez que se construyó la fachada del Basilicarión, ha sido siempre desde esa fachada desde donde los recién elegidos Papas se han asomado para saludar al mundo. Cosa lógica, pues la cantidad de fieles que pueden congregarse en la explanada es de dos millones, frente a las 300.000 personas que cabían en la Plaza de San Pedro. Y la fachada ofrece un marco arquitectónico incomparable.

La entera fachada tiene varias calles elevadas que la recorren a varios niveles. Pero sólo un balcón. Este único balcón, que acabó llamándose el *Balcón Papal*, no está situado en el centro de la fachada. Pues habría que haberlo colocado sobre el pórtico y hubiera quedado demasiado eclipsado, visualmente hablando, por los elementos de ese pórtico. Por eso se colocó en el centro de la gran superficie pétreo que está a la derecha del pórtico, alejado del pórtico y a la misma altura que el balcón del Vaticano. Allí, sobre esa superficie libre de elementos ornamentales, el balcón destaca con rotundidad.

Todavía más a la derecha del Balcón Papal, hay una especie de murallón, llamado Muralla de los Reyes de Judá, por estar allí las estatuas de los Reyes de Judá. En ese murallón se abre un gran arco de piedra. De ese gran arco de piedra se cuelga un gigantesco pendón negro cuando fallece un Papa. Un pendón de seis metros de anchura y doce de longitud. El pendón será completamente negro de tela estampada con flores de lis negras. Ése será el modo oficial por el que se significará allí la muerte de un Romano Pontífice. El pendón negro será desplegado, mientras las campanas de los dos arcos menores adyacentes comienzan a tocar

a difunto. Ése será el modo oficial de anunciar al mundo la muerte de un Papa, antes de realizar cualquier comunicado.

En Pascua, se despliega un gran pendón blanco de gran belleza, y las campanas repican con toda su alegría. Por encima del Arco del Pendón se halla la chimenea de las fumatas. La chimenea de planta cuadrada es de piedra caliza y cuatro metros de lado. Lados que se van estrechando y formando una planta octogonal, hasta llegar a los cuatro atlantes que sostienen el pequeño techo en el que culmina. La antigua chimenea de los Nueve Claustros también se mantiene y es la segunda en mostrar tanto las fumatas negras como las blancas.

Las campanas de los arcos de la Muralla de los Reyes de Judá, son las primeras en tocar tanto la alegría del comienzo de la Pascua, como el triste anuncio de la muerte de un Pontífice. Después las campanas de la fachada del Basilicarión son las que le contestan, y en un tercer momento todas campanas de las iglesias de los nueve claustros.

Incluso después de la construcción de la fachada del Templo, se mantuvo la costumbre de que el Papa saludara a las multitudes desde los cuatro balcones del complejo de los claustros.

## **31. Aspectos menores de la fachada**

El edificio-fachada dará la falsa sensación de que ocupa enteramente uno de los cuatro lados del basilicarión. El lado occidental del Basilicarión, en realidad, tendrá mucha más longitud que su fachada. Pero sus muros al ser mucho más bajos que la fachada principal y al estar doscientos metros más atrás que

la fachada, se tendrá la sensación visual de que el edificio-fachada ocupa enteramente uno de los lados.

En la parte central de la fachada delantera del Basilicarión, habría un mural de treinta metros de altura. El mural, en el que habrá partes pétreas en relieve, tendrá la forma de un pórtico catedralicio medieval. El conjunto pictórico contendrá grandes figuras que se puedan ver desde lejos, pero también miles de figuras menores que sólo se podrán ver desde más cerca. El pórtico expresará de forma visual la totalidad de la fe. Su abstracción será del estilo de las iluminaciones de los beatos medievales, pero con toques decididamente del siglo XXI.

Este pórtico, mezcla de pintura y escultura, querrá ser un gran libro abierto sobre Dios, la fe, el mundo concreto del siglo XXI, el cosmos y la Historia de la Iglesia. De forma que cualquiera pueda sentarse delante de él durante horas, descubriendo siempre más y más detalles.

En la fachada hay nueve rostros de ángeles con sus bocas abiertas. Las bocas son de seis metros de diámetro. En la primera de esas bocas, hay una campana de gran tamaño, la más grande del Basilicarión. En la segunda, un carillón de campanas menores. En las siguientes, gigantescos altavoces que permitan escuchar las grabaciones de las mejores campanas del Orbe. Esas bocas suenan cada hora, como dice su inscripción: recordando al mundo que otra hora de su Historia ha pasado.

Bajo estos nueve rostros de ángeles alineados a un lado del mural de la fachada, hay otras nueve bocas, éstas de profetas. De estas bocas, caerá el agua de lluvia recogida en todas las terrazas del Basilicarión.

## 32. El Tabor

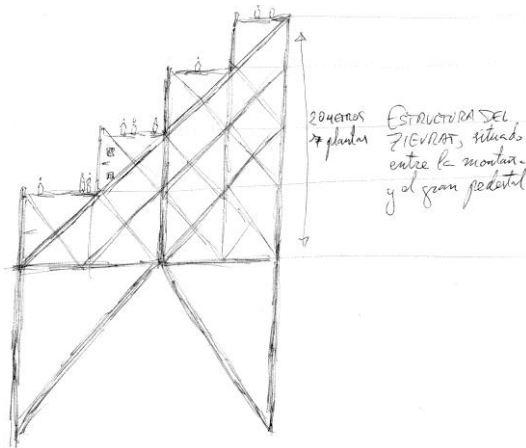
La techumbre de la archibasílica está cubierta en algunas de sus partes por bóvedas de medio cañón, en otras por bóvedas de crucería, en otras el techo es plano sostenido por grandes vigas de hormigón o estructuras metálicas. Pero por encima de cualquier sector de esta cubierta de distintos materiales y alturas, está el monte Tabor. Un monte hueco de materiales ligeros, recubierto por hierba y, en ciertos lugares, por árboles artificiales de aspecto cónico. Los árboles tendrán unos cuatro metros de altura los de la base del monte. Haciéndose más pequeños conforme están más cerca de la cima. Gracias a esto, desde la lejanía, da la sensación de que el monte es más grande de lo que es.

Para preservar la hierba de las laderas de ese monte, sólo se podrá ascender por los senderos determinados para ello. Cuatro senderos serpenteantes permiten acceder casi hasta la cumbre. Los cuatro senderos acaban frente a una estatua de Jesucristo. Su mármol blanco hace que no resalte sobre la apariencia de nieves perpetuas que cubren la cima. Los peregrinos que hayan recorrido el largo camino desde la base, podrán sentarse y orar allí unos minutos.

Al descender del monte, los peregrinos cuentan con lugares donde sentarse y contemplar desde lo alto las verdes terrazas del Basilicarión. Después, si descienden por el lado oriental del Templo, pueden hacer descansos para ver desde esa perspectiva los claustros y sus iglesias.

El Monte Tabor está hueco por dentro, y bajo este monte se halla la Iglesia Rotonda. Esta iglesia de planta circular (46 metros de diámetro) tiene un sagrario en el centro, en forma de arca gótica de tres metros de altura y seis de anchura, con su tejado y sus dos

puertas de acceso al interior. Siempre hay gente haciendo oración alrededor de él. Este templo está bajo una cúpula como la de San Pedro, con sus mismas dimensiones.



Todo el espacio bajo la cubierta que forma el Monte Tabor también es transitable por numerosos corredores y escaleras. De forma que bajo el monte, por debajo de éste, se ve la Iglesia Rotonda, la cual casi llena todo el hueco de la estructura que

sostiene el monte. Pero no llena todo el espacio, para que los que recorren esos corredores, puedan ver la iglesia dentro de la estructura, y la cúpula bajo la estructura del monte.

Si uno sale fuera de la estructura que sostiene el Tabor y pasea por las terrazas que cubren el Basilicarión, puede ver en ciertos lugares la parte superior de las bóvedas de la archibasílica. Varios caminos por encima de esas bóvedas también están abiertos al tránsito de los turistas que, por razones de seguridad, siempre van acompañados de un guía. Todo el laberinto de escaleras y corredores bajo el Monte Tabor y por la entrecubierta del Basilicarión, son un laberinto de caminos discurriendo sobre bóvedas. Esa parte resulta difícil de vigilar y el acompañamiento por parte de guías se hace necesario.

Pero las terrazas superiores del Templo sí que son de libre acceso. Y resulta especialmente popular la explanada donde sentarse a mirar desde arriba el entero conjunto de los claustros, los puentes que los conectan, las calles comerciales. Integrados en los muros-edificio, hay allí varios restaurantes donde contemplar todo eso con tranquilidad.

Los peregrinos que divisen a lo lejos la cúspide del edificio-fachada, sabrán que dentro de ese monte está Jesús, y que a cualquier hora del día o de la noche hay personas adorándole alrededor de esa custodia sobre el altar. Siempre que en televisión se vea la imagen de ese monte elevado, todos los católicos podrán pensar: allí dentro está Jesús. En cierto modo, entendido ese monte bajo esta perspectiva ya no sería simplemente un edificio, sino el sagrario más grande del mundo.

Pero no sólo la montaña de la fachada, sino que el complejo tendrá a Cristo también en su mismo centro, en el Templum Cuadratum. Cristo en lo más alto, Cristo en su centro. La Iglesia universal aparecerá representada a los ojos de todos los que la visiten como lo que es, como una construcción que en la que mora Cristo y que podrá acoger a multitudes ingentes para que vivan dentro de ella. Un edificio habitado por hombres, sí, pero ante todo habitado por la Presencia.

### **33. El Templo del Jubileo**

A los pies de la Nave Central se halla la Puerta Santa. Se trata de una imitación del Arco de Constantino, sólo que su iconografía es cristiana. El arco mayor y los dos menores que conforman esta reproducción del Arco de Constantino se hallan cerrados por tres puertas, las cuales sólo se abren durante los días que dura el año jubilar, que se celebra cada veinticinco años.

Esas tres puertas son el único modo de acceder al interior del Templo del Año Santo o Templo Jubilar. Esta iglesia se llama así, porque únicamente se abre en los años jubilaes. Cada veinticinco

años se procede a la apertura de la arcaica Puerta del Jubileo con un preciso rito. Este arco es el único acceso al templo que hay detrás, que es una réplica de la iglesia de Santa Sofía. Cuyo interior está desierto durante veinticuatro años, sin que se realice ninguna labor de limpieza, ni de mantenimiento. El Templo del Año Santo es un espacio sin el ornato de las otras iglesias del Celio que cuentan con un tránsito continuo de fieles. Casi toda su decoración consiste en los mosaicos que lo recubren. Aunque en esta iglesia, con el pasar de los siglos, se han ido realizando añadiduras que lo van embelleciendo paulatinamente.

Mientras la puerta del Templo del Jubileo está cerrada, el vacío, el silencio y la oscuridad reinan en ese espacio. Esta quietud sólo es rota por la luz que penetra por los ventanales. Su pétreo altar, en el centro geométrico de ese espacio, permanece durante un cuarto de siglo sin manteles ni velas. El bloque de piedra que es el altar descansa en medio de un presbiterio no transitado por nadie. Ningún libro descansa en los elevados ambones de mármol hechos a imagen de los de la Basílica de San Clemente. Durante un cuarto de siglo, el templo se queda en la más perfecta quietud de su desnudez de piedra. Ni cirios, ni telas, ni leccionarios, sólo queda un mundo congelado en su sueño de mármoles y mosaicos.

La réplica de Santa Sofía se halla en el espacio arquitectónico situado bajo la iglesia del Monte Tabor, el Templo Redondo. El entorno arquitectónico cerrado en el que se descansa el Templo del Jubileo, ya de por sí otorga al lugar una atmósfera que sólo podemos calificar de misterio. Atmósfera conferida por la ausencia de ventanas en los muros. Muros que son los fundamentos que constituyen el pedestal sobre el que se asienta el Monte Tabor.

Grandes ventanales se abren en ese edificio-pedestal. De forma que por las ventanas del Templo Jubilar, a ciertas horas del día, ciertas horas muy determinadas, aparecen haces de luz nítida y clara recorriendo el lugar. Fuera de esos momentos, incluso al mediodía, la luz del interior del Templo Jubilar es difusa y débil.

Desde las ventanas y el corredor de los muros del edificio-pedestal del Tabor, se puede ver abajo el Templo del Jubileo. Pero no hay camino para llegar desde esos corredores a esa iglesia inferior. El pedestal es un espacio arquitectónico que, como un cofre, contiene ese templo.

El exterior de esta iglesia puede ser vista desde las ventanas de las habitaciones de los muros que lo rodean. Desde esas terrazas elevadas se les explicará a los turistas el sentido de que la puerta de acceso esté cerrada y el por qué de ese espacio vacío. Será una catequesis sobre las indulgencias y el poder de atar y desatar de la Iglesia.

Históricamente, la apertura de la Puerta Santa en el Vaticano se ha hecho de dos formas distintas. La forma primitiva consistía en derribar un muro que cerraba esa puerta santa durante los años no jubilares. El Papa daba los primeros golpes con un martillo de plata, y seguidamente las personas designadas derribaban el muro de ladrillos. El modo que se usa hoy día para indicar el comienzo del año santo consiste no en derribar un muro, sino simplemente en empujar y abrir la Puerta Santa.

El rito de la apertura de la Puerta del Año Santo en el Basilicarión es más elaborado que el del Vaticano, pues consta de tres partes, ya que tres son las puertas del arco de entrada. Hay una Puerta Santa central con grandes portones de bronce con relieves. Hay otras dos laterales más pequeñas, cada una de las dos de cinco



metros de altura y tres de anchura. La primera puerta lateral, llamada Porta I estará tapiada con ladrillos. La tercera tiene hojas de madera, porque la Puerta Santa original del Vaticano contaba antiguamente con puertas de madera en su interior una vez que se tiraba el muro que la cerraba; ésta es llamada Porta III.

La ceremonia tendrá lugar a las doce del mediodía el 1 de enero. El Papa al iniciar el año santo se acercará con todos los ritos habituales a la Porta I. Tras ellos, con su martillo de plata golpeará esa puerta varias veces con fuerza. Después se retirará hacia atrás unos diez metros, para que dos hombres armados con grandes mazas tiren abajo el muro. Siguiendo una antiquísima tradición, que se llamaba *recognitio* y que se realizó hasta la época de Pablo VI, se le llevará al Papa el cofre encerrado dentro del muro. Cofre que será abierto en ese momento, examinado por el Sumo Pontífice y dos cardenales. Pues ese cofre se cerró veinticinco años antes sin que se hiciera público que se había metido dentro. Lo tradicional es cerrar en su interior monedas, una imagen de la Virgen, la bula de clausura del año jubilar precedente, y algunas otras cosas más. Desde que se restauró esta ceremonia en el Basicarion, muy frecuentemente, en el cofre de esta Porta II se ha hallado una carta de un pontífice ya fallecido, un carta dirigida al que ocupara el Solio de Pedro un cuarto de siglo después. El contenido del cofre será distribuido como regalo a aquellos a los que decida el Sumo Pontífice: jefes de estado, religiosas, laicos hacia los que se quiera expresar agradecimiento por parte del Papa.

Seguidamente, entrará un presbítero por esa puerta obstaculizada por los escombros. El presbítero, una vez dentro, retirará la gran barra de bronce que cierra la Porta II. Entonces el Santo Padre empujará las dos hojas del portón. Cuatro presbíteros (los penitenciaros de la archibasílica) seguidamente se encargarán de

empujar las hojas de la puerta hasta abrirlas enteramente. Entonces el Papa entregará una llave (la Llave del Jubileo, una llave de plata, de un palmo de longitud) y se la entregará a un diácono. Este diácono abrirá desde fuera la Porta III. Otros dos diáconos le ayudarán a empujar las hojas de la puerta.

Una vez abierta la segunda puerta lateral, la procesión con el Papa en cabeza entrará en el interior del espacio hay bajo la Capilla del Monte Tabor. Se encenderán los focos que iluminan el lugar. Los focos están situados en las terrazas, de forma que los operarios puedan mantener y reparar las luces sin tener que entrar en el templo propiamente.

La procesión avanzará hasta llegar a las puertas de entrada del templo (el que es una réplica de Santa Sofía), las abrirán con una gran llave y entrarán en su interior. El mecanismo de esa cerradura es de insuperable simplicidad. Ya que esa cerradura no se puede recibir mantenimiento, ni ser engrasada, durante los años que está cerrada esa puerta.

Los diáconos se adelantarán a la procesión y colocarán noventa y nueve velas en presbiterio, en medio del templo que estará oscuro. La procesión avanzará haciendo sonar en varios momentos los grandes cuernos de marfil, rememorando los cuernos que los judíos hacían sonar para señalar el comienzo de sus jubileos. Los siete cuernos usados en esta ceremonia están tallados en su superficie y se guardan en la Sacristía Mayor. Después diez monjas derramarán sobre el altar y sus inmediaciones el contenido de sus frascos de perfume. El rito de la apertura concluirá con la lectura de un diácono del texto de proclamación del jubileo.

A partir de ese momento, ese espacio sagrado sumido en la quietud cobrará vida con misas y muchos otros actos de piedad.

Dentro de ese templo nadie habrá entrado en un cuarto de siglo, de forma que es posible que la iluminación eléctrica de su interior no funcione al 100%. Pero los focos de las terrazas exteriores a ese templo, estarán orientadas hacia las ventanas de los cuatro costados de esa iglesia, para que entre su resplandor penetre.

Durante la primera semana, se irán trayendo en procesión distintos iconos y reliquias, que permanecerán allí durante ese año santo, hasta que las puertas vuelvan a cerrarse por otros veinticinco años.

Una tradición del Celio será en cada año jubilar dedicar una buena parte del presupuesto a obras de caridad. Proyectos de caridad realizados unos en el mismo complejo y otros fuera de él. Para ello, ya un año antes, se hará un llamamiento a todo el orbe cristiano para que envíe limosnas al Celio que engrandezcan el año jubilar con el perfume de la caridad al prójimo. El año jubilar será un llamamiento a todo el planeta para que practique la caridad con el prójimo.

Precisamente, por que la apertura del Templo del Jubileo tiene que ser una llamada universal a promover las obras de beneficencia, bajo el presbiterio de esta iglesia jubilar, hay una capilla de veinte metros de longitud con una estética bizantina primitiva. En esta pequeña iglesia se halla una cámara excavada en la pared, un hueco abovedado de un metro de altura cerrado por una gruesa cancela de hierro formada por hileras de pequeños arcos.

Cuando se han terminado los ritos del presbiterio, un arzobispo acompañado de un reducido grupo de varios presbíteros, diáconos y laicos, abre esa cancela. Dentro sólo hay espacio para dos arcos, aunque en ocasiones también ponen junto a ellas algunos

pequeños cofrecillos. El contenido de esas arcas se mantiene cerrado allí, desde que se clausuraron las puertas del templo por última vez.

En esas arcas suele haber escritos, alguna cruz, imágenes de la Virgen María, monedas. Todo se vende en una subasta y lo obtenido se da a los pobres. Las cartas son escritos de gente que quiere que algo salga a la luz un cuarto de siglo después. Desde el principio que se instauró esta costumbre, se sabía que iba a ser tanta la gente que iba a enviar cartas para que fueran conservadas allí, que se decidió poner una tasa. Una tasa que se fue incrementando con el tiempo. Pues de otra forma no hubieran cabido en esas arcas.

En esas cartas hay de todo. A veces son mensajes de un familiar a sus futuros descendientes, no faltan muchas cartas que son meros escritos sin sentido: fruto de la locura o de un pseudopofetismo no reconocido por nadie. Alguna vez, incluso, hubo quien reveló la verdad sobre un asesinato. Hasta ha habido cuatro políticos que quisieron, después de muertos, dejar en claro varios puntos oscuros en la Historia de su presidencia. Pero con más sentido o con menos, en cualquier caso siempre son textos muy pensados ya que el precio que deben pagar para que esa carta sea introducida en el arca, es alto. El dinero de esas tasas también es enviado íntegramente a los pobres. Por eso, tanto las cartas como el resto de objetos valiosos que allí se introducen, son enviadas a nombre de los dos limosneros del Basilicarión. Los escritos que se introducen en las arcas no se leen. La labor de los limosneros es dejarlas allí durante un cuarto de siglo. Una de las cajas, la de los escritos, dividida en cajones y compartimentos, nunca cuenta con menos de dos mil cartas. El entero acopio de escritos se subasta con la misma arca, formando una unidad que suele hacer

las delicias de coleccionistas. De nuevo, lo que se saca con esa subasta, pasa a ser beneficio de los pobres.

Tras la ceremonia de apertura del Templo del Jubileo, se abre la cámara (sin ceremonia alguna) y se extraen las arcas. Las cuales son abiertas delante de las cámaras de televisión. Se comprueba el contenido. Tras lo cual, los cofres se llevan al Cuartel de la Guardia Romana, donde son custodiados hasta el día de la subasta.

Por si alguna vez las arcas fueran violadas, los limosneros se encargan de que una copia de todos los escritos se guarde en un lugar del Celio que no se hace público. Muchos de los escritos que se guardan en esas cajas no tienen ningún interés salvo el valor personal que les otorgó su autor, pero unas pocas de esas cartas sí que son verdaderamente relevantes. Razón por la que se decidió que se custodiaría una copia en un segundo emplazamiento.

Esta duplicación también se hacía porque, dado que las cartas no se leen antes de la subasta, no había manera posteriormente de saber si el contenido de un escrito estuvo dentro de esa carta o no. Así que en la página web donde se aparecen las normas relativas a las arcas del jubileo, se explica que dentro de cada sobre que se envíe a los limosneros con este fin, debe haber dos sobres: uno será el que irá al arca, el otro al archivo. Tres meses después de la subasta, en esa misma página web relativa a las arcas del jubileo, se publica el contenido de todas esas cartas. Aunque, en principio, se hizo para que los estudiosos pudiesen comprobar la fidelidad de los contenidos, lo cierto es que se trata de una página web que recibe muchas visitas.

Todas estas cosas pueden parecer ajenas a la religión y enteramente innecesarias. Pero hay que recordar que la Puerta Santa es todo un símbolo del poder de atar y desatar. Todos estos elementos tan accidentales, tan humanos, que rodean a este símbolo, ayudarán a realzar el mensaje que se quiere recordar. Todos estos elementos humanos son como el marco que rodea a la esencia de todo este asunto. Con estas cosas se logrará que se hable mucho de las arcas del jubileo, del templo jubilar, de sus puertas. Las cosas de las que se habla, aparecen en los medios de comunicación, son relevantes. En el mundo hay muchas realidades bellísimas e importantes de las que nadie habla. Por importantes que sean, quedan ocultas.

Lo importante en todo este asunto es la potestad de atar y desatar, la potestad sobre las indulgencias. El templo cerrado detrás de esa la Puerta Santa dotará de fuerza al símbolo. Pues ese templo simboliza las riquezas escondidas de Cristo. Sus arcas clausuradas serán un modo lícito de llamar la atención. Estas cosas les gustan a los seres humanos. Se trata de llamar la atención a través de las imágenes. Recordemos que las indulgencias son invisibles y no se ven.

Además, el que se custodien en esa cámara esos cofres, rememora la antiquísima tradición que tenían los templos griegos de conservar en sus cámaras lo que los ciudadanos les habían confiado. En este caso, los cofres contienen escritos. Escritos que implican limosnas, las que se han pagado para que estén allí, además del dinero que se obtendrá con la subasta.

Como ya se dijo, además de cartas (que se guardan con su sobre original, sello y dirección), también se encierran dentro unos pocos objetos: monedas vaticanas, una imagen de la Virgen María, varias medallas, dos pequeñísimos trípticos. El valor de

esos objetos va más allá de sus materiales, consistiendo en esencia su valor el hecho de haber permanecido allí, en ese preciso lugar, un cuarto de siglo. De forma que lo que se custodia en esas arcas del jubileo, en el fondo, son limosnas para los pobres. Sin esas arcas, no habría esas limosnas. Creando las arcas, las limosnas afluyen a ellas.

Sea dicho de paso, a la iglesia del jubileo se le llama también el Templo de los Tres Templos. El primer templo es el espacio que contiene a la réplica de Santa Sofía. El segundo templo es esa réplica. El tercer templo es la iglesia que se encuentra bajo el presbiterio, en la que se encuentran las arcas. El Templo del Jubileo, propiamente hablando, es el segundo templo. Pero es cierto que se trata de tres iglesias concéntricas, una dentro de otra.

## **34. La plaza delante de la fachada principal**

El Basilicarión tendrá una plaza delante. En vez de la Columnata de Bernini, habrá dos alineaciones de pequeñas montañas artificiales abiertas en la plaza. Montañas-edificio habitadas en su interior. Un edificio de este tipo que tenga, por ejemplo, quince plantas de altura, hasta sus ocho primeras plantas formará como un pedestal escalonado. De ahí en adelante tendrá el aspecto de una montaña cubierta de prados. En la montaña artificial se abrirán disimuladamente pequeñas ventanas.

Estas dos alineaciones montañosas enmarcarán una explanada, la cual se irá estrechando conforme se aproxime a la fachada del Basilicarión. Si bien los últimos trescientos metros estarán libres de toda edificación, para que la fachada se vea en todo su esplendor sin ningún obstáculo visual. De forma que la plaza exterior tiene forma de trapecio de un kilómetro de longitud. Y la plaza que está justo delante de la fachada tiene forma rectangular, y tiene trescientos metros de longitud desde el final de plaza exterior hasta la fachada. Esta explanada interior recorre todo el perímetro de la archibasílica.

Los peregrinos que visitan por primera vez el Celio suelen dedicar el primer día a los claustros, y el segundo al Templo. El primer día se emplea enteramente en los claustros, pues la visita a la Curia y al Claustro Central, ya de por sí lleva toda la mañana. Por la tarde, entre los museos y el resto de los claustros se va todo el día. En el segundo día, no sólo hay que visitar el interior del Templo, sino también sus terrazas superiores y parte de las



escaleras internas bajo el Monte Tabor. Eso unido a la visita al Museo del Templo, donde se explica toda la historia de su construcción, ya les lleva todo el día. Pensemos que únicamente la explicación del tímpano del pórtico de ingreso y del resto de la fachada, ya lleva media hora.

En el segundo día de visita, los visitantes llegarán de Roma en un tren cuya primera parada les dejará en la plaza enmarcada por los edificios montaña. La segunda parada de ese tren deja en los nueve claustros. Como ya se ha explicado, la plaza más que una plaza es un camino que se estrecha hasta llegar al pórtico. Los montes simbolizan a los profetas que condujeron hacia ese pórtico.

No hace falta decir que toda esta zona de edificios-montaña puede requerir de una entera generación para estar acabada. Estas montañas a los dos lados de la plaza, serán hoteles, residencias, oficinas. En sus dos o tres primeros pisos, estas montañas-edificio serán de planta cuadrada, escalonándose los pisos. Las montañas que coronarán estas construcciones, serán versiones diversas del Tabor que corona la fachada del Templo. Es decir, tienen la apariencia de montes por fuera, sobre un pedestal de piedra. Montes por fuera, cubiertos de pequeños prados, pero por dentro habitables.

Las dos alineaciones de pequeños montes verdes, estarían formadas por estas montañas de muy diversos tamaños. Las más pequeñas montañas tendrán unos quince o veinte metros hasta la cumbre. Las medianas, que serán la mayoría, variarán alrededor de los treinta metros de altura.

Los montes formarán dos alineaciones, pero por detrás de la primera fila de estos montes habría muchos más de estos

edificios-montaña. La plaza dará así la sensación de ser un camino amplísimo en medio de una cadena montañosa. Camino amplísimo porque en su parte más estrecha (la más cercana a la fachada) tendrá la anchura de la Plaza de San Pedro, La visión de este conjunto, tanto desde la plaza como desde las terrazas de la fachada de la Archibasílica, sería una mezcla de naturaleza y arquitectura.

Por supuesto, todos los alrededores del complejo son peatonales. El tráfico rodado discurre por calles subterráneas. Los edificios-montaña estarán contruidos unos cerca de otros, pues no habrá necesidad de dejar calles amplias para el tráfico rodado. Esta cercanía de los edificios entre sí, se hace para dotar al conjunto de una unidad, como si formarían una cadena montañosa. Como si el que caminara entre esos edificios, estuviera caminando entre montañas. La cercanía de estos edificios creará unas calles umbrosas, frescas en verano, de aspecto verde, algo entre lo urbano y natural.

Como en la Plaza de San Pedro del Vaticano hay un obelisco, se decidió que en un lugar se erigiría un obelisco nuevo cada año, formando lo que se ha dado en llamar el Bosque de los Obeliscos.

Este *bosque* está situado hacia la mitad del brazo izquierdo de los dos que enmarcan la plaza exterior que conduce a la fachada. La zona de los obeliscos no es visible desde esa plaza, hay que internarse entre los montes para llegar a un claro. En ese claro entre montes es donde se yerguen esos obeliscos de muy distinto estilo y tamaño. El número de cada año aparece bien claro inscrito en la base. Cada nuevo obelisco se va levantando durante el año, y se descubre del velo que lo cubre en la mañana del 1 de enero.

Cada obelisco es un recuerdo del paso del tiempo, una marca, un mojón en el Río de los Siglos. Las inscripciones recuerdan a los que las lean, que el tiempo es un don de Dios. Durante la noche, el protagonista del cambio de año es el Reloj Férreo. Mientras que en la mañana, el protagonista es el nuevo obelisco. Los medios de comunicación siempre hacen una breve referencia a ambos símbolos cada 1 de enero.

Una curiosidad es que la plaza delante de la fachada principal del Basilicarión, a pesar de los nombres oficiales, fue llamada por todos como Plaza de Bernini.

## **35. Las capillas orientales**

En la parte sur del Basilicarión uno se encuentra una alineación de veinte capillas de iguales dimensiones, cada una de ellas está dedicada a un rito oriental católico. Cada día se celebra en cada capilla una liturgia en rito maronita, copto, armenio, caldeo, u otros. La jerarquía de cada patriarcado se encarga de que en su capilla se mantenga de forma diaria esa liturgia. Algunos patriarcados mantienen la capilla original de reducidas dimensiones. Otros las han ampliado, dejando la capilla original como atrio.

Los visitantes sienten un verdadero choque al pasar de la piedra románica y las paredes desnudas de las naves del Basilicarión, al colorido y la exuberancia de estas capillas orientales, inundadas de incienso, velas y cantos profundos. Es tanta la gente que pasa por ellas, que hasta las jerarquías orientales con menos miembros tienen sumo interés en mantener dos o cuatro sacerdotes allí, para

conservar viva la presencia del rito ante los millones de visitantes que pasan por el Basilicarión.

Al principio las veinte capillas eran iguales. Pero con el pasar de los años, algunos patriarcas decidieron construir una iglesia más grande. Eso se hizo ampliando la iglesia en su parte posterior, y dejando la antigua capilla como atrio de la nueva construcción. Nadie quiso construir en otra zona del Basilicarión, porque esa alineación de capillas era una zona de las más visitadas del Templo. A los peregrinos les encantaba la idea de que en un breve recorrido pudieran conocer todos los ritos orientales de la Iglesia Católica.

## **36. Las capillas occidentales**

Frente a las capillas orientales, se fueron construyendo las capillas de ritos occidentales. El rito mozárabe, el lombardo o el, así llamado, tridentino fueron formando una alineación de capillas. En ese lado del corredor, abrieron capillas también dos ordinariatos de anglicanos conversos al catolicismo. Y, por fin, también se abrieron varias capillas regidas por conversos del protestantismo

Y así en un mismo corredor estuvieron representados a un lado los ritos orientales católicos, y en el otro lado los ritos occidentales, así como las espiritualidades basadas en la Biblia. Si las capillas de ritos orientales católicos, se veían como una profusión de incienso, oro, iconos y lámparas de aceite, en el otro lado, otras capillas mostraban una perfecta simplicidad con una gran Biblia en el centro y asientos alrededor. En estas capillas, los grupos se sucedían a lo largo del día, leyendo la Biblia y

comentándola. A la entrada de la capilla se podía leer a que hora del día le tocaba cada grupo lingüístico.

Fue muy interesante para todos poder contar en un trecho tan pequeño con todas esas espiritualidades y liturgias. Se convirtió en un bello mensaje de ecumenismo para los ortodoxos que visitaban el Basilicarión. Y, por otra parte, esas capillas de lectura permitirán a los protestantes que visiten el Templo, poder sentarse y leer la Biblia todos juntos.

### **37. La capilla de Abraham**

Los judíos conversos pidieron tener ellos su propia capilla. Y años después, su deseo se hizo realidad. Y así en esa zona del Templo, uno ve a un lado alineadas las capillas de los ritos orientales. Al otro lado, están las capillas de los ritos occidentales, la iglesia de dos prelaturas de anglicanos conversos al catolicismo, así cómo las capillas de lectura de la Biblia. Y, al final de ese amplio corredor que forman ambas alineaciones, en el centro, está la capilla de los judíos conversos al cristianismo. La comunidad de diez judíos que se encarga de mantener esa iglesia, viste al modo hebreo, con sus filacterias, sus mantos y todos los demás elementos. Con sus barbas patriarcales, sus vestiduras y su vida consagrada en el Templo, parecen profetas encargados de explicar a los visitantes el sentido de ese lugar. Un lugar que parece una sinagoga.

Los miembros de esta comunidad de laicos judíos, se sienten como los levitas morando en el Templo. Tienen mujer e hijos que viven y trabajan en distintas funciones del Basilicarión. Dos judíos conversos ordenados sacerdotes, y que forman parte de esta comunidad, celebran una misa en la Tienda de la Reunión y en el

Templo de Salomón. Alternativamente es en cada uno de esos lugares. La misa se celebra en la cámara que hay delante del velo del Santo de los Santos. Sólo asisten los miembros de esta comunidad. Aunque la puerta del santuario está abierta, y los turistas pueden ver los ritos que tienen lugar allí. La misa se celebra, también alternativamente, sobre el altar de los perfumes o sobre la mesa de los panes de la proposición. La cual se coloca en el centro, justo delante del candelabro de los siete brazos.

Todos los años, en su Fiesta de los Tabernáculos, judíos de todo el mundo llegan y participan durante una semana en una serie de celebraciones que duran una semana:

**Primer día:** El primer día tiene lugar la procesión de entrada en el Templo. Suele haber unos dos mil judíos en esa marcha de ingreso. La mayoría van revestidos con sus típicas ropas judías. Esa entrada simboliza la llegada de los judíos a Jerusalén, pero también el regreso a la fe en el Mesías que esperaron sus patriarcas. Cantando salmos recorren parte del Basilicarión, hasta llegar a su capilla. Delante de ella hacen sus últimas oraciones, la costumbre es que tres de sus rabinos conversos les digan unas palabras, tras ello un presbítero con alba y estola, pero cubierto con el talit (el manto de las cuatro franjas) les da la bendición extendiendo sus manos sobre ellos.

**Segundo día:** Se congregan todos en el centro de las terrazas superiores del Basilicarión, alrededor de un altar llamado Altar de Abraham. Allí hay una reconstrucción de lo que pudo ser aquel altar primitivo. Hasta ese altar traen ellos sus ofrendas, que se colocan a ambos lados de ese altar pero más lejos. Se colocan más lejos, porque sobre ese altar se enciende un fuego, como el que pudo haber encendido Abraham. Los judíos cantan, bailan y oran por largo rato. El encuentro acaba con una bendición de nuevo. En una terraza adyacente, se prepararán largas mesas, para un gran banquete. Normalmente se inscribirán para ese festín unas ochocientas personas.

**Tercer día:** Se reúnen en torno a la réplica de la Tienda de la Reunión, situada en una de las capillas laterales de la Nave Central. Allí asisten a una misa celebrada sobre el altar de los holocaustos emplazado ante la Tienda. Con sacerdotes situados en la primera fila rodeando el altar y un obispo celebrando, y todos los presentes vestidos con sus vestiduras judías, dará la sensación de estar ante un sacrificio oficiado por Aarón con los levitas alrededor y los hebreos de aquella época asistiendo. Desde allí, parten todos en procesión. Precedidos por cien judíos ataviados como antiguos soldados hebreos. Ellos portan los doce estandartes de las doce tribus. Les siguen los demás cantando salmos. Es un largo recorrido por el Basilicarión, hasta llegar a una gran hornacina de piedra, situada dentro de un arco. Alrededor de ese arco están representados los jueces, los profetas y los reyes de Judá e Israel. Ese gran monumento es conocido como la Tierra Prometida. La marcha tiene el sentido de la larga marcha por el desierto hasta llegar a la tierra de Canaán. Delante de ese monumento se realizan varias oraciones, mientras varios presbíteros se mueven entre la multitud, aspergiendo a los judíos allí congregados.

**Cuarto día:** Se reúnen en torno al Templo de Salomón. Se celebra una misa, igualmente tiene lugar sobre el altar de los holocaustos. Desde allí marchan a otra zona del Basilicarión, donde hay un muro de grandes sillares de piedra, que reproduce exactamente el Muro de las Lamentaciones. Allí recitan unos textos de los profetas acerca del Exilio. Se acaba con una solemne bendición.

**Quinto día:** Se reúnen alrededor de las tres cruces del Gólgota. Allí los rabinos recitan las Lamentaciones de Jeremías. Después atraviesan el Basilicarión transversalmente hasta llegar a la Basílica de la Resurrección, situada en una parte de las naves laterales. Esa misa tendrá el sentido de una gran afirmación de la Resurrección, reforzado por el hecho de que tras la misa pasarán sus representantes al interior del Santo Sepulcro a proclamar su fe y a venerar la losa que simboliza la piedra sobre la que resucitó. Ese acto con todos los judíos alrededor, será como trasladarse al Santo Sepulcro a acoger al Mesías que fue rechazado.

**Sexto día:** La misa se celebra en la Basílica de San Pablo, situada en la otra nave lateral. Esa misa tendrá el sentido de que no sólo acogen el Evangelio, sino todo el Nuevo Testamento. Providencialmente, las dos basílicas están situadas frente a la Tienda y el Templo de Salomón. De allí partirán en procesión hacia otro punto del Basilicarión. La larga marcha simbolizará la larga última diáspora.

**Séptimo Día:** La misa tiene lugar en la Nave Central. Esa misa culmina la semana y tiene el sentido de estar celebrando la Resurrección en el nuevo *Sancta Sanctorum* del Nuevo Templo. Esta última misa simbolizará el definitivo reencuentro en la Casa del Padre de los gentiles y los judíos.

Como es lógico, unos judíos podrán asistir únicamente dos o tres días a las celebraciones de esa semana. Pero esta semana será el gran punto de encuentro de judíos conversos. Durante esos días, habrá conferencias, charlas, seminarios en el Celio acerca de esta temática. Para los judíos que se trasladen allí, serán unos días de celebración y música. Así como de cenas que tendrán lugar entre grupos de amigos y familiares.

El mismo Basilicarión se irá enriqueciendo con pequeños lugares sacros, que tengan una gran carga simbólica para los judíos que cada año llegarán. Los que lo deseen, podrán alojarse en tiendas de campaña alrededor la zona norte de los claustros. Pues, en tiempos de la Biblia, los judíos que se trasladaban a Jerusalén, moraban en tiendas, de allí el nombre de Fiesta de las Tiendas. Dado que esta fiesta se celebra en septiembre u octubre (según el

calendario lunar hebreo) la climatología será perfecta en Roma. Sin mucho calor, ni mucho frío, y antes de que comience la época de lluvias.



## **38. Las Capillas Ecuménicas**

En los muros-edificio del Basilicarión, se encuentra el Instituto Ecuménico. Allí viven y estudian personas de diversas religiones. Desde su fundación, se intentará que el Instituto Ecuménico sea el centro académico de referencia para todos aquellos que quieran conocer otras denominaciones religiosas. Se favorecerá el que esos estudiantes vivan y oren juntos, sin imponerlo de ningún modo.

Dependientes de este Instituto Ecuménico, estarán las capillas ecuménicas. Estarán situadas en un sector de los muros edificios del Basilicarión, al que se accederá por seis escalinatas. Esas capillas estarán elevadas y como empotradas en los muros del Templo. Estarán elevadas, para distinguir ese sector del espacio ordinario de la basílica. Y empotradas en el muro, para simbolizar que, aun hallándose en el Basilicarión, se encuentran en la parte más externa. Aun así, el Templo acogerá a todos los que crean en el único Dios verdadero. Y no sólo los acogerá, sino que proveerá a los turistas de un lugar donde poder adorarle de acuerdo a sus creencias. Ese lugar serán esas cinco capillas: la ortodoxa, la protestante, la judía, la musulmana, la budista y la sexta capilla reservada para otras denominaciones monoteístas.

No habrá ninguna capilla para adorar a ningún falso dios. No se permitirá espacio alguno para la idolatría. Pero a todos aquellos que quieran adorar a un Dios Único, Creador, Todopoderoso, se les proporcionará de un lugar donde hacerlo, porque el Basilicarión no es un templo más, sino un Templo para la Humanidad. Un lugar de oración y adoración para todos los Hijos de Dios.

Que sean seis los espacios reservados para otras denominaciones tiene un sentido simbólico. Seis es un número de no plenitud. La séptima capilla sería la de la Iglesia Católica, es decir, el Basilicarión.

Los seis espacios ecuménicos, al principio estarán dotados en su interior de los elementos mínimos imprescindibles. Pagado por la autoridad del Basilicarión, como gesto de acogida a los visitantes de otras religiones. Y no sólo eso, también para que los estudiantes y profesores del Instituto Ecuménico, puedan hacer sus oraciones. En esas capillas se verá que la Iglesia, como madre, acoge. Y que el Basilicarión es una casa de acogida.

Un cofre a la entrada de esas capillas, recogerá las limosnas de los propios visitantes de cada religión. Las cuales limosnas se emplearán en embellecer el lugar, de forma que con el pasar del tiempo el espacio inicial parezca una verdadera mezquita, una verdadera sinagoga, una bella iglesia ortodoxa y un bonito templo protestante. El culto en esas capillas quedará a cargo de los estudiantes del Instituto.

La capilla budista tendrá una representación conceptual de Dios en el centro del suelo, como un gran mandala. Pero ese mandala de estilo oriental dejará claro que se trata de una representación de la Divinidad. El sexto espacio dedicado a otras confesiones, estará dividido en una cuadrícula de nueve espacios. Cada uno de ellos dedicado a un modo de culto determinado. Cada uno de ellos con una especie de pequeño retablo.

## **39. La comunidad judía**

Un hecho especialmente bello es que una pequeña comunidad de unos cincuenta judíos se estableció en un sector de los muros-

edificio del Basilicarión. Su presencia reforzó extraordinariamente el simbolismo del Templo. Ya no eran sólo las piedras las que simbolizaban, sino que las mismas personas pasaban a formar parte del Templo junto con las piedras.

La mayor parte de esos judíos, son hebreos conversos. Aunque siempre hay unos tres o cuatro que no lo son, y que hacen sus oraciones en la capilla ecuménica dedicada como sinagoga. Ese lugar se acabó convirtiendo en una bella sinagoga, porque los cincuenta judíos que vivieron durante los primeros cincuenta años (desde que se creó esa comunidad) acabaron convirtiéndose en trescientos cincuenta.

Ellos vivían en los muros del Templo, como formando un poblado. Vivían en régimen de alquiler, como todos los demás habitantes de esos muros-edificio. Visualmente formaban un poblado de casitas pequeñas y apiñadas, que parecían haber sido construidas en las escarpadas laderas de esos muros de contrafuertes y escalonamientos pétreos. Es decir, formaban como un pueblo levantado en los bordes de unos riscos.

Entre muchos judíos mesiánicos, se estableció la costumbre de pasar cada año una semana allí. Ciertamente que la Fiesta de los Tabernáculos era la fiesta que más afluencia de hebreos atraía. Pero todo el año había una presencia de peregrinos judíos que se unían a la comunidad fija existente, y que hacía de anfitriona y les acogía. Requirió de varias generaciones crear tanto la comunidad, como ese flujo de judíos mesiánicos. Pero una vez que se consiguió, la presencia constante de esta comunidad judía con sus barbas, sus mantos en la cabeza y sus cantos hebreos, se convirtió en un verdadero don para este lugar santo.

En esto, como en tantos proyectos del Celio, lo que es imposible de crear en diez años, sí es posible crearlo en dos o tres generaciones si se persevera en un plan a largo plazo. Puede parecer que el Celio se embarcó en demasiados proyectos, proyectos no meramente arquitectónicos. Y aunque es cierto que se debe mantener la prudencia en cuanto al número de empresas a las que se da comienzo, no hay que olvidar que una Iglesia de más de mil millones de fieles puede emprender muchos proyectos simultáneamente. Es más, la mayor parte de las veces, la autoridad del Basilicarión se limitó a permitir la iniciativa de personas privadas, las cuales se encargaban de todo.

Para los hebreos conversos al cristianismo, tenía un aspecto sentimental muy fuerte el poder vivir en un Templo que les recordaba tanto al Templo de Jerusalén. Para ellos el Basilicarión se convirtió en la resurrección del Templo. Y todos ellos se sintieron levitas viviendo en sus atrios.

## **40. La Sala de los Concilios**

En uno de los muros-edificio del Basilicarión, se podrá visitar la Sala de los Concilios. Esta sala espaciosa, sobria pero solemne, estará pensada para que las conferencias episcopales o las provincias eclesiásticas puedan celebrar allí sus sínodos. La sala tendrá anejas todas las dependencias necesarias para aposentar a los reunidos.

El lugar de reunión estará pensado para ofrecer la más digna de las imágenes. Un grupo de personas se puede reunir en cualquier lugar (un colegio, un hotel, un lugar de retiros), pero la Sala de los Concilios estará ideada con un enfoque muy visual. Habrá tres

salas de diversos tamaños. Uno podrá ver ante sus ojos, una imagen ideal de cómo fue el Concilio de Nicea o el de Trento.

A los obispos allí congregados, el mismo lugar les inculcará la importancia que para la Iglesia tiene el hecho de reunirse para deliberar. La sala del hemiciclo con sus dependencias anejas expresará el concepto de que aquello no es una reunión más, como la puede tener una empresa, sino que se trata de una reunión sacra.

En esos hemiciclos tendrán lugar muchas reuniones de obispos organizadas por la Curia. Pero las comodidades de las salas anejas, así como de los aposentos, serán tantas, que algún que otro sínodo de conferencias episcopales de otros países, se celebrarán allí. Para unir al hecho del sínodo el aspecto de peregrinación. Para reunirse en un lugar santo.

No sólo la santidad del lugar, será atractiva también la comodidad de sólo tener que llamar y reservar un lugar que ya dispone de todos los elementos necesarios: alojamiento, lugar para las comidas, salas más pequeñas para otras reuniones, lavandería, y otros elementos menores.

Las tres salas de las reuniones, cada una de un tamaño, están cubiertas de un artesonado de madera, sus paredes son de piedra. La sala pequeña tiene a cada lado tres hileras de escaños, treinta a cada lado, unos enfrente de los otros. En la presidencia hay siete siales y tres asientos para secretarios. Con una mesa en el centro para cuatro peritos. Los escaños tienen la misma comodidad que un sillón, pero enmarcados en madera como el coro de una catedral. Detrás de los arzobispos que presiden el sínodo, hay una gran cruz griega de oro salpicada con turquesas verdes. La cruz, de dos metros de altura, cuelga del techo.

De allí, a las horas determinadas, los obispos interrumpen sus deliberaciones y, en procesión, se dirigen al Basilicarión a rezar las horas canónicas. Un maestro de ceremonias, guía la procesión a un lugar determinado, para que cada hora sea rezada en un coro distinto del Templo.

En esa sala donde se reúnen todo debe respirar dignidad. Disponer de un marco de gran solemnidad, ése fue el propósito de la Sala de los Concilios. Por otra parte, la presencia de la Curia requería de, al menos, tres salas grandes donde reunirse con los obispos venidos de otras partes del mundo.

Los sínodos y reuniones de Curia que tengan lugar allí, seguirán un horario ya marcado para todos los que allí se congreguen. Un horario en el que las reuniones se intercalan con las oraciones en el Basilicarión. Es decir, el marco y el horario ofrecerán a todos la clara percepción de una reunión orante, de que han cambiado de entorno para realizar algo que es importante para la vida de la Iglesia. El comienzo del día comenzará con media hora de adoración con la custodia expuesta.

Las normas marcarán que los obispos y presbíteros tendrán que asistir a las reuniones del sínodo con traje talar. Antes de las ceremonias, los obispos y clérigos entrarán en la Sacristía de la Sala de los Concilios, donde se revestirán con las ropas adecuadas para los oficios corales. Estos sínodos, con sus procesiones y rezos, serán un gran ornato del Basilicarión.

## 41. Las Nueve Puertas

El Basilicarión cuenta con nueve puertas monumentales. Cada una de esas puertas cuenta con once metros de altura. Los relieves de cada portón varían en cada uno de ellos, y cada puerta cuenta una historia en bronce. Las puertas están todo el día abiertas, son un símbolo de la Iglesia abierta a todos. Pero por la noche, por razones de seguridad, se procede a su clausura de un modo ceremonial.

A las nueve de la noche, nueve soldados de la Guardia Romana llegan en hilera marcando el paso, con un sargento al flanco. Nueve por dentro del Basilicarión, nueve por fuera. El sargento que va al lado de la hilera grita con fuerza una orden y se detienen. Otra orden y giran sobre sus talones hacia la puerta. La otra hilera por dentro con otro sargento hace lo mismo ante la puerta, pero por dentro del Basilicarión. Otros cuatro soldados indican a los turistas que deben desalojar el espacio entre las dos hileras de soldados. Una vez realizado el desalojo se grita con fuerza otra orden y diez soldados empujan las pesadas hojas de las puertas. Se necesitan cinco hombres empujando en cada hoja, para mover unas puertas tan grandes.

Las puertas son tan pesadas que, aunque no se vea, van sobre ruedas. Las puertas son de diversos tamaños y pesos. La más grande de las nueve, la Puerta de Santiago el Mayor, es tan pesada que tiene una soga enrollada en una especie de doble gancho. Cuando se cierra esa faraónica puerta, se requiere de diez soldados que empujen directamente sobre una de sus hojas, y otros diez que empujen estirando a lo largo de una soga que acaba en una argolla.

Estas puertas podrían cerrarse por procedimientos mecánicos. Pero, desde el principio, se prefirió que los que presenciasen la

escena, pudieran sentir la magnitud de esas puertas viendo el esfuerzo que se requiere para moverlas. La parte inferior de cada puerta es mucho más maciza que su parte superior. Cada puerta, a unos cinco metros de altura, es de materiales mucho más livianos, aunque externamente tenga la misma apariencia de color y materiales.

Una vez cerrada la puerta, se pasa una gran tranca y se tira de una cadena vertical que cierra una tranca más pequeña situada a mayor altura. Una vez asegurados los dos cierres, el sargento hace una breve oración:

*Oh, Señor de los Ejércitos que erigiste este Templo para que se honrara tu nombre. Oh Dios Omnipotente que alzaste esta tu casa para que en su seno se elevara el incienso bendito a tu gloria. Protege y custodia este lugar santo contra sus enemigos. Contra cualquier ataque defiéndelo. Y que tus ángeles y santos intercedan para que sea amparado frente a las agresiones del Mal. Virgen Santísima cubre con tu velo esta morada ante los sembradores del terror. Amén.*

Acabada la oración, sigue una orden del sargento y las hileras de soldados se rehacen, dirigiéndose hacia la siguiente puerta. El recorrido por todo el perímetro del Templo más el cierre de las puertas es una ceremonia que se prolonga durante casi dos horas.

La Plegaria de la Clausura que realiza por dentro por un sargento, y por fuera por otro sargento. Estas plegarias son una diaria petición a Dios, para que no haya atentados terroristas en todo el Celio y especialmente allí, en el lugar sagrado. Normalmente siempre hay entre tres y cinco sacerdotes visitantes que desean acompañar a la Guardia Romana en la clausura. Los sacerdotes revestidos con roquete sobre la sotana, siguen en grupo, no en hilera, a la fila de soldados. Los sacerdotes son los que hacen las oraciones. Si el grupo de sacerdotes es igual o superior a siete, se



realiza la clausura solemne. En la que uno de los siete sacerdotes va revestido con capa pluvial, los siete sacerdotes recitan un salmo mientras se cierra cada puerta, y durante el rezo del salmo el sacerdote revestido con la capa asperge con agua bendita la puerta. La clausura solemne no alarga la ceremonia, porque el salmo y las oraciones se rezan mientras los soldados cierran la puerta.

Esta Ceremonia de la Clausura de las Ocho Puertas recuerda que la Iglesia que debe cerrarse frente a las doctrinas de la herejía y frente a las fuerzas del mal, humanas y demoniacas. Cada día esta ceremonia supondrá elevar plegarias a Dios para que proteja el Celio frente a los ataques terroristas. De ahí la mención explícita en las oraciones de los *sembradores del terror*.

No serán las nueve puertas del Basilicarión las que se cierren. Porque una permanecerá abierta. Así los que lo deseen, podrán entrar a rezar y a adorar el Santísimo Sacramento incluso por la noche, a cualquier hora de la noche. Los que entren sólo podrán ir a la zona del ábside. El resto del Templo estará cerrado para evitar actos de vandalismo nocturno. A pesar de la oscuridad de las naves y corredores de la archibasílica, las cámaras de seguridad y los detectores de movimiento asegurarán que sea descubierto cualquiera que se haya quedado escondido esperando la noche. El Templo es muy extenso, pero la ausencia de movimiento, hará que cualquiera que se esconda sea detectado con rapidez.

No tardaron en descubrir que el Basilicarión por la noche, sumido en la oscuridad y el silencio, se mostraba como un espacio lleno de atractivo y poesía. De forma que pronto organizaron visitas en grupos. Dos mil personas visitan el Templo cada noche. Todos, al entrar con el guía, deben colocarse una pulsera que emite una señal y les localiza. Cada mes, unos cinco son atrapados

afirmando que se perdieron. Ese acto no intencionado de perderse, unido a la casual pérdida de la pulsera, supone una fuerte multa.

Al comenzar el recorrido nocturno, el guía les advierte que separarse del grupo y quitarse la pulsera, supone una multa equivalente a un mes de sueldo. Aun así, estadísticamente suele haber cinco personas al mes, que consideran que están por encima de las normas.

La *caza de los perdidos*, es uno de los juegos que más divierten a la Guardia Romana. Puede sorprender, pero los reclutas de la Guardia varias veces han manifestado su deseo de que se bajen la cuantía de las multas, para no desincentivar tanto a los transgresores. Y es que los soldados avanzando en medio de la oscuridad, con un calzado que no hace ruido y advertidos por el centro de seguridad de dónde se encuentra la *liebre*, supone una verdadera caza, un juego entretenidísimo.

En una ocasión, diez jóvenes de un grupo se dispersaron simultáneamente por el Templo. Cada uno se dirigió en una dirección. Conocían perfectamente la archibasílica. uno de ellos iba acompañado y se dirigió al baldaquino de la Nave Central. Quería hacer un grafiti sobre el Altar de Inocencio XIV, mientras su compañero lo grababa en vídeo. Planeaban colgarlo en Internet, como campaña de protesta contra una multinacional. Hubo que desplazar a un centenar de soldados del cuerpo de guardia. Los intrusos no lograron su objetivo, porque no sabían que el Baldaquino, el Trono de la Palabra y el Solio de la Santa Sede pueden ser clausurados desde el Centro de Seguridad. Un muro de acero de dos metros y medio se eleva desde el suelo alrededor de estos tres elementos.

Ese muro de acero se colocó para proteger al Papa, en caso de que un grupo numeroso y organizado, se lanzara contra él durante una

ceremonia. En esa situación, impidió que esas personas pudieran acceder hasta un lugar tan emblemático.

## **42. Los muros del Basilicarión**

Solamente los muros perimetrales del Templo suponen una sucesión continua de edificaciones a lo largo de tres kilómetros y seiscientos metros. Eso no cuenta los muros interiores. Su elevación media es de nueve pisos de altura. Es en los muros donde están situadas el Instituto Ecuménico con sus seis capillas, la Sala de los Concilios con todas sus dependencias anejas, el poblado de la comunidad judía, varios monasterios, así como hoteles, residencias de ancianos así como las viviendas de muchos clérigos y laicos que trabajan en el Celio.

Estos muros-edificio dan impresión de robustez gótica. En algunos trechos, de varios de sus muros emergen grandes masas rocosas. Masas roqueñas en las que se ven horadadas ventanas y pequeñas escaleras, indicando de forma clara que ésa es la zona de los eremitas.

La mole de los muros se diseñará como una fantasía neogótica, visualmente amenizada por torres, contrafuertes y arquivadros, así como por toda una pléyade de gárgolas y arcos ojivales con estatuas de santos, de vicios y virtudes, de oficios y ángeles. En esos muros cabrá de todo: estatuas de aspecto medieval que representarán a presidentes de naciones, intelectuales, artistas, pobres y científicos, amas de casa y niños. La sociedad y las realidades del mundo quedarán plasmadas allí.

Los muros con frescos abundarán más en el interior de la archibasílica. En el exterior, reinará la piedra. No es que los

muros estén cubiertos de estatuas. Al contrario, se evitará la proliferación de la cantidad, frente a la calidad. Pero en una superficie tan masiva, uno encontrará rincones donde estarán representados con estética románica los atentados contra las Torres Gemelas. Hay una zona donde se representan medio centenar de atentados y magnicidios. Para que la gente ore pidiendo protección. A lo largo de los muros, se contarán un millar de gárgolas simbolizando todos los males posibles de la Humanidad.

Los muros esencialmente se mostrarán lisos, ofreciendo una sensación de fortaleza. Probablemente su estatuaria no cubrirá ni un 5% de su superficie. Pero en esa área pétreo estará subjetiva y arbitrariamente representado el mundo del siglo XXI. Los muros merecerán una visita guiada a nivel del suelo, que seguirá por la calle intermedia y que acabará recorriendo la terraza superior. Esos muros, serán por su extensión, el soporte ideal para crear una estética propia, no una mera repetición de moldes pretéritos.

### **43. La Abadía de San Simón Estilita**

Cuando se comenzó a construir el Basilicarión se hizo, en primer lugar, erigiendo los muros de su ábside. Fue voluntad del Santo Padre que en ese ábside se colocara también un monasterio benedictino. Por un lado, para que esa comunidad se ocupase de parte del culto de ese templo. Por otro lado, para que el monasterio integrado en esos muros confiriera a la basílica la concepción de, lo que él llamaba, los *muros orantes*. Es decir, como si esos muros fuesen el sustento espiritual del templo material, y además como si constituyesen una barrera espiritual.

Ese monasterio se formó con los veinte mejores monjes que se encontraron en el mundo. Esos veinte santos formaron una comunidad modélica, en un monasterio de estética rigurosamente medieval. En la parte dedicada al monasterio, el muro-edificio internamente tenía los techos muy altos y sus corredores eran muy amplios. De forma que los monjes no experimentaban sensación de encerramiento. Al contrario, el monasterio rebosaba amplitud por todas partes.

En la planta baja del muro-edificio absidial había sólo pilares, con la idea de allí situar en el futuro capillas. Esta planta baja tiene la altura de tres pisos. En esta parte se halla la iglesia propia de los monjes. En el primer piso están las salas comunes del monasterio. Esta zona monástica común tiene la altura de tres pisos. Y en el tercer nivel están situadas las celdas y dos claustros. Claustros que se abren a la azotea, donde se están los jardines por donde pueden pasear los monjes. Desde otras partes más elevadas de la azotea, los turistas pueden ver de lejos los claustros y los monjes por los senderos de sus prados.

No hace falta decir, que el número de monjes experimentó un crecimiento constante. Crecimiento de la comunidad que supuso la expansión arquitectónica del monasterio inicial. Crecimiento muy explicable: los trabajos de los monjes eran variados (muchos de ellos dedicados al arte), las liturgias esplendorosas (y éstas magnificadas por la grandiosidad del Templo), la observancia rigurosa (fruto de la santidad de sus primeros fundadores). También influía no poco el que los que ingresaban en el monasterio tenían la sensación de una inmersión en la Edad Media. Los muebles, los edificios, todo, había sido creado con una cuidada uniformidad estética.

El nombre de la abadía se debía a que San Simeón había vivido en lo alto de una columna. También esos monjes vivían en lo alto. El Templo era su columna, su montaña, su Tabor en el que habían hecho su morada para vivir en la contemplación de la Divinidad. Eran verdaderos habitantes del Templo. Vivían en él, se movían en él. Y una vez que profesaban los votos perpetuos, no saldrían nunca de él.

Cuando las azoteas del Basilicarión siguieron creciendo, parte de éstas se dedicaron al jardín de la clausura de los monjes. Incluso se levantó un edificio monástico en forma de peñasco, que era una montaña artificial por la que podían ascender los monjes. Los habitantes de la abadía tenían prados, claustros y una montaña por los que pasear al aire libre, evitando toda sensación de reclusión. La comunidad, además de sus pequeños huertos, tenía un rebaño de veinte ovejas, así como gallinas sueltas. El 80% de la alimentación de las ovejas es con paja, para que no arruinen enteramente los prados de las terrazas.

La clausura en la abadía es estricta. Incluso en el Basilicarión están delimitadas las zonas para los monjes. Los turistas pueden ver de lejos a los monjes andar y orar, pero no pueden entrar en esas zonas distrayéndolos.

Las zonas de clausura en el ábside basilical están situadas en las zonas de pilares de la planta baja de los muros-edificio. Pero los monjes también cuentan con algunas partes internas del Templo, concretamente con cuatro pequeñas zonas de clausura. Adonde pueden llegar sin cruzarse con los turistas a través de varios pasajes elevados, parecidos al Puente de los Suspiros de Venecia. La verdad es que los monjes consideran esta archibasílica como su templo, como una especie de jardín edénico monacal.

Al cabo de setenta años, la abadía llegó a contar con casi novecientos monjes. Hubo momentos en que algunos se quejaron de que el Templo entero parecía una abadía. Se criticó que si el índice de crecimiento seguía, la abadía iba a fagocitar a la basílica entera.

Uno de los atractivos que para las nuevas vocaciones tenía ese monasterio, es que los que ingresan se hallan con una comunidad viva, amplia, morando en un entorno de por sí extraordinariamente sugerente. Los jardines superiores parecen verdaderos prados silvestres, y lo son. El Templo, que lo consideran como algo suyo, no tiene rival en el mundo. Y después está el espectáculo de los novecientos monjes. Todo esto es mucho más que Cluny en sus mejores tiempos.

Los domingos se reúnen todos en un solo coro para el canto de las horas canónicas. El resto de la semana se dividen por el Basilicarión en siete coros de cien monjes cada uno, y en diez coros de veinte monjes cada uno. Estos diecisiete coros diariamente esparcidos por el Basilicarión, no sólo cantando en sus sitiales, sino yendo y viniendo procesionalmente, son como el incienso que se extiende por ese lugar sagrado. Si bien ellos son sólo una comunidad de las quince comunidades religiosas que han llegado a establecerse en los muros-edificio, pero ciertamente ellos solos parecen llenar todo el Templo.

El culto en la archibasílica es rico y variado. Pues a estos diecisiete coros monacales (pertenecientes a la Abadía), hay que añadir los tres cabildos formados por sacerdotes jubilados que vivían en las residencias de los muros-edificio del Templo. Además, están las otras catorce comunidades religiosas, cada una con su capilla.

Los diversos coros están situados en las iglesias del Templo. Pero más de la mitad de los coros monásticos se hallan situados en el amplio corredor perimetral y en el transversal. Se situaron allí para sacralizar ese espacio, que de otra manera hubiera parecido un mero pasillo con pilares y bóvedas. Esos coros estaban situados en pleno centro del pasillo con un altar en el centro. Los turistas suelen pararse a escuchar los cantos gregorianos. Los que no se detienen, siguen su camino por los lados del coro. Estos coros son como islas en mitad de ese pasillo cuadrado y del otro que atraviesa de un lado a otro el Templo. Son islas de canto gregoriano. Los pequeños altares del centro de estos coros suelen estar cubiertos de telas adamascadas con una cruz dorada sobre ellos.

Otro de los atractivos de la Abadía de San Simeón es que los monjes van rotando por los distintos coros de la archibasílica. Esto siempre otorga una sensación de variedad. La gran abadía nutre los numerosos coros del Templo con un abundante río de monjes.

El Coro Áureo, el coro donde los domingos oran juntos todos los monjes, está situado en el extremo Este de la Nave Central. Extremo que tiene forma de ábside elevado con un gigantesco pantocrátor. Este ábside cuenta con una escalinata por la que se sube a un ábside más pequeño, que se abre en el centro del anterior. A su vez este segundo ábside tiene otro ábside más elevado que, de nuevo, se halla dentro del segundo. Estos tres ábsides formaban el ábside de la Nave Central, el cual ofrece la sensación de ir penetrando en un triple Sancta Sanctorum con sus hileras de asientos a sus lados, donde los monjes de hábito negro cantan sus salmodias.



Pero los escaños de este gran coro sólo se llenan el domingo. El resto de la semana, los monjes se dispersan por todo el Templo. Uno de los coros menores se reúne en los escaños situados en torno al Trono de la Palabra en esa misma Nave Central. En esa nave central durante buena parte del día siempre están resonando las plegarias por sus altavoces, bien por las misas que se celebran bajo el baldaquino, bien por la salmodia gregoriana que es entonada en torno al Trono de la Palabra. Las horas menores se cantan en el otro punto focal de esa nave, en los escaños en torno al Solio de la Santa Sede.

Por último, en una pequeña capilla llamada Cripta de las Completas es donde cuarenta monjes rezan cada día las Completas. Se trata de una capilla situada bastante más abajo la Capilla del Santísimo Sacramento, situada dentro del pedestal del Baldaquino. De estilo románico, esta cripta tiene en su centro el tenebrario que el Viernes Santo se emplaza en el centro del pasillo de la Nave Central. El tenebrario de esta cripta es un pesado candelabro de forma triangular y de cuatro metros de altura, con quince velas.

Este tenebrario es el único foco de iluminación en esta cripta. Por ello, los monjes en sus asientos tienen que rezar de memoria los salmos latinos de completas. Junto al tenebrario hay un osario en forma de cilindro metálico de seis metros de diámetro. Es como un pozo que se abre en el suelo. El osario está recubierto de relieves cuya temática versa acerca del final de la vida. Si uno se asoma hacia el interior del pozo puede ver todas las calaveras y fémures formando un muro circular, al estilo de algunas partes de las catacumbas de París. Ese pozo descende hacia abajo seis metros, la altura de su diámetro. Una tenue iluminación indirecta que parte desde la zona inferior del pozo, permite al que se asoma ver el interior. Visión que supone de por sí una meditación sobre

la muerte. Sin esta ligerísima iluminación, el interior del pozo estará completamente sumido en la tiniebla.

En casi una decena de iglesias del Templo se pueden encontrar dispersos más osarios como éste en forma de pozo. Paradójicamente, osarios y pilas bautismales se hallan diseminados por toda la archibasílica.

Por los pasillos de la archibasílica, uno siempre encuentra hábitos dominicos, franciscanos, cistercienses, jesuitas y de otras muchas órdenes; y también eremitas. Los muros de la archibasílica, al final, llegaron a contar con tres eremitorios. Los eremitorios ocupan mucho menos espacio que una abadía. Los eremitas cuando bajan a escuchar misa, descienden en grupos de veinte, visten un tosco y burdo hábito, andan por el corredor perimetral con la vista baja, sin hablar con nadie. Los trescientos eremitas viviendo en los muros del Templo, escuchan misa repartiéndose por las distintas iglesias.

## 44. Las tres murallas

El perímetro exterior de los nueve claustros tiene el aspecto de una poderosa muralla. Ofrece el mensaje de la Iglesia como una fortaleza que debe proteger el mensaje de Cristo. En cada cara de la muralla-edificio, se abren cuatro arcos, correspondientes a los dos intersticios entre los tres claustros de cada lado. Esos intersticios son las calles comerciales, como ya se ha explicado antes. A esos intersticios hay que añadir otras dos calles más en los extremos: la calle que hay entre el último claustro y la muralla. Varias torres-edificio de aspecto fortificado están adosadas a esta muralla.

La muralla no sólo puede recorrerse en su parte superior, como si de una ancha calle se tratara, sino que además estará unida por puentes a los nueve claustros. La muralla tiene una calle intermedia interior y exterior, lo mismo que los claustros. Es posible subir a ellas con toda libertad, por numerosas escalinatas.

Propiamente, ésta es la segunda muralla, porque el Claustro Central alrededor de su perímetro tiene un edificio-muralla también con torres de menor altura que los muros a los que irán adosadas. El primer claustro tiene como signo peculiar esta muralla, a la que se le dio el nombre de Primera Muralla.

Alrededor de todo el Celio hay una muralla-edificio, la más grandiosa de todas, que sólo está construida a trechos. El interior de esta barrera fortificada se dedicará simplemente a viviendas. Ella marcará netamente el perímetro final del Celio y contendrá todas las ampliaciones que se desborden más allá del complejo de los claustros.

Un siglo después de iniciada la construcción del Celio, sólo hay construida una cuarta parte de esta muralla, equivalente a un edificio de veinte pisos de altura. Tampoco hay ninguna prisa en acabarla. Probablemente, esta tercera impresionante muralla exterior, la más alta de todas, nunca se acabará del todo.

De esta manera, no sólo se reforzará visualmente la idea de la Iglesia como fortaleza que protege un tesoro espiritual, la Tradición, sino que rememorará la idea de la Jerusalén bíblica de Esdras y Nehemías con sus muros y torres. Un elemento típico del Celio y consustancial con sus murallas y claustros, serán las escaleras.

Por otra parte, la Primera Muralla (la del Claustro Central) y la Segunda Muralla (la de los nueve claustros) no tendrán un valor meramente simbólico. En caso de necesidad, por ejemplo manifestaciones no autorizadas, disturbio, o ataques terroristas, los accesos de ambas murallas se podrán clausurar de forma automática desde el Cuartel de la Guardia. Quedando los nueve claustros cerrados al acceso del exterior, con sólo dar la orden desde el centro donde se coordinan las emergencias. Poder incomunicar totalmente y de forma inmediata a la Curia en el Claustro Central respecto al resto de los claustros, algún día puede ser de verdadera utilidad.

La necesidad de prevenir manifestaciones no autorizadas convocadas por redes sociales, hará que en todos los claustros (y especialmente en el central) los accesos puedan cerrarse.

Las murallas y el Templo, todo el complejo, llevan a ver este lugar como una nueva Jerusalén. Pero las autoridades del Celio nunca, ni si quiera como excepción, lo denominaron así. La razón está en que en la Sagrada Escritura, la Nueva Jerusalén es un

término usado para denominar la comunidad de hombres salvados que ya están en el Cielo, comunidad que algún día descenderá sobre la Tierra. Por eso, ese nombre jamás fue usado en ningún documento, sermón, guía o reportaje producido por las autoridades.

Era evidente que el Celio, en la práctica, era como una nueva Jerusalén. La Jerusalén de la Nueva Alianza. Pero, aunque popularmente era vista así, oficialmente nunca se mencionó bajo esa denominación.

## 45. Las siete peregrinaciones

Un libro clásico para recorrer el Celio es el *Libro de las Siete Peregrinaciones*. Esta obra explica varios itinerarios para recorrer el complejo a lo largo de una semana. El libro enseña cómo unir turismo y oración. Cómo hacer de la visita un tiempo de descanso y al mismo tiempo algo parecido a una peregrinación. Cada uno de estos trayectos acaban en una iglesia, grande o pequeña, del Celio.

En ese librito hay oraciones para ser dichas en distintos lugares del recorrido, así como explicaciones históricas, e indicaciones de donde sentarse para descansar viendo una bonita vista, o donde comer o a qué hora poder asistir a una ceremonia. Visitado el Celio de este modo, el recorrido se convierte en una sucesión de paradas ante capillas, hornacinas e imágenes, para pedir por la salud corporal y espiritual, por el bien propio y el de la familia. La visita al Celio hecha así, es una sucesiva petición de intercesión a los ángeles y a los santos. La obra propone visitar el Celio en siete días, sin prisas, poniendo a Dios en el centro de lo que hay que hacer en esas jornadas, sin olvidar por ello otros aspectos más humanos como el turismo, dónde comer, o qué hacer al caer la noche.

El libro, en su segunda parte, explica recorridos alternativos. Incluso cómo hacer la peregrinación por el Celio incluso en un solo día. Y cómo en ese día ver lo esencial, lo imprescindible. Los visitantes podrán escoger en el libro distintas opciones para estancias más largas o más breves. El libro adapta sus trayectos y lo que hay que ver, dependiendo de los días de los que disponga el visitante. Aun así, la opción propuesta más recomendable es la de los siete días. Los cuales se desenvuelven así.

### 1. **Primera peregrinación.**

*Mañana:* Se comienza en una capillita situada a un kilómetro de distancia el Celio, para vivir la sensación de aproximarse hacia el edificio. Después se bordean las murallas rezando los *Salmos Ascensionales*. Los salmos que rezaban los israelitas cuando subían hacia Jerusalén, salmos llenos de referencias a esa misma peregrinación. Resulta muy hermoso ver a los grupos de peregrinos de distintas naciones cantar los versículos: *Dad la vuelta en torno a Sión, contando sus torreones, fijaos en sus baluartes, observad sus palacios*. La muralla de las peregrinaciones es la Segunda Muralla. Los peregrinos recorren sus muros, ascendiendo gradualmente los muros por sus escalinatas. Una vez en la terraza superior se rodea el perímetro de los nueve claustros. Y se culmina asistiendo al rezo de Sexta en el Primus Chorus, o la hora canónica siguiente si han empezado el recorrido más tardíamente.

*Tarde:* Se visita la Basílica Constantiniana, haciendo distintas oraciones en varias de sus partes. El primer día se acaba escuchando misa en la Vieja Basílica. Después se asiste en ese mismo claustro al desfile de la Guardia Romana. El tiempo que quede libre de la tarde se dedica a visitar las calles comerciales y a cenar en alguno de sus restaurantes.

### 2. **Segunda peregrinación.**

*Mañana:* Se penetra en los claustros por la escalera de la Puerta Oeste. Se recorre el perímetro de las murallas por arriba, por las terrazas. Viendo desde arriba todos los claustros, menos el central que se deja para el día siguiente. En las terrazas, los peregrinos se detienen en cada una de las capillas principales a rezar brevemente. Se visita el claustro dedicado a la lectura de la Palabra de Dios. Se animará a los peregrinos a detenerse allí a leer un rato la Biblia antes del almuerzo del mediodía.

*Tarde:* Se escucha misa en la Iglesia de Santa María, situada en una de las esquinas del complejo. La tarde se dedica especialmente a las devociones a la Virgen María. Y a visitar dos museos y el claustro cardenalicio.

### 3. **Tercera peregrinación**

*Mañana:* Se entra por el Pórtico del Norte, los peregrinos suben a la terraza del Claustro de la Antigua Basílica, y llegan orando hasta el claustro central. Después de verlo desde arriba, baján por las monumentales escaleras y entran en el Templum Quadratum. Preferiblemente a orar un rato. Si no siempre pueden hacer una visita breve a través de la galería superior. Veneran las reliquias que se contienen en la cripta del Templum Quadratum. Se escucha misa en la Iglesia de San Santiago el Mayor, situada en una de las esquinas del complejo.

*Tarde:* Se dedica toda la tarde a visitar el interior del Claustro Central. Se deja esta visita para el tercer día, para que así los peregrinos se preparen mejor con

oración. Las peregrinaciones tienen un sentido de ir penetrando hacia el centro, hacia la parte más noble. Por eso el Basilicarión se deja para el cuarto día.

4. **Cuarta peregrinación.**

*Mañana:* Se comienza por la Puerta Meridional, se dirige uno al claustro subterráneo, el Claustro del Agua. De allí, se prosigue por el camino que pasa al lado del Lago Subterráneo, símbolo de la muerte, el silencio y el infierno. Se recorre el camino hasta acabar en las criptas para finalizar la meditación sobre el final de la vida. De allí se sale a la parte sepulcral del basilicarión. Una nave lateral donde hay millares de sepulcros. Pero al llegar al final de la parte sepulcral, no se sigue recorriendo el Basilicarión. Sino que se sale del templo por la Puerta de Santa Catalina de Siena de nuevo hacia los claustros. Eso se debe a que se reserva la visita del Basilicarión para el día siguiente.

*Tarde:* Se escucha misa en la Iglesia de San Pablo, una de las cuatro iglesias de las esquinas del complejo. Después se visita el claustro monástico y los muros exteriores del Templo.

5. **Quinta peregrinación.**

*Mañana y tarde* se dedica a recorrer el Basilicarión: siguiendo el llamado *recorrido mayor* que da una vuelta entera al cuadrado que forma la planta del Templo. Se escucha misa en el altar mayor de la Nave Central. Por la tarde se visitan los cuatro sectores de las naves laterales.

6. **Sexta peregrinación.**

*Mañana y tarde* se dedica, de nuevo, a recorrer el Basilicarión: el *recorrido menor*: el ábside, las capillas orientales y occidentales. Se escucha misa, de nuevo, en el altar mayor de la Nave Central.

7. **Séptima peregrinación.**

*Mañana:* Se visita la fachada del Basilicarión. Esta fachada requiere tantas explicaciones que ya se usará una buena media hora o una hora en ver sus distintas partes. Después por el Arco de la Ascensión, situado en la fachada principal del Basilicarión, se sube a la Capilla Redonda, allí se ora en silencio durante media hora. Tras eso, se asciende por alguno de los senderos que serpentean por las laderas del Monte Tabor, o por uno de los itinerarios alternativos del interior hueco del Monte. Se puede tomar el almuerzo en alguno de los restaurantes que bordean la explanada que hay por encima del Basilicarión.

*Tarde:* Se hace el recorrido de los nueve iconos, situados también en las terrazas que forman la parte superior del Basilicarión. Esta visita a los nueve iconos se considera ya como la despedida del lugar. Se escucha la tercera y última misa en la Nave Central. Desde allí se dirigen a la capilla de la Asunción, donde tiene lugar el rito de despedida de los peregrinos. La multitud de los peregrinos es aspergida por parte de cinco presbíteros. Después un arzobispo extiende sus



brazos sobre los allí congregados, para otorgar la solemne bendición final a los que hayan acabado los recorridos. Bendición con la que se da la indulgencia plenaria.

Durante esa semana de peregrinaciones se visitan las nueve *iglesias mayores*, que son las iglesias principales del Celio. Las nueve iglesias mayores son: las *iglesias angulares* (las iglesias de los cuatro ángulos del Claustro Central), la Vieja Basílica, el Templum Quadratum, la iglesia de la cripta, el Basilicarión y la Iglesia Rotonda (que se halla bajo el Monte Tabor). Los dos momentos culminantes de la semana son la visita del Claustro Central y la visita al Basilicarión. Por eso se dejan para la mitad de la semana y para el final, para así poderse preparar espiritualmente y comprender lo que significan esos lugares. La visita a la Iglesia Rotonda y a la cima del Tabor se reservan para el último día, porque es el emplazamiento más alto del Celio, y desde allí se puede ver una panorámica de todo el complejo. En cierto modo, se puede decir que la semana comienza con un acercamiento al Celio y una lenta subida hasta el Tabor.

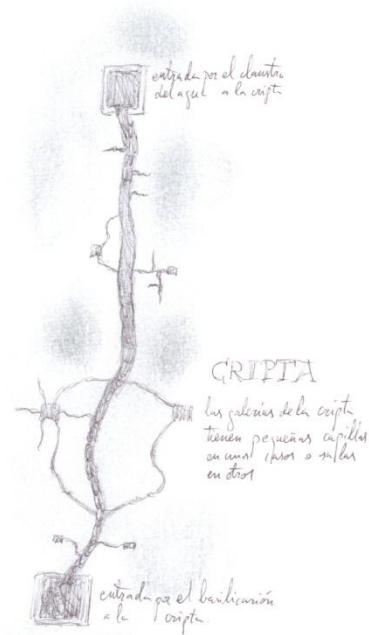
Por supuesto que los que visiten el complejo sólo en uno o dos días, lo único que verán será el Basilicarión y el Claustro Central. Yendo en línea recta, entrarán por la puerta principal del Basilicarión, atravesarán el Primer Claustro y saldrán por la Antigua Basílica. Será una visita esencialmente longitudinal.

A estas alturas, aunque creo que ya haya quedado claro, conviene recordar que el Celio comprende todo: la zona de los claustros, el Basilicarión y todo lo que hay alrededor. El Celio es todo lo que se abarca dentro de la tercera muralla externa, inacabada. Cuando decimos la Vieja Basílica, es la réplica de la basílica constantiniana del Vaticano, que se encuentra en un claustro. El Basilicarión es denominado como archibasílica o, simplemente, el Templo. Las capillas occidentales y orientales son las capillas de

los distintos ritos, y realmente están situadas en el lado meridional del Templo.

## 46. Zona sepulcral

La zona donde se acumulan los sepulcros forma un camino que recorre una nave en la zona este de la archibasílica. La Capilla de la Resurrección está a cien metros de distancia del arco por el que se entra en ese sector de las tumbas. En la primera parte de esta zona se hallán enterrados los obispos, presbíteros y diáconos con sus estatuas yacentes. Después viene una zona de mausoleos, para aquellos que aquellos que hayan querido pagar uno para su familia. Tras esa parte, seguirán los sepulcros individuales, formando dos o tres caminos paralelos. Esos caminos estarían flanqueados por todo tipo de tumbas, desde las simples lápidas hasta los más suntuosos panteones.



Este camino flanqueado por tumbas llega hasta la amplia escalera de descenso a la cripta. La entrada a la cripta es donde se encuentran los grandes osarios y los columbarios. La cripta está formada por un eje central cubierto por bóvedas y sostenido por columnas. De ese eje central partirían túneles y ramificaciones cubiertos de nichos. El eje central tendrá una altura variable, pero casi todas las columnas serán de unos seis metros de altura.

La visita a la cripta será una ocasión para recordar la vanidad de las cosas de este mundo y la fugacidad de la vida. Aunque en la cripta hay cinco salas cubiertas de sepulturas, una sola es la capilla subterránea. En esa Capilla de las Almas del Purgatorio, todos los días un sacerdote celebra misa de difuntos con ornamentos negros por el eterno descanso de los difuntos. Como sacerdotes y obispos visitantes del Celio suelen querer celebrar allí, al menos, una misa por sus familiares, todos los días suele haber un pontifical con un obispo, cuatro sacerdotes concelebrando, otros tres o cuatro asistiendo desde el coro con sotana y roquete. Los ornamentos negros y los cantos gregorianos que acompañan esa celebración suelen impactar a los visitantes. En la parte final de esa capilla, una verja de estilo renacentista separa la parte del pueblo fiel que asiste a misa, de la parte por la que pasan los turistas.

La cripta está constituida por un amplio eje central del que parten varios ramales. Las bóvedas de crucería del eje central están sostenidas por pilares. Mientras que varios de los ramales tienen una estética como la de las catacumbas, con réplicas exactas de sus habitáculos y frescos. Los sacerdotes que acompañen a grupos y que deseen celebrar una misa en distintos lugares de la cripta, podrán hacerlo. Los grupos que vayan en peregrinación, rezarán cuatro responsos por las almas difuntas, en cuatro lugares del eje central.

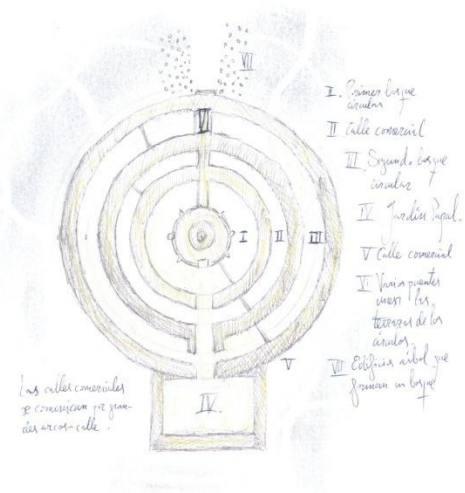
El pasillo central de la cripta conduce a la laguna subterránea. Los visitantes podrán recorrer un trecho de esa laguna, por un corredor que discurre a la vera de sus muros. Desde ese corredor se ven los cincuenta capiteles que representan la condenación eterna. Desde allí, el camino suavemente irá ascendiendo hasta llegar al Claustro del Agua.

Allí con esa temática sólo están esos capiteles, porque es en el interior del Basilicarión, en un trecho del pasillo perimetral, donde se halla el gran mural en forma de arco, que representa al infierno. Un mural de nueve metros de alto y catorce ancho, que representa toda una cartografía imaginaria del averno, poblado de grutas y de lugares específicos para las distintas jerarquías de los réprobos.

## 47. El espacio de los círculos concéntricos

Esta zona está situada en el punto cardinal opuesto al Basilicarión. Es decir, si el templo está en el Este del plano, esta parte se halla situada en el extremo Oeste del complejo. Una vez que se construyeron todos los claustros, una vez que se cerró el perímetro del Basilicarión, la necesidad de nuevas construcciones se suplió con este espacio. El cual está articulado como una serie de edificios, que forman tres círculos concéntricos enmarcando una torre central. Cada círculo interno es más alto que el externo. Estos círculos están unidos entre sí por puentes, que semejan arbotantes.

En el centro de esos círculos se pensaba levantar la llamada Torre de Marfil, iba a ser un símbolo de la Virgen María. Esta torre debía, en principio, tener una apariencia en parte neoclásica y en parte como la de ciertas torres de babel de



los óleos del siglo XVII. Jalonada por columnatas situadas a varios niveles, columnatas de distintos órdenes, blanca en su superficie. La entera zona de los círculos concéntricos, debía ofrecer la sensación de un gran escalonamiento hasta llegar a la torre central.

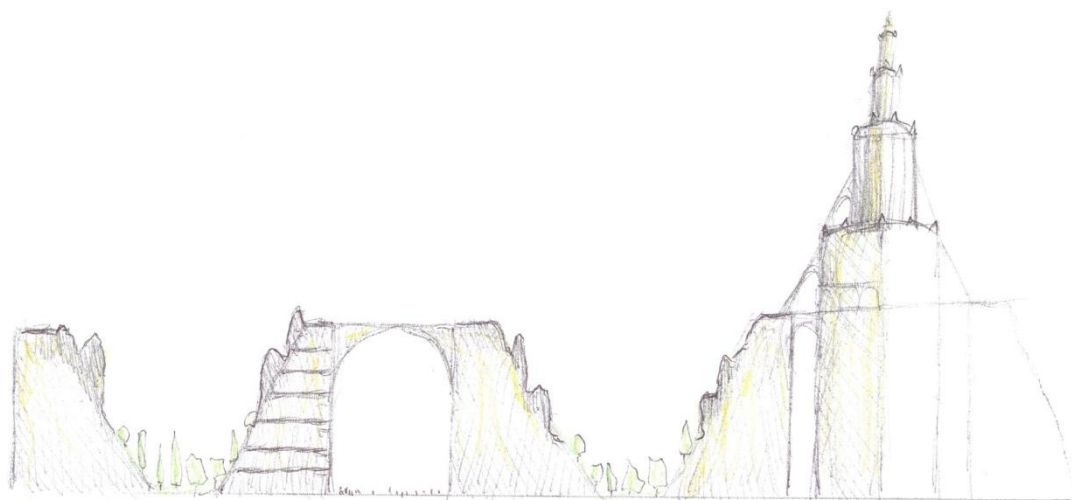
Pero el bello edificio tenía un problema, daba una sensación de lujo. Las columnatas, los frisos, los mármoles blancos... la impresión de opulencia era imposible de evitar en ese macroedificio si lo erigían en el exquisito estilo clásico que estaba pensado. El Santo Padre no aprobó ninguno de los proyectos subsiguientes. Proyectos que, hoy día, se exponen en ocho grandes cuadros en el vestíbulo del edificio. La construcción debía ser elegante, pero no dar impresión de suntuosidad. Tras mucho debate, aprobó un proyecto en el que cada uno de los círculos terminaría en lo alto en peñascos de roca artificial.

Desde el suelo, los círculos daban la impresión de formar una superficie continua. Visto desde la altura, también daba impresión de formar una sola montaña surcada por valles. Los edificios de los cuatro círculos concéntricos formarían entre sí calles estrechas de quince metros de anchura. Calles estrechas encajadas entre edificios de siete pisos de altura. El plano de este espacio de círculos concéntricos tendrá una alternancia entre calles comerciales y otras que serían espacios verdes como los del claustro monástico: un círculo dedicado a una calle comercial, el siguiente un espacio verde, otra calle comercial, una cuarta verde.

La ventaja de estos proyectos es que eran precisos decenios para llevarlos a cabo. El siguiente Papa era de la opinión de que lo más triste de abandonar el primitivo proyecto neoclásico, era que se perdía la posibilidad de culminar las edificaciones de esa parte del Celio con un gran símbolo de la Virgen María. Así que se retomó

la idea de la Torre de Marfil, rodeada de espléndidas columnatas de mármol, y lo hibridó con el proyecto del edificio-monte. El resultado final fue una especie de torre de marfil clásica deliciosamente mezclada con la Torre de Babel de Brueghel, y de la que emergían peñascos rocosos. La mezcla final satisfizo a todos por su aspecto clásico y moderno, por su aspecto ordenado y transgresor.

En el proyecto final, la torre se ensanchó y en su parte superior se colocó un montecillo que iría coronado por una residencia papal. El montecillo roqueño tendría un microcastillo réplica del castillo escocés de Eilean Donan. Ambos elementos conjuntaban tan bien, que era imposible saber donde acababa la roca y comenzaba el castillo. Además, en el lado Este del macroedificio, los montes de forma escalonada ascendían hacia la cúspide de la torre central. Parecía como si esa torre y los círculos que la rodeaban se hubieran construido junto a un monte original. En esos montes, varios senderos permitían ascender hasta la torre central, donde se situaba una pequeña pero exquisita ermita dedicada a la Virgen María. Permitiendo a los peregrinos hacer romerías hasta aquel magno símbolo de la Virgen María.



Esta zona de círculos concéntricos tendrá en su extremo Oeste, fuera de los círculos, siete edificios-montaña alineados a lo largo de su fachada exterior, edificios como los que se hallan delante de la fachada del Basilicarión, justo en el otro extremo del Celio. Los nombres de esos montes serían: Sinaí, Hermón, Carmelo, Nebó, Moriah, Tabor y Basar.

## **48. Los bosques circulares**

Estos espacios entre edificios forman dos círculos verdes, boscosos. Círculos verdes encajonados entre edificios con forma de laderas cubiertas de vegetación. El interior más profundo del, digámoslo así, valle, es una especie de bosque denso y húmedo, una foresta oscura y circular. Mientras que las laderas están cubiertas por campiñas recorridas por senderos. No puede haber árboles en las laderas, porque de lo contrario la parte del bosque más profundo, la inferior, carecería completamente de luz solar. Aun sin árboles en las laderas, el bosque profundo es muy umbrío. Para el fondo del valle, hubo que escoger una vegetación propia de bosques muy septentrionales, pues la luz será poca. No hubo que hacer grandes esfuerzos para que en esa parte del bosque haya una gran humedad. La misma orografía del lugar, llamémosla así, facilita ese pequeño microclima de humedad y frescura. El lugar, en el fondo del valle, resulta muy fresco en verano dada la penumbra de la parte interna inferior. En invierno, sin embargo, se puede pasear al sol por el camino elevado, o incluso por las terrazas de los círculos.

Estos bosques circulares son por donde puede andar y hacer ejercicio el Papa cada vez que reside en el Celio. Esos círculos,

mientras dura su visita, quedan completamente clausurados. Cosa que es fácil, pues los edificios que dan a los bosques circulares, carecen de ventanas o puertas que se abran a las laderas de los círculos verdes.

Esos bosques circulares están unidos entre sí, pero tienen una única puerta de entrada. De forma que el Sumo Pontífice dentro de ellos puede aislarse de todos. Con la única entrada a esos bosques circulares vigilada y sin nadie en las terrazas, es un lugar donde resulta fácil garantizar su seguridad. Y así el Papa puede estar completamente solo y entregarse a largos paseos.

## **49. El Jardín Pontificio**

Los valles circulares estarán conectados a un jardín cerrado, llamado *Hortus Clausus*. Esa zona es como un prado de 140 metros de longitud y 90 metros de ancho. Es allí donde se halla la residencia papal. Una residencia consistente en una sencilla cabaña de madera, pequeña, dotada de lo imprescindible: una cocina, tres dormitorios, un salón y una pequeña biblioteca que sirve de sala donde recibir visitas de amigos. La cabaña será de estilo suizo, con su pasto creciendo sobre el techo.

La planta baja de uno de los edificios del sector circular, ofrece espacio suficiente para enclavar la zona de los juegos. Un lugar donde el Papa puede jugar al tenis, a la petanca, practicar tiro al arco u otros juegos. Hay también en ese Hortus un estanque que hace las veces de piscina. Parte de este estanque está a cielo abierto, parte está bajo techo en la planta baja del edificio. El Papa puede recorrer a nado una longitud de más de un kilómetro.



El Jardín Pontificio está formado por el Hortus, los valles circulares y la zona de juegos. Esta campiña clausurada y estas florestas están abiertas al disfrute de los pocos, que quieran pagar por ello. Con ese dinero no sólo se puede mantener todo, sino que se puede sacar un indudable beneficio: pudiéndose realizar allí incluso bodas y reuniones de empresa.

El Hortus cuenta con una pequeñísima capilla papal. Una joyita cuidada en sus más insignificantes detalles. La capacidad de la ermita no permite que entren más allá de diez personas. Pero en su interior, en el centro de esa simplicidad, hay un impresionante retablito de figuras de mármol.

El Jardín Pontificio, un día a la semana, se abre a los sacerdotes jubilados que viven en el Celio. Es una muestra del cariño y respeto que se les tiene. Con ello se les quiere demostrar que se les da lo mejor que se tiene, después que ellos han dedicado una vida de servicio al Señor. El Jardín Pontificio no está abierto al público en general, pues resultaría imposible mantener intacta la vegetación silvestre del Hortus y de los bosques circulares.

Cuando el Papa está residiendo el Jardín Pontificio, todos los miembros que cuidan de su seguridad permanecen en el perímetro. El Papa se queda dentro solo, normalmente con su secretario y una o dos personas más, amistades o familiares. En todo momento, lleva un pequeño transmisor en su bolsillo. Ese transmisor es para emergencias, pues en la cabaña tiene un teléfono. Pulsando consecutivamente las dos teclas de primeras de ese transmisor, significa que requiere ayuda médica urgente. Pulsando las dos teclas siguientes se activa la emergencia de ataque armado. En cuyo caso, las fuerzas especiales de la Guardia Romana irrumpen en el Jardín Pontificio.

Los simulacros prueban que la Fuerza Especial de la Guardia Romana, puede llegar a cualquier punto del Jardín Pontificio en menos de un minuto. Cada vez que el Papa pasea por los jardines, ellos saben por qué zona está, gracias al transmisor. Y le van siguiendo desde los pasillos del interior de los edificios, que recorren todos los perímetros de los jardines. En caso de emergencia, se sujetan a unos cables y se lanzan por el exterior del edificio, hacia el interior del Hortus o de los anillos. Los puntos de sujeción ya están preparados y la maniobra ensayada. En diez segundos están dentro, armados y con el Papa perfectamente localizado.

Además, el comando de fuerzas especiales que sigue al Papa desde el edificio, lo sigue dividido en dos grupos. De forma que cuando suena la alarma, salen a la terraza y mientras unos vigilan con miras telescópicas y cámaras de visión infrarroja, otros se lanzan hacia dentro del jardín. De forma que cuando lleguen al suelo, el Papa siempre quede en medio de los dos grupos de fuerzas especiales.

## III Parte

---

### Los detalles o el goce de la iluminación de un libro pétreo

Como a estas alturas el sagaz lector ya se habrá percatado (quizá, en parte, porque se lo dije yo en el prólogo), este libro es un conjunto de apuntes. Las anotaciones se han acumulado durante años. Algunas de ellas han pasado por una segunda lectura mía para pulir el estilo. Pero otras muchas apenas han contado con ese privilegio. Me pregunto cuántas páginas habrán podido escapar incluso a una revisión, una sola. El lector como buen cazador puede preparar su escopeta para colgar de su cintura, como trofeos, un buen número de gazapos, fallos de estilo, repeticiones de palabras y faltas de ortografía. Los escollos con las comas, ni los cuento.

Pero es que a estas alturas me siento incapaz de revisar todas y cada una de estos centenares páginas. Prefiero dedicar ese tiempo a añadir más páginas, más que a corregir las ya existentes. Esta selva sobrepasa cualquier afán mío revisor. La cantidad aplasta ese afán. Podría haber dado estas páginas a un revisor y que él hubiera hecho el trabajo. Pero no quiero que ninguna mano ajena ponga sus zarpas sobre estos apuntes. Mi existencia como escritor me ha demostrado lo poco que podemos confiar en los revisores.

Otro aspecto interesante, es que el libro en sus tres primeras partes es completamente coherente. Es decir, las historias que contiene forman una unidad acumulativa en la que en vano se hallarán contradicciones. Pues cada parte posterior tenía en cuenta todos los detalles precedentes. Pero después he acabado por aceptar historias que siguen siendo totalmente coherentes en lo arquitectónico, pero que suponen historias alternativas en cuanto a lo que sucede dentro de ese edificio.

Borges hubiera despreciado este libro por su calidad, pero tal vez lo hubiera elogiado por su cantidad. Pero sed comprensivos, algunas trechos de esta obra fueron escritas en el fragor de la pasión creativa. En la paz que sigue a la tormenta, quizá hubiera visto las cosas de otra manera. En ese sentido, este libro supone también la fosilización de la vehemencia escritora.

## **50. El Reloj Férreo**

Entramos ahora en la descripción de algunos detalles menores del Celio. Algunas antiguas catedrales góticas contaban con un voluminoso y artístico reloj en alguna de sus paredes. Como si el paso del tiempo fuera ya de por sí un motivo de meditación teológica. Y así, en uno de los claustros del Celio, en una de sus fachadas internas, se alberga un reloj astronómico, semejante al del Ayuntamiento Viejo de Praga. El reloj de este claustro no sólo indica las horas, sino que también cuenta con un cuadrante astronómico, y con otras esferas en las que, por ejemplo, se indica el paso del Astro Rey por los meses.

A los dos lados de este reloj astronómico, hay seis pantallas digitales donde se muestran, de un modo simple y claro, cuántos días han transcurrido desde el comienzo del año, cuántos desde el nacimiento de Cristo. Se trata de un reloj que no sólo muestra el paso de las horas y los meses, sino también el tiempo que ha pasado desde que iniciamos una nueva era, la era del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Allí aparecerán de forma artística y visual ese silencioso transcurso de los años y los siglos. El curioso podrá buscar el número de días y horas que han pasado desde ese momento que dividió la Historia para siempre.

Estas seis pantallas laterales, más el reloj central, están incrustadas en marcos de piedra ornados con estatuas. El conjunto conforma una especie de retablo del tiempo, coronado por un crismón. El reloj y pantallas están enmarcadas por inscripciones de la Biblia realizadas en planchas metálicas. Para simbolizar el férreo paso del tiempo. De ahí su nombre de Reloj Férreo.

Este retablo en forma de tríptico se construyó para convertirse en el reloj por antonomasia del Celio. Desde el principio se ideó no como un mero aparato que se limitase a indicar la hora, sino como un instrumento que mostrase el paso del Tiempo, del Tiempo con mayúscula. El tiempo del mundo y el tiempo de la Iglesia.

Cada año en la Nochevieja, se congregan a orar laicos y religiosos delante de este reloj. Desde que se construyó ha sido una imagen que no ha faltado cada 1 de enero en los noticiarios de todo el mundo. Una imagen breve en los televisores de los cinco continentes, pero que recuerda a la Humanidad que el paso del tiempo también tiene un sentido religioso, que Dios es Señor del Tiempo.

## **51. Las hornacinas**

Hay treinta y una hornacinas, cada una con una pequeña imagen de la Virgen, repartidas por todo el Claustro Central; unas en la galería del claustro, otras en las calles intermedias y algunas en las terrazas. Durante el mes de mayo, pequeños grupos de entre cinco y ocho fieles hacen romerías hasta estas imágenes de la Virgen María. Cada día del mes, visitan una de estas imágenes. Unas imágenes son iconos enmarcados, otras son estatuas, frescos o mosaicos.

Si en el Claustro Central están esas hornacinas de la Virgen María, en el resto de los claustros hay repartidas 365 hornacinas, para poder hacer una pequeña romería cada día del año. Esto se hizo pensando en los que habitan en el Celio, animándoles a que fueran allí rezando el rosario. Y pensando de forma muy especial en los sacerdotes jubilados. Aunque, después, florecieron no pocas residencias para ancianos laicos, llevadas por religiosas.

La mayor parte de estas hornacinas son un icono cuyo marco de madera está a su vez encajado en un marco de piedra, y éste a su vez en un arco con dos columnas. Estas hornacinas están como empotradas en los muros.

## **52. Los talleres de arte**

La gran cantidad de imágenes religiosas que requerirá el Celio, hará muy conveniente que en el mismo complejo existan varios talleres de imaginería religiosa. Esos talleres serán de propiedad vaticana. Una de las razones por las que se crearán con dinero vaticano esos talleres en vez de proveerse a través de empresas privadas, es porque dado el volumen tan grande de trabajos que se encargarán, se hace necesario que el precio sea el de coste.

Y no sólo serán estatuas, sino que el Celio creará una demanda de iconos, columnas talladas, cosmatescos, gárgolas, cálices, cruces de plata, ornamentos litúrgicos, capiteles tallados, etc, etc.

Esos talleres, muy pronto, tuvieron en el mismo complejo una zona dedicada a la venta de imágenes religiosas. Esa zona de venta de arte religioso se creó con la aspiración de ofrecer los

mejores productos al precio más razonable. Dado que los turistas se llevan recuerdos y regalos, que se lleven imágenes religiosas de la mayor dignidad posible, ésa fue la aspiración. Si al turista le ofreces sólo baratijas, compra baratijas. Si le pones delante de los ojos obras dignas, compra obras dignas.

En sólo diez años, desde su creación, los talleres de arte sacro se convirtieron en el vendedor número uno de cálices, casullas, mitras, báculos y ropa eclesiástica. Quince años después, eran los talleres que a nivel mundial vendían más estatuas y tallas. En materia de estatuaria, los pedidos llegaban de todo el mundo.

El número de encargos que demandó una obra arquitectónica tan a largo plazo, permitió asegurar un número fijo de encargos año tras año. Esos talleres permitieron ofrecer puestos de trabajo a los distintos monasterios que quisieron establecerse en los claustros. Al final, eran tantos los monjes que trabajaban en los talleres de arte sacro, que en ellos reinaba un silencio y una apariencia enteramente monástica. Los aprendices laicos que llegaban del extranjero, mientras estuvieran en el interior de los talleres debían someterse a las normas de ese entorno contemplativo. Eso significaba, para empezar, que los talleres estaban divididos en el sector de los monjes y el sector de las monjas.

Otra razón para que los monjes tuvieran que trasladarse a los talleres comunes, y no pudieran hacer los trabajos en sus propios monasterios, es que se quiso mantener la titularidad vaticana de esos talleres. Se ofrecía trabajo a los monjes, sí. Pero los talleres eran del Vaticano. Por esa razón también, se cuidó de que ninguna orden religiosa se apropiara de ese servicio del Celio. Benedictinos, cistercienses, trapenses eran los religiosos más abundantes en las mesas de trabajo.

Todo lo que se producía para el Celio, no sólo estaba a la venta, sino que los mismos talleres estaban abiertos a las visitas del público. Desde un corredor elevado, podían ver abajo todos los talleres. Los grupos que contrataban un guía, podían recibir una detallada explicación de cada sector de los talleres, caminando entre las mesas de trabajo.

Los talleres de arte sacro ahorran dinero al Celio que no tenía que comprar nada fuera; pagando los sueldos, costeaban el mantenimiento de los monasterios, producían beneficios con sus ventas de recuerdos y con los grandes encargos que les llegaban, cobraban por los cursos que se impartían allí a los aprendices; y, además, cada año, contaban con mano de obra gratis de esos mismos alumnos. Por si esto fuera poco, también sacaban dinero de las visitas guiadas.

### **53. Los novendiales**

Los novendiales son los nueve días de luto por la muerte de un Sumo Pontífice. El entierro se realiza alrededor del sexto día del fallecimiento. El cuerpo del difunto se expone cada día en un claustro diferente, hasta el día de su entierro. Un claustro amplio y abierto ofrece la posibilidad de que una gran cantidad de fieles puedan no sólo pasar delante del cuerpo, sino también verlo desde las terrazas y calles intermedias de los cuatro lados del claustro.

Démonos cuenta de que si un Papa ha sido muy querido, existe un fuerte impulso en la gente para ir a darle el último adiós. Este deseo de hacer algo por despedirse, no sólo no debe ser impedido, sino facilitado. Un Papa es un padre, y es lógico que sus hijos



quieran ir a verle antes de su entierro. La red de terrazas de los claustros permite que la gente contemple en oración el espectáculo de la gran familia de la Iglesia pasando a despedirse del que fue su padre espiritual.

Es todo un espectáculo ver las hileras de gente pasando de forma ininterrumpida por el claustro y bifurcándose en el centro, donde está revestido de pontífice. Saliendo esas hileras por el lado opuesto del claustro. Las filas de gente como un río con el cuerpo como una isla en el centro. Ese río fluyendo durante días y todos los miles de personas sentadas en las galerías, inmersas en sus plegarias, es algo digno de verse, y los medios de comunicación se encargan de que el mundo entero lo vea. Un claustro espacioso permite, además, que los obispos, y algunos sacerdotes y fieles, puedan sentarse y hacer oración ante la contemplación de la muerte.

El cambiar el emplazamiento del cuerpo cada día, llevándolo a un nuevo claustro, convierte a todo el conjunto arquitectónico en una especie de reloj que marca el paso de los días. Démonos cuenta de que, gracias a las cámaras de televisión, estos días de luto aparecerán en las noticias de todos los hogares. Ritualizando el hecho de la muerte del sucesor de Pedro, estos días se pueden convertir estos nueve días en todo un sermón acerca de la vida y la muerte. El mensaje entrará por los ojos. La sucesión de los nueve claustros con sus respectivas procesiones de traslado del féretro, al amanecer de cada día, el río de gente, los fieles orando y meditando, serán ya de por sí una enseñanza para el mundo entero.

La tradición era enterrar al Papa alrededor del sexto día de los novendiales. Pero dado que un entierro papal en el siglo XXI,

normalmente atraerá unos dos millones de personas, los funerales *de corpore insepulto* continuarán hasta el noveno día.

En el Claustro Sixtino no se celebrará ningún funeral de los novendiales. Ya que al disponer sólo de dos puertas de entrada, no podría servir para que entren y salgan tantos miles de personas. Además, los cardenales sólo ingresarán en ese claustro cuando entren al cónclave. El último día de los funerales se celebrará en el Basilicarión. También allí se celebrará el primer día de los novendiales, para así no impedir la adoración perpetua del *Templum Cuadratum* situado en el Claustro Central. El ataúd saldrá del Basilicarión y retornará a él al completar el ciclo de los nueve días.

Acabada la última misa y los últimos responsos, el féretro será trasladado a la zona sepulcral del Templo, concretamente a capilla donde se hallan las sepulturas de los Papas.

Dado que en los fieles existe una necesidad psicológica de ver algo, de tocarlo, los sepulcros papales tendrán una estatua yacente que los represente. Serán todas representaciones realistas, en mármol, revestidos de sus vestiduras litúrgicas, como el estilo de las estatuas yacentes del siglo XVI. En esa capilla, los Papas aparecen leyendo, bendiciendo, rezando, con un perro a sus pies, o dos ángeles, o un dragón.

Esto supone entender al sepulcro como obra de arte, como lugar donde se ve al difunto, donde está presente en cierto modo. Este tipo de sepulcro supone la posibilidad de hablar a un rostro, de poder estar cerca de él, de poder tocarle la mano o las vestiduras. A la hora de crear la zona de las sepulturas papales, habrá que tener en cuenta esta necesidad humana.

El largo ciclo procesional de los novendiales por los claustros, no supone una idolatría, sino que se trata de una sacralización de la muerte. La muerte no como algo que se oculta, sino como objeto de meditación, de ritualidad. El muerto como miembro presente de una familia, durmiente pero presente. Por eso, las mentes que levantaron la zona de sepulcros papales, insistieron a las generaciones venideras que no se levantaran para ellos grandes túmulos, sino sobrios sarcófagos de estilo medieval y renacentista, que los representasen como en lechos donde duermen en espera de la resurrección.

La capilla de las tumbas papales está localizada en el Basilicarión, justamente al lado, paralela, al eje central de la zona sepulcral. Se halla paralela, porque al ser tan visitada, si no estuviera paralela, colapsaría el eje central.

Los diseñadores de la capilla de sepulcros papales, colocaron treinta y seis sepulcros vacíos, formando una cuadrícula. Treinta y seis sepulcros rectangulares, lisos, sin inscripciones, sin estatuas. En esa cuadrícula que forman las tumbas, se irán colocando los papas por riguroso orden.

La Guardia Romana lleva uniformes oscuros durante los días de luto por un Papa. Todas las tiras que forman el uniforme son negras y grises, durante esos nueve días. Los penachos de los yelmos son negros, en vez de rojos. Y los altos oficiales que normalmente portan una banda de color fucsia cruzada sobre la coraza, la cambiarán por una banda de seda negra. Cuatro pendones negros cuelgan de la fachada del edificio de la Curia.

## 54. Los noctuarios

Al cabo de cuatro generaciones, el ceremonial de los novendiales ha crecido hasta convertirse, según los detractores, en algo a medio camino entre lo espiritual y el espectáculo. Algo así como una gran ópera. Para los sociólogos de las masas, resultó sorprendente la fascinación que puede ejercer esta *wagneriana expresión de luto mundial*, como la calificó la psicóloga Jessica Gnutú. Fue ella también la que escribió: *Los novendiales no sólo son, estéticamente hablando, un patrimonio de la Humanidad, sino que además responden a profundos y ancestrales mecanismos de la psicología de masas.*

Era tanta la gente que quería ver de cerca el féretro con el cuerpo del Papa, que se decidió que sus restos fueran llevados en procesión largamente en el diario traslado de un claustro a otro. Lo que, al principio, era un breve traslado al claustro adyacente, se transformó en una procesión que recorría todos los claustros (menos el claustro cardenalicio) hasta llegar al siguiente claustro. De esta manera, eran muchos los miles de personas que desde las terrazas superiores podían ver de cerca el féretro. Tres días, el cortejo seguía un recorrido por fuera del sector de los claustros.

En el primer claustro, la custodia quedaba a cargo de la Guardia Suiza. En el segundo claustro, quedaba a cargo de la Guardia Romana. Después, consecutivamente, quedaba custodiado por la Gendarmería Pontificia, la orden de Malta, la de los Caballeros Teutónicos, la del Santo Sepulcro. Los últimos días, ya quedaba en manos de la Guardia Romana. Aunque el cetro era entregado, cada mañana, a las manos del comandante del siguiente claustro.

Para estas procesiones se creó una guardia de honor específica, la Guardia Noctuaría. Ellos sólo desfilaban en estas procesiones de los novendiales. Los noctuarios tenían un uniforme

impresionante, de negro riguroso desde sus pesadas botas hasta la cabeza. Su uniforme tenía una especie de abrigo de botones dorados, con una ancha capucha forrada por dentro con piel de zorro. Se trataba no de una capucha monástica, sino de una capucha ancha, que llevaban puesta durante toda la procesión. Su abrigo debía dar un calor espantoso en pleno verano, pues les llegaba hasta los tobillos. Dos bandas de cuero les cruzaban el pecho y la espalda.

En las procesiones funerarias, ellos representaban el dolor del mundo. Una formación de veinticinco noctuarios (cinco en cada hilera) portaban los veinticinco grandes estandartes negros. Veinticinco noctuarias (con idéntico uniforme al de los hombres) tocaban rítmicamente los veinticinco tambores. La mayor parte de ellos grandes como bombos, aunque dos hileras llevaban tamboriles y tambores de redoble.

Los grandes tambores sonaban solemnes y tristes en el silencio. Cada vez que se repetía un cierto número de redobles, los otros tambores menores tocaban un redoble especial.

Estos cincuenta noctuarios iban precedidos de cinco oficiales. Y a diez pasos de la última hilera de los tambores, tres noctuarios llevaban bien sujetos sobre cojines la tiara, las llaves y el palio del difunto vicario de Cristo.

La procesión funeraria seguía este orden: Primero la cruz procesional, seguida por cien acólitos y clérigos. Después los noctuarios. Justo delante del féretro las insignias. Alrededor del féretro, seis flabelos completamente negros. El ataúd iba seguido por cien clérigos. Tras ellos, los miembros de las órdenes militares. Y por último la Guardia Romana.

Al llegar a la puerta del claustro donde iba a permanecer todo el día, tenía lugar la entrega del féretro. El jefe militar del cortejo

prometía que era el cuerpo del difunto Papa ante el comandante de ese claustro, el jefe de la Casa Pontificia hacía otro tanto. Tras eso, un protonotario le entregaba un cetro dorado. El mismo cetro que se usaba en la Capilla de las Coronaciones, que más adelante se explicará. Ese cetro significaba la entrega de la autoridad. El comandante de ese claustro, desde ese momento, quedaba encargado de la custodia del cuerpo.

La guardia del claustro siguiente, se colocaba detrás de los clérigos de la cabecera de la procesión, y alrededor del ataúd y el cortejo proseguía hasta el centro del claustro, donde se quedaría hasta el día siguiente. Ese comandante de la guardia sería el encargado de llevarlo al siguiente claustro. Donde entregaría ese cetro al que le sucedería en esa misión.

Los noctuarios eran laicos de todas las naciones que vivían en el Celio. De todas las naciones, porque reflejaban el dolor del mundo. Pertenecían a distintas profesiones y estamentos del Principado, aunque un 10% de ellos pertenecían a la Guardia Romana.

Era una guardia de honor, sólo desfilaban esos nueve días, en silencio y sin hacer otra cosa que llevar los estandartes, los tambores y los tres símbolos del Papa. Pertenecer a esta guardia encargada de esta labor de protocolo, era considerado un gran honor.

## **55. Las tiendas de campaña**

El Celio no es que simplemente se convirtiera en un centro de peregrinación, sino que llegó a ser uno de los destinos turísticos más visitados del mundo. Por eso, los claustros, los muros de la

archibasílica, las murallas y la zona de los círculos concéntricos, tuvieron que acoger la creación de más y más hoteles. Hoteles grandes y pequeños, lujosos y populares.

Junto a la oferta hotelera, el Celio ofrecía espaciosos dormitorios comunes para que los peregrinos pudieran poner allí sus sacos de dormir. Incluso se habilitaron, fuera las murallas (de la segunda muralla), varias zonas donde era posible acampar con tiendas de campaña.

Las coloridas zonas de las tiendas de campaña, vistas desde lo alto de las murallas, nos recuerdan que somos un pueblo peregrino. Esas zonas son un recuerdo de la marcha del Pueblo Elegido por el desierto. Y que nosotros, en el fondo, carecemos de morada permanente en este mundo.

Es cierto que el Celio saca más beneficios con los hoteles que con las zonas de acampada. Pero hay gente que lo que le gusta es acampar. Esas zonas de las tiendas ofrecen una oferta a esa demanda concreta.

Además, con ocasión de peregrinaciones multitudinarias, las tiendas son plantadas masivamente alrededor de las murallas del complejo. Visualmente es una escena que nos retrotrae a la Fiesta de los Tabernáculos en Jerusalén, y que permite que el Celio pueda acoger, incluso, a varios millones de personas. Sería imposible dar un techo a un número tan elevado, pero sí que es posible preparar explanadas que circunvalen enteramente la segunda muralla.

## 56. Fuentes de ingresos

Como ya se ha visto, las fuentes de ingresos del complejo serán variadas: hoteles, restaurantes, alquiler de locales para comercios, la producción de obras de arte para la venta, las tiendas institucionales del Neovaticano (venta de monedas, medallas, edición de libros para bibliófilos, etc), el pago de la entrada a los museos, el mismo alquiler de secciones de los claustros para las universidades, etc.

Creando unas condiciones muy favorables, se puede facilitar que algunas universidades privadas, que estén comenzando, se instalen en el complejo. Nada es más interesante para las universidades en sus comienzos, cuando acaban de ser creadas, que el poder alquilar instalaciones perfectamente acondicionadas. Los precios para ellas serán muy atractivos. Porque al Celio le interesa que allí se establezcan, cuantas más universidades civiles mejor.

Las Facultades de Teología, gracias a la cercanía de la Gran Curia, dispondrán del mejor plantel de expertos, la mayor parte de los cuales vivirán en el mismo Celio.

Sería formidable que el complejo se convirtiera en una gran concentración de facultades humanísticas. Si este plan se realiza a largo plazo y ofreciendo condiciones financieras beneficiosas, muchas universidades civiles y eclesiásticas se establecerán allí. Y una vez creado una concentración académica de gran calidad, será como un imán que seguirá ejerciendo su atracción durante generaciones.



No en sus comienzos, pero una vez que se desarrollen los claustros, la mayor parte del dinero de los que allí vivan se gastará en el Celio. Es decir, los que trabajan allí, pagan alquileres, comen en sus comedores comunes, compran lo que necesitan en las tiendas y supermercados del complejo, y también allí gastan su dinero cuando descansaban. De forma el dinero circulará en el Celio como si de una burbuja se tratase. Ayudando a ello, grandemente, el estar emplazado a veinte kilómetros de Roma. Esa circulación interna del dinero, todavía ayudará más a crear riqueza dentro de sus muros.

Uno de las cuestiones capitales que se ha planteado repetidas veces en este escrito, es el hecho de que indudablemente el Celio producirá mucho dinero. Si las cuentas son transparentes, completamente transparentes cada año, si se ve que efectivamente los grandes beneficiarios de esta concentración de arte y belleza son los pobres, entonces las personas de buena voluntad elogiarán a la Iglesia como a un buen administrador.

Habrá que huir del mercantilismo, habrá que mantenerse siempre en una posición digna. La gente entenderá. La gente suele ser más inteligente de lo que parece. Los que siempre ponen el grito en el cielo, lo seguirán haciendo hagamos lo que hagamos. A ellos no hay que tenerlos en cuenta, porque forman parte de la masa siempre descontenta.

Al principio, eso sí, los beneficios deberán reinvertirse. Durante unos veinte años, los beneficios deberán emplearse únicamente en actividades constructivas. Como en todo proyecto, lo difícil es arrancar. En los comienzos, hay que evitar que el Claustro Central parezca un edificio desangelado. Cuando se abra al público por primera vez, debe ser perfecto en su estilo y en todos sus detalles, pues la primera impresión será muy difícil de quitar. Los

estereotipos (justos o no) son repetidos por los medios de comunicación durante años, y la gente piensa lo que le digan los medios.

Así que cuando el Claustro Central se abra al público, éste podrá no estar acabado, pero la parte acabada deberá mostrar una dignidad y una belleza acorde con la Iglesia a la que representa. Y la gente que visite el Celio tendrá conciencia de estar visitando no una iglesia más, no un monasterio más, sino una especie de punto central, la sede de la Curia.

## 57. La estética del complejo

La estética del Celio será variada, pues la Iglesia no tiene una estética propia en exclusiva. Pero el complejo huirá de los experimentos artísticos. Después de dos mil años de experimentos, reproducirá aquellas líneas estéticas que son aceptadas por todos como las más conseguidas.

La Gran Curia en su interior respirará blancura, una blancura moderna de paredes lisas con detalles estatuarios neogóticos. El Basilicarión y algunos claustros también mostrarán una estética esencialmente neogótica. Aunque en su interior haya capillas barrocas, renacentistas o de un minimalismo actual.

Especialmente en las fachadas exteriores de los claustros, las que dan a las calles comerciales, primará un esplendor renacentista. Pero, en estas calles, se podrán ver partes neoclásicas y eclécticas. El complejo no tendrá un solo estilo. En el Celio, la mezcla de estilos (como la que vemos en el centro de Roma) le dotará al conjunto de un carácter más humano y colorido. Una unidad de estilo absoluto, daría una sensación de uniforme monotonía.

En las calles comerciales, se irán colocando reproducciones de los veintidós obeliscos egipcios que quedan en el mundo. Reproducciones no en piedra natural, sino en piedra artificial.

Esas vías comerciales peatonales tendrán el estilo y las dimensiones de la Via del Corso en Roma. Si bien, esas cuatro calles comerciales desembocarán en las ocho Puertas Magnas de la Segunda Muralla, la muralla de los nueve claustros. Delante de cada cuatro de esos ocho arcos, habrá una plaza que será una reproducción de ocho plazas romanas. Con piedra artificial, se

harán replicas exactas de la Plaza Navona, de la Plaza de España, de la Fontana di Trevi y de la Plaza del Panteón.

Todas las reproducciones de estas plazas y calles aledañas serán financiadas lentamente, pero sin dificultad excesiva, pues estos edificios serán viviendas. Serán esencialmente viviendas con sus consiguientes comercios y restaurantes. Así como en los claustros no se concederá venta alguna en propiedad, en esta zona sí que se podrá permitir la propiedad. Pero siempre será preferible que el Vaticano mantenga el control absoluto. Aunque sea firmando contratos de alquiler por cien años e incluso doscientos.

En un sector de los muros de la Archibasílica, uno puede encontrar capillas donde se reproduce con fidelidad absoluta cómo eran los primitivos salones de las casas romanas donde se celebraba la misa en el siglo I y II. Esas reproducciones de *domus ecclesiae* son usadas para celebrar la misa para grupos que así lo deseen. Allí, el grupo de treinta o cuarenta personas se sientan sobre los cojines y esteras, mientras el sacerdote (revestido sólo de alba, cíngulo y estola) celebra también sentado ante una mesa baja. El cáliz, la patena, el tipo de hogazas de pan, la iluminación sería a base de lámparas de aceite, refleja de un modo realista la época del siglo I.

Estas capillas que reproducen las *domus ecclesiae* están abiertas al público, pero cuando se celebra misa, se cierra la puerta. Pero los turistas, al pasar, pueden ver la eucaristía en una pantalla exterior de la capilla. En ese sector, sería muy bonito ver en las pantallas cuatro o cinco eucaristías de pequeños grupos en capillas de este estilo.

## 58. Los Cardenales Basilicarios

Así como un pequeño pueblo tiene su iglesia parroquial en el centro descollando entre las demás casas, así como una catedral es, en cierto modo, la iglesia de esa diócesis, así el Basilicarión será un templo mundial. En seguida se planteó la cuestión de quién sería el rector de esa archibasílica. Si el Vaticano representa al Papado, el Celio, en cierto modo, representa a la Iglesia; aunque la Curia esté emplazada allí.

Ya que en el complejo habría universidades, monasterios, residencias sacerdotales, seminarios y un largo elenco de realidades eclesiales, quedó claro desde el principio que el Celio y su templo no eran una mero símbolo del primado de Pedro. El Celio simbolizaba la entera iglesia, era icono de la Iglesia. Esto aclaró la cuestión acerca de quién convenía que fuera el rector de la archibasílica.

Dado su particular status, el párroco, por decirlo así, del Basilicarión son doce cardenales y el Papa. Esos doce purpurados representan en el Templo la presencia de los Doce Apóstoles; el cardenal número doce representa al Apóstol Matías, elegido en sustitución de Judas Iscariote. Estos doce cardenales son el símbolo de que los Apóstoles están entre nosotros, en cuanto que han dejado a la Iglesia sucesores.

Cada uno de estos cardenales ostenta el título de una iglesia dedicada a uno de los Doce Apóstoles. Por eso, a ellos se les denomina Cardenales Apostólicos. Para cubrir estos doce puestos, se intenta buscar en toda la Iglesia Católica a los clérigos más santos que sea posible. De forma que estos purpurados simbolicen la santidad de la Iglesia. Ellos son el mejor ornato de este templo.

El Papa se esfuerza en encontrar para estos doce puestos no a hombres dignos, sino a los más santos entre los santos.

El cuadrado que forma la planta del Basilicarión está dividido en doce sectores. La primera gran iglesia que se construya en cada sector, será la iglesia titular de un cardenal. El título oficial de uno de ellos será, por poner un ejemplo, Cardenal de la Iglesia Apostólica de San Marcos en la Archibasílica de la Santísima Trinidad del Celio. No serán doce basílicas en la gran basílica, sino doce iglesias titulares dentro de una sola basílica.

El ábside del Templo es la iglesia titular de San Pedro. La nave central del Basilicarión es común a todos, cuyo altar estará dedicado a la Santísima Trinidad. La réplica de la Basílica del Santo Sepulcro se reserva para el cardenal apostólico titular de Santiago el Mayor. La réplica de la Basílica de San Pablo es la iglesia más imponente del Templo, por eso se reserva para el cardenal apostólico titular de San Juan. Pues ese Apóstol estuvo al lado de Jesucristo en la Última Cena y en la Crucifixión.

Cada cardenal apostólico tiene que desempeñar las funciones culturales propias de su cargo en el Basilicarión. Pues a diferencia del resto de títulos cardenalicios, estos doce títulos conllevan funciones litúrgicas anexas. Cada cardenal basilicario está obligado a realizar un acto litúrgico al día en el Templo. También puede decidir qué acto litúrgico desea: misa, oficio divino, exposición del Santísimo Sacramento, etc. Además, está obligado a realizar una hora de oración personal en el Templo, bien en un solo momento o dividido en dos. Tanto los actos litúrgicos como demás actos de devoción los puede realizar en la iglesia de la que es titular, como en cualquier otro lugar del Basilicarión.

El habito coral propio de los cardenales basilicarios es impresionante. En el Templo todo debe ser grandioso para la gloria de Dios, y estos doce purpurados deben ser la cúspide de

esa glorificación, las doce perlas que rodean la corona arquitectónica de la archibasílica. Si se me permite la expresión, deben ser los pavos reales de este *hortus conclusus* (jardín cerrado), las aves que con la majestad de su mera presencia ornarán el lugar.

Por eso, cuando el cardenal va a hacer la oración o se dirige a un acto litúrgico, va primero a la Sacristía de los Cardenales. Allí se pone una especie de amplia cogulla roja. Sobre ella se coloca una especie de capa magna de seda moiré, que lleva recogida sobre el hombro derecho. Esa capa magna que se lleva siempre recogida, ofrece la impresión de una toga, en recuerdo de las togas de los Apóstoles. Antes de doblar la seda moiré sobre el hombro, le colocan la muceta de armiño. También es blanco el interior de la capucha.

Ciertamente el aspecto de estos purpurados resulta impresionante. Y más todavía cuando sobre su cabeza se coloca el amplio galero. De cada cordón del galero penderán quince borlas, divididas en cinco hileras que normalmente caen sobre la espalda.

Así revestido así se dirigirá, cada día, al lugar que haya decidido para hacer su rato de oración y el acto litúrgico. Lo acompañarán su secretario y el asistente, normalmente un sacerdote retirado que vivirá allí. Detrás le seguirán dos guardias romanos con sus alabardas.

Siempre que haya un acto papal solemne, estos doce purpurados se sentarán delante del altar, formando un grupo. No sólo para los laicos, sino también para el resto de los cardenales, constituyen el recuerdo constante de que en ellos pervive el grupo de los Apóstoles, en cuanto que son sus sucesores. Todos los obispos son sucesores de los Apóstoles, pero estos doce cardenales, cada uno con el título de un Apóstol, simbolizan esa presencia de un modo muy visible, claro y patente,

De entre estos cardenales basilicarios, unos serán grandes teólogos, otros misioneros, otros dedicados a la caridad, otros monjes, otros pastores. Así que al nombrarlos cardenales basilicarios, se les pedirá que sigan en sus puestos. Viniendo a Roma sólo para las más importantes reuniones.

Los doce cardenales apostólicos vivirán en distintos lugares del mundo, así que cada uno de ellos tendrá un cardenal sustituto que será el que realice las funciones cultuales en el Templo. Ser cardenal sustituto constituirá un puesto honorífico especialmente apropiado para ancianos purpurados retirados, que puedan dedicarse a desempeñar los ritos del título basilicario.

El cardenal sustituto, tanto al dirigirse para el acto litúrgico, como sus actos devocionales, portará las insignias del cardenal apostólico, el galero y la capa. Pero no portará la muceta de armiño, que será propia sólo de los cardenales apostólicos. Los cardenales sustitutos únicamente podrán portar esas insignias cuando estén sustituyendo a sus respectivos cardenales basilicarios. En presencia del cardenal del título apostólico, llevarán sus vestiduras normales de cardenal. Asimismo, cuando oficien fuera del Templo y el Celio, tampoco portarán la capa y el galero. Sin necesidad de razones especiales, cualquier cardenal sustituto podrá delegar su función en otro cardenal, pudiendo este purpurado portar las insignias del cardenal sustituto.

Los doce Cardenales Apostólicos ofrecen un diario sacrificio cultual en el Templo. Recordando con su hacer al resto del colegio cardenalicio, que no sólo son hombres de gobierno, sino que también tienen una función sacerdotal.

Estos doce cardenales apostólicos son, en cierto modo, los párrocos del Basilicarión, los párrocos de un templo de



dimensiones planetarias. A los cardenales apostólicos se les pedirá que sigan viviendo en los lugares donde laboraban, cuando fueron creados cardenales. Mientras que los cardenales sustitutos sí que tendrán obligación de tener su residencia en el Basilicarión, siendo verdaderos habitantes del Templo.

Durante los días de luto por la muerte de un Sumo Pontífice, los cardenales basilicarios llevarán cogulla negra y capa de seda negra, sólo el galero y el solideo seguirán siendo rojos. La cogulla será de tela negra, la capa que llevan envuelta encima como una toga será de seda moiré negra, la muceta blanca, así como el blanco del interior de la capucha. Pero incluso en los días de luto, el galero será rojo, así como el solideo.

Antes de la construcción del Templo, es decir, cuando el Basilicarión aun no exista más que en los planos, tampoco existirán los cardenales basilicarios. Pero una vez que se finalice la construcción del gran espacio románico que será el ábside del Templo, será el momento de crear a los doce purpurados apostólicos. Que tendrán en ese ábside su iglesia titular de forma conjunta, bajo el nombre de Iglesia de los Doce Apóstoles. Después, paulatinamente, conforme se vayan construyendo, cada cardenal recibirá su iglesia propia. Las iglesias de los doce cardenales estarán distribuidas alrededor de toda la planta del Templo.

En las liturgias papales en la Nave Central, los doce cardenales apostólicos saldrán en la procesión de entrada precediendo a la silla gestatoria del Romano Pontífice. Pero se quedarán en sus doce siales ante el Trono de la Palabra, para escucharla. Al acabar la homilía, se trasladarán solemnemente a sus solios situados frente al baldaquino. Si los cardenales apostólicos no concelebran en la misa, servirán de ornato a las ceremonias con sus bellos hábitos corales. Si concelebran, los doce cardenales

basilicarios sustitutos portarán esas insignias y ocuparán los doce asientos propios de ese grupo.

## **59. El Protodiácono**

El Basilicarión es una agregación de templos, cada uno de ellos regido por la congregación, movimiento o grupo que lo haya erigido y lo mantenga tanto en lo relativo al personal que trabaje allí, como en gastos de mantenimiento. En este sentido, la Archibasílica no necesita un rector como otros templos. Aun así, los párrocos o rectores de este Templo son los cardenales basilicarios. Ellos están en la cúspide jerárquica del Templo. Ahora bien, como el conjunto requiere no sólo de coordinación entre sus elementos independientes, sino también de un gestor único de las cuestiones materiales comunes, el Templo tendrá un administrador único: el Protodiácono del Basilicarión. Sus labores serán esencialmente de gestión y administración, pero tendrá potestad de régimen para ordenar qué se debe hacer en ese recinto. Por tanto, sus órdenes dentro del Basilicarión no serán discutidas por nadie.

Ciertamente que los Cardenales Apostólicos son la cúspide jerárquica del Templo, pero la mayor parte de ellos viven en lugares diversos del mundo. Sólo se reúnen en el Basilicarión unas pocas veces al año, coincidiendo con otras reuniones del Colegio de Cardenales. De forma que, en el día a día, la autoridad efectiva es la del Protodiácono.

Aun así, para que quede perfectamente claro que la cúspide del honor la constituyen los cardenales basilicarios, y que la labor del Arcipreste es de mera gestión, este cargo lo ostentará un diácono, con el título simple de Protodiácono Arcipreste del Basilicarión.

Normalmente se escogerá para esta función a un laico que haya dado sobradas pruebas de ser un buen gestor, que será ordenado como diácono al recibir el nombramiento. En el caso de que no desease tomar sobre sí las cargas del diaconado (celibato si queda viudo, rezo de la Oficio de las Horas), recibirá la orden menor del subdiaconado. En ambos casos llevará sotana en el recinto del Templo.

En las procesiones litúrgicas, a pesar de su cargo, irá en el lugar de los diáconos. No llevará ninguna insignia diversa de las del resto de los diáconos, ni se sentará en un lugar preferente. Será el gran servidor de ese lugar sagrado. Eclesialmente hablando, el protodiácono será el diácono del Romano Pontífice enviado allí para esa función.

El protodiácono formará parte del Consejo de los Siete Ostiarios, encargado de la administración material de la Archibasílica. Este grupo que representará el servicio, la administración de las cosas materiales. El resto del departamento será gestionado por laicos. Porque se intentará que ese departamento (como todos los del Celio) no suponga la desviación de recursos de la pastoral hacia la administración. Es decir, en el Celio todo aquel trabajo administrativo que puedan hacer los laicos, lo harán. Empleando a los sacerdotes en la pastoral.

Los siete ostiarios tendrán sobre sus hombros una notable labor organizativa, pues en los muros-edificio del Basilicarión vivirán no menos de un millar de sacerdotes jubilados en residencias sacerdotales. Aunque, probablemente, sólo la mitad se hallará en condiciones físicas de cumplir con los oficios corales de los cabildos o de atender los confesonarios. Aun así, el Basilicarión con el clero retirado contará para sus funciones religiosas con más de quinientos sacerdotes, cuarenta obispos, y quince cardenales. Además de los doce cardenales apostólicos. Y eso sin contar con

el flujo de clero de paso, peregrinante pero presente cada día: no menos de cien sacerdotes diarios que desearán participar de las funciones religiosas, predicar a los grupos que acompañen o simplemente celebrar misa en algún altar.

Las cifras anuales del clero que pasará por ahí serán de un millar de obispos anuales (esto contando sólo las visitas *ad limina*), treinta mil sacerdotes (a razón de cien diarios) y unos quince millones de turistas y peregrinos. A toda esta cifra habrá que añadir los monasterios contemplativos, casas de retiro espiritual y residencias situadas en los muros-edificio. Por eso, la labor coordinadora de los ostiarios será notable.

Pero, precisamente, para que ese consejo se limite a coordinar, sin querer entrometerse en las decisiones de los pastores de cada iglesia, es por lo que se decidió que sus miembros fueran ostiarios y no obispos. Dejando las cuestiones pastorales que vayan más allá de la coordinación, a las decisiones del consejo de dieciocho obispos situado por debajo de los cardenales apostólicos.

Cuando un nuevo Protodiácono es nombrado, no toma posesión en una ceremonia como sí que lo hacen los Cardenales-Apostólicos en sus iglesias respectivas. Sino que es recibido en el Portón Central de la fachada principal del Templo, ante la puerta cerrada, llama golpeando sonoramente con un martillo de acero en el recuadro metálico de la puerta. El portón se abre y es recibido por el Cabildo del Basilicarión. Allí en la puerta, el portador de la bula papal (un enviado del Vaticano), lee la Bula. Y entonces el Deán le entrega las llaves de las Nueve Puertas del Templo. El Protodiácono no tiene ningún asiento propio en ninguna iglesia y, por tanto, la ceremonia acaba allí.

## 60. El Via Crucis Interior

Todos los viernes a las doce del mediodía en el Templo, partirá el que es conocido como *via crucis interior*. De la capilla conocida como Huerto de Getsemaní partirá un hombre de aspecto físico parecido a Jesús, vestido con una túnica, portando una cruz de tamaño natural sobre sus hombros. Lo flanquearán ocho miembros de la Guardia Romana ataviados de soldados romanos. Delante de ellos irán tres acólitos con alba portando una cruz de plata entre ciriales. A los que seguirán otros tres acólitos: el de en medio portará la cartela del INRI escrita en los tres idiomas. A sus lados, uno llevará sobre una cojín tres grandes clavos, el otro una corona de espinas. Detrás del portador de la cruz, irá un sacerdote con capa pluvial morada flanqueado de dos sacerdotes más. Este grupo irá seguido de los fieles que participen en el via crucis.

Este via crucis procesional no se detendrá. Irá todo el tiempo avanzando. La idea es que los que participen en este via crucis, puedan hacerse la idea de que están acompañando realmente a Jesús en su camino hacia el Calvario. Por eso se andará en silencio, intercalando pocas oraciones y cantos.

El via crucis partirá de la capilla antes mencionada y se dirigirá hasta el lugar donde hay una reproducción a tamaño natural de la Cruz de Cristo. La gente que seguirá a la cabecera de la procesión será tanta, que será fácil imaginar visualmente la masa de gente que siguió a Cristo hacia el Calvario hace dos mil años. Parte seguirá la procesión, parte contemplará desde los lados el avance del via crucis.

El via crucis que también se hará en el exterior del Basilicarión, insistirá en la reproducción exacta histórica. Al discurrir por las calles, con mucha más gente y con peor visión de la cabecera, fácilmente propiciará la dispersión. Tendrá mayor fidelidad

histórica, pero no favorecerá la concentración. Mientras que el via crucis interior permitirá introducirse más en la oración con el silencio propio del lugar, con su avance rectilíneo por el corredor central entre las capillas. Por eso cada via crucis tendrá su propio carácter. El via crucis interior será más litúrgico y sus únicos figurantes serán los ocho soldados romanos que lo flanquearán.

Dado que será tanta la gente que querrá participar en este via crucis del Basilicarión, habrá que ir organizando paulatinamente via crucis menores para la mayor parte de las horas del día. Pues con más de mil personas participando, la visión de la cabecera se entorpecerá.

Lo interesante del Basilicarión es que se trata de un espacio sagrado creado para servir de marco a este tipo de liturgias procesionales. Y así el Templo será recorrido cada día por monjes que van a sus coros, por procesiones litúrgicas hacia los altares, por los soldados que realizan la ceremonia de la apertura y clausura de las puertas, por los cardenales apostólicos que se dirigen a sus rezos. En el Templo no sólo las capillas e iglesias, sino también el corredor perimetral estará dotado de sentido y cumplirá su función litúrgica.

## **61. La Misa Magna**

Esta misa no se creó de una sola vez. Primero se tuvieron dos elementos: el gran marco que fue la Nave Central en el Basilicarión y más de mil clérigos en las celebraciones. Fue después cuando, poco a poco, las celebraciones se fueron tornando más fastuosas, más complejas, enriqueciéndose con más elementos, en la conciencia de que cada liturgia que allí se celebraba era vista (al menos de modo resumida) por centenares

de millones de personas en todo el mundo. Al final, los ritos en la Nave Central del Templo quedaron así.

El Santo Padre es llevado en silla gestatoria hasta su sede recorriendo toda la Nave Central longitudinalmente. La fila de obispos y presbíteros es larga, pero justo delante de él van los doce cardenales apostólicos. Por motivos de protección, para disponer de abundantes fuerzas de seguridad a mano que fueran necesarias para mantener el orden, le seguirán en formación trescientos soldados de la Guardia Romana con sus alabardas, yelmos y corazas.

En esta procesión, el Papa porta la tiara y es seguido por dos flabelos. Los flabelos son una insignia pontificia, en forma de dos grandes plumeros de plumas de avestruz. Flanqueando la silla gestatoria, miembros especiales de la Guardia Romana. Sus corazas y yelmos no serán meramente ornamentales, ocultarán tras ellas sus gruesas protecciones antibalas.

El Santo Padre, en su recorrido por el pasillo del centro, se detiene delante del crucifijo a tamaño natural que hay cerca de la entrada a la Nave. Allí, sentado en su silla gestatoria, hace una respetuosa inclinación de cabeza ante el Crucificado. Después prosigue, deteniéndose de nuevo ante el Trono de la Palabra, donde hace otra respetuosa inclinación de cabeza.

La comitiva al llegar justo delante del baldaquino, la silla gestatoria es depuesta en el suelo y el Santo Padre desciende. Avanza unos metros y hace una inclinación profunda, pone incienso en un incensario, mientras los siete diáconos con sus incensarios ascienden a incensar el altar. Suben sin prisas, porque son un buen número de escalones. Mientras tanto el Papa sube de nuevo a la silla gestatoria y se dirige a su sede. Sólo dos diáconos

suben hasta el mismo altar, los otros cinco lo inciendan cerca de la cima, pero desde unos escalones más abajo.

Los cardenales apostólicos han acompañado al Santo Padre hasta el baldaquino. Cuando él se ha vuelto a subir a la silla gestatoria, ellos se dirigen en dirección opuesta hacia la entrada de la nave.

Los cardenales apostólicos se detienen al llegar a la imagen del crucificado que mira a la entrada. Ellos se ponen delante de él, acompañados de unos doscientos clérigos, revestidos con hábito coral. Sólo unos treinta llevan albas, capas pluviales y mitras, ellos son la Presidencia del lado de la Palabra, como se les conoce. No llevan casullas, porque los que concelebran se colocan en torno al Baldaquino, en las tres primeras filas. Estrictamente hablando la presidencia está en la gran sede de mármol donde está Papa. Pero la nave es tan extensa que el clero se divide entre la Sede, el Trono de la Palabra y en torno al baldaquino.

Se trata de una sola presidencia repartida en tres lugares, para que todos los fieles puedan tener algo más cerca al clero que los preside. Si bien por las pantallas todos pueden ver todo el tiempo al Santo Padre. Los tres lugares focales cuentan con tres presidencias: la presidencia de la Sede (que es la auténtica presidencia), la del Trono de la Palabra (con tres arzobispos revestidos litúrgicamente) y la Presidencia del Altar (situada en un punto del círculo en torno al baldaquino, donde también hay tres arzobispos en tres grandes siales).

Cuando el Santo Padre comienza los ritos iniciales, la Presidencia de la Palabra está enfrente de la cruz de tamaño natural. No en hileras organizadas, sino formando como un grupo delante, con los cardenales apostólicos en el centro justo delante del crucificado. Allí permanecen hasta el final del Kyrie Eleison.



Veinte metros detrás de la Cruz, hay una pila bautismal de bronce sobre doce toros y doce ángeles. Los obispos, mientras se reza el Confiteor y el Kyrie, se acercan a mojar sus dedos en el agua bautismal y santiguarse. Se aproximan a la pila no en hileras, sino como si lo hicieran espontáneamente. Los cardenales y el clero revestido litúrgicamente (tres arzobispos, varios presbíteros y diáconos) permanecen delante del crucificado.

Mientras tanto, por distintos lugares de la Nave, tanto en el lado occidental como en el oriental, cien presbíteros con acetres e hisopos van aspergiendo con agua bendita entre las hileras de bancos. Todas estas escenas son mostradas por las cámaras en las pantallas de la Nave. De forma que lo que ve la gente durante la misa es visualmente rico y variado.

Cuando comienza el Gloria, los tres arzobispos revestidos con capas ponen incienso en los incensarios, y todos en procesión se dirigen hacia el Trono de la Palabra, situado a 150 metros de distancia. Los revestidos litúrgicamente y los cardenales van por el centro del pasillo. El resto de los clérigos los siguen en grupo, no en hileras, sino como formando un rebaño que sigue a sus pastores. En el centro del camino hacia el lugar de la Palabra, van los incensarios como señal de la glorificación mientras se va cantando el Gloria. Para expresar eso mismo, hay treinta campanas repartidas entre los presbíteros que van siendo tañidas. Relucientes campanas de metales preciosos, cada una con su propia nota y tonalidad.

Durante el Gloria, en cuanto los clérigos se ponen en camino hacia el Trono de la Palabra, un grupo de unas cuarenta religiosas se ponen a la cabeza. A la cabeza, pero a unos diez metros por delante. Por sus hábitos iguales, se ve que las religiosas

pertenecen a una sola congregación. Congregación que cambia en cada ceremonia. La superiora lleva un frasco de alabastro más grande con perfume de nardo, la rodean el resto de religiosas, cada una con un frasco de esencias aromáticas. Los frascos son de diversos tamaños. Unos de cristal, otros metálicos, otros de piedra. Aunque el perfume del frasco de alabastro siempre es de nardo, el resto de frascos contienen distintas esencias, que cambian en cada ceremonia. Unas veces el olor es a eucalipto, otras a azucenas, otras a bergamota.

Estas religiosas representan a la mujer que derramó un perfume a los pies de Jesús. Perfume que es símbolo de gloria también. Las religiosas al llegar al Trono de la Palabra, derraman cuidadosamente el contenido de sus bellos frascos en una especie de hueco a los pies del ambón, un pequeño canalito hace que ese perfume se extienda por delante y los lados del ambón, llenando de fragancia el lugar.

En uno de los lados de la Nave, hay cuatro arcos dotados con la altura del crucero de la catedral de Santiago de Compostela. Esos cuatro arcos están situados en la zona donde se va cantando el Gloria en la liturgia procesional. De cada arco cuelga un incensario de dos metros de altura, un incensario de iguales dimensiones al Botafumeiro de la catedral de Santiago. Durante el canto del Gloria, cuatro grupos de ocho personas se encargan de que esos pesados incensarios se balanceen en el aire expandiendo incienso. Se mueven perpendiculares a la Nave Central, es decir, de fuera de la Nave Central hacia dentro. Lo hacen sólo durante el Gloria.

En el otro lado de la Nave Central, en el lado opuesto, hay cuatro arcos de igual altura a los de los *botafumeiros*. De ellos cuelgan

sogas, cuatro grupos se encargan de tañer las campanas tirando con fuerza de esas sogas. Las campanas tañen durante el canto del Gloria. Esas campanas son grandes como para que se oigan sus tañidos pero no tanto como para eclipsar el canto.

Con el incienso, los perfumes y las campanas, el canto del *Gloria in excelsis* será verdaderamente un acto de glorificación y alabanza jubilosa. Al acabar el Gloria, la procesión se detiene y escuchan la oración colecta del Santo Padre, que está sentado en su sede al otro lado de la Nave. Acabada la oración, se sientan en sus escaños delante del Trono de la Palabra. Todo está pensado para que la procesión llegue de la Cruz al ambón, en el tiempo que se tarda en cantar el Gloria.

Una vez acabada la homilía, que el Papa hace sentado en su magnífica sede, la Presidencia del Lado de la Palabra se queda en sus sitiales. Mientras que los cardenales apostólicos acompañados de todos los cardenales con hábito coral se dirigen hacia un retablitto de estilo gótico. Está situado a diez metros de distancia del lugar donde están sentados los cardenales. Se trata de una magistral obra realizada en cuatro tipos de mármol blanco y alabastro, de apenas cuatro metros de altura. En ese retablo, están representados todos y cada uno de los artículos de la Fe del Credo.

Los doce cardenales se acercan en grupo, no en hileras. Todos los cardenales lo rodean. Pero son los cardenales apostólicos los que, echándose el galero a la espalda, besan cada uno de los artículos de la fe. El grupo respetuosamente se queda en pie delante de esa expresión de la Fe hasta que acaba el Credo. Los cardenales apostólicos besan en nombre de todos los cardenales esos artículos de fe, en nombre de ellos y de toda la Iglesia.

Se deliberó si insertar este retablo en el ambón de la Palabra, donde está representada la historia sagrada, personajes del Nuevo Testamento, así como los profetas y reyes de Israel. Pero se sabía que los peregrinos al visitar el Celio, iban a querer besar esos artículos. Cualquier turista puede tocar y besar esos impresionantes relieves llenos de detalles de mármol y alabastro. Se optó por no protegerlos y que estuvieran al alcance de todos. Sabiendo que al cabo de una o dos generaciones, habría que sustituirlos enteramente. En realidad, lo que está al alcance de todos son reproducciones hechas en moldes. Los originales están a buen recaudo en una pared de la Gran Curia.

Acabado de rezar el Credo, se reza la introducción a la oración de los fieles. Después, los laicos se encargan de leer, una a una, las peticiones, desde un magnífico ambón situado en el Coro Áureo del ábside de la Nave Central. Recuérdese que la Nave central tiene a un lado la Escala de Jacob (una gran escalera que asciende hasta las alturas de la Nave y de allí a las terrazas superiores) y en el otro lado está el Ábside (donde está el coro mayor de la abadía de San Simeón). Los laicos elevan sus oraciones desde la altura del ambón situado en el centro de ese coro, con los monjes alrededor, sentados en sus asientos.

Cada vez que el pueblo fiel responde a una petición, diez laicos hacen una inclinación hacia la Sede y se dirigen hacia una mesa donde hay varias reliquias. Una vez que llegan allí, besan las reliquias. Dado que siempre se elevan ocho peticiones, hay ocho de esas mesas con reliquias, y ocho grupos de diez laicos. Esto tiene el simbolismo de que cuando se elevan esas súplicas, no sólo pedimos con palabras a Dios, sino también con gestos. Y cada vez que allí se eleva cada una de esas ocho peticiones, se acompaña de la intercesión de los santos. Cada mesa es cuadrada y está cubierta por una bella tela adamascada de seda.

Sobre el centro de cada mesa hay unas cuatro o cinco tallas de santos de no más de un metro de altura. Bellísimas tallas, unas de marfil, otras de madera estofada, otras de nobles materiales. Una de las ocho mesas tendrá siempre una preciosa imagen de la Virgen María. Otra de las ocho mesas siempre tendrá imágenes de ángeles. Las reliquias están alrededor de esas tallas. Los laicos van besando una a una las reliquias sin prisa. Las mesas están repartidas simétricamente en la Nave en el Lado de la Sede, es decir, en la parte oriental. No en el pasillo central, sino en los pasillos laterales.

Los grupos de laicos que veneran las reliquias serán variados de ceremonia a ceremonia. En una de las misas, por ejemplo, uno de los ocho grupos estará formado por ancianos eremitas ancianos de venerables barbas. Otro grupo estará constituido por niños de menos de ochos años de los cinco continentes, acompañados de un adulto que les guíe. Otras veces serán ciudadanos de algún país que sufra por la guerra u otras causas.

Esos grupos de personas también simbolizan a los ángeles, que salen a llevar nuestras súplicas ante la Corte Celestial. Como si cada petición supusiese un envío de ángeles. Oramos y los ángeles son enviados. Como si ellos escucharan nuestras peticiones y se lanzaran volando a conseguir lo que se ha pedido.

Como se observa, los elementos de la liturgia están repartidos por los dos lados de la Nave. En un lado estará el Crucifijo de los ritos iniciales (con la pila del agua bautismal), el Trono de la Palabra y el Retablo del Credo. En el otro lado estará la Sede donde se sienta el Santo Padre rodeado de clérigos, el ábside (con el ambón desde donde se hacen las peticiones) y las mesas de las reliquias.

Durante las preces, la procesión de las ofrendas y su recepción por parte de los diáconos, el Papa se desplazará desde el Solio hasta el baldaquino. Las palabras invitatorias a la oración de los fieles, así como su oración conclusiva, la hará el arzobispo revestido litúrgicamente que está situado en la base del Solio de la Santa Sede, entre otros dos arzobispos. Ya que el Papa emplea ese tiempo para llegar hasta el ciborio. Tanto las preces como la recepción de las ofrendas, le permiten realizar el desplazamiento sin prisas.

En cuanto comienza el invitatorio de las preces, el Papa se dirige en la silla gestatoria hacia el baldaquino. Se dirige en silla gestatoria por dos razones: algunos Papas tienen ya muchos años, y se cansan de andar por las grandes distancias de la Nave Central; otros Papas pueden andar sin problema, pero son mucho más visibles para los fieles que le flanquean si hacen el trayecto algo elevados.

El altar está situado a bastantes metros de altura. Él y los más ancianos suben en las varias plataformas que internamente llevan desde la base hasta la cima. Todos los que se vean con fuerzas para subir por su propio pie, van ascendiendo con lentitud desde la base del baldaquino hasta la parte superior.

Durante toda esta operación de llevar al Papa desde la Sede hasta el mismo altar, se realiza la procesión de las ofrendas, desde las mesas situadas a la izquierda y derecha del Baldaquino. Varios diáconos reciben las treinta o cuarenta ofrendas y las llevan más arriba, hasta el lugar destinado para dejarlas.

Para la procesión de las ofrendas en la eucaristía, existirá la costumbre de escoger los mejores dones que los fieles hayan

traído de todo el mundo. En el lado norte, a medio camino entre el baldaquino y los arcos del muro, estará la mesa de las ofrendas. En el lado opuesto, en el lado sur, habrá otra mesa. Sobre ellas se dispondrá lo mejor de lo que se ofrezca espontáneamente para esa misa. Será costumbre traer incienso y mirra, e incluso unas monedas de oro en un cofrecito.

Lógicamente, los fieles traerán de sus países dinero. Pero con el dinero podrán comprar estos dones tan simbólicos en el mismo Celio. El Departamento de Ceremonias se encargará de que para la procesión de las ofrendas, los fieles puedan comprar objetos bellos que constituyan verdaderas ofrendas, y sean, al mismo tiempo, bellas. Por ejemplo, si un magnate ofrece una gran cantidad de dinero para ser ofrecida en esa misa, los ceremonieros se encargarán en la procesión el oferente pueda llevar su ofrenda transformada en su equivalente en monedas de oro. Los que hayan donado esos presentes, podrán portarlos.

De las dos mesas de las ofrendas partirán las dos procesiones de laicos, hasta llegar a la parte delantera del baldaquino. La abundancia de dones no será un inconveniente, pues varios diáconos, podrán a su vez portarlos con presteza más arriba en el baldaquino, al lugar destinado para las ofrendas. Sobreponiéndose a los cánticos, un diácono concisamente referirá cuáles son los dones, pues muchos estarán cerrados en cofrecillos, vasijas y ánforas metálicas. Así toda la asamblea sabrá, además, cuál es su procedencia.

Alrededor el baldaquino se sitúan los obispos y los presbíteros. En un lugar concreto, reunidos, se sitúan aquellos que concelebran. La mayor parte de los clérigos que asisten a la misa lo hacen con hábito coral. Sólo los obispos que concelebran, revestidos litúrgicamente con magníficas casullas y mitras,

ascienden a ese montículo que es el baldaquino. De estos, sólo un grupo se sitúan alrededor del altar, bajo el pequeño ciborio. Los presbíteros concelebrantes se quedan en el presbiterio que rodea como un pedestal al baldaquino. Los cardenales que no concelebran se agrupan alrededor de los cardenales apostólicos en un punto justo delante del Baldaquino.

La misa, entonces, seguirá de forma habitual. Nada especial ocurre durante el prefacio y el canon. Hacia el final de la misa, una vez que el Papa ha dado la comunión al número fijado de personas, se dirige en la silla gestatoria hasta la Sede. Allí espera en silencio unos diez minutos mientras los coros cantan, a que se administre la comunión a los fieles.

Con la ayuda de más de mil sacerdotes y laicos, la comunión se distribuye con una perfecta organización, que no retrasa la ceremonia. Acabado ese tiempo de recogimiento, el Papa realiza la última oración, da la bendición. Y, subido en su silla gestatoria, sale de la Nave por el lado opuesto por el que ha entrado. La procesión de clérigos (unos con hábitos litúrgicos y otros con hábitos corales) había entrado, al comienzo de la misa, por el lado del Trono de la Palabra; ahora sale por el lado del Ábside. Así toda la asamblea disfruta de la presencia del Pontífice. Aunque es tanta la gente y las distancias, que las tres presidencias (la de la Sede, la del presbiterio y la de la Palabra) salen por tres puertas distintas. La Guardia Romana sigue al Papa. Aunque dos escuadrones de treinta guardias romanos con sus alabardas, siguen a cada una de las otras dos presidencias en sus diversas direcciones.

Como se observa, se trata de una liturgia complicada, que requiere muchas horas y horas de preparativos: telas para las mesas, tallas, relicarios, ofrendas, coros. Sólo para dar la



comuni3n a una masa tan grande de gente, se requiere de la ayuda de los sacerdotes que estudian en Roma, as3 como de las 3rdenes religiosas de toda la ciudad. En cada ceremonia se gastan no menos de veinticinco kilos de incienso, y ocho litros de esencias arom3ticas. Esta Liturgia de las Liturgias es como una gran coreograf3a. S3lo se puede hacer all3, en un templo como 3se.

Al principio, esta grandiosa ceremonia se realizaba exclusivamente cuando el Romano Pont3fice celebra en la Nave Central, y en unas pocas solemnidades al a3o, dos o tres. En el resto de las festividades, aunque las misas fuesen muy solemnes, todo lo explicado s3lo se realizaba en la medida en que hab3a cl3rigos. Normalmente, se ejecutaban versiones m3s simplificadas de esta liturgia.

Pero conforme pasaron los a3os, la asistencia de fieles aument3, as3 como de sacerdotes que pod3an ayudar. De forma que se implant3 la costumbre de celebrar la Misa Magna seis veces al a3o, en seis grandes solemnidades. De las cuales, dos eran celebradas por el Santo Padre. Las otras, eran presididas por un cardenal apost3lico.

La cantidad de gente que asist3a era tan grande, que antes de un decenio la Misa Magna se celebraba cada domingo por la ma3ana. Curiosamente, eso hizo que el tiempo empleado en los preparativos disminuyera mucho. Pues, al celebrarse cada semana, ya todo estaba preparado y los ensayos se reduc3an al m3nimo.

Uno de los m3s admirables logros de la organizaci3n, es que toda esta liturgia se pueda desarrollar en s3lo dos horas. Los ceremonieros han ido mejorando el sistema a3o tras a3o, de forma que en ning3n momento el desarrollo esencial de la liturgia debe

esperar a que acabe un elemento accidental. Las distancias son largas, pero, por ejemplo, mientras el Papa se dirige al baldaquino, los diáconos reciben las ofrendas. Mientras el Papa sube en la plataforma hasta el altar, los diáconos ya han dispuesto todo sobre el ara. Si quince minutos después de comenzar a dar la comunión, no se ha acabado de administrarla a todos, no importa: el Santo Padre comienza la oración final y los ministros prosiguen administrándola sin premura.

Normalmente son cien mil las personas las que asisten sentadas a una misa celebrada por el Papa en el Templo. Alrededor del perímetro limitado por vallas de madera, varias decenas de miles de personas más, se quedan visionando la ceremonia en las pantallas. Ellas se hallan dentro de la misma Nave, pero ya a una gran distancia del altar.

Las masas de gente allí congregadas son tan notables, que el batallón de trescientos soldados de la Guardia Romana se hace necesario. Si alguna vez fuera necesario encauzar a una masa de gente, sólo se podría conseguir con profesionales formados específicamente para ello, como esos soldados. Los cuales han recibido adiestramiento específico para dirigir a la multitud o para contenerla.

## 62. La Gehenna

Aunque primero se construyó la red de canales de los aljibes, parte que representa el infierno. Veinte años después, a alguien se le ocurrió: ¿por qué nosotros en esta nueva Jerusalén no tenemos una Gehenna como la había en la primitiva Jerusalén? En la Ciudad Santa había un valle llamado Gehinnom, donde se arrojaban las basuras y que pasó a ser una forma de denominar el lugar de condenación.

La idea de que el Celio tuviera su Gehenna, quedó aparcada durante diez años más. Pero la idea pululó entre los arquitectos, que desde el principio la consideraron muy original. La idea renacería, paradojas del destino, cuando se discutió acerca del sistema de reciclaje de basuras. Varios ecologistas habían sugerido que se habilitara un lugar donde arrojar las basuras orgánicas. Desechos que posteriormente se podrían usar como abono. Fue entonces cuando alguien recordó la vieja propuesta.

Al final, se dedicó un estrecho espacio inútil encajonado entre dos edificios para este fin. En ese espacio, originalmente de 150 metros de longitud, 20 de anchura y 28 de altura, se arrojan todas las basuras orgánicas del Celio. Esos desechos se mezclan con tierra y se riegan para que tengan la humedad precisa. Eso hace que ese *valle* esté formado por montones de compost humeantes día y noche. El compost acaba siendo retirado y vendido. El lugar es oscuro por la altura de los muros que lo encajan.

Hay un pasillo superior por donde uno puede pasear y ver el fondo del valle. Hay bancos donde sentarse a meditar. Y, en realidad, el lugar se presta a la meditación: los dos muros-edificio

pintados de color negro con pequeñas ventanas abiertas al valle. Al principio eso era toda la Gehenna: un espacio de gran simplicidad. Si bien los dos muros edificio tenían irregularidades, como si se tratase de un valle oscuro de tierra negra.

La primera actuación ornamental que se hizo en el valle, fue colocar un friso con una inscripción en latín que recorría el valle de un extremo a otro. La larga inscripción estaba formada por versículos bíblicos referentes al infierno.

Después a alguien se le ocurrió que como en el Evangelio se habla de las Puertas del Infierno, que había que poner esas puertas en los riscos. Y así se pusieron veinticinco siniestros portones con verjas de hierro. Aunque esos portones oscuros no tenían nada de especial, una de ellas sí. Pues se hizo una reproducción de *La Puerta del Infierno* del escultor Rodin.

Los muros que enmarcaban ese valle, eran aparcamientos. La necesidad de ampliar esos dos edificios, hizo que el valle llegara, al final, a tener más de trescientos metros de longitud. Trescientos metros de sendero entre montones humeantes.

En la mitad del valle, se abre un agujero redondo que ocupa todo el ancho del valle. Es cónico y tiene quince metros de profundidad. De allí, de la oscuridad del fondo, surge continuamente vapor. En ese emplazamiento está situada la mayor acumulación de materia orgánica, siempre humeante. Dado que la luz no llega al fondo, los que miran desde arriba sólo ven el humo constante saliendo ese amplio pozo. El valle se ensancha alrededor de ese pozo, para que los operarios puedan rodear el *abismo*, como lo llaman. Ese ensanchamiento alrededor del abismo está formado por tres pisos de arcos, como una especie de

pequeño coliseo. Arcos oscuros, pues detrás no hay nada, sólo las mismas paredes negras del resto del valle.

Hubo una cierta polémica entre los encargados de las ampliaciones del Celio, acerca de si erigir un lugar así o no. Pero decidieron que sí, porque si en las iglesias siempre habían existido representaciones del infierno, ¿por qué no hacer una representación en la que incluso pudieras pasear? Ciertamente, era un lugar adecuado para la meditación. Se dudó si colocar, en medio de los montones de materia humeante, algunas estatuas que representasen a los demonios atormentados. Durante ocho años resistieron esa tentación, y el valle continuó desnudo, dejando que en su simplicidad mostrase la desolación, pero sin representaciones.

Pero, finalmente, venció la propuesta de colocar en el fondo una imagen de Satanás caído al suelo, con la cabeza mirando hacia abajo y oculta entre las manos. La estatua de seis metros de largo era de una piedra artificial grisácea con vetas blancas, que destacaba bien en la oscuridad del fondo. En los años siguientes se añadieron veinte imágenes menores. Todas representando el horror de la condenación.

Siempre había gente allí sentada en los bancos, haciendo oración. Como símbolo no sólo tuvo una gran fuerza, sino que se convirtió en algo muy popular. Cincuenta años después de su creación, aparecía en más de treinta películas; siendo de terror sólo una tercera parte de éstas.

Otra curiosidad es que cada año se recibían unas cuantas peticiones de gente de todo el mundo, pidiendo ser enterradas allí. Se trataba de amantes de estéticas siniestras, que preguntaban qué condiciones se exigían, para que las cenizas fuesen colocadas en

una urna y reposasen allí. También esto provocó una discusión tal cosa se debía permitir o no. La posición de los que pensaban que se podía acceder a su petición prevaleció. Así se podría orar por ellas. Ya que en vida habían seguido una estética de la oscuridad, al menos, después de muertos se facilitaría el que la gente que pasara por allí rezase por ellos. Se consideró, además, que la presencia de esas urnas en el valle reforzaría más el carácter de lugar de muerte.

Y así, en los muros del camino elevado, los visitantes podían ver los nichos tenebrosos de los que decidieron que ése fuera su lugar de descanso. Después de cincuenta años, a razón de cinco peticiones por año como media, hay enterradas casi trescientas personas. Algunas de ellas pagaron auténticos mausoleos que se erguían en los riscos de ese valle. Los familiares traían las urnas y pagaban el nicho. Sólo quince personas dejaron en su testamento fondos para que su cuerpo fuera trasladado e inhumado allí.

Las autoridades eclesiásticas no pusieron demasiados inconvenientes en satisfacer estos caprichos testamentarios, cuidando tan solo de que la estética fuera adecuada al lugar y no cayera en chabacanerías. Por otra parte, no se permitía ninguna estatua ni inscripción que exaltase el Mal. Y así el valle se acabó convirtiendo no en una reproducción del auténtico Valle de Gehinnom de las afueras de Jerusalén, sino en una obra que iba muchísimo más allá del original, con un carácter propio. La Iglesia Católica acabó poseyendo el mayor símbolo del Infierno sobre la tierra.

Los eclesiásticos eran conscientes de que ese valle se convertía en lugar favorito de visita para ciertas tribus urbanas atraídas por este tipo de belleza de la oscuridad. Pero era inevitable que creando una representación del infierno, eso no atrajera a individuos a los

que les gusta lo tenebroso. Las autoridades sabían muy bien que eran los satanistas y los amantes de la brujería los que dedicaban cantidades más grandes, para levantar panteones por los que fueran recordados. Normalmente, esos panteones eran construidos en vida del donante, después de presentar el proyecto a las autoridades del Celio y que éstas lo autorizasen. De manera que cuando muriesen, únicamente hubiera que trasladar allí el cuerpo.

Todo esto desagradaba a las autoridades. Pero, al menos, los peregrinos rezarían por ellos durante siglos. Y gracias a estas excentricidades, la Gehenna Vaticana, como se la llamaba, se convertía progresivamente en un lugar estéticamente más interesante. Todo un símbolo de la oscuridad.

Dada la cantidad de *visitantes raros* que recibía el lugar, se ejercía una discreta, pero efectiva vigilancia para no permitir que hicieran rito alguno allí. Los proyectos de mausoleos eran cuidadosamente examinados, para cuidar que ningún símbolo satánico apareciese en ellos.

Las autoridades del Celio pensaron que esta afición torcida por la Gehenna Vaticana, tendría un momento de esplendor, y que después iría perdiendo fuerza. Pero, con el pasar de los años, comprendieron que no se trataba de una moda pasajera, sino que siempre hay un cierto número de personas atraídas por el lado oscuro. Por eso, este valle tuvo, de forma continua, una actividad constructiva funeraria de reducidas dimensiones, pero constante.

Con el tiempo, desaparecieron las aprensiones de las autoridades eclesiásticas, y se alegraron de ser ellos lo que crearan ese símbolo, y no otros que lo hubieran usado para exaltar la Oscuridad. En manos eclesiásticas, el valle fue una representación de las tinieblas, pero no una apología de esas tinieblas. En el mundo, siguiendo el ejemplo de este valle, se crearon cinco

pequeños cementerios privados, todos del mismo estilo. Pero que no llegaron a durar ninguno ni siquiera diez años. Desaparecieron, porque ninguno de esos lugares ni era tan extenso, ni ninguno tenía la clase de la Gehenna Vaticana. Todos cayeron en la chabacanería, en la vulgaridad, en el exceso ostentoso.

Ese valle oscuro (por estar encajonado entre dos edificios) llegó a ser tan popular, que se aprobó la construcción de la Capilla de los Ángeles Custodios, como un modo de predicación visual para los que por allí pasaban. El camino elevado de la Gehenna sólo contaba con una entrada y con una salida. Para salir había que atravesar una capilla blanca, inundada de luz, engalanada con estatuas de ángeles de mármol blanco. Grandes inscripciones recordaban a los que entraban cuán grande era el amor de Dios y la esperanza en su misericordia. También había muchos reclinatorios delante de los ángeles, y se animaba a la gente a que se arrodillara y pidiera por su propia salvación. Como la Gehenna era muy visitada, también lo fue esta capilla que fue siendo ampliada hasta convertirse en una iglesia, donde la gente se arrodillaba y postraba pidiendo su salvación para el último momento de vida.

Se acabó colocando también una bella imagen de la Virgen María (como todas, en esa iglesia, de mármol blanco) que la representaba echando su manto sobre muchos pequeños hijos que se refugiaban arremolinándose en torno a su túnica. Hay testimonios de muchos seguidores del rock satánico, de la brujería, de las ciencias ocultas, que tras pasar por la oscuridad, mal olor y vapores de la Gehenna, al entrar en ese ambiente de luz y belleza y leer las inscripciones, sintieron el impacto de la gracia y se convirtieron. Cosa no extraña, pues mucha gente rezaba todo el año para que este tipo de personas cambiara de vida al entrar en esa iglesia.



## 63. Capilla de las Excomuniones

En un sector de los bajos de uno de los muros-edificio del Basilicarión, en una zona que no se sabía en qué emplear el espacio que había entre los pilares, se decidió dedicarla como lugar donde tendrían lugar las excomuniones. Se trata de una capilla amplia, pero oscura, sin ventanas al exterior. Un lugar en el que no se ha gastado dinero en mejorarlo mucho, y que por eso sus paredes desnudas de hormigón recuerdan al estilo románico más primitivo.

Allí, una vez al año, tiene lugar el ritual de excomunión de los sacerdotes y laicos de todo el mundo, que se hayan hecho merecedores de esa censura. Desde que existió esta capilla, se inició una nueva praxis, sumamente catequética. Cuando Roma decide que va a excomulgar a alguien, le comunica que tiene varios meses para arrepentirse, pero que si no lo hace, el 3 de noviembre se le excomulgará en el rito que tendrá lugar en esa capilla.

El ritual es breve y sencillo. Una procesión de clérigos de la Congregación para la Doctrina de la Fe precede al obispo delegado para el ritual. El obispo sobre el alba lleva una capa pluvial morada, símbolo de la penitencia. Otros clérigos pueden unirse a esa procesión, o esperar en la capilla.

Un presbítero lee los nombres de los que van a ser excomulgados. El papel amplio y bellamente escrito, como las antiguas bulas, tiene columnas donde se van añadiendo cada año los nuevos nombres y algunos pocos datos más tras el nombre. Una vez que se ha leído, se enrolla y se guarda en un cofre metálico que está en un lado de la iglesia. El cofre se cierra. Con un martillo, se toca

ceremonialmente una gran campana, tantas veces como personas excomulgadas; como un fúnebre tañido por los muertos. Después se apagan tantos cirios como personas se hayan condenado, normalmente entre cinco y nueve. Cada cirio (blanco, grueso, sin pintura alguna) está situado sobre un bonito pie metálico. El obispo con un apagavelas va extinguiendo las llamas de los pabilos. Acto seguido se retiran cantando en gregoriano el *Dies Irae*. Los cirios apagados se quedan allí hasta el año siguiente.

La capilla carece de adorno alguno. No hay asientos, pues la ceremonia no es larga. Sólo hay una repisa a lo largo del muro, para los que quieran sentarse allí a orar por el arrepentimiento de los excomulgados. La iglesia es cuadrada con un ábside elevado en cada uno de sus lados.

Esa capilla sin altar, desnudo, expresa muy bien la desolación. Parece un lugar frío, rodeado de desconsuelo. Allí nadie celebra misa, pero sí que hay bautizos.

Hay ocho peldaños para subir a cada uno de los cuatro ábsides. En el centro de uno están los cirios apagados, en el centro del otro está la campana de cien kilos sobre un armazón de madera. En el tercer ábside está el cofre cerrado, cuyos documentos en su interior simbolizan las decisiones tomadas con el poder de atar y desatar. Donde debería estar el cuarto ábside, se abre la puerta de entrada.

En el centro de la capilla hay una pesada y tosca pila bautismal llena de agua. Los turistas suelen mojar la punta de sus dedos en el agua y hacerse la señal de la cruz, como signo de petición de perdón de sus pecados.

Es la llamada Pila de las Almas del Purgatorio. Se dice que las almas dolientes se sitúan en torno a esa agua de purificación. Y que allí esperan a que alguien entre a orar por ellas. Es su piscina probática.

Estos tres ábsides, están insertos en la planta de la iglesia que forma un cuadrado más amplio, y que rodea de un deambulatorio al espacio central. En las paredes y techos de ese deambulatorio están pintados al fresco con suma simplicidad (como figuras románicas) los excomulgados con un nombre bajo ellos y la fórmula *ora pro me*.

Un año no hubo, afortunadamente, ni un solo excomulgado. De forma que la procesión entró cantando el *Miserere* y se limitó a orar por los ya excomulgados, tañendo la campana veinte veces por todos los que habían incurrido en tal censura en años anteriores.

Ese espacio triste, vacío y sin uso todo el año, acabó convirtiéndose en uno de los más visitados del Basilicarión. De forma que se decidió ornamentarlo con distintos frescos que representaban las herejías de la Historia. La última gran mejora del lugar ha consistido en añadir veinte columnas con capiteles tallados, que sostienen diez arcos ciegos.

## **64. El Barrio Jerosolimitano**

En el lado meridional de los claustros, entre la segunda muralla y la tercera, creció un pequeño barrio de viviendas que era como una reproducción histórica de las calles de la antigua Jerusalén.

La reproducción, al principio, era modesta en dimensiones. Todo comenzó con treinta casas que se vendieron por cien años. Aunque por dentro las edificaciones eran modernas, sus fachadas eran arqueológicamente perfectas. El Barrio Jerosolimitano creció como una pequeña vecindad. En diez años de pequeñas ampliaciones, se formó una verdadera vecindad. Sólo después de veinte años, este barrio comenzó a tomar fuerza, y la autoridad del Celio se animó a aprobar en él, algún proyecto de reconstrucción histórica más ambicioso.

En el Barrio Jerosolimitano se concentraron muchos librereros. No por casualidad, sino porque las sabias manos que administraban el Celio así lo fomentaron. De hecho, fueron ellos los que financiaron directamente las primeras diez librerías donde encontrar ediciones de culto, grabados y libros antiguos. Las autoridades querían que este barrio se convirtiese en una versión reducida del Barrio Latino de París.

Esta versión reducida de Jerusalén no llegó a ser muy extensa, pero sí que muy fiel históricamente. Su trazado laberíntico ofrecía al viandante una impresión de ser más grande. Todo el tráfico rodado iba bajo tierra, como en el resto del Celio.

Aunque lo original de ese vecindario fueron los negocios de librereros, no tardaron en añadirse otro tipo de comercios en esa zona en la que se asentaron pequeños hoteles y hostales. También allí comenzaron a abrirse muchos cafés. Algunos de los cuales se pusieron de moda, cuando varios intelectuales nada religiosos se establecieron en ese barrio por largas temporadas.

Sí, treinta años después de su creación, el barrio se convirtió en un lugar de moda. Escultores vanguardistas, escritores bohemios, pintores abstractos, pasaban largas temporadas allí. En parte, por las grandes escuelas de arte pontificias, en parte porque se puso de moda. En ningún lugar del mundo existía una concentración de

talleres que produjesen tanto arte. Los artistas podían trabajar allí y cada día divertirse en un magnífico ambiente de cafés con veladas literarias, debates y conferencias todos los días.

Quince años después de ser creado, el Celio se comprometió a que cada día del año habría una conferencia del más alto nivel. El listado de los títulos de las conferencias se publicaba un año antes en la página web oficial de actos del Celio. Esto y otras muchas cosas, hacían que en el Celio existiera una verdadera vida social. No eran meramente edificios con gente viviendo en su interior. Nadie se trasladaba a ese lugar para meterse en su casa. Una vivía allí para disfrutar de la vida en una auténtica *polis*. La Iglesia había creado la *polis* perfecta, ideal. Un ejemplo para todo un planeta repleto de conurbaciones que, en no pocos casos, eran meras acumulaciones de seres humanos, verdaderas selvas.

En este barrio se reprodujo con exactitud la Via Dolorosa de Jerusalén y sus barrios colindantes, tal como están hoy en la Jerusalén actual. El Viernes Santo se representa allí con toda exactitud histórica el Via Crucis. Habiendo en esa parte un pequeño Gólgota. En ese monte permanentemente se levantaban tres cruces a tamaño natural, iguales que las del interior del Basilicarión. En ellas pendían de forma realista la figura del Crucificado y los dos ladrones.

En la Via Dolorosa, a la hora de la Pasión, cada viernes santo, comenzó la costumbre de organizar un via crucis con cien o doscientos figurantes vestidos de soldados romanos y otros personajes de época. Los figurantes eran miembros de la Guardia Romana y la Sección Femenina. Estos figurantes se integraban en el via crucis vestidos de soldados romanos, de fariseos, de mujeres judías.

Todas las edificaciones de la Via Dolorosa tienen una terraza de libre acceso para los turistas que desean ver el via crucis desde lo alto. De forma que estos pueden ver el recorrido no sólo desde las calles, sino también desde las azoteas. Dos casas grandes se construirán como réplicas de la Casa de Caifás y el Pretorio. En sus patios interiores podrá entrar la gente, para presenciar las representaciones de las escenas.

En Semana Santa, la comitiva partirá en la noche del Jueves Santo del Huerto de los Olivos a la Casa de Caifás. Y a la mañana siguiente de aquí al Pretorio, y después por la Vía Dolorosa hasta el Gólgota. En el Calvario tendrá lugar el alzamiento de las cruces. Se alzarán las cruces con las representaciones de Jesús y los ladrones.

Una calle que partirá de la Via Dolorosa llevará al extremo de la Segunda Muralla. Allí habrá un árbol en el que el Jueves Santo por la noche se colgará del cuello una imagen realista de Judas Iscariote, que estará allí pendiendo hasta el Sábado Santo por la tarde. Este via crucis tuvo tanto éxito, que se comenzó a hacer una vez al mes. Y, finalmente, todos los viernes.

Se cuidó mucho de crear mercados exactamente iguales a los que uno pueda encontrarse en Jerusalén o Estambul. El barrio parecía como un pequeño Trastévere, pero en versión oriental. El único problema del lugar, era la tendencia de los jóvenes a quedarse bebiendo por sus calles hasta tarde. Sólo un paquete de medidas draconianas lograron que el silencio retornara a esa red de vías y angostas callejuelas.

## 65. El Barrio Cesariano

Una vez que se comprobó el éxito y pujanza del Barrio Jerosolimitano, se decidió crear otro barrio en el lado opuesto del Celio, en el sector norte. Este barrio se había ideado como una zona residencial para gente muy rica que pudiera pagarse allí una propiedad de no menos de quinientos metros cuadrados. Las cincuenta villas romanas iniciales fueron la semilla que dio origen a un barrio, que con el tiempo debía convertirse en una réplica reducida de la Roma que conocieron los apóstoles Pedro, Pablo y los primeros cristianos. Posteriormente, algunos millonarios levantaron villas que fueron verdaderos palacios.

La parte comercial de esta Roma de los tiempos de los Apóstoles, se situó en una reproducción exacta del primitivo foro romano. Externamente, nada desentonaba del foro que pudieron ver San Pedro y San Pablo. Pero por dentro había comercios, lugares de ocio, restaurantes y cafeterías. De este modo, el Barrio Cesariano pudo ofrecer no una pieza de museo en una vitrina, sino una visión viva y palpitante de lo que fue el Foro Romano y sus alrededores.

Las mansiones de algunos magnates fueron, por dentro, muy lujosas. Pero por fuera tuvieron que mantenerse estrictamente dentro de la estética de una villa del siglo I. Esta zona de villas incomodaba a algunos. Pero no podemos olvidar que si el Celio comenzó a ser levantado, en sus modestos orígenes, gracias a las limosnas provenientes de todo el mundo, después de los diez primeros años, el proyecto se consumó en toda su grandiosidad y extensión fundamentalmente a través de operaciones inmobiliarias y de los propios ingresos que generaba el proyecto. De forma que esos palacetes de estilo clásico, no sólo alegraban la vista de los turistas que paseaban entre ellos por las calles, sino que sus rentas costeaban otros sectores del Celio. Como alguien

dijo: estas mansiones pagan a los eremitas sus cuevas y su soledad.

A los turistas les llama mucho la atención, un templo de aspecto clásico que es la Iglesia de los Santos Mártires Romanos. Se trata de un templo de orden dórico con sus cuatro columnas en la fachada. El sacerdote celebra la misa en un altar situado sobre el estrado de piedra (estilóbato) entre la columnata y la escalinata. La gente escucha misa de pie delante del templo. Dentro del templo, la nao está dividida en dos partes. En la delantera hay un sagrario con unos pocos asientos. Tras una pequeña valla de madera, pueden pasar los turistas. Los frisos y el frontón cuentan la historia del triunfo del cristianismo en el Imperio Romano.

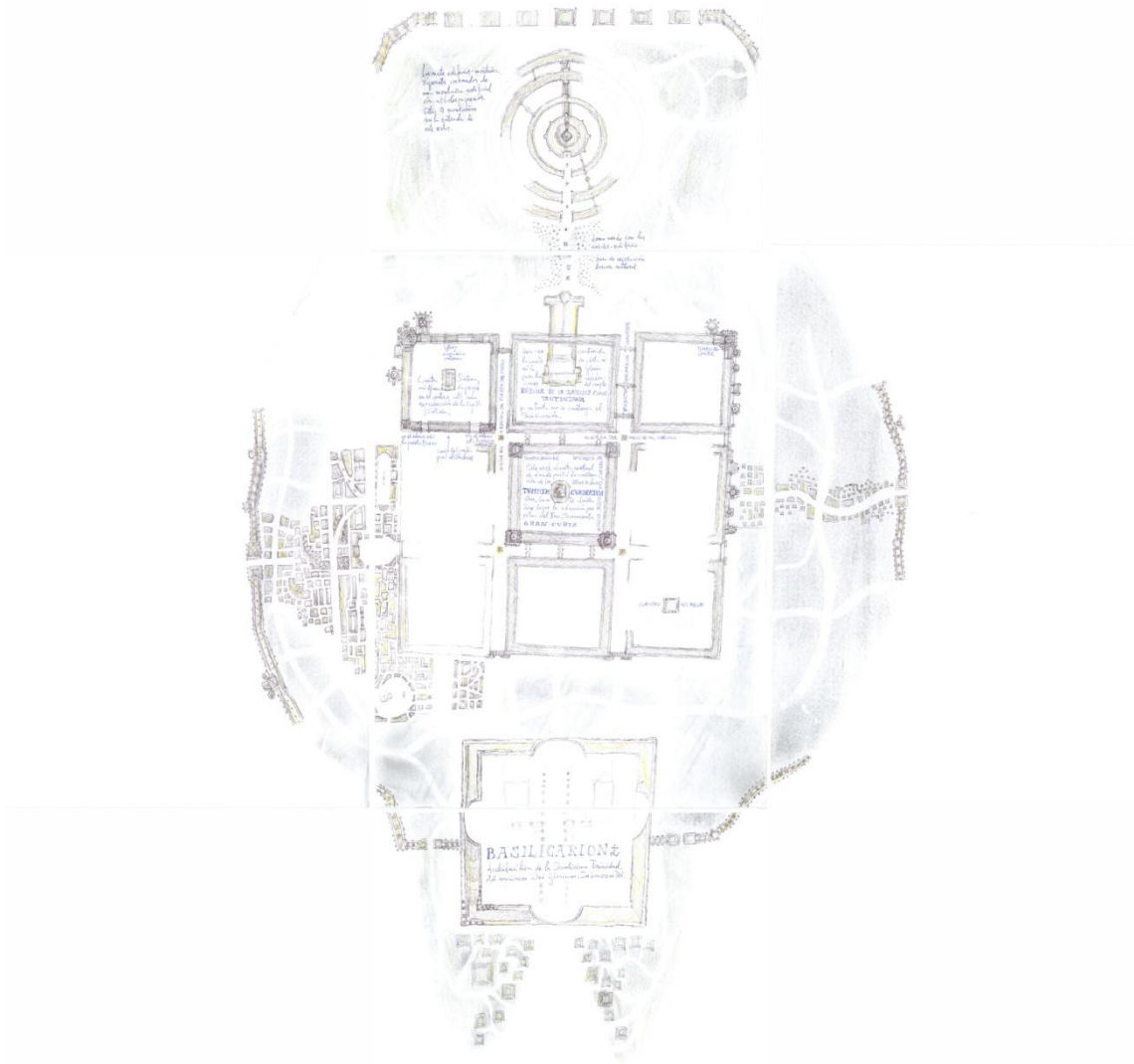
Ambos barrios, el jerosolimitano y el cesariano, se extendieron como un anillo alrededor de la Segunda Muralla. Esta zona fue conocida como el Anillo Externo, pues es el anillo que rodea a los claustros. Cada uno de esos barrios tiene su carácter. El cesariano más elegante, más aristocrático. El jerosolimitano más popular, más lleno de vida.

El Barrio Jerosolimitano cuenta con cuatro cafés, que son bien conocidos por ser los más frecuentados por los agnósticos revolucionarios del lugar, amantes de tertulias y debates entre ellos. Los eclesiásticos que administran el Celio defienden el *statu quo*. Es decir mientras eso se mantenga en unos límites razonables y no cree problemas, no hay por qué molestarles. Quizá esa idea de la transgresión es lo que atrajo a tantos artistas a pasar largas temporadas allí.

Sin duda, la docena larga de condenas anuales por *delitos contra las buenas costumbres* es otro de los alicientes que atrae a algunos espíritus rebeldes a afincarse en ese barrio. Tienen todo el ancho mundo para pecar de muchas y variadas maneras, pero quieren hacerlo justamente aquí. No entraré en detalles inútiles.



La política eclesiástica ha sido inteligente: no permitir que se expanda, pero tampoco perseguir el vicio más allá de lo sensato. Aunque esto, al final, lo que demuestra es que una vez que creas un lugar como éste, las masas quieren ir allí, ya sea por motivos virtuosos o justamente por los contrarios.



La vida social en el Barrio Jerosolimitano ha acabado girando animadamente en torno a los cinco teatros allí existentes, teatros pequeños pero siempre con público. Mientras que en el Barrio Cesariano están los grandes centros de ocio, las tiendas de lujo y los mejores restaurantes.

Las cuatro plazas renacentistas ya existían antes de la creación de los dos barrios. También ellas están situadas en el anillo externo. Las puertas de la Segunda Muralla se abren a esas plazas.

Dado que hay ocho puertas en la Segunda Muralla, parece que debería haber ocho plazas. Pero dos puertas dan a la explanada del sector oriental del Templo, donde está el ábside del Basilicarión. De las seis puertas restantes, dos quedaron reservadas en el plano para las plazas por donde se entraría a estos dos barrios cesariano y jerosolimitano. De forma que sólo quedaron cuatro puertas para cuatro plazas renacentistas.

## **66. La Semana Santa vivida en el Celio**

Resultaba evidente que no era lo mismo vivir la Semana Santa en el Celio que en cualquier otro lugar del mundo. Durante esa semana, el lugar hervía de actividad. Los actos más sobresalientes eran estos:

### **DOMINGO DE RAMOS:**

Por la mañana, a las 10:00 hay una entrada triunfal con más de mil figurantes por las calles que escenifican la entrada de Jesús sobre un asno, rodeado de los Apóstoles. La comitiva atraviesa los barrios jerosolimitanos, recorre los nueve claustros, hasta entrar en el Basilicarión. Los figurantes de Jesús y los Apóstoles entran en la Nave Central y se introducen en la capilla que hay bajo el Baldaquino. Uno de los pasillos subterráneos permite llevarlos fuera. El recorrido de la comitiva es lo suficientemente largo, como para que la misa mayor de ese día en esa nave ya haya acabado.

A las 15:00 hay otra entrada triunfal en el Celio. Pero esta vez la entrada se produce portando al Santísimo Sacramento. Se le recibe también con palmas y ramas de olivo, al comienzo de la plaza que lleva a la fachada principal del Templo, la del lado oeste. Entra en el Basilicarión por el Pórtico Central y recorre el Templo. El recorrido también finaliza en la Nave Central. Ese domingo gira en torno a estas dos grandes entradas, una que busca la veracidad histórica, la otra es más bien litúrgica.

Aunque éstas son las dos grandes procesiones, hay una tercera más pequeña que es la que desemboca en la misa mayor de la

Nave Central por la mañana. Se trata de una procesión breve y litúrgica, integrada por los que van a participar en esa misa.

#### LUNES, MARTES Y MIÉRCOLES SANTO:

En una zona del pasillo perimetral del Templo, hay cinco solios de madera. Son los solios de los maestros. El Protodiácono escoge a cinco maestros que prediquen en distintas lenguas entre el lunes santo y el miércoles santo. Se escoge a los mejores predicadores de todo el mundo, que se desplazan hasta Roma y que se durante esos días se sientan en los nueve solios. Esos solios se colocan esos días en las iglesias en las que vayan a predicar. Esos cinco predicadores representan a Jesús enseñando en el Templo en los cinco días anteriores a su Pasión.

Con el pasar de varias generaciones, el Celio contó con sus cofradías de Semana Santa, sus pasos llevados por los cofrades, y sus nazarenos con sus hábitos y capirotos cónicos. Estas cofradías penitenciales tenían sus reglas para pertenecer, y sus miembros se obligaban a ciertas prácticas todo el año. Su carácter penitente se manifestaba en que parte de ellos iban descalzos en las procesiones o portando cruces sobre sus hombros.

#### JUEVES SANTO:

Dentro del Basilicarión hay cinco capillas que reproducen de forma lo más históricamente exacta, cómo pudo ser la sala donde tuvo lugar la Última Cena. Allí el sacerdote celebra misa sobre una mesa, con las personas en torno a esa mesa sentadas sobre cojines. Aunque todo el entorno y mobiliario sea históricamente exacto, la misa se celebrará con misal y con el sacerdote revestido

con alba y estola. En estas capillas-cenáculo, se puede celebrar todo el año, pero las peticiones aumentan durante la Semana Santa y especialmente el día de jueves santo. Además de la celebración íntima en estas capillas por parte de muy pequeños grupos, está la gran celebración en el altar de la Nave Central.

Tras la Misa de la Cena del Señor, tiene lugar toda la ceremonia de la *Traslatio*, que porta la Eucaristía al Gólgota del Templo.

#### VIERNES SANTO:

Por la mañana, a las 9:00 tiene lugar dentro del Basilicarión, un via crucis litúrgico que recorre el Templo. A las 12:00 por las calles jerosolimitanas comienza, con gran participación de figurantes vestidos de época, otro via crucis hasta llegar a la réplica del Gólgota, y de allí a la Capilla del Sepulcro en el Basilicarión, donde acaba. A las 15:00, en la Nave Central da comienzo el Oficio de la Pasión del Señor. Para llevar la Eucaristía a la Nave Central tiene lugar la segunda parte de la *Traslatio*. Acabado el Oficio de la Pasión, tiene lugar la tercera parte de la *Traslatio*, llevando la Eucaristía al Santo Sepulcro.

#### SÁBADO SANTO:

La gente podrá orar ante la Capilla del Sepulcro desde el día anterior. Por la noche tiene lugar la cuarta y última parte de la *Traslatio*, abriendo los sellos de la Capilla de la Resurrección. La Capilla de la Resurrección, es denominada Capilla del Sepulcro desde el inicio de la Semana Santa hasta ese momento. La Misa Magna en la Nave Central siempre la celebra el Santo Padre. Todas las campanas del Celio resuenan a la vez en el momento

del Gloria, y se despliegan los pendones blancos en la fachada de la Curia y del Templo.

## DOMINGO DE RESURRECCIÓN:

Ya es tradición que el Santo Padre duerma esa noche en el Celio, para así celebrar la Misa Magna por la mañana en la Nave Central. Cada año, las multitudes de peregrinos que acuden a esa misa, hace que tengan que disponerse grandes pantallas en la plaza situada ante el Templo, así como en los claustros.

Hay pantallas incluso en las dos iglesias de las naves laterales, y en los dos sectores de enfrente en esas dos naves. Se podrían celebrar misas en esos lugares, pero todos quieren unirse a la celebración de la Nave Central. Ése es el único día en que la Nave Central, las naves laterales, los claustros y la Plaza de Bernini forman un único lugar de celebración.

Viendo las imágenes con un millón de asistentes, miles de sacerdotes, cientos de obispos, los cardenales y el Papa, da la sensación de que la Iglesia entera se hubiera reunido para celebrar la Resurrección.

## **67. Fases de construcción del Celio**

El Celio se irá levantando por sectores. Si bien, especialmente los últimos sectores se irán construyendo de forma simultánea e indefinida, ya que será difícil acabarlos. Las fases de construcción son las siguientes:

1. Los claustros.
2. El Templo
3. El Anillo Externo: que cuenta con el barrio jerosolomitano, el barrio romano y las ocho plazas renacentistas delante de los ocho arcos de la Segunda Muralla.
4. El sector de los círculos concéntricos: que incluye los edificios de viviendas, la gran torre central, y el Jardín Pontificio.

5. Los edificios-montaña que forman la plaza que hay delante de la fachada principal del Basilicarión.
6. La Tercera Muralla: El edificio-muralla que con sus torreones rodea todo el Celio.

El Celio no deberá convertirse en una gran urbe. La Tercera Muralla marcará el límite definitivo de su expansión. El Celio es un recinto, una isla, no puede convertirse en una megápolis. Si lo hiciera, perdería su carácter de ciudad sagrada. Desde el principio debe quedar claro que el Celio no debe ir más allá de la muralla exterior, la tercera. Incluso es preferible, que queden grandes espacios abiertos, verdes, entre la Segunda y Tercera Muralla. Si se ocuparan todos los espacios libres daría la sensación de congestión.

El Celio es una presencia, un signo, no ha nacido con vocación de sustituir a la sociedad civil. Lo más grande no es más bello por el hecho de ser más grande. Este proyecto, desde el principio, debe partir su andadura con conciencia clara de sus dimensiones máximas.

Los mismos nueve claustros tienen las dimensiones asignadas aquí y no otras más amplias, para no perder su carácter humano. Podrían construirse claustros más grandes y más altos, pero la belleza no aumentaría por ello. Al entrar en un claustro tienen que dar ganas de recorrerlo, no abrumar visualmente con sus distancias. Además, los claustros tienen una expansión horizontal para minimizar los efectos de los atentados terroristas, que antes o después sucederán. Por esa razón, en las torres (bien sean las de las murallas de los claustros o las de los muros del Basilicarión) sólo habrá viviendas. En ninguna torre se radicarán departamentos de la Curia o museos.



## IV Parte

---

### Los pormenores en el seno de los detalles o la delectación de las enumeraciones

Como escribió a mano el noruego Augustus Trondheim en sus glosas marginales a la *Encyclopaedia Neovaticana*, Tomo II, fol.324, sub artículo 2:

IV Parte de la obra, o donde el ocio del pintor de este óleo, le dio por fijarse en tal o cual detalle caprichoso del plano, pidiendo por un lado indulgencia a sus probados lectores, y no dándosele nada el no obtener tal condescendencia. Considerando que los lectores, las más de las veces, o de poco seso o faltos de ingenio o de bajas miras. Y, en no pocas ocasiones, malos e ignorantes.

¿Se puede enumerar un edificio? ¿Una construcción es, de por sí, numerable? ¿Es susceptible la arquitectura de ser deconstruida en elencos? Resulta indudable que el edificio ha ido derivando hacia la creación de las coreografías internas que lo habitan. Resulta indudable que el estilo gótico de su arquitectura, ha ido llenándose de un barroquismo sin freno. Bajo la excusa de la teología, la liturgia ha sido llevada al límite. Que el Señor tenga piedad de unos adoradores tan celosos. ¿Babel resucita como catedral? ¿Hemos logrado la virtud, o nos hemos perdido en sus criptas? ¿Partimos de la Roma de Pablo IV y hemos arribado a un *Mare Leviticus*? ¿Tengo dudas? La respuesta es no. Pero me gusta jugar con las dudas del prójimo.

No sé, realmente no sé. El mismo escrito ha evolucionado de forma que, al final, acaba como una mera sucesión de anotaciones breves sin someterse al aparente orden que les conferiría ser colocadas supuestamente en su lugar. La obra nace bajo una apariencia geométrica, pero acaba como una enumeración de ideas, como un plano de cámaras contiguas. Así el edificio

literario, sin caer en el surrealismo, cae en lo selvático, en el placer de una enumeración borguesiana.



Anotaciones, el libro surgió de la nada como un conjunto de anotaciones. Mil veces me pregunté si no podía condensar todo en un resumen razonable. Pero no. Quería escribir un libro irrazonable. Quería caer en el exceso. Deseaba un libro que rompiera todas las amarras. ¿Por qué no escribir un libro contra todos los cánones? Una obra con erratas, una obra con defectos de estilo, una obra que a trechos se notase que no había sido revisada ni una sola vez. Sí, ése era el libro que deseaba. Durante veinte años, como escritor, busqué la perfección, excavé en busca del libro perfecto. Ahora, por fin, con todo mi corazón, me consagré a la orgía literaria, a un libro sin remordimientos. He creado, por fin, un libro desbordante hasta la náusea.



Yo mismo me convertí en fiscal, en fiscal de mí mismo. A lo largo de la escritura de esta obra, me acusé, una y otra vez, no tanto de haber caído en un exceso arquitectónico, cuanto de haber incurrido, tal vez, en una desmesura eclesiológica. Dicho de otro modo, muchas veces me pregunté si el Celio que había pensado en mi mente era un bien para la Iglesia, o un terrible peso para ella. Si Cristo entrase en este Neovaticano descrito, ¿se sentiría a gusto, o frunciría el ceño? ¿Qué hubieran pensado de esta masa constructiva un San Francisco, una Madre Teresa de Calcuta?

Lo cierto es que, a medida que avanzaba la redacción de este ensayo, me daba cuenta de que una Curia así, requeriría de un complejo alrededor a la medida de esa Curia. Y que un complejo así, requeriría de un templo a la medida de ese complejo. Y que

un templo así, requeriría de ritos a la medida de la magnificencia de ese templo, que ya no sería un templo, sino el Templo.

De ahí que la arquitectura se transformó en eclesiología. El Celio se transformó no en algo que ya hay, sólo que más grande, sino que lo descrito constituye un verdadero elemento nuevo en la Historia de la Iglesia. Esa creación arquitectónica comportaba una creación teológica consiguiente. *No se pone el vino nuevo en odres viejos.* El Templo debería contar con una liturgia a la medida del odre.



No habrá tráfico rodado ni en los claustros, ni en las calles comerciales, ni en las terrazas, un sistema de transporte subterráneo se encargará de dejar libres los niveles superiores. Todo el complejo, desde el principio, desde antes de colocar los cimientos del Claustro Central, se delinearán contando con este nivel -1. Parece lo más razonable crear un sistema mixto de tranvías eléctricos y de tráfico rodado, limitando este último todo lo posible.

Los turistas tendrán que aparcar sus automóviles y autobuses en los aparcamientos exteriores. Dado el peligro que suponen los atentados, sólo se podrá usar el transporte público o alquilar un vehículo eléctrico para transitar por este nivel subterráneo. Muy pocas personas que tengan su residencia en el complejo, podrán acceder con su propio vehículo. Hay unas pocas zonas para aparcar, como los edificios de la Gehenna.



No se podrá evitar de forma absoluta que haya atentados. Pero es preferible tener que reconstruir, que por miedo al atentado no hacer algo. Es cierto que el lugar, de por sí, atraerá las miradas de los terroristas. Pero Dios también protegerá el lugar, que será un lugar santo. Si el Celio debe pagar su cuota de martirio, de sangre y sufrimiento, lo hará. Podrá ser arañado por las garras del mal docenas de veces, y docenas de veces habrá que restañar esas heridas. Podrá ser derribado y tornará a ser reedificado. El terrorismo no debe impedirnos ofrecer este regalo arquitectónico a la Santísima Trinidad. El Mal es destructor de por sí. Pero el Bien, el deseo de adorar, el celo por la Casa de Dios, reedifican una y otra vez, las veces que haga falta.



Desde que se colocara la primera piedra del primer claustro, el complejo se diseñó sabiendo que por tendría que fluir un río de gente, un continuo e inacabable río de turistas que debería ser encauzado. El diseño y dimensiones Neovaticano permite peregrinaciones masivas que rodeen la construcción por fuera, que recorran sus terrazas, sus claustros, que descendan bajo tierra, que deambulen por un templo inmenso. Todo lo cual permite la dispersión de los millones de visitantes anuales por una superficie extensa. Y una superficie que, de por sí, encauza de un modo natural a los peregrinos y visitantes en una serie de caminos. El lugar, de por sí, está pensado para canalizar esos ríos humanos.

El Celio ofrecerá espacio para celebraciones eucarísticas masivas más allá de lo posible en cualquier otro lugar. Las pantallas gigantes permiten estar unidos a una celebración del Celio,

aunque ésta tenga lugar fuera del alcance de la vista. Pero, de hecho, ni siquiera en la Nave Central para muchos es posible ver otra cosa que el Baldaquino. Pero, gracias a la transmisión en las pantallas, todos tienen la sensación de estar en el lugar de la celebración. Como si estuvieran en otra sala de una gran casa. Y así pocas veces, pero sí algunas, han tenido lugar celebraciones que llenan la Nave Central, las naves laterales, los claustros y la Plaza de Bernini. Así ha tenido lugar en un jubileo, en el funeral de dos queridísimos Papas santos, y en la apertura de un concilio ecuménico.

Cuando sólo existía el Claustro Central, las misas multitudinarias tenían lugar en ese claustro, a cielo abierto. Después, el número de fieles aumentó, también los claustros. Y el Claustro Central se usó como si fuera un gran presbiterio para el clero, acomodando al pueblo fiel en el resto de claustros. Durante esas macroliturgias, los nueve claustros aparecían como naves de una iglesia sin techo. Aquello parecía la Catedral de la Humanidad. Después se erigió el Basilicarión, y ya no hubo problemas para acomodar audiencias por encima de un millón de personas. Lo que antes era denominado la Catedral de la Humanidad, ahora meramente parecía los atrios de la Montaña Sagrada.



En uno de los claustros habilitará una zona diplomática. Una zona donde pueden trabajar y vivir las familias de los embajadores y otros miembros de las legaciones. Los grandes países cuentan ya con edificios históricos amplios y de gran valor, que por supuesto no abandonarán. Pero la mayoría de los embajadores ante la Santa Sede representan a pequeños países, cuyos ministerios de asuntos exteriores estarán encantados de enviar a sus embajadores a estas

legaciones estándar, económicas y diseñadas, desde el principio, para prestar su servicio como legación diplomática. Los embajadores preferirán vivir en la ciudad de Roma, por razones personales. Pero los ministros de asuntos exteriores aceptarán la idea de un modelo unificado que ahorre dinero. Tener las embajadas reunidas, permite compartir muchos servicios.

El Celio dispone de colegios religiosos para los hijos de los embajadores y los trabajadores de las embajadas. Las legaciones no ocupadas serían alquiladas a familias o empresas. Razón por la cual, esa zona diplomática se construiría de una sola vez. Por supuesto, algunos países alquilarán el espacio de dos o tres legaciones para tener espacios más amplios.

Si los precios son atractivos, también algunas cadenas de televisión extranjeras establecerán en el Celio la sede de su canal en Roma. Tener buena parte de las legaciones en un mismo lugar, así como los medios de comunicación en las mejores condiciones de cercanía y comodidad redundará en beneficio de todos.



Cuando la Curia ocupe todo el espacio del Gran Scriptorium, será el momento en que habrá que construir la Turris Ferrea. Esta construcción será donde radique la Congregación para la Doctrina de la Fe. Tendrá un cierto aire de torre fortificada, pero no muy alta, tendrá un aspecto muy geométrico, perfectamente geométrico. Como si la exactitud de su geometría quisiera expresar la precisión de las fórmulas de la fe. Tendrá un aspecto sólido, de torre, sí, pero también un aire de arca que preserva. Estará cubierta enteramente de mármol blanco.

Las localizaciones para la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe pueden ser varias. Un lugar muy adecuado hubiera sido el centro de un claustro colindante al Claustro de la Curia. Pero como esa congregación estuvo situada en el Gran Scriptorium, hasta que éste se llenó, para cuando hubo que pensar en una nueva sede, los claustros ya estaban acabados.

Así que la Turris Ferrea se localizó adyacente al Basilicarión. Se sopesó la posibilidad de que tuviera forma de ábside, rodeando al ábside primitivo. Pero eso hubiera quitado la bellísima luz que entra por los ventanales del Este al amanecer. Así que la Congregación fue diseñada como la nueva fachada norte. El nuevo edificio respiraba fortaleza y solidez, y servía de pedestal a la torre, donde estarían las oficinas más importantes de esa congregación.

La torre aparecía como apretada (o protegida) por cuatro cinturones metálicos del tono del hierro. Esos cuatro cinturones representaban la Sagrada Escritura, la Tradición, los Santos Padres y la Teología. De cada uno de ellos parecían colgar en torno cuatro grandes argollas. Simbolizaba que todos los fieles podían sujetarse a la seguridad de ese pilar.



El gobierno y administración de todo el Celio se halla en las manos de un cardenal que ostenta el título de Gobernador del Celio. El Papa tiene tres vicarios generales: el de la ciudad de Roma, el del Vaticano y el de la Gran Curia. El Vicario General de la Gran Curia es la máxima autoridad sólo y exclusivamente en el Claustro Central. Para el resto del Celio la máxima autoridad es

la del Gobernador, que cuenta con un Consejo integrado por clérigos y laicos.

El Gobernador tiene su residencia en el claustro donde se halla el Cuartel de la Guardia Romana. Mora allí para su mayor seguridad en el día a día, y por si en algún tipo de emergencia tuviera que ponerse al frente de las fuerzas de seguridad. Pues el Celio es un enclave religioso, pero también una ciudad. Y una ciudad notablemente expuesta a ataques terroristas y a manifestaciones de protesta. Por eso, por la posibilidad de contingencias graves el principio de autoridad tiene que estar claro y unificado. Por debajo del Papa, el gobernador es la autoridad indiscutible y única dentro del perímetro de la Tercera Muralla. Y en su ausencia, la cadena de mando siempre está perfectamente definida y unificada en una sola persona.

Precisamente, por estas razones, el Gobernador del Celio es uno de los pocos cargos del Vaticano, que no cesa a la muerte del Romano Pontífice. Sea dicho de paso, tampoco cesan el Vicario General de la Diócesis de Roma, ni el Vicario General del Estado Vaticano. Una poderosa razón para que el Gobernador no cese en su cargo, es que será éste el que tendrá que organizar el funeral pontificio con todos los ritos de los novendiales. Eso supone coordinar los medios para acoger una gran masa de peregrinos.

Pero cuando el Cardenal-Gobernador ingresa en el cónclave, el gobierno del Celio recae sobre el arzobispo-vicegobernador. Pues el Cardenal-Gobernador cesa de poder comunicarse con el exterior. Dentro del cónclave, aunque el Claustro Cardenalicio se halla en el Celio, el Gobernador es un cardenal más, careciendo de toda función en razón de su cargo. Y, por supuesto, siempre enteramente sometido a las competencias del Camarlengo.



Incluso en caso de disturbios o, incluso, de una catástrofe, el Cardenal-Gobernador no debe abandonar la clausura del cónclave. Únicamente con permiso de la Congregación General de Cardenales puede salir de ese recinto cerrado o comunicarse con alguien fuera de ella.

En tiempo de Sede Vacante, la Guardia Suiza en el Vaticano debe obediencia al Colegio Cardenalicio. Lo mismo sucede con la Guardia Romana. Pero mientras no conste de forma clara e indudable otra cosa, los soldados deben obediencia al Arzobispo-Vicegobernador en tanto en cuanto el Cardenal-Gobernador esté recluido en el Cónclave.

Todas estas puntualizaciones pueden parecer excesivas. Pero el Celio es un enclave extraterritorial y, sin embargo, a veces, puede tener que responder de la seguridad de un millón de personas o más. De forma que uno de los principios que más claros debe tener la Guardia Romana, es a quién deben obediencia. Porque la efectividad a la hora de coordinar algo con urgencia, depende de saber quien está al mando.



Fuera del periodo de Sede Vacante, el Gobernador tiene sus dependencias en una torre de aspecto medieval en el Claustro del Cuartel de la Guardia Romana. Se ha evitado con el máximo cuidado, que el cargo ejercido ofrezca excusa para que el Gobernador viva de un modo lujoso. Las habitaciones de la Torre del Gobernador son, por sus dimensiones y mobiliario, cómo las de cualquier casa particular. Si el Gobernador tiene que ofrecer alguna comida de gala, lo hace en los salones de la Curia, habilitados para ese fin; sirviéndose de sus cocinas para ello.

El sueldo del Gobernador se rige por las normas vaticanas, que prohíben que la diferencia del sueldo dentro de la Curia sean más del doble respecto al trabajador de cualquier escalafón. Lo que gana un cardenal, incluido el Gobernador del Celio, no puede ser superior al doble de lo que gana el conserje que está en la portería.

Ser Cardenal-Gobernador del Celio no es como ser obispo de una diócesis, pues el Celio no es una diócesis. Técnicamente, el territorio del Celio comenzó como una extensión de la Curia Romana. De ahí que el Papa nombrara a un vicario general para ese cargo. Pero con el tiempo, pasó a ser un enclave bajo la administración del Colegio Cardenalicio. Esto se debió a que el complejo pasó a ser expresión simbólica de la Iglesia entera, y no sólo de la Curia. Fue entonces cuando pareció mejor a todos, que la administración pasara a manos de los cardenales.

Lo cual tenía un gran sentido histórico, pues los purpurados durante muchos siglos habían sido los administradores de muchos de los bienes materiales en torno a Roma. De nuevo, el Colegio Cardenalicio tornaba a ser administrador de cuantiosos bienes que no procedían de limosnas. El Colegio delegaba en manos de un consejo de nueve cardenales la toma de las decisiones más importantes. Para el gobierno ordinario del Celio, el Colegio nombraba al Cardenal-Gobernador.

Como se ve, la autoridad máxima del Celio, el Gobernador, tiene dentro del enclave a un Vicario General de la Curia, que es independiente. Al mismo tiempo, la máxima autoridad del Templo son los Cardenales Apostólicos, que también son independientes. Como también lo es el Protodiácono del Templo,

que sólo rinde cuentas a los doce Cardenales Apostólicos las dos o tres veces que se reúnen al año desde distintos lugares del mundo.

Sabiamente, los cardenales desearon que la Curia, el Templo y el resto del Celio tuvieran autoridades diversas que representaran las características eclesiológicas diversas de cada uno de esos lugares. Aunque para evitar dilaciones, equívocos y dudas, en todas las emergencias, sean de la clase que sean –policiales, terroristas, de contención de manifestantes, etc, la autoridad del Gobernador incluye tanto el Templo como el Claustro Central. Para todo lo que tiene que ver con las emergencias, la seguridad y el orden, la autoridad única y máxima es la del Gobernador.



De forma que hoy día se puede decir que en Roma está el Pueblo del que es pastor propio el Santo Padre como obispo de Roma, en el Vaticano tiene su residencia, y en el Celio está enclavada la Curia. Como se ve son tres realidades distintas en tres sitios diversos. En el Celio llegarán a tener su residencia estable cien mil personas, sin contar en ese número la población flotante.

Con cien mil residentes y tanta gente de paso, algunos pocos han propuesto de que allí se creara la diócesis del Celio. Pero, hoy por hoy, se considera que con un cardenal vicario general no sólo no se hace necesaria tal medida, sino que, incluso, es mejor que sea un territorio no perteneciente a ninguna diócesis. De forma que el Celio sigue siendo un vicariato pontificio.

El Papa es Obispo de la diócesis de Roma, Monarca del Estado Vaticano y Príncipe del Celio. *Princeps*, significa el “primero,

cabeza, líder”. Se escogió el título de príncipe porque el Celio no es un estado soberano. Y no se vio conveniente añadir un título religioso a los que ya usaba el Papa, pues al fin y al cabo el Celio no era otra cosa que el lugar donde está enclavada la Curia; luego a nivel eclesial no le añadía nada a los títulos que ya ostentaba. Pero a nivel civil sí, de ahí que se escogiera ese título genérico de *princeps*.

El título de Príncipe del Celio, tomado en su sentido latino, no molestó a las autoridades civiles italianas. Tal título en nada menoscababa los derechos del Estado, pues es meramente honorífico. Otros ciudadanos italianos ostentan el título de condes o marqueses, ¿porqué no otorgarle el título de príncipe al Santo Padre? El Parlamento Italiano no tuvo ningún problema en ello. Y menos cuando el título no iba acompañado de ningún otro privilegio que el del uso de tal nombre.

Al principio, el Celio iba a ser denominado bajo el genérico concepto de *enclave*, y no de principado. Pero se convenció hábilmente a los líderes de los partidos de izquierda, que la creación de ese principado beneficiaba a todos los italianos. Y su no creación en nada les beneficiaba. Por otra parte, era un principado dentro de la república italiana, no un territorio independiente. Al final, prevaleció el pragmatismo entre los políticos. Incluso los comunistas dijeron a la prensa: no son privilegios, sino que de algún modo el Vaticano tiene que pagar todo eso. Un famoso comunista dijo: no creemos en su fe, pero no nos oponemos a la creación de la belleza. Así que el marco jurídico que se concedió al Celio, se consideró como la condición necesaria, para ese enclave pudiera desarrollarse.



En un recóndito lugar del Basilicarión, hay una capilla de estilo gótico, con un trono medieval y una mesa de terciopelo rojo a cada lado de ese trono, unos escalones más abajo. Se trata de una capilla muy especial: la Capilla de las Coronaciones. Allí, sobre esa mesa, se muestran seis objetos de reluciente oro. En la mesa de la derecha: una corona, un orbe con una cruz sobre ella, un cetro. La corona es simple, como las antiguas que usaban los visigodos. Ésta en concreto cuenta con veinte gemas verdes, símbolo de la esperanza. En la mesa de la izquierda: una espada, una ampolla donde se contiene el sagrado crisma y el Ritual de Coronaciones. Aunque aparece cerrado, sus amplios folios están cubiertos de iluminaciones, letras capitales, y fórmulas latinas.

En esa capilla, los jefes de estado que lo soliciten, pueden recibir la bendición de la Iglesia para ejercer su mandato. La ceremonia es completamente privada y a puerta cerrada. Sólo tiene por objeto pedir a Dios ayuda para el ejercicio del poder recibido de manos del Pueblo. Petición que se realiza, administrando un sacramental a través de ese ritual. Como la ceremonia no se realiza públicamente, no se sabe cuántos lo han recibido hasta ahora. Pero el Vaticano, de forma oficial, ha asegurado que ha administrado ese sacramental ya en varias ocasiones. Normalmente, a petición del jefe de estado, suelen asistir, normalmente, entre diez y veinte personas, que suelen ser familiares y amigos.

Los atributos del poder real, allí presentes, constituyen un símbolo. Aparecen visibles en la ceremonia justo delante del mandatario, pero no necesariamente se le entregan. Es el mandatario, en previo diálogo con el ceremoniero, el que decide si desea que (mientras se dicen las fórmulas latinas) se le haga entrega ritual de alguno de esos objetos.

El ritual no constituye otra cosa que una ceremonia de bendición, de petición de ayuda divina para ejercer el cargo civil supremo de poder sobre una nación. El ritual de bendición es el mismo para todos, pero hay que insistir en que la parte de la entrega de los símbolos es vista como inadecuada por parte de algunos gobernantes y, por tanto, se omite. Algunos jefes de estado sólo reciben las bendiciones, la unción y el orbe de manos de un diácono, mientras el cardenal que preside la ceremonia recita la fórmula correspondiente. Todo este ceremonial en una iglesia vacía, con tres cardenales presentes y sólo unas veinte personas asistiendo resulta muy bella.

Para que nadie sepa quien recibe este sacramental, no sólo se cierran las puertas de la capilla, sino que incluso el lugar por el que entra el mandatario es un pasillo que recorre el muro de la capilla por su interior. Así nadie lo puede ver quien entra.

La ceremonia la realizan tres cardenales apostólicos, acompañados de distintos clérigos. Hay ceremonias de bendición más sencillas y otras más fastuosas, con más asistencia de gente o con menos, con más entrega de instrumentos o más sobrias, dependiendo de lo que se haya concertado con el interesado. Algunos mandatarios como los Príncipes de Mónaco o de Lichtenstein, así como algunos mandatarios africanos, han solicitado que la ceremonia sea pública, y si les ha parecido adecuado a la Secretaría de Estado Vaticana, la ceremonia ha tenido un carácter público.

Esta ceremonia se hizo para tratar de hacer comprender, tanto a los gobernantes como a los creyentes, el carácter cristiano que debe tener el ejercicio del poder. La ceremonia, de por sí, constituye una catequesis, además de que, sin duda, se reciben gracias espirituales. La ceremonia es un sacramental y aquél que

la recibe con un mínimo de buenas disposiciones, se le conferirán gracias espirituales para ejercer bien su función.

Curiosamente, se ha dado la situación de que ha habido jefes de estado no cristianos que han pedido que se les haga esta ceremonia. Algunos de ellos lo solicitan con una mentalidad un poco supersticiosa, con la idea de que así tendrán más fortuna. Pero en todos, cristianos o no, existe la idea de que el ritual supone una forma de pedir ayuda de lo alto. Y por eso la Iglesia ha respondido afirmativamente a esas peticiones.

Algunos gobernantes han pedido esta ceremonia justo al final de su mandato, después de un pésimo ejercicio del poder, como una forma de lavar su imagen. En esos casos, se ha accedido, pero a condición de que la ceremonia fuera completamente privada. El ritual se concede que sea público sólo si es al comienzo del mandato. Pero si es al final se valora en cada caso si eso es conveniente o no.

Se les pide a los que van a someterse a esta ceremonia, que reciban un día de charlas (acerca de cómo ser un buen gobernante), seguido de un medio día de retiro espiritual en el Celio. Aunque estas condiciones no se les imponen, casi todos aceptan.

Este ritual supone, además de un sacramental, una catequesis tan positiva, que la Iglesia viendo sus buenos frutos, instituyó varios rituales más para los ministros de una nación, así como para aquellos que ejercen el poder civil en rangos inferiores. Los rituales para estos cargos son mucho más simplificados. No reciben ningún instrumento, pero sí que se les bendice, se rezan las letanías de los santos, se les da a besar la cruz, etc. Dado que estos rituales los reciben ministros, gobernadores y alcaldes, el número de personas que pasan por esta ceremonia comenzó

siendo de unos quince al año el primer decenio que se instituyó este sacramental.

Pero, poco a poco, se ha ido haciendo más conocida esta ceremonia y, actualmente, muchas personas con algún tipo de autoridad civil, si visitan el Celio, aunque sea por cualquier motivo turístico, es frecuente que pidan esas bendiciones. Las cuales se celebran comunitariamente, normalmente el primer sábado de cada mes.

Estas bendiciones menores tienen lugar una vez a la semana, y las realizan, usualmente, tres obispos en esa misma capilla, con las cuatro o cinco autoridades sentadas en lugares de honor. El ritual, aunque más simple, está cargado de pompa.

El éxito de estos rituales de bendición de gobernantes ha sido tal, que en un afán de cristianizar todas las realidades sociales, se añadieron rituales de bendición de militares. Dentro de estos formularios para la bendición de militares, el ritual de bendición de generales, como es lógico, se hizo más solemne e incluyendo la entrega de la espada de oro. El último ritual en ser admitido, fue el de la bendición de los jueces. En esta ceremonia, el obispo les pone en sus manos un bellissimo evangelario que ellos besan, simbolizando con ello la veneración a la Ley de Cristo.

Como se ve esta Capilla de las Coronaciones tiene bastantes actividades. Lo cual ha hecho que se haya ido ornamentando progresivamente, y que haya sufrido grandes ampliaciones. Lo que comenzó siendo una capilla, ahora mismo es una amplia iglesia.

A todos los que reciben este sacramental, se les explica antes en una charla el sentido de todos los ritos. También se les dice que



durante la ceremonia se dejen llevar por el ceremoniero, que les indicara en cada momento lo que tienen que hacer.



El cardenal apostólico (o su sustituto), cada día, al llegar al lugar donde va a hacer su media hora de oración, toma incienso de una naveta de marfil, pone incienso en un incensario de plata, e inciensa el altar rodeándolo. Esto lo hace revestido con su cogulla roja y su galero con el que se ha dirigido a la iglesia donde va a orar. Después, el que le ayuda, recibe el incensario y lo deja en el centro, a los pies del altar, donde el incensario queda hasta que se consume todo el incienso. Tras esto, el cardenal hace una breve oración latina y se dirige a la sede con reclinatorio donde hará su tiempo de oración.

Los doce cardenales tienen que ofrecer el incienso de la oración cada día en el Basilicarión. A la hora que deseen y en la capilla de su elección, pero es una obligación que conlleva el cargo. Son los párrocos del lugar y tienen una función cultural. Así como un número instituido de actos culturales, tales como asistencias al Coro Áureo, asistencia a misas, y similares.

Cada cardenal apostólico al dirigirse a hacer su oración personal en el Basilicarión, va acompañado por dos miembros del servicio de protocolo. No le acompañan procesionalmente, simplemente van junto a él para que no haga el trayecto solo. Los dos miembros del servicio de protocolo visten de negro, con gorgueras blancas y medias negras. Llevan el traje y los collares que llevaban los antiguos *gentiluomini* de la corte papal hasta la época de Juan XXIII. El cardenal y los dos *gentiluomini* que le flanquean, van seguidos por dos soldados de la Guardia Romana

con sus alabardas. A todos estos suelen unirse además el sacerdote que tiene la función de secretario personal de cardenal y otro sacerdote (normalmente jubilado) que tiene el encargo de acompañarle desde su residencia hasta el lugar de la oración. En total son seis las personas que forman la comitiva que acompaña a cada uno de los doce cardenales en sus desplazamientos para que el cardenal haga su tiempo de oración en el Templo. Doce comitivas que recorren ese espacio sacro a diferentes horas, para satisfacción de turistas y peregrinos.

Las personas del servicio de protocolo que acompañan a los cardenales, suelen ser laicos jubilados que viven en el Principado y que prestan este servicio para mayor esplendor de la Casa de Dios. Es función de estos *gentiluomini* recibir a las autoridades civiles y encargarse de la organización de parte de los actos no litúrgicos. Cuando algún año faltan laicos jubilados que puedan cubrir las vacantes, se suplen con miembros de la Guardia Romana.



Al instituirse la figura de los cardenales apostólicos sustitutos, se consideró si no convendría permitir que se pudiera delegar también esta función en un obispo como excepción. Es decir, si en caso de necesidad un obispo podría hacer la función de un cardenal apostólico sustituto. Pero se decidió que no, pues se consideró que ésta era una función cardenalicia.

Entre los doce cardenales apostólicos sustitutos, no hay un cardenal sustituto del Romano Pontífice porque él mismo ya realiza las funciones como Obispo de Roma que tiene que realizar, sin estar obligado a más que las que desempeña.



Cuando el Santo Padre celebra en la Nave Central, se tiene en cuenta el modo de evacuarlo con rapidez por vías subterráneas, en caso de que se produzca un ataque contra él. La Nave Central cuenta con siete puertas de escape que descienden hacia el nivel subterráneo: tres en la misma nave, y cuatro en sus cuatro salidas. Las puertas de evacuación dentro de la Nave están situadas en el Baldaquino, en el Trono de la Palabra y en el Asiento de la Santa Sede.



Cuando el Santo Padre avanza en la procesión de entrada por la Nave Central, va rodeado de miembros de la Guardia Romana que portan pesadas corazas, muy artísticas pero que sirven de efectiva protección contra las balas.

Más cerca del Santo Padre hay un segundo anillo de soldados que portan horizontalmente grandes escudos renacentistas con figuras doradas labradas en su superficie. En caso de alarma, los que portan los escudos los colocan en posición vertical y cierran filas. Pegados unos juntos a los otros, forman un parapeto.

Ante una señal de alarma dada por el comandante a través de los pinganillos de las orejas, la silla gestatoria es descendida inmediatamente al suelo, mientras la fila de soldados que portan los escudos, los levantan por encima de sus cabezas. El resultado es que la figura del Santo Padre deja de estar visible con solo dar una orden por parte del comandante.



Una vez que se fue levantando el Principado y que, como una impresionante maquinaria se puso en marcha gradualmente, fue inevitable preguntarse qué hubiera sucedido si la Iglesia hubiera conservado los Estados Pontificios. No es función del clero el sustituir a la sociedad civil. ¿Pero no hubiera sido magnífico que la Iglesia, hubiese podido mostrar un pequeño estado modélico regido por el Evangelio?

Si la Iglesia hubiera conservado al menos la soberanía sobre Roma, no hubiera sido eso poca cosa. Pensemos que Hong Kong fue completamente viable como ciudad independiente. Andorra o San Marino son otros ejemplos de lo interesante que hubiera podido ser un estado pontificio reducido a unas dimensiones casi simbólicas.



Los nueve claustros, en cierto modo, serían una especie de Palacio de Potala en Lasa, el antiguo palacio del Dalai Lama en el Tibet. Sólo que sería ese complejo elevado a la décima potencia. El Basilicarión significaría recuperar el espíritu de los constructores medievales de las catedrales góticas. Ellos, en su época, intentaron ofrecer a Dios no algo grande, sino lo mejor. Llevaron sus posibilidades al límite, porque Dios sencillamente se merece lo óptimo. Los hombres del medievo podían haberse contentado con menos. Seguro que cuando elevaron la catedral de Chartres o de Colonia, alguien insistió en que era una locura. Y tenían razón, era una locura de amor. El agradecimiento a Dios lleva a hacer locuras.

Los Nueve Claustros y el Basilicarión, el Potala y las catedrales góticas, la Basílica Vaticana, Cluny, Athos. Ha llegado el momento de hacer no un plan a largo plazo, sino un plan al más largo plazo. Pero recordando que incluso el Celio no es lo

suficientemente grande y digno para Dios. Simplemente, es el mejor escabel que le podemos ofrecer. Pero incluso este trono, este altar, esta tienda, no son dignos del Señor.



La Guardia Romana no sólo cumple la función de proteger materialmente el Principado, sino que también es un escudo orante. Todos los días ellos oran de forma expresa para que Dios, la Virgen María, los ángeles y los santos protejan el complejo contra el terrorismo. Esas oraciones colectivas forman parte del trabajo de la Guardia Romana.



En el Basilicarión está representada toda la Tierra Santa a base de pequeñas capillas con trípticos neogóticos referentes a Belén, a Betania, al Jordán, a Jericó, Galilea, etc, etc. Cualquiera puede peregrinar espiritualmente por los lugares mencionados en los Evangelios haciendo recorridos en el Basilicarión. Es cierto que materialmente el Templo no es Palestina. Pero el viaje espiritual sí que puede realizarse entre sus muros.



El Celio irá complementándose con pequeños elementos de los cinco continentes. Pero en el proyecto inicial la estética fue esencialmente eurocéntrica porque el Celio comenzó como la sede de la Curia Romana. Los discretos detalles extraeuropeos (inscripciones, capiteles y similares) no romperán la estética de conjunto. Pues el Celio no es una superposición de edificaciones, sino que debe formar una clara unidad.



Cuando durante un cónclave en la Capilla Sixtina, alguien alcanza la mitad de votos más uno, el Cardenal Protodiácono se acerca al lugar donde se sienta el recién elegido, para preguntarle si acepta ser obispo de Roma. Después, le pregunta con qué nombre desea ser conocido, y tras eso le entrega unas preciosas llaves labradas. Acto seguido, el nuevo Papa se dirige a cambiarse de ropa, y vestido de blanco recibe el acatamiento del colegio cardenalicio.

Al día siguiente, recibe el palio. Un palio largo como el de los antiguos mosaicos. Lo recibe en la Basílica de San Pedro, en una misa parecida a aquellas en las que se entregan los palios a los arzobispos.

En esa ceremonia de la entrega del palio, sólo están presentes los obispos que se hallen en Roma. La ceremonia no es retransmitida por los medios de comunicación, porque la ceremonia pública es la que tiene lugar, al tercer día, en la Nave Central del Celio, allí es coronado.

Son tres ceremonias. Primero la ceremonia en la que recibe las llaves estando presente únicamente los cardenales en la Capilla Sixtina, capilla que puede ser la del Vaticano, como la del Celio. Después, en segundo lugar, la ceremonia en la que recibe el palio en la basílica vaticana estando presentes sólo los obispos. Y, en tercer lugar, la ceremonia en que es coronado en el Basilicarión, y en la que están presentes el clero, el pueblo fiel y todo el mundo. Tres lugares para tres ceremonias de carácter muy distinto. Al final de cada una de las tres ceremonias, sale al balcón a saludar a la gente allí congregada. Desde la elección, se tarda cuatro días en tener la coronación, para dar tiempo a que vengan a Roma los jefes de estado, los obispos y el pueblo fiel que deseen asistir. El Celio tiene capacidad para alojar y alimentar a varios cientos de miles de personas dentro de sus muros. Y muchos más en tiendas de campaña alrededor de las murallas.

Se puede pensar que una triple ceremonia para el inicio de cada pontificado, y en especial la ceremonia de coronación papal, sea algo un poco excesivo. Pero el Templo requiere de ceremonias. Sin las ceremonias, el Templo sería un marco arquitectónico mudo e inmóvil. Las ceremonias son la vida del Templo. Las ceremonias litúrgicas y no litúrgicas que se desarrollan en el Basilicarión, son un modo de dar gloria a Dios. Ceremonias no litúrgicas son los desplazamientos de los cardenales apostólicos cada día dentro del Templo, la clausura de las puertas del Basilicarión, y otras. Ceremonias litúrgicas especiales de este lugar son la coronación del Papa, la bendición de jefes de estado, los rituales de excomunión, etc.

No importa si se trata de la entrega del galero a los cardenales o la coronación de un Papa, lo importante es entender que todos estos ritos, toda esta pompa y boato, suponen un modo indirecto de magnificar un espacio que es el lugar sacro por excelencia del mundo.

La coronación papal tiene lugar en el Celio, porque la Basílica de San Pedro del Vaticano no es tan adecuada como esta otra iglesia para una ceremonia mundial. Hay que ser conscientes de que, desde que existe el Templo, en una coronación papal suele haber presentes no menos de dos mil obispos y diez mil sacerdotes.

No todos los jefes de estado que asistan a un entierro o una coronación papal, lo harán por devoción, muchos lo harán por ser éstas dos las más importantes reuniones de jefes de estado fuera de la agenda de las cumbres organizadas entre ellos. Algunos que quieran encontrarse con algún mandatario de un modo informal, aprovecharán ambos eventos para viajar a Roma.

Los Nueve Claustros dispondrán de una zona convenientemente habilitada para que los mandatarios y sus delegaciones diplomáticas puedan reunirse en cócteles organizados por

Secretaría de Estado. Ese lugar de encuentro dispondrá de salas contiguas, donde cómodamente puedan reunirse a hablar privadamente los que lo deseen. Las coronaciones papales, con el tiempo, se convertirán en un acontecimiento mundial, al que asistirán los príncipes de los pueblos, por devoción o por intereses prácticos. Constituyendo una ocasión óptima para encontrarse informalmente con muchos jefes de estado, sus vicepresidentes o, al menos, sus ministros de exteriores. La zona diplomática del Celio, sin duda, está llamada a ampliarse tanto para albergar a las familias que vivan allí, como para acoger este tipo de encuentros.



Para muchos, todo lo que he escrito aquí, será un escándalo. Reconozco que me he empleado a conciencia en escandalizarlos, que en estas páginas he usado todos los medios para hacerlo, y que he ido más allá de toda medida imaginable. En cierto modo, este es un texto creado para generar el mayor grado posible de escándalo en aquellas almas que desean que nos reunamos bajo un árbol sentados en el suelo.

El error no está en que alguien quiera celebrar bajo el árbol, sino en exigir que todos nos reunamos bajo un árbol. El error no radica en que a uno no le guste este Neovaticano, sino en exigir que no debe existir para nadie.

Ahora bien, ¿lo descrito aquí es deseable o no? La Iglesia puede ser sencilla en todo el amplio mundo si así lo desea. El Celio sería un punto en el Orbe. Si alguien quiere ser sencillo, que lo sea. El Principado no es ningún ataque contra las ansias de pobreza que cualquier cristiano desee vivir. El Celio no ataca la pobreza de nadie, ni es un obstáculo para la vida sencilla de nadie. Para los que quieran seguir viviendo simples como pájaros, lo que hay dentro de estas tres murallas no supone ningún obstáculo.



Ahora bien, observamos que hay pájaros que, a veces, deciden posarse sobre admirables árboles grandes como robles, majestuosos como un cedro del Líbano, alto y bello como un baobab. El Creador Sapiientísimo podía haber hecho que todo fuera hierba, matorrales y pequeños árboles. Pero creó los baobabs para deleite de la vista, para gozo de los muchos pájaros que pueden posarse y vivir entre sus ramas. No sólo eso. Como si eso fuera poco, para mostrar su propia grandeza creó a la secuoya. El Celio, existiendo, no haría más que imitar el esplendor de la Naturaleza.



No veo por qué ese amor a la simplicidad, que es virtud personal, debe convertirse en una dictadura universal. La simplicidad debe ser una virtud vivida, no imposición para los otros. Que a alguien no le gusta el Celio, pues que no vaya. Pero la idea de que como a mí no me gusta, a nadie le tiene que gustar, es dictatorial.

Lo cierto es que una cosa como la aquí descrita, o existe como una obra institucional de toda la Iglesia Católica, como un neovaticano, o no puede existir. Ninguna otra institución del mundo tiene la capacidad de llevar a cabo un plan tan a largo plazo.

Una sequoia para desarrollarse, debe contar con una serie de condiciones. Si una sequoia está plantada a más de una determinada altura, o muy cerca del mar, o en lugares muy fríos, o con poca niebla, crecerá sí, pero no lo hará plenamente. Lo mismo sucede con el Celio, se tienen que dar una serie de condiciones para que pueda desarrollarse en plenitud.



Un lugar como el Basilicarión y sus ceremonias no obliga al papado a seguir este determinado camino. Un Papa al que no le gustase mucho ese lugar, podría limitarse a officiar allí una o dos misas al año, y aun éstas si lo desea. Una vez creado el Celio, el enclave seguiría su camino por su cuenta, sin que su existencia supusiera ninguna obligación para los nuevos pontífices.

Incluso la triple ceremonia de la ascensión de un nuevo Papa al Solio de Pedro, por espectacular que parezca, sólo hay que realizarla una única vez en todo un pontificado. Después, el nuevo Obispo de Roma puede vivir con toda la sencillez que desee su alma. Pero el ritual coronación papa hay que entenderlo desde la perspectiva de que es la ceremonia que expresa el advenimiento de un nuevo vicario de Cristo. La ceremonia es imponente, porque el cargo es imponente: ser el Representante de Cristo en la Tierra.



La idea que subyace en todo este proyecto se puede resumir en una palabra: un Templo para el Orbe. No estamos hablando del templo más grande del orbe, sino de un santuario edificado para la aldea global, de un santuario que recibe ríos de gente durante todo el año sin interrupción, de un lugar sagrado que aparecerá una y otra vez en las pantallas de televisión de los creyentes y de los no creyentes.

Alguien dirá que para eso está el Vaticano. Pero esa basílica se creó en una época determinada para unas funciones determinadas. Nadie pensó en una función planetaria con millones de personas entrando por sus puertas cada año, ni en las retransmisiones en directo. Y aun así, hicieron ese templo lo mejor posible. Precisamente, el Celio se construiría con la idea de recuperar el espíritu que llevó a erigir el Vaticano. Pero, hoy día, a diferencia

de siglos pretéritos, algunos albergan la idea de que dar a la Divinidad lo mejor posible, es un escándalo. Para algunos eso no sólo no es una idea virtuosa, sino un escándalo.

De forma que la tarea no se limita a erigir el Celio, sino que hay que derruir desacertadas teorías acerca de la gloria de Dios. Esas desacertadas teorías, en el fondo, no son sólo acerca de su gloria, sino acerca de Dios mismo. El Templo sería una gran afirmación, una gigantesca enseñanza. Un lugar donde los desencaminados podrían reencontrar el camino.

La mejora de la vida de los pobres o el retorno a una Iglesia sencilla, no se contradicen en nada con la existencia del Principado.



Cuando unos quieren que exista una cosa y otros quieren que no exista, si la cosa no es mala, la solución no es que no exista para nadie. Un proyecto así nunca va a gustar a todos. Estadísticamente, siempre va a producir escándalo en una cierta proporción de creyentes y no creyentes. Pero en la disyuntiva entre el ser y el no ser, no se puede castigar con el no ser a la mayoría por la minoría. Los que quieren algo, provocan el ser. El no querer de algunos no debe evitar la causalidad de otros. Entre la afirmación y la negación, la afirmación debe prevalecer. El Celio al existir no merma la existencia de nadie.

La solución de estas disyuntivas no es hacer, sí, pero menos. En el caso de las dos madres que se presentaron ante Salomón, pugnando cada una por sus propios pretendidos derechos, la solución no era la división. El Celio o se hace o no hace. La solución no es hacer versiones reducidas. El Principado o existe o no existe. El Celio debe ser él mismo. Si lo lanzamos a la

existencia, debe poder desarrollarse. Lo que no es la solución es un *sí, pero no*.

La solución salomónica a la cuestión del Celio, a la cuestión del niño y las dos mujeres en disputa, debe ser la misma que en tiempos del Rey Profeta: el niño debe ser para su madre. Del mismo modo, el Celio debe ser para quien lo desea, para quien lo construya. La verdadera madre del niño fue la que lo alimentó, cuidó y mimó. Así debe suceder con el Celio.

En el ábside del Templo se halla la *Iglesia del Título de San Pedro Apóstol en el Basilicarión*, y cuyo *títulus* siempre lo ostenta el Obispo de Roma. El ábside fue la primera parte del Templo en ser erigida. Mientras las otras doce iglesias se construyeron para los cardenales apostólicos, cada uno de los doce cardenales tenía un altar de su título situado en algún lugar de las cinco naves del ábside. Después, conforme el Basilicarión creció, se le fue asignando a cada cardenal una nueva iglesia, bien definitiva o transitoria. Transitoria en el caso de que las dimensiones fueran moderadas.

Se intenta siempre que cada título de los Doce Apóstoles sea repuesto lo antes posible cuando quede vacante, para que el símbolo que ellos representan, esté presente en la Iglesia en su plenitud. Los títulos de los cardenales-apostólicos son vitalicios. Es decir, el que tiene el título de la Iglesia de San Andrés, permanece con ese *títulus* hasta su defunción.



Muchos años después de que el Celio estuviera sustancialmente finalizado, alguien se preguntó por qué la Pontificia Academia de las Ciencias no otorgaba unos premios que rivalizaran en prestigio con los Premios Nobel. El asunto fue muy discutido. Al final, fue un Papa el que dijo: *Esos científicos venidos de todo el Orbe, serán una de las más bellas coronas del Celio*. Y con esa observación quedó zanjada la discusión.

Y así, la Pontificia Academia de las Ciencias otorga unos premios anuales a los mejores científicos. Estos premios han ido ganando en reputación por su imparcialidad, así como por la calidad de los jurados votantes. Por supuesto que los Nobel siguen siendo los más reconocidos galardones del mundo. Pero los premios del Vaticano generan una expectación mediática no menor, pues sus ceremonias son muy vistosas. La presencia de eclesiásticos, del cuerpo diplomático y de la Guardia Romana otorgan una grandiosidad visual a este evento, que le garantiza siempre una presencia breve pero segura en los medios de comunicación de todo el mundo.

Además, durante las dos semanas siguientes a la concesión de los premios, la Academia ofrece conferencias en todos los campos esenciales de la ciencia, ofrecidas por los más destacados intelectuales. En ese ciclo se pretende no simplemente ofrecer buenos conferenciantes, sino a los mejores del mundo. Científicos, creyentes y no creyentes, son llamados en razón de su valía, y no de sus convicciones religiosas.

Estas conferencias suelen autofinanciarse, en buena parte, con el pago de los asistentes. Constituyen un evento de tal resonancia, que es visionado simultáneamente por muchas universidades católicas del mundo.

Los premios de la Academia Pontificia se financian a través de varias fundaciones. El Vaticano pidió a diez fundaciones que

participaran cada una con el 10% de los gastos de la organización del Premio.

Las conferencias tienen lugar en las dependencias de la Universidad Lateranense, la cual ocupa parcialmente uno de los claustros. Estas conferencias buscan la calidad, la mejor calidad, no la popularidad. Allí están los mejores, sean famosos o no.

La Academia de las Ciencias fue la que creó en la cripta del Basilicarión el llamado *Cementerio de los Matemáticos*. Fue una iniciativa de los matemáticos de esa institución, la de tener un lugar donde poder enterrar a los miembros de la academia dedicados a las matemáticas. A esa cámara formada esencialmente por una circunferencia en la que se combinaban distintas figuras geométricas. Llegaron urnas con los huesos o las cenizas de matemáticos de diversos lugares del mundo. Hasta ahora hay sepultados allí casi cuarenta matemáticos. Esta cámara tiene una bella esfera armilar de mármol en el centro. Estatuas de distintos matemáticos allí enterrados, ornan el perímetro del lugar.

Aunque el cementerio mantuvo su nombre de Cementerio de los Matemáticos, alrededor de él se realizaron cuatro ampliaciones semicirculares, en las cuales se inhumaron académicos del resto de las ciencias. Si bien, sólo están las urnas con las cenizas de cuatro físicos, dos químicos y seis académicos de otras disciplinas. Pero la carencia de cuerpos queda compensada con la abundancia de bustos.

*Geometria theologia facitur* (la Geometría se ha hecho Teología), mandó grabar León XIV, un Papa entusiasta en el centro de esa capilla. Ese Papa había sido matemático antes de ser sacerdote. Y aunque quizá sea un mito, se dice que un cardenal (que también había sido docente de matemáticas en una universidad) en el momento de presentarle al Papa los planos para el Cementerio de los Matemáticos, le dijo en broma al Santo Padre: *Que Pitágoras*

*sea el decimocuarto apóstol, tras San Pablo. Y que el Papa le respondió en broma: Y que Pitágoras será el predicador y Euclides su diácono.*

El episodio probablemente no se dio nunca, pero ese Papa matemático sí que se deleitó en colocar en el Celio cada año, unos siete u ocho elementos situados en puntos geoméricamente significativos. A veces era sólo una lápida cuadrada en el suelo, a veces se trataba de un mojón. El lugar exacto era el punto que marcaba el resultado de una compleja y paradójica ley matemática.

Entre los matemáticos corren de mano en mano planos con la cartografía de esos puntos, que al final de su pontificado fueron casi ochenta. Cada una de esas lápidas y mojones tiene inscrito el nombre de León XIV con un pentágono al final del nombre. Los matemáticos no suelen recorrer materialmente el Celio en busca de esos puntos. Pero en Internet sí que hay un bello mapa del lugar, donde se encuentra cada punto y la explicación.

El Celio como microcosmos, como el pedestal de Dios sobre la tierra, un tímpano medieval que se puede recorrer, una custodia para la Eucaristía que se venera en su centro; una custodia arquitectónica. La entera Gran Construcción como marco de la Eucaristía, como estuche del Misterio.

Dios entregó los planos del Templo a Salomón. Urbano IX devolvió a las manos divinas la Construcción. El talento centuplicado ha sido devuelto al Señor de la Tierra. Para que el talento creciese hubo que enterrarlo en tierra, como hizo el siervo infiel. Pero se enterró en forma de cimientos, creció como árbol, los hijos de Adán vienen y toman sus frutos.

Un edificio para el mundo, un edificio planetario. La Iglesia es orden y jerarquía, el edificio es expresión de ese orden. Una

música silenciosa llena los espacios bajo sus bóvedas. Los ángeles se aletran bajo sus cúpulas.



Antes de su construcción, dijo Villard D'Orbais, el primer arquitecto-jefe del proyecto, a varios obispos de la Curia: *Este edificio lleva sin existir desde toda la eternidad. ¿Lo erigiremos en el universo del ser?* Y un santo obispo capuchino, mesándose su blanca barba, respondió con calma: *Únicamente si la voluntad del Ser Infinito así lo ha determinado en las profundidades de su Decisión.*



Cuando Luís II de Baviera se empeñó en levantar Neuschwanstein, los más caritativos calificaron el proyecto de extravagante. Si el proyecto fue una desmesura, hoy sólo se critica a los que criticaron el proyecto.

Si una cosa como ésta puede existir, lo normal es que acabe existiendo antes o después. El único punto sujeto a discusión no será, pues, su existencia, sino sus dimensiones. Si el la Gran Construcción va a existir, que exista con magnificencia. Si se levanta sobre sus musculosas piernas, que se ponga en pie con desmesura. Para la cordura ya está el resto del mundo. Tenemos todo un mundo de apartamentos, garajes, adosados y supermercados. Que el Celio sea auténticamente el Celio sin restricciones mentales. El único obstáculo a este Sansón hercúleo, no es un obstáculo material, sino nuestros prejuicios. Para que surja el Neovaticano, debe surgir un Salomón.



Tomando café en casa de un importante banquero y mecenas del proyecto durante muchos años, Villard D'Orbais comentó: *las pirámides sólo temen al Celio.*



En la Misa Magna de la mañana del Domingo de Pascua de Resurrección, hay varias particularidades que sólo se dan en esa misa y que no se repiten en todo el año. Al comienzo de la misa, justo cuando va a aparecer la procesión de entrada, suenan siete largas trompetas de plata, que se alternan con cuatro grandes trompas de sonido grave. Trompas de varios metros, como las alpinas. La otra particularidad es que cuando se coloca el incienso en el incensario para incensar el Evangelio, delante del Cirio Pascual se coloca un amplio brasero de donde se eleva una columna de incienso. Los cinco kilos de incienso se van agotando a lo largo de media hora. Ese incienso se eleva hacia las alturas de la Nave Central. La tercera característica de esa misa, es que tras la consagración del Pan, se arrojan pétalos de rosa y lirios desde lo alto. Esa nevada cae delante del Baldaquino, no encima de éste. Hay un espacio de unos cien metros de largo, que queda como si hubiera nevado.



En la Nave Central, bajo tierra, se halla un extenso zócalo que es el fundamento del pesado Baldaquino. A bastante distancia de éste, también bajo la Nave Central, se encuentran cuatro criptas situadas a distintos niveles de profundidad. Vacías, pero que con los siglos se irán llenando. En el lado opuesto de la Nave Central, hay un gran espacio inundado perteneciente a la red de aljibes.

Sólo que este espacio es el más grande de toda esa red. Es como un templo neoclásico inundado. Y así uno, en la Nave Central, puede mirar hacia arriba y ver la altura de sus muros; y mirar hacia abajo y ver ese espacio inundado mucho más abajo. Hay dos lugares en la Nave, donde uno puede asomarse a ese espacio subterráneo. Son como dos aperturas cuadradas de diez metros de lado y rodeadas de una balaustrada de mármol.

Muchos se han preguntado qué hace allí ese espacio inundado. En realidad, se trató de una tozudez del décimo arquitecto-jefe Agostinho-Saravia, que llevó a cabo la ejecución de la Nave Central en esa época. El cual explicaba: *No podemos dejar la Nave sin su consumación subterránea. La Nave Central tiene que estar dotada de un espacio subyacente a la altura de lo que hay encima.*

El Consejo del Celio se tuvo que emplear a fondo para detener la creatividad de ese artista. Se empeñó en que en el centro de ese espacio neoclásico había que emplazar una pequeñísima isla con un templo griego en el centro. *¿Pero que quiere colocar en ese templo?*, le preguntaba un cardenal congoleño. *Ya tenemos mil lugares como ése en todo el Templo.* Pero el apasionado Agostinho-Saravia no trabajaba por dinero, sino por pasión. Era muy difícil resistir a su fogosidad. Cuando los cardenales le enmendaban los planes, cosa que sucedió varias veces, al arquitecto le daban ganas de agarrar a su interlocutor por la pechera y gritarle a cinco centímetros de su rostro.

Agostinho-Saravia tenía todos los premios habidos y por haber ganados. El reconocimiento internacional que poseía, era impresionante. Y a pesar de ser uno de los diez arquitectos más prestigiosos del mundo, trabajaba allí por una cuarta parte de sus honorarios. Los cardenales estaban convencidos de que estaba loco y de que era genial. Llevaba tantos años dedicando buena

parte de su tiempo profesional a esa Nave Central y a sus naves laterales, que decidieron concederle el capricho de la isla y su templo dórico. *Nos sale más barato, que pagarle la bonificación extra que teníamos pensado*, añadió otro cardenal.

*¿Y qué colocaremos en ese dichoso templo?*, le preguntó con sorna el cardenal congoleño, su eterno opositor. *¡Un eremita!*, respondió con resolución Agostinho-Saravia. La idea les pareció a todos una locura. Pero lo cierto es que un eremita siempre habita en ese templo de cien metros cuadrados. A los eremitas del Celio, se les ofrece pasar allí de una semana a un mes. La lista avanza por orden de antigüedad.

Durante esos días, el eremita vive completamente solo, incomunicado, en esa construcción marmórea vacía. Día tras día, está rodeado por un paisaje de silencio y oscuridad. Toda la luz que entra en ese espacio, proviene de los dos cuadrados que se abren en la bóveda central. Allá arriba ve asomarse cabezas. Los turistas ven que dentro de ese templo hay luz y que habita alguien. Muchos, incluso, saben que allí siempre hay morando un eremita.

A los que bogan en sus barcas, se les advierte al darles su embarcación que no deben molestar al eremita del templo, ni subir a esa isla. Para el arquitecto, ese templo y ese espacio representaban el mundo pagano sobre el que triunfó el cristianismo. Mientras que el espacio abierto del techo de la Nave Central y su luz, representaban el mundo futuro.



Una de las peticiones más originales que han llegado al Celio, fue la de un magnate chino (no católico) que quiso construirse allí un mausoleo propio de un emperador. Debía estar en la zona sepulcral de la Archibasílica, en una capilla aparte. Su tumba era

parecida a la del emperador Fuling, el primer emperador de la dinastía Qing, sólo que más pequeña, afortunadamente mucho más pequeña. Alrededor de su tumba deberían, a su tiempo, ser colocadas sesenta y cuatro urnas con las cenizas de sus familiares más queridos y sus empleados más fieles.

Esta petición fue muy discutida por el Consejo del Celio. Finalmente, se llegó a la conclusión de que esa capilla dotaba de variedad al Basilicarión, en el que la presencia de estéticas asiáticas era reducida. ¿Qué diferencia había entre enterrar en una iglesia a un comerciante veneciano del siglo XVI, o a un financiero chino del siglo XXI? Así que el Mausoleo de Zhou se hizo realidad y las setenta y cuatro urnas fueron paulatinamente ocupadas. Algunos chinos supersticiosos quisieron enterrarse en las inmediaciones de esta capilla china. El gran mausoleo generó otros cuatro mausoleos más pequeños contiguos.

Esa zona se ha convertido en un lugar de peregrinación para algunos chinos, que traen las urnas con las cenizas de sus familiares para que descansen allí. Son muchos los orientales no católicos, que quieren que sus seres más queridos descansen en un lugar, que consideran el lugar más santo de la tierra. Las autoridades del Celio no han puesto inconveniente a esta práctica. Y de un modo enteramente gratuito acogen esas urnas y las colocan en un lugar de las criptas. Sólo cuando quieren encargar nichos ornamentados, se les indica los distintos precios que se ofrecen. Se calcula que dentro de unos años, ya sólo se podrán recibir las urnas pidiendo una tasa. Las criptas son extensas, pero su capacidad no es ilimitada.



Incrustadas en los muros del Templo hay una reproducción de las iglesias etíopes de Lalibela. Están gestionadas por sacerdotes y

laicos africanos. Muchos de ellos pertenecientes al rito copto-católico. En otra parte del Basilicarión, hay una zona con varias capillas asiáticas y que están atendidas por sacerdotes chinos, coreanos y japoneses.



En la Misa Magna existe una norma, y es que aunque suceda un atentado terrorista con muertos, la liturgia continuaría. En ese caso, se desalojaría parte de la Nave, para que pudieran acceder los servicios de emergencia y pudieran ser atendidos los heridos. Pero la liturgia no se suspendería.

Se tomó esta decisión porque, en una concentración tan multitudinaria, no parecía lo más adecuado suspender la liturgia por un supuesto respeto a las víctimas. ¿Por diez personas heridas o fallecidas debía suspenderse un acto de cientos de miles de asistentes? ¿Y si fueran veinte personas? ¿Dónde estaba el límite que marcaba si seguir o suspender un acto? ¿Suspender un acto de esta naturaleza, no era un triunfo para los terroristas? ¿Lo mejor que se podía hacer por los caídos y heridos, no era seguir adelante con las oraciones?



Al arquitecto del obispado de mi diócesis, Alcalá de Henares, le dejé mi obra. Ese fue un momento irrepetible: un escrito, un lector, un escritor. El libro como objeto de un solo lector.

Una de sus sugerencias, por ejemplo, fue que el Claustro Cardenalicio no tuviera un uso hostelero. Pero le contesté que el complejo había sido levantado bajo dos ideas fundamentales. La primera era que desde la mesa del arquitecto, el Celio se delineó bajo la premisa de que debía ser una casa abierta. Es la casa de todos. Todo está a la vista. No hay secretos que ocultar. La

segunda idea era que lo mismo que un campo debe dar fruto, el Celio debe producir dinero.

¿Te imaginas, le dije, que hubiera una hambruna en África y la Iglesia pudiera destinar, de inmediato, cinco millones de euros? ¿Nos podemos imaginar el bien que puede hacerse con esa cantidad? Sí, el Celio será un campo de árboles frutales para los pobres. Los ricos podrán pasear por él, pero sus frutos serán para los indigentes.



La arquitectura como una batalla por la verdad. La arquitectura como una lucha interna por lograr su idoneidad con lo representado. Sé que se puede acusar a esta obra de medievalismo. No combatiré la idea de que ésta pueda convertirse en la última obra de la Edad Media. Un templo que sea la consumación de todo un modo de entender el arte. Un edificio que reasuma lo mejor de todo un milenio medieval, y que venza definitivamente el frío paganismo del estilo neoclásico. Un renacer del románico al que no puedan compararse los mamarrachos producidos por el arte moderno. El orden medieval frente a la soberbia de las desviaciones modernas. La tradición frente al vano afán de querer ser moderno. Buena parte del arte moderno es un arte enfermo. Un arte enfermo producto de almas que estaban espiritualmente enfermas. Es hora de decir las cosas con claridad, y que el Basilicarión sea la tumba del mal arte moderno.

El argumento definitivo que me hizo decidir por el Basilicarión, tal como lo he concebido, fue éste: La arquitectura debe ser de acuerdo a lo que expresa. La espacialidad de un templo debe expresar el concepto de Dios, luego el Basilicarión no es un exceso. Una Humanidad ardiente en el servicio de Dios ya habría

construido el Celio hace siglos. Ahora, simplemente, estaríamos construyendo otro Celio, un Celio mejor.

Por eso no aceptaré un Celio menos Celio. El Celio debe ser él mismo. No admitiré ni una piedra menos.



La desmesura hecha piedra, realizar el exceso por una razón excesiva: Dios. Desplegar sobre estas páginas una obra que no busca ser razonable. Otros la harán más pequeña, más razonable. Eso ya no me interesa.

El Basilicarión, por primera vez, intenta realizar una liturgia planetaria.

En lo alto de uno de los muros del Templo, se realizó una reproducción del Arca de Noé. Está allí, como varada, tras el retroceso de las aguas.

Entre centenares de otras historias, he imaginado al Anticristo recorriendo sus espacios. He imaginado, al final de los tiempos, los claustros vacíos, todo abandonado y al Anticristo dedicando no más de media hora a atravesar el lugar. Un lugar ya otoñal y gris en el que ha comenzado la decadencia del abandono, donde las hojas son barridas por el viento sin nadie que las recoja. Un nuevo Nerón, un Neohitler, que mira aquí y allí, indolente, indeciso entre profanar o destruir. Y decidiendo, momentáneamente, por abandonar el lugar a la incuria del tiempo.

También me imaginé en tiempos más felices, la toma de posesión de un nuevo gobernador. Cuando los cabildos le recibían delante del portón central oeste de la segunda muralla. Allí un deán le recibía y otros dos deanes le hacían entrega de dos manojos de llaves. Del primer manajo colgaban cuatro llaves, una de cada lado de la segunda muralla. Del segundo manajo colgaban dos

llaves de la segunda y tercera muralla, y la de la Torre del Gobernador. Eran tiempos más felices, ahora, en la época del fin del mundo, uno se pregunta en qué caja, en qué sala, en qué edificio, se guardarán esas siete llaves.



## 68. El sentido de todo el proyecto

Habrá que invitar a que se establezcan en el Celio muchas congregaciones que se encarguen del apostolado. Porque el lugar será asimismo lugar de misión. Los misioneros tienen que ir a buscar el mundo. Aquí vendrá el mundo. La Construcción será lugar de apostolado, de ejercicio de la caridad y de enseñanza de la Teología.

El Celio será una ciudad sagrada, y el Basilicarión será el lugar más sagrado del lugar sagrado. Si el Celio ha de ser el escabel de Dios, el Basilicarión debe ser el lugar donde lo divino y lo humano se unen. Qué grandioso es para los hombres poder construir un espacio sacro, delimitar un lugar para que los que entren en él sientan presencia de Dios. Maravillosa labor de los arquitectos, el erigir un lugar de conexión entre el Cielo y la tierra.

El Neovaticano será una expresión del universo católico. Un edificio que será expresión de todo un universo de ideas. La Construcción será Teología hecha piedra. *Et Theologia petrificata est*, y la Teología se ha hecho piedra.

Algunos contemplando el plano de los nueve claustros lo entenderán como un mandala budista. Otros verán en el Templum Quadratum como una especie de Kaaba (el cubo central) de una Meca católica. Otros encontrarán reminiscencias con el Potala del Tibet. Ante el plano del complejo, muchas mentes idear n cientos de imaginarias líneas esotéricas, levantarán columnas de números tratando de crear relaciones cabalísticas. Otros verán el proyecto entero como fruto de una minoría masónica o como la materialización de un grupo conspirativo latente en la cúpula de la

jerarquía eclesiástica. Éste, sin duda, será el escenario perfecto para aquellas mentes, que de forma natural desarrollan tramas conspirativas.

Otros, con una visión menos paranoica de la Historia, verán el Celio como la imposición de una visión tradicionalista de la Iglesia. Para ellos la Construcción será la prueba del centralismo de la Curia cuyo. Otros, con una visión tradicionalista y ultraconservadora, verán el entero complejo como el triunfo del relativismo: un lugar que no solo acoge en sus muros a los hermanos protestantes, sino que les ofrece lugares de oración en el Templo. Sin duda, ellos no podrán imaginar abominación mayor. Por si fuera poco, hay muchos evangélicos exaltados que llevan decenios hablando de los intentos de la ONU por crear una religión universal. El Celio para ellos será el penúltimo capítulo de esa historia de dominación planetaria.

Ahora bien, todas estas visiones serán visiones muy minoritarias. Nada nuevo se dirá del Celio que no se haya dicho ya del Vaticano. Y, en cualquier caso, cuanto más eleven su voz en los medios estas mentes calenturientas, de más encanto y misterio dotarán al lugar a los ojos de los turistas menos dotados intelectualmente. Hay todo un segmento de turistas que no valoran ni el arte, ni los símbolos profundos, pero a los que atraen poderosamente lugares cargados de misterios conspirativos. La Construcción también es para ellos. Incluso para ellos se levantaron esos muros. Para que vinieran buscando falsos misterios, y salieran habiendo encontrado a Cristo.

El Celio será el *Magnum Scandalum* (el gran escándalo) para todas las izquierdas e incluso para los cristianos que ya se quejaban del Vaticano. El complejo será la diana preferida de cuantos terroristas hay en el mundo. El lugar perfecto para

organizar una protesta y aparecer en los medios de todo el planeta.

Cada uno verá en el Celio lo que quiera ver. Pero el lugar será lo que es. Muchos odiarán esta sacrosanta ciudad. Pero ello no nos debe alejar de nuestros santos deseos de poner sus fundamentos. Ni el odio, ni las críticas, ni las fantasías desaforadas, ni las teologías desviadas, deben alejarnos de nuestro propósito de ofrecer a la Trinidad esta ciudad.

Cada uno que vea en ella lo que quiera. Cada uno que vaya allí si lo desea. Pero de lo que no cabe duda, es de que una vez que se erija, aparecerá en las pantallas de televisión de cada casa con una frecuencia muy superior a lo que desearán los enemigos de la Iglesia. La Construcción será una presencia familiar en las televisiones, porque no hay nada que ame más un cámara que un buen encuadre. Éste será el paraíso de los medios de comunicación.

Los miembros de otras confesiones religiosas cuando, hoy en día, visitan una basílica romana actual, meramente pasan por ella. En el Basilicarión podrán ser acogidos. Tendrán la sensación de haber llegado a la Gran Casa de todos los hijos de Dios, a la edificación de todos los creyentes. Esta labor ecuménica creará muchas críticas entre algunos católicos, que no entenderán todo esto más que como una especie de triunfo del relativismo. Pero, por el contrario, el centro de la ortodoxia debe convertirse en una casa abierta por sus cuatro costados.

## 69. Pensamientos conclusivos

La Iglesia no se ha embarcado en un megaproyecto arquitectónico desde la construcción de la Basílica de San Pedro del Vaticano. Sin duda, cuando Julio II presentó las dimensiones de su idea a los cardenales muchos debieron mover la cabeza con escepticismo: esto es excesivo. Megalomanía, falta de realismo, escándalo para los creyentes, fantasía, debieron ser algunas de las ideas que pulularon por la mente de aquellos que tuvieron la suerte de ser los primeros en ver ante sus ojos el papel con las verdaderas dimensiones de la nueva basílica vaticana. Un proyecto cuanto más grande es, cuenta con más grandes opositores. A veces, la magnitud de un proyecto se puede medir por la intensidad de la oposición. La Historia dio la razón a los Papas constructores. Es como si el Espíritu Santo les hubiera susurrado al oído: hacedlo grande, porque por grande que lo hagáis se os quedará pequeño.

En el campo de la arquitectura cada siglo ha presentado a Dios lo mejor que ha podido y sabido hacer. Ahora ha llegado el momento de que el siglo XXI erija para Dios una construcción digna de su nombre, del Nombre de Dios. Este complejo de construcciones, en el fondo, es una casa. Y debemos hacerla grande, pues por grande que sea se nos va a quedar pequeña.

Algunos calificarán esta idea de megalómana, pero dar comienzo al proyecto no va más allá de lo que costaría un parque temático o un aeropuerto, tanto por extensión, como por presupuesto. ¿Es que la Iglesia universal con más de mil millones de fieles no puede construir el equivalente a un aeropuerto?

Una de las grandes ventajas del Celio es que aunque el complejo se tardase en construir siglos, desde su mismo comienzo la Curia estaría allí en funcionamiento y, en cierto modo, la obra se vería como plena. La gente iría a visitar la Curia, y, por tanto, con un solo edificio, el Claustro Central, la obra estaría consumada, se construyera algo alrededor o no.

De forma que todo este proyecto, a nivel presupuestario, ofrece una gran tranquilidad: se construiría en la medida en que se fuera teniendo el dinero, sin prisas. Eso sí, con la ventaja de que ya desde el principio la entera idea estaría ante los ojos de los visitantes del Claustro Central. Varias salas se dedicarían a una detallada exposición de cómo será el Celio, si alguna vez se llegara a consumir el proyecto entero con todas sus ampliaciones.

El sueño de una obra tan a largo plazo, es de por sí algo grandioso y entusiasmará a muchas personas, incluso no creyentes. El concepto, de por sí, es tan fascinante que habrá ateos que se sentirán cautivados por el proyecto. Aun en el caso de que la idea nunca llegara a acabarse íntegramente, aunque nos quedáramos muy lejos de su culminación, la idea misma ya da gloria a Dios.

Lo que debemos preguntarnos es: ¿cómo es que la Iglesia no está inmersa en ningún proyecto arquitectónico a largo plazo? ¿Es que se ha acabado la ilusión de los siglos pretéritos? ¿Es que ya sólo cabe mantener las obras del pasado? No nos engañemos, nuestra falta de entusiasmo constructor es síntoma de nuestra falta de optimismo misionero. En este mundo actual donde reinan los medios de comunicación, no hace falta crear mil símbolos, basta crear uno bueno. No es la adición de miles de símbolos mediocres lo que atrae la mirada de esos medios, sino la aparición de algo nuevo.

Este proyecto debe intentar ser digno de Aquél a quien se quiere honrar. Todo es poco para Dios. Incluso todo este proyecto, es demasiado poco para ofrecérselo como humilde regalo a la gloria del Creador. Pero, aun siendo poca cosa en comparación a Aquél para quien es la ofrenda, debemos intentar realizarla lo mejor posible. Sí, debemos embarcar a la Iglesia en proyectos ambiciosos. Dios se merece no lo mejor, sino lo mejor de lo mejor. El amor nos tiene que llevar a proponer algo de tal magnificencia, de tales dimensiones, que los que lo escuchen exclamen: ¡esto es imposible!

Pero no sólo está la cuestión de la Gloria del Creador, que es la esencial, sino también la necesidad de acoger una masa creciente de turistas, de peregrinos, de fieles que quieren orar y participar de las grandes celebraciones vaticanas. Se necesita un odre nuevo. Un odre nuevo que pueda satisfacer al turista que va a ver, y al peregrino que va a orar. Un proyecto que integre turismo y oración. El Celio supone no tener que escoger entre turismo y oración. Logrando que ambas cosas no se estorben, sino que se complementen. Que los turistas se edifiquen, viendo a los fieles orar. Y no sólo eso, sino que redondeando la cosa, se logre que lo uno facilite lo otro. Es decir, que los peregrinos se beneficien de la más perfecta organización, gracias a los beneficios económicos que reportarán los turistas.

Una de las cosas que más atraerá a los turistas, será ver a tanta gente orando. Y esas masas de gente podrán orar en grupitos (por ejemplo en las capillas) y en grandes concentraciones (por ejemplo en la Nave Central), gracias a la organización y los medios. Los cuales se beneficiarán de la visita de millones de turistas.



Escribir este texto ha sido para mí un placer. Al escribirlo, me era difícil saber si yo era arquitecto o escritor. En mi caso, escribir palabras suponía erigir volúmenes y formas. Más que escribir un texto, podría decir que lo erigí. Construí un texto que algún día puede ser levantado en piedra y hormigón. Con palabras moldeé, levanté, cimenté. Y las palabras pueden ser duras como siglos.

La fantasía arquitectónica como una forma de literatura. La sueño constructivo como cuadro tridimensional. Un texto como éste no necesita contar una historia, el protagonista es el edificio. La lectura como un mero solazarse morosamente en recorrer el edificio. La lectura como un recrearse en los detalles. Sabiendo que cada lector al poner color y formas a las palabras, está en su mente creando de la nada un edificio que no es el que yo imagino. El texto será el mismo. Pero tu edificio, no es mi edificio. Recorremos el mismo mapa (el texto), no recorremos el mismo camino. Desde la cartografía del edificio, tú y yo vemos distintos espacios y formas, vemos diversos pasillos y salas, diferentes claustros y torres.

Ahora que llegas al final, te digo que en tu mente has reconstruido todo el Edificio con otros colores, con otros matices. El Edificio existe en las planicies de tu mente, pero es tu edificio. La tuya es una de las miles de versiones del Edificio que serán alzadas en los próximos años. Digo *miles*, no decenas de miles, porque pocos serán los que pasen de las primeras páginas. Mi Edificio es el Edificio-Madre, el Celio-Origen, la construcción arquetípica. vuestras versiones contienen, sin duda, detalles de una viveza, de un colorido, de unas líneas, que me sorprenderían de conocerlas yo. Pero veo difícil que paséis tanto tiempo en la Construcción

como yo. Para erigir estas masas, pasé años, muchos años a ratos perdidos. La pasión me llevó a ello, me forzó, me subyugó. No me pude librar del Edificio durante tres años de construcción, y varios más de preparación.

No fue una idea obsesiva. Pero sí que fueron muchas excursiones. Muchas deleitosas excursiones en el interior de mi espíritu, recorriendo sus pasillos, sobrevolando el complejo, sentándome delante de la Fachada Oeste del Templo, mirando los claustros desde las terrazas superiores del Basilicarión, subiendo por los caminos que llevan al Monte Tabor. He visto cambiar la guardia en el Claustro Central. He vivido los funerales papales en toda su intensidad, me he quedado orando en un rincón de una capilla de la Archibasílica, he acompañado las vidas de los eremitas, los recorridos de los cardenales apostólicos.

Desde luego, aunque sea un texto que no cuenta una historia, puedo asegurar que en mi mente pulularon muchas historias en el interior de esos edificios. A ratos perdidos, el imaginarme cómo sería la historia de su ejecución, pasó a ser algo tan entrañable como el resultado final. La historia de un Papa arquitecto que intenta convencer al colegio cardenalicio de que le apoye. La imagen del arquitecto-jefe supervisando la erección de los primeros muros del Basilicarión, los problemas de seguridad en una visita papal, en su desplazarse por el nivel -1 con una escolta de vehículos, el bogar en medio del más absoluto silencio y oscuridad en la Laguna Inferior. El espacio dentro de las tres murallas como contenedor de infinidad de pequeños relatos.

Historias e historias que se movían, que se agitaban en esos ámbitos de luz en un día primaveral en las terrazas del Templo, de penumbra en el Pasillo Perimetral con olor a incienso, de quieta oscuridad sobre las aguas de la muerte. Cuando comencé, no se



me ocurrió que éste sería un proyecto que contendría las Aguas de la Muerte, kilómetros que las recorren, laberinto de tinieblas. Construcciones subterráneas como parte de la Antibabel. Necesidades de la Luz. La necesidad de que la *Suma Teológica* sea completa. Se trata de un edificio escolástico, de una selva gótica. Todos los excesos, por tanto, quedan perdonados. Un Edificio grande como el perdón de Dios, como su ira, como el Yahveh Sebaot, el Dios de los Ejércitos. Un Dios tan grande que puede perdonar los mismos excesos del edificio.

El mismo proyecto tiene el exceso de las pretensiones neoclásicas de la soberbia decimonónica, y de su entusiasmo optimista. El proyecto es una eclosión de barroquismo. Como si contuviéramos una explosión de figuras dentro de unos moldes medievales. Schuiten y Peeters, mis admirados autores de *Las Ciudades Oscuras*, hubieran leído este escrito hasta el final. El inglés Augustus Pugin y el escurialense Juan de Herrera también. Su juicio favorable me hubiera sido suficiente. Son las minorías las que cambian la Historia. Las masas siguen a unos pocos elegidos. Hay que escribir para las minorías. Con las masas sólo puedes aspirar a dirigirlas a través de los amplios corredores del Celio. Las masas ahora siguen a Engels, mañana a Pol Pot. No hay nada que hacer. Por eso es mejor emplear el tiempo y el esfuerzo en mimar a los escogidos del Destino. Durante buena parte de la ejecución de esta obra, me he preguntado, una y otra vez, qué me hubiera dicho Borges de ella. Como un niño pequeño que espera una calificación, me preocupaba: ¿le hubiera gustado, la hubiera criticado, le hubiera puesto peros?



Me he regodeado en describir un edificio. Dios mismo, en las Escrituras, nos da una muestra de este complacerse en la descripción de un edificio que nunca existió: el Templo de Ezequiel. El Autor Infinito nos ofrece detalles y más detalles, medidas y cámaras, de un templo que no llegó nunca a construirse. Ese templo no existió en el mundo, pero sí en la Biblia. Qué quiso comunicarnos con esas páginas, no es materia de este escrito. Pero el Templo de Ezequiel está allí, en esas páginas, y cualquiera puede recorrerlo hoy día. La construcción material de Salomón no existe, el Templo de Ezequiel permanece como el primer día que vio la luz.

El Río del Tiempo desgasta los edificios materiales con sus besos o sus zarpazos. El Celio permanecerá. Lo aquí descrito, perseverará intacto. El roce de los besos de las centurias parece una amenaza menor. Pero las más bellas catedrales del Norte de África se deshicieron como grandes bloques de hielo. Levantar una catedral es una batalla. Pero después la catedral, como un imperio, debe ser defendida. Su *limes* debe ser vigilado y fortificado con el envío periódico de hombres y materiales. Levantar una catedral es complejo como preparar y desarrollar una batalla. Pero después queda la guerra del Tiempo. Ése enemigo no es adversario de mi Celio.

Porque su existencia es más indestructible que el edificio construido con la más dura de las piedras. Sus cimientos no pueden ser socavados. ¿Qué puede destruir las palabras? Mi edificio ya glorifica a Dios. En el horizonte de mi escrito, sus torres góticas ya se elevan hacia los cielos, los gorriones y jilgueros ya se posan en los árboles de sus claustros. En mi escrito, los siete cabildos ya rezan cada día sus horas canónicas, y las ceremonias del Gran Templo se celebran con la mayor de las solemnidades.

Si algún día aparece la Construcción en alguna llanura africana o asiática, no importará qué degradada sea la versión que la miseria de los hombres haya llevado a cabo. El *Aedificium Archetypicum* (el Edificio Arquetípico) permanecerá en todo su perfección original. No habrá ninguna reprensión, el arquetipo platónico tan solo se complacerá serenamente en contemplar las versiones menores generadas. Como renuevos de olivo, las versiones menores surgirán en los flancos del Celio-Origen.

Sea dicho de paso, ya he dejado claro que el Celio debe estar en las inmediaciones de Roma, para formar una unidad moral con ella. Pero no dejo de pensar lo bello que sería ver los claustros bajo un espeso manto de nieve cada invierno. Sé que lo he mencionado antes, en otra parte de la obra, pero no me he resistido a incidir de nuevo en la idea. La imagen de la Curia entre las nieblas, de un Celio escandinavo, donde los eclesiásticos tengan que ir cubiertos de gruesas capas de lana, me parece que está dotada de gran belleza.



Durante mis paseos por el Celio me acordaba con frecuencia del emperador Justiniano que levantó Santa Sofía, y del que se dice que exclamó: *Salomón te he sobrepasado*. Me lo imaginaba paseando y supervisando las obras de su querida sede constantinopolitana, acompañado de un séquito formado por ministros, el arquitecto y varios aparejadores. Me he acordado de Felipe II y la falsa leyenda del ladrillo de oro que se colocó en lo alto del Escorial, para coronar su obra. Me he imaginado a los ilusionados constructores de Colonia y París creando el gran símbolo del Reino de Dios en la tierra. Me he imaginado a los

arquitectos de la urbe neoyorquina en su propia edad clásica. He tratado de visualizar la emoción del forjador de las gárgolas del Chrysler Building mostrándoselas, en sus talleres, a un hipotético grupo formado por el entusiasmado arquitecto y unos pocos accionistas. Me pregunto si no es el mismo Dios el que nos pone, a veces, este *desiderium aedificandi* (deseo de edificar).

Sí... Dios mismo construye a través de nosotros. La Causa Primera mueve causas intermedias para que las grandes moles como montañas se alcen sobre el suelo. El Creador puso en los hombres la pasión de la carne, para que los hijos de Adán fuesen generados. Y aumentó esa pasión para que su número se multiplicara. También el Gran Arquitecto pone en algunos hombres este hambre de la piedra, este ardor por levantar bóvedas, esta pasión por los volúmenes que se encaraman en la búsqueda de la bóveda celeste.

El servicio de Dios se troca, a veces, en lujuria arquitectónica. Confieso mi pecado. Mis líneas sobre el papel eran rectas, pero no siempre lo ha sido mi espíritu que dibujaba esas líneas. He acarreado sobre mis espaldas más piedras de este edificio, de las que el Arquitecto hubiera deseado. Me arrepiento de cada momento en que perdí la presencia de Dios, para deleitarme en mi obra. También el Templo se convirtió en mi Becerro de Oro. Muchos días al acostarme en mi lecho preferí perderme en mi obra, en vez de orar. El sueño me sorprendió deambulando por el Celio. Preferí la obra para la gloria de Dios, a Dios mismo. Preferí hablar de Dios, a hablar con Dios. Kyrie Eleison, Kyrie Eleison, Kyrie Eleison.

Pero aunque manchada con la impureza de una no completa rectitud, sus torres se elevan al cielo. Esas torres se levantaron con pasión. Se nota cuando una obra se ha realizado con pasión.

Todas las grandes obras se llevan a cabo con ímpetu. Leer estas páginas es sumergirse en el ímpetu de un espíritu. Por eso, soy consciente de que cuando todo esto sea leído, muchos acusarán a la misma idea de ser un exceso. Y tendrán razón. El amor de Dios se merece que hagamos excesos. Bien, con estas palabras ya voy colocando las últimas piedras inmateriales de este edificio inmaterial.

## **70. Historia de una idea**

Siempre había sido muy aficionado a la arquitectura. Cuando era un niño en la educación primaria, me gustaba hacer dibujos en los márgenes de mi cuaderno, sobre todo en las clases de matemáticas. Nada me ayudó tanto a ser un gran dibujante, como aquellas clases de matemáticas dadas por el Padre Angulo, padre escolapio que curiosamente tenía ese apellido, estaba predestinado.

Después en la educación secundaria, la afición de ese joven imberbe de trece años por dibujar en clase cada vez que me aburría, continuó, sobre todo en las clases de física. No diré ni una palabra de ese pésimo profesor y peor persona. Lo curioso es que, sin percatarme de ello, en mis márgenes cada vez aparecían más dibujos arquitectónicos. Toda esta inclinación se reforzó con los años, sin nadie que me animara a ello.

A ratos libres, como joven sacerdote, gustaba de coger el papel y bosquejar edificios. Un buen día, allá por el año 2004, se me ocurrió esta idea: ¿por qué no hacer un edificio que reuniera todos los ministerios de la capital? Durante ratos perdidos, fui perfilando ese macroedificio. Cuánto disfrute en esa fantasía. El edificio que originalmente era un gran rectángulo, acabó

transformándose en una construcción que tenía el aspecto de varios pilares colosales unidos por arcos.

En los años siguientes, fui desarrollando no sólo ese edificio de ministerios, sino todo un sector gubernamental alrededor de esa construcción. Poco a poco me fui olvidando de la idea en los años siguientes. Pero, en el año 2009, mientras escribía una novela titulada *Torres Góticas*, tuve la idea de un proyecto arquitectónico que albergase a la Curia.

Al principio, iba a albergar sólo a la Curia en un gran claustro. Allí acababa todo. Pero conforme redactaba esa novela, la primitiva idea inicial fue ampliándose. Al final, tuve que poner un punto final a la descripción del edificio. De lo contrario, el edificio de la Gran Curia hubiera invadido toda la historia.

Pero, a ratos libres, especialmente cuando me iba a dormir, me gustaba imaginarme esa construcción. De ahí mi mala conciencia. Siempre me acostaba orando, y durante mucho tiempo la tentación de abandonarme a estas fantasías, fue casi irresistible. Puedo asegurar que bajo mi edredón, en el calor de mi cama, fui un arquitecto feliz.

Era para mí tan deleitoso ir imaginando cómo dar la noticia al Mundo por parte del Vaticano, cómo trasladar por fases las congregaciones, cómo formar desde cero la Guardia Romana. Cómo se haría la primera convocatoria de cien plazas, y como estos primeros se formarían en la Guardia Suiza. Era tan deleitoso imaginar la apertura de más y más filiales de universidades eclesiásticas en esos claustros, o el lento embellecimiento de la antigua basílica constantiniana.

Durante los meses siguientes, pasé a dar por descontado que el Celio si se crease, crecería. De eso no cabía ninguna duda. Hacía ya mucho que de un claustro había pasado a tres, y después a nueve. Llevaba meses fantaseando con esta idea, cuando me apercibí de que debía empezar a poner los detalles por escrito. De lo contrario, al cabo de unos años quedaría en mi memoria la idea general, pero no el cuadro entero con todos sus pormenores. Ahora me parece increíble, que durante varios meses no hice ni una sola anotación, ni un solo dibujo. Todo era una ensoñación llamada a desvanecerse. ¿Qué futuro tuvo durante esos primeros meses el Celio? Su único futuro era ser olvidado.

Pero precisamente por hallarme escribiendo mi tesis, el Celio estaba abandonado, casi lo mismo que lo estuvo la basílica vaticana durante el tiempo del destierro de los Papas en Avignon. Durante varios meses, cada vez que retornaba al proyecto, lo hacía con la nostalgia del que está convencido de que todas aquellas columnas, aquellas bóvedas, aquellos subterráneos, estaban destinados a sumergirse en las aguas del olvido.

Por viva que estuviera la idea entonces, me di cuenta de que los años la irían desdibujando como una niebla que se va apoderando de unas formas lustro tras lustro más difuminadas. Sabía que unos pocos apuntes seguirían morando en un rincón de mi ordenador. Seguro que el mismo archivo Word quedaría olvidado durante años.

Siempre había tenido aprensión a hablar del Celio con nadie. Lo más caritativo que los que me oyeran podrían pensar de mí era que me había vuelto completamente loco. *Al menos, se trata de un loco no peligroso*, precisarían llenos de benignidad hacia mí. Pero cuando una buena amiga mía, Carmen, me vino a visitar a Roma, me animé a explicarle esta idea en uno de nuestros paseos.

Ella era una importante directiva en una empresa de decenas de miles de empleados. A mi paciente acompañante, durante aquel largo paseo, no sólo no le pareció un signo de que mi cerebro se había reblandecido, sino que lo que le sorprendía era por qué una cosa así no se hubiera hecho ya. Sus palabras llenas de contundencia me infundieron mucho ánimo: la cuestión no era el grado de locura del autor que implicaba ese proyecto, sino que la cuestión pasó a ser por qué no existe ya.

Al día siguiente, mientras esperábamos un ascensor, comenzamos a barajar muchos nombres para el proyecto: Sedes Matris (Sede de la Madre), Neovat, Domus Ecclesiae (Casa de la Iglesia), Neoathos, Domus Matris (Casa de la Madre), Materissima (Madrísima, quede claro que un nombre tan extremadamente dulce fue una idea de ella), Aedificium (Edificio), revisé nombres de montes bíblicos, distintos nombres latinos. Pero nada, ningún nombre me convencía. Al final, sin mucho entusiasmo, lo dejé en Celio, la cual era una de las primitivas Siete Colinas de Roma. El nombre tenía el modesto atractivo de parecerse mucho a la palabra latina para referirse al *Cielo* (Coelum). Pero el nombre tampoco poseía muchos más atractivos. Todavía sigo pensando que el proyecto tendrá algún nombre definitivo mejor que todavía no se nos ha ocurrido. Borges, tal vez, me diría con su voz de esfinge que ese nombre fascinante e incógnito se haya guardado en un receptáculo de marfil dentro de una caja fuerte en una cámara del segundo claustro.

Cuestiones borgianas aparte, quiero insistir en que este escrito nació del modo más modesto posible. Todo se limitaba a un *dejaré unos cuantos apuntes para acordarme del proyecto dentro de diez o veinte años*. Después, desde un punto de vista literario, comencé a decirme a mí mismo que se trataba de algo novedoso: un libro en el que el personaje es un edificio. Un libro en el que se



entra, y donde la escritura y arquitectura se confunden. La escritura se hace *constructio*, y el *aedificium* se hace *scriptura*.

En mi potencia imaginativa, como diría Santo Tomás de Aquino, el complejo se transformaba en escenario: me imaginaba a un Papa tratando de convencer al Colegio Cardenalicio, me imaginaba a otro Papa pasando temporadas en uno de los claustros en vez de ir a Castelgandolfo, para así animar el proyecto con su presencia. Me imaginaba situaciones de emergencia interna. Situaciones de emergencia externa en las que los portones de todas las murallas se clausuraban.

Me imaginé un cónclave dentro del complejo. Visualicé entierros de Papas. Masas ingentes de fieles visionando las ceremonias pontificias en las pantallas repartidas en todos sus claustros. Visitas de jefes de Estado, concilios siendo celebrados allí. Filas de cientos de obispos avanzando hacia el presbiterio para concelebrar en misas multitudinarias como no las ha conocido todavía la Historia.

En mi pequeña, estrecha, habitación de mi colegio romano (donde estaba haciendo mi tesis doctoral en Teología) me dormía imaginando esas amplitudes, esos laberintos, esas salas, y las miles de novelas que podían generar. Seguro que ninguno de mis compañeros pudo sospechar qué pensamientos moraban tras la puerta de mi habitación. Si lo hubieran sabido, se hubieran preocupado. Menos mal que la piel oculta como un velo los objetos de nuestra mente.

Yo estaba inmerso en la redacción de mi tesis doctoral en Roma, cuando esta idea afloró con toda su fuerza en mi pensamiento. Cuánto más me interesó dedicarme a este edificio imaginario que a mi tesis. Pero fui fuerte. No sacrifiqué tiempo alguno de mis

estudios para dedicarlo a esta fantasía. Por eso, las horas nocturnas se convirtieron en el refugio de esta idea.

Fue la conversación con aquella amiga mía, Carmen, que me vino a visitar a Roma, la que me animó a retomar las obras y sacar la idea en forma de libro breve. Así fue como el proyecto de los nueve claustros surgió de la oscuridad, a la que yo mismo lo había relegado.

El Celio fue madurando en mi mente durante dos años, hasta la mitad de agosto de 2011. En ese momento, decidí dedicar dos o tres días a revisar mis apuntes sobre el proyecto de los nueve claustros. Iluso de mí, de ningún modo me podía imaginar que necesité varias semanas de trabajo para esa revisión. El *edificio* siempre requería más.

Fue así como empecé, en serio ya, a escribir esta *descriptio architectonica* (descripción arquitectónica) que ha llegado a tus ojos. Descripción que pensé que iba a ser extremadamente breve. Por mucho tiempo pensé que todo se resolvería en unas treinta páginas. Iluso de mí. Los breves apuntes iniciales de naturaleza completamente personal, se transformaron en una obra breve. La obra breve se tornó, definitivamente y con resolución, en libro.

El esbozo inicial se completaba y se reinventaba una y otra vez añadiendo ampliaciones, alzando cosas y acciones sobre lo ya construido. En los laberintos de mi memoria se archivaban no sólo la obra, sino las sucesivas fases de cómo hubiera evolucionado la obra. Así fue la historia de este texto interrumpido y reanudado. Un texto mecido en mi lecho, abandonado y abrazado de nuevo. Un libro que se discutía a sí mismo. Se discutía y se interrogaba a medida que iba erigiéndose. ¿Es realmente necesario algo así? ¿Es conveniente? ¿Es una

ayuda o un escándalo? Al final, creo haber escrito un poema de amor a la Iglesia. ¿Es que el Neovaticano no es acaso otra cosa que un eco de la Creación? *Fiat petra*, que se haga la piedra. Que exista de forma visible un jardín de los faisanes y azucenas en cuyo centro se halle la Fuente de cuyos siete caños mana Agua Viva.

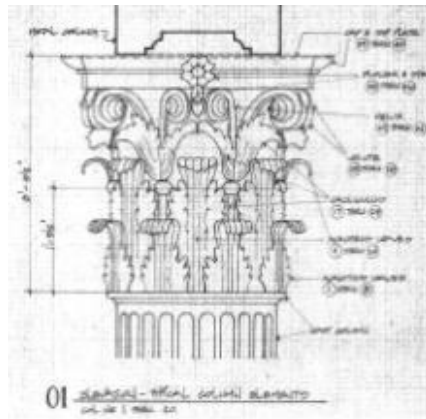
gembo fletis cam amatis tencal  
gnus lacrimis 7 suspuris. et q̄pli  
uens pectus suum dixit. Tu e

A . M . D . G.





# Apéndices



## V Parte

---

### Apéndice I: un templo para el Templo

En la nave central hay 99 pilares que sostienen 81 arcos, los cuales sirven como salidas para la masa congregada allí en las grandes celebraciones.

Esos pilares hacen la función de escaleras de subida. Pues tanto en los pilares como en los arcos hay hornacinas y pequeños retablos que sirven como marcos para las 7.000 reliquias que el empeño de Clemente XV, Inocencio XIV y León XVI emplazaron allí.

Las reliquias no sólo están por fuera. Sino que por dentro, los pilares suponen una sucesión vertical de reliquias.



La leyenda popular de los trabajadores laicos del lugar, repite que el complejo de los nueve claustros forma una losa. Y que esa losa cierra la Puerta del Infierno. Algunos sacerdotes han tratado de cristianizar esa idea popular, diciendo que esa losa es la losa del sepulcro de Cristo, la losa del resucitado.

Sí que es cierto que los claustros están como sobre un pedestal. Pero ese pedestal es simplemente el que cubre el nivel dedicado al transporte subterráneo.

## **71. Tiempo de Adviento y Navidad**

El sábado, en las primeras vísperas de adviento, la procesión ingresa en la Nave a oscuras, pero precedida de un cirio más pequeño que el cirio pascual.

Durante la primera semana de Adviento, en vez del Evangelio, se porta el rollo de profeta Isaías. Este rollo no es el Evangelio, pero aparecen bellísimamente señaladas las partes que hablan del Mesías.

En la misa magna de los siete primeros días de Adviento, la procesión va precedida no por la cruz, sino por una luz, que como se ha dicho, no es un cirio sino una vela grande. Cada día de esa semana se añade otra vela y el rollo de otro profeta. Así hasta el segundo domingo de Adviento, en que la procesión porta nueve velas y nueve rollos. Esta característica de la procesión continúa hasta el tiempo de Navidad.

Los que llevan los rollos de los profetas van vestidos como profetas judíos, con sus túnicas y mantos, y se escoge a individuos que tengan barbas y rostros que recuerden a los profetas del Antiguo Testamento. Desde que se inició esta práctica, estos nueve portadores de los rollos se escogieron entre los conversos de la comunidad judía que habita en el Celio, y así ha continuado hasta hoy.

En la misa de víspera de cada domingo de adviento, se enciende una nueva vela de la corona de adviento situada en el lugar exacto del Cirio Pascual. El cual cirio es retirado de ese lugar, porque es la corona la que lo sustituye. Una corona fastuosa sobre un cuádruple pedestal de caoba. Cada vela de esa corona tiene la

mitad de tamaño del cirio pascual. Y su candelabro de bronce tiene también una tercera parte del candelabro del cirio.

La distancia del emplazamiento de la corona de adviento respecto al otro extremo de la Nave, hace que sean un obispo, presbíteros y diáconos situados en la presidencia del Solio de la Palabra, los que enciendan ritualmente las velas de la corona.

La corona permanece allí en vez del cirio pascual, hasta el comienzo del tiempo de navidad. Desde la Misa de Gallo, en el lugar de la corona de adviento se coloca una especie de pequeño arbolito de bronce que sostiene varias velas. El cual representa al Árbol de la Vida que es Cristo. Allí está en vez del cirio hasta el comienzo del tiempo ordinario.

En la Misa de Gallo, la procesión, presidida por el Papa, avanza gradualmente por la Nave como es habitual. Cuando se canta el aleluya antes del Evangelio, el Papa avanza hasta el Belén. La parte inferior del Trono de la Palabra con las columnas que lo sostienen, simboliza el establo. Y allí se coloca todo del modo más fidedigno posible, con hierba, ovejas, y figuras realistas.

El Papa penetra en ese establo, se arrodilla ante el Niño, después da unos pasos hacia llegar hasta el pesebre. Allí, arrodillado, besa al Niño. Finalmente, lo toma en brazos para besarlo por segunda vez.

Durante la Misa de Gallo, los personajes de ese Belén, San José, la Virgen y los pastores son personas reales con fidedignas vestiduras judías de época. La imagen del niño, dotada de flexibilidad y blanda al tacto, es de un realismo admirable, como si de verdad se tratase de un niño recién nacido. Cuando el Santo Padre toma en sus brazos al Niño para besarlo, verdaderamente parece que el Papa se introdujera en el auténtico establo de hace



dos mil años. Esas fotos del Papa con el Niño siempre recorren el mundo en Navidad.

Después, el Santo Padre sale fuera del Belén, quedándose justo delante de la Sede de la Palabra. Allí escucha el Evangelio arrodillado en un reclinatorio, colocado justo delante del nacimiento. Viendo con los ojos, lo que escucha con los oídos. Acabado el Evangelio, se dirige a su asiento situado a veinte metros de la Sede de la Palabra. Desde allí es donde ofrece la homilía.

Después de la homilía, durante toda la misa, los laicos formando dos filas avanzan hacia el centro para besar al niño. En el otro lado de la Nave, hay otras dos filas para besar al niño. De forma que la adoración del Niño continúa ya de forma ininterrumpida durante toda la eucaristía. La misa es adoración de Dios. Y esa adoración del Niño se integra en la liturgia sin interferir con ella, sino como parte de ella. Todos los que están en las filas para besar al Niño siguen viendo la misa a través de las pantallas repartidas por la Nave.

Tras la consagración, un diácono deja en el centro del altar mayor, el altar del baldaquino, un Niño Jesús de tamaño natural, hecho en oro, marfil, plata y diamantes. La figura del Niño tiene en su pecho una puertecita dorada de dos hojas. Esa puertecita con inscripciones y relieves de lirios está cerrada, pero detrás, en su pecho se contiene una forma eucarística. De manera que los adoradores adoran la presencia de Jesús en esa imagen.

Cuando se comienza la purificación de los vasos sagrados en ese altar, una procesión parte del altar mayor hacia el lado este de la Nave. Allí, en el lugar del Cirio Pascual (retirado desde el comienzo del Adviento), se coloca a este Niño Jesús entre cojines de seda en una mesa que parece una gran jamuga de madera tallada y recubierta de oro.

Por la noche, cuando se cierra al público la Nave Central, esa imagen del Niño se lleva con toda solemnidad en procesión a la capilla del Basilicarión donde hay adoración permanente. Durante el día, todo el tiempo litúrgico de la navidad, siempre hay personas adorando a la Eucaristía en esta imagen del Niño.

Como se ve, en el lado oeste de la Nave, el establo es reproducido de forma muy realista bajo la Sede la Palabra. Mientras que en el lado este de la Nave, la imagen del Niño manifiesta los tesoros espirituales contenidos en Él. En un lado prima lo histórico, en el otro lado la representación se centra en el Misterio rodeado de magnificencia.

En este ceremonial navideño, el Papa venera al Niño cerca del comienzo de la misa (antes del Evangelio) al entrar por un lado de la Nave, y lo venera al salir por el lado opuesto. Pues cuando ya abandona la nave, acabada la misa, vuelve a arrodillarse y besar la imagen del Niño colocada en el lugar donde antes estuvo la Corona de Adviento.

El día de la Epifanía, tres magos con una gran comitiva se acercan al establo trayendo verdaderamente oro, incienso y mirra. De nuevo se prima la veracidad histórica en la recreación. Vienen montados sobre diez camellos y una cincuentena de servidores.

El Día de los Santos Inocentes se coloca delante del establo las urnas de setenta bebés muertos, en recuerdo de todos los niños abortados en el mundo. Las urnas metálicas tienen forma de niños acurrucados dormiendo. Dentro de esos recipientes, descansan hasta su resurrección los cuerpecitos de esos niños muertos. Los niños murieron de causas naturales en los hospitales del Celio, pero las familias donaron sus cuerpos para que descansaran en la zona sepulcral del Templo en recuerdo de los niños abortados.

Acabado el tiempo de Navidad, las setenta urnas de los niños retornan a la zona sepulcral donde reposan todos juntos alrededor de un ángel de mármol blanco que los acoge y cuida maternalmente. Un recuerdo constante acerca del drama del aborto para todos los que visitan la zona de los sepulcros.

El lugar era tan hermoso, que en los años siguientes más y más madres siguieron trayendo los cuerpos de sus hijos difuntos para que reposaran allí. Formando una gran pared con arcos pequeñitos, ya descansan allí unos mil infantes muertos al nacer. Sobre esa pared, ángeles erguidos, protectores, se alzan majestuosos. Ésta es una de las partes más populares de la zona sepulcral. Se dice que cada año cientos de madres que abortaron se arrepienten y confiesa, al pasar por allí sin saber que eso estaba allí. Vienen por turismo y se marchan tocadas por la gracia.

Una curiosidad. Durante muchos años, en el ceremonial de la Misa Magna, los Papas se dirigían directamente al Solio de la Santa Sede. Pero el deseo de besar al Niño Jesús hizo que algunos Sumos Pontífices comenzaran en Navidad la práctica de presidir la procesión que recorría longitudinalmente la Nave. Desde el Crucifijo, pasando por altar mayor y finalizando en el Solio de la Santa Sede. Esa costumbre de presidir la procesión, finalmente se extendió a otras muchas misas. Si el Papa decidía presidir la procesión, se colocaba una sede en el centro del espacio coral que rodeaba a la Palabra.

Pero hay que hacer notar que cuando los Papas iban envejeciendo, se sentían incapaces de recorrer el largo espacio que iba desde el Crucifijo hasta el Altar Mayor. De ahí que casi todos los Papas acababan sus pontificados presidiendo la misa cómodamente sentados en el Solio de la Santa Sede.

## 72. Protocolo para la Muerte de un Príncipe de la Iglesia.

Cuando muere un cardenal en el Celio, la comprobación de la muerte, traslado del ataúd y funeral *de corpore insepulto* siguen los rituales e indicaciones marcados en el *Protocolo para la Muerte de un Príncipe de la Iglesia*. Todo este protocolo está prescrito, únicamente si el purpurado fallece en el Celio.



### Levantamiento del acta.

Tres canónigos del Basilicarión, revestidos de hábito coral, se aproximan al lecho para levantar acta de su fallecimiento. El primer canónigo dice: Cardenal N., ¿me escucha? Si no hay respuesta, el segundo canónigo, sacudiéndole levemente el hombro, con delicadeza, le pregunta: Cardenal N., ¿vives? Si no hay respuesta, el tercer canónigo concluye: Que los ángeles hayan salido a tu encuentro, y que el juicio de Dios te haya acogido con misericordia. Amén.

Entonces, el canónigo notario levanta acta. Lo hace escribiendo sobre un folio de grandes dimensiones, que normalmente se lleva o plegado o enrollado. Allí en sus columnas es donde se van escribiendo las defunciones de los purpurados en el Celio. Bajo cada nueva anotación, breve y concisa, dos canónigos firman, y el que porta el sello sella con tinta roja en medio de las dos firmas. Levantada el acta, los tres canónigos rezan un responso.

Acabado el funeral, el acta queda expuesta en la Biblioteca del Claustro Cardenalicio, que está abierta a las visitas.

El acto del levantamiento del acta por la muerte de un cardenal, es privilegio del Cabildo del Santísimo Salvador, que es el cabildo situado en la Nave Central. Y el Canónigo Ceremoniero es el encargado de organizar todos los actos que conlleva la muerte de un purpurado desde que se levanta acta hasta que se entierra.

Los sacerdotes que viven en el Celio, cuando ven a estos tres canónigos por la calle, saben que se dirigen a levantar acta, porque uno lleva en un cilindro de cuero el acta. Se trata de un tubo grande y fácilmente reconocible. Además, otro de los canónigos lleva en su mano una bolsa de terciopelo con el sello. Si algún obispo quiere asistir a esta ceremonia, el traje propio para ella es la sotana morada. Los clérigos que acompañen a los canónigos, y los canónigos mismos, irán en grupo pero no de un modo procesional. Pues se trata de una ceremonia de carácter civil: el levantamiento de un acta.

Pero con el tiempo se vio que casi siempre había sacerdotes, obispos y hasta cardenales que deseaban asistir a esta ceremonia. De forma que se estableció un procedimiento para satisfacer ese deseo. Cuando se notificaba al cabildo el fallecimiento de un purpurado, inmediatamente en la página web de los cardenales, se comunicaba la hora a la que los canónigos encargados saldrían de la sacristía de la Nave Central, para dirigirse al levantamiento del acta. Si el cardenal difunto se había retirado muchos antes, no solía ir nadie con los canónigos. Pero si el cardenal era una figura muy reconocida, normalmente varios obispos y sacerdotes querían acompañar a los canónigos.

El canónigo que preside el levantamiento del acta es el que determina cuántos y quienes pueden entrar en la habitación del difunto. Por pequeña que sea la habitación, siempre hay espacio

para los tres canónigos (situados a los pies de la cama), y otros tres a cada lado del lecho. Si son muchos más los acompañantes, los canónigos designan quienes se quedan a la puerta de la habitación (del hospital o de la residencia) y quienes a la entrada del hospital. Si a la entrada de la residencia se congrega un grupo de unas diez o quince personas, como suele ser habitual, al salir los canónigos se suele desplegar el acta y leerla, y después se da lectura al testamento del purpurado. El Cabildo del Santísimo Salvador es el encargado de custodiar los testamentos del Colegio Cardenalicio.



### **Traslado del ataúd a la iglesia**

Un tiempo después, normalmente medio día después, se traslada el ataúd a la iglesia que se haya dispuesto en el Celio para exponer el cadáver hasta el funeral.

La procesión va precedida de la cruz con dos ciriales, seguida de tres canónigos revestidos con capas pluviales negras. Tras el cuerpo del purpurado, portado por criados con libreas, va un grupo de siete personas pertenecientes al Servicio de Protocolo del Celio. Tras ellos, cuarenta soldados de la Guardia Romana con sus picas. Precedidos por tres banderas negras, mezcla de terciopelo y seda.



## Exposición del féretro

El féretro se expone tres días íntegros. Antes sólo se exponía durante un día, pero es muy curioso comprobar la fascinación que ejerce la muerte en la gente. Cuando se expone el ataúd de un purpurado, es como si todo el mundo quisiera pasar por delante para verle de cerca. Al final, hubo que alargar a tres días el tiempo de exposición del féretro.

Justo delante del ataúd, se coloca su galero. A los dos lados, su cruz pectoral a un lado, y al otro su anillo y el cilindro con el *títulus* de su nombramiento. El bello folio manuscrito con el acta de defunción, se coloca desplegado delante de estas tres pequeñas mesas forradas de terciopelo.

Cada uno de esos tres días, a las tres de la tarde, se reza la hora nona con ornamentos negros con el féretro colocado en el centro. Acabado el rezo de la hora, tiene lugar un rito específico llamado *Ritual de bendición del cadáver de un purpurado* que dura unos cinco minutos. Durante ese ritual, se recitan varias antiquísimas oraciones. Después de la primera de esas oraciones, hay una aspersion con agua bendita alrededor del féretro. La segunda oración, tiene intercaladas tres bendiciones del celebrante en dirección al cadáver. Después de la tercera oración, se inciensa alrededor del féretro.

La razón que se ofreció para este ritual fue que un cardenal tiene una responsabilidad moral mucho mayor que un obispo, y tendrá que dar muchas más cuentas a Dios por sus decisiones. Y que por eso la Iglesia le ayuda ofreciendo más sufragios por su alma.

Las oraciones del primer día están más dirigidas a pedir a Dios gracias de arrepentimiento y santificación para los momentos

previos a la muerte. Para Dios no hay tiempo, así que escuchará esas oraciones. Las oraciones del segundo día insisten más en que pedir gracias para él en el momento de la muerte y el juicio particular. Las oraciones del tercer día insisten más en ayudarlo en el purgatorio.

Este ritual de bendición tiene una apariencia muy arcaica, en él se cantan siete antífonas, e intervienen con funciones específicas todas las órdenes menores y mayores. Los canónigos del Basilicarión dicen: *No todos pueden asistir a los funerales de un Sumo Pontífice, pero sí que pueden asistir a los ritos funerarios de un príncipe de la Iglesia.*



### **Traslado al cementerio**

Después de la misa de funeral, la procesión se dirige al cementerio de los cardenales. En el cementerio, el ataúd es enterrado en tierra. Hasta que treinta años después, sus huesos son exhumados y colocados en una pequeña arca, que será emplazada en un sepulcro definitivo situado en la cripta del Templo Cardenalicio.

En la procesión al cementerio, el féretro va precedido de la cruz procesional y dos ciriales. Tras ellos van un ostiario, un lector, un exorcista, un acólito, y un subdiácono. Cada uno lleva en la mano un símbolo que el identifica: una llave, un rollo, un pequeño ritual, etc. Tras estas cinco personas revestidas con alba, les siguen dos diáconos con dalmáticas negras, y un presbítero en el centro con capa pluvial negra. Cierran este grupo de la cabecera, dos obispos y un arzobispo en el centro. Todos ellos con capas



pluviales negras y mitras también negras. En el caso de que asistiera un cardenal a esta procesión, iría detrás de estos obispos, revestido con las vestiduras de un cardenal apostólico de luto, es decir, con galero negro y capa negra doblada sobre su cogulla roja, al modo de una toga.

Detrás del féretro, van los familiares y amistades más íntimas del difunto. Tras ellos van las tres banderas negras y seis guardias romanos. La procesión acaba con los cuarenta canónigos del Basilicarión.

Como se ve, la procesión del ataúd hacia la iglesia es una procesión con más preeminencia de lo civil. Simbolizada esta presencia civil del Celio por la Guardia Romana y el Servicio de Protocolo. Mientras que en la procesión al cementerio, tiene más preeminencia lo eclesiástico. Simbolizada ésta por las órdenes menores y muchos más canónigos.

Tanto el galero, como la cruz pectoral, el anillo y el *títulus*, en ambas procesiones (la de traslado a la iglesia, como de traslado al cementerio) van portados sobre cojines tras el féretro. Tres criados con librea los llevan sujetos sobre cojines.

Al principio, este protocolo era más sencillo. Pero, como se ha dicho, la fascinación de la muerte hizo que este acto se fuera haciendo más y más solemne. Protocolo que, al fin y al cabo, lo que dejaba claro a todos es que había muerto un príncipe del Reino de Dios, uno de los grandes de la Iglesia.

Todo este protocolo se sigue únicamente en el caso de los cardenales. Para los obispos y el resto de clérigos, sólo se reza un responso junto al lecho.

## 73. El Cementerio Occidental

Desde que se decidió crear la primera cripta mortuoria en el Templum Quadratum, se aprobó simultáneamente la creación del Cementerio Occidental. En ese cementerio se inhumarían los cuerpos en tierra. Sólo diez años después, se recogerían los restos para colocarlos en pequeñas arcas y urnas, y depositarlos en la cripta. Sólo aquellos difuntos depositados en cajas de metálicas y con la tapa soldada, pudieron ser enterrados directamente en las criptas. Pero estos eran los menos, pues esas cajas eran costosas y ocupaban mucho más espacio.

Con la creación de la zona sepulcral en el Basilicarión y su cripta, el Cementerio Occidental siguió creciendo. Desde el principio, el cementerio había sido diseñado como un gran cuadrado de césped verde, sobre el que se colocaron las lápidas de mármol blanco formando una cuadrícula. Todo tiene una apariencia muy verde, pues incluso los caminos entre los sepulcros son de la misma tonalidad del césped.

En ese prado descansan cien pequeñas losas. Las losas son de piedra caliza, cuadradas aunque en forma de cruz, como las del cementerio de guerra de La Cambe (Bayeux). Tienen dos palmos de longitud por cada lado. Allí es donde consta el nombre y otros datos del finado.

En esa placa de piedra artificial, que no se inscribe a mano, sino mecánicamente, consta el nombre, las fechas en las que vivió y su grado de orden. En las lápidas de mármol blanco de los cardenales, sí que hay un recuadro central donde consta el escudo

cardenalicio, y, normalmente, un epitafio compuesto por el mismo clérigo en vida.

En ese verde cuadrado, realmente hay noventa y nueve sepulcros, y uno en el centro vacío, abierto, con la lápida medio corrida hacia un lado. En esa losa está inscrito en latín: Aleluya, Aleluya, resucitó.

Como ya se ha mencionado, el aspecto general de este camposanto recuerda mucho al del Cementerio de La Cambe: un cementerio horizontal, verde, en el que se levantan grupos de cinco cruces alineadas. En el centro del cuadrado se levanta un montículo con una cruz céltica. Una cruz de varias toneladas de peso. El sepulcro vacío está delante de ella.

Conforme creció la demanda funeraria del Celio, de este cuadrado central partieron ocho caminos serpenteantes, exuberantes de vegetación silvestre. A ambos lados, aquí y allí, se dejan ver más sepulcros. Todos ellos simples, con la apariencia de piedras miliarenses romanas, de aras, o como un tosco rectángulo de dos metros de largo con una tapa que parece un tejado. Sólo ha habido cinco millonarios que han pagado un sepulcro mucho más bello, turriforme. Estas cinco reproducciones del Mausoleo de los Julios de San Remy están repartidas por los caminos que circundan ese cuadrado central del Cementerio Occidental.

## **74. Solemnidad de Todos los Santos**

El 1 de noviembre, Solemnidad de Todos los Santos, se colocan en la Nave Central unos cien iconos de santos, unos doscientos

relicarios notables y unas doscientas cincuenta figuras. Tanto los iconos como las figuras tienen todos el mismo tamaño.

Todo este santoral se sitúa en el extremo oriental de la Nave Central. Allí los fieles pueden rezar ante las imágenes y reliquias y venerarlas. Dado el esfuerzo que requiere mover todos estos elementos, se quedan allí durante nueve días. Después, todos los iconos y reliquias retornan a sus lugares respectivos, dispersos en las paredes de la Nave Central.

Las figuras de tres metros de altura, parecen estatuas de mármol, pero no lo son. De lo contrario no podrían ser movidas cada año. Las figuras rodean el perímetro de la Nave Central a diez metros de altura, como si de la Columnata de Bernini se tratase. Son subidas con montacargas específicos situados en las paredes de esa nave. El sistema de traslado está muy estudiado, y se realiza con facilidad.

Pío XIII fue el Papa que promovió este modo de celebrar el 1 de noviembre en el Basilicarión. *La impresión que tiene que dar, explicó este Papa, es que los santos del Cielo han bajado a este lugar a celebrar con nosotros esta solemnidad. El Basilicarión es único, y único debe ser el modo en que se festeje aquí.*

## **75. Solemnidad de Todos los Difuntos**

Al cabo de diez años, los ataúdes del Cementerio Occidental se van desenterrando para extraer lo que quede de los cuerpos. Las urnas de metal con los restos se van colocando día tras día en una cripta de ese mismo cementerio. El 2 de noviembre de cada año, hay una magna procesión en que se llevan entre cien y doscientas

cajas a la Cripta de la Archibasílica. Se trata de una procesión magna que llama la atención por las capas pluviales negras y los pendones del mismo color, así como por los treinta tambores que son tocados de un modo lento y luctuoso. La procesión deposita todas esas urnas en una larga galería de la cripta. Esa galería se puede ver desde fuera, pero está cerrada por una reja. A lo largo del año, esas urnas serán colocadas en sus sepulcros definitivos.

Cada 2 de noviembre se celebran cuatro solemnes misas de difuntos: en la Nave Central, en la Cripta del Basilicarión, en la Zona Sepulcral de la misma archibasílica y en el Cementerio Occidental. Los cardenales revestidos con el traje coral de luto, que es enteramente negro menos el galero, asisten todos a una sola de estas misas, que cada año es en uno de estos cuatro lugares. Como la misa en el Cementerio Occidental es al aire libre, si llueve o amenaza lluvia, los purpurados transfieren la celebración al lugar de turno siguiente. Aunque cada año sólo una es la gran celebración cardenalicia funeraria, en los cuatro lugares citados y en la procesión, siempre asiste un cardenal revestido de luto.

En el extremo occidental de la Nave Central se colocan veinticinco túmulos. En esos túmulos se colocan las urnas con los restos que se guardan en la galería, para colocarlos ese año en los sepulcros. Muchos años antes, el 2 de noviembre los peregrinos iban a la Cripta y a la Zona Sepulcral. Pero si un día normal esa zona ya estaba muy concurrida, ese día era imposible realizar allí otras celebraciones que las imprescindibles.

De ahí que dado que no se podía introducir más gente en las zonas funerarias, se pensó en disponer los veinticinco túmulos. Así la gente podría, digámoslo así, visitar un cementerio, y, también, meditar acerca de la fugacidad de la existencia.

No sólo eso, entre los túmulos se disponen ocho mesas cuadradas de seis metros de lado, cubiertas de tela blanca. Sobre ellas se colocan, las osamentas de dieciseis difuntos. Son huesos completamente descarnados. Se colocan en cada mesa en dieciseis montones con la calavera de cada uno en un extremo. Y en el otro extremo la placa con su nombre, un epitafio y una reseña de quién fue.

Entre los difuntos hay laicos, niños, religiosas, clérigos y monjes. Si el difunto fue un clérigo, se coloca al lado del montón de huesos el galero, la mitra, la sotana con la que fue enterrado. Normalmente están en pésimo estado, pero precisamente lo que se busca es mostrar a los ojos de todos un sermón visual acerca de la vanidad de la vida. Delante de cada osamenta se coloca una gran cartela, con un gran marco dorado, con un versículo de la Biblia o un pensamiento espiritual.

El 2 de noviembre tiene lugar junto a cada una de esas mesas con osamentas un sermón. Los sermones veinticinco sermones, realizados a distintas horas del día, son en distintas lenguas. La afluencia de peregrinos es tan notable que hay dos sermones cada hora. El predicador se sitúa junto a esas mesas, aunque la megafonía hace que resuene en toda la Nave Central.

Al principio, los túmulos y las mesas con las osamentas se colocaban en el corredor perimetral del Basilicarión. Pero la afluencia de gente impedía totalmente el movimiento en el Templo. Hubo que trasladar estos usos a la Nave Central. Resulta interesante observar que la Nave Central es el corazón del Templo. Corazón que cambia según la solemnidad que se celebra. Unas veces se coloca en un lugar central el tenebrario, otras el cirio pascual, otras se colocan santos, otras difuntos. Unas veces

entra la procesión del Via Crucis, otras es una representación del Niño Jesús en Belén.

Para los peregrinos que busquen pasar un día de oración, se les proponen cuatro actos. Comenzar el día con la magna procesión funeraria. Hacer un rato de oración personal en una iglesia. Ir dos horas después a escuchar misa en la Nave Central o en otra iglesia o capilla. Después del almuerzo, escuchar uno de los sermones que tienen lugar junto a los túmulos. Hacer un rato de oración personal en una iglesia. Y asistir al solemne responso que tiene lugar ante el pórtico de entrada a la zona de los sepulcros del Templo.

Los turistas van a unos u otros actos. Los peregrinos más espirituales articulan su jornada en torno a estos cuatro actos: procesión, misa de difuntos, sermón sobre la vanidad de la vida y el solemne responso.

En la Solemnidad de Todos los Santos, los peregrinos también pueden articular su día en torno a cuatro actos paralelos a los del Día de Todos los Difuntos: procesión, misa, predicación y oración conclusiva. La procesión solemne, con todas sus mitras y capas pluviales blancas, entra por el pórtico principal y tiene como destino la zona donde se han colocado las reliquias en la Nave Central. Durante la procesión se reza la más larga letanía de los santos del año, más de quinientos santos entre cuyos nombres se van intercalando cantos.

Las predicaciones del Día de Todos los Santos tienen lugar en el sector donde están las imágenes de los santos. La oración conclusiva del día. La oración conclusiva que es conocida por todos como la *Incensación*. Porque mientras se incensan las reliquias se continúa la larga letanía de los santos. Después se

hacen una serie de plegarias y se bendice al pueblo allí congregado. Como se ve, los cuatro actos centrales del 1 y el 2 de noviembre son muy paralelos entre sí. Y tanto los santos como los difuntos permanecen nueve días en la Nave Central.

En esos dos días, durante la misa de la Nave Central se arrojan pétalos de flores desde lo alto. Los pétalos son blancos el Día de Todos los Santos. En realidad no son pétalos naturales, sino una imitación muy fidedigna. Esos pétalos son arrojados desde un punto central del techo, para que caigan justo delante del presbiterio. Todos los pétalos caen en un espacio de unos sesenta metros cuadrados. Como no hay viento, no caen fuera de la zona prevista. Nadie pisa en esa zona, de forma que finalmente acaba como si hubiera caído una verdadera nevada, una espesa nevada. Pues los pétalos caen desde la consagración de las especies eucarísticas, sin interrupción durante unos ocho minutos. Simbolizando las gracias que se derraman desde el Cielo.

En total son doce los días en que esta lluvia de pétalos cae ante el presbiterio. En el día de la Asunción de la Virgen María también se arrojan pétalos rosas. El día de Navidad los pétalos son blancos, al igual que en la solemnidad de todos los ángeles y Corpus Christi. En Pentecostés son rojos. Y en Pascua de Resurrección son dorados.



## **76. La apertura del tríptico hebdomadario**

En la Nave Central hay cincuenta y dos pilares con un tríptico incrustado en ellos, más ocho dedicados a varias solemnidades. Estos pilares rodean el perímetro rectangular. La mayor parte de esos trípticos tienen unos seis metros de altura y son de estilo gótico, aunque también los hay románicos, renacentistas y hasta de otros estilos, pero guardando una misma línea estética. Cada uno de esos trípticos representa una de las semanas del año. Durante la misa magna del domingo se abren ritualmente las puertas del tríptico correspondiente a esa semana. Se hace el domingo por la mañana, porque no hay misa magna cada día. Y la misa de la víspera del domingo carece de la gente y los medios para la solemne apertura. Digo “medios” porque los trípticos están dispersos por las paredes de la Nave, de forma que sólo si se retransmite por las pantallas, la gente que asiste a misa puede ver la ceremonia.

La apertura del tríptico simboliza las gracias que se abren para los fieles en ese día del Señor y el resto de la semana. Otro simbolismo que encuentran muchos, es que Dios abre otra puerta en el Tiempo. Es decir, que nos abre otro sendero de siete días para que los hombres podamos discurrir por él. El tercer simbolismo que tiene esta apertura (que se realiza durante el aleluya) es ser un recuerdo de la Resurrección de Jesucristo. Es como si se abriera la puerta del Sepulcro, la Puerta de la Salvación.

Tras el primer verso del cántico del Gloria, un diácono con capa pluvial (flanqueado de dos diáconos con dalmáticas) se aproxima

al que preside la ceremonia y pide la bendición inclinándose. Tras recibirla se dirige a un lado, donde aguardan un grupo de unos setenta niños vestidos de ángeles. El alegre rebaño se dirige en grupo hacia el tríptico. Este alegre y revoltoso grupo va dirigido por sus pastores, que son sus padres. Ellos siguen a los tres diáconos que presiden y que van acompañados de unos diez o quince diáconos, o en su defecto acólitos. Los diáconos y los angelitos, se dirigen hacia el tríptico no en hilera, sino formando dos grupos.

Al llegar al tríptico, todos esperan delante de sus puertas cerradas a que acaben las lecturas. Los niños se colocan en dos grupos a cada lado del tríptico. Cuando acaba la segunda lectura, el diácono principal hace una brevísima oración sotto voce, bendice el retablo para que los que lo vean se sientan elevados hacia las cosas que representa, y se aproxima al centro donde saca los tres ganchos que cierran la parte central. Después los adultos, “ayudados por los niños”, tiran de las cuatro cuerdas que abren las puertas. Mientras, el diácono canta el aleluya (la parte no coral), que con los micrófonos resuena en toda la Nave Central.

Aunque dadas las dimensiones de la Nave Central, la gente estaría demasiado lejos para ver esta apertura, las cámaras de televisión muestran en las pantallas esta ceremonia particular dentro de la ceremonia general de la misa.

A pesar de esa espera, conforme avanza el año, el tríptico cada vez está más alejado de la zona de los ritos iniciales. Por eso la bendición del diácono, según la época del año, la realiza o el que preside en la zona de los ritos iniciales, o el que preside en el presbiterio, o el que se halla en la zona de la sede.

Hay trípticos pintados sobre tabla, otros cuentan con figuras en relieve. Todos tienen versículos propios de las lecturas de ese domingo. Entre los sesenta trípticos destacan el de Navidad y Pascua, con figuras en marfil y oro. En el tiempo de adviento, los trípticos muestran a los profetas. Los de cuaresma muestran una iconografía esencialmente penitencial. Hay un tríptico que tiene un segundo tríptico en su interior. Hay uno bellísimo que en su interior tiene cuatro columnas de mármol, que encuadran dos trípticos flanqueando la escena central.

Cuando se construyó la Nave Central, se colocaron sencillos trípticos de aspecto románico. Para que la ceremonia pudiera tener lugar desde el principio. Después, cada año se reemplazaba uno de estos trípticos, por otro rico y bello.

Los trípticos son también una expresión del paso del tiempo. Es como si el paso del Tiempo quedara expresado en esa sucesión de trípticos abiertos: el Tiempo que se ha abierto, el Tiempo que todavía está cerrado.

## 77. La Ceremonia de la Clausura del Tiempo

Con el paso de los meses, cada vez hay más trípticos abiertos y menos cerrados. Al final del año litúrgico se procedía a cerrarlos todos. Esta operación, al principio, meramente funcional que se realizaba por operarios, poco a poco se transformó en una ceremonia. Y la ceremonia se fue solemnizando cada vez más a lo largo de una generación, hasta convertirse en parte de un acto litúrgico.

Al principio, los viernes de la última semana del tiempo ordinario, es decir, el viernes de la semana que cierra el año litúrgico, el Cabildo del Santísimo Salvador iba cerrando las puertas de todos los trípticos que rodean la Nave Central. Se iba realizando esta operación, mientras se rezaban las horas canónicas de ese día. Los canónigos en dos hileras, iban avanzando y salmodiando por el perímetro de la Nave, mientras delante de ellos las puertas van siendo cerradas. Tres canónigos en cada puerta se encargaban de cerrarlas. Mientras en el centro, frente al tríptico, un canónigo recitaba *sotto voce* un versículo, tras lo cual insertaba los tres gruesos ganchos de hierro que cerraban las puertas.

Cerrar el más de medio centenar de trípticos era una operación que llevaba su tiempo. Por eso se iba efectuando a lo largo de todas las horas canónicas el día. Esta ceremonia atrajo a más y más gente que quería verla. La ceremonia era muy sentida, pues tenía como un sentido de ocaso, de final del tiempo, de culminación. De ahí que lo que, en sus inicios, había sido un acto funcional y no ritual, se fue solemnizando más. Tras una generación, el ritual alcanzó su culmen, con la que popularmente

se dio en llamar Ceremonia de la Clausura del Tiempo, y que acabó denominándose así de forma oficial.

En el nuevo ritual, durante las vísperas, en una sola ceremonia, se cerraban todos los trípticos. Para ello, delante de cada tríptico un grupo de fieles y laicos aguardaban, normalmente unas treinta personas. Cada tríptico contaba con su momento preciso para ser cerrado en la ceremonia. Momento preciso, aunque brevísimo, sin detener la salmodia general. Sólo el ministro principal que estaba ante el tríptico rezaba para los presentes junto a él una oración propia.

Al cerrarse las puertas de cada uno, el toque de una gran campana resonaba en la Nave. Los trípticos del comienzo de cada salmo, del responsorio y del Magníficat eran cerrados con especial solemnidad. El último tríptico se cerraba tras la oración conclusiva del que presidía la ceremonia en la Nave Central. Tras lo cual él daba la bendición a los presentes.

Toda la ceremonia tenía un carácter luctuoso, era como el símbolo del final de la vida, del final de la Historia. Como si aquello recordara una casa cuyas ventanas y puertas se cerraran antes de abandonarla sus habitantes. Imagen del acto de abandonar una casa, resaltada por el descenso por la gran escalera occidental de los cinco cabildos encargados de cerrar las portezuelas de bronce del Retablo del Tiempo. Qué sea este retablo, situado en la Escala de Jacob de la Nave Central, se explica más adelante.

Al carácter propio de la ceremonia, ayudaba mucho también la hora en que se celebraba, el atardecer. La Nave Central se iba sumiendo en la oscuridad de la noche otoñal. Muchos definían esa ceremonia, como la liturgia de mayor carácter escatológico del Basilicarión. Realmente en ella se tenía la sensación de que la

Historia se acababa y que ya simplemente se estaban cerrando las puertas. Incluso las pocas luces que hay en la Nave por la noche, se van apagando paulatinamente. Dejando poco más que las necesarias para que la gente pueda salir al acabar la ceremonia. Esto también simboliza la oscuridad del mundo, antes de que brillara la luz de la esperanza del Adviento.

La ceremonia, como se ha dicho, tenía una parte del ritual en el centro de la Nave (la parte de las vísperas), otra en su perímetro (la clausura de los trípticos), y una tercera en la gran escalera occidental. Las tres partes del ritual forman una unidad.

Dado que era un hecho que cada año asistían más y más obispos a estas vísperas, la reforma lo tuvo en cuenta. Los obispos, que normalmente eran entre cuarenta y sesenta, se colocaban a ambos lados del cirio pascual de la Nave. Ese cirio está situado entre el Solio de la Santa Sede y el presbiterio con el baldaquino.

Los obispos se sientan en dos grupos, dejando en el centro el cirio pascual, que representa a Cristo. En esta ceremonia, los obispos revestidos con sus capas pluviales moradas, flanquean el cirio.

Delante de los obispos, en dirección hacia el extremo de la Nave, hay colocados sesenta cirios, más pequeños y menos altos que el cirio pascual. Cincuenta y dos velas representan las semanas del año, más ocho velas más que representan solemnidades principales como Pentecostés, Epifanía, la Asunción y otras.

Esa línea de velas representa el tiempo del año. Cada vez que se cierra un tríptico y resuena una campanada, se apaga una vela. Dos acólitos van extinguiendo alternativamente los cirios con un apagavelas. Unos pocos cirios tienen pintada sobre su superficie una orla, para indicar de qué solemnidad se trata. Al final, sólo

queda encendido el Cirio Pascual. Es otro símbolo que recuerda al Basilicarión y a la Iglesia universal que el Tiempo se agota, que los años siguen corriendo, y que existe un final del Tiempo.

En esta ceremonia se colocan tres cabildos en torno a esa hilera de cirios. Un cabildo en un extremo, al otro extremo está la presidencia de los obispos. Y en la mitad de la hilera, sentados a cada lado, están otros dos cabildos.

En esta ceremonia, son los monjes del Coro Aúreo los que cantan las vísperas. Porque en torno a la hilera de cirios reina poca luz, para que así su luz resalte mucho más en el ambiente crepuscular de la Nave, cuya oscuridad se va acentuando. La luz es insuficiente para que los canónigos en torno a los cirios, puedan leer. Por eso los tres cabildos escuchan las vísperas.

## **78. Las sesenta congregaciones de la clausura**

Al principio, eran unas treinta las personas presentes delante de cada tríptico en el Ritual de la Clausura del Tiempo. Pero el número de personas que asistían a esta ceremonia fue creciendo año tras año. Hay que darse cuenta de que en la Nave Central, aun sin haber ninguna ceremonia, siempre suele haber (durante las horas normales del día) más de cinco mil personas. De ahí que el número de personas presentes delante de cada tríptico cuando era cerrado, fue creciendo. Al final, como media, solía haber un centenar.

De ahí que, pronto, comenzaron a organizarse estos grupos y a ser conocidas como congregaciones. Por supuesto que cada cabildo del Celio tenía su tríptico. Otros trípticos eran cerrados (y abiertos el día correspondiente) por colegios eclesiásticos nacionales, órdenes religiosas, hermandades y hasta gremios. Cada congregación determinaba una ceremonia propia para cerrar su tríptico.

Por ejemplo, los sacerdotes brasileños estudiantes en el Celio se colocan con sotana y roquete delante del tríptico. Precedidos de quince sacerdotes con capa pluvial. Ellos rezan una serie de cuatro oraciones cortas, intercalando tres bendiciones al tríptico antes de cerrarlo. Otra congregación reza una sucesión de kyries, y aspergen con agua bendita el lugar que hay delante del tríptico. Otra congregación hace que el presidente haga la señal de la cruz en cuatro lugares del tríptico.

Todos estos ritos son formas de pedir a Dios que bendiga el lugar. Del mismo modo que al consagrar una iglesia, se bendicen distintos puntos concretos del emplazamiento. Así, las sesenta congregaciones reviven anualmente ese momento. Y piden cada año que las gracias se derramen sobre los que por allí pasen.

Todo estos ritos propios de cada congregación no retrasan la ceremonia de la Nave. Ya que cada congregación hace la ceremonia específica, y después sus ministros esperan al momento exacto en que suena la campana. Momento en que se cierran las puertas del tríptico.

Cerradas las puertas, la congregación, precedida de su propia cruz procesional, se retira de la Nave Central. Los grupos situados en el lado norte, se dirigen a la Basílica del Santo Sepulcro. Los situados en el lado sur, se dirigen a la Basílica de San Pablo.



Ambas basílicas están situadas en las naves laterales a la nave central.

En cada basílica se congregan los grupos, cada uno a cierta distancia del otro. Cada uno precedido de su cruz procesional. Y en ese lugar, a través de las pantallas allí situadas, siguen la ceremonia y reciben la bendición final.

Las congregaciones salen de la Nave Central, porque simbolizan la humanidad que abandona el mundo en ese tiempo final en el que el Tiempo de la Historia se clausurará de forma definitiva. Por eso los sesenta grupos (y los cinco cabildos encargados de cerrar las puertas del Retablo del Tiempo) salen físicamente durante la ceremonia. Ésta es la única ceremonia del Basilicarión en cuyo ritual que incluye a todos los cabildos del Celio, y que requiere no sólo la Nave Central, sino también las dos naves laterales.

En los actos litúrgicos habituales, los ministros entran precedidos por una sola cruz procesional. A cada acto litúrgico, corresponde una única cruz procesional. Ésta es la única liturgia en la que cada congregación aguarda ante su tríptico acompañada de su propia cruz procesional. La razón es que ésta liturgia es un rito compuesto de ritos. Una ceremonia en la que la masa central de fieles está rodeada de grupos de fieles. Como si la gran congregación de asistentes estuviera rodeada por grupos-satélites que se mueven alrededor. Una liturgia de liturgias, una asamblea de congregaciones.



Todas estas ceremonias son fastuosas, porque no sólo asisten a ellas las 20.000 o 30.000 personas allí congregadas. Sino que, además, por Internet, las ven en directo muchas más. Se trata de un culto a Dios, pero también de una predicación litúrgica.

## **79. El Retablo del Tiempo**

A cierta altura de la gran escalera situada en el extremo occidental de la Nave Central, la Escalera de Jacob, se halla un pequeño retablo de mármol blanco llamado Retablo del Tiempo. Se representan en él las distintas fases de la Historia de la Humanidad, marcadas por las distintas alianzas de Dios con sus hijos. En el centro, a los pies de un pantocrator, hay un cuadrado con una inscripción y el año en curso. Ese cuadrado con un marco de hojas doradas se cambia cada año.

Si los trípticos son la mayoría de estilo gótico, éste es un retablo de estilo renacentista. Formado por tres cuerpos divididos por dos entablamientos. Salpicado por blasones y hornacinas de conchas aveneradas. Coronado por ocho flameros. Tiene en su parte central un dintel monolítico de cuatro toneladas, sostenido por jambas de peso similar, también monolíticas. En su centro moldurado es donde se haya la ventana principal. En los intercolumnios se hayan las otras cuatro ventanas laterales.

Ese retablo tiene como cinco puertecitas, o más bien ventanas. Las cuales las cierran los ancianos canónigos de cinco cabildos: los de las Iglesias Angulares y la de la Basílica Constantiana. Cada cabildo cierra una portezuela y cada cabildo hace sus oraciones propias al realizar esa acción de apertura. Los cinco

grupos de canónigos no abandonan simultáneamente ,el lugar donde están delante del retablo. Sino que cada cabildo sale de la Nave Central, al cerrar la puerta que tiene encomendada.

Cada vez que abajo en la Nave se han cerrado doce trípticos, suena una campana distinta que da tres toques. Entonces un cabildo cierra otra ventana de las cinco de ese retablo, y desciende por las escaleras.

En ese retablo hay otras siete puertecitas más pequeñas, situadas debajo de los cinco cuadrados. Estas puertecitas tienen forma de arcos románicos. Representan los siete días de la Semana de la Creación, y los siete días en que se distribuyó el Tiempo después entre judíos y cristianos. En la Ceremonia de la Clausura, se cierran tras el rezo del Magníficat. Cada vez que se cierra una de esas siete puertas, suena una larga trompeta de oro. Esas trompetas poderosas simbolizan las Siete Trompetas del Apocalipsis. Siete jóvenes con túnicas colocados delante de ese retablo, unos peldaños más abajo, son los encargados de tocar con fuerza las trompetas.

Durante el canto del Gloria del 1 de enero, el que preside la Misa Magna bendice a cinco ostiarios. Ellos, acompañados de una treintena de niños, se dirigen a este Retablo del Tiempo. Allí se van abriendo por orden las puertas. El último ostiario abre, finalmente, la portezuela central de bronce verdoso y coloca el cuadrado con la nueva inscripción y número del año que comienza. Para recordar a todos los hombres allí presentes en el Templo, el don que supone otro año. La puerta de otro año se abre para la Humanidad.

Las otras cuatro portezuelas de bronce más pequeñas que flanquean la ventana central. Simbolizan las gracias y dones que

se abren para todos en ese nuevo año. También simbolizan el siglo, el milenio y el tiempo de la Nueva Alianza en el que estamos. El cuarto cuadrado es el del Tiempo frente al No-Tiempo. Es decir, simboliza que estamos en el Tiempo frente a la situación de No-Tiempo en la que se encontraba el cosmos antes de la Creación.

Las cinco puertecitas y los siete arcos se abren el 1 de enero durante el Gloria de la Misa Magna. Mientras que se cierran durante el rezo de las primeras vísperas del comienzo de Adviento. Las portezuelas las cierran los ancianos canónigos, y las abren los ostiarios en presencia de los niños.

Durante el Gloria, se inciensa siete veces ese retablo de un extremo al otro. Cada vez que se acaba, se deja el incensario humeante ante uno de los siete arcos. Siete presbíteros se encargan de incensar siete veces el retablo, y de dejar en su sitio del retablo el incensario. Al final, delante de los arcos, hay siete incensarios humeantes.

Como se observa, se abre un tríptico el primer domingo de adviento durante la Misa Magna. Y el 1 de enero se abre el Retablo del Tiempo, también durante el Gloria de la Misa Magna. Con esta doble apertura se ha querido distinguir entre el Tiempo Litúrgico y el Tiempo en sí mismo. Por otra parte, se ha querido dotar de entidad al 1 de enero.

## **80. Exvotos y regalos**

Un millonario musulmán, Aga Ahmed, un buen día regaló al Basilicarión veintidós ovejas de plata. El administrador del

magnate llegó al despacho del deán del Cabildo del Santísimo Salvador con trayendo una de estas ovejas, y comunicándole que había otra veintena que le traerían al día siguiente.

Las autoridades el Basilicarión se pusieron en contacto con el millonario. Le sugirieron que sería más conveniente hacer una limosna, al Templo o a los pobres, mejor que esas ovejas. Pero el azerbaiyano se mostró irreductible. El regalo era ése y no otro. Si lo querían se lo quedaban, si no se lo devolvían.

Cada oveja, de medio metro de altura, constituía una verdadera obra de arte. Cada animal era distinto. Todas eran ovejas, pero no había dos iguales. Afortunadamente, eran livianas, estando huecas por dentro. Detalle importante, por lo que después se verá. Si uno se acercaba a ellas, observaba que su superficie estaba cincelada con grabados de estilo mozárabe. Concretamente, todas eran de estilo califal omeya, con azulejos incrustados, reproducciones de azulejos esmaltados iraníes del siglo XV.

Por las indagaciones que se hicieron, parece ser que las ovejas habían sido encargadas a impulso de la mentalidad supersticiosa de Ahmed. Ahmed era un importante armador, astuto en los negocios, pero totalmente dominado por su pitonisa. Probablemente, se trató de una indicación precisa de ella, para acrecentar su suerte, para conjurar algún peligro, para que se cerrase un negocio en concreto, quien sabe. Algunos piensan que se debió a un arranque de locura. Lo cierto es que las veintidós ovejas allí estaban.

Las autoridades del Basilicarión tuvieron esas ovejas en un almacén durante dos años, en espera de ver qué se decidía hacer con ellas. Venderlas era un modo fácil y rápido de ofender al millonario. Al cabo de ese tiempo, a un joven sacerdote se le

ocurrió que las ovejas podrían ser colocadas delante de los trípticos de adviento de la Nave Central. Como recuerdo de Abraham, Isaac, Jacob, como rememoración de todos los patriarcas. Esas ovejas harían que no nos olvidemos que somos los descendientes espirituales de aquellos pastores.

La idea pronto pareció bien a todos. Y así, en los domingos de adviento, cuando el diácono recibe la bendición para ir a abrir el tríptico correspondiente, va acompañado de varios acólitos que llevan seis ovejas. Las cuales son colocadas delante del tríptico. Esas ovejas también son recuerdo de que nosotros, desde el presente, nos unimos espiritualmente a los sacrificios de Abraham y sus descendientes.

No hace falta decir, que la historia de las Ovejas de Aga Ahmed es una de las más conocidas del Basilicarión. Siendo las ovejas más fotografiadas del mundo. Especialmente a los turistas musulmanes que visitan el Templo les encantan. Porque en su superficie de plata cada una de las ovejas tiene una sura del Corán alabando a Alá. Para ellos la presencia de estas ovejas no ha sido una casualidad.

Si bien esta historia es muy conocida, estas veintidós ovejas no son el único regalo raro de un millonario al Templo. Un magnate camboyano regaló cuatro columnas de oro macizo. Y otro de Zambia, poseedor de minas de diamantes, regaló once kilos de ágatas en seis ánforas de mármol. Las ágatas no valían gran cosa, así que se quedaron en una capilla del Templo, delante de un retablo.

Las columnas de oro tuvieron peor arreglo. Las columnas fueron enviadas de forma urgente al Templo. De inmediato las autoridades se pusieron en contacto con el financiero camboyano.

Estaba moribundo. Las columnas eran un exvoto por la mejoría de su salud un mes antes. Pero en el estado en el que estaba, fue imposible hablar con él durante diez días. Y después falleció.

El testamento era claro y preciso: o las columnas se colocaban en el Templo, o eran devueltas. Para acabar de arreglar la situación, no hubo herederos claros de la herencia durante los seis años que duraron los litigios entre sus muchos sobrinos. Durante ese tiempo, la gente ya se acostumbró a ver esas columnas en el Templo.

Esta manía de la gente a enviar cosas sin consultar, motivó el que se abriera una pequeñísima capilla de una iglesia del Basilicarión, en la que se expusiesen todas las ofrendas raras que se habían acumulado con los años. En esa capilla, colocadas de forma armónica, se pueden ver desde caparazones de tortuga, hasta un saco de monedas chinas, pasando por varias lápidas en forma de estelas. Al principio, se pensó en deshacerse de todo. Pero después se creyó que tampoco era conveniente despreciar formas culturales de agradecer a Dios, aunque fueran extrañas. Si bien, el éxito de esta capilla (que fue mucho) se debió a que sólo se guardó lo más digno. Yendo el resto a la incineradora sin piedad.

Dado que al comienzo del año litúrgico se llevaban en procesión esas ovejas a los trípticos, se decidió que al final del año litúrgico, se llevaría (en la Solemnidad de Cristo Rey) una corona ante el tríptico.



Todo se me hace poco para Dios. El Vaticano es demasiado poco para Dios. Incluso el culto vaticano con todas sus liturgias se me hace totalmente insuficiente frente a un Misterio tan insondable.

Nuestra liturgia no es indigna, nosotros sí. Nuestro culto no es indigno, pero sí insuficiente.



## **81. El arquitecto y las ruinas circulares**

Kranjčević paseando me invitó a ver los retratos de los arquitectos-jefe que había tenido el Celio. Kranjčević era de mediana estatura, aunque su altura como arquitecto era mítica. Su pelo oscuro a los cincuenta y nueve años de edad, denotaba algún antecanas. Era un arquitecto con toques de coquetería, alternados con apariencia de dejadez sabiamente medida. Sus ojos vivaces se fijaban en los detalles de los óleos tantas veces observados y tantas veces explicados a las visitas de su salón.

Safvet-beg Silvije Kranjčević, ay de ti si te dejabas alguno de sus nombres, era el Arquitecto-Jefe del Basilicarión. En realidad no era el arquitecto de ese edificio, sino su amante, su apasionado esposo. Kranjčević a sus cuarenta y dos años estaba considerado como uno de los cuatro más afamados arquitectos del mundo. Sencillamente ya no podía ganar más galardones. Cuando treinta y dos años después de poner la primera piedra del Celio, el Vaticano presentó el proyecto genérico de construir el Basilicarión, Kranjčević fue el escogido entre todos los que se presentaron. En realidad este surcoreano descendiente de croatas, hizo lo posible y lo imposible para quedarse con el encargo. Movié todos los hilos. En los proyectos que presentó, dedicó diez veces más esfuerzo que cualquiera de sus competidores.

Todos en el Vaticano se extrañaron de que alguien tan importante, se presentara para un proyecto tan a largo plazo. Y que aceptara unas condiciones económicas menos favorables que las que le podía ofrecer el mercado. Kranjčević era dueño de su propio estudio de arquitectos, que le rendía fabulosos beneficios. Pero el croata surcoreano no es que desease el proyecto del

Basilicarión, lo ambicionaba con todas sus fuerzas. El dinero no importaba. Él era un artista.

Kranjčević vivió para el Templo. Llegó un momento en que el Templo y Kranjčević formaron una unidad. El contrato inicial era de dedicación exclusiva durante diez años. El croata fue más allá, le dedicaría sus días y sus noches, todos sus pensamientos, casi hasta la obsesión, durante un cuarto de siglo, hasta su muerte. Contrato a contrato, su permanencia se fue renovando. Casi se podría decir que se fueron renovando a toda costa.

Como su apellido era imposible de pronunciar para los italianos, en el Celio todos los conocían como *El Croata*. Aunque él se sentía surcoreano de alma entera, nunca logró que popularmente lo llamasen de otra manera.

Ahora el croata me enseñaba el retrato del primer arquitecto-jefe del Celio, Villard D'Orbais. Jefe de un gran equipo, el primero en trazar las líneas esenciales del entero proyecto.

-No era brillante. Fue una obra coral –me explicó moviendo la mano con desprecio.

Kranjčević me contó, con pelos y señales, la vida y estilos de cada arquitecto. El croata era el jefe para todo lo que se hiciese dentro del perímetro del Templo. Fuera era competencia del Arquitecto-jefe del Celio. Al actual lo respetaba y lo despreciaba a partes iguales.

-Cada uno en su casa. Así no hay problemas.

Hablando de casa, el croata lo primero que hizo fue construir el ábside del Templo. Y en ese ábside lo primero que se acondicionó fue su piso. No estaba previsto en el contrato, pero no le costó convencer a las autoridades de que ahorraría mucho tiempo en desplazamientos y que así todo se acabaría antes. El

vasto edificio estaba todavía vacío, así que en pleno centro de ese edificio absidial se preparó un *piso*, así lo seguía llamando, de mil metros cuadrados. Nadie se quejó, todavía todo estaría vacío por mucho tiempo. Y su presencia era sólo por diez años, después se usaría para otros fines. Ninguno sospechaba que se iba a quedar allí hasta su muerte.

Su presencia pasó a ser tan connatural con el Templo que ya todo el mundo la dió por descontada. Nadie protestó ni siquiera cuando once años después, unos almacenes adyacentes fueron habilitados como una extensión de su casa. Añadiendo otros quinientos metros cuadrados más. Los almacenes no estaban por casualidad al lado de su piso. Los colocó allí por si necesitaba más espacio.

La decoración de piso era totalmente decimonónica y bastante caótica. Decimonónica, pero le encantaba el estilo Luís XVI. El orden no era una virtud que reinase dentro de su casa. Los que lo conocían se admiraban de que alguien que presentaba unos edificios que mostraban un orden tan admirable, viviera en medio del caos dentro de las paredes de su casa. Había papeles por todas partes. Por supuesto que su trabajo esencialmente se realizaba en la pantalla del ordenador. Pero después le encantaba acumular y acumular papeles con ideas y anotaciones. Pliegos de todos los tamaños se acumulaban por las mesas. Pequeños o plegados, Vulgares hojas de escribir y papel de mucho gramaje, porque siempre tenía a lado sus pinceles. Le encantaba dar mínimos toques de color con sus acuarelas a sus planos monocromáticos.

Para él no existían las carpetas. Todo lo solucionaba dejándolo extendido sobre las mesas. Porque ésa era otra, cuando todo se le llenaba de papeles, ponía los nuevos proyectos en otra mesa. Su piso tenía varias salitas, todas con cuatro o cinco mesas

estilo Luís XVI. Sabía donde estaba todo, hasta la más mínima anotación, localizándolas de un modo espacial.

En los salones de su casa, tenía ocho, este millonario se volvía loco por las sedas, por los revestimientos de madera en las paredes. Si ya antes de entrar en el Celio, era considerado entre los mejores arquitectos del mundo. Con su genialidad en el desarrollo del proyecto del Basilicarión, le elevó a unas cotas de prestigio sencillamente insuperables. Hasta su carácter excéntrico le ayudó a ser considerado un genio loco, y por tanto más admirado, más deseado. Por eso, por su nombre, Él ganaba una fortuna con su despacho de arquitectos que, fuera del Celio, se encargaba de proyectos civiles. Aunque lo cierto es que ni se miraba los proyectos de su despacho.

Pero por todo esto, su fortuna pasó a ser notable. Y la decoración de su residencia era un derroche de lujo. Se rodeó de muebles bellos o, al menos, caros. Se encaprichaba de las antigüedades, curiosamente, una de las cosas de las que carecía el Basilicarión. Se gastaba dinerales en muebles, que después yacían sin mucho concierto. Todas esas escribanías, mesitas de caoba con marquetería y sillas de estilo II Imperio, quedaban olvidadas plácidamente en medio de su particular universo doméstico de matices tiernos de rosas melocotón y azules primaverales. Era una vida la suya entre paredes *crème* apagado y cortinajes tonos pastel. Y sin familia.

A nadie se le ocultaban las tendencias desviadas del insuperable arquitecto. Nadie quería darse por enterado de las orgías que se organizaron en su piso. Entre otras cosas, porque Safvet-beg Silviije Kranjčević oscilaba entre los comportamientos más pecaminosos de puertas adentro, y los arrepentimientos más sinceros y vehementes. Toda su vida fue una oscilación, con episodios más amplios de contrición y devoción. Aunque la

devoción para él era dedicarse más fervientemente a su trabajo. Su catolicismo era más bien un cristianismo ecléctico. Aunque, en realidad, nunca dijo que fuera católico. Pero parecía evidente que, al menos, era cristiano. Eso sí, de un cristianismo tan caótico como el salón de su casa. Al menos, en él todo era sincero. La hipocresía era un defecto desconocido para él: llegó a gritar a cardenales, cuatro veces pegó un fuerte puñetazo en la mesa y se marchó dando un portazo, al Arquitecto-jefe del Celio una vez le tiró el agua de un vaso en la cara, llamándole las cosas más sucias que se puedan encontrar en el diccionario italo-inglés; cuando se enfadaba usaba una mezcla de ambas lenguas. Pero sería injusto hacerse una idea equivocada, sus enfados eran rarísimos. Era vivaz, no iracundo. En arquitectura siempre creía tener razón, y era verdad.

En esto de la fogosidad, era muy parecido al que llegó a ser el décimo arquitecto-jefe del Celio, Agostinho-Saravia. Años después, algún purpurado llegó a murmurar con una sonrisa que tenían que dejar de contratar a arquitectos locos. Agostinho-Saravia fue el que llevó a cabo la ejecución de la Nave Central. Tantas veces diseñada por Kranjčević, tantas veces amada por él, pero de la que no llegó a ver colocado ni el fundamento del primer pilar.

Cuando el croata murió, no se había acabado ni un 4% de todo el Templo. Pero no sólo dejó, el plano general del Templo, sino también unas 30.000 notas acerca de detalles de todo tipo. Todos sus papeles se archivaron cuidadosamente, hasta los dibujos más pequeños. El mismo Kranjčević, muchos años antes de morir, era consciente de que sus desvelos no serían en vano.

-Otros recorrerán estos papeles, otros alzarán lo que yo no pude. El Templo será la construcción más grandiosa de la Historia. Una edificación para la gloria del Señor de los Ejércitos.

Y se quedaba mirando un plano cuadrado de cuatro metros de lado, extendido sobre una mesa y que mostraba la planta del Templo. Había hecho imprimir ese plano por el placer de contemplarlo, por el gozo de hacer anotaciones en él. Dos veces lo había mandado enmarcar y colgar en una pared, dos veces lo había hecho sacar para colocarlo sobre esa mesa, y volver a tocarlo, doblarlo y escribir sobre él.

Aquel plano general era la obra de toda una vida. Durante un segundo, delante de mí, lo miró como un artista puede mirar la obra de su vida. Sólo fue un segundo, pero ensimismado musitó:

-Hemos construído un templo para el Templo.

-¿Para el Templo? –pregunté sin entender.

-El Templo es Jesucristo. Esta archibasílica es sólo un estuche.

Me miró a los ojos, directamente a mis ojos, con una mirada profunda, como sólo te puede mirar un artista absorto en la fruición de sus propios pensamientos. Y dijo:

-Dios ha vencido a todos los dioses. Esto es, además, es un monumento al Vencedor.

Realmente, pensé, ninguna empresa, ningún banco, ninguna multinacional, podía pagar con dinero la pasión de un genio durante toda una vida haciendo y rehaciendo en su mente un sólo macroedificio.

-Dios tendrá el mejor edificio –dijo, en una ocasión, tranquilizando a los cardenales de una comisión-. Cualquier otra obra parecerá fría, sin alma, al lado de ésta. El Misterio de Dios tendrá una edificación absoluta. Déjenlo de mi cuenta. Por eso no se preocupen.

Y, efectivamente, nadie nunca le echó en cara falta de dedicación. A nadie se le pasó por la cabeza el sustituirlo. Hubiera significado matarlo. Sólo después del primer contrato, unos arquitectos rivales subordinados maniobraron en ese sentido. Cuando se enteró, ofreció incluso trabajar por la mitad de sus honorarios. Con eso trataba de ocultar que lo hubiera hecho gratis. Hubiera pagado por estar allí.

Los arquitectos externos consultados le dijeron al Papa: *Han perdido el juicio. Tienen al mejor arquitecto del mundo, y trabajando por una miseria, ¿y quieren buscar algo mejor?* Desde entonces, León XV dio órdenes tajantes de que le dejaran en paz. Kranjčević lo supo y siempre le estuvo eternamente agradecido. Hasta intentó ser casto durante un mes. Entre León XV y Kranjčević se desarrolló una especie de historia al estilo de *El Tormento y el Éxtasis*.

Es curioso cómo cuanto más grande es un artista, cuánto más renovadoras sus ideas, más enemigos se gana. También la erección del Templo fue una historia de conjuras internas, de maniobras de envidiosos. También los pequeños hombres se sintieron enfadados ante la grandiosidad del inspirado por las musas. Kranjčević vivía inmerso en su arte y no se preocupaba para nada del aspecto humano que estaba alrededor de sus planos. El mundo se asombraría durante siglos ante el Genio, pero el Genio permaneció allí únicamente por la tozudez de León XV y el empeño menos entusiasta de su sucesor, al que le hubiera complacido una obra más mediocre. Pero hombre de pocos arrestos, le faltó determinación para enmendar la plana a su predecesor.

Y es que León XV, en una tormentosa reunión, llegó a decir a un equipo de arquitectos: *Ese croata loco es el Sumo Pontífice*

*de la Arquitectura, habla ex cathedra. Únicamente nos queda obedecerle. Punto final.*

Kranjčević, muchos años después, no podía mentar al difunto Papa sin que las lágrimas aflorasen a sus ojos. *No sabemos si cree en Dios, pero en León XV sí*, comentaban sus detractores. La tumba de ese Papa se colocó en una parte ya construida del Templo. Y el croata la visitaba a menudo. Se arrodillaba a su lado y estaba en silencio, cinco minutos, un cuarto de hora.

El mismo Kranjčević diseñó el sepulcro neogótico de León XV, hasta en su último detalle. Debía ser sencillo, de dimensiones pequeñas, nada recargado. Logró una obra que ha sido considerada *La Piedad* del siglo XXI. Resulta imposible hacer una tumba con más cariño. Decir tanto con tan pocos elementos. El modelado del mármol es nítido y suave. Su iconografía e inscripciones dan para una lección de universidad de una hora. Otros han dicho que esa tumba es el *Guernika* de nuestro siglo. Además, se colocó allí una copia realizada con un molde. Porque Kranjčević quería que la gente pudiera tocar y besar ese sepulcro. *Quiero que abracen su figura yacente, que pasen sus palmas sobre su casulla de mármol. Quiero que después de su muerte puedan acercarse a él, los que no tuvieron la suerte, como yo, de poderse acercar en vida.* Y los ojos se le humedecían al decir esto.

Kranjčević explicaba que muchos le consideraban a él, el croata, como un hombre grande. *Pues bien, si considerais que soy grande, os aseguro que nadie como yo, puede valorar la mucha mayor grandeza de ese pontífice.*

Éste era el croata, el hombre que, enfundado en su bata de lana y terciopelo, me estaba acabando de enseñar los retratos de los arquitectos-jefes en su salón. En otra pared, me enseñaba los



seis templos de la Historia. Sabía los más ínfimos detalles simbólicos del templo salomónico, todos los detalles históricos del templo herodiano. La reconstrucción de Esdras la pasó más rápida. Los cuadros eran grandes, todos iguales, con cuatro metros de largo y cuatro de altura. Eran óleos, pero con columnas de anotaciones debajo. Como si se tratara del cuadro de un arquitecto. Eran pinturas modernas de estilo victoriano, al estilo de Alma-Tadema.

-Cada una cuesta una fortuna –contestó a mi impertinente pregunta-. Pero el dinero no es problema. Lo difícil es encontrar estos milagros de belleza.

Le seguí importunando con cuestiones monetarias concretas. Pero Kranjčević era un hombre elegante, cambió de tema para no revelarme que cada marco había costado 30.000 euros.

-No te lo vas a creer. Pero el Miguel Ángel que realizó esta maravilla es un chino originario de un pueblecito de Shandong. Lo descubrió un cazatalentos y ahora vive en Zurich. Pasemos a la Nueva Alianza -me dijo cogiéndome del brazo. Y me enseñó sin prisas, regodeándose, los otros tres grandes cuadros-. Ésta es la basílica constantiniana. Qué cuadro tan magnífico. Ésta es la obra de Julio II. León XV fue un nuevo Julio II. Sin él, yo hubiera continuado haciendo bancos y oficinas. El Papa León fue mi milagro personal. Dios existe. León es la prueba para mí.

Mientras decía estas sentidas palabras, nos habíamos desplazado delante del sexto cuadro: el Basilicarión. Se quedó él mirando este óleo en silencio un rato. A saber qué detalles, qué aspecto, estaría valorando en el interior de su mente. Después se explayó diciendo que entre estos seis templos, estaba, por supuesto, la Encarnación. El Cuerpo de Cristo era el Templo donde habitaba la Divinidad.

Kranjčević no era muy ortodoxo en materia religiosa, pero se conocía la teología respecto a los templos como el que más.

-Con Cristo tenemos siete templos en la Historia. Tres templos en la Antigua Alianza y tres en la Nueva. ¡Y yo he podido erigir uno de ellos! –después de una pausa, continuó:- Bueno, en realidad, un 4% de él. Pero no importa. Las líneas esenciales ya están fijadas. Y aunque los que me sigan, cambien todo y hagan un mamarracho, siempre quedarán mis papeles y mi plano general.

Seguimos paseando por su casa. Las paredes estaban cubiertas de grabados de Piranesi. Él me seguía explicando que el primer templo había sido el cosmos. Pero éste no contaba, porque no estaba hecho por manos humanas, decía. Como tampoco contaba el último, Jesucristo será el templo definitivo en la Jerusalén Celeste.

Le escuchaba y no dejaba de pensar que estábamos en un piso del ábside. Que detrás de los muros que tenía delante, se hallaba el Templo, el edificio habitado de liturgias constantes y únicas. El edificio habitado por los levitas y los pontífices de la Nueva Alianza. No estábamos en cualquier lugar.

Yo era el Protodiácono de la Archibasílica. Por eso me había invitado a su casa. La primera vez en tantos años. Por eso dedicaba tanto tiempo en explicarme todo. Me admiraba por su labor, pero más me admiraba contemplando ese hombre mezcla de arrepentimiento y obstinación. Ahora reinaba la paz en su piso, pero las peores bacanales habían tenido lugar allí. Cuando él dejara esos salones, habría que vaciarlos y desinfectarlos. Habrá

que derramar agua bendita en abundancia en cada metro cuadrado de esa morada.

Era bien sabido que se podía pasar días encerrado en ese piso. En los momentos de más febril actividad, allí no había ni noche ni día. Podía pasar sin comer casi nada jornadas enteras. Pero acabada una fase, podía pasarse una semana entera en la indolencia. Abandonándose en un sillón a sus programas de televisión, a la conversación con sus pocos íntimos amigos durante tardes enteras. Era el eremita del ábside. Un ermitaño de sus vicios.

No bebía nunca una gota de vino. Sin probarlo, el alcohol corría con generosidad desmedida en sus fiestas de una veintena de miembros. Jamás había probado las drogas. Aunque practicaba un *laissez faire* con sus amistades de locura. El dinero lo ponía él. Era su particular infierno, contenido entre esas paredes.

Tampoco podía temer mucho los escándalos. De murmuración en murmuración, su vida personal era de dominio público. El asunto llegó a su querido León XVI, el cual con dolor y miedo, sentenció en su despacho del Palacio Apostólico: *Lo que ocurra de puertas adentro, es cosa suya. Él se entenderá con el Creador, a cuya gloria le está levantando ese templo.* Lo único que sí que se investigó exhaustivamente, fue que ninguna de sus actividades estuviera relacionada con la pedofilia. Si hubiera existido incluso la sospecha, allí se hubiera puesto punto final a su contrato.

El Destino le había enviado allí, le había alojado allí. No sería yo, el Protodiácono, quien le desalojase. Él podía estar loco. Pero nunca se retrasó, sustancialmente, en los plazos dados para sus proyectos, ni se pasó en los presupuestos.

Claro que el croata, con este modo de vida, necesitaba de un colaborador. Kranjčević no quería, de ningún modo, interrumpir sus periodos creativos. Para no desconcentrarse, todo lo que no era su trabajo, lo delegaba en Emma Kindamba. Esta delineante congoleña, que nunca ejerció su carrera, era su *factotum*. El croata no estaba para nadie durante días enteros. Entonces, toda comunicación con el exterior dependía de Emma. Ella le traía todo, ella llevaba papeles y archivos informáticos adonde fuera. Ella regulaba con mano firme quienes podían visitarle, quienes podían hacer una llamada. Ella llamaba a un arquitecto del equipo para comunicarle que al jefe cómo había manejado tal situación, o que no podía seguir con ese nivel de desvío respecto al presupuesto, o que estaba despedido. Kranjčević nunca se manchaba las manos en este tipo de cosas. *Yo no me he hecho arquitecto para eso*, repetía. *Además, estas cosas me despistan*.

Era el croata el que llamaba por teléfono a alguien, él por su parte nunca cogía el teléfono, ni daba el número a nadie. Era Emma la que llamaba a un número que únicamente tenía ella. Y tras hablar, ella organizaba todo.

*Yo soy el creador, tú eres mi demiurgo*, le repetía. Y era cierto que sin ella, él se hubiera hundido completamente. Entre otras cosas, porque él jamás iba al médico. Sólo, tras mucha insistencia, admitía que el médico viniese a casa y le visitase. Ella supervisaba a la anciana mujer que hacía la limpieza de la casa. Sólo podía entrar esa mujer. Ella y ninguna otra. El Arquitecto-jefe no se fiaba de ninguna. *Me tocarán todo, me revolverán todo, me espigarán y quién sabe qué se llevarán en los bolsillos*. Sólo la vieja Matilda tenía permiso para entrar. Sólo a la hora convenida, y jamás en la habitación que él cerrase al oír el timbre, señal convenida para saber que entraba en la casa.

El estado de los salones con docenas de botellas de whisky y vodka vacías por el suelo. Con las sillas tiradas también tras un alocado pilla-pilla, además de una larga lista de pormenores. Hacían que Emma repitiese: es mejor que los clérigos serios no pongan su pie en esta casa.

Pero no todo era alocamiento en su casa. Un buen día, mandó colocar en uno de sus salones un retablito dorado representando a la Virgen con el Niño de Taddeo Gaddi de la Iglesia de San Giovanni Fuorcivitas. Por qué tenía que ser esa imagen y no otra, es otro misterio. Desde el día en que ordenó colocar ese retablo de madera allí, no faltaron cuatro jarrones de plata con margaritas frescas delante, ni un par de discretos ambientadores que difundían un aroma a lilas. Tampoco faltaban nunca cuatro cirios encendidos delante, día y noche. Eso sí, sobre el suelo no podía haber ningún mueble, ninguna alfombra, a menos de diez metros de ese retablito. Tenía pánico a la posibilidad de un incendio. Se dice, fue otra de las leyendas, que cada noche rezaba allí diez avemarías. Según un testigo, las rezaba mecánicamente. Como un fariseo que tuviera que cumplir con un precepto inexcusable, pero meramente externo.

El por qué de estas y otras cosas, nunca las explicó aquel millonario que siempre iba con sus pantalones de pana y su camisa azul. Con bata granate encima, cuando hacía frío.

Su dieta también era peculiar. Le encantaba comer pizza y patatas fritas baratas de bolsa de supermercado. Pero, al mismo tiempo, encargaba cada día los platos más refinados de los restaurantes más caros. Eso sí, comía de ellos como un pájaro. El sushi, el caviar y el salmón ahumado se quedaban abandonados en la mesa larga con candelabros, sin que se molestara en

llevarlos nunca a la nevera. Siempre comía viendo las noticias u otros programas.

Y ahora allí estaba él, seguía enseñándome lo que él llamaba *mis cosas y mis tonterías*. Yo me dejaba guiar dócilmente. Ahora me explicaba la alfombra persa sobre la que estábamos. Los dos sobre la mullida alfombra de lana de afganistan, él con su bata granate y sus zapatillas de terciopelo a juego. Yo con mi sotana negra, que debo portar obligatoriamente en todo el recinto del Celio. Después, volvió a su tema profesional. Y mientras me servía un batido de fresas y helado de vainilla con hojas frescas de menta, me dijo:

-Dios tuvo que crear el templo del Universo, para que los hombres pudieran levantar en él su templo.

Matilda nos trajo unos canapés de cola de langosta con caviar rojo.

-Oiga, yo veo que vive con pasión su profesión. ¿Pero y si nunca se consuma su proyecto? –le pregunté para ver su reacción-. ¿Y los que nos sucedan, no siguen adelante con su proyecto?

-Mi templo está en mis dibujos y en mis anotaciones. Si todos mis dibujos se pierden, al menos quedarán los treinta volúmenes.

-¿Los de la *Descriptio Templi Basilicarionis*?

-Exacto, esos que ha visto encuadernados en cuero oscuro. En esos tomos está mi templo. *El templo se hizo palabra. Y la palabra fue edificada en el libro. Y la palabra se hizo templo del Nombre*. Dijo recitando los versos del frontispicio del primer tomo. Versos que él mismo había compuesto. Seguiré trabajando, pero ya puedo morir tranquilo. Ahora puedo morir tranquilo.

-Ah, sí. Lo recuerdo. Me lo ha enseñado.

Por un momento, pensé que ese hombre quizá se había idolatrado a sí mismo a través de ese templo. ¿Pero quién podía conocer las profundidades de un espíritu? Quizá ni él mismo las conocía. Quizá él era creyente de una religión arquitectónica cuyo único fiel era él. Quizá no había que turbar su plácida existencia, su culto a Dios a su manera. Abraham adoró a Dios sacrificando ovejas. Kranjčević adoraba según su entender.

Mientras yo pensaba esto, él me explicó que esos treinta tomos de la *Descriptio* eran la Antienciclopedia.

-En el siglo XVIII esos maníacos, esos fanáticos franceses cayeron en una gran hoguera que era el fuego de su propio orgullo. Desgraciadamente, esa hoguera no fue sólo intelectual. Los salvadores de la Ilustración se abrieron paso a sangre y fuego. Jamás pudieron imaginar que en el siglo XXI, se haría una *Descriptio* como la que le he enseñado. Cualquier cosa menos eso, podían haber pensado. Esos treinta tomos son la constatación de una derrota.

-Me gusta su comienzo. Sinceramente, me gustan esos versos. ¿Y hay alguna frase final en el último tomo?

El Arquitecto-jefe sin hacerse rogar, sin esperar un segundo, recitó:

*-Grandes fueron mis pecados. Pero grande fue también el Templo que te erigí. Demasiado poco para ti.*

-Muy bonito –reconocí.

-Pero soy consciente de que ni con todo mi templo podría comprar la salvación.

En sus últimos años, ya nunca salía de su piso. Ni un solo día al año. Su creatividad duró hasta el último día, en que murió de un ictus cerebral. Murió en su casa, cómo él hubiera querido. Ya lo que faltaba, para aumentar la leyenda de ese lugar.

¿Hará falta decir que fue enterrado en el Basilicarión? Los arquitectos tenían su propio sector en la zona sepulcral. Safvet-

beg Silviije Kranjčević descansó, por fin, de su atribulada vida en su tumba. Aunque no fue tan atribulada, fue un ermitaño feliz. Él hubiera deseado que, al cabo de treinta años, sus huesos hubiesen sido extraídos y colocados en el interior del angelito que sostenía la almohada, sobre la que descansaba al cabeza de mármol del sepulcro de León XV. Así el arquitecto hubiera sostenido la cabeza del pontífice, al que consideró la figura más importante del siglo XXI. Había diseñado el ángel ya con esa hoquedad interna, para ese fin. Pero sus contactos en la Curia le convencieron de que ese deseo, no era realizable.

Así que el arquitecto reposó para siempre en la paz de su edificio, al arrullo de sonos gregorianos. El agua bendita caería, de tanto en tanto, sobre su piel de mármol. En un ambiente al que llegaría el incienso de altares lejanos. Los turistas de aburridas vidas, gordos y cansados, que pasaran al lado de su sepulcro, estarían tan lejos de conocer su interesante existencia. Únicamente se fijarían en el pequeñísimo camaleón, sobre el que descansaría la mano derecha de su estatua yacente, y los cuatro cuervos de su escudo de armas.

Los canónigos, ya que en vida no lograron nada, obtuvieron el placer de una última venganza tras su muerte. Según lo dispuesto en el plano, el sepulcro debía haber estado en el centro de un sector en el que los sepulcros de las cuatro paredes le rodeaban. El cabildo logró una reestructuración, y su tumba quedó casi pegada a la pared; y ni siquiera en el centro de esa pared. Junto a otras dos tumbas que se elevaron hasta tener la misma altura. *Y ya puede dar gracias de que no hayamos tirado sus huesos al mar*, comentó el chantre al canónigo doctoral. De nada sirvió que su sepulcro, entre varias grandes inscripciones latinas, tuviera una muy diminuta en croata que rezase así: fui imperfecto, pero tuve mi fe.

Aquel hombre que pasó por el mundo con una existencia peculiar, dejó su entera fortuna al Basilicarión. No sólo eso. El despacho de arquitectos que tenía su nombre y del que poseía el 40%, pasó unas formidables rentas anuales en favor de las arcas del Templo. A pesar de que eran más de catorce los legados testamentarios que nutrían a la Archibasílica, los beneficios de esa firma de arquitectos constituían tres cuartas de esas rentas anuales. Un río de oro desembocaría en el Templo durante decenios, quizá durante una o dos generaciones. Aunque bien sabía el croata que ni la piedra es eterna.

Kranjčević no exigió ningún privilegio en la que había sido, también, su casa. Sólo solicitó un trozo de tierra para reposar. Descansar un sueño de siglos, mientras crecen las torres. En su testamento, guardado en el archivo del cabildo, dejó, asimismo, encargadas cien misas por su alma. *Siempre supe que debía, primero de todo, haber construido un templo para Dios en el centro de mi corazón*, así comenzaba su testamento. Todo lo que seguía a esta primera línea, eran cuestiones materiales.

Nada más morir el arquitecto-jefe, para evitar que alguien sustrajesen algunos papeles, su casa se precintó de inmediato y se puso bajo vigilancia de varias cámaras de seguridad. ¿Qué se haría con la casa, una vez que se sacaran los archivos? Muchos estaban deseando meter un convento de monjas allí. Y mejor si se fusionaba la configuración con el piso superior e inferior, y se dividía. Algunos no querían que



quedara ni rastro. Otros entendían que la alternativa de un museo, era inevitable; aunque ésta tampoco acabó cumpliéndose. De momento, y ya lleva así quince años, el piso ha quedado clausurado, su interior petrificado en el tiempo. Todo está tal cual lo dejó el último día, bajo el polvo, pero inalterado. Una atmósfera quieta como un agua calma, llena ese lugar de silencio.

## Apéndice II

---

### El Dios vencedor de los dioses

El placer de embarcarse en un periplo a través de un espacio sagrado. El deleite de recorrer. El espacio archibasílica como una red mil recorridos inmateriales. La complacencia sin prisas en las listas inacabables. Borges caminando durante un crepúsculo por este Templo, exclamó: precisamos de un Julio II.

## **82. Toma de posesión de un Cardenal Apostólico**

Cuando un cardenal apostólico toma posesión de su iglesia, se dirige a ella acompañado de su corte. La corte es sólo un modo de nombrar al grupo formado por sus dos secretarios y los otros clérigos que trabajan bajo él, o con él. En ese grupo, también le acompañan sus familiares y amistades, además de cuatro o seis miembros del Servicio de Protocolo. El embajador ante la Santa Sede del país del cardenal, también suele acompañarle junto a varios secretarios de la legación. La corte es seguido por veinte soldados de la Guardia Romana. El grupo entero va precedido por una cruz procesional y dos maceros. Todos los clérigos van vestidos con ropas corales. No van en procesión, sino de forma distendida, charlando. El cardenal va revestido con la muceta y capa de seda a modo de toga, y con el galero sobre su cabeza con las borlas cayendo por la espalda.

Al llegar a la iglesia, las puertas están cerradas. Un secretario le entrega al cardenal un martillo ceremonial. Con este martillo golpea tres veces la placa de metal que hay en la puerta principal

de las iglesias apostólicas para esta función. Entonces se abre la pequeña ventana que hay junto a este cuadrado, desde dentro se pregunta quién llama. Uno de los maceros, con potente voz, contesta con la retahíla de títulos que haya desempeñado en su vida el purpurado. Para concluir, el otro macero añade el título de cardenal titular de esa iglesia.

Las puertas se abren y un cabildo de canónigos recibe al cardenal. Un cabildo de los diez que hay en el Basilicarión. A cada cabildo le toca por turno de rotación, estar presente en ese acto protocolario.

El secretario del cardenal entra y, poco más allá del umbral de la puerta, hace lectura de la bula papal de concesión de ese título. Tras lo cual entrega la bula a los clérigos de esa iglesia y a los canónigos para que la vean. Cuando la han mirado, la devuelven al secretario del cardenal, y él, desde el umbral, la muestra extendida al pueblo allí congregado en el interior la iglesia.

Una vez mostrada la bula, los clérigos de esa iglesia y los canónigos reciben al cardenal besando su anillo. Tras ese acto de reverencia, le ofrecen un crucifijo para ser besado y el hisopo para que les asperja.

Después, la procesión con el cardenal se dirige hacia el altar principal. En el recorrido de la nave central, el purpurado se echa el galero hacia atrás, hacia la espalda, y se postra tres veces en dirección al altar. Ya que va a recibir tanto honor, se humilla de modo especial. Las amplias vestiduras, la muceta de armiño y el galero colgando en la espalda, no suponen poco peso e incomodidad a la hora de postrarse para la edad de los ancianos purpurados. De forma que, a menudo, el purpurado tiene que ser

ayudado por sus dos secretarios tanto para postrarse, como para levantarse.

Al llegar al altar, el cardenal lo besa y lo rodea incensándolo. En el ábside del presbiterio le esperan siete diáconos. El protodiácono y otros dos diáconos van revestidos con capas pluviales. Los otros cuatro llevan dalmáticas. Los siete le muestran siete reliquias para que las venere besándolas. Después, éstas son colocadas sobre el altar, donde son incensadas. La veneración de las reliquias es un recuerdo de que las antiguas basílicas estaban fundadas sobre las reliquias de los mártires.

La presencia del cabildo y del protodiácono simboliza la aceptación del Cardenal en su faceta cultural respecto a toda la Archibasílica. No sólo es recibido por el clero de esa iglesia, sino que en esa iglesia es recibido por el clero del Templo.

Acto seguido, el deán del cabildo y el rector de esa iglesia lo conducen hacia la sede. El rector de la iglesia le hace entrega de esa sede con una fórmula latina. El cardenal se sienta. El rector de la iglesia le entrega las llaves de ese templo. El cardenal las entrega a un secretario. Después se saca su anillo y lo entrega a otro secretario. El cual lo pasa al clero allí congregado para que lo examinen.

Algunos cardenales, para esa ceremonia, usan un tipo de anillo pesado cubierto con inscripciones, una pieza digna de ser visto de cerca. Mientras el anillo pasa de mano en mano, otro secretario comienza a leer la bula. Cuando la bula acaba de ser leída, el anillo ha regresado al cardenal. La bula, sostenida en alto, es mostrada una vez más en varias direcciones.

Tras eso, unas treinta personas del pueblo y del clero pasan a besar el anillo del cardenal sentado en su sede. Mientras, la bula pasa, de mano en mano, por el clero. Los cuales la pueden tocar y mirar. La bula simboliza la legitimidad del poder cardenalicio, el anillo simboliza su autoridad.

Sentado en la sede, el cardenal dice unas palabras. Normalmente, esas palabras suelen ser un largo sermón. Cuando acaba se canta un Te Deum, tras el cual, el cardenal da la bendición que pone punto final al acto.

La toma de posesión y la primera misa del cardenal titular son actos distintos que, normalmente, tienen lugar en días diferentes. En parte para no alargar más el acto. En parte para dejar claro que uno es un acto protocolario de honor al cardenal, y el otro un acto litúrgico en honor a Dios. Una es la recepción del cardenal en su iglesia, y otro la alabanza a Dios. La mayor parte de los cardenales dan por finalizado el acto con la bendición.

En esta ceremonia de la toma de posesión, todos van revestidos con hábito coral, porque se trata de un acto no litúrgico. Sólo van revestidos litúrgicamente los diáconos que en lo alto del presbiterio, representan a los ángeles que reciben al ministro de Dios en esa iglesia. Van revestidos así porque portan las reliquias para su veneración.

Una curiosidad es que el Obispo de Roma no toma posesión de la iglesia titular de San Pedro en el Basilicarión. Las tres ceremonias tras su elección se considera que incluyen y concluyen todo futuro acto de esta naturaleza. Además, la Iglesia del Título Apostólico de San Pedro carece de puertas, pues se trata del ábside.

En un principio, sólo los cardenales apostólicos tenían título en el Basilicarión. Pero, como excepción, se comenzó a conceder a algún cardenal algún título allí, además del título en la misma ciudad de Roma. Al cabo de varias generaciones, los cardenales acabaron teniendo su título basilical en la ciudad de Roma, y el título de una iglesia en el Basilicarión.

Dado que la archibasílica estaba llena de vida y los cardenales viajaban al Celio a reuniones, normalmente dos o tres veces al año, el *títulus* en la archibasílica pasó a tener cierta entidad. Pasó a ser un lugar donde el cardenal celebraba, cuando iba a Roma. Mientras que la basílica en la Urbe quedaba lejos y no solía ir mucha gente. De esta forma, el *títulus* del Templo se sentía como algo propio, como un lugar donde celebrar la misa con los sacerdotes y los peregrinos de la propia diócesis residencial. Los mismos obispos curiales, carentes de una diócesis, cada vez sintieron como algo más propio la iglesia del *títulus*.

## 83. El sector del Imperio Celeste

Diez años después de que se abriera al culto el ábside del Templo, en una parte interna del muro oriental, se consagró una capilla china. Capilla que, con el correr de los años, fue iglesia. Emplazada allí, parecía que estuviese como mirando a China. Medio siglo después, fue colocada en otro lugar de la archibasílica, la primera piedra de lo que fue la gran iglesia china del Templo.

China rivalizó con otras iglesias nacionales por tener, dentro del Templo, la más imponente colegiata, rodeada de una constelación de capillas. Esa iglesia y sus capillas de capillas de estilo netamente oriental, eran atendidas por abundante clero y una *schola cantorum* que podía rivalizar con la Capilla Sixtina. El poder del nuevo imperio quedaba patente en algo que no era ya una iglesia, sino todo un sector que recorría el muro norte.

La Iglesia Patriótica China había retornado a la comunión con Roma, y ahora se complacía en acoger a sus compatriotas visitantes de visita en la Urbe. El Celio llegó a tener dos prestigiosas filiales de universidades cuyas matrices radicaban en suelo chino, más de quince congregaciones religiosas también de fundación china, las peregrinaciones diocesanas eran constantes. De ahí que el rector de esa colegiata todos los días tenía abundante trabajo, organizando las funciones de los cuarenta sacerdotes que habitaban en ese sector.

El orgullo que a principios de siglo hubiera mostrado el Imperio Británico con sus connacionales, o los Estados Unidos en la década de los 70 en el siglo XX, ahora lo mostraba China con los suyos. El impresionante atrio de los túmulos funerarios era buena

muestra de ese poderío. Las quejas que antaño había habido de que la abadía original de los benedictinos iba a apoderarse de todo el Templo, ahora recaían sobre esta rica y extensa colegiata. La experiencia demostraba que los furros constructores siempre acababan menguando. Había que aprovechar estos entusiasmos arquitectónicos. Después, durante siglos, quedarían como muestra de un tiempo de auge. Una zona caída en una indolente decadencia también tenía su belleza. El Templo contaba con muchas partes remansadas en un presente tranquilo, que recordaban pretéritos tiempos de entusiasmo.



Una vez le habían comentado a Clemente XV: Mantener todo esto requiere de mucho dinero. De un gran presupuesto y de mucho clero. ¿Qué pasará si dentro de un siglo falta lo uno y lo otro?

Clemente XV había respondido con calma: Si pensamos así, nunca haremos nada. Es preferible hacer lo que se pueda en cada momento, y readaptar el lugar a las posibilidades de clero que existan en los siglos por venir. Ya veremos de cuando dinero dispondremos y actuaremos en consecuencia. Un Templo casi vacío, como recuerdo de tiempos mejores, en el que pululen sólo cien o cincuenta sacerdotes, también tiene su belleza. Pero recuerda que la Historia va hacia delante. La Humanidad va a más. Después de dos mil años, si algo hemos aprendido, creo, es que la familia humana se hace más grande.



## **84. La comunidad de las niñas consagradas**

Frente al poderío del sector del Imperio Celeste, en otra parte del Templo hay una humilde escuela de niñas consagradas, al estilo de aquella a la que entró la Virgen María en Jerusalén. En esa escuela, un grupito de niñas se dedican a sus estudios, pero viviendo en un ambiente de oración de tipo monástico.

Para ser aceptadas en esa escuela, no basta con la voluntad de los padres, las niñas deben pasar dos semanas en verano. Las formadoras deben ver en las niñas verdadero interés por integrarse en un ambiente de recogimiento monástico.

Cuando se creó la comunidad de las niñas consagradas, se pensó que tales inclinaciones se encontrarían, de modo nítido, como mucho en un grupo de unas veinte niñas. La comunidad de niñas iba a tener esas dimensiones. Cuál fue la sorpresa descubrir que, a lo largo y ancho de todo el mundo, había muchos mas angelitos que sentían ese llamamiento desde la más tierna infancia. Era como si Dios repartiese la vocación, desde la tierna infancia, a algunas tiernas ovejitas pequeñas. Las cuales, desde el principio, tenían muy claro qué deseaban. Por eso, y a pesar de los planes iniciales, la escuela se incrementó hasta sobrepasar el centenar de ovejitas cándidas.

Las había de todas las edades. Incluso dos de las niñas del grupo tenían seis años. Las niñas vivían como pequeñas consagradas vistiendo su tunicuita de color azul. Era tan bonito verlas rezar con las manos juntas en misa, todas agrupadas, cerca del altar. En las celebraciones se colocaban sobre sus cabezas un velo blanco de puntillas.

Cada año, al llegar el verano, volvían con sus padres. Y cada año se les recordaba con toda claridad que si, acabadas las vacaciones del verano, deseaban quedarse con sus padres en su casa, podían hacerlo. Que el retorno a la comunidad era enteramente voluntario. Pero muy pocas no retornaban. La mayoría deseaban estar allí, justamente en ese lugar, viviendo en el Templo.

Cuando crecían, más del 80% acababan profesando los votos perpetuos allí, en esa misma comunidad o en otra de las muchas con las que habitaban en los muros de la archibasílica. De forma que algunos conventos del Templo contaban con flores que habían sido transplantadas a ese suelo sagrado desde la más tierna infancia. Se encontraban lirios y azucenas inmaculadas, que casi se podía decir que habían nacido y muerto en el Templo. Urbano IX, en una visita, había afirmado emocionado que ese prado de flores constituía la más bella corona del Templo.

Esta *Comunidad de la Virgen María consagrada en el Templo*, tal era su nombre oficial, era un rebañito alegre que jugaba, corría, reía, pero que en los actos litúrgicos se mostraba recogido y circunspecto. Nunca había que hacerles callar. Se sentían ellas mismas como un pequeño convento. La misma comunidad de benedictinas que las acogía, decía que eran un convento dentro del convento. En las ceremonias papales se situaban muy cerca del presbiterio, era costumbre que ellas cantasen una canción (melodía pura y candorosa) en medio de la misa.

Ellas, en su claustro y en la azotea del Templo, se encargaban de colmar de cuidado dos jardines de azucenas y lirios blancos. Dedicación que fue imitada por más conventos allí. De forma que en el Basilicarión florecían en primavera varios jardines de espléndida pureza.

## **85. Los nueve sagrarios notables**

Entre los sagrarios de la Archibasílica, uno se encuentra obras de arte sublimes. Pero siete de ellos son verdaderamente peculiares.

El primero de todos, por supuesto, el más grande de todos, es el sagrario de la Nave Central, que parece una gruta dentro de una montaña de mármol. Sus cuatro puertas de oro nada tienen que envidiar a las puertas de la Catedral de San Patricio de Nueva York. Es un sagrario tan grande que se puede acceder a su interior. Un sagrario con cuatro altares sobre los que reposan normalmente cuarenta copones. Éste es el sagrario de los sagrarios, el Sagrario Mayor del Templo.

Uno normalmente ora delante de la Eucaristía. El presbítero que entra en esa capilla, literalmente está rodeado por la Eucaristía. Copones de todas las formas y tamaños, brillan ante la luz tenue que reina dentro de ese espacio único en el mundo. La purificación de los cálices y copones se hace en la capilla inferior, a la que sólo se puede acceder desde fuera. En la capilla-sagrario sólo se entra para dejar los copones sobre los altares. Nadie entra a orar allí.

La Nave Central está rodeada por dos basílicas y por las dos naves donde se emplazan la Tienda de la Reunión y el Templo de Salomón. En la Tienda y en el templo salomónico, hay dos reproducciones exactas del Arca de la Alianza. Dentro está la Eucaristía. Ambos lugares son lugares de oración y no de visita turística.

En cada una de las dos basílicas laterales de la Nave Central, hay un sagrario grande en forma de iglesia de oro. La de la Basílica de la Resurrección tiene forma de iglesia bizantina, como una especie de pequeña Santa Sofía, con un tejado formado por esmaltes y medallones de márfil y ópalos. Mientras que el sagrario de la Basílica de San Pabo, tenía la forma de torre eucarística coronada por una pequeña catedral románica de cruz griega, enteramente cubierta de detalles iconográficos entre sus contrafuertes y arcos.

Dos sagrarios, un de estilo oriental, otro de estilo occidental, para dos basílicas. Dos sagrarios en forma de arca, frente a dos sagrarios en forma de iglesia.

En el ábside del Templo, sobre el altar central de la Iglesia Apostólica de San Pedro, está el sexto sagrario notable, tiene forma de columba eucarística. Colgada sobre el altar, esta paloma de medio metro de envergadura es un primor de trabajo artístico, sobre cuya superficie de oro blanco resaltan los 700 pequeños rubíes que centellean. La columba aparece iluminada sobre el ara de un modo que sólo se puede calificar de fascinante.

El séptimo tabernáculo notable es el Sagrario Procesional, una especie de arca de la alianza que portan ocho diáconos revestidos con dalmáticas. Si los dos sagrarios de la Tienda y del templo salomónico son reproducciones exactas del Arca. Ésta, por el contrario, es el Arca de la Alianza reinterpretada con un lenguaje medieval y revestida de simbología eucarística.

Este arca-sagrario fue un regalo de la Conferencia Episcopal de Colombia, y en algunas festividades solemnes avanzaba por el Corredor Central, que discurre por la planta cuadrada del Templo. El arca-sagrario era colocada sobre los altares principales de ese

camino. En cada altar reposaba durante una hora para la adoración de los centenares de fieles que seguían esa procesión. Esta ceremonia duraba todo el día. Pero gustaba tanto esta forma de devoción eucarística, que se empezó a realizar con más frecuencia; hasta acabar siendo diaria.

Los altares también se multiplicaron. De forma que dar la vuelta entera al Corredor Central, haciendo una parada de una hora íntegra en cada iglesia, llevaba tres días. A las siete de la noche el arca se quedaba sobre el último altar. Tras la hora de adoración se cerraban las puertas de la iglesia, y allí se custodiaba hasta el día siguiente, en que se reiniciaba la procesión.

Esta ceremonia de la procesión ininterrumpida del arca-sagrario procesional, es una ceremonia que lleva a cabo, esencialmente, el clero que peregrina al Templo. Son ellos los que portan el arca-sagrario. Todo se organiza desde una página web. Los que quieren participar en esta ceremonia, antes de ir a Roma ya se inscriben, indicando la hora a la que desean portar el arca o desarrollar otras funciones. Los organizadores, a través de la web distribuyen al clero a lo largo del día.

Normalmente, el arca va portada de ocho diáconos, seguida ésta de unos cuantos presbíteros con capa pluvial. Varios laicos revestidos con alba hacen sonar cada cierto intervalo las trompetas de plata. Otros cuatro laicos llevan los incensarios, la cruz procesional. Siete maceros portando mazas coronadas, recuerdan que preceden al Rey del Universo, el Rey de reyes. Verdaderamente ese arca-sagrario atravesando el Templo, es el Rey en su palacio.

La web facilita que también los seminaristas y los laicos pueden ayudar. De forma que, a veces, intervienen obispos, coros y otros

elementos. Pero lo que parece más increíble, es que todo esto sea organizado, normalmente, por un solo canónigo, que dirige la ceremonia.

De los varios que han pasado por este puesto, fue muy conocido Bartolomé de Haifa. Muy conocido de todo el clero de la archibasílica y apreciado por los cardenales. Se trataba de un judío converso que durante veinte años se encargó, día a día, de organizar esta procesión; de organizarla, perfeccionarla y mejorarla. Su labor alrededor de ella, ya comenzó como laico. Casi se podría decir que vivió enteramente para esta ceremonia. Vivía la ceremonia diaria con tal intensidad, que dos años después fue ordenado como subdiácono. Cinco años después, fue ordenado como diácono. Y acabó siendo admitido como canónigo del Cabildo del Santísimo Redentor.

Desde entonces, el puesto siempre lo ha continuado uno de sus descendientes. Ya se está en la cuarta generación. Y todos siguen el mismo curso que el antecesor: subdiácono, diácono permanente, canónigo. Esa ceremonia casi se considera, con orgullo, como una ceremonia familiar. No es el único caso en el Templo. Varios puestos se han transmitido durante generaciones, como una especie de patrimonio del linaje.

El arcario, que así se llama el que ocupa este puesto, tiene que ser un hombre cargado de experiencia para manejar con eficacia y sin enfados, a los inexpertos acólitos. El trabajo no es fácil, pues cada hora hay que indicar a los ministros que están adorando en la primera fila del altar, que se dirigan a la sacristía, para el relevo del siguiente turno. Eso supone vestir a los nuevos acólitos, colocarles en sus posiciones antes de salir, e indicarles todo. Afortunadamente, gracias a la página web y sus vídeos, los nuevos ministros y acólitos, de forma habitual, conocen muy bien

cómo discurre la procesión, dónde se tienen que colocar y qué tienen que hacer.

En cierto trecho del Corredor Central, los judíos conversos reciben siempre con gran pompa el arca en su propia iglesia. La acogen con sus vestiduras y mantos, tocando sus cuernos y añadiendo ceremonias judías al recibimiento.

Son tres los subdiáconos arcarios que conforman el equipo que organiza todo. Uno para los turnos de la mañana y otro para los de la tarde. El tercero se encarga de los fines de semana. Los turnos duran seis horas, pero todos trabajan ocho horas. Pues se encargan durante dos horas de otros asuntos del Templo. Y es que las autoridades de la archibasílica tienen buen cuidado, de que todo aquel que sea mantenido por la archibasílica, trabaje ocho horas. El Departamento de Cuentas suele preferir echar mano de los servicios del clero jubilado. O de llegar a acuerdos individuales en los que el alojamiento y la comida en los refectorios de los estudiantes, tengan su contraprestación en forma de ayuda en las funciones culturales.

El número de clérigos es tan grande, que resultaría ingobernable si todos estuvieran bajo la supervisión de una autoridad central. Pero como cada iglesia dentro del Templo es independiente, cada una de ellas gestiona su presupuesto por sí misma. Unas iglesias se mantienen de sus propias limosnas, otras de las ayudas de su congregación, otras son sostenidas por las iglesias nacionales. El que los gastos sean tan pocos, se debe en buena medida a que pocos servicios son a cuenta del presupuesto general de la archibasílica. De forma que sólo un 4% de las limosnas se emplea en el mantenimiento. Desde la creación de la archibasílica, ha sido costumbre emplear todo el superavit en nuevos proyectos constructivos o en obras de caridad. Conforme el Templo ha ido

alcanzando un estado de consumación, llamémoslo así, las obras de caridad suponen el 80% del presupuesto anual.

Hay que explicar, también, que todas las limosnas, cepillos y colectas de las misas del Basilicarión, son propiedad del Templo. Sólo los encargados poseen las llaves para abrir esos cofres. Y hasta las mismas colectas de las misas deben arrojarse, sin contarlas, en unos sacos que se precitan. Las cajas, sacos y bolsas son recogidas, en unos lugares semanalmente, en otros diariamente, y contadas en un departamento especial. Después, al autoridad central del protodiácono es la que otorga una cantidad a esa iglesia de la que han salido las limosnas.

Esto se hizo, porque quería evitarse la codicia de algunos rectores, ante ese río de turistas que pasarían por las iglesias. Las iglesias debían dedicarse a lo espiritual, no a pedir dinero. El Departamento de Finanzas después retornaría una parte de esas limosnas según el trabajo espiritual que observasen que cada iglesia hacía: confesiones, predicaciones, etc.

Pero la autoridad central del Templo, como norma general, prefería que las iglesias (el mantenimiento y el clero) fuesen sostenidas por sus congregaciones religiosas o iglesias nacionales. El Protodiácono se encargaba de enviar a laicos desconocidos, ajenos al Templo, para supervisar que en las iglesias no se pidiese dinero. Estas visitas se realizaban de forma regular, al menos, una vez al año.



## 86. El Sagrario del Coro Aúreo

El octavo sagrario notable fue diseñado en la última reforma del ábside del Coro Aúreo Donde se hizo una especie de ábside dentro del ábside. En el cual se colocó un icono de Jesucristo de estilo oriental. Un icono de seis metros de altura, en el que se le representa como rey sentado en su trono. Los pies, manos y rostro de Jesús están pintados como un icono. Las vestiduras de Jesús son una armónica conjunción márfil, malaquitas y plata.

Lo más interesante de este icono, es que tiene dos puertas laterales, una a cada lado, las cuales parecen partes integrantes de su trono. Por esas puertas se accede a la parte posterior del icono. Toda la parte correspondiente al cuerpo de Jesús tiene detrás treinta y tres ménsulas. Sobre cada una de las cuales hay treinta y tres copones, cada uno distinto en estilo y forma. De forma que todo el cuerpo de Jesús representado en el icono, tiene detrás verdaderamente a la Eucaristía.

Éste es el sagrario de la mayor abadía benedictina del Templo. Antes oraban hacia el sagrario situado en el centro de la Nave Central. Pero estaba muy lejos. No favorecía la idea de un Cristo cercano. Además ellos estaban en clausura, no salían a la Nave Central. De ahí que se optara por dotar de un magno sagrario al ábside del Coro Aúreo. Sagrario ése del coro que no era visible desde la Nave Central. Sólo lo era desde el coro, y por eso no aminoraba en nada el honor del sagrario situado bajo el Baldaquino.

## 87. El sagrario del Templo Redondo

El noveno sagrario notable se situó en el centro del Templo Redondo, la iglesia más alta del Basilicarión, situada en el interior del Monte Tabor. Tiene forma de arca gótica de tres metros de altura y seis de anchura. Cuenta con una puerta de acceso al interior. Ya que el arca es tan grande, que el sacerdote para dejar el copón, tiene que entrar dentro. Esa puerta representa la llaga de su corazón. Otras cuatro ventanitas, representan las llagas de sus manos y pies.

En el Antiguo Testamento, la Tienda de la Reunión tenía cuatro cubiertas sobre ella. Este arca de grandes dimensiones está cubierta en su parte central de una tela mullida que semeja piel de zorro. Sobre ella, tres tejidos preciosos están colocados y son de unas dimensiones tales que se pueden apreciar las cuatro cubiertas que recubren este sagrario.

Sobre esas telas, colgando de cadenas de oro, hay, a cada lado, un icono del rostro de Cristo. Nueve pequeños pináculos de oro, emergiendo del tejado de plata, representan las espinas de la corona de la crucifixión.

Esta magnífica arca está rodeada de columnas que sostienen los dinteles de los que cuelga el velo. Como el arca está iluminada, se le ve perfectamente a través del velo que es muy tenue. Hay tres perímetros que rodean el arca con sus velos. La gente sólo puede sentarse más adelante, conforme los primeros puestos se van vaciando. Pero incluso desde detrás del tercer velo, el arca es visible.

## 88. Las ceremonias suprabasilicales

En la Iglesia extendida por el mundo hay cuatro tipos de ceremonias:

**Ceremonia parroquial:** Sencilla, familiar, con un párroco que tiene alrededor a sus ovejas.

**Ceremonia catedralicia:** Más compleja, más solemne, con más presbíteros alrededor de su obispo.

**Ceremonia basilical:** Por este nombre se entiende las ceremonias de las basílicas papales romanas, de las cuales la más eminente es la liturgia de la basílica vaticana. Si en la catedral hay muchos presbíteros rodeando al obispo, en éstas hay muchos obispos rodeando al Papa. Estas ceremonias son sustancialmente más solemnes que las catedralicias. Y con ceremonias particulares que sólo pueden tener lugar allí: entrega de la birreta cardenalicia, sínodos de obispos, funerales de papas, entrega de palios.

**Ceremonia suprabasilical:** Si el ritual basilical ya suponía una liturgia cualitativamente diversa de la catedralicia, las ceremonias suprabasilicales, de nuevo, suponen un salto cualitativo con respecto al nivel inferior. El lugar se presta a ceremonias con muchos más ministros y pueblo fiel. En ocasiones, miles de clérigos y cientos de miles de fieles. El lugar de por sí, con la presencia física de la Gran Curia, colegios, monasterios y universidades, ya concentra habitualmente un número cualitativamente muy superior de clero.

Un lugar así, único por su propia naturaleza, se presta a ceremonias únicas, a vestimentas únicas, como las de los cardenales apostólicos, las de los miembros del Servicio de Protocolo, etc. Y es que la belleza del Templo de Dios se manifiesta también en la belleza de las vestiduras de los siervos.

Ceremonias las de este enclave único que no se reducen únicamente a lo litúrgico, sino que se extienden también a lo protocolario; como las de las tomas de posesión. Otras son meramente estéticas, como el cambio de la guardia ante la Gran

Curia. Resultaba evidente que el lugar, de por sí, generaba ceremonias.

Cuando se fueron creando este tipo de ceremonias suprabasilicales, una carta de la Congregación del Culto Divino recordó a todos los obispos del mundo, que este nuevo tipo de ceremonias eran sólo para la archibasílica del Celio. Los obispos debían evitar tanto la creatividad, como el intento de adaptar esas ceremonias a sus diócesis. Las cuales ceremonias eran para ese lugar único, y sólo para allí.



En la Iglesia del Título de San Pedro se colocarán las estatuas sedentes de 271 Papas. Cada una enmarcada en un retablo de pinturas, que representarán los sucesos notables de cada pontificado.

Para llevar a cabo esta empresa de embellecimiento del interior del ábside, se creará un taller de ocho artesanos dedicados a este propósito. Estos pintores, talladores y carpinteros trabajarán en el claustro de los talleres pontificios. En principio, deberían llegar al Papa actual en unos siete u ocho años. El presupuesto correrá a cargo de las limosnas del Basilicarión. Cada pontífice aparecerá con su escudo, con su lema, con un rostro concreto.

Cuando se aprobó el presupuesto para llevar a cabo esto, se tenía en cuenta el interés que, en todos los turistas, despertaban los medallones de los Papas en la Basílica de San Pablo. Estos retablos (a diferencia de los sencillos medallones) serán como libros abiertos que, cerca de los que los contemplasen, permitirán conocer la vida de cada Papa.



El Director General de las finanzas del Celio, un laico de unos cincuenta años de edad, delgado, muy inteligente, vivaz, le explicó con claridad a Clemente XV:

-Santidad, si usted quiere acabar los retablos del ábside en la mitad de tiempo, se puede hacer. Pero eso significa que necesitamos 14 millones de euros más.

-Usted es el especialista –le dijo el Papa-. Saque el dinero de algún lado. ¿O no se puede sacar de algún lado?

-Santidad, tiene dos opciones. O esperamos cinco años a acumular esos 14 millones con las limosnas que cada año va produciendo el Celio. O concedemos el permiso para construir ese hotel del que le ha hablado. Pero para conseguir esa cantidad de dinero, habrá que conceder su propiedad durante, al menos, cincuenta años. En cuyo caso, sí que dispondríamos en un año de ese capital, para realizar el proyecto de los retablos de los papas en la mitad de años que le he dicho. Pero recuerde, ya tenemos ocho hoteles así.

-Ya me lo has repetido. Siempre me recuerdas que eso significa hipotecar los beneficios del futuro.

-Claro. Es mejor que nosotros construyamos esos hoteles y nosotros nos quedemos con los beneficios –el Director de Finanzas hablaba con confianza, como alguien acostumbrado a departir con el Pontífice, y a departir contradiciéndole.

-¿Pero es que no hay más posibilidades?

-Le aseguro que no.

-¿Y otra colecta?

-Ya hemos pedido una cantidad excesiva de colectas especiales. Cada nueva colecta recoge menos dinero. Debemos esperar, como mínimo, al próximo año.

-Vamos, de algún modo podemos sacar quince millones más.

-La vaca ha sido ordeñada ya al máximo. No podemos conseguir ni un euro más.

Una de las cosas que más me cuesta hacerles entender a ustedes, a los cardenales y a Su Santidad, es que se puede sacar mucho dinero de muchos sitios. Pero que llega un momento, ¡en que no se puede obtener ni un euro más! Ni uno.

-Vamos, que nos tenemos que ceñir a lo presupuestado.

-Exacto.

-Así que ya me puedo ir olvidando de un taller de treinta artesanos.

-Ocho, ni uno más.

-Me moriré sin ver esta obra acabada. Y créeme que me hace ilusión.

-No se preocupe, la contemplará mejor desde el cielo –le dijo el Director de Finanzas cerrando su carpeta.

## **89. Las peregrinaciones a las iglesias patriarcales**

En lo alto de las cuatro esquinas del complejo de los nueve claustros, se decide colocar iglesias de estilo basilical primitivo, que representen a los cuatro patriarcados de la Antigüedad. El quinto patriarcado sería Roma, que estará representado en la Basílica Constantiniana de uno de los claustros.

Otras dos iglesias más, situadas en los claustros, conforman un conjunto de siete basílicas que simbolizan las siete basílicas principales de la Urbe.

Cuando todavía no existía nada alrededor del Complejo de los Nueve Claustros, en esa extensa llanura se situaron siete cenotafios en honor de siete mártires. Esos monumentos sepulcrales marcan el inicio de siete caminos. Cada una de esas vías culminan en una de esas siete iglesias edificadas en recuerdo de las basílicas patriarcales de la Urbe.

Cada una de las siete agradables veredas que discurren en medio de la campiña romana, tienen un recorrido de cinco kilómetros. Para así poder hacer en una hora una pequeña peregrinación a cada iglesia. Son caminos muy agradables, a cuyos lados han plantado árboles preferentemente de una especie. En uno predominan los cipreses, en otro los olmos, en otro las higueras, en otro los platanos, etc. Además, de tanto en tanto, han colocado distintos pequeños mojones y monumentos de estilo romano, que recuerden cosas santas a los peregrinos.

Con el tiempo, donde hubo un cenotafio, se levantó una pequeña ermita. Las siete mostraban externamente el aspecto de un templo romano. Las siete ermitas a su vez se conectaron con un camino circular. Un autobús que partía del Celio cada hora, iba recorriendo las siete ermitas y dejando a los peregrinos en el comienzo de cada vía.

Algunos peregrinos, incluso, recorrían esa vía circular. Hacer esa peregrinación larga llevaba un día entero.



Abdelwadud Gazhaleh, millonario azerbaiyano de sesenta años, visitó el Basilicarión como mero turista. Hombre muy religioso, musulmán fiel, entró con respeto en aquel lugar cristiano, pero con el único interés de ver cosas nuevas durante un par de horas y marcharse al hotel a cenar. Quedó impresionado por el Templo desde el mismo momento en que atravesó el umbral de una de sus

puertas laterales. Más que impresionado, se quedó mudo. El embajador de su país que le acompañaba, le hacía pertinentes comentarios de tipo histórico o artístico. Abdelwadud movió su mano, solicitándole que no le hablara. Incluso se adelantó un poco para ir solo. Sus diez guardaespaldas le siguieron más de lejos.

El millonario se encontró con la imagen de Jesús crucificado. Se trataba de la representación de tamaño natural que hay en el Corredor Central. Se acercó poco a poco, sin separar la vista del crucificado. Conocía la historia de Jesús, someramente, pero la conocía. Se paró delante de la imagen. Estuvo en silencio durante diez minutos. Finalmente, pensó: *Él es Dios. Él es realmente Dios.*

Abdelwadud había estado casado. Pero su mujer había muerto en un accidente de automóvil. Su hijo, secuestrado, había sido asesinado cuatro años antes. Él mismo estaba enfermo de cáncer, sin remedio. Tres meses después murió.

A los cuatro días de la muerte, cuatro abogados del despacho Hayes & Marshall se presentaron en el Vaticano desde Londres. El Estado Vaticano había sido dejado como heredero del 20% de una fortuna valorada en 60 millones de euros. La totalidad de la fortuna no se podía canjear en efectivo de forma inmediata, pues buena parte eran bienes raíces, bonos y participaciones en sociedades. Pero el dinero era del Vaticano y se podía ir vendiendo a lo largo de varios años. La única condición que había especificado con claridad el testador, era que el dinero sólo se podía gastar en construir el Basilicarión.



## 90. El Centrum o centro diocesano

Algunas diócesis crearon en alguna zona urbana de nueva expansión un *centrum*. Un *centrum* era como el Basilicarión, pero en pequeño. Es decir, una serie de edificios que constituyeran los muros de un templo de grandes dimensiones.

Algunas diócesis colocaron en esos muros-edificio la curia diocesana, el seminario, la residencia de sacerdotes jubilados, y uno o dos conventos de religiosas. Dejando terreno para construir en el futuro y así poder ampliar esa neocatedral. Pues aunque oficialmente no eran catedrales, en la práctica sí. Cuando se creaba un *centrum*, la residencia del obispo se trasladaba allí. La presencia habitual del obispo en las misas, adoraciones y oficio divino, constituía el elemento que más prestancia daba a este tipo de iglesias, y por lo que *de facto* eran consideradas neocatedrales.

Cada *centrum* sería un modo de evangelizar esas zonas urbanas que se expandían, creando un espacio para las bellas liturgias, con abundante clero, un templo siempre abierto, siempre con confesores. Un espacio sacro donde se podía reunir a muchos más fieles con su obispo.

En los setenta años siguientes, aparecieron en todo el mundo veintiún centros de este tipo. Todo el mundo lo definió como un nuevo concepto de catedral. El obispo, los integrantes de la curia diocesana, el seminario y una residencia de sacerdotes jubilados, eran los cuatro elementos que elevaban cualitativamente cada *centrum* por encima de las otras iglesias diocesanas. Como se ve, el *centrum* era un modo de trasladar el esquema del Celio a una diócesis, sólo que a un nivel mucho más pequeño.

## 91. Los Claustros o claustros continentales

El Vaticano aprobó la creación de cinco santuarios pontificios, llamados vulgarmente los *claustra*, uno en cada continente. Cada santuario sería como un *centrum*, sólo que regido directamente por el Vaticano. El nombre de *claustrum* lo tomaban de que tendrían un claustro al modo del Claustro Central del Celio.

Aunque se había aprobado la construcción de esos santuarios, sólo se construirían dos en los próximos veinte años, al menos: el de África y el de Latinoamérica. El de Australia y Asia se comenzarían a construir mucho más adelante.

La idea de esos cinco claustros no sólo era crear centros de peregrinación y espiritualidad, sino el tener un lugar donde poder instalar a la Curia Romana si alguna vez fuese necesario. Los claustros ofrecerían espacio e instalaciones para los casos de emergencia.

La Iglesia estaba destinada a durar hasta el fin de los tiempos. Este plan ofrecería un lugar ya dispuesto para trasladarse en caso de guerras, persecuciones o desastres naturales en Italia.

Los edificios de cada claustro únicamente ofrecían lo mínimo indispensable: espacio diáfano, mesas vacías, sillas, tomas eléctricas (para conectar en el futuro ordenadores), y habitaciones. La zona para las cocinas, las salas de reunión, los despachos, aparecían vacíos, sin mobiliario de ningún tipo. Si se precisaba usarlos, ya se prepararían adecuadamente. Pero si algún día se daba un caso de emergencia y había que trasladarse, lograr lo mínimo, lo que ya estaba allí en esas instalaciones, conllevaba tiempo, decisiones, reuniones. En caso de verdadera emergencia, ese tiempo precioso estaba ya ganado. La Curia de toda la Iglesia

universal era de dimensiones notables, no se podía dejar a la improvisación algo tan importante como una evacuación con urgencia.

Si cardenales, obispos y monseñores tenían que huir a toda prisa, no suponía poca ventaja poder avisar: nos reunimos en este punto de África. Y, desde el primer día, contar allí con espacio donde ir instalando lo necesario, para seguir funcionando.

Esos lugares desangelados con mesas, sillas y armarios baratos, realmente de lo más económicos, podrían recibir visitas turísticas. Esas visitas guiadas explicando el lugar, sería una forma de pagar el mantenimiento mínimo del sitio. El cual funcionaría para ofrecer retiros espirituales, encuentros de grupos eclesiales, peregrinaciones nacionales. Ofrecer el edificio del claustro para los grandes eventos, era una forma de ir dotando de infraestructura y mobiliario al lugar.

Además, la ventaja de estos claustros continentales era que si, alguna vez, un peligro iba creciendo en Italia o en Europa, se podía ir, poco a poco, trasladando algunos departamentos a ese lugar. De acuerdo al nivel de peligro, el personal y los archivos podían irse trasladando, de forma insensible, sin ser notada.

## **92. El Archivo Secreto**

Los archivos de la Gran Curia se hallan reunidos en un lugar del Claustro Central, junto al extenso *scriptorium* donde trabajaban los monseñores. Cada congregación romana tiene acceso sólo a sus propios archivos, dentro de ese ese archivo dividido en zonas. Dentro de este archivo general hay una zona de mucha mayor

seguridad, donde se custodia la información más delicada. Esta zona está más restringida a los accesos y más protegida frente a las intrusiones, no porque en ella se contengan secretos inconfesables, sino por el daño que podría hacer cierta información si saliera a la luz pública.

El contenido de los archivos curiales era bien conocido por su reserva perfectamente salvaguardada. Pero, aun así, se decidió reforzar todavía más esa protección.

El Archivo Secreto, como se llama, es un espacio acorazado de reducidas dimensiones, una especie de rectángulo de cuarenta metros de largo y veinte de ancho. A su vez este espacio se halla dividido en varias zonas completamente estancas entre sí, cada una dependiente de un departamento determinado.

Dentro de este rectángulo, hay una segunda cámara acorazada, donde se custodian los secretos de más alto nivel. Esta zona de unos doscientos metros cuadrados es común a todos los departamentos. Cuatro religiosas contemplativas, de probada santidad, son las únicas que entran físicamente en esta parte que es el corazón del archivo secreto.

Estas religiosas pertenecen a una comunidad que, desde hace mucho tiempo, trabaja en los temas más reservados de la Gran Curia. Ellas copian, destruyen y transcriben aquellos documentos cuya reserva debe ser máxima. Cuando se cubre una nueva vacante, la congregación se encarga de enviar a otra religiosa que sea santa, prudente y discreta, y de no menos de cuarenta y cinco años. Por sus manos pasan los más delicados informes procedentes de nuncios y obispos, con la seguridad de nunca jamás saldría una palabra de su boca.

El entero Archivo Secreto con sus dos cámaras está dentro del convento de esta comunidad. El convento rodea las dos cámaras

concéntricas por todos sus lados, por encima y por debajo. En cualquier hora del día o de la noche, resulta imposible intentar entrar en el archivo sin atravesar el convento, cuyas habitaciones están repartidas por todas las coordenadas del cubo que forma ese edificio.

Esta comunidad tenía un cometido verdaderamente peculiar: el encargo de destruir el entero Archivo Secreto. Se había determinado, por parte del Papa y el Colegio Cardenalicio, que si alguna vez algún poder policial, comando terrorista, o quien fuera, irrumpiera por la fuerza en el Archivo Secreto y hubiera razonable peligro de que se apoderase de la información, éste fuera destruido antes de que eso sucediese.

La Historia había conocido varias invasiones del Vaticano a lo largo de la Historia. Los cardenales no estaban dispuestos, a que una información que podía usarse para hacer tanto daño, cayera en manos ajenas. De forma que establecieron un protocolo, para poder dar transmitir la orden de la destrucción de ese archivo.

Podía haber dictadores futuros, poderes absolutos, masas de gentes que quisieran tomar al asalto el Celio. Si tal cosa sucedía, había seis personas autorizadas para ordenar la destrucción del Archivo Secreto. Por supuesto, entre ellas se contaba el Santo Padre o el Gobernador del Celio, pero también el Comandante y el Subcomandante de la Guardia Romana. Cualquiera de estas dos últimas figuras, desde el centro de seguridad del Cuartel General estarían en disposición de discernir si una irrupción constituía un peligro sólo para las personas, o buscaba directamente el contenido del Archivo Secreto.

Por ejemplo, un loco con una ametralladora o un secuestrador con explosivos, en principio, no significaba una amenaza para el contenido del archivo, aunque este se abriera paso hasta sus inmediaciones. Pero los servicios de seguridad italianos que,

pertrechados de hombres y material, pretendiesen abrirse paso hasta los accesos de ese archivo, sí que constituía una de las situaciones previstas para la destrucción del Archivo. La irrupción de una multitud descontrolada tomando al asalto el Celio, era otra de las situaciones previstas.

No eran tanto los comandos terroristas los que preocupaban a la Curia, como los poderes políticos, policiales y judiciales del futuro que, de forma imprevista, quisiesen apoderarse del Celio, apelando a su territorialidad italiana.

Seis personas podían ordenar la destrucción del Archivo Secreto. Pero dado que se puede imitar muy bien la voz de alguien, la orden debía darse sólo desde cuatro teléfonos situados en cuatro lugares distintos del Celio, y sólo desde allí. Sólo esos cinco teléfonos tenían conexión con el habitáculo interno del Archivo Secreto. Y no bastaba sólo con dar la orden desde un aparato autorizado, sino que, además, debía ir precedida de la contraseña adecuada. Las voces podían imitarse, únicamente la contraseña autentificaba una voz. Las monjas tenían la orden estricta de no obedecer ni al Santo Padre por teléfono, si él no sabía la contraseña. *Si no se sabe la contraseña, seguro que no es el Papa*, tal era la consigna.

La orden tampoco podía darse desde el Vaticano. Sólo los teléfonos situados en cuatro emplazamientos determinados podían usarse para transmitir la orden. Toda precaución es poca, cuando tanto está en juego.

Nadie se extrañará si decimos que pocas cosas excitaban más la imaginación de los turistas del Celio, cuando enseñándoles el Archivo de la Curia, el guía señalaba el edificio cúbico, misterioso, de paredes lisas, situado en su extremo. Todos los turistas se preguntaban qué secretos no contendría ese cubículo de veinte metros de altura. Cuando se les explicaba que dentro vivía

una comunidad de religiosas, la imaginación se desataba. Este tipo de curiosidades era lo que hacía del Celio, sin duda, el lugar más apasionante de la Tierra.

## 93. La previsión de lo peor

Los siglos habían conocido muchos tumultos y revoluciones, podía haber más. Si una masa descontrolada pretendía tomar al asalto el Celio, la muralla que rodeaba los nueve claustros se podía cerrar con una sola orden desde el Cuartel de la Guardia Romana. Si los portones de esa muralla eran violentados, el Claustro Central se podía aislar también con toda facilidad.

Si también una masa penetraba en el Claustro Central, había un plan para proteger ante todo el Gran Scriptorium y hacerse fuertes allí. En una situación así, el protocolo estaba perfectamente fijado. Los cardenales, obispos y monseñores debían huir por las vías alternativas que ellos conocían para una contingencia de ese tipo. Emplearían las vías empleadas por el tráfico subterráneo para dirigirse a las salidas determinadas.

Se decía que existía un túnel secreto que recorría de norte a sur todo el Celio por debajo del nivel de la cisterna subterráneo. Tal túnel legendario nunca había existido. Nunca hubo un túnel por debajo de las *aguas inferiores*. Pero los curiales sí que conocían la vía de emergencia más rápida, para salir del Celio a través del sistema de tráfico del nivel subterráneo.

En un caso así, las monjas a cargo del Archivo Secreto sabían cómo hacer para destruir en dos minutos todo el contenido de esas dos cámaras. Algunos decían que había depósitos de ácido, otros hablaban de explosivos incrustados en sus paredes. La realidad

era que la operación, si se llevaba a cabo, se realizaría con gasolina a la que se le prendía fuego.

Prender fuego a dos cámaras sin ventanas no resulta una operación fácil, pero todo estaba meticulosamente planeado. Sólo se precisaban dos minutos, para que esas cámaras se transformasen en un autentico horno, incinerando carpetas e índices, informes acerca de obispos, varias toneladas de papeles y archivos digitales. Según los que idearon el sistema y lo probaron a escala menor, en un rancho de Texas, el fuego concentrado allí elevaría la temperatura hasta fundir los armarios de metal. Y lo que es más importante, una vez iniciado el encendido, ya nadie podría entrar en las cámaras, ni tampoco habría forma humana de apagar esa masa de fuego.

A diferencia de las películas en que comienza una cuenta atrás que se puede abortar en cualquier momento, una vez que la religiosa arrojase el fuego por el lugar determinado, ya no habría manera de revertir el proceso.

Mucho se ha especulado cómo se realizaría concretamente esta operación de destrucción, si se llevaba a cabo algún día. Lo cierto es que aunque todo se hubiera podido hacer con solo pulsar un interruptor, siempre hubo temor de que si el sistema se simplificaba, podía haber accidentes. Y, ante todo, se deseaba evitar explosivos. Los cuales siempre poseen una tendencia innata a explotar cuando no se desea.

El sistema era, a propósito, muy primitivo, y precisaba de dos religiosas actuando a la vez. Una vez recibida la orden de destrucción, una religiosa debía conectar una manguera de goma a una boca de entrada.

Para encajar esa manguera en la boca de entrada, se requería que una religiosa girara con las dos manos dos agarraderas en un



sentido, mientras otra religiosa giraba otras dos agarraderas en otro sentido, para que así se abrieran las pestañas y encajaran los salientes de la boca con la manguera. Lo mismo había que hacer para abrir el grifo que abría esa manguera. Las religiosas debían dirigirse entonces a un pequeño depósito de gasolina (con veinte litros de capacidad exactamente) situado en el punto opuesto del convento.

Allí se abría una llave que también requería de dos personas para girarla. En ese momento la gasolina, por la acción de la gravedad, caía por la manguera y entraba por la boca de la parte superior del Archivo Secreto. Esa boca estaba pensada para que la gasolina se fuese dispersando por las dos cámaras. El reguero iba siguiendo la ley de la gravedad. Un minuto después, los veinte litros ya habían caído dentro. Se sacaba la manguera y, por esa misma boca, se tiraba un papel encendido o cualquier cosa con una pequeña llama. La operación entera se realizaba en dos minutos. Un minuto para encajar la manguera y abrir la llave de entrada al archivo y abrir la del depósito de gasolina, y otro minuto para que el líquido cayera y se distribuyera por los regueros creados para ese fin. El papel y los armarios contenidos dentro del Archivo una vez que comenzaran a arder se unirían al poder destructivo de esos veinte litros de gasolina. Los respiraderos del archivo también estaban pensados, para que entrara aire suficiente para la combustión de ese horno.

En la Curia, en broma, se les llamaba a esas monjas las Destructoras Pontificias.

## Apéndice III

---

### Templo platónico de muros inexistentes

## 94. La Sala de los Leones

Jules Geeliebter, estudioso implacable de los heresiarcas del siglo IV, erudito riguroso e implacable que vive en un pequeño pero noble apartamento del Muro Sur del Templo. Mora entre esas paredes con una existencia tranquila, con su mujer húngara, sus dos perros de raza (un Weimaraner y un Basset Hound) y sin sus cuatro hijos, que ya volaron del nido hace muchos años.

Era muy curioso que un hombre que no creía en ninguna ortodoxia, justamente se ocupase de los heresiarcas. Y que, entre todos los lugares del mundo, hubiera acabado viviendo en un flanco del Templo.

*Los espejos y la paternidad son abominables*, repetía a menudo en un alarde de humor que su mujer ni valoraba, ni comprendía. En cierto modo era lógica esta incomprensión, la mitad del espacio de su vivienda estaba ocupada por los libros. La mitad de su vivienda y de su vida estaba ocupada por ellos. Su mujer era, más bien, un elemento errático en ese orden intelectual. Un cometa de trayectoria emocional impredecible. Los millares de libros presentes allí, eran como planetas predecibles. Se sentía feliz, al menos moderadamente feliz, en su pequeño sistema solar de miles de planetas en el universo del Templo.

Jules me enseñó su enciclopedia integral sobre Athanasius Kircher. Hojeé sorprendido las páginas *in folio* de un tomo titulado *Turris Babel sive Archontologia*. El sabio me mostraba

tal o cual página, añadiendo explicaciones, exclamaciones (y eso que había repasado esas páginas centenares de veces) y entusiasmos, teniendo que ir a tal o cual página, para enseñarme este grabado, este comentario deliciosamente equivocado de Athanasius.

-¿Es genial en sus errores, verdad? –me volvía a preguntar.

Unos minutos después, mientras él buscaba su diccionario para dar con el significado de un término latino con el que nos habíamos tropezado, alargué la mano: *Mundus subterraneus, quo universae denique naturae divitiae*. Lamentaba no conocer el latín como Jules. Llegó feliz, Jules, con su palabra en la mano. Sobre el diccionario, parecía esa palabra una sardina coleando recién sacada del agua.

Tardamos veinte minutos en sentarnos en su escritorio y entrar en la materia que me había traído a su casa: mi tesis doctoral. Me dio magníficas pistas durante la media hora hora en la que charlamos. Me aclaró conceptos, me aportó una nutrida bibliografía y me infundió ánimo en ese comienzo de mi camino.

-Volverás a Costa Rica y seguro que serás ún magnífico profesor de patristica.

Después nos sumergimos en una conversación que era un ir y venir de temas aleatorios. Aunque, al final, me dijo, dejándome completamente sorprendido:

-Aunque Dios no existiera, y estoy seguro de que existe, este lugar –se refería al Templo- se justifica plenamente. Esto es una selva: la selva del orden. Aunque yo fuera ateo, y no lo soy, hubiera decidido irme a vivir aquí.

-Ya pero...

Y le manifesté mis dudas, mis reticencias respecto a un exceso como aquél. La Iglesia de los pobres y toda esa retahila de lugares comunes que se usaban para desprestigiar con altivez ese

lugar. Él, Jules, el agnóstico, o el heterodoxo, que no estaba claro, captó al momento el más profundo sentimiento de mi espíritu, y me recriminó sonriendo:

-Hay más soberbia en tu amor a la pobreza, de la que crees. El entero Templo es humilde en el reconocimiento de su nada frente a Dios. Hay más altivez, quizá, en tu corazón que en todas esas piedras.

-¡Torres góticas que se alzan soberbias!

-Piedras soberbias, pero para la gloria de Dios. Mientras que tu altivez es en estado puro. Ligeramente mezclada con la excusa del amor a los pobres.

-Con todo respeto, tiendo a pensar que este lugar es un escándalo. He venido obligado por mi obispo, por la universidad.

-Querido, escúchame –me interrumpió ansioso-. Si los creyentes como tú atacáis el lugar, vamos a tener que ser los heterodoxos y los agnósticos los que lo defendamos, los que os hagamos comprender la necesidad que tiene el Universo de un lugar como éste.

-Pero hay muchos que se escandalizan. ¿Esto no importa?

-¡Que les den morcilla! La Humanidad no entiende nada. ¡Escucha! Aunque ahora no lo comprendiera nadie, en el futuro, en el lejano futuro, se entenderá. Bastará con que esto se levante para la parte más noble de la humanidad. Ellos, después, arrastrarán al resto.

-Pero...

-Déjate de peros. Imagínate que nada de esto existiera. Imagínate que aquí en mi casa, en mi vejez, en mis años como jubilado, escribo una enciclopedia completa sobre este Templo.

Se levantó, la tenía escrita. Ejemplares tan grandes como la de las obras completas de Kircher, o los cinco primeros pesados volúmenes de la Obra sobre Tlön. Me señaló sus cuarenta tomos sobre la *Chronica Templi Basilicarionis seu Archibasilica Celi*.

La hojeé, cediendo a sus invitaciones. Al principio, desganado. Después, sorprendido ante la acumulación de trabajo. Capítulos y capítulos manuscritos. La mayor parte a doble columna. Salpicados con los pobres esquemas, dibujos y croquis de su mano no dotada para ese arte. Miré el esbozo de unas ruínas circulares. Un redondel era todo lo que parecía quedar de un templo invadido por la selva. Leí un poco, unas líneas sueltas. Fui hacia atrás, índices y más índices.

-Una historia alternativa, en definitiva –sentencié dejando el libro-. Por lo que veo, ésta no es la historia que, podríamos llamar, oficial.

-Sí. ¿Por qué esto debería contar sólo una historia? Pero no es a esto a lo que iba. Escucha, te he enseñado mi *Chronica Templi* para que entendieras que si el Templo no existiera, pero sí que existiera mi enciclopedia, entonces ¿crees que las cosas volverían a ser como antes de que existiera mi enciclopedia?

-No le entiendo.

-Una vez que sueltas la idea, una idea como ésta, las cosas ya no pueden volver a ser como antes. Una vez que describes este templo, miles de personas pensarán en esta archibasílica, miles de personas desearán su existencia. Antes o después, vendrán a la existencia versiones de esta combinación de conceptos, variaciones de lo que aquí se ha descrito. Muchas más pequeñas, peores, vulgares. Pero no importa. Aunque ni siquiera ellas existieran, la idea seguiría generando variaciones en el mundo de las ideas, y tal vez variaciones en el mundo real, aunque éstas serían indiferentes. Lo que importaría es la idea. Es la idea de todo este microcosmos la que brillará en su perfecta perfección.

-En su crónica veo que hay imperfecciones, hasta batallas.

-¿No es eso lo más formidable? Un concepto puro, sublime, el concepto de Templo Máximo, dedicado al concepto más puro, más simple, de Dios. Y que el primer concepto esté preñado de pecado, de pequeñas ruindades y miserias, de grandes traiciones.

Reí con ganas:

-Señor Geeliebter, está a un paso del cristianismo.

-Estoy a un paso del cristianismo de renacentista de Alejandro VI.

Volví a reír. Jules continuó:

-Lo indudable es que el Templo generará odio, pasiones, persecuciones, embelesamientos, fogosidades artísticas y, como tú dices, escándalo. Un escándalo tan grande como este Templo. Se escandalizarán espirituales y ateos. Lo amarán ateos y creyentes. Antes de ser construido, ya habrán deseado derribar mil veces sus altas torres. Anticlericales furibundos, en un juego de ajedrez más sutil, en el que se adelantan una jugada por delante, desearán que se lleve a cabo, para que su peso descalabre totalmente el espinazo de una casta sacerdotal que detestan. ¿No es esto formidable?

-Quizá sus pensamientos van más lejos que los míos. Yo sólo estoy haciendo mi tesis doctoral sobre el adopcionismo.

Jules se levantó a comprobar que había cerrado bien la ventana de su despacho. Fuera estaba cayendo una lluvia impresionante. La entera vivienda de Jules daba a un patio interior del Muro Sur del Basilicarión. El agua caía a borbotones por ese patio interior, salpicando, empapando paredes. Las miles de gárgolas del Celio debían estar desaguando ríos de agua. Los aljibes subterráneos recibirían grandes cantidades de agua fresca.

Jules se volvió a mí, pero ya sin sentarse, era tarde. Se limitó a decirme con optimismo:

-El adopcionismo en la península ibérica en época tan tardía como el siglo IV, apasionante tema. Sí, no te desvíes de tu tema. Olvídate del anomeismo de Aecio y su discípulo Eunomio. Para ti, no son relevantes.



Un mes después de la visita del estudiante, Jules Geeliebter recibió la visita del Ayudante 2º del Protodiácono. René Broussard estaba allí, tanto por trabajar en el departamento al que pertenecía, como también por haber realizado, mucho tiempo ha, su tesis doctoral sobre las versiones alternativas que tenía la historia del Templo. Ciertos comentarios del estudiante de Costa Rica, que al joven le habían parecido inofensivos, habían puesto a René en alerta. Jules, desde el primer momento, desde que le recibió en el umbral de la puerta, supo que la visita del Ayudante 2º, no era como la inocente visita del cura costarricense recién ordenado. Pero le hizo entrar y con una sonrisa.

Detrás de la exquisita amabilidad del trato, ambos individuos se estudiaron con la vista. De un modo discreto, pero inquisitorial, ambos. A él, a diferencia del joven estudiante, le ofreció una taza de té. Su mujer trajo el té en la cubertería de las grandes ocasiones. La conversación vagó, adentrándose cada vez más en el objeto de la tesis doctoral que René había acabado cuatro lustros antes. Jules, deseoso de no perder más tiempo, se levantó, se dirigió a la estantería, extrajo el Tomo I de las crónicas de la archibasílica, lo abrió por el folio 238 y le dijo con aire de satisfacción, mostrándole el boceto del plano original:

-Aquí está lo que busca. Lo que deseó encontrar hace veinte años.

-¿Así que ésta es la letra de su bisabuelo?

Jules asintió. René siguió inspeccionando las páginas ajadas de esa parte del tomo, cosidas con el resto de folios, formando una unidad con el resto de páginas. Si Jules tenía razón, su padre escribió esos tres tomos, con su texto y dibujos, veintidós años antes de que se pusiera la primera piedra del Claustro Central.

-¿Su padre? Han pasado tres generaciones.

-Mi padre escribió estas páginas cuando tenía treinta años. Me tuvo a los cuarenta y cinco. Ahora he cumplido los ochenta y

dos. Así que estos folios fueron escritos hace noventa y siete años.

-¿Tiene alguna prueba? Cualquiera puede decir que esto es del año 2048.

Jules sonrió con la satisfacción del que va a dar jaque mate. Señaló la enciclopedia en la estantería.

-Estos tomos. Ellos explican las distintas señales que mi padre dejó dispersas en el plano del proyecto inicial. Por lo que he comprobado, se llevaron a cabo sólo un 14% de ellas. Aun así, son más de doscientas. Doscientas catorce para ser exactos. De las cuales, perviven ochenta.

-Y la razón de Axaxaxa queda explicada.

-Meridianamente. También el por qué encontraron justamente allí la *Autobiografía de los Arcángeles*. El cofre de metal fue emplazado justamente en ese lugar. Ustedes tuvieron la prudencia después de publicarlo, transformado, como *Historia del Mundo Angélico*. Debo reconocer que la transformación, lejos de ser una merma, fue una mejora.

-Gracias. Hacemos bien nuestro trabajo.

-Si mi padre hubiera presentado que sus catálogos falsos, iban a darles tanto trabajo, hubiera manifestado misericordia.

-De todas maneras, no estoy diciendo que le crea –reconoció René-. Pero reconozco que si su versión alternativa de la Historia del Templo sale de esa estantería, será como un virus. Se convertirá en la versión ortodoxa de todas las interpretaciones heterodoxas acerca del origen e historia del Celio.

-Le aseguro que no ha salido de aquí. Los cuarenta tomos de esta enciclopedia sobre el Templo, son únicos. Si los destruyen, sólo quedará la versión canónica, oficial y respetable.

-Sabe usted que no lo vamos a hacer.

-Podría haber hecho copias. Toda la historia cabe en un pendrive, en mi bolsillo. Pero no, seguí las indicaciones de mi padre. La tentación debía ser ofrecida de un modo perfecto.



-A sabiendas de que nosotros no caeríamos en ella – reconoció René con cierta complicidad.

-A sabiendas de no caerían en ella. De que ofrecida la enciclopedia, la aceptarían para evitar males mayores. Pero de que quedaría custodiada, encerrada, como el último gran mito del Celio.

-Su padre fue maquiavélico, aunque esos tres tomos sean varios años después de lo que usted dice.

-El Celio debe custodiar en sus entrañas incluso el error. Si no, no estaría completo. Mi padre fue un artista. Sólo soy su albacea.

René calló, hojeó abrumado esas páginas, realmente estaban viejas. Las había llevado en el bolsillo antes de encuadernarlas, dobladas. Hojas y hojas de apuntes, día tras día. Era la obra de un loco. La fecha era posterior a la que el padre de Jules había dicho. Su hijo le había creído. Qué otra cosa podía hacer un hijo. Jules seguía pasando páginas. Deteniéndose, continuando. En el folio 211 de ese tomo abierto, silencioso, amenazador, había un mapa. Más que un mapa, un recorrido, todo él bajo caracteres espaciados que reunidos formaban dos palabras sin verbo: INVENCIBLEM PROPOSITUM.

En ese mapa, los árboles parecían querer estrangular las ruinas de otro templo, un templo de dioses incendiados y muertos, según las alucinadas anotaciones de su autor. Sólo en ese tomo, entre planos y más planos, se contaban, cuando menos, quince mapas. ¿Adónde quería ir? ¿Adónde nos quería llevar? La *Chronica Templi*, en el fondo, era una enciclopedia de la mente de su autor. Un artista de una obra única. Quizá ni el padre de Jules existía. Algún padre tendría, pero podía no ser la mano que escribió esas columnas escritas en italiano e inglés. El problema (quizá era un don) era que la enciclopedia existía.

René acabó marchándose. Recogerían los tomos mañana.

-No, mejor esta tarde –se corrigió a sí mismo el Ayudante 2º.

-Veo que no tiene miedo –le dijo Jules dándole una palmadita en la espalda.

-Únicamente tengo miedo de que los jirones de fuego muerdan mi carne.

-Si yo tengo razón -dijo Jules con perfecto humor-, ese fuego le acariciará, le inundará.

-Yo, de acuerdo con la *Historia del Mundo Angélico*, no confío en la naturaleza benigna de ese fuego.



Con el pasar de las generaciones, llegó a haber cuatro enciclopedias alternativas sobre la historia del Templo. Las cuatro, extensas, lujosas, magníficamente encuadernadas, fueron aceptadas y custodiadas en una sala especial de la Biblioteca Cracoviana, que es la biblioteca del Templo. Esta biblioteca, situada en el Muro Meridional, dedicó a ellas, una sala de acceso restringido. El valor de esos tomos únicos, sin copia, no permitía que todos los dedos se posaran sobre sus páginas. Algunos en esta protección has visto, más bien, una prisión.

La sala es conocida como Sala de los Leones, por los frescos de Leticia Álvarez de Toledo, que cubren el techo y que representan estos animales alrededor de una gran fuente. Frescos que arrancan del friso, donde está escrito en alemán: *La Biblioteca es ilimitada y periódica. Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza.*



¿Por qué una sala para esas enciclopedias? ¿Por qué crear un aljibe donde pudieran desaguar las bocas del error, donde se acumularan y reposaran las más nobles futuras obras erróneas sobre el Basilicarión? ¿Por qué escandalizar a las almas más sencillas? (Las almas más sencillas jamás atisbarían la existencia de estas bodegas de la confusión en esos santos muros.) Los que saben, previeron que el Tiempo se encargaría de desarrollar una historia alternativa, compuesta de muchas crónicas rotatorias. Crónicas rotatorias, porque la heterodoxia tampoco es tan original como se podría pensar en un primer momento. Las centurias nos han mostrado, que las heterodoxias esencialmente se reducen a unos cuantos temas, que rotan alrededor de un eje central que es la Verdad. El biólogo de la Verdad descubría, finalmente, que lo que era un follaje en apariencia infinito, poseía unos cromosomas limitados. Los pilares razonables del error, al fin y a la postre, no eran tantos.

Era como si alrededor de las gruesas columnas del Ábside de la Verdad, se expandiera una girola de la heterodoxia, que se expandiera en una segunda y hasta tercera girola concéntrica, en la que se abriera una multiplicidad de absidiolos del error. Esos espacios menores del error se incrustaban, incluso, entre la segunda y tercera girola.

La Basílica Vaticana había disfrutado de su Julio II. Ahora se necesitaba un Julio II de esta construcción inmaterial de la heterodoxia. Un clérigo con poder, teólogo y humanista, que acogiese en su construcción material estas girolas alternativas de la verdad, inmateriales pero que habría que acoger en salas. Sólo un hombre fuera de toda duda podría disponer la morada de estas tinieblas. Y apareció bajo el nombre de John Higgins, No fue un clérigo, sino un laico, procedente de Oxford, Vicegobernador de la Archibasílica durante veinte años. Así se creó la Sala de los

Leones. Bella y pequeña en un entorno colmado de excesos. Sala de reducidas dimensiones, a sabiendas de que sus muros quedarían irremediabilmente cubiertos de obras. Como así fue. Estancia no muy espaciosa, pero que ejercería el poder de atracción de un pequeño agujero negro. Este Julio II lo sabía. Mandó pintar los leones.



La construcción de una historia alternativa sostenida por el templo material, resultaba inevitable. El Templo (todo templo) pretende ser la morada de los guardianes de la ortodoxia. Ahora bien, era mejor catalogar, encauzar, conocer. Y ello no por una mera razón pragmática. Sino, también, porque con esa Sala Leonina en la Biblioteca Cracoviana, el Basilicarión quedaba más completo, más bello. Las almas sencillas jamás entenderían que el error completaba aquel laberinto sacro. Ojalá que nunca hubiera existido el error en el mundo real. Pero el error eran los capiteles monstruosos que completaban esos claustros inmateriales. El templo material quedaba plenificado por las construcciones intelectuales que llenaban los libros de sus muros.

En los muros de los cuatro puntos cardinales del Templo, hay situadas cuatro bibliotecas. La de la Abadía de San Simón Estilita fue la primera, era la de los monjes, aunque abierta a los lectores. La segunda fue la Biblioteca Cracoviana, dependiente directamente de las autoridades de la Archibasílica. Las otras dos se crearon para completar el símbolo: pequeñas, encantadoras, para uso de los conventos y clérigos que habitaban en esa zona. Dos pequeñas bibliotecas centrales, atendidas por sacerdotes retirados. Pequeñas, únicamente con una sala de lectura con libros alrededor, bajo bóvedas de crucería sostenidas por nueve

columnas. 90 metros cuadrados de algo que estaba a medio camino entre la biblioteca y la capilla cuadrada.

Pero estas bibliotecas bondadosas no ejercían la fascinación de aquel Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal contenido en esa sala. John Higgins, por eso, quiso canalizar esa fascinación. Las aguas del error debían ser encauzadas de retorno hacia la verdad divina. La Sala de los Leones sería bella, porque así serviría a esa verdad divina.

## 95. Versiones insatisfactorias del Celio

Ha-Neul, la treinta añera coreana repetía con decisión: Todo fue revelado, de principio a fin, hasta en sus más pequeños detalles. Yo sólo copié el dictado. Ah y describí las visiones.

La psiquiatra pregunto: ¿No se podían haber dictado también las descripciones?

La mujer pareció contrariada por el tono sacárstico. Pero lo que más le molestó es que tras un par de segundos, se percató de que la psiquiatra africana tenía razón. En estricta lógica, también las descripciones podían haber sido dictadas por Dios.

La coreana se calló como era lo habitual cuando no sabía qué contestar. Ya había dejado claro que no saber qué contestar, no significaba que no hubiera alguna respuesta. Aunque ella misma la desconociera. La médico, paciente, sin prisas, siguió desgranando preguntas al otro lado de la mesa. Al final, Ha-Neul respondió a modo de conclusión:

-Otros recibieron dictados sobre la vida de Jesús, otros sobre la vida de María. A mí se pidió narrar la vida y existencia no de un santo, sino de un edificio. Ezequiel fue mi precursor.

-¿Pero se le dictó lo que iba a suceder o lo que podía suceder? Vamos a suponer que Dios le dictó el libro. Quizá la voluntad divina fuera sólo la existencia del libro, no la construcción del Celio.

-Yo sólo conozco el frenesí de mi dictado. Lo que haya alrededor de mi dictado se me escapa.

-Como se le escapó Susana Kerapu.

La treintañera de ojos tristes pero enérgicos no dijo nada. Su tristeza aumentó. La psiquiatra reconoció su error al mencionar aquello, y más con ese tono. Susana había sido la gran confidente de Ha-Neul. Una verdadera *follie a deux*. La paciente nunca

hubiera llegado tan lejos en esa orgía inventiva si no hubiera tenido varias horas al día la visita de Susana, alguien tan enferma como ella. Ambas lograron una bella combinación creativa con sus locuras respectivas. Pero Susana abandonó su puesto en ese tándem cuando un día, desde lo alto de una terraza de un claustro, se propuso convencer al mundo de que podía saltar e levitar de abajo hacia arriba. Desafortunadamente, fue de arriba hacia abajo.

La psiquiatra se repuso pronto de su mala conciencia y comentó revisando sus informes:

-Creo que ya hemos hablado suficientemente de las profecías acerca de la corrupción feudal del Celio.

La médico tras un rato hojeando otras sesiones, preguntó:

-Usted dice que se le dictaron los detalles visuales, ¿pero también van a suceder las historias que bullen en sus descripciones?

Ha-Neul se calló. Hasta entonces había contestado infatigable a todas las preguntas como una especie de Juana de Arco de la Arquitectura, ante un tribunal de un solo juez, aquella impasible keniana psiquiatra. Pero ahora, tras haber escrito a mano 11.500 folios, con tinta roja, en folios A4 partidos por la mitad, se calló. Durante los últimos quince años de su vida, había dedicado interminables sesiones diarias a escribir su obra. Una obra no encuadernada, cuyos papeles estaban por todas partes en su habitación. Sólo en su habitación, porque su sufrida madre, viuda, no quería ver ni uno sólo de esos folios por el resto de la casa.

La psiquiatra ya no sacaría ni una palabra más de Ha-Neul en las siguientes semanas. Se refugió en el silencio más absoluto. Ya lo había dicho todo. No quedaba nada por decir. La joven coreana vivía en el Celio con su madre, una encargada de la limpieza en un hospital. El Celio ya existía cuando Ha-Neul comenzó a recibir sus mensajes divinos, un inacabable dictado arquitectónico. Según ella, era lo que iba a ser el Celio, la

siguiente fase de ampliaciones de un Celio todavía más grandioso. Ha-Neul, dos meses después, aceptó desprenderse que sus escritos y que estos pasaran a un archivo del Celio, a la cripta de manuscritos alternativos sobre el Celio, la Sala de los Leones. La psiquiatra convenció a uno de los directores del archivo acerca de la calidad de esos escritos. Ha-Neul debía recuperarse de su delirio. Aquella obra suponía una invitación a sumergirse en esa fantasía esquizoide. Había que despegarla de esos papeles, como se le quita el alcohol a un borracho. En el fondo era una borrachera de fantasía. Sólo que era patológica, porque no podía salir de esa fantasía. La fantasía había invadido su vida real. Por eso, Ha-Neul con lágrimas aceptó desprenderse de su obra.

Lo interesante es que al ser admitida esa obra por aquel director, la locura pasó a integrarse a los archivos del Celio. La calidad era muy buena. Ha-Neul desplegaba su Edificio del modo más racional. El único elemento, ¡el único!, patológico es que afirmaba recibir todo por un dictado divino. Razón por la cual, toda su vida pasó a girar alrededor de ese dictado. Su existencia estuvo al servicio de la transcripción celestial.

En opinión de la psiquiatra, aquellos folios que había leído no desdecían del estilo de la descripción del Templo que hace el profeta Ezequiel. Ha-Nuel podía estar loca, pero nada había de locura en su obra. Sólo quizá su desmesura, su extensión. Pero eso era opinable.

Pero la vidente no era una profeta: fumaba como un carretero, bebía bastante y se daba a todos los vicios imaginables, masoquismo incluido. Pronto le quedó claro a la psiquiatra que aquella no era Santa Gema de Galgani. Ultimamente, en sus tres mil folios finales, la obra sí que estaba perdiendo el norte. Los últimos quinientos folios eran un marasmo de sinsentidos.



Aquello era como un río lógico alcanzando la desembocadura en el mar de la sinrazón.

La psiquiatra le había preguntado un día:

-¿Para qué te hizo Dios escribir eso, si después iba ser destruido, quedando sólo la síntesis?

-Me santifiqué escribiendo, como otros lo hacen rezando o predicando.

Eso le hizo preguntarse a la médico si no tendría razón su paciente en que se había santificado erigiendo ese templo inexistente. Su paciente podía estar mentalmente enferma. Pero ella estaba convencida de haberse santificado de esa manera. Y se había esforzado, y mucho. Había sido heroica en su trabajo. Lo había realizado todo con sentido religioso de sacrificio, y con amor. Se había santificado así. Los locos también pueden santificarse en la realización de su locura. Bien es cierto que ese esfuerzo por su propia santificación coexistía con vicios bastante notables. Pero lo uno no invalidaba lo otro: pecaba notablemente, pero se esforzaba heroicamente en su trabajo por Dios.

-Ha-Neul, ¿para qué Dios te iba a dictar todos esos folios si Él sabía que todo se iba destruir? ¿Dictar para la destrucción? –le había preguntado su primer psiquiatra dos meses antes.

La coreana había contestado rascándose la cabeza:

-¿Por qué construir los tres templos judaicos para la destrucción? Tres veces se erigió el Templo de Jerusalén.

-Sí, pero el primer templo duró varios siglos tengo entendido –había repuesto el psiquiatra.

-¡Para Dios es igual un día que cuatro siglos! Ante Dios esos templos desaparecieron tan fugazmente como mis folios.

La idea de interpretar todo la obra arquitectónica como expresión de traumas reprimidos, pudo resultar de una cierta belleza psiquiátrica, pero con escasos resultados terapéuticos.

Incluso la paciente le acusó de estar él mismo levantando su propio edificio de teorías.

## **96. Extractos de la Obra de Ha-Neul**

Opera Haneulensis, folios 9.247-9.252

La corrupción del Celio se produjo ocho siglos después de que este enclave fuera creado. El Celio en esos ocho siglos conoció tanto momentos de apogeo, como pontificados bastante reacios (cuando no hostiles) a todo lo que representaba esa ciudad. El principado conoció dos cracks económicos de envergadura mundial, tres guerras menores y una mortífera peste, una pandemia que supuso un auténtico flagelo para el principado. Y como un barco, siempre capeó el temporal, con más o menos daños, pero siempre a flote.

Pero el momento más bajo de su historia fue el de su corrupción moral. El Celio comenzó a convertirse en el destino preferido de aquellos clérigos desencantados que sólo querían vivir tranquilos. Ese tipo de sacerdotes de todo el mundo que han perdido el entusiasmo apostólico, veían al Celio como un lugar donde poder llevar una vida confortable.

En el enclave siempre habían vivido muchos clérigos. Pero, sin duda, en ningún lugar del mundo existía una disciplina (y, por consiguiente, una vigilancia) mayor que aquí. Pero, poco a poco, las cuerdas fueron aflojándose, y el ambiente se fue enrareciendo. Algunos de estos obispos, sacerdotes y diáconos permanentes acabaron por ir ascendiendo a distintos rangos. Y con el tiempo

no resistieron la tentación de alargar sus manos a las riquezas que discurrían por las venas del lugar.

Este tipo de sacerdote mundano fue infiltrándose en todos los escalafones, también en los puestos civiles. División ésta entre puestos civiles y eclesiásticos que ya se encargaron ellos de ir relajando. Simultáneamente, fueron creando toda una maraña de derechos que después se demostró legalmente complicadísimo deshacerla. Expresamente habían querido blindar sus posiciones, y algunos de esos clérigos eran especialistas en Derecho. Hicieron una labor a conciencia. Las marañas contractuales fueron acumulándose, se sedimentaron y acabaron combinándose.

Amparados en la separación entre la esfera civil y la religiosa que existía en ese lugar. Lograron forjar modos para escaparse de la obediencia plena. El Papa mandaba, sí. Pero cuando no les interesaba obedecer se excusaban con que no podían hacer otra cosa, dada la independencia legal de tal grupo, de una fundación, o de una determinada empresa allí asentada.

En este proceso de mundanización, los títulos nobiliarios del Celio a lo meramente protocolario, se les fueron añadiendo prebendas. Al principio, aunque no existía una prohibición formal, los títulos nobiliarios fueron otorgados exclusivamente a laicos. Pero con el tiempo los clérigos fueron apoderándose de más y más de esos títulos. Al final, se llegó a una época en que dos terceras partes de esas dignidades eran obtenidas por ordenados *in sacris*.

Llegó a haber canónigos-barones, abades-condes, obispos-marqueses, arzobispos-duques. El Celio se feudalizó. El Principado era una máquina de hacer dinero. Pero la maquinaria estaba atada por centenares de prebendas, bien atadas bajo la excusa de obligaciones contractuales. En la práctica, se estableció un sistema parecido al de los beneficios medievales.

De aquella época, quedaron repartidos por el Celio bellos palacios privados. Así como estatuas, óleos, sepulcros y villas realizados a la mayor de gloria de aquellos que se colocaron a sí mismos sobre pedestales. Fue una época desviada, pero que no dejó de producir hermosos rastros, especialmente en la zona cercana a las murallas exteriores.

La presencia civil era necesaria como coartada frente a la obediencia al Pontífice. Esa presencia y sus “derechos adquiridos” eran la barrera tras la cual podían protegerse frente a una obediencia clara a los mandatos emanados por la sede papal. Tres Papas consecutivos optaron por intervenir en el Principado. Esos Papas, tras muchos sinsabores, tras sufrir campañas en contra, decidieron dedicarse a evangelizar el mundo, abandonando esa burbuja a su suerte.

El primero de los pontífices que intentaron la reforma, descubrió que los contratos habían sido firmados a nombre de la Iglesia Católica. Al principio de la fundación del Celio, se creó una corporación *ex profeso* con la intención de que si algún día el enclave quebraba, no fuera la Iglesia la que respondiera. Pero ocho siglos después un Secretario de Estado infausto, en complicidad con otros, hizo ciertos cambios sin advertir de ello al Papa. A partir de cierto momento, los contratos se hicieron a nombre de la Iglesia, no de la corporación. Si el Celio hubiere quebrado, la Iglesia hubiera tenido que pagar una fortuna astronómica.

En esa época, hubo arzobispos, canónigos, con grandes residencias privadas, otros con notables fortunas. Se sabía de algunos que habían asistido a misa durante años, sin celebrar ni una sola vez. El Celio cada vez más se parecía a un mosaico, a una acumulación de condados en un reino secular en miniatura.

En la cúspide de cada baronía, un laico o un clérigo, disfrutaba de una parcela de beneficios.

La reforma tardó, pero finalmente vino. Teodoro II fue el primer pontífice que comenzó a tener éxito en su decisión de sanear todo aquello. Pero ya era tarde. El castigo estaba por caer sobre ese Athos mundanizado.

El flagelo divino vino con la excusa de la Guerra Asiático-Europea. No fue la conflagración la que atacó directamente al principado, sino que la carestía y el hambre provocada por el conflicto, así como la paulatina desaparición de cualquier tipo de autoridad civil en Italia. Esos elementos combinados hicieron que decenas de miles de personas se lanzaran hacia el Celio con intención de saquear. Las murallas, finalmente, tuvieron que ser usadas como verdaderas defensas. Aunque la Guardia Romana luchó con heroísmo, no se pudo evitar que la masa finalmente resultase incontenible.

Después, durante dos generaciones, el Celio llegó incluso a quedar bastante deshabitado. Reduciéndose sus pobladores a no más de cuatro mil. Pero ese momento fue el más bajo de su historia. Un episodio excepcional en una historia en la que el Celio siempre creció o se mantuvo sin demasiadas oscilaciones.

Hay que mencionar que como la toma del Celio por las masas incontroladas ya se venía venir desde una semana antes, un obispo titular célico tomó por su cuenta la decisión de esconder todos los objetos valiosos y las reliquias. Formó un equipo pequeño de personas insobornables y que fueran capaces de guardar un secreto. Ellos recogieron tablas flamencas, los mejores ornamentos sagrados, cálices y relicarios. Todo fue colocado en un búnker subterráneo. Después, quemaron las maquinarias de los ascensores que descendían hacia esos refugios, y por último volaron las entradas con la cantidad menor posible de explosivos.

En la toma del Celio, las cuarenta personas que se encargaron de esta misión murieron. Los tesoros descansaron bajo tierra sin que nadie lo supiera. Fueron encontrados un siglo después, casualmente, cuando ya todo se daba por perdido.

El Celio volvió a resurgir. La vida tornó a resurgir entre sus muros. Los cantos volvieron a escucharse bajo las bóvedas. El Templo no volvió a su antiguo esplendor hasta un siglo después. Fueron tres generaciones de reconstrucción. Costó, pero el Celio volvió a resplandecer con su primer brillo, como la joya que había sido.

## 97. EL IOR

El IOR cuenta en el Celio con diez sucursales y 60 cajeros dispersos. Los ahorros de 50.000 residentes están en sus cámaras. Hay 10.000 cuentas más de gente del resto del mundo que tiene depositado dinero allí. Emite moneda de curso legal en el Celio, el Vaticano y las siete basílicas mayores. La moneda oficial del Celio es el escudo pontificio. Los billetes no muestran el rostro del Pontífice, pero sí su escudo.

El esfuerzo de que las monedas sean las más bellas del mundo, hará que muchos turistas se las lleven a sus países como recuerdo. Cada moneda y billete tiene un lema latino. Tres tipos de moneda por su especial belleza no serán usadas como moneda de cambio, sino que serán en seguida compradas por los numismáticos: los cotizadísimos escudos de oro, los marcos de plata, y las coronas de bronce. Cada año se hará una acuñación nueva de uno de estos tres tipos de moneda. De manera que en un ciclo de tres años se puedan satisfacer las demandas de los numismáticos y coleccionistas de estas tres monedas.

Con todos estos beneficios no sólo se benefició a los pobres, sino que hubo dinero para edificar una nueva sede del IOR en el Celio. La sede se situó en la Tercera Muralla, la muralla externa. El que el edificio tuviera un aspecto de muralla medieval todavía reforzaba más su impresión de solidez. Con los beneficios de tres años, se construyeron quinientos metros de esa fortificación. La mayoría de ese espacio se dedicó a hoteles. Hay que hacer notar que sólo con los beneficios anuales del IOR se podría construir un claustro nuevo cada año.

Una de las cosas que más extrañó a los directivos del IOR es que un buen día un magnate quiso depositar en las cámaras de ese banco una cantidad de lingotes de oro. Finalmente se le aceptaron. Lo debió comentar ese millonario con otros amigos. Porque cuatro años después, tres millonarios más depositaron algo de oro. ¿Por qué había gente que deseaba depositar oro en las cámaras del ese banco en concreto. Debe haber una razón psicológica, quizá se deba incluso a un motivo supersticioso.

## **98. Los deseos de la iconoclastia**

Celestino VI convocó a sus cuatro colaboradores más íntimos. Y les dijo: El Celio es el antisímbolo, es algo que se interpone en el camino de la salvación de los hombres, es referencial a sí mismo, se reduce a sí mismo. El centro es él mismo. Cuanto antes sea abandonado y reducido a ruinas por la acción del tiempo, mejor. No digo que deba ser destruido. Simplemente debe ser abandonado a la acción del tiempo.

Sus cuatro colaboradores, verdaderos amigos, estuvieron de acuerdo con más o menos entusiasmo, con más o menos matices. Celestino VI les comunicó que su decisión era firme. Los años que puede vivir un pontífice son limitados. Si se decide hacer algo, hay que hacerlo pronto y con decisión.

En el más absoluto de los secretos, se procedió a hacer consultas acerca de cómo obrar. Monseñor Bongioanni, escandalizado, pero tratando de mantener la calma, le preguntó: ¿qué hacemos con las 50.000 personas para las que el Celio es su casa?



-Que se queden. Pero la Iglesia ya no tendrá nada que ver con todo eso –respondió el Pontífice.

-El Celio va a pertenecer a alguien. Dado que eso es así, ¿por qué no mejor a la Iglesia?

Celestino VI insistió en que no quería discutir el hecho en sí del abandono, sino el cómo hacerlo.

-Pero dese cuenta de cuántas universidades hay aquí.

-¡Pues que se trasladen! –repuso con dureza.

-Vamos a ver, aunque usted quiera que la Iglesia no tenga nada que ver con esto, ¿qué hacemos con el Templo?

-El tiempo lo reducirá a unas bellísimas ruinas, visitables. Serán una enseñanza del camino que no debimos seguir.

-De acuerdo, la Iglesia abandonará el lugar, ¿y qué hacemos con los cuatro mil sacerdotes retirados? Miles de presbíteros jubilados, ¿no son la Iglesia? No va a bastar con decir: nos marchamos. El hecho oficial será uno, pero la realidad será otra. Nadie percibirá que el lugar no sea un enclave eclesiástico. Después están todos los derechos adquiridos.

-¿Derechos adquiridos? –preguntó indignado.

-Sí, esta inmensa estructura se compromete por contrato a ciertos derechos, prestaciones, tanto con los laicos que han trabajado aquí toda su vida, como con los clérigos. Podemos dejar de seguir construyendo, pero no podemos dejar de otorgar diversas prestaciones sanitarias a ellos y sus familias, no podemos dejar de pagarles sus jubilaciones. Desde cuenta de que en el Celio no había impuestos, era zona extraterritorial. Éramos nosotros los que ejercíamos esa función que en el resto de Italia la realiza el Estado.

-O sea, que marcharnos nos va a costar mucho dinero.

-No es que nos cueste mucho dinero, es que si la maquinaria se detiene de golpe, no hay dinero para pagar en los próximos años aquello a lo que nos hemos comprometido. La maquinaria produce dinero.

-Los que no quieren que esto se haga, me intentan convencer de que es imposible. De ningún modo tiene que ser imposible algo que se puso en marcha.

-Mire, Santidad, el único modo de detener esto sería hacerlo paulatinamente, a lo largo de no menos de veinte años.

-Queréis eso, sabiendo que mi pontificado no durará tanto y todo volverá a ser como es ahora. Pero estoy decidido.

Celestino V siguió preguntando al experto sobre cuestiones concretas. Monseñor Bongioanni mantuvo la serenidad. Por obediencia le pergeñó un plan lo más razonable que pudo. Por fin, el Papa expuso su plan al Colegio Cardenalicio. No le apoyaron. Aun así, Celestino V mostró su decisión de seguir adelante. Impuso el más absoluto secreto, pero la obra de desmontaje debía empezar ya.

Se acabaron las construcciones ya empezadas. Eran demasiados los puestos de trabajo implicados, y las empresas que habían invertido recursos, como para decirles que se fueran a casa. Pero no se empezó ninguna construcción nueva. Tampoco se firmaron más compromisos por parte del Celio con ningún trabajador, ni se admitieron más jubilados. Todos los contratos que expiraban no fueron renovados, sin excepción. La reducción del IOR a los niveles del año 2010, se dejó para el final. Demasiados misioneros dependían de él.

Celestino VI murió tras seis años de emprender esta tarea. Su sucesor, Inocencio XIV, sin decir una sola palabra contra su predecesor cambió totalmente de rumbo. La gente durante los años anteriores sólo había percibido que el Papa no había querido que el Celio siguiera creciendo. Afortunadamente nunca llegaron a saber las verdaderas intenciones del Pontífice.

## 99. Toma de posesión de un obispo titular

Como ya se ha dicho, el Basilicarión se fue ornando de títulos cardenalicios. Este tipo de ceremonias protocolarias eran muy amadas por los visitantes del Templo. Y así, con el correr de los años, varias iglesias pasaron a tener la consideración de iglesia titular episcopal. Es decir, varios obispos que poseían diócesis titulares, pasaron a tener allí su propia iglesia. Al cabo de un siglo y medio, se contaban cuarenta iglesias elevadas a esta dignidad episcopal. Diez de estas iglesias, llegaron a ser verdaderamente importantes. Entre ellas descollaba la *Iglesia de la Diócesis Titular de Hipona*, que era verdaderamente grande, con abundancia de clero y que tenía una tradición de que se nombrasen para ella a obispos de gran relevancia.

Se instituyó la costumbre de no cambiar de diócesis titular en toda la vida, ni siquiera cuando uno era elevado al rango de arzobispo titular. Esta costumbre de no cambiar de título, tenía como razón de ser el que los obispos tomasen afecto a esa iglesia en concreto, y que fuese, de verdad, *su* iglesia. Para embellecimiento de esas iglesias, era costumbre que cuando moría el obispo de la diócesis titular, se sepultase en ella al obispo. Normalmente, se hacía en un gran sepulcro adosado a una de sus paredes. Doscientos voluminosos sepulcros góticos de obispos estaban esparcidos por todas estas iglesias titulares.

Los obispos titulares deben ir preparando su sepultura en vida, la cual estará situada en su propia iglesia titular. Del diseño del sepulcro se encarga un departamento del Basilicarión, para

respetar así la estética del lugar y que todo siga un plan armonioso. El obispo titular de una iglesia no sólo pagará su sepulcro, sino que se espera que embellezca algo esa iglesia. Lo más usual es hacerlo aportando algunos relieves para alguna pared o elementos similares como lápidas con inscripciones.

La ceremonia de toma de posesión de un obispo titular era la misma que la de un cardenal apostólico, con su mismo cortejo, llamada a la puerta con el martillo, entrada y aproximación al altar. Los mismos ritos también con la bula y el anillo. Esta identidad de los protocolos de toma posesión conllevó a una reelaboración más compleja de las ceremonias cardenalicias, rodeando éste el perímetro interno de la iglesia realizando más rituales, y dando lugar en esos rituales a la intervención de los obispos presentes. Era lógico que ambos ceremoniales acabaran diferenciándose.

## **100. Títulos de los cardenales**

Cuando el Papa entrega la birreta a un nuevo cardenal, además del anillo, le entrega el cilindro con el titulo basilical. Cada purpurado recibe el nombramiento de cardenal titular de una basílica de Roma, pero también el de una iglesia titular del Templo. El nombramiento de un purpurado es, por ejemplo, Cardenal de la Basílica de San Clemente y de la Iglesia de San Aniceto en la Archibasílica del Basilicarión.

La iglesia titular es para toda la vida, a diferencia de título de la basílica que suele cambiar con los años. La basílica es dada sin poderla elegir cuando uno es nombrado cardenal. Pero la iglesia titular la elige el cardenal en el plazo de un mes. Los cardenales que tienen una diócesis residencial suelen elegir una iglesia titular

honorífica. Es decir, una iglesia en la que todo ya esté organizado y no tengan que ocuparse de nada. Mientras que los cardenales curiales suelen elegir iglesias titulares pastorales. Es decir, iglesias en las que ellos puedan ejercer como párrocos si lo desean.

Los cardenales curiales viven todos en el Celio, y los cardenales del resto del mundo (los residenciales) también se suelen hospedar en el Celio. De forma que las basílicas del centro de Roma quedan lejos, mientras que las iglesias titulares quedan a poca distancia andando. Es por eso que la creación de las iglesias titulares en el Templo fue un modo de vincular de un modo efectivo a los cardenales con una iglesia de Roma.

Los curiales suelen tener mucho cariño a sus iglesias. Preocupándose de embellecerlas con sus propias limosnas, y realizando frecuentes acciones litúrgicas en ellas. Hay cardenales que hacen su oración personal diaria en su iglesia titular, que se sientan a confesar, que predicán con frecuencia. Unos usan el clero que ya estaba en su iglesia titular, otros traen de fuera uno o varios sacerdotes para su iglesia.

El clero de las iglesias titulares pastorales sabe que el cardenal es el párroco. Alguna vez el cardenal ha pedido renovar enteramente el clero de su iglesia al tomar posesión de ella. También en esas iglesias titulares es donde preparan su sepulcro los cardenales de la Curia o los que se retiran a vivir sus últimos años en el Celio. Normalmente lo preparan con años de antelación. Son sepulcros de piedra con su estatua yacente. Lo pagan de su peculio, pero no les importa. Porque como lo encargan a los talleres de algún monasterio del Celio, en el fondo, es como una limosna para esos monjes. Por el sueldo de tres meses de un cardenal, los

monasterios proveen de sepulcros que nada tienen que envidiar a las tumbas renacentistas de las catedrales.

Mientras que los cardenales del resto del mundo se limitan a hacer lo mínimo en sus iglesias. Aunque están obligados a celebrar misa un día o realizar un acto litúrgico en su iglesia titular, cada vez que visitan Roma. En cada viaje que realizan a Roma, el clero de la iglesia titular le tiene que recibir en la puerta revestidos de hábito coral, y acompañarle a la sacristía. Aunque ese recibimiento en la entrada de la iglesia es sólo una vez por cada viaje.

La iglesia titular se mantiene incluso aun después de haber presentado la renuncia de todos los cargos. La administración del Templo, conversando con el cardenal, suele determinar de qué fondos puede disponer el purpurado para la vida de su iglesia y el sostenimiento de su clero. Esos fondos suelen ser parte de las limosnas que se reciben en los cepillos de su iglesia titular.

Hay iglesias titulares tan grandes como la basílica de Santa Balbina o la de San Clemente. Mientras que otras son pequeñas capillas. Unos toman esas iglesias con la ilusión de un párroco, otros se limitan a decir una misa en cada viaje a Roma. Pero normalmente casi todos los cardenales acaban tomando mucho cariño a su iglesia del Templo. Además, la presencia y actos de los cardenales en sus iglesias provee al Templo de una magnificente vida litúrgica.

## **101. Ritual para la renuncia del Obispo de Roma**

Si la toma del oficio de Obispo de Roma está rodeada de ritualidad, parece lógico que la renuncia se arrope asimismo de una cierta ritualidad. Dejar un oficio tan sagrado, no parece que no debería reducirse a un mero acto jurídico. Así que, aunque este ritual tenga lugar una sola vez cada muchos pontificados, los liturgistas del Celio crearon este ritual que hasta ahora sólo se ha utilizado cuatro veces en doscientos años. La ceremonia tendrá lugar en la Nave Central del Templo. Toda ella se desarrollará en la llamada Cátedra de la Santa Sede.

Si la ceremonia se prevé con unos días de antelación, ante la Cátedra, se sentará a un lado la Curia Romana. Al otro lado, se situarán representantes de la Iglesia Universal. En este lado se reservarán un número de asientos para otras confesiones cristianas, así como para representantes de otras religiones. Pues el Papa, ejerce como Pastor Universal y su autoridad va más allá de la Iglesia.

A ambos lados de la Cátedra, de un modo coral, se situará el Sacro Colegio Cardenalicio. En la Cátedra se sentarán, como siempre, el Papa en lo alto, flanqueado ligeramente más abajo por dos ceremonieros. En la fila inferior, se sentarán cuatro cardenales. En la tercera fila, la inferior, un arzobispo rodeado por cuatro obispos. En cada uno de los dos costados, habrá sitial para un presbítero y dos diáconos.

En esta ceremonia, todos los clérigos irán vestidos con hábito coral, incluido el Papa. Únicamente, habrá siete diáconos vestidos

litúrgicamente. Estos se hallarán sentados en el centro, ante la Cátedra a quince metros de distancia de ésta. En el centro de esos diáconos, estará el Protodiácono del Templo, revestido de capa pluvial. A sus lados, los seis diáconos que le siguen en la jerarquía de la Archibasílica, revestidos con dalmáticas. Irán revestidos con el color del tiempo litúrgico.

En esta ceremonia, el Colegio de Cardenales no ejercerá función alguna, pues la renuncia no se presenta ante ellos. El Papa no presenta la renuncia ante nadie, sólo manifiesta su voluntad de renunciar. Para que quede claro que el Colegio sólo está allí en calidad de testigo, ningún cardenal intervendrá en el ritual.

Detrás de los diáconos, habrá siete monseñores. En la última fila, un acólito con alba con la cruz procesional junto a él. Estos diáconos y monseñores son los que reciben los instrumentos de la renuncia. Estos monseñores serán escogidos por el Papa.

La ceremonia comenzará con el Papa, signándose y diciendo: In nomine Patris et Filii et Spiritus Sanctus. Después de lo cual uno de los monseñores subirá hasta donde está sentado el Papa. Éste le entregará el rollo de la bula papal con el texto de su renuncia. El monseñor descenderá y procederá a su lectura en el centro. Si lo desea, el Papa dirá unas palabras, las últimas como Sucesor de Pedro. Si no lo desea, él elegirá quien diga unas palabras.

Después, el monseñor que sostiene la bula subirá hasta el Santo Padre. El Papa firmará la bula y la sellará con el Sello del Pescador. Como la misma bula explicaba, la renuncia tendrá lugar en esa ceremonia, en el momento en que el Papa la firme y la selle.



El monseñor descenderá de la Cátedra de la Santa Sede. Y en el centro alzará la bula y la mostrará. Primero hacia un lado, donde están los cardenales, después hacia el otro lado. Avanzará unos metros hacia delante, y la mostrará a la Curia y los representantes sentados ante él. Después meterá la bula en un cilindro de cuero y la entregará a uno de los diáconos.

Después de esto, subirán dos monseñores. El Obispo de Roma Emérito se quitará el Anillo del Pescador y se lo entregará a uno de ellos. Un ceremoniero le entregará un anillo episcopal con una gema, y el Papa Emérito se lo colocará, pues sigue siendo obispo. Ambos monseñores descenderán. El Anillo del Pescador será entregado a un diácono que lo custodiará durante la ceremonia. El sello se llevará a un lado, al Canciller de la Curia. El cual en ese momento lo destruirá delante de todos con un martillo ritual como el que sirve para llamar a las Puertas del Templo los domingos.

El Obispo Emérito inclinará la cabeza y un ceremoniero le quitará la carga de la estola propia de los Obispos de Roma. Después le quitará la muceta roja con piel de armiño. El ceremoniero le colocará la usual muceta blanca de los Papas. Sobre la estola le colocará una estola más sencilla.

Entonces, el resto de los diáconos se aproximarán a la mesa situada entre ellos y la Cátedra. Desde el comienzo de la ceremonia, sobre esta mesa estará en posición horizontal la férula papal (el báculo en forma de cruz), la tiara y las llaves que se le entregaron en la ceremonia de la coronación.

El Protodiácono revestido de capa pluvial, tomará la tiara en sus manos. Los siete diáconos de pie, tomarán todos esos objetos que hay sobre la mesa, más la bula y el Anillo del Pescador. Después, harán una inclinación de cabeza al Papa Emérito y se dirigirán en

procesión, precedidos por el acólito con la cruz, hacia el Templo Cardenalicio situado en uno de los nueve claustros. Allí se guardarán esos atributos papales hasta el siguiente cónclave. Todo irá a esa iglesia, excepto la bula, que se custodiará en el archivo del claustro cardenalicio.

La procesión con los siete objetos, acompañada de quince monseñores y de un centenar de guardias romanos atravesará el Templo y los claustros hasta llegar a su destino. La procesión irá precedida por veinte miembros de la Corte Civil. Será un largo recorrido que mucha gente podrá ver en el Celio.

Una vez que partan los diáconos, el Decano del Colegio de Cardenales revestido con mitra y capa pluvial se aproximará a la Cátedra. Allí, desde abajo, mirando hacia la Cátedra, recitará una oración, pidiendo al Señor que ayude al Obispo Emérito de Roma en su nueva andadura. Acabada la plegaría el Decano le bendecirá. El Papa Emérito descenderá de la Cátedra en ese momento y el coro cantará el Salmo 22, *El Señor es mi pastor*. Con esa bendición se darán por finalizados los rituales de renuncia de un Sumo Pontífice. La ceremonia entera no se prolongará más allá de diez o quince minutos. Siendo la parte más larga, la lectura de la bula.

El Papa y los que le acompañen saldrán de la nave no de un modo procesional, sino en grupo, acompañado por unos quince monseñores. Aunque se limitará a recorrer el pasillo central de la Nave, bendiciendo a los fieles allí congregados. Para que lo pueda hacer sin prisas, deteniéndose por el camino si lo desea, el obispo emérito de Roma saldrá de la Nave por el lado occidental, hacia el pórtico de entrada al Templo. Mientras que el Colegio Cardenalicio saldrá de la Nave en dirección hacia el ábside. La Curia saldrá en dirección sur, y los representantes de la Iglesia

universal saldrán hacia el norte. Eso simboliza que como en los tiempos de David y Salomón, Israel vuelve a sus tiendas. Los cardenales no acompañarán al Obispo Emérito, para evitar las dificultades de decidir quién le acompaña y quién no. Así como para mostrar de un modo patente que ya no es Papa.

Algunas particularidades. Los cardenales lejanos no tendrán que venir a Roma únicamente para estar presentes para esta ceremonia. Asistirán los cardenales curiales y los purpurados que deseen hacer el viaje. Pero sin que ningún cardenal se sienta obligado a desplazarse. El viaje desde, por ejemplo, Australia es largo, y en dos semanas se iniciará el cónclave. Por eso se dejará claro que deben sentirse libres para asistir o no, si la ceremonia no tuviera lugar justo después de un consistorio.

Si el Papa estuviera tan débil que no tuviera fuerzas para asistir a este acto, la sede papal en lo alto de la Cátedra de la Santa Sede quedará vacía. Y serán cuatro cardenales legados, los que (sentados en la fila inferior a la sede papal) harán entrega de los símbolos pontificios. La ceremonia será totalmente igual a la descrita. La voz del Papa estará representada por la bula de renuncia al ser leída. El documento ya estará firmado y sellado. Lo normal es que las bulas hagan efectiva la renuncia a los pocos minutos de comenzada la ceremonia. Para que el ritual de entrega de los objetos, comience justamente poco después de la Sede Vacante.

Hasta ahora, los obispos eméritos de Roma se han retirado a Castelgandolfo, al Celio o al interior del perímetro vaticano. Estos tres lugares reúnen las mejores condiciones para salvaguardar la seguridad de un individuo tan especial como un Papa que ha renunciado. En otros lugares serían continuamente molestados por periodistas, devotos y visitas en general. O estarían expuestos,

incluso, a peligros mayores, tales como los secuestros. Cualquiera de las tres residencias papales del Celio son lugares óptimos para retirarse.

## **102. La reforma del Trono de la Palabra**

Cinco años antes de que se cumpliera el aniversario del primer siglo de la erección del Trono de la Palabra, un grupo de fieles propusieron una reforma de esa construcción. La reforma requería el desmontarlo entero y ampliarlo. El actual ambón era como el de la Catedral de Siena, sólo que más grande, con más relieves góticos y más fastuosos.

La reforma haría que no hubiese un solo lugar donde se leyeren las lecturas. Sino que el ambón tendría como cuatro balcones. Serían como cuatro atriles en el ambón. Cada uno mirando a un punto cardinal.

La lectura del Antiguo Testamento se haría mirando hacia meridión. Como si se predicase hacia Edom, Petra, Etiopía y a todos los pueblos del sur. La lectura del Nuevo Testamento se hacía mirando hacia septentrión. Como si se predicase la Buena Nueva hacia Damasco, Fenicia, Tiro, Sidón y a todos los pueblos del norte. El salmo se cantaría mirando hacia oriente. Por el simbolismo del oriente como el lugar de donde vino la salvación. Por ese simbolismo del oriente como el lugar de donde surge la luz, se colocó en el ábside de la Nave Central la gran imagen de Dios del ábside. Puesto que el salmo es un momento de plegaria, es lógico volverse hacia el icono de Dios en ese espacio sacro. Por último el Evangelio se proclama mirando hacia occidente, como dirigiéndose hacia Grecia, hacia Roma, hacia todos los pueblos a los que hay que evangelizar, y que habitan en las tierras de la oscuridad, pues tal es el simbolismo de occidente.

Con esta reforma, quedaba patente de un modo visual que las lecturas no sólo se leían, sino que se proclamaban hacia los cuatro puntos cardinales. Los cosmatescos del suelo alrededor del trono de los cuatro ambones, representaban distintas ciudades con sus nombres: Damasco, Tiro, Petra, etc.

Otra razón para ampliar el trono, es que ante cada uno de los cuatro ambones habría tres asientos para tres lectores. Los asientos eran de madera, como las jamugas medievales. Entre los tres lectores se repartirían distintas funciones. Uno anunciaría, por ejemplo: Lectura del Libro de Crónicas. Un segundo leería la lectura. Un tercero exclamaría con potente voz: Palabra de Dios. En el siguiente ambón, uno leería la antífona, otro cantaríael salmo. En la segunda lectura y en el Evangelio, se haría como en la primera lectura, repartiéndose entre tres las distintas partes.

Los lectores tenían que esperar sentados ante el ambón, porque si no al subir la escalera, les faltaría el resuello para leer la lectura. Por esa misma razón, el diácono que portaba el Evangeliario hasta el ambón, lo entrega a tres diáconos que eran los que lo leían.

Dado que el altar quedaba muy lejos, desde el comienzo de la misa hasta la lectura del Evangelio, el diácono (sentado junto al obispo) lo sostenía en su regazo hasta que se dirigía al ambón.

Dos de los lectores que estaban delante del ambón del salmo, cantaban el aleluya y la antífona. En total eran nueve lectores y tres diáconos los que aguardaban en lo alto del ambón.

El salmo se leía en un gran rollo como los de las sinagogas en la que cada columna (escrita a mano) era un salmo. La primera lectura se leía en un pesado libro de cubiertas de cuero muy trabajadas. Un libro que por sus hojas desgastadas y amarillentas

parecía antiquísimo. El Nuevo Testamento se leía en un libro de palmo y medio de longitud, de unas cien páginas de grosor, de cubiertas de madera rojo granate con una filigrana geométrica dorada. El Evangeliario era la joya del Trono con sus cubiertas que eran una fastuosa obra de arte de gemas y perlas.

Los dos libros y el rollo se sostenían sobre el regazo de los lectores sentados, desde el comienzo de la misa. Se colocaban sobre el ambón en el momento de leerlos. Antes de colocarlo sobre el ambón, los otros dos lectores extendían una mullida y lujosa tela sobre el lugar donde se iba a apoyar el libro sagrado. Una muestra de respeto más hacia la sacralidad de los textos sagrados.

Los diáconos iban revestidos con dalmáticas. Los otros nueve lectores eran siempre laicos, para dejar patente la intervención de los laicos en esa parte de la liturgia. Era costumbre ya, que los tres lectores del salmo fueran judíos conversos, o descendientes de estos. Con sus largas barbas, con el manto sobre la cabeza, leían el salmo y las antífonas con las vestiduras que llevan en las sinagogas. Los que leían la primera lectura llevaban sobre sus trajes esa prenda que los ingleses llaman *gown*. Una especie de toga académica que no se cierra por delante, y que deja ver el traje que se lleva debajo. Ese traje dejaba claro el carácter laical de esas tres personas. Por último, los lectores que leían el Nuevo Testamento eran laicos que habían recibido la orden menor del lectorado, e iban revestidos con albas.

Como se ve, existía toda una compleja liturgia de los laicos en el seno de este Trono. Una liturgia dentro de la Liturgia de la Palabra.

Otra añadidura que se hizo durante la reforma, fue la Fuente de la Palabra. En el centro del Trono, en la plataforma elevada que formaba, se colocó una especie de fuente de mármol, parecida en forma y tamaño a la de la pila bautismal del batisterio de la Catedral de Siena. La Palabra era como una fuente a la que vamos a beber. Los costados de mármol de la fuente estaban cubiertos de inscripciones de todos los libros que formaban la Biblia.

Durante Adviento, Cuaresma y los viernes del año, los asientos se volteaban mirando hacia esa fuente. En cuyo pedestal había cuatro ambones en los que se hacían las lecturas. El simbolismo era marcar que, en los tiempos penitenciales, uno debía como volverse hacia dentro, como recogerse. Leer hacia dentro, da visualmente la sensación de que los lectores más que proclamar la Palabra hacia fuera, la beben de esa fuente. Por otra parte, el acto de leer se ve en la Nave a través de las pantallas de televisión.

Durante la Octava de Pascua se coloca la Síndone Pascual delante del Trono de la Palabra. Se trata de una tela cubierta de siete metros de ancho y doce de longitud. Está cubierta de todo tipo de telas y sedas blancas, cosidas entre sí, que forman una especie de cosmatesco geométrico. Esa tela riquísima, encuadrada en perlas (falsas) y topacios y agatas blancas, representa la sábana que cubrió a Cristo en la Resurrección. Dado su tamaño y peso, cuelga no del Trono mismo, sino de siete mástiles.

Para fabricar esta tela se convocó un concurso mundial, que fue ganado por la firma de arquitectos Hayes-Taylor. Según se supo después, quince arquitectos trabajaron en el proyecto durante medio mes. Lógicamente ganaron ellos.

Esa sábana vacía representa la ausencia de “el que vive”, ella es como el recuerdo de la auténtica sábana que vieron los cristianos.



Porque esa sábana predica, porque ella es la presencia del que ya no está envuelto en ella, el Evangelio es proclamado desde el suelo, no desde lo alto del ambón, y mirando hacia ella. Es decir, el diácono se coloca ante esa Síndone Pascual y lee el Evangelio. Los aleluyas y antífonas también se leen mirando hacia ella. Las lecturas anteriores al Evangelio se leen en lo alto del ambón, en los lugares acostumbrados.

Si en el Tiempo Ordinario los fieles se ponen en pie para escuchar el Evangelio. Durante la Octava, este leer en el suelo ante ella, es como signo de que hasta el diácono es como si se pusiera humildemente en pie ante este signo. Es decir, no se lee orgullosamente desde lo alto del ambón. Sino que es como si el Evangelio se leyera escrito en esa síndone. Si para leer el Evangelio todos nos ponemos en pie, en esta octava es como si el diácono, además de estar de pie, bajara del ambón para contemplar el espectáculo de la sábana vacía.

Como máxima muestra de respeto, dos turiferarios están a cada lado del diácono moviendo sus incensarios. Y el entero Trono de la Palabra tiene cien velas a cada lado. Es como si con ello se pretendiera dar la mayor gloria a la lectura del Santo Evangelio durante esos ocho días.

En la Vigilia Pascual, el Cirio va avanzando portado por el diácono, delante de la presidencia. Hay un candelabro ante la Síndone Pascual donde se deja, hasta que la presidencia se dirige hacia el presbiterio. Allí se deja en otro candelabro ante el baldaquino. Cuando se está acabando de dar la comunión, el cirio es portado a su lugar definitivo, donde se quedará todo el año.

En Navidad, este recorrido del cirio en la Vigilia Pascual, tiene su paralelo en el diácono que porta la imagen del Niño Jesús

sosteniéndolo con paño humeral. La imagen del Niño también es situada en esos dos lugares antes citados, hasta colocarla ante el Cirio Pascual, donde se quedará todo el Tiempo de Navidad.

En la Octava de Pascua el Evangelio se lee ante la Síndone Pascual, situada en la parte central del ambón. Tres días de la Octava de Navidad, el Evangelio se lee también desde abajo, mirando al lado izquierdo del ambón, la parte norte. Allí hay una puerta, como de un tríptico, que se abre. Las dos puertas en su parte interna son iconos que representan a ocho apóstoles. Dentro de este tríptico, hay otra segunda puerta más pequeña. Al abrir esta segunda puerta, se ve que en su parte interna están los iconos de San José y la Madre de Dios. en el centro, está el icono de Jesús recién nacido. Todo esto forma un triple icono concéntrico, como una gruta cada vez más profunda a la que se accede a través de sus dos niveles de puertas.

La Puerta de Belén, como se lo conoce, está abierto todo el tiempo de Navidad. El Evangelio se lee ante este icono de la Natividad, en la Misa de Gallo, el día de Navidad y el día de la Epifanía. Cerrándose al acabar el tiempo litúrgico de Navidad. Los iconos están rodeados de planchas de plata y oro, en las que están inscritas las páginas del Evangelio hasta el Nacimiento de Jesús. La idea era que estos iconos fueran como una gran página del Evangelio. Y por eso, el Evangelio lo lee de esas planchas de plata y oro en latín. Una pequeña escala de madera le permite estar a la altura del icono, y leer de allí el texto. El simbolismo es que el diácono al leer el Evangelio esos días, no aparta sus ojos del Nacimiento del Verbo.

El día de Pentecostés, el Evangelio es leído desde abajo, en el lado derecho del ambón. También allí hay una puerta que se abre ese día. El icono de su interior representa al Espíritu Santo.

Delante de este icono, en el interior de la hornacina, hay una bellísima lámpara de aceite cuyo fuego procede del Santo Sepulcro de Jerusalén.

La lámpara de oro tiene una llama central. De esta lámpara abombada surgen como trece bocas que se curban hacia arriba. En estas bocas hay encendidas trece llamas que representan las tres lenguas de fuego que descendieron en Pentecostes. La hornacina no tiene ninguna luz interior, fuera de esta lámpara. De forma que su fuego se percibe con claridad desde lejos. Acabado el día de Pentecostés, se cierra esta puerta.

## **103. Ritual de Año Nuevo.**

En la noche de Año Nuevo, se celebra la llegada del nuevo año delante del Reloj Áureo. La multitud allí congregada lo celebra de un modo festivo, pero inmediatamente miles de personas se dirigen cantando hacia la Puerta del Tiempo en el Basilicarión.

Está determinado que la procesión vaya precedida por siete ostiarios, dos diáconos, dos presbíteros, dos obispos y el cardenal. Pero como en todos los rituales inusuales del Celio, se unen espontáneamente muchos más. La apertura la realiza por turno uno de los cardenales basilicarios o su cardenal sustituto. Los obispos van revestidos con mitras y capas pluviales blancas. Los diáconos con dalmáticas, y el resto con albas. Los siete ostiarios llevan siete grandes llaves.

Al llegar a ese portón, el cardenal hace una oración. Después golpea tres veces la puerta con un martillo ritual. La golpea con fuerza, en el cuadrado central metálico. Entonces, los ostiarios la abren desde dentro. Dos diáconos se adelantan, y con pesados acetres aspergen el umbral de la puerta y las jambas. Después de esta operación realizada meticulosamente, sin prisas, se adelantan dos presbíteros y ungen dos medallones de piedra situados en las jambas. Uno representa la Cruz y el otro la Resurrección. Por último, el cardenal realiza una nueva oración y la procesión sigue adelante, hacia el Retablo del Tiempo en el Basilicarión. Donde se canta un solemnísimo Te Deum a cuatro voces, con un coro de doscientas personas, y se da la bendición.

La Puerta del Tiempo permanece abierta los días que quedan hasta que acabe el tiempo de Navidad. El Papa concede indulgencias al que por ella entre al Templo orando.

Al final de las últimas completas del tiempo de Navidad, la misma procesión parte del interior del Templo, y la Puerta del Tiempo se cierra desde dentro con un rito, cuya parte más llamativa es que los siete ostiarios cierran las siete cerraduras.

Este rito de la Puerta del Tiempo se hizo para darle un sentido cristiano al hecho de atravesar el umbral de un nuevo año. Las aspersiones y unciones tienen el significado de santificar el nuevo tiempo que comienza. No hace falta decir que muchos anticlericales criticaron este ceremonial, como un ritual creado ex profeso para aparecer en todos los noticiarios ese día. Noticiarios en los que no suele haber mucho qué decir.

## 104. Las órdenes menores

En el Celio siempre hay viviendo unos cuatro mil sacerdotes, entre la Curia, estudiantes, jubilados, monasterios, etc. Cuatro mil sacerdotes, unos doscientos obispos y más de treinta cardenales.

Junto a esta imponente cantidad de clérigos, hay una respetable cifra de laicos ayudando en distintos trabajos y funciones. De entre ellos, algunos reciben órdenes menores.

El Templo cuenta con muchísimos laicos ayudando a los sacerdotes en sus varios centenares de capillas, unos ayudan a tiempo parcial, otros a tiempo completo. Algunos de ellos, los que los desean, con los años, reciben órdenes menores. Para recibir esas órdenes tienen que haber ejercido ese ministerio en el Templo durante tres años, y haber asistido a varias clases y algunos retiros en la escuela que para ellos hay en el Basilicarión.

Recibir la orden ni los hace clérigos, ni les otorga derecho a remuneración alguna. Siguen siendo laicos con sus oficios respectivos. Visten como laicos, salvo en la liturgia que pueden revestirse con un alba.

Las órdenes menores son las siguientes.

### **Ostiaños**

Se le entrega una llave de una puerta interior del Templo. Esta llave de un palmo de longitud, la suelen llevar en la mano durante las procesiones. Es el único ministerio en que se entrega un objeto que uno se queda. Cuidan de atender a los peregrinos y de pedir silencio a los turistas escandalosos. También ayudan a vigilar el espacio del Templo, dando noticia de cualquier sospecha.

## **Lectores**

Ayudan a hacer las lecturas en las muchas capillas del Templo. Para recibir esta orden, se les pide que cada día personalmente lean las Sagradas Escrituras; aunque sólo sea una línea.

## **Exorcista**

Ayudan a los quince exorcistas del Templo, formando parte de sus equipos. Otros participan una vez a la semana en las oraciones comunes que se hacen cada semana, para pedir a Dios que aleje al demonio de la Iglesia.

## **Acólito**

Se encargan de ayudar en las misas, de preparar el altar, de recoger las cosas de nuevo a la sacristía.

## **Subdiácono**

Cuando faltan sacerdotes ayudan a administrar la comunión. También la llevan a los enfermos del Celio.

Normalmente, el que ha hecho de acólito durante años, se suele ordenar de acólito. El que ha hecho durante años de lector, se suele ordenar de lector. Es raro que uno escoja una orden menor que no se corresponda con lo que hace.

Además, sólo se recibe una orden menor en toda la vida. Si escoges ser ostiario, uno es ostiario para siempre. Aunque después a uno le encarguen más bien de la sacristía de una capilla.

No pocos escogen ser ordenados de exorcistas. Pero son pocos los que realmente ayudan en los equipos de los exorcistas-presbíteros. La mayoría se limitan a orar semanalmente en las oraciones comunes antes mencionadas.

Los ostiarios aparecen de forma muy visible en varias procesiones importantes. Por eso y porque es un ministerio muy útil para el Templo, se fomenta el que muchos se dediquen a esta labor.

En el consejo que se encarga de la administración del Templo es tradición que sean o diáconos u ostiarios. Aunque si un laico que trabaje en ese órgano no desea recibir esa orden menor, nunca se le hace la más leve presión para que la reciba.



Los israelitas, los sacerdotes, los levitas y los restantes hijos de la cautividad realizaron la dedicación de esta Casa de Dios con alegría. Y ofrecieron con motivo de la dedicación de tal casa cien toros, doscientos careneros, cuatrocientos corderos y en concepto de sacrificio por el pecado por todo Israel, doce machos cabríos. Es 6, 16-17.



Dibujarás la Casa y su disposición, sus salidas y entradas y toda su forma y todos sus ritos y todas sus leyes, dáselos a conocer y escríbelos ante sus propios ojos, para que guarden todas sus leyes y todos sus estatutos y los cumplan. Ez 43, 11.



## 105. Las diócesis titulares célicas

Desde la creación del Celio, se dejó bien claro que éste no pertenecería a la diócesis en cuyo territorio estaba ubicado, la diócesis de Civitavecchia. Conforme más residentes fueron estableciéndose en el Celio, algunos comenzaron a hablar de la conveniencia de que el Celio mismo se constituyera como una diócesis con un obispo. Pero para muchos resultaba innecesario en un lugar con tanto obispo, colocar uno más. Y eso que 50.000 residentes, al final, ya eran una cantidad suficiente como para constituir ese territorio como una diócesis. Sólo tras dos generaciones se optó por acceder a esta vieja demanda, pero se hizo de un modo que no eran el que habían pensado los que propugnaban la idea.

El Celio fue erigido como una prelatura territorial. Y, además, como una prelatura totalmente *sui generis*. Pues las funciones que ejerce el Ordinario del Lugar, en el Celio serían ejercidas por un grupo de obispos *in solidum*. Esta figura jurídica existía para las parroquias desde 1982, ahora se trasladaba ese modo de gobierno a esa diócesis peculiar. Normalmente eran entre seis y ocho los obispos que ejercían esa función. Se trataba de obispos titulares.

Los arzobispos célicos son los pastores propios de los residentes y trabajadores del Celio. Su labor, la mayor parte de las veces, consiste en coordinar y aceptar nuevas iniciativas. También ellos vigilan las denuncias de mala conducta privada y se preocupan de que. Los obispos célicos no son superiores de los obispos que viven en la prelatura. Los obispos célicos son más supervisores y coordinadores que rectores que gobiernan.

De entre los obispos célicos, tres poseían rango arzobispal. Y entre ellos el que era nombrado para la archidiócesis titular de Claustromeroveum era el que tenía una posición de *primus inter pares*.

Este arzobispo es el *primus inter pares* de estos tres. Los asuntos de mediana importancia son consultados al resto de los arzobispos. Seis veces al año el consejo de obispos titulares se reúne para tratar los asuntos de mayor importancia o para revisar las decisiones.

Estos obispos y arzobispos de la prelatura son obispos titulares de alguna de las treinta diócesis titulares célicas. El Papa Anastasio V por la Bula *Magnifica Civitas* creó esas diócesis titulares situadas en el Celio. Diviando el Celio en tres regiones: la región claustral, la región perimetral y la región basilicaria. Cada región tiene diez diócesis titulares. Cada región tiene un arzobispo. El arzobispo de la región claustral, el arzobispo de Claustromeroveum era llamado también el Arzobispo Mayor.

Los nombres de las treinta diócesis titulares del Celio fueron nombres creados *ex profeso*: Nortrobarum, Meriodiornarum, Dabarberesum, Nogortrum, Exabertum, Clomeltrum, Dorania, etc.

La prelatura en lo espiritual está supervisada por estos arzobispos y obispos titulares célicos. Pero en lo material es el Gobernador del Celio el que decide. Como se ve, se distingue entre el Consejo de Prelados para lo espiritual, y el Gobernador del Celio que es un laico para lo material. Junto a estas dos figuras, habría que añadir otras dos figuras que descuellan en el Celio: la del Administrador del Templo que es un diácono, y la del Moderador de la Curia que

es otro arzobispo titular, y que es el que coordina todo lo referente a la Curia Romana situada en el Claustro central.

Durante sesenta años, los Gobernadores del Celio eran siempre cardenales. Pero Bonifacio X con la Bula *Gubernator Principatus* determinó que, en adelante, ese cargo recayera en un laico.

## **106. La apertura dominical de la puerta del Templo**

El número de turistas y peregrinos del Celio seguía creciendo año tras año. La masa de gente que asistía a la ceremonia de la apertura de las puertas era tan grande que, en un momento dado, se decidió magnificar esa ceremonia con un ritual especial los domingos.

El Cabildo del Santísimo Salvador se encarga de organizar esta ceremonia en una de las doce puertas del Templo, todos los domingos del año a las 8:00 de la mañana. Treinta monjes de la Abadía de San Simeón y diez canónigos se reúnen en una capilla cercana. La ceremonia la preside cada domingo una de estas cuatro dignidades: el Abad de la Abadía de San Simeón, el prior, el subprior, el deán, el arcediano o el canónigo-magistral. Aunque es rarísimo que no asista algún obispo, amén de una decena más de sacerdotes visitantes que se revisten con albas y se unen a la ceremonia. El obispo celebrante asiste con capa pluvial y mitra, rodeado de sacerdotes con albas.

La apertura de la puerta del Templo el domingo, simboliza a los discípulos que se acercaron a la entrada del sepulcro de Jesús. El Basilicarión es místicamente como el lugar de la Resurrección. La

apertura solemne de la puerta simboliza la llegada de los discípulos al lugar de la Resurrección. Por eso los domingos la ceremonia se realiza desde fuera del Templo.

En la capilla, el obispo comienza las laudes como si estuvieran en el coro. Al principiar el himno, el portador de la cruz procesional sale de la capilla y todos se dirigen hacia la puerta que van a abrir cantando el himno.

La procesión recorre los muros del Templo por fuera, hasta llegar a la puerta que toca ser abierta ese domingo. La ceremonia abre una puerta distinta cada domingo, hasta completar las once. Pues una puerta que siempre está abierta, día y noche, todo el año.

Cada una de los nueve pórticos del Templo, está dividido a su vez en tres grandes portones. Al llegar, los monjes se colocan a ambos lados de la puerta, de un modo coral. Se recita la antífona del primer salmo. Tras ella, el obispo golpea tres veces con un martillo ceremonial. Un martillo como el que se utiliza en la apertura de la Puerta Santa. Golpea un cuadrado metálico inserto en la puerta, de forma que los golpes pueden ser escuchados por todos, incluso lejos, de forma clara.

Tras los golpes, los monjes comienzan a recitar el primer salmo. Al escuchar los golpes en la puerta, desde dentro veinte ostiarios se encargan de desatracar la puerta y empujar las pesadas hojas del portón. La puerta se abre simbolizando la apertura de la revelación del Antiguo Testamento. Al otro lado de la puerta, dentro del Templo, está la Guardia Romana con sus picas, cien soldados en formación. Delante, en el centro, a ocho metros, hay veinte ostiarios revestidos con alba. Uno de ellos sostiene un rollo del Antiguo Testamento.

El obispo asperge con agua bendita el umbral, simbolizando la purificación que trajo el comienzo de la Revelación de Dios a los hombres. El agua también simboliza el paso del Mar Rojo.

El obispo atraviesa la puerta con su báculo. A diez metros del umbral, dentro del Templo, hay una losa cuadrada en el suelo con una inscripción y un bajorrelieve. Representa la Zarza Ardiente. El obispo se coloca ante la losa, el arcediano lee de nuevo la antífona del primer salmo. Entonces, el obispo entrega su báculo a un ostiario y la mitra a otro, se postra y besa esa losa. Simboliza que besa los umbrales del Templo de Dios, que venera ese espacio sacro donde habita la Divinidad. Después se levanta, avanza unos pasos y besa el rollo del Antiguo Testamento. Se pone la mitra de nuevo y toma su báculo. Sale afuera, acompañado de tres ostiarios. Uno de ellos despliega el rollo y lo muestra a la gente allí congregada. Los monjes cantan una aclamación gregoriana. El rollo vuelve al interior del Templo, mientras el obispo se dirige ya hacia la segunda puerta. La primera puerta ya queda abierta y los turistas y peregrinos pueden entrar y salir por ella.

La segunda puerta simboliza el Evangelio. Se procede a la apertura exactamente igual que en la primera: antífona, golpes, salmo, postración. Los ritos son los mismos con algunas diferencias. El obispo no asperge la puerta, sino que inciensa el umbral, después entra y se coloca ante de la losa del suelo que representa la Piedra Angular. Se postra y la besa. Después besa el Evangelio. Un ostiario sale con el cirio pascual encendido, seguido de otro con el Evangelio. El cirio es elevado mostrándolo a la gente allí congregada. La salida del cirio simboliza la salida de Cristo del sepulcro. Los ostiarios lo colocan en un cirial de bronce situado dentro del Templo, ante la losa que ha besado el obispo. El cirial queda allí toda la semana, encendido, en recuerdo de esa ceremonia.

El obispo vuelve a repetir los mismos ritos en la tercera puerta, que simboliza el Nuevo Testamento, el tiempo apostólico, el tiempo que va desde la Resurrección. El obispo al penetrar unge las jambas de las puertas, simbolizando la unción del Nuevo Testamento. Después va hacia el interior del Templo y se postra y besa la losa cuadrada cuyo bajorrelieve representa una nube de la que salen lenguas de fuego. El beso de las tres losas es un modo de mostrar la santidad del lugar, y que el ministro de Dios besa ese escabel de la Divinidad.

A pocos pasos de esta tercera losa, los ostiarios sostienen un librito pequeño que contiene el resto del Nuevo Testamento. El obispo lo besa, después es mostrado a la gente que espera fuera. Con la triple mostración de los libros se indica la apertura de las puertas de la Revelación.

Una vez abiertas las tres puertas, se lee la lectura breve y se canta el responsorio. Tras ello, se regresa a la capilla cantando el Magnificat y haciendo las preces. En la capilla de la que han salido, se tiene la oración final y la bendición.

Cuando hace mucho frío o llueve, monjes, canónigos y clero participante llevan simplemente la sotana o el hábito y sobre él una gruesa de lana con capucha. Una capa que les protege totalmente de la lluvia. La lluvia por intensa que sea, nunca cancela la ceremonia. Los monjes no necesitan llevar libros en las manos con la lluvia. Sino que la salmodia y las preces son leídas por la megafonía. Varias veces al año, la lluvia es muy fuerte, pero aunque muchísima menos gente, vienen con sus paraguas. Indudablemente, la escena de los monjes bajo la intensa lluvia, con sus capuchas y un ambiente más denso y oscuro, está dotada de una belleza diferente.

Cuando hay lluvia, el obispo se pone unas vestiduras mucho menos ricas, pero va vestido pontificalmente. Incluso lleva un báculo especial que no importa que se moje enteramente.

## 107. Una conversación con Charles Cadwell

Me asusté, fui a visitarle a su casa. Me recibió como siempre, elegantemente vestido con su usual chaqueta tweed y un chaleco a juego. Me ofreció un brandy. Su hacendosa y sumisa mujer preparaba la cena, aunque faltaba hora y media. Fuera era ya de noche. Medio tumbado en su sillón, me escuchó con la pipa en la mano, tan tranquilo como el galgo que tenía tumbado a su izquierda. El arte de escuchar, una gran virtud en él. Charles Cadwell, uno de los principales administradores del Templo y miembro de varias comisiones del Celio.

El Consejo de Ostiarios era el órgano que administraba los fondos de la Archibasílica. En su cúspide estaba constituido por siete miembros bajo el Protodiácono. Es cierto que Charles hacía cuentas, sí. Pero era valorado no por sus balances, sino sobre todo por ser el gran arquitecto intelectual del Templo. Si el dominico Jean Shi-Kon fue su arquitecto teológico, si ese fraile fue el que creó toda una justificación teológica de ese pequeño *mundo* que es el Basilicarión. Fue Charles el que levantó toda una construcción complementaria a esa justificación teológica. Construcción que se extendió también al resto del Celio.

Charles abordó todo ese conjunto formado por tantos feudos, desde una perspectiva, digámoslo así, no teológica. Sus extensos estudios históricos, su conocimiento de la filosofía contemporánea, se echaban de ver en cada página de sus cuarenta y dos ensayos sobre el Celio. En sus obras, el Celio se justificaba por sí mismo.



Charles no había recibido ninguna orden menor. Se sabía que no era muy religioso. A Cadwell se le conocía, en broma, como el *Apostolus Atheorum*. Cuando estuvo en la cima de su prestigio declaró en una entrevista para una televisión francesa que él era ateo. Lo dijo presionado por la insistencia inquisitorial del entrevistador. La declaración causó sensación. Pero las autoridades del Templo, después de discutir el caso, dejaron bien claro que no pensaban despedirle. Realizaba su trabajo magníficamente y sus creencias religiosas (o su falta de éstas) no debían ser razón para acabar una magnífica relación laboral de veintitrés años.

Curiosamente, sus cuatro libros siguientes fueron los más aclamados. En ellos expuso lo que siempre había defendido, esto es la tesis de que en un mundo globalizado, un mundo con creencias espirituales, algo como el Templo y los claustros hubiera aparecido antes o después. La única cuestión a dilucidar era qué confesión protestante lo hubiera hecho aparecer, por supuesto con dimensiones mucho menores. Dado que iba a aparecer, era mejor que fuera propiedad de la Iglesia Católica. De no ser ella, incluso podían ser los ortodoxos, o los budistas los que hubieran puesto en marcha la idea. Si otro se adelantaba, la obra de la Iglesia hubiera sido vista como una imitación, con razón.

Las cosas responden a una demanda. La demanda existía. El Celio era inevitable. Ésa era su tesis. Y él fue el que en sus ensayos determinó muchos de los detalles concretos de todo ese complejo. Aunque él sólo sugirió. Pero lo hizo desde una gran clarividencia, y en una época en que se tomaron muchas decisiones acerca del desarrollo futuro del Celio y la naturaleza que habría de tener.

Él nunca entró en cuestiones arquitectónicas concretas, sino en temas organizativos, financieros, jurídicos y de delimitación de competencias. El mecanismo invisible que debía hacer funcionar al unísono tantas piezas sueltas, requería una arquitectura no material, pero que era necesaria para que esos edificios materiales siguieran pululando vida.

Su arquitectura fue simple, no cartesiana, reproductora de los esquemas de la vida. La organización no dependería de una idea, sino que seguiría las necesidades vitales y los modelos de crecimiento del complejo. Su idea funcionó de un modo excelente y los historiadores futuros del Celio siempre reconocieron en él una de las mentes más clarividentes. Y detrás de toda su arquitectura práctica, además, había toda una fundamentación filosófica. Él siempre vio el Celio como la materialización de una serie de esquemas filosóficos.

Yo, Lisa, era su amiga. Y ese día corrí hacia su casa cuando escuché en el trabajo, que Charles quería recrear la Corte Pontificia tal cual existía antes de la reforma de Juan XXIII. Le traté de explicar que ése sería un error espantoso. Si se creaba esa corte, el error nos perseguiría durante generaciones. Aunque se extinguiese tal corte al llegar un nuevo Papa.

Él me tranquilizó. La noticia que había escuchado era verdadera. Pero me dijo que no tenía que preocuparme. Después, Charles adelantó su cabeza hacia mí, entrecerró los ojos y dijo con entusiasmo:

-No vamos a reproducir con exactitud esa corte.... Vamos a hacer algo todavía mejor, más grande y completamente verdadero.

Meneé la cabeza y con mi mirada le dije: éste es un buen momento para retirarse.

-Lisa, Lisa –me dijo-, soy un antimonárquico. Lo sabes. Pero si tenemos el Celio, debemos tener el conjunto completo. Setenta personas. Eso no es nada. Títulos nobiliarios. Algo meramente protocolario. Condes, barones, duques y marqueses.

-La propuesta me parece sumamente original. Y sería más original todavía si esto lo sugiriera el Partido Comunista.

-Muy ocurrente. Pero mira, la creación de rangos nobiliarios aumentaría el encanto del lugar. Pues no se trata sólo de los títulos, sino de crear una serie de castillos para esos rangos. Los títulos serían personales, no hereditarios.

Lisa se levantó y dio unos pasos por el salón. Veía que Charles estaba decidido. El cual continuó:

-La belleza. A la gente se la gana por la belleza. Al principio, los comentarios pueden ser desfavorables. Unos años después, ya no concebirán que eso no exista.

-Dará una impresión muy negativa.

-Explicaremos, por activa y por pasiva, que esa corte no nos cuesta nada. Lo que nos costará es tener decir a muchos que no pueden formar parte de ella.

-¿Pero qué justificación tiene esa corte? Él es un obispo, no un rey.

-¡Es una idea bella, querida! Eso es suficiente. Hemos de crear distintos tipos de belleza. Después, ya buscaremos la justificación.

-Vamos a meter la pata, totalmente. Totalmente y de un modo horroroso.

-Esa Corte Civil sería el símbolo de que el Papa es Vicario de Cristo, el cual sí que es Rey. Además, muestra que el poder del Obispo de Roma es enteramente *sui generis*. Es un modo de decir que no es un obispo más. Que él es un obispo enteramente distinto a los otros obispos. Sería un modo visible de mostrar el poder de una de las tres coronas de su tiara. Rey, obispo y

maestro. Obispo, sí, pero verdaderamente rey. Aunque sea de un minúsculo territorio. Ese territorio del Estado Vaticano fue otorgado por Dios, a través de la Historia, para asegurar su independencia. Y esa independencia viene protegida por su carácter de rey. Y esa corte manifiesta del modo más bello posible, que estamos realmente ante un rey.

Charles se levantó, me ofreció coñac. Me recordó que él era el impulsor de los límites máximos que no podía sobrepasar el Celio. Incluso físicamente el Celio no podía ir más allá de la tercera muralla. De lo contrario, estaríamos queriendo retornar a los Estados Pontificios. Y después más allá. Charles me decía mirando un mapa:

-No, el Celio, bajo ningún concepto, debe ir más allá de su Rubicón, que es el perímetro de la tercera muralla.

-Fue providencial que perdiéramos los Estados Pontificios.

-Eso no está tan claro, pero admito que puede ser así. Pero volvamos al tema de la Corte Civil.

-Un momento, ¿y el Vaticano II? –le pregunté.

-Esto no es contrario al Vaticano II, es su evolución. Después de purificar todo, después de simplificar todo, con suma libertad, con total consciencia, creamos esto.

-¿Y si el siguiente Papa no quiere ni poner su pie en el Celio?

-Pues que no venga. Nada le forzaré a hacerlo. Aquí sólo está el edificio de la Curia, jubilados, universidades y turismo. El Celio no obliga a ningún Papa.

-Querido arquitecto de las ideas, ésta vez creo que vas a crear un agujero negro.

-Lisa, mira la dirección que marca la Historia. Primero, en los primeros siglos, fue un papado mínimo, no podía ser de otra manera. Después fue un papado mezclado con el mundo. El Papa fue señor temporal también. En cierto modo, esto hubiera sido difícilmente evitable. Después vino la purificación, gracias al

robo del Risorgimento. Purificación culminada en el Vaticano II. Pero ahora, después de todo, el papado puede ser lo que queramos que sea a nivel estético. Por lo tanto, mi postura es clara: mantengamos lo mejor de lo espiritual y lo mejor de lo estético.

-Tú siempre sales con eso de que o lo creamos nosotros, u otros lo harán.

-¿Te sirvo un jerez?

-Ya, claro. Cambia el tema con un jerez.

## 108. Los títulos nobiliarios

Como el Celio, además de un lugar espiritual, es un lugar turístico, cuenta con un departamento encargado de mejorar la imagen del enclave, de proponer nuevas iniciativas, de atraer más visitas. Ese departamento llevado por laicos, propuso (a instancias de Charles Cadwell) al Colegio de Cardenales la creación de títulos nobiliarios.

El asunto fue muy discutido. Los contrarios a la propuesta insistían en que la Iglesia defendía una sociedad de hombres iguales. Los favorables argumentaban que esos títulos carecían de otro valor que el de aumentar la compleja belleza del Celio.

Los que lanzaron la idea le explicaron al Pontífice: Imagínese a la Gran Bretaña si el rey y sin sus nobles. Todo sería igual, pero con menos encanto. El sistema nobiliario en Inglaterra, Gales y Escocia supone un capital inmaterial. Imposible de calcular cuál es su valor en dinero, pero hablamos de un verdadero capital. Una nobleza civil, indudablemente, llenaría de más encanto nuestro Celio. El cual, no lo olvidemos, es un principado. Y los Estados Pontificios durante más de un milenio contaron con una nobleza.

La idea estuvo rondando por el Vaticano durante diez años. Pero con tantas consultas fue imposible mantener oculta la propuesta. La cual fue recibida con bastante frialdad por los purpurados. Pero todos los que cultivaban círculos nobiliarios se mostraron entusiasmados con la idea. Como la idea había sido dejada en suspenso indefinido, los entusiastas se organizaron para que individuos recordaran al Sacro Colegio cada año o dos años las bondades de esta propuesta. Es sólo protocolario, sólo protocolario, les recordaban. A ustedes no les gusta, pero créenlo

para quienes les gusta. Al final, sin mucho entusiasmo, la medida fue aprobada.

Los títulos eran personales, no hereditarios. De manera que si futuros Papas decidían no seguir otorgando esos títulos, los rangos se extinguirían. Como el Celio era parte de la República Italiana que no reconoce título nobiliario alguno, los títulos, formalmente hablando, eran otorgados por la monarquía del Estado Vaticano. Eran títulos del Estado Vaticano, cuyas consecuencias se materializaban en el Celio. Formalmente vaticanos, materialmente célicos. Hay que hacer notar que estos títulos se otorgaban exclusivamente a laicos, nunca clérigos.

Los castillos nobiliarios del Celio estaban integrados en la tercera muralla. Es decir, no se trataba de castillos exentos, sino de torres y defensas de las murallas. Estas torres circulares, murallones escalonados, torres cuadradas techadas se agrupaban ofreciendo el aspecto de una verdadera fortaleza medieval. Cada baluarte ostentaba en su fachada un escudo de armas propio, un escudo de diez metros de longitud.

Cada castillo era en realidad un hotel propiedad de la Autoridad del Celio. El noble sólo podía disfrutar de la parte más alta del baluarte, limitada por ley a no más de trescientos metros cuadrados. No sin cierta razón, algunos criticaron que el sistema nobiliario no era otra cosa que una operación de imagen para esos hoteles.

Los nobles no estaban obligados a trasladarse a su castillo, pero siempre podían hacerlo. Además, en los actos oficiales y en todos los actos litúrgicos ocupaban un lugar especial, sentados en grupo junto al sector diplomático formado por jefes de estado, ministros y embajadores. Los nobles vestían de un poco parecido a los gentilhombres del Celio, es decir con su gorguera blanca en el cuello, así como ropas y medias negras. Una banda azul recorría

su pecho y un grueso collar recordaban su dignidad. En invierno, llevaban encima una prenda ornamentada con pieles de zorro. Las mujeres tenían su propio atuendo con largas faldas y diademas sobre los velos.

El sistema nobiliario del Celio es el siguiente:

**Duques:** Hay dos duques en el Celio, el Gobernador del Celio en activo y el jubilado. Sus dos castillos son los más impresionantes.

**Marqueses:** Hay cinco títulos de marqués. Para este título se escoge a los más altos oficiales de la Guardia Romana.

**Condes:** Hay ocho títulos de conde. Se reparten entre el Servicio Diplomático, la Guardia Romana y entre otros departamentos del Celio.

**Barones:** Las catorce baronías se reparten por todos los escalafones del Celio.

Estos son los nobles que viven en el Celio. Pero suele haber otros veinte títulos más de estos rangos que son concedidos a científicos, artistas, escritores, militares y filántropos de todo el mundo, que no viven en el Celio.

Como el número de castillos nobiliarios es limitado, el título sólo se recibe cuando un noble muere y deja el título vacante. Los títulos nunca se reciben de forma automática. Incluso un gobernador del Celio debe estar varios años en el cargo hasta recibir el título, por más que éste se halle vacante.

En principio se pensaba otorgar títulos que tuvieran el nombre del castillo del Celio. Y así se hizo durante varios decenios. Pero, poco a poco, algunas pequeñas localidades de Italia solicitaron que se les pusiera el nombre de la ciudad al título del Celio. Indudablemente algo había de interés de promocionar la localidad para el turismo, algo había de interés de tener a esa persona en algunos actos oficiales de la ciudad, y algo había solamente de que el nombre fuera conocido.



Primero fueron pequeñas localidades de Italia, después fueron otras europeas, y finalmente de todas partes del mundo. De manera que los títulos nobiliarios del Celio están unidos a localidades de los cinco continentes. Viendo la ilusión que esto hacía a sus habitantes (siempre pequeñas localidades), no pocos comprendieron que el tema de los títulos no era un anacronismo sin sentido.

Todos los castillos se han ido edificando a lo largo de las Tercera Muralla. De la cual sólo se ha erigido una cuarta parte y se continúa sin ninguna prisa. Esta muralla es desigual en su estilo, altura y grosor. En sus partes más monumentales, llega a alcanzar la altura de un edificio de diez plantas. Y sus torres son como edificios de veinte pisos.

Toda la región periférica, la comprendida entre la segunda y tercera muralla, en los mapas se halla dividida en estos condados, ducados, baronías y marquesados. Lo cual no tiene ninguna otra relevancia, más allá de los nombres. Todos estos territorios forman como una corona alrededor del Celio.

## **109. La Corte Civil Papal**

El Santo Padre, cuando preside una celebración litúrgica, suele ir precedido de cardenales, obispos, así como de otros eclesiásticos y acólitos. Pero algunas pocas ocasiones al año, en el Celio va precedido de su corte civil, compuesta exclusivamente por laicos. Eso es en el Principado, porque en el Vaticano sigue invariable la Casa Pontificia, tal como se organizó ya en tiempos de Pablo VI. Pero para el Celio, la Casa Pontificia se divide en dos cortes: la Corte Papal y la Capilla Pontificia.

La Corte Civil completa la forman unos ochenta sirvientes y dignatarios. Y cada año sólo acompaña al Papa en dos grandes ceremonias del Celio. Pero una versión más reducida de este cortejo, consistente en unas veinte personas de bajo rango, le suele preceder en muchos otros desplazamientos.

La Corte Civil (o Casa civil) no avanza en hileras, sino formando grupos. Salvo los maceros (en tres hileras) y los oficiales (en cinco hileras). Los que no son militares, van vestidos como los *gentiluomini*, con sus gorgueras, medias negras, jubones y el resto de elementos que componen sus vestimentas. Los rangos y funciones propios de cada grupo se distinguen por las bandas cruzadas sobre el pecho, sus collares o diferencias en sus ropajes. Unos llevan condecoraciones pontificias, otros espada y capa corta, otras categorías visten con casaca o libreas.

La Corte Civil, cuando se despliega en todo su esplendor, con todos los miembros presentes, procede en el siguiente orden:

cuatro *gentiluomini*  
los nueve maceros (en tres filas)

el Coronel de la Guardia Romana y nueve oficiales  
ministros y sirvientes  
los mayordomos del Papa

el Coronel de la Gendarmería Pontificia y nueve oficiales, con uniformes de granaderos  
los jueces del Celio y del Estado Vaticano  
el Tesorero de la Camara Pontificia y otros tesoreros menores  
el Superintendente del Palacio Apostólico del Celio

el Coronel de la Guardia Suiza y nueve oficiales  
el Gobernador del Vaticano y tres subalternos  
el Supervisor General del Templo y tres subalternos  
el Gobernador del Celio y tres subalternos

cuatro sirvientes con libreas rosáceas preceden a la silla gestatoria  
la silla gestatoria es portada por doce sediaros  
le siguen cincuenta soldados con corazas y alabardas

Cada vez que el Papa se desplaza a pie o es portado en silla gestatoria y va vestido con su sotana blanca, fuera de una ceremonia litúrgica, es precedido por la Corte Civil, al menos con una versión reducida de ésta. Comitiva reducida, muchas veces, incluso, a diez personas. Esto es frecuente en sus desplazamientos por los claustros del Celio, o cuando se mueve por el Corredor Perimetral del Templo, para ir a la sacristía a revestirse para alguna función litúrgica. Lo normal es que sea la Corte Civil, en versión reducida, la que le preceda de su Palacio en el Celio a la sacristía. Y que de la sacristía salga precedido por un cortejo eclesiástico.

## 110. Los tribunales de justicia

Desde los tiempos del Papa Inocencio XIV, la Administración de Justicia en el Celio está confiada al Cuerpo de Nobles. En una plaza del Celio, sobre un estrado, se sienta un noble y juzga el litigio entre particulares que se presente ese día. Los litigantes normalmente comparecen sin abogado, exponen su caso y reciben un arbitraje justo, al que legalmente deben someterse.

El juicio por parte de un noble cualquiera requiere que los dos litigantes estén de acuerdo. Porque si una de las partes desea que su causa juzgada por un juez profesional, tiene ese derecho. El Tribunal Común tiene la ventaja de su inmediatez y nulo coste. El Tribunal Profesional está presidido por un barón que tiene la carrera de Derecho y que ha ejercido la profesión.

A los títulos nobiliarios antes citados, hay que añadir cinco barones y tres marqueses, que constituyen las tres instancias de los tribunales profesionales en el Celio. Estos ocho nobles son juristas con experiencia, normalmente jubilados que deciden hacer ese servicio al Celio sin recibir remuneración alguna. Normalmente no hay más allá de un pequeño litigio entre particulares cada dos semanas. Casi todo el mundo escoge el Tribunal Común.

Todas las causas penales son vistas por el Tribunal Especial, ya que se requiere de jueces conocedores de los procedimientos jurídicos. En la plaza de los juicios, los sábados por la mañana, el Tribunal Común comunica de forma pública las sentencias emitidas contra los carteristas y vándalos detenidos esa semana. La ley es muy severa contra ellos. Un carterista fácilmente se pasa una semana entre rejas. Los vándalos que han hecho destrozos o

pintadas tampoco salen hasta que alguien paga la cantidad estipulada por la sentencia. La prisión es pequeña, casi sin reclusos (sólo hay dos o tres como mucho) y sin muchos lugares de esparcimiento. De manera que el internamiento supone una soledad bastante desagradable.

# 111. Reflexiones de la Enciclopedia Celianense,

tomo XXIV, sección 47, n.18.

El libro es una idea. Es una idea teológica desarrollada. No se trata sólo de edificios. Esos edificios son expresión de toda una eclesiología. Una visión de la Iglesia que se plasma en un modo de liturgia fastuosa. El Celio presupone, incluso, una teología de la historia: la voluntad de Dios que conduce la historia para que desemboque en un Papa soberano. Soberanía que le permite ser independiente. Soberanía que permite que el Obispo de Roma se halle rodeado de boato para que humanamente resulte fácil comprender su carácter único.

El libro es una idea expandida. Una idea que se expande al combinar los conceptos que contiene en su seno. La perfección del concepto de Celio se consume en su existencia ideal. Algunos de los constructores de este microcosmos intelectual, afirmaron que el Celio nunca fue erigido para ser construido en la realidad. Según esa escuela, la materialización constituirá la mayor reprobación de la idea. Levantar estas construcciones sería contaminar la idea.

El microcosmos célico es un determinado camino eclesial llevado al máximo. Una vez concretado como libro, ya existe en el mundo de las ideas. No hay ya necesidad de de construir nada.

## **112. Última semana del Tiempo Ordinario**

La última semana del Tiempo Ordinario está enmarcada por los ritos de la Solemnidad de Cristo Rey y los ritos de la Clausura del Tiempo, que se celebran el último viernes antes de Adviento. Durante el canto del Gloria, en la misa magna del Domingo de Cristo Rey, se lleva en procesión una corona que se deja ante el retablo correspondiente de la Nave Central. La corona es como una diadema de oro de diez centímetros de anchura. Esa corona permanece allí sólo durante la última semana del Tiempo Ordinario. Por razón de las distancias, la corona se lleva desde el Solio del Trono.

La Misa Magna se celebra, salvo excepciones, por la mañana, a las 10:30. Pero en algunas ocasiones excepcionales se celebra a las 17:00. Ése es el caso de la Vigilia Pascual, la Misa de Gallo, la Misa de la Presentación del Señor en el Templo, la de la Clausura del Tiempo, o todas las de la última semana del tiempo ordinario.

En las misas de la última semana del Tiempo Ordinario, las lecturas son tomadas del Apocalipsis. Es una semana en la que se recuerda el fin de los tiempos. En esa semana, desde el lunes hasta la Misa de la Clausura del Tiempo, en la procesión de entrada el diácono no lleva el Evangeliario, sino un rollo sellado con siete sellos rojos de lacre. El rollo es un bellissimo ejemplar, escrito a mano, del Apocalipsis de San Juan. Está escrito por dentro y por fuera. Los lacres se han mantenido cerrados desde que se creó el libro, como símbolo de que sólo el Cordero es digno de abrirlos.

Al llegar al Trono de la Palabra, el rollo se deja en un pedestal *ex profeso* situado en el flanco derecho de ese púlpito. Después, cuando el celebrante se dirige al altar, el rollo se lleva delante de él, y se coloca sobre un pedestal de madera situado en lo que sería la parte derecha del altar a dos metros de éste, pues el Apocalipsis dice: *Vi también en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro, escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos* (Ap 5, 1).

Durante esa semana, cuando el celebrante va a la sede, el rollo se porta delante de él y se deja a la derecha del Cirio Pascual.

Desde el lunes, el canto de los kyries es más solemne, alargándose por más tiempo su recitación. En uno de los pilares de la Nave, hay una especie balcón con muchos relieves, un balcón que aparece de forma destacada, llamado Balcón de los Ayes. El lunes, desde ese balcón, se tocan siete largas trompetas. Se tocan una a una, al comienzo de cada uno de siete kyries. En el último kyrie se tocan al unísono.

El martes, cuando comienzan los kyries, se arroja desde lo alto de ese balcón el contenido de siete copas que contienen agua y cenizas del Miércoles de Ceniza. El agua cae sobre el suelo de la Nave Central. Antes de arrojar el contenido de cada copa se toca una trompeta.

El miércoles se arrojan siete bolas de hierro desde ese balcón. Esas siete bolas, del tamaño de las petancas, simbolizan el granizo terrible que el Apocalipsis advierte que caerá sobre la tierra en esos últimos días. También se tocan las siete trompetas justo antes de soltar cada bola. Cada una de ellas se deja caer de forma vertical, de forma que es recogida en un recipiente metálico, produciéndose un fortísimo estruendo por el impacto.



El jueves se van apagando las luces, hasta quedarse sólo con la luz de las velas. La iluminación eléctrica se va apagando paulatinamente a cada toque de las trompetas. Símbolo de la oscuridad de la que también se habla en el Apocalipsis. Sólo queda iluminado el Trono de la Palabra. Se encienden algunas luces más de la Nave, durante el canto del aleluya. Y algunas más, al comenzar el Evangelio. Y todas, de nuevo, en el momento de la consagración. Pero desde ese día, la procesión de entrada entra a oscuras en la Nave Central. Es decir, el viernes y el sábado, la Nave queda a oscuras, encendiéndose paulatinamente las luces del modo indicado.

El viernes tiene lugar la Ceremonia de la Clausura del Tiempo. Ya explicada en otra parte de esta obra.

## **113. Retablo del Apocalipsis**

Este retablo se halla situado al final de la Nave, cerca de la esquina del lado oriental. En él se relata el Apocalipsis con una iconografía románica. En el interior de este retablo se guardan las trompetas, copas, bolas de hierro y demás elementos usados durante las ceremonias de la última semana del Tiempo Ordinario.

Este retablo tiene varias puertas cerradas a distintos niveles. Ello simboliza que las plagas, castigos y desastres que llegarán en el fin de los tiempos, todavía siguen contenidas por la voluntad de Dios. Pero el retablo nos recuerda, que algún día esas puertas se abrirán.

Detrás de esas puertas hay pinturas, que representan esos males apocalípticos. Los males de esas tablas están representados por figuras que también se guardan en el interior de ese retablo, y que se van sacando de sus hornacinas y colocando sobre el suelo de la Nave, delante del retablo. Las figuras son grandes, de forma que se colocan en su sitio horas antes de la misa. Y durante el canto del Kyrie, se toca la trompeta y se abren otras puertas de ese retablo que dejan expuestas otras pinturas. Toda la ceremonia realizada en ese retablo tiene un cierto aire que recuerda a un auto sacramental.

Las figuras, de desigual tamaño, son de estilo románico. Metálicas, del color del plomo, con una tenue policromía en algunas de sus partes. La pieza más grande, representando al Diablo, es de ocho metros de alto. Las más pequeñas son las veinte langostas, de dos metros de alto. Y los cuarenta demonios menores, de un metro de alto.

Se coloca cada una en una disposición determinada, como si fuera un ajedrez. Con el Diablo en el centro, flanqueado de las Bestias, con el Anticristo y los falsos profetas delante. Todo se va colocando de un modo simétrico, con las figuras siendo situadas de un modo escalonado de acuerdo a su altura.

Las figuras realizadas enteramente en madera parecen antiquísimas, como si hubieran pasado por ellas más de mil años. Ello se debe a que están parcialmente descoloridas y a que muestran muescas y desperfectos, como si esa ceremonia fuera una ceremonia secular. También ayuda a tener esa impresión de antigüedad su estilo sobrio recuerda un poco a las figuras escandinavas del ajedrez de la Isla de Lewis. La figura del Diablo recuerda vagamente al Diablo del Juicio Final de baptisterio de

Florescencia pintado por Coppo di Marcovaldo. Sus ocho metros de altura no son nada en la inmensidad de la Nave Central. Además, queda situada ante el Retablo del Apocalipsis, es decir, en una esquina de la Nave.

Algunos clérigos tuvieron cierto escrúpulo de que la figura del Adversario se colocase sobre el suelo de un lugar tan santo. Pero no es una figura ensalzadora del Diablo ni mucho menos. Sino que es todo un sermón acerca de la miseria y sufrimiento de la rebelión que capitaneó. Además, su breve presencia sobre ese suelo, recuerda su breve triunfo en el tiempo del Apocalipsis. Se trata de una ceremonia, por tanto, que recuerda a todos los cristianos lo que será la realidad de las cosas algún día.

Cada día de la última semana del Tiempo Ordinario se sacan las siguientes figuras:

Lunes: el Dragón que representa al Diablo

Martes: el Anticristo y los dos falsos profetas

Miércoles: las dos Bestias

Jueves: los cuatro Jinetes del Apocalipsis

Viernes: las langostas con cabeza de león y cola de escorpión

Cada día de esa semana, desde el Solio de la Santa Sede, se acerca la presidencia a esa esquina de la Nave. Se aproximan revestidos con capas pluviales moradas, símbolo de la penitencia. Una vez que comienza el kyrie, resuena una trompeta y se abre otra puerta del retablo. Después que han acabado la larga serie de kiries, cada uno de los tres obispos principales hace un pequeño exorcismo contra Satanás y sus ángeles rebeldes. Ellos siguen el ritual que les pasa por orden el acólito.

Cada obispo realiza un exorcismo no sobre un poseso, sino sobre el entero poder de las Huestes de las Tinieblas sobre la Iglesia y el

mundo. Cada exorcismo acaba con tres cruces realizadas en el aire. Entre cada uno de los tres exorcismos, el coro canta en tono gregoriano un salmo de petición de ayuda al Señor frente a los enemigos. Mientras, diez sacerdotes con gruesos acetres metálicos aspergen esas figuras, caminando alrededor de ellas, como queriendo formar un perímetro que no deben traspasar.

Todos estos exorcismos se alargan durante unos siete minutos en total. Después, los obispos retornan a sus asientos para la escucha de la Palabra. Mientras ellos retornan desde el extremo de la nave, el que preside en la zona del Solio de la Santa Sede, reza la oración colecta.

Cuando llega el momento de las preces, cada día se pide por los cristianos perseguidos de nuestro tiempo, y por los cristianos del futuro que serán perseguidos, así como por la Humanidad que vivirá esos tiempos de tribulación.

Las preces se hacen frente al Cordero Pascual que aparece en ese Retablo del Apocalipsis. Se hace allí, como pidiendo protección frente a esas figuras del Mal, que es como si hubieran descendido del retablo y estuvieran ya sobre el mundo. Pero como si, a pesar de ello, la oración fuera el muro que los contiene.

Tras las preces tres sacerdotes revestidos con capas pluviales moradas, de nuevo realizan un exorcismo. Aunque más breve que los tres anteriores. Este ritual delante de las figuras del Mal se repite de lunes a viernes.

Con el pasar del tiempo, se animó a que durante esa semana, después de la misa magna y hasta la media noche, los sacerdotes que lo deseasen, pudieran hacer un exorcismo contra las fuerzas del mal delante de esas figuras que las representaban. Esos sacerdotes deben seguir el ritual que se les administra, que forma

un largo e ininterrumpido exorcismo. El más largo ritual de exorcismo de la Iglesia.

A este exorcismo que se prolonga durante un día se le llamó Exorcismo Eutiquiano, porque lo aprobó el Papa Eutiquio II. Y al exorcismo de la misa de ese día se le llama Exorcismo Eugenio, porque lo aprobó el Papa Eugenio V.

El ritual del Exorcismo Eutiquiano se ha ido ampliando y enriqueciendo año tras año. El mismo libro del ritual actualmente es un gran volumen encuadernado en piel, de más de quinientos folios escritos con grandes caracteres y salpicado de rúbricas en color rojo. Los sacerdotes van leyendo de él por turno, o se unen a las oraciones de otro sacerdote. Los exorcismos contra las Fuerzas del Mal se suceden de este modo casi todo el día, hora tras hora.

Este ritual no sólo incluye salmos, letanías, conjuraciones al demonio y peticiones a Dios, sino también diversos símbolos. En la primera hora, por ejemplo, hay un momento en que se muestra solemnemente ante las huestes infernales una gran cruz cubierta de gemas. En la segunda hora hay un momento en que se muestra un gran icono de la Virgen María. En la tercera hora, se muestran diversas reliquias. En la cuarta hora, el celebrante golpea con un martillo ritual una placa de metálica de la figura central. Éste es el mismo martillo que se usa en otras ceremonias.

No sólo ese libro encuadernado en piel se ha hecho más grueso y ha sido adornado con bellas iluminaciones, sino que incluso el grupo de figuras que representan las huestes demoniacas, se ha hecho más numeroso con los años. Colocándose sobre el suelo, entre las figuras grandes, pequeñas tallas de menos de un metro de altura. Con los años hay más de un centenar de esas pequeñas figuras que recuerdan a las que podemos ver en los capiteles medievales. Algunos de esas tallas representan demonios que

tientan a determinados vicios. Otras tallas sólo representan de un modo genérico diversas jerarquías.

El Ritual Eutiquiano atrae no sólo a muchos creyentes que quieren estar presentes, sino que resulta sorprendente el número de millones de personas que cada año consultan sus páginas en su versión online. El libro físico, durante el resto del año, se guarda en una capilla, abierto sobre un facistol, y a la vista de la gente.

Años después que comenzaron estos dos exorcismos, fue cuando se creó la capilla de los exorcismos en el Templo. Que acabó convirtiéndose en ocho capillas, cerradas al público general. Capillas en las que se ofrecían consejos a los que lo pedían acerca de este campo. En esas capillas también se realizaban exorcismos, casi todos comunitarios, algunos individuales; pero todo a puerta cerrada, por supuesto.

El viernes durante el kyrie entran 144 hombres y mujeres vestidos con túnicas rojas. Todos ellos portan un relicario con la reliquia de un mártir. Van seguidos de muchos más vestidos con túnicas rojas y largas palmas. Están divididos en catorce grupos y entran por catorce arcos distintos de la Nave. Estos ríos rojos van confluyendo en los asientos del coro en torno al Trono de la Palabra, y otros en torno a la Solio de la Santa Sede. Estos representan a los mártires de la Iglesia en general, y más en concreto a los 144.000 mártires mencionados en el Apocalipsis.

## **114. La Habitación de la Agonía**

El dinero, en ocasiones, aparece por donde menos te lo esperas. Desde que el Celio fue ya una realidad consumada, los Papas se han dividido en dos tipos: los que han odiado el Celio y los que lo han amado con pasión. Cuatro Papas, tras pasar por pura

obligación por la ceremonia de coronación en la Nave Central, no volvieron a poner su pie en este complejo. Otros sólo lo hicieron una vez al año. Otros pontífices, por el contrario, pasaron largas temporadas viviendo en la residencia papal del Celio.

Un Papa te puede sorprender de muchas maneras. Los arquitectos del Celio ya estaban acostumbrados a peticiones papales *raras*. Pero fue Adriano VII el que se llevó la palma de la excentricidad. Ni el mil años que los arquitectos hubieran estado pensando cosas raras, hubieran acertado con el deseo que un buen día portó el arquitecto-jefe en su cartera. El arquitecto-jefe llegó a la reunión del equipo de arquitectos, sacó un papel que le había dado la tarde anterior el Pontífice y dijo: señores, Adriano VII quiere una sala donde mueran los Papas.

El Papa era de una región de la India profunda, de una casta con unas tradiciones un poco originales respecto al modo como tratan al moribundo en sus últimos días. Durante sus primeros años en el Solio de Pedro, nunca se atrevió a manifestar un deseo que sabía que iba a parecer estrambótico. Pero su deseo, casi diríamos un deseo ancestral, iba haciéndose más fuerte en su interior.

Su idea, al principio, era añadir una espaciosa habitación al Hospital Harboor, que era donde habían muerto todos los pontífices ingresados en el Celio. En su diseño final, la habitación acabó teniendo noventa y nueve metros cuadrados, bajo un techo pintado con frescos alusivos a Cristo Fuente la Vida. En las paredes, las pinturas de estilo pompeyano enmarcaban setenta pequeñas escenas de pontífices muriendo.

El rectángulo que formaba la planta de la habitación tres, digámoslo así, tres centros equidistantes. En el punto central estaba la cama papal, como cualquier otra del hospital. A los otros

dos centros del rectángulo, había dos fuentes como la pila central del baptisterio de Siena. Una representaba a Jesús, la otra a María. En las cuatro esquinas del rectángulo, cuatro ángeles de dos metros y medio e altura de mármol de carrara. Los cuatro mirando hacia el lecho central, con rostro sereno, pero con un ligero aire de preocupación.

La habitación tenía contigua una sala de espera muy amplia, treinta metros cuadrados, con un arco por el que se podía ver el interior de la habitación. Así los purpurados podrían ver al Papa si se les permitía, sin necesidad de que sus visitas le atosigasen. Unas visitas serían breves y de lejos, a través de la ventana que se abriría. Y sólo los más íntimos podrían pasar dentro. El pasillo de entrada a la habitación, tenía a la izquierda la sala de cardenales y a la derecha una sala para médicos y material. Delante de estas, un atrio para la Guardia Romana que controlaría quien entraba. El atrio y estas dos salas eran del mismo estilo y solemnidad que la habitación del Papa.

La muerte de un ser humano, había explicado Adriano VII al atónito jefe de arquitectos, es un hecho sagrado. Él decía que la separación del alma y el cuerpo es un hecho tan sacro que debería tener lugar en una iglesia. Pero con los años he acabado por reconocer –dijo el Papa-, que normalmente la muerte requiere de aparatos, atención médica... y produce suciedades. Una iglesia no es el lugar adecuado, lo reconozco. Por eso me he decidido, finalmente, aunque me critiquen, a mandar construir una habitación que exprese la sacralidad del momento.

El arquitecto-jefe tuvo que tomar papel y bolígrafo. El Pontífice tenía ideas muy concretas acerca de cómo tenía que ser ese espacio. La habitación de la agonía había sido pensada durante cinco años. Otra curiosidad es que el Papa había sido matemático



en la universidad de Bombay, antes de entrar al seminario a los cuarenta años. Razón por la que la habitación tenía en sus paredes nueve paneles de cosmatescos. Entre ellos y las pinturas, sumaban treinta y tres símbolos matemáticos.

Por una ironía del Destino, Adriano VII estuvo a punto de morir en Roma capital, en una tremenda caída que tuvo a los 87 años. Aun así, sobrevivió, y su última semana la pasó en esa habitación. Tal como fue su deseo, se le hicieron fotografías de lejos. *Esas fotos*, había dicho años antes, *serán vistas por centenares de millones de personas. Esas fotos serán la prueba de que yo tenía razón.*

Sólo un fotógrafo fue autorizado para realizar esas fotos. Hizo 6.000 fotos durante tres horas. Desde todos los ángulos posibles. Había un perímetro marcado en el suelo. Los fotógrafos del futuro no deberían sobrepasar ese límite. Las fotos eran tomadas de lejos. Según el pontífice indio, esas fotos debían mostrar la muerte con dignidad, como un hecho espiritual. *Mostrarán al mundo como muere un Sumo Pontífice.*

Sólo salieron a la luz cincuenta de esas 6.000 fotos. El resto pasaron al archivo del Celio. No hace falta decir, que esas fotos convirtieron al sitio web del Vaticano en el más visitado del mundo durante una semana entera.

La Habitación de la Agonía permitía realizar el rito de la comprobación de la muerte con toda solemnidad. Este rito fue fotografiado por primera vez en la Historia, por expreso deseo del Papa difunto.

El siguiente Papa dio instrucciones expresas, de que bajo ningún concepto se le trasladara allí si caía gravemente enfermo. La

Habitación de la Agonía permanecería como un monumento. Pero la realidad fue que, en los cincuenta años siguientes, allí fallecieron cinco Papas. Unos pontífices fallecían en la habitación de Palacio Apostólico en Roma, otros donde les pillaba la muerte, algunos en esa espaciosa habitación de ese hospital del Celio. Habitación indudablemente teatral, pero que por su amplitud, por sus dos antecámaras y por su seguridad, no dejaba de ofrecer notables ventajas en el caso de un Papa. Al final comprobaron que era la habitación que menos turbaba la vida ordinaria del hospital, por estar algo separada de los pasillos centrales.

Y después sucedió otro hecho que nadie pudo haber pensado. Para que la habitación no quedara sin utilidad se abrió a las visitas, con una puerta desde fuera. Pero quién podía haber imaginado que se recibió una petición de un empresario de Singapur, pidiendo usar esa sala. Era el hijo de un magnate. El millonario ya estaba sentenciado por su cáncer. Inconsciente desde hacía una semana. Su hijo quería que partiese de este mundo desde esa habitación. La idea ancestral de aquel Papa indio de la muerte como un hecho casi sacro, encontraba eco en otras culturas asiáticas.

Los cardenales ya tenían el no en la boca, cuando oyeron la cifra que el hijo ofrecía. Se podía dar de comer a decenas de miles de personas durante un mes con esa cantidad de dinero. No importaba cuánto había de superstición en la petición de una familia confucionista, ecléctica en sus creencias. La cuestión era si el amor a los pobres les permitía darse el lujo de dar una respuesta negativa. La habitación fue limpiada escrupulosamente, esterilizada y el anciano Wung Yu, murió allí.

Desde entonces, las peticiones ya no cesaron. El dinero, en ocasiones, aparece por donde menos te lo esperas. Aquella

habitación del hospital se transformó en una fuente que manaba millones, millones para los pobres.

Los que eran ingresados allí firmaban un papel que dejaba claro que si un Papa necesitaba de esa habitación, el que estuviera dentro sería trasladado a una habitación adyacente.

Al final, eran más las peticiones que la capacidad de aceptar. Algunos querían morir exactamente allí. Por eso se acabó tomando una controvertida decisión. (El Celio, en el fondo, era una acumulación de controvertidas decisiones.) Se construyeron diez habitaciones menores alrededor. Oficialmente eran las habitaciones para que allí murieran los cardenales que así lo deseasen. Cuando se construyeron, no se pensó que fueran usadas por ninguno de ellos. Pero lo cierto es que algunos sí que escogieron hacerlo allí o finalmente acabaron allí, por las mismas razones prácticas que con los Papas. Había moribundos que requerían de un espacio algo separado, para no turbar la vida del hospital con la afluencia de visitas y medios.

El hospital estaba situado en el muro sur de la Segunda Muralla, la que rodeaba el complejo de los Nueve Claustros. Todas estas ampliaciones acabaron formando una especie de pequeño baluarte de aspecto original, que pasó a ser parada obligatoria para todos los guías.

## **115. Los Palacios Papales**

En el Principado hay tres residencias pontificias. Las cuales reciben varios nombres. Aunque sus nombres oficiales son el Palacio Clementino, el Palacio Paulino y el Palacio Adriano.

Otros nombres que reciben son la Casa del Claustro, la Casa del Valle y la Casa de la Montaña. Los maliciosos trabajadores del Celio también las llaman la Casa Pobre, la Cabaña del tío Gregorio y la Casa Rica. La malicia de esos funcionarios nunca tendrá límites.

**El Palacio Clementino:** Toma el nombre del Papa que puso en marcha la creación del Celio. Para impulsar su proyecto, dispuso una pequeña residencia en el Claustro Central. Sabiendo que si pasaba algunas temporadas allí, dotaría de más encanto al lugar y vendrían más turistas. Además, más monseñores se animaron a mudar su residencia al Celio, cuando comprobaron que el Santo Padre cada año pasaba más de sesenta días en el Celio.

Esta residencia a duras penas se le puede considerar un palacio. Externamente tiene la apariencia de la Torre de Belem de Lisboa. Pero la parte dedicada a residencia papal consta sólo de siete estancias: un vestíbulo, dos despachos, una antecámara, dos dormitorios, un salón de estar. A Clemente XV le gustaba un tenor de vida personal austero, y esa residencia claustral encajaba perfectamente en su existencia sobria.

Cuando los Papas se trasladan al Celio para celebrar una misa magna, hacen el viaje del Vaticano al Celio con suficiente antelación. De forma que siempre pasan una o dos horas en este palacio, hasta que llega la hora de trasladarse a la sacristía papal para revestirse. Y tras la misa, como ya suele ser la hora de la comida del mediodía, suelen quedarse a comer en ese palacio también. De forma que es un palacio bastante usado por los pontífices.

**El Palacio Paulino:** Es la casita del Jardín Papal y las habitaciones camufladas en el monte próximo a ésta. Si el Palacio Clementino más que un palacio consiste en siete habitaciones, el Palacio Paulino aunque también se le llame palacio, es una casita en una especie de valle artificial.

Al principio, ese valle era el trozo de campo por donde paseaba el Papa, cada vez que residía en el Palacio Clementino. Aunque cuando el Celio creció, se decidió construir dos edificios que realmente formaban un valle artificial. Fue después cuando se habilitó una cabaña donde pudiera residir. Se tuvo expresa intención de que la casa tuviera la forma y dimensiones de una pequeña cabaña alpina.

**El Palacio Adriano:** Esta residencia papal es la cúspide de la torre central del Sector de los Círculos Concéntricos. Tiene la forma y dimensiones del famoso castillo escocés de Eilean Donan. El sector de los Círculos Concéntricos muestra el aspecto de un monte coronado por este diminuto castillo de aspecto rocoso. Vivir allí ofrece la sensación de estar aislado en lo alto de un monte, el clima es más fresco y corre más el aire que a nivel del suelo, cosa muy importante en la estación estival en Roma. Las

vistas son incomparables y uno cuenta con pintorescos senderos por los que ir descendiendo desde la altura del castillo.

En la torre central se halla la ermita románica de la Virgen María, Reina de las Nieves. Casi todos los Papas, cuando habitan en el palacio pontificio del valle, suelen hacer una romería a pie hasta esa iglesia.

Los tres palacios siempre están ocupados por millonarios como si fueran hoteles. Todos los clientes, al entrar, se comprometen a desalojar los palacios en el plazo de un día, si los fuera a usar el Papa. Cuando eso sucede, se les realoja en otro lugar del Celio.

Unos Papas han preferido pasar más tiempo en el palacio del valle, otros en el de la montaña. Los alquileres de estas residencias han pagado sobradamente su construcción. Y no sólo ha quedada pagada su construcción, sino que es una importante fuente de ingresos. La ocupación es constante y no quedan libres en ningún momento del año. Los gestores de las tres residencias pontificias han tenido que animar a algunos Papas reacios a vivir en el Celio, a que al menos pasaran un par de días al año en cada uno de los palacios, para estos no perdieran el aura de residencia papal.

Unos cuantos Papas enfermos, en el final de sus vidas, decidieron trasladarse al Palacio Paulino o al Clementino cuando sus dolencias requerían de instalaciones más espaciosas: habitaciones para enfermeros que hacían guardias, aparatos médicos voluminosos, o un gimnasio para la rehabilitación. Un Papa, incluso, requirió de un lugar donde moverse en el agua para hacer ciertos ejercicios. Todo eso lo podían tener allí al lado de sus aposentos, cosa imposible en el Palacio Vaticano: un edificio histórico y donde todo el espacio está ocupado.

De las tres residencias, el Palacio Adriano es el que ha tenido una evolución más interesante. Se insistió mucho, al construirlo,

en que su interior estuviera dotado de una estética sobria. El Papa fue tajante: *La economía debe verse en cada una de sus estancias. No quiero sentirme avergonzado de vivir en él.* Y no se sintió avergonzado: pocos muebles, paredes desnudas, sólo ocho alfombras en total, un aspecto rígidamente austero. Esta política de economía decorativa daba al palacio un aire de arquitectura esencial, casi de edificio medieval. El interior del palacio fue definido como un entorno moderno-monástico a medio camino entre lo minimalista y lo románico.

La réplica del castillo de Eilean Donan, que es el lugar donde vive el Papa cuando viene a esta residencia, fue más fácil no caer en lujo alguno: sólo contaba con un salón de estar, un comedor y tres habitaciones.

Pero el paso del tiempo fue acumulando, lenta pero inexorablemente, algunas refinadas obras de arte, muchas de ellas regalos de visitas oficiales. Las paredes se cubrieron de cuadros, las estatuas fueron poblando los corredores, cada vez más relojes de bronce daban las campanadas en las distintas estancias. Justo debajo del castillo-residencia, dado que cada año se recibía a varios jefes de estado, las necesidades del protocolo fueron habilitando un salón de banquetes, la Gran Escalera Azul, otro amplio salón para charlar tras la cena y un vestíbulo (formado por seis salas menores) donde esperaban los invitados antes de que comenzara la cena. A todo esto, se añadieron diez habitaciones magnas para que algunos invitados especiales pudieran dormir allí si lo deseaban, y otras cinco habitaciones para asistentes y servicio privado que, a veces, traían consigo.

Eso significaba que varias enteras de la torre central estaban ocupadas para estas funciones. Era costumbre que los familiares del Papa y sus amistades se hospedaran allí cuando visitaban el Celio.

El Papa Francisco III, poco después de llegar al solio pontificio, comunicó a varios cardenales que albergaba la intención de que durante parte del año, esas tres residencias papales sirvieran de residencia para pobres. A pesar de que su decisión era firme, se le hizo ver que si él quería ayudar a los pobres, precisamente eso supondría perder mucho dinero que se usaba para obras de beneficencia. *Nunca pensé que se pagaba tanto por un solo día de ocupación*, comentó admirado cuando los contables le presentaron los números.

En especial, al Palacio Adriano venían multimillonarios que querían estar aislados durante una o dos semanas. Y el castillo y el montecillo sobre el que se asentaba parecían una isla en lo alto de un monte. Algunos inquilinos, para no ver a nadie, incluso pedían que la comida se les subiese por el montacargas. Un famoso escritor de *best sellers* se encerró en el castillo durante mes para escribir una de sus novelas. Poco a poco, se hizo costumbre que cuando un millonario pasaba allí unos días, en el último día de su estancia, ofrecía un banquete a sus amigos y les invitaba a pasar allí la noche.

El entorno, las vistas espectaculares, los criados con librea, la singularidad del edificio, el encanto de estar viviendo en la residencia del Papa, todo ello del lugar un cotizadísimo espacio. Esta residencia papal se hallaba dividido en dos sectores: el castillo y el palacio. Los cuales se dividen principalmente en cinco zonas:

**El castillo:** Las pocas estancias del castillo con marcado aspecto hogareño, sencillo y cómodo, semejan el piso de una familia de clase media.

**El montículo:** El pequeño monte sobre el que se asentaba el castillo es un pequeño bosque recorrido por senderos. Un lugar donde se puede pasear en plano circularmente, sin subidas, por el interior del bosque. También cuenta con otro paseo más externo por donde se ven espectaculares vistas.

**El Palacio:** Tres plantas enteras de altos techos están dedicadas a la recepción de jefes de Estado. Se trata de un palacio moderno en el que las obras de arte destacan de un modo deslumbrante en aquellas superficies vacías.

**Las habitaciones:** Las quince habitaciones se hallan en la planta inferior del palacio.

**La zona de servicio:** Otras tres plantas están dedicadas a cocinas, lavandería, almacenes. Cuenta con tres estancias para que aguarden cómodamente las fuerzas de seguridad situadas a un paso de los pisos superiores. Allí viven también varias personas del servicio, para que así los huéspedes puedan ser atendidos a cualquier hora si lo necesitan.

Todos los cuadros (que acabaron siendo centenares) representaban a Papas, cardenales, obispos, ceremonias en el Celio, encuentros de pontífices con reyes, presidentes y primeros ministros. La estatuaria, sin excepción, era de temática eclesiástica. Los relojes eran como parábolas religiosas acerca del paso del tiempo. La pequeña ermita original se fue ampliando. Aunque por causa de las limitaciones del lugar, lo hizo del modo más irregular que se pueda imaginar.

Como ya se ha dicho antes, existía un tácito compromiso de que los Romanos Pontífices, cada año, pasaran alguna temporada allí. Por lo menos una semana, para que no perdiera esa aura de residencia de los Papas. A algunos pontífices les había gustado tanto la sensación de intimidad que ofrecía el castillo que la habían convertido en su residencia habitual. Y ciertamente vivir allí era como vivir solo y tranquilo en lo alto de una montaña. Ésa era la sensación psicológica que transmitía el lugar.

Los Papas vivían en el castillo, pero solían pasear por el palacio inferior. Las salas vacías constituían un marco óptimo para charlar caminando o rezando el rosario. Caminar por el palacio tenía las ventajas de hacerlo en un lugar cálido en invierno, y fresco en verano, resguardado de la persistente lluvia romana.



Hubo Papas más aficionados al Palacio Paulino y otros más aficionados al Palacio Adriano. Mientras que para estancias de unas horas antes de una ceremonia en la Archibasílica, los pontífices siempre se hospedaban en el pequeño palacio de los claustros, mucho más cercano al Basilicarión.

## **116. Las tres ceremonias de inauguración de un nuevo pontificado**

Ya se ha explicado que una vez elegido un Papa, hay tres ceremonias en tres días distintos. Una ceremonia en la capilla sixtina (sea en la Capilla Sixtina del Vaticano, sea la Capilla Sixtina del Claustro Cardenalicio) en la que recibe las llaves, otra ceremonia en la Basílica de San Pedro del Vaticano (en la que se le impone el palio y el Anillo del Pescador), y una tercera ceremonia en la Nave Central del Templo (en la que es coronado con la tiara).

En la primera ceremonia sólo están presentes los cardenales. Cosa lógica, porque sucede en el interior de la clausura del cónclave. No es una misa, esencialmente sólo es la entrega de las llaves y la recitación de unas breves oraciones. La segunda ceremonia es una misa y dentro de la Basílica sólo pueden asistir los obispos.

Esto no es tanto porque el espacio de la basílica renacentista sea limitado, sino también para dar la posibilidad de tener una ceremonia más tranquila, menos abrumadora. Una misa en la que el nuevo Papa pueda dirigirse con intimidad a los sucesores de los Apóstoles.

Como es lógico, el tenor del sermón del Papa es muy distinto que si hablara a todo el mundo. Simbólicamente es como si el Nuevo Pedro se reuniera con los Apóstoles para estar a solas.

Por último, la ceremonia en la Nave Central es una ceremonia no sólo para el clero y el pueblo, sino que es un ritual para todo el mundo. Pues todo el mundo está presente allí a través de los medios de comunicación. La gran razón por la que la misa de la imposición del palio en el Vaticano es a puerta cerrada y sólo para

los obispos, es porque si fuera una ceremonia abierta, esta otra en el Basilicarión parecería con razón que se trata de una duplicación. Mientras que de esta manera es como una ceremonia que se va abriendo, como un desvelamiento, como un avanzar hacia afuera desde la cámara profunda del templo. Ceremonia que consiste en una entrega, imposición y coronación, en tres lugares distintos y ante tres públicos distintos.

## **117. La coronación de un nuevo Papa**

El ceremonial de coronación de un nuevo Papa se fue desarrollando durante generaciones. No es una ceremonia meramente de coronación, sino, más bien, de consagración. La cúspide del sacerdocio sobre la tierra no es un sacramento, sino un encargo, un carisma. Aun así, es tan sagrada esta misión que se ha parecido bien instituir un ceremonial que exprese la excelsitud de la misión de ser el Vicario de Cristo en la tierra. Y por eso el ceremonial contiene no sólo oraciones, sino también sacramentales, para pedir a Dios gracias que le ayuden a realizar bien esta misión.

De ahí, que aun no siendo ésta la ceremonia de un sacramento, se trata de una ceremonia que otorga gracias. Y supone, además, la expresión visual de una nueva consagración. El obispo que ha sido elegido como Vicario de Cristo debe entender que recibe una nueva consagración al aceptar sobre sus hombros esa misión.

Este ceremonial es expresión de esta misión. Pero no sólo expresión, insistimos, sino que también confiere gracias. El nuevo obispo de Roma es Papa desde que acepta su elección canónica, pero ahora la Iglesia ora por él, y lo hace de un modo ritual.

La misma ceremonia supone una catequesis para toda la Humanidad, que la verá (al menos abreviada) en los medios de comunicación. En verdad es una ceremonia que la ve toda la Humanidad. Y a través del acto de consagrar a un ser humano, damos gloria a Dios.

Mostrando la excelsitud del Pontificado Supremo, en el fondo, estamos mostrando la santidad de Dios. La abrumadora trascendencia de la Divinidad se muestra a través de la sacralidad de sus ministros.

El nombre oficial de este ritual es *Ceremonia de Consagración de un Nuevo Sumo Pontífice*. El nombre oficial no menciona la coronación con la tiara, porque ésta es sólo una parte del ritual. La ceremonia se desarrolla así:

### **Salida de su residencia**

El Papa es portado en silla gestatoria por la corte civil completa, vestido con hábito sencillo: sotana, faja y esclavina blanca. La comitiva se desplaza desde el Palacio Clementino (situado en el Claustro Central) hasta el gran pórtico central de la fachada occidental del Templo.

En el pórtico es recibido por el Protodiácono y una representación del clero, pero sólo se detiene lo justo para escuchar una frase de bienvenida y hacer una inclinación de cabeza. Desde ese pórtico, penetra por los atrios.

En la entrada de la Nave Central le recibe el cabildo. De nuevo todo se reduce a escuchar una frase de bienvenida y a hacer una inclinación de cabeza. El séquito papal avanza hasta la Cruz al comienzo de la Nave.

### Frente a la cruz

El Papa desciende de la silla gestatoria, y es quien dice *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*. Porque aunque él es el consagrado, él es quien preside la ceremonia.

Después sigue el *Yo confieso* y los kiries. Mientras se santigua con el agua bendita del Mar de Bronce, símbolo del Mar de Galilea. Junto a la gran pila hay dos estatuas de tamaño natural que representan a Pedro y a su hermano Andrés.

Después el Papa se desvía hacia una capilla lateral que se abre a la Nave Central. Hay unas escaleras para subir, porque está algo elevada pues representa el Monte Tabor. Penetra en esa capilla.

### En la Capilla Menor del Tabor

En la capilla hay tres tiendas. Dentro de cada una hay varias reliquias. En la capilla, sólo están presentes el Papa y el diácono. Pero desde lejos, en la entrada, hay una cámara filmando la escena. El Papa entra en la primera y venera las reliquias. Después un diácono le asperge con agua bendita. Tras ello entra en la segunda de las tiendas. Al entrar en la tercera tienda, el diácono toma una jofaina y una jarra. Dentro de la tienda cerrada, el diácono le lava los pies. Después se coloca medias blancas y zapatos rojos.

De la tienda sale revestido con roquete, esclavina roja con armiño, estola pastoral y camauro.

### Avanza hacia oriente

El Papa sale de la capilla y avanza por la Nave hasta llegar al mosaico del suelo que representa el Mar de Galilea sobre el que anduvo y otros episodios de la vida de Pedro en el Evangelio. Allí

se detiene y tiene lugar el primero de los *sic transit gloria mundi*. Esta ceremonia consiste en que un fraile quema un poco de estopa en un brasero colocado en lo alto de un asta.

### Avanza hacia el eje central de la Nave

Desde allí, el Papa avanza por el eje central de la Nave. En ese eje tienen lugar los otros dos *sic transit gloria mundi*. El Papa llega al centro del coro, situado frente al Trono de la Palabra.

### En el centro del Coro de la Palabra

El Papa se sienta sobre una sede. Y allí tienen lugar las siete unciones con los tres santos óleos.

Tras eso tiene lugar la vestición, de la que se encargan acólitos pertenecientes a las órdenes menores. Se le coloca sobre la sotana blanca, el alba, la estola, la capa pluvial y la mitra. El Cardenal-Decano le entrega el Anillo del Pescador. Y el Cardenal Protodiácono la Férula de Jaspe Verde, símbolo de la esperanza.

### Altar del Baldaquino

El Papa, revestido, avanza hacia el altar del Baldaquino. Besa el altar y lo incienso. Después desciende hasta el comienzo de la gradas del Baldaquino.

### En el comienzo de las gradas del baldaquino

Allí se le unge con siete perfumes. Después el Papa se quita el anillo, y le colocan las quirotecas, los guantes litúrgicos. Un nuevo anillo, riquísimo, mucho más grueso se coloca sobre el dedo cubierto por la quiroteca.

Allí también se despoja de sus zapatos y se le coloca un calzado litúrgico recubierto de telas de color blanco como el de la casulla, y recubierto por varias perlas y piedras semipreciosas.

### Desviándose hacia la izquierda de la Nave

El Papa avanza desde el Baldaquino en sentido perpendicular a la Nave, hacia el lado izquierdo (el norte). El lado izquierdo representa el Mal. Se detiene frente a un acólito que sostiene un bellísima y pesada espada de estilo medieval. Allí se canta la parte del Evangelio en que San Pedro tomó la espada e hirió a Malco. Un presbítero reza una pequeña oración, pidiendo a Dios que el nuevo Sumo Pontífice evite toda tentación de la fuerza humana.

Después el Papa sigue avanzando por el lado izquierdo en dirección perpendicular a la Nave. Allí se vuelve a parar varias veces para escuchar el canto de las negaciones, seguida cada una por una oración en la que se pide a Dios fuerza para evitar negaciones menores.

En cada parada, hay esperando un lector que sostiene un delgadísimo libro donde están escritas en letras muy grandes y bellas, las palabras del Evangelio que se van a cantar. Son los llamados *Libros de las Negaciones*, bellamente encuadernados en color morado. También los presbíteros van revestidos con capas pluviales moradas símbolo de la penitencia.

La última parada en ese lado izquierdo es ante un gallo de hierro. Donde se lee el último pasaje evangélico.

### Prosiguiendo hacia la oriente

Tras ese último pasaje, el Papa cambia de dirección y se dirige por el lado izquierdo hacia oriente, hacia la cabecera de la Nave. Tras avanzar sesenta metros, besa una imagen de la Virgen María. Entonces cambia de dirección y se dirige de nuevo hacia el eje central de la Nave. En su camino se detiene ante la imagen de los otros Apóstoles y algo más adelante besa una imagen de San

Juan, representando con ello que con él se dirigió Pedro hacia el sepulcro de la Resurrección, y que el nuevo sucesor de Pedro, espiritualmente hablando, también debe ir al sepulcro de Cristo para ser testigo del Resucitado.

### Delante del Cirio Pascual

Avanza por la eje central de la Nave hasta el llegar al lugar donde está situado el Cirio Pascual rodeado de velas. Delante de ese lugar se ha situado un altar sobre el que se colocado el Santísimo Sacramento. Allí el Papa lo venera de rodillas. El entero recorrido desde el Altar del Baldaquino hacia el Cirio Pascual representa el encuentro con Jesús, las negaciones y el reencuentro de nuevo.

Después de venerar el Santísimo Sacramento, se levanta y sin dejar de mirar el altar, escucha al coro cantar tres veces el *¿Me amas, Pedro?* El Papa contesta como en el Evangelio. Después se le entregan allí las llaves petrinas. Las mismas que se le entregaron en la Capilla Sixtina.

El Papa avanza hacia el Solio de la Santa Sede, mientras el coro canta el *Tu es Petrus*.

### Solio de la Santa Sede

Sube al solio, allí el ceremoniero le despoja del cíngulo blanco que lleva, y le ciñe otro dorado. Símbolo de las palabras del Evangelio: *...otro te ceñirá*.

Después le colocan el Manto Papal, una capa pluvial más amplia y rica. Por último se llega a la culminación de la ceremonia sobre esa sede, cuando el Cardenal Decano le coloca la Tiara Papal. Tras eso, pasan los cardenales a presentarle su veneración y obediencia.



## Procesión

Al descender de la sede, se sube a la silla gestatoria. Revestido con todo su esplendor (manto papal, tiara) seguido de los flabelos, avanza precedido y seguido de los integrantes de la Capilla Pontificia.

La comitiva es seguida por la Guardia Suiza, la Gendarmería Pontificia con uniforme de granaderos y concluida por la Guardia Romana.

Hay que hacer notar que el Papa entra en la Nave sobre la silla gestatoria y sale en silla gestatoria. Entra precedido y seguido por la Corte Civil con sus maceros y nobles. Y sale precedido y seguido por un cortejo eclesiástico. La corte civil le acompaña en su avance por la Nave hasta el Trono de la Palabra. Allí, una vez que se reviste litúrgicamente, es acompañado sólo por una comitiva eclesiástica. Desde el Trono de la Palabra hasta el altar le acompañan presbíteros, diáconos y órdenes menores. Desde el altar hasta la imagen de la Virgen, le acompañan obispos. Desde la imagen de la Virgen hasta el Solio de la Santa Sede le acompañan cardenales.

A lo largo de esta ceremonia, se sienta en cuatro sedes, usa tres cruces pectorales en diversos momentos, dos capas pluviales y tres anillos (contando el que lleva en el ingreso a la Nave). No hay una liturgia de la Palabra, porque la Escritura es cantada a lo largo de la liturgia procesional.

Entonces exclamó Salomón: Yahveh dijo que habitaba en la tiniebla. He construido, cierto, Casa de residencia para ti, una morada para que habites siempre. I Re 8, 12-13.



Llevad con vosotros doce piedras y llevadlas con vosotros y colocadlas en el lugar donde habéis de pernoctar esta noche. (...) a fin de que esto sea una señal en medio de vosotros. Cuando el día de mañana pregunten vuestros hijos: ¿Qué significan para vosotros estas piedras? (...) Y estas piedras servirán de recuerdo a los hijos de Israel para siempre. Jos 4, 4-7.



La Gloria de Yahve penetró en la Casa por el camino de la puerta que mira a oriente. Ez 43, 4.

## **118. Los cuatro corazones del Basilicarión**

Siempre se ha dicho que la Nave Central es el corazón del Basilicarión; y eso es algo incuestionable. Ahora bien, los cuatro espacios que forman las naves laterales con las dos basílicas, el Templo y la Tienda, pronto fueron conocidos como los cuatro corazones menores que rodeaban al Gran Corazón.

Se tardaron veinte largos años de adiciones y mejoras, pero al final la Basílica de la Resurrección no sólo tuvo exactamente el mismo aspecto que la basílica original, sino que además tuvo la misma organización interna que la basílica de Jerusalén. Es decir, la réplica del Celio fue distribuida por espacios y funciones entre grecocatólicos, armenios y coptos católicos, así como franciscanos.

Una vez que esta basílica se consideraba, digámoslo así, plenamente consumada, se volcaron esfuerzos por revitalizar la Basílica de San Pablo del Basilicarión, al otro lado de la Nave Central. Como el cuidado de la abadía original romana había estado, desde el siglo VIII, encomendada a un monasterio benedictino, se optó por hacer lo mismo con la basílica célica.

Aunque hubo voces para establecer un monasterio autónomo en ella, finalmente se optó por encomendarla a la poderosa Abadía de San Simeón Estilita. Este monasterio situado en el ábside del Templo contaba ya con mil ciento ocho religiosos profesos. Tal cantidad ingente de monjes que aseguraba un culto adecuado a la grandiosidad de tal basílica. Y así se estableció el Monasterio de la Basílica Célica de San Pablo. Contaría con medio centenar de monjes que habitarían en los muros colindantes. Allí también

tendrían un claustro y un pequeño jardín bajo un arco del muro lateral de la Nave Central.

Treinta monjes eran estables, mientras que unos veinte estaban allí sólo durante un tiempo. Los monjes de la abadía-madre que lo deseasen, por turno, pasaban a este segundo monasterio por un tiempo limitado. De forma que este monasterio siempre contase con medio centenar de religiosos.

Sus tareas eran el culto divino, la atención de los confesionarios y la administración de otros sacramentos. En la práctica, servía para que los monjes a los que se les hacía duro el tenor de vida en la abadía-madre, tuviesen un lugar donde cambiar de actividades y entorno.

El Monasterio de San Pablo se convirtió en destino de las excursiones de los monjes de la abadía-madre. Los monjes tenían una galería que formaba parte de la clausura y que conectaba la abadía con el monasterio. Así no se dispersaban con los turistas que llenaban el Templo. La misma Basílica de San Pablo durante la recreación del mediodía se cerraba durante una hora a los turistas. Y así los monjes podían recorrerla como si fuera parte de su clausura.

El Monasterio de San Pablo no era jurídicamente independiente, sino que su abad era nombrado por el abad de la casa-madre. La poderosa abadía del ábside del Basilicarión contaba bajo su sujeción a otras dos abadías, tres monasterios y cinco prioratos dentro del Templo. Todo el mundo reconocía en tal abadía-madre un nuevo Cluny. Aunque la verdad era que había superado a Cluny hacía mucho tiempo.

La comunidad de la Abadía de San Simeón Estilita era tan numerosa que, para evitar populismos, no era el millar de monjes los que elegían a su abad. Sino que era el Gran Capítulo, formado por veinte escogidísimos monjes, el que lo hacía. El nombramiento era de por vida. En las grandes celebraciones de la Nave Central, iba impresionantemente rodeado por sus cinco abades y cinco priores vestidos con sus cogullas negras.

La abadía-madre y sus casas dependientes formaban una red que hacía que los monjes no se sintiesen de ninguna manera encerrados entre unos muros. Podían hacer caminatas de un monasterio a otro por su red de galerías monásticas sin salir de la clausura, sin las distracciones de los turistas. Esas casas ofrecían variedad de trabajos manuales, intelectuales, litúrgicos y sacramentales. Esa red contaba con sus claustros y sus jardines, más amplios en las terrazas superiores, pequeños bajo arcadas abiertas en los muros del Templo.

Entre todas esas casas dependientes, la Basílica Célica de San Pablo fue considerada como la joya de la corona de la abadía-madre. La entera basílica se consideraba a ciertas horas como parte de su espacio de clausura.

En un principio, la Basílica de la Resurrección y la de San Pablo habían sido poco menos que reconstrucciones frías, réplicas de museo. Pero poco a poco cobraron vida, una vida propia. En ambas naves laterales, pero al otro extremo, no tenían menos interés para los peregrinos la Tienda de la Reunión y el Templo Salomónico. El interés de estos cuatro espacios formaba una simbiosis entre ellos. Era como si el Antiguo Testamento y el Nuevo se hicieran tangibles.

## 119. La Bula Inter Levíticos

La colonia judía del Basilicarión inicialmente contó con una población que fluctuaba entre cuarenta y ocho hebreos conversos a cincuenta y seis. Tras medio siglo, ya eran dos mil los que vivían de forma estable. Tres generaciones después, eran nueve mil. Eso sin contar con los que estaban de paso a lo largo del año, no menos de cuarenta mil.

La construcción del templo salomónico había supuesto un enfrentamiento con toda la comunidad hebrea internacional. Enfrentamiento que se materializó en un aumento de impuestos en Israel a las comunidades católicas y en la amenaza de expulsión de varios lugares con diversas excusas. El Secretario de Estado de la Santa Sede dejó bien claro al Estado de Israel que o retiraban todas las medidas que habían tomado, o que el Papa haría un llamamiento para que todos los católicos en vez de peregrinar a Israel lo hicieran al Celio, como un modo de protestar por ese avasallamiento. Los israelíes se dieron cuenta de que ese desvío de las peregrinaciones católicas a nivel mundial, era un peligro muy real. Y que una vez que se acostumbrasen al ir al otro lugar, las peregrinaciones a Israel podían no recobrase nunca al nivel previo. El estado israelí cedió. Las protestas contra el templo salomónico continuaron, pero cada vez más débiles. Cuarenta años después, eran los mismos hebreos de religión judía pero más liberales, los principales interesados en visitar por curiosidad el Templo de Salomón y la Tienda de la Reunión.

Lo cierto es que eran muchos los judíos conversos al cristianismo que se establecían allí o que pasaban parte de sus vacaciones alquilando un apartamento. Acabó habiendo en el Celio cinco sinagogas, además de la capilla de los judíos. La cual quedó

insuficiente y hubo, en otro lugar, que construir una iglesia más grande. Todas las cinco sinagogas eran réplicas exactas de pequeñas sinagogas de Europa, África y Medio Oriente. Se formó un recorrido por esas sinagogas para los turistas israelíes.

Pero no fueron los turistas, sino la nutrida población de hebreos residentes la que comenzó a pedir que se estableciese un culto más históricamente exacto en el templo salomónico y en la Tienda. Después de un movimiento de más de doscientos intelectuales judíos de todo el mundo que movilizó conciencias durante dos décadas, y de haber consultado a los mejores teólogos, el Papa Sixto VII con la promulgación de la Bula *Inter Levíticos*, estableció el culto levítico en el templo salomónico y la Tienda.

El Papa con el poder de atar y desatar, con autoridad apostólica, determinó que se crease un pequeño cuerpo de sacerdotes encargados de ejercer las funciones de los primitivos levitas en el templo. Esos sacerdotes se encargarían de las oraciones, cánticos y sacrificios cruentos e incruentos descritos en el Levítico. Ofrecerían los panes, el incienso, portarían las mismas ropas sacerdotales y reproducirían todas las funciones culturales del primitivo sacerdocio levítico.

Ésta fue una decisión muy meditada y consultada. La bula era un monumento de precisión teológica. El culto neo-levítico quedaba rigurosamente confinado al templo salomónico y a la Tienda de la Reunión. Se trataba de un cuerpo sacerdotal llamado a no expandirse, confinado a dos lugares determinados.

No hace falta decir que el Consejo Mundial Hebreo puso el grito en el cielo. Pero como las relaciones estaban totalmente rotas

desde la erección del templo salomónico, tampoco pudieron hacer más.

En un principio, el culto iba a ser alternativo. Una semana en la Tienda, la siguiente en el Templo de Salomón. Pero la afluencia de peregrinos era tanta, el interés que se desató fue tal, que pronto se decidió que en ambos lugares diariamente el culto íntegro tendría lugar.

Y así, hubo un Sumo Sacerdote, un sanedrín y un cuerpo de sacerdotes levíticos. Todos estos sacerdotes tenían que jurar con una fórmula explicitada con muchas cláusulas su total sometimiento al Romano Pontífice. El Vaticano tenía miedo de que, con el pasar del tiempo, este sacerdocio puede sucumbir a tentaciones cismáticas. De ahí, todas las cautelas que se tomaron.

En las generaciones siguientes, un pequeño número de estos sacerdotes levíticos recibieron incluso la ordenación diaconal y presbiteral.

Lo mismo que existía un cristianismo maronita o copto, estaba claro que el cristianismo levítico había aparecido para quedarse. Es decir, había todo un modo nuevo de pertenecer al Pueblo de Israel siendo cristiano. Al final, viendo los frutos, el Vaticano comprobó que había valido la pena afrontar la hostilidad de los judíos. Para los hijos de Abraham aquello era el Templo Resucitado. Para los israelíes más liberales, podía más la curiosidad de ver el Templo que las prohibiciones de sus rabíes.

Como en el Celio todo el mundo llamaba al Basilicarión el Templo, los hebreos se siempre referían al templo salomónico usando la palabra hebrea: Beth. Así no había confusiones. El Templo era el Gran Templo, la Archibasílica. Beth era el templo



levítico. Para referirse a la Tienda, decían Mishkán. También era un lugar común repetir que la Nave Central era el espacio donde las naciones de la tierra se habían reunido con los hijos de Abraham. Beth y Mishkán eran las joyas del Templo, de un Templo en el que los judíos se sentían como en casa, pues lo sentían como la culminación de todas las profecías de Isaías.

Tanto en Beth como en Mishkán el fuego no se extinguía de sus altares. También los gentiles se agolpaban en el atrio para ver los ritos antiguos. Todos sabían que los ritos habían cambiado algo de sentido, pues en el interior del Sancta Sanctorum, dentro del Arca, estaba la Eucaristía.

Los judíos mesiánicos visitaban los sepulcros de los venerables rabíes, así como las dos sepulturas de los sacerdotes levíticos canonizados.

Un factor que favoreció mucho la inmigración, fue el que cada vez más gente pudiese trabajar desde su casa. Pues un cierto porcentaje de los judíos que pasaban temporadas de sus vacaciones viviendo en el Templo, acababan estableciéndose de forma definitiva.

Estos celebraban el Sabbat el viernes por la noche, iban a la sinagoga el sábado por la mañana, y el domingo a la iglesia. Al cabo de cuatro generaciones, el Templo contaba con varias sinagogas, un puñado de iglesias judías y ocho pequeños cementerios hebreos.

## VI Parte

---

### El flanco violento de la montaña

**Encyclopaedia Celica, Post Apendices, VI parte, Prologus.** No hace falta insistir en que la anterior parte iba a ser la última, pero después sobrevinieron las siguientes añadiduras. El título de esta VI Parte proviene del comienzo de *Las Ruinas Circulares* de Borges. El título se debe, en parte, a que esta obra ha acabado siendo una apoteosis del idealismo filosófico. Es decir, el Celio es un mundo que gira alrededor de la mente cognoscente. Es decir, un mundo en el que no se ha colocado ni una sola piedra, pero todo un mundo que quizá algún día se materialice al modo de *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, de nuevo el gran Borges. Los cimientos de este mundo se hunden en el ser pensante que realiza el acto del conocimiento. Resulta irónico que este mundo célico que es la gran afirmación del realismo de la metafísica aristotélica, exista únicamente como una realidad erigida en el mundo de las brumas mentales de los seres cognoscentes que se han aventurado por sus recovecos.

En fin, la otra razón del título es que esta montaña que es el Templo (siempre lo he visualizado como una montaña), también tiene su lado violento. Lado no deseado por sus habitantes, pero que se explicará en la parte dedicada a su decadencia. Y es que este Tlön tiene sus guardias armadas, su dosis de corrupción inevitable, el pulular de las serpientes del paraíso entre sus muros. Muchos adanes hijos de Adán, muchas evas consagradas, pero también unas pocas serpientes agazapadas.

Esto ya ha aparecido antes en otros pasajes anteriores de esta obra. Pero era justo elevar esta dimensión del Celio al rango de título de una de sus partes. Incluso aunque su contenido violento,

corrupto y degradado se halle repartido por todo el libro, bien merecía un título que materializase esa faceta, ese flanco.

Sea dicho de paso, prefiero la palabra “obra” a “libro”. Veo estas páginas más como una obra que como un libro. Este escrito es más un edificio, un mundo, un lugar, una conjunción jerarquizada (y revuelta) de ideas.

En cierto modo, los capítulos de Neovaticano tienen mucho de *summa*, de tratado. Una especie de *Tractatus Neovaticanus*, el tratado de aquello en lo que podría haberse convertido el Vaticano, o en lo que podría convertirse. No se trata pues de una *summa* medieval, sino más bien una especie de enciclopedia decimonónica imbuida del ingenuo entusiasmo en el progreso que llevó a construir esos monumentos al saber. Yo también he construido esta *Encyclopaedia Celica* imbuido de un cándido entusiasmo que me llevó a alejarme de las orillas de la realidad. Nunca me he arrepentido de convertirme en el Ícaro que estas páginas muestran. Mi cera se fundió y me fui cayendo por las profundidades que descaradamente puse por escrito. Caí, sí. Pero caí libremente. A veces tengo el temor de que siga cayendo y no sea ésta la última parte. Cuántos capítulos de caída me quedan si ahora sé que no tengo debajo de mí suelo alguno. Continuemos con la obra. Continuemos ahora la obra por cualquier lado, por cualquier anécdota.

## 120. Guardia Célica

Entre los 200.000 habitantes, hay unos 40.000 laicos que han nacido allí y se sienten Célicos al 100%. No se sienten ni italianos, ni de los países de origen de sus padres. Son los patriotas del Celio. Organizados en una serie de clubs y

asociaciones, la mayoría se hayan integrados, además, en la Guardia Célica que es como una especie de Protección Civil. Además, sus miembros realizan seis desfiles al año vestidos con uniformes de granaderos. Esos desfiles son un poco como los de las asociaciones históricas en Estados Unidos que recrean batallas. La Guardia Célica se dedica a organizar con todo detalle y pasión patriota esos seis desfiles.

Con bastante frecuencia, un pelotón de veintiséis soldados de esta guardia participa en diversos actos protocolarios. Dos o tres veces al año, cuando el Santo Padre llega al Principado, en la recepción de la Puerta Leonina en la Segunda Muralla, suele esperarle un batallón de trescientos soldados para rendirle honores.

Igualmente, cuando la entera corte pontificia acompaña al Sumo Pontífice, siempre hay una mayor o menor presencia de sus soldados, marchando entre la Guardia Romana y la Gendarmería Pontificia.

Ya ha tomado fuerza de costumbre, el que dentro de la aristocracia del Principado, un conde y cinco barones sean ciudadanos célicos. El Castillo de Cumberland es el centro tradicional de sus reuniones.

## **121. Ciudades Subcélicas**

No pocos habitantes de las zonas de los antiguos condados pontificios situadas en Italia han manifestado su deseo de que sus municipios pasaran a ser parte del Principado del Celio. Pero la

Santa Sede varias veces ha ofrecido seguridad al ejecutivo italiano de que el Principado no alberga la menor intención de expandirse.

Aunque algunos teóricos, son partidarios de que el Principado llegase a tener cuatro o cinco municipios satélites. Dos países africanos, incluso, han ofrecido terrenos para realizar esos pequeños enclaves. Perderían impuestos, pero ahora allí sólo hay un desierto. No pierden en realidad nada, y lograrían algo.

La idea de que el Principado tenga ciudades Subcéllicas es un concepto que lleva rondando a los teóricos del enclave. Pero la Santa Sede siempre ha repetido a la República de Italia que no está entre sus proyectos tal cosa. Pero no es la Santa Sede sino los ciudadanos del centro de la península de Italia los que, hoy en día, estarían a favor de una refundación de los Estados Pontificios. Las encuestas ponen nerviosos a no pocos políticos italianos. Pero los Pontífices han dejado claro que si se hubieran mantenido tales Estados ellos los hubieran conservado, pero que no están dispuestos a recrearlos.

Aunque nadie lo pensó al principio, la exención de impuestos podría haber atraído a muchas fortunas que vivían en Roma a tener su residencia en el Celio para beneficiarse de una fiscalidad menor.

La comisión conjunta del Principado del Celio y de la República de Italia llegó a un acuerdo ventajoso para ambas partes. Los residentes italianos si cambiaban su residencia al Celio, pagarían todos sus impuestos íntegramente a Italia. Pero los residentes de otros países si cambiaban su residencia al Celio, pagarían sus impuestos íntegramente a ese principado. De esa manera se incentivaba el Celio se convirtiese en un enclave para grandes

fortunas. Lo cual, fuera de toda duda, indirectamente beneficiaría a Italia.

Resulta innegable admitir que existe una partida de ingresos por este capítulo: la de las fortunas que se han trasladado allí atraídas por la fiscalidad. Para que nadie criticase a la Santa Sede, ese capítulo de impuestos de magnates se emplea íntegramente en obras de caridad.

## **122. Casa de reclusión eclesiástica**

El sacerdocio es una cosa tan sagrada que se creó una casa de reclusión eclesiástica para presbíteros de todo el mundo que por penosas razones (pedofilia sobre todo) no pudieran seguir cumpliendo sus labores pastorales. Estos presbíteros, primero, debían cumplir en sus naciones las penas a las que hubieran sido condenados por la ley civil. Pero, después, en vez de ser abandonados a su suerte, se les recluía en esta casa si ellos consentían.

En esta casa situada en un muro del Templo, vivían en comunidad bajo la dirección de sacerdotes santos. De esta manera, el sacerdote no tendría que abandonar el sacerdocio. Podría vivir hasta su muerte en un entorno de oración y trabajo manual. Por supuesto, muchos culpables no aceptaban vivir reclusos. Pero un cierto número en parte por miedo a acabar sus días sin trabajo, sin sueldo, sin una casa, sin asistencia alguna, aceptaban vivir allí.

Vivir en ese ambiente de oración, penitencia, trabajo manual y acompañados de santos sacerdotes, es muy preferible a vivir solos y desencantados. Actualmente, en esa casa de reclusión viven más de un centenar de sacerdotes de todo el mundo. La mayoría han

cumplido sus penas en cárceles como pedófilos, unos pocos han sido reincidentes en robos, muchos menos son alcohólicos que deben necesariamente vivir allí para no recaer. A este número, siempre se suman unos quince con problemas de alcoholismo u otras adicciones, que son enviados allí por sus obispos durante un tiempo, normalmente un año o dos, para que puedan reintegrarse al trabajo pastoral en sus diócesis.

La existencia de esa casa es de dominio público. Todos saben que hay una casa no para las ovejas perdidas, sino para los pastores heridos. Esa casa está cerrada al público, pero es identificable desde fuera por los viandantes que andan por fuera de la Archibasílica. Así se quiso. Para que el mismo edificio fuera un recuerdo de esta terrible realidad y de cómo no hay que abandonar al hombre sagrado por bajo que caiga. También es un recuerdo de esos hombres que viven allí haciendo penitencia. Pues la vida allí es penitencial.

Sus moradores trabajan en talleres en el interior, dedican algo de tiempo al estudio. Los tiempos de oración están marcados y son comunitarios, como en un seminario. En cierto modo, es un seminario de pastores que precisan volver a recomenzar.

Un grupo tan numeroso de sacerdotes permite realizar cotidianamente cuidadas liturgias en las horas canónicas. La liturgia es una de las ocupaciones de esta comunidad tan especial.

Cada sacerdote tiene su régimen especial según su historial y evolución dentro de la casa. Algunos no pueden salir de ninguna manera. Otros pueden dar un paseo acompañados. Si salen, deben vestir ropas laicales obligatoriamente. Sólo visten con sotana dentro de la casa. Algunos, incluso, pueden dar su paseo a solas.

Como se ha dicho, la casa no está abierta al público, pero sí que hay sacerdotes que deciden realizar allí sus retiros espirituales.

Puede parecer extraño, pero entre esos muros se respira un ambiente de gran penitencia.

También se admite en los locutorios a víctimas que han sufridos abusos sexuales y a sus familiares que quieran conversar con alguien que more en esa casa. Ellos normalmente no se entrevistan con su agresor, pero sí que pueden escuchar la petición de perdón por parte de un clérigo. Las víctimas, a veces, sienten necesidad de escuchar las razones que llevaron a cometer esos abusos, de que les expliquen el por qué de aquello. Es como si existiera una necesidad de obtener respuestas a sus preguntas. Y sienten consuelo al escuchar la petición de perdón por parte de alguien que cometió ese tipo de delitos. Los locutorios de esa casa son un lugar muy útil para la sanación de esas heridas y traumas, bien sea a solas o en grupos. Porque las víctimas saben que siempre que en esa casa las puertas estarán abiertas para poder hablar directamente con sujetos que agredieron a otros, pero que ahora llevan una vida de reparación por sus actos.

En la casa no se puede entrar libremente, pero la casa tiene una pequeña iglesia donde la gente puede escuchar el rezo de las horas canónicas por parte de estos sacerdotes. Su coro está situado detrás de una especie de iconostasio de madera. Los asistentes a la iglesia pueden escuchar sus rezos pero no verlos. Las aperturas de los arcos se hallan cubiertas con velos, los cuales permiten distinguir con claridad las sombras que se mueven en el coro, pero no reconocer a nadie. Esa Iglesia de los Penitentes, como es conocida, es lugar que recibe muchas visitas.

Esa casa, aunque pequeña, realiza una función utilísima para toda la Iglesia. La casa es como la materialización de esa solicitud de perdón. No hace falta insistir en lo bella que es la otorgación del perdón de las víctimas ante un agresor que personifica, que simboliza a todos los agresores. Además, ese ambiente espiritual



es un modo clerical de acabar la vida para un presbítero, mejor así que abandonado y mísero en un piso.

En esas casas de reclusión siempre suelen morar unos cincuenta sacerdotes más que se hallan allí realizando un tiempo de retiro espiritual.

Algunos obispos envían a esta casa a algunos sacerdotes que han cometido actos que merecen una penitencia: pública contumacia contra la obediencia al obispo, haber vivido en público concubinato durante largo tiempo, y otros hechos similares. Son actos que sin ser delictivos según la ley civil, merecen una especie de reparación también pública tras arrepentirse de ello y antes de ser readmitidos a la vida pastoral. Como media suele haber unos veinticinco clérigos en esta situación, además de los ya mencionados.

Se sabe, también, que discretamente suele haber unos cuatro o seis internos que son presos de distintas naciones que han pedido al Celio que acojan entre sus muros a ese preso en concreto. Suelen ser millonarios o políticos muy importantes que constituyen un verdadero problema para las cárceles de esos países. Bien porque no puedan asegurar su seguridad dentro de ninguna cárcel del país, bien porque consideran un deber humanitario otorgarle un entorno mínimamente digno a ese preso en concreto. Entornos que no están en condiciones de ofrecer en algunos países en que las cárceles son junglas humanas. Este tipo de presos especiales suelen ser fruto de un pacto entre la familia del preso y su gobierno respectivo. Y así, a veces, se permite que un anciano próximo a la muerte cumpla su condena, pero en condiciones razonables para cualquier persona, culpable o no. En esos casos y sin publicidad el preso llega a esa casa de reclusión a pasar sus últimos años de vida. Siendo supervisada su estancia por el embajador de ese país o por algún enviado especial.

## 123. Las Torres Magnas

Desde que nació el Celio, éste fue una cuestión de Estado. Pero en sus orígenes, mientras era un solo claustro, o en los años siguientes, cuando consistió únicamente en nueve claustros, era una cuestión de Estado pequeña. Era vista más bien como una gran obra de ingeniería. Nadie hablaba de principado entonces, sólo de la Gran Curia.

Pero al ir creciendo y desarrollándose, ya comenzó a ser mirada esa entidad de otra manera por parte de los políticos italianos. Herbert Haddad, uno de los más preclaros arquitectos teóricos del Celio, siempre defendió que el Celio sólo lograría preservar su independencia, si involucraba a los políticos italianos en el proyecto de manera que el bien del Celio fuera en beneficio de ellos. Y que esto se lograría mantener en el tiempo, únicamente si se hacía de un modo completamente legal.

Los políticos italianos, ocupados en otras cosas más terrenales, nunca tuvieron tiempo de leer los complejos ensayos de Haddad. Pero una generación después de fundarse el Celio, fue el Secretario General del principal partido socialista el que tomó la iniciativa de emprender una de las operaciones más complejas de la política italiana. Una operación pragmática y provechosa para el estado italiano según algunos. Una operación legal pero turbia, según otros.

El Secretario General llamó a la gobernadora del Celio, Anne Lewandosky pidiéndole que se reunieran un día para charlar. Se reunieron en el Quirinal, en un despacho espléndidamente decorado con tapices del siglo XVII. El Secretario comenzó a exponerle las cosas con café expreso en la mano, sentado en un sillón forrado en terciopelo rojo burdeos.

-Usted sabe, Anne, que un cierto número de capitales, capitales propiedad de políticos italianos, descansan en paraísos fiscales. Hace años ya aprobamos la ley Di Stefano para que los capitales de ese tipo en el extranjero, pudieran establecerse en el Celio en vez de seguir en las Islas Caimán o en el paraíso fiscal de Jersey. Ahora queríamos crear las condiciones convenientes para que los capitales de los políticos italianos, precisamente esos, vinieran aquí, en vez de seguir fuera. Hemos llegado a la conclusión de que es el turno para ellos. Pero no vendrán si no les ofrecemos un ambiente de confianza.

-¿De confianza?

-Sí... me refiero, claro está, a que su nombre no aparecerá en la prensa. Ese tipo de titulares acaban con la vida pública de uno.

El Secretario le expuso que el Celio no tenía que hacer nada. La aprobación del marco legal dependería del parlamento y del senado italianos. Se trataba de ofrecer unas condiciones ventajosas para esos capitales y de mantener la discreción ante la prensa. Lo cual no se lograría si no se mantenía lejos de esas cuentas a los jueces.

-Pero, ¿y qué piensa la oposición? –preguntó Anne.

-Precisamente, no se lo había dicho, ahora vendrán el Ministro de Finanzas y el Ministro de Justicia –el primero pertenecía al Partido Conservador y el segundo al tercer partido más votado-. Ellos le explicarán cómo sobre este asunto que, insisto, ahora sólo lo estamos pergeñando, hay un consenso bastante grande entre los distintos partidos. ¿Quiere un poco más de café?

Al cabo de un cuarto de hora llegaron en el mismo vehículo ambos ministros. Le expusieron a la Gobernadora que aquello era un beneficio para Italia y que no había nada ilegal en ello.

-Esos capitales existen, no provienen de actividades delictivas y queremos que beneficien a este país, mejor que a otros –le dijo el Ministro de Finanzas-. Pero los políticos jamás lo harán si sus cuentas se airean por todos los periódicos.

Al cabo de un rato, entraron en detalles.

-La fiscalidad en las cuentas del Celio deberá ser mínima. Tampoco nula, lo cual crearía la sensación de que estamos haciendo algo contrario a las leyes. Para los personajes dedicados a la política italiana podemos crear un índice fiscal propio. Incluso ese índice fiscal podríamos aprobarlo cada año por parte del ejecutivo italiano. Eso son detalles que los podemos discutir.

-Pero todo esto –añadió el otro Ministro- no funcionará si ustedes no tienen independencia fiscal. Así que el Parlamento tiene que aprobar antes una ley que les otorgue esa completa independencia tributaria. Dicho de otro modo, ante los jueces italianos ustedes deben ser tan independientes como Suiza. Su sistema bancario estará sometido a todas las inspecciones internacionales que hagan falta para evitar blanqueo de dinero, pero deben ser independientes respecto a los jueces italianos.

-¿Pero cómo la población italiana va a quedarse impassible ante un privilegio fiscal para sus políticos?

-Muy sencillo, porque la ley no se aprobará como un régimen tributario especial para nosotros, sino como una ley de donaciones. Esos capitales regresarán a Italia como una acción altruista para apoyar las magnas construcciones del Celio. La acción altruista no consistirá en una donación de capital, sino en la donación de la fiscalidad tributaria que se aplique a esos

capitales. Todo aquél que haga retornar sus capitales desde los paraísos fiscales y los acoja a la fiscalidad IROPS que ustedes aplicarán, lo hará con la intención de que sus impuestos sirvan para las construcciones del Celio. Como es lógico, la ley limitará quienes pueden acogerse a la fiscalidad IROPS, para evitar que toda la población se incluya bajo esa clausula. Nos interesa que los capitales retornen de los paraísos fiscales, no acabar con la tributación de la población en general.

-Así que técnicamente sería una donación –comentó Anne pensativa.

-Exacto. ¿Quién puede oponerse a una donación? E insisto, nada sería ilegal. Nosotros seríamos los primeros interesados en evitar que el dinero proveniente de acciones ilegales entrara en las cuentas para tributar bajo el índice IROPS.

-¿Por qué podemos estar seguros de eso se controlará escrupulosamente? –preguntó Anne.

-Sencillamente, porque si permitimos que el dinero de la droga, de la mafia, o de cualquier actividad ilegal, entre en esas cuentas, antes o después, este sistema sería derribado por la Ley. La única forma de que perdure y sea seguro, es que sea completamente legal y con dinero legal.

-El dinero del delito atrae las investigaciones judiciales. No sólo las italianas, sino también las de los jueces de otros países –añadió el otro ministro-. No queremos problemas. El negocio ahora está en el dinero legal.

Anne se subió a su automóvil llena de dudas. Era una mujer considerada por todos como maquiavélica. Pero los políticos italianos le habían ganado. Hubiera querido negarse, pero todo era

perfectamente legal. Y la responsabilidad de estas leyes recaería sobre el Parlamento. ¿No son ellos, acaso, los representantes del Pueblo?, se dijo a sí misma.

La Gobernadora era maquiavélica, pero nunca se había quedado ni un solo céntimo de euro para ella. Su honradez era completa. Y por eso este asunto le preocupaba. Para excusarse razonaba en el hecho de que, en el fondo, el Principado del Celio era parte de la República Italiana. De manera que no debería oponerse a una decisión tan firme de los representantes de la soberanía nacional.

La Gobernadora tomó una decisión muy meditada: nada de esto sería comunicado al consejo de los nueve cardenales. La decisión buena o mala sería enteramente responsabilidad de ella. Eso lo decidió, porque estaba segura de que los cardenales se opondrían, sin ninguna duda. Pero consideraba que ellos no tendrían una visión realista del problema. Además, si el proyecto de ley seguía adelante, la independencia del Celio se afianzaría hasta unos límites insospechados. La preservación de la independencia del enclave interesaría, antes que a nadie, a todos los políticos italianos que, no había que olvidarlo, eran los encargados de aprobar y mantener las leyes. Y las leyes eran la única barrera real entre la independencia y la intervención por parte del Estado. Sí, la colaboración de estos era necesaria.

En los dos meses siguientes, las conversaciones siguieron. La Gobernadora se sorprendió al comprobar cuánto consenso tenía la aprobación de la fiscalidad IROPS entre todos los dirigentes de los partidos políticos. Es por el bien de Italia, le repetían todos sin darle mayor importancia al asunto.

La primera medida legislativa en aprobarse en el senado italiano fue la de la independencia fiscal del Celio. Medio año después, como si no tuviera ninguna conexión con la primera ley,

en la misma cámara del senado se aprobó el índice de fiscalidad IROPS que regiría en el principado:

...para los capitales por encima de dos millones de euros propiedad de entidades jurídicas de nacionalidad italiana, o por encima de un millón de euros para personas físicas residentes en Italia, siempre y cuando se apruebe por Ministerio de Hacienda, así como para cualquier cantidad perteneciente a los representantes populares de la República Italiana, los cuales no requerirán de la aprobación del Ministerio de Hacienda.

Con esta formulación, pasó bastante desapercibida la ley. El buen acuerdo entre partidos ayudó a que la prensa no reparara en lo que, a primera vista, parecía una cuestión fiscal técnica.

Desde entonces los capitales legales, pero escandalosos, de no pocos políticos pudieron regresar a suelo italiano sin llamar la atención. La paz entre el Celio y los políticos italianos fue mayor que nunca. La Gobernadora tuvo un largo mandato al frente de los asuntos seculares del principado. Esta mujer incorruptible, ajena a las tentación de acumular un capital propio, tuvo un solo capricho, una sola debilidad: construir algo que perpetuara su nombre por los siglos, dejar su marca en la Historia. Los capitales adicionales de los que disponía como administradora, después de que entrara en vigor el índice IROPS, le permitían cada año ir acumulando unos beneficios. Beneficios que se acumularon e invirtieron durante ocho años, hasta que se encontró finalmente con un capital lo suficientemente voluminoso, como para emprender la construcción de algo colosal.

El Templo a esas alturas ya estaba enteramente construido, así que decidió que ella sería la que administrara el presupuesto de capitales para elevar dos grandes torres en la Archibasílica. Ésta ya contaba con más de cuarenta grandes torres adosadas a

sus muros, pero Anne deseaba algo más allá de toda medida conocida hasta entonces en el proyecto del Templo. Estaba decidida a erigir dos moles que fueran las torres por antonomasia del Templo.

Las dos torres góticas serían como dos rascacielos de 130 pisos de altura. El Empire State Building colocado al lado de ellas, quedaría por debajo con sus 103 pisos de altura. Estas dos torres proyectadas, de momento, no estarían habitadas. Si lo hubieran estado, habría sido tanto el incremento de población en el Principado, que hubiera desestabilizado toda la estructura poblacional del enclave. Por eso, de momento, sólo se construyó la estructura y el recubrimiento externo de las torres. Las cuales tenían un aspecto severo, sobrio, pétreo. Sus dimensiones eran tales, que incluso los 8.000 elementos escultóricos con los que contaban, parecían perderse en esas superficies verticales inacabables.

Por dentro, esos rascacielos estaban vacíos. Los visitantes que subían a la terraza superior, donde arrancaban los pináculos, podían ver desde las ventanas del ascensor, los espacios vacíos del interior de la estructura. Con tantos pilares, el interior tenía un aspecto verdaderamente catedralicio. Para ahorrar dinero, el interior de cada torre sólo contaba con veinticinco pisos. Los suelos no estaban recubiertos. Cada piso aparecía diáfano, desprovisto de paredes internas. Sólo se había instalado el sistema de tuberías para el agua y el sistema eléctrico esencial. Incluso los huecos de los ascensores estaban vacíos, salvo dos para subir y bajar a los turistas al mirador. Si algún día se habitaban las torres, se tenía la idea de construir ligeras casas de madera individuales en cada uno de los veinticinco pisos. Pero, por el momento, todo estaba vacío.



No hace falta decir que la culminación de las dos torres, fue la alegría más grande de la Gobernadora. Las torres del Templo eran visibles a una increíble lejanía. A veces nevaba en la cima de sus pináculos. Alguien calculó que en las torres anidaban unos treinta mil pájaros de veinte especies diferentes, incluso veinte cigüeñas.

Varios años después de su inauguración, un millonario quiso establecerse en el último piso de una de las torres. Compró toda una planta. En los veinte años siguientes, otros treinta millonarios siguieron su estela, acondicionando cada uno una planta entera como vivienda privada.

Las torres habían sido levantadas a trescientos metros de distancia de la entrada principal del Templo, con la idea de construir dos muros que unieran las torres con la fachada de la Archibasílica. Ese espacio a cielo abierto, flanqueado por estatuas adosadas a sus muros, se convertiría en el atrio de entrada al Templo.

Anne Lewandosky murió a los ochenta y dos años, ejerciendo el cargo, satisfecha y feliz. Su tumba descansa en la base de una de las torres. Su estatua yacente descansa en el centro de una sala donde sólo se encuentra su impresionante sepulcro. Sus sucesores en el cargo fueron colocados en sepulcros similares (aunque menos impresionantes) en una sala que rodeaba esta sala central.

Su sucesora en el cargo, otra mujer, Beatrice Ortiz, sólo se enteró de la operación acerca de las donaciones, en los días siguientes después de tomar posesión del cargo. La operación la conocían únicamente cuatro personas en el Principado. Horrorizada lo puso urgentemente en conocimiento del consejo de los nueve cardenales. En esa misma sesión se decidió el desmantelamiento de esa operación.

Lo cual provocó largas discusiones en el seno del Consejo de los Nueve. Porque un cardenal italiano (el único italiano del grupo) insistía en que ese cúmulo de depósitos, ya que estaba creado, por qué no mantenerlo para con sus beneficios ayudar a los más pobres del mundo. ¿Es acaso dinero sucio?, preguntó. Sus colegas replicaron que era un dinero que estaría rodeado de polémica y que eso redundaría en descrédito de la Iglesia.

-Para el hombre que hoy no tiene una casa donde dormir y se tendrá que ir a un albergue, estas disquisiciones no tienen importancia.

-Cuando el nombre de la Iglesia salga manchado en todos los noticiarios del mundo, ya veremos si esto es una disquisición sin importancia.

Al final, hubo un suficiente acuerdo en que la Iglesia no estaba fundada para ganar dinero. Una cosa eran las donaciones y otra muy distinta ganar directamente el dinero. El desmantelamiento de esa línea de beneficios estaba decidido.

Ante todo había que evitar que la prensa formase un escándalo. Y menos por un asunto que no había hecho daño a nadie; Italia incluso se había beneficiado. Por otra parte, tampoco se podía dar una patada a los depositarios de los capitales. El asunto era de tal importancia que pasó a ser llevado enteramente y personalmente por el Secretario de Estado del Vaticano. El cual se reunió con los dirigentes de los cinco principales partidos italianos. De común acuerdo, de forma cordial, se tomó la decisión de ir elevando la tasa fiscal del índice IROPS. Cada año aumentaría un 4%. Así, poco a poco, iría resultando menos atractivo a los depositarios y los capitales se irían recolocando en otros productos o en otros lugares. El Secretario de Estado se sorprendió de que los políticos ofrecieran tan poca resistencia. En

el fondo, todos sabían que aquello, aunque legal, no estaba bien y la mala conciencia les movió a no poner impedimentos.

Aquella operación en la sombra siempre fue vista como un profundo error por los pocos cardenales que tuvieron conocimiento del asunto. Se veía como una tentación en la que nunca debió caer el Celio. Pero todo se pudo arreglar de forma satisfactoria. Y fruto de todo aquello se afianzó muchísimo más la independencia del enclave, además de lograr dos impresionantes torres.

Algunos historiadores, cien años después, se han preguntado en sus biografías cómo fue posible que una gobernadora tomara semejante decisión por su cuenta, sin que se lograra una respuesta a esa pregunta. La razón está en que algunas cosas suceden a puerta cerrada y nunca se ponen por escrito. Anne de forma totalmente subjetiva consideró que el consejo de los nueve cardenales le había humillado por una tontería, por una cuestión sin importancia. Ella se sintió públicamente humillada delante de aquellos nueve hombres por lo que consideró recriminaciones injustas. Durante más de dos años, Anne albergó verdadero rencor hacia esos nueve hombres. Aquella decisión autónoma supuso un modo de vengarse.

Por otra parte, pudo mantener el secreto porque ella presentaba al Gran Consejo los balances finales sin detallar que esas cuentas pertenecían a políticos. Sólo presentaba los informes de capitales ingresados, sin entrar en más consideraciones. Sólo cuatro personas de su total confianza llevaron la contabilidad de esos *depositarios especiales*. Los cuales nunca pasaron de la treintena. Por eso, por la otra parte, fue fácil mantener esto en la máxima reserva durante quince años. Como le dijo a Anne un ex primer ministro paseando por el jardín de su palacete en

Florenxia: *O hacemos de esto un club reducido y respetable, o nos veremos obligados a cerrar el negocio.*

## **124. La iglesia de la Rosa de los Vientos**

Hacía tiempo que la Congregación para la Evangelización de los Pueblos tenía en mente crear un espacio para que la gente orara por las misiones. Finalmente, la Congregación optó por erigir en el Templo un espacio de cien metros de longitud y que sería la iglesia de los obispos titulares. La cual dependería de la Congregación de Misiones porque la mayor parte de esas diócesis se sitúan en lugares de misión.

Cada diócesis titular tiene allí un tríptico que la representa, pues se quiso que todas y cada una de esas antiguas diócesis tuvieran allí una presencia. En el centro de cada uno de esos trípticos se muestra una ciudad con, al menos, un santo protector sobre ella. Por ejemplo, el óleo sobre tabla que representa la diócesis de Hipona muestra a San Agustín sobre ella. Alrededor de cada ciudad hay varios pueblos pequeños, la mayor parte de las veces sin nombre. Simbolizan los pueblos y aldeas que un día dependieron de esa sede episcopal. A un lado del tríptico, siempre hay un mapa que muestra donde se sitúa esa ciudad. En el caso de Hipona, esta ciudad se sitúa en un mapa de estilo arcaico donde priman las explicaciones manuscritas, pero que claramente representa a Argelia. Al otro lado del tríptico, se encuentran los escudos de los que han sido obispos titulares de esa diócesis.

Los trípticos son de diversos tamaños, estéticas y materiales. Algunos son pequeños retablitos en mármol. Todos están

agrupados por continentes. En esa iglesia, un inmenso retablo central expone la constelación de diócesis titulares intercalando esas ciudades con santos y con la Virgen en el centro. Incluso el suelo de esa iglesia es un mosaico donde se pueden localizar a todas esas ciudades que, en su día, fueron sedes episcopales residenciales. El suelo parece un extenso mapa, un mapa no realista, sino simbólico. Los fieles, siguiendo distintos trayectos marcados en el pavimento, recorren ese espacio rezando el rosario, otras veces es el viacrucis, o salmos. Al erigir esta iglesia, se deseó que los peregrinos oraran por la extensión de la fe. Esta iglesia se erigió como un lugar de oración, aunque también se recogen abundantes limosnas que se destinan para los lugares de misión.

La iglesia también tiene varias partes en las que se erigen columnas de todo tipo y sobre cada columna se asienta la representación de una pequeña ciudad en madera, mármol o metal. Todos estos elementos configuran una iglesia bastante original, porque se haya atravesada por muchos arcos que sostienen viaductos. El lugar en ciertos tramos se parece a los grabados de las prisiones de Piranesi.

No hay ninguna ley que lo mande, pero los obispos auxiliares cuando viajan a Roma, tienen por costumbre celebrar una misa delante del tríptico que representa a su diócesis titular. Cuando un obispo titular comunica que va a celebrar una misa, los sacristanes colocan un altar portátil delante de su tríptico y preparan todo lo necesario.

Es la única iglesia donde se acumulan doscientas reliquias de mártires, asesinados desde el siglo XXI. Si bien está por detrás de la terraza de la Nave Central, la que rodea a la Nave a quince

metros de altura. Pues allí se veneran mil reliquias de santos, una tercera parte mártires.

## **125. División del plano del Celio**

Cinco son los grandes ámbitos en que se divide organizativamente el Templo:

- a. Planta
- b. Muros
- c. Terrazas
- d. Torres
- e. subsuelo.

La Planta del Templo se divide, a su vez, en siete sectores con un diácono coordinando cada región.

Cada sector se divide a su vez en varias áreas, distritos y circunscripciones. Esta división plasmada en un viejo, extenso y deteriorado plano que se guarda en el despacho del Archidiácono, se hizo necesaria porque el lugar era un laberinto de cabildos, ritos, monasterios, congregaciones religiosas, residencias de jubilados, casas sacerdotales y viviendas particulares. De ahí que se hizo obligatorio por ley que sobre cada área alguien fuera responsable. Alguien tenía que tener la obligación de vigilar y, subsiguientemente, de responder de lo que ocurriera en el interior del perímetro de su demarcación.

Esta división clara y nítida basada en la división geométrica del plano del Templo, no podía obviar el hecho de que, fuesen cuales fuesen las áreas demarcadas por las líneas, en ellas se movían cuatro autoridades principales:

- a. los Cardenales Basilicarios
- b. el Consejo de los Siete Diáconos
- c. el Cabildo Nave Central

d. la Abadía-Madre.

Podría parecer que compaginar estos cuatro elementos de autoridad resulta tarea imposible. Pero nada más lejos de la realidad. Un conjunto de viejas costumbres, de normas no escritas y de amables acuerdos delimitan las funciones y encomiendas de cada grupo. La organización del Templo es de todo menos cartesiana, pero funciona de un modo bello y razonable. Quizá sea la más bella organización burocrática del mundo.

## **126. El Camino de San Andrés**

Un acuerdo entre la República de Italia y el Estado Vaticano, creó un camino que partiendo de Castel Fusano, recorría cincuenta kilómetros hasta llegar al anillo externo de las murallas del Celio. El Camino de San Andrés depende directamente del Principado. Ese camino es territorio italiano, pero bajo gestión del Celio.

El camino está flanqueado por los árboles y la vegetación típica de la campiña del Lacio. En la mayor parte de sus tramos, la franja de vegetación cuenta con quince metros de ancho. Un bello camino que permite a algunos visitantes hacer una pequeña peregrinación para llegar al Celio. Una especie de pequeño Camino de Santiago para aquellos que quieren visitar el Principado del modo más espiritual posible.

El camino parte de Castel Fusano, prosigue por Acilia y Vitinia, llegando al final hasta el mismo Templo. El camino, que discurre entre la vegetación silvestre, está jalonado por cruces de piedra, imágenes de la Virgen y de los santos, y ermitas.



Un Pontífice dispuso que hubiera un rebaño de ovejas pastando en la extensa campiña que rodea el Celio, entre la segunda y tercera muralla. Quería que hubiese una imagen viva del Buen Pastor y de la Iglesia. La imagen del rebaño y el pastor era tan bella, que con el tiempo llegó a haber hasta ocho rebaños pastando por los alrededores de todo el Celio. Esos rebaños dependían de los monjes de la Abadía-Madre.



Desde que se fundó, el Celio ha sufrido seis atentados con bombas. El sexto atentado no fue muy grave, pero los otros cinco sí. Se decidió no erigir de nuevo los edificios hundidos, sino dejar que la hierba creciera sobre las ruinas, como si fueran pequeños parques. Esas ruinas cubiertas de vegetación son un triste recuerdo de la existencia del Mal. Los atentados, como los estigmas en el cuerpo de Nuestro Señor. En el Celio son casualmente cinco, el mismo número de las llagas. Muchas veces los célicos se refieren a esos cinco parques como los estigmas del Celio.



Resulta interesante darse cuenta de que en un principado como el del Celio, habitan muchos miles de fieles que no conocerán en toda su vida otra forma de vivir el cristianismo que el cristianismo célico, porque habrán nacido y vivido toda su vida allí.



## **127. La Iglesia Redonda bajo el Tabor**

Esta iglesia, blanquísima toda ella, parece el cielo. Tiene en su centro una especie de presbiterio escalonado. En lo alto de ese presbiterio hay un arca-sagrario cubierta de preciosas telas. Sólo en la parte central no hay telas, en esa parte que es la de la puerta hay un icono del rostro de Cristo.

Este arca-sagrario está rodeada por tres velos de dos metros de altura sostenidos por pilares de mármol blanco. Los adoradores ocupan, más o menos cerca, los asientos que hay entre esos velos. La capilla cuenta con varios ángeles de piedra tan blanca como las siete columnas que hacen de pedestal al Arca. Todos los ángeles están de rodillas adorando al sagrario. Por encima de éste, cinco nubes cuelgan de lo alto. Ellas hacen de baldaquino.

La capilla, que es redonda, tiene un altar en un lado, situado en posición elevada. Allí celebran misa en voz baja algunos sacerdotes, una o dos veces al día. En voz baja, porque es una iglesia centrada en la adoración al sagrario y hasta los asientos están dispuestos hacia él.

En esa iglesia están allí están adorando sólo los que han venido andando desde abajo. Lo cual constituye toda una peregrinación. Por eso siempre está tan poco frecuentada y silenciosa. Los cardenales, los obispos y los jefes de Estado sí que pueden subir en ascensor. Pero el resto, deben subir andando. A muchos obispos en visita al Celio les gusta ir a orar allí, porque hay poca gente y mucha tranquilidad.

## 128. La evolución del mando en el Celio

En el Celio se ha dado una curiosa evolución. Al principio, cuando se fundó, todos los cargos importantes eran de designación pontificia, empezando por el nombramiento del Cardenal-Gobernador que en esa época lo era todo en el enclave. El Papa nombraba a hombres de su confianza, y estos a su vez nombraban a los cargos inferiores.

Con el crecer del Principado, cada vez quedó más claro que aquel lugar no era simplemente la Curia Romana (no nos olvidemos que el Celio como tal cosa nació), sino un microcosmos en el que estaba representada la entera Iglesia Universal. De forma que el Colegio de Cardenales fue tomando más y más peso en el gobierno del enclave. Finalmente, el enclave fue gobernado por el Sacro Colegio en representación de la entera Iglesia. No sólo el cargo del Gobernador del Celio pasó a ser elegido por los cardenales con entera libertad, sin necesidad de ser ratificado por el Santo Padre. Sino que todos los cargos del principado paulatinamente se hallaron sometidos al Sacro Colegio. Únicamente el cargo de Vicario de la Curia Romana (con mando gobierno en el Claustro Central) y el de Administrador del Templo siguieron siendo de designación papal. Amén de veinte nombramientos repartidos por el Celio y de importancia más bien honorífica.

El que el gobierno del Principado se haya dejado enteramente en manos del Colegio, se debe al peculiar estatuto eclesiológico de ese enclave. El Celio no es la diócesis de Roma. Por eso era preferible una regencia colegiada mejor que el mando de un solo pastor.

El Gobernador, por otra parte, es un delegado del Consejo de nueve cardenales. El Colegio Cardenalicio escoge al Consejo de los Nueve, y estos a su vez escogen al Gobernador. Y entre el Gobernador y el Consejo de los Nueve son escogidos de común acuerdo el resto de integrantes del Consejo Mayor que es el que gobierna el día a día del Principado. En la historia del principado reflejada en los cuadros de la residencia oficial del Celio, se observa que hubo treinta cardenales-gobernadores. Después, ya siempre se eligió a laicos para ese puesto.

Esta figura del gobernador cuando toma posesión del cargo tiene muy claro la índole nada monárquica de su poder, sino su carácter delegado del Consejo de los Nueve. Únicamente, cuando con los años, él se consolida mucho en el puesto, es cuando comienza a ser visto como una figura más de carácter personal. Es decir, llega un momento en que se asocia totalmente el puesto con la persona concreta.

Y así algunos gobernadores han sido, en la práctica, pequeños monarcas, cuya prudencia y buen sentido les ha unido de por vida al puesto. Incluso, con el pasar del tiempo, han acabado dotando de títulos nobiliarios a sus colaboradores más directos; aunque estos nombramientos dependieran del consejo formado por los nueve cardenales. Pero no pocas veces, quince o veinte años de regencia formaban una amalgama entre el consejo de los nueve, el gobernador y el cuerpo de nobles. Estas regencias tan prolongadas en el tiempo evitaban los experimentos en el gobierno del Celio, y permitían emprender planes muy a largo plazo.

Este gobierno era tan efectivo, tan exitoso, que si no hubiera chocado con la decisión férrea papal de no expandirse, hubiera fagocitado a toda la República Italiana. O, al menos, hubiera creado cinco o seis enclaves más en la geografía mundial.

Enclaves dependientes del Celio que hubieran sido como sus sucursales económicas. Pero, de nuevo, las limitaciones de principio impedían ese impulso natural. Impulso y empuje, cuyas energías tenían que desahogarse a través de colosales ampliaciones arquitectónicas. Y así la Archibasílica creció casi como un ser vivo, convirtiéndose en el Templo del Mundo.

Los protodiáconos gozaron de una fugaz época de expansión de su prestigio. Pero pronto se dejó bien claro por parte del Sacro Colegio que esta figura debía limitarse a coordinar los distintos lugares y personas del Templo, pero que la representación de ese lugar sacro correspondía a los cardenales-basilicarios. La presencia del protodiácono debía ser lo más discreta posible, tanto en lo social, como en lo litúrgico. Los protodiáconos, desde entonces, son bastantes invisibles en la Archibasílica.

La Bula *Sacrum Templum* otorga una serie de privilegios a la Archibasílica. El primero de ellos fue conceder la autonomía de gobierno al Templo. Desde entonces, la Archibasílica es completamente independiente de la autoridad del Gobernador o del consejo de los nueve cardenales. Hubo un consenso general en el Vaticano acerca de que ese lugar tan sagrado, ese Templo de la Humanidad, no debía estar sometido a una sola persona como era el Gobernador. Por eso se le concedió la independencia. El nombramiento del Protodiácono siguió siendo privilegio exclusivo de los Papas.

Noventa años después de la fundación del Celio, tres son los espacios completamente independientes que radican entre sus murallas: el Claustro Central, el Templo y el resto del Principado. Estos tres poderes están representados en tres orbes cuyas copias se guardan y exhiben en la capilla de las coronaciones de la Archibasílica. Son tres esferas de oro con una cruz sobre ellas, casi idénticas al *globus* de la corona danesa. Cada uno de esos

orbes tiene una inscripción diversa y varios detalles que los distinguen. Los tres orbes originales se guardan en las dependencias privadas del Gobernador, del Protodiácono y del Vicario General de la Curia Romana. Estos tres cargos lo tienen a la vista dentro de una vitrina en el salón de sus respectivas casas.

Esos orbes cumplían su función simbólica siendo expuestos y vistos por la gente. Nunca eran portados por los tres cargos que los custodiaban. Ni siquiera les eran entregados ceremonialmente al recibir sus cargos. Esos orbes son un símbolo y sólo eso. Tampoco el Papa lleva ningún orbe en la mano en momento alguno.

El primer orbe fue creado por una artista danesa, Iben Haugaard. Lo creó como un símbolo del poder temporal autónomo del Celio y lo donó. La artista dijo que el *globus* debía estar en el Celio, porque simboliza que el poder de Cristo está sobre el mundo. Y eso, en definitiva, es lo que expresa el Celio a todo el mundo. El orbe fue expuesto en la Capilla de la Coronaciones con un cartel explicativo. Varios años después, hubo una cierta polémica, algunos decían que el Claustro Central, al ser un espacio autónomo respecto al poder del Gobernador, merecería un orbe, y lo mismo el Templo. La misma artista diez años después, creó dos orbes más del mismo tamaño, pero con pequeños detalles diversos. Los tres orbes relucían bellos en su simplicidad. Antes de morir, la artista acabó tres orbes más para el Gobernador, el Vicario General de la Curia y el Protodiácono.

Estos tres orbes, un cuarto de siglo después que muriera la artista, acabaron siendo entregados al Papa algunas veces a su llegada al Celio. Pero el Santo Padre se limitaba, en la puerta de cada muralla, a recibirlo con las dos manos y a entregarlo inmediatamente al servidor que tenía detrás.

## **129. Las órdenes militares**

La Orden de Malta solicitó construir un castillo integrado en la tercera muralla. Constituiría una parte de ésta. Éste alcázar sería su escaparate ante todos los turistas, y haría las veces de hotel para los miembros que visitasen el Celio.

No tardaron muchos años en ser imitados por el resto de órdenes militares. Y así fueron tres los castillos de estas órdenes, los que en el plazo de treinta y cinco años aparecieron repartidos estos en los cuatro puntos cardinales de la tercera muralla: la fortaleza de la Orden de Malta, la de los Caballeros Teutónicos, la del Santo Sepulcro. A ellos se unió el castillo de los Caballeros de Colón. Cada orden militar tenía en el interior de su fortaleza una guardia de treinta soldados para actos ceremoniales, pero que también recibía al Papa a su llegada al Celio. Estos recibimientos que se la hacían al Papa, eran parecidos a los que él recibía al llegar a distintos países y ser recibido como Jefe de Estado. Sólo que al Celio llegaba como Príncipe de ese enclave.

Hay que advertir que aunque en el Principado tres son los espacios que gozan de total autonomía entre sí, en todo el Celio la única fuerza que se encarga de la seguridad es la Guardia Romana.

## **130. Las tres recepciones de ingreso del Papa en el Celio**

Con el pasar de las generaciones, el ingreso del Papa en el Celio se articuló en una triple ceremonia. Los monseñores de la

comitiva papal se aproximaban a la puerta de entrada de la Tercera Muralla, la marcaba la frontera exterior del Principado. La puerta por la que se entraba a pie al enclave. El Papa llegaba hasta el portón y si era la primera vez en ese año que entraba en el Celio, la puerta estaba cerrada y tenía que llamar golpeando con un martillo ceremonial. Con eso se simbolizaba que la puerta estaba cerrada excepto para el verdadero pastor.

*¿Quién es?*, se preguntaba desde detrás de la reja de la puerta tras los golpes.

*El obispo de Roma*, contestaba el Sumo Pontífice.

El portón se abría y dentro le esperaba una delegación del Gobernador, normalmente, formada por treinta dignatarios y un par de embajadores, acompañados por cincuenta miembros de la Guardia Romana. Algunos Papas al atravesar el umbral se arrodillaban y besaban la tierra del Celio, como hacía Juan Pablo II al llegar a una nueva nación. Después, era costumbre asperger con agua bendita esa tierra. Tras lo cual la delegación le besaba el anillo. Normalmente, más de mil personas esperaban junto a esa puerta (dentro y fuera de la muralla) para presenciar el breve acto.

Allí junto a la puerta, sólo le besaba el anillo al Papa una sola persona: el coronel de la guardia. Detrás de él estaban el dignatario del Celio y el noble del Principado de mayor rango. El dignatario sostenía una almohada-bandeja donde estaba bien encajado uno de los tres orbes de oro. El Papa lo recibía agradecido y se lo entregaba a un gentilhomme de su comitiva. Era un modo visual de reconocer que el Papa tenía pleno poder sobre el Principado.

La comitiva proseguía hasta la entrada a la segunda muralla. Allí tenía lugar el magno recibimiento. El primero en besarle el anillo

era el Gobernador, después las autoridades civiles y religiosas. La ceremonia protocolaria era estéticamente impresionante, porque allí le esperaban los embajadores acreditados ante la Santa Sede que residían en el Celio (que eran la mayoría), además de una formación de quinientos hombres de la Guardia Romana con sus estandartes. Junto a ellos había otras formaciones: la de la Guardia Célica y el resto de órdenes militares, que sumaban en total doscientos hombres más.

En esta segunda recepción simplemente tres dignatarios le besaban el anillo y pasaba revista a los soldados. Tres cardenales-basilicarios le hacían entrega del orbe que simbolizaba la autonomía del Templo. El Papa pasaba ese símbolo a un segundo gentilhombre que le seguía detrás. Los dos gentilhombres le seguían andando detrás con los orbes.

El Papa proseguía andando hasta la puerta de entrada del Claustro Central. Allí le esperaban los cardenales y representantes de la Curia. Allí siete curiales le besaban el anillo. Después se le hacía entrega del tercer orbe que simbolizaba la autonomía del Claustro Central. Desde ese momento, le seguían tres gentilhombre con los tres orbes.

Desde allí, el Papa se dirigía a sus aposentos, los cuales estaban situados en uno de los tres Palacios Apostólicos del Celio.

Esta triple ceremonia de bienvenida puede parecer que era larga, pero consistía tan sólo en que los principales representantes, pocos, le besaban el anillo al llegar. Cada una de las tres ceremonias, no se demoraba más allá de un minuto. Más de un pontífice había refunfuñado por lo que les parecía que siempre era un retraso inútil al entrar en el Celio. Pero los monseñores



trataban de explicarles que eran sólo tres minutos y que a la gente le hacía mucha ilusión verle de cerca en los tres lugares.

-No sabe usted lo que les encantan estas cosas a la gente sencilla –le dijo una vez un Gobernador a un Papa muy reticente a todo lo que fuera “perder” el tiempo “en esas cosas”-. Además -añadió con aplomo-, forma parte del trabajo papal dedicar tiempo a las ceremonias y protocolos.

El Papa le miró con fiereza. Era un hombre bueno, pero en ocasiones miraba con fiereza. El Gobernador impasible continuó con flema:

-Usted es pontífice, no sólo pastor. Pontífice es el que realiza los rituales y ceremonias. Parte de su trabajo consiste en esto también, no sólo en gobernar a la Iglesia.

-Así que soy pontífice y pastor.

-Así es. Sumo Pontífice y Pastor Supremo.

El Papa no dijo nada en ese momento, pero ya nunca volvió a sacar el tema de hacer una poda en los ceremoniales.

En el Celio el episodio trascendió, no en vano había varios monseñores presentes. Desde entonces fue conocido ese Gobernador como Marcus el Magno, el Gobernador que se había atrevido a decirle tales cosas al Papa.

Sea dicho de paso, el Papa, cuando ingresaba en el Celio, nunca entraba directamente en el Templo. Pues primero iba a la Sacristía Papal portado en silla gestatoria y rodeado de la Corte Pontificia. Allí se quitaba sus vestiduras eclesiásticas y se colocaba sus ornamentos litúrgicos. De la sacristía partía hacia la Nave Central, portado en la silla gestatoria, precedido y seguido por los integrantes Capilla Papal.

Si todo se hubiera hecho seguido, hubiera sido excesivamente largo: viaje de Roma al Celio, las tres ceremonias de ingreso, el

revestimiento en la sacristía y, por último, la larguísima Misa Magna en la Nave Central. Por eso, al llegar al Celio y antes de la Eucaristía, el Papa siempre se retiraba a sus aposentos.

Los tres orbes eran portados detrás del Papa cuando iba acompañado de la Corte Civil. El resto del tiempo se quedaban en el salón de su palacio apostólico. Cuando abandonaba el Celio, eran recogidos y devueltos a sus custodios. Tanto la llamada con el martillo en la puerta de la tercera muralla y el diálogo subsiguiente, como la recepción de los orbes, se realizaban únicamente en la primera vez que llegaba al Celio cada año.

Lo normal es que el Santo Padre realizara la llamada primera entrada una vez al año con todo el protocolo. Y después dos o tres entradas menos solemnes a lo largo del año. Si posteriormente se desplazaba al Celio, ya iba directamente a uno de los palacios apostólicos sin detenerse. Recibiéndole una pequeña delegación de diez o veinte personas en el vestíbulo del palacio situado en los accesos subterráneos. Dado que los Papas solían pernoctar en el Principado para celebrar al día siguiente la misa del 1 de enero por la mañana, la primera entrada ceremonial acostumbraba a tener lugar varios meses después, no en el primer mes del año. Esto tenía una importancia mediática. Ya que con la misa de Gallo y la del 1 de enero, la presencia del Papa en los medios de comunicación ya se consideraba suficiente. Mientras que si la entrada solemne tenía lugar tiempo después, había más televisiones que cubrían el acontecimiento.

La belleza estética de las ceremonias y liturgias del Celio eran una excusa para la presencia de la Iglesia en los medios de comunicación. Esos protocolos en un mundo cada vez más fríamente tecnológico eran admirados por todos. Si los nazis fueron admirados por sus desfiles incluso por los que

despreciaban esa ideología, el Celio fue admirado por sus ceremonias incluso por parte de aquellos que no compartían la fe.

Lo cual no evitaba que hubiera Papas que aborrecieran los orbes, los protocolos y todas las dignidades que se habían creado alrededor. Algún Papa llegó a haber que dejó los orbes en sus vitrinas y no realizó ni una entrada solemne en el Principado, amén de otras muchas cosas.

Los papados, desde el comienzo de la Iglesia, se mueven en un suave y nada brusco movimiento pendular entre la expansión ritual y la contracción. Si no fuera así, la acumulación ininterrumpida de ritualidad y protocolo acabaría invadiéndolo todo. Esto vale para las prendas eclesiásticas, para las normas que rigen dentro de la Casa Pontificia, y para todo. La gente se fija mucho en estas cosas, pero no tienen más importancia que la que tienen.

En general, tras doscientos años de existencia del Principado, ya se ha llegado a una medida ceremonial que se considera que es la justa y prudente. En las últimas generaciones ya no se ha realizado ni la más pequeña adición al protocolo. El lugar generó con su grandeza esa magnificente ritualidad. El lugar parecía pedirlo. Pero, después, se alcanzó una especie de medida perfecta.

## **131. La Capilla del Agua Santa**

En el Muro Sur de la Nave Central, en el lado de la nave que representa el costado izquierdo de Cristo, se abre la Capilla del Agua Santa. Esta capilla de planta elíptica, simboliza la llaga del costado de Jesús de donde manó sangre y agua.

En esa capilla, los fieles pueden llevarse a sus casas agua bendita. El agua bendita con la que se santiguan en esa capilla, es bendecida cada día con un ritual especial, muy solemne, y que dura unos cuatro minutos. Tras cada hora canónica, se le añade una nueva solemne bendición, aunque más breve. Se dice que es el agua más bendita del mundo, porque se bendice siete veces al día con rituales complementarios. Cada día se bendice el agua que los fieles se llevarán a sus casas. La experiencia dicta qué cantidad es necesaria para cada jornada.

Desde el altar mayor de la Nave Central surge un pequeño arroyo, que desciende por un canalito (como un reguero de agua mínimo) por la ladera de la montaña que es el pedestal del baldaquino. Ese reguero de agua se dirige hacia la Capilla del Agua. El pequeño canal está flanqueado en el suelo por mosaicos que explican los versículos de Ezequiel acerca del arroyo de agua que surgía del altar del Templo que vio el profeta; arroyo que se convertía en río.

Y efectivamente el pequeño arroyo se va ampliando, poco a poco, hasta llegar a ser de tres palmos de anchura al llegar a la Capilla del Agua. Allí todos los mosaicos versan acerca de esa temática del agua purificadora. El pequeño arroyo cae sobre un estanque central en el que nadan peces rojos. El agua de este estanque no está bendecida. Los fieles se santiguan con el agua contenida en grandes pilas de crisólito.

Cuando llueve en la azotea de la Archibasílica, el agua es conducida para acabar corriendo por distintos regueros excavados al efecto en las paredes.

La Capilla del Agua hace de vestíbulo a otras tres capillas sucesivas. La primera capilla circular es la de los bautizos, con una impresionante pila bautismal en su centro, alrededor de cuyo pedestal está magistralmente esculpida en estilo gótico un

resumen de la Historia de la Salvación. Esta capilla da a otra capilla circular, la de las confesiones. Y ésta a su vez se abre a otra, la de la Sangre de Cristo.

En esta cuarta capilla es donde se venera la Sangre de Cristo contenida en seis ánforas de cristal sobre un altar. Seis ánforas, porque seis litros de sangre son los que normalmente hay en un ser humano. Las seis ánforas llenas de vino muy rojo, están agrupadas en el centro el altar. Tres recipientes más pequeños llenos con agua bendita, representan el agua que manó de su corazón abierto en la Cruz.

El agua del estanque central de la primera capilla recorre longitudinalmente las cuatro capillas. De allí desciende por una abertura final hacia el estanque subterráneo del Celio. Visto el plano de la Archibasílica, estas cuatro capillas asemejan la llaga de Cristo de la que resbalasen tres grandes gotas circulares que son las tres capillas que surgen de la primera. La razón teológica que se buscó era mostrar que del sufrimiento de Cristo en su Cruz, es decir, de su Sangre, surge el poder purificador del bautismo y la confesión. Estas cuatro capillas ocupan toda la planta inferior del Muro-edificio Sur de la Nave Central.

## **132. Los años de la decadencia**

Año 2342

-Esta crisis no será corta. Todas las medidas que tomemos, deben ser emprendidas con la clara convicción de que este periodo de glaciación económica mundial ha venido para no marcharse en muchos años. Quizá sólo al cabo de dos o tres decenios la maquinaria mundial se vuelva tímidamente a poner en

marcha. La recuperación del nivel en el que nos encontrábamos puede durar, al menos, una generación entera

El cardenal que acababa de dirigirse al Consejo Rector del Principado se volvió a sentar en su asiento. Todos callaron conscientes de que no exageraba.

Los grandes corredores centrales del Templo aparecen casi desiertos. Cada tramo apenas es recorrido por una treintena de personas. Dos terceras partes de las capillas que se abren a esos corredores, han sido cerradas con altas verjas metálicas, otras han sido tapiadas porque ya carecían de barras de acero o elementos similares. Incluso el acceso a unas cuarenta capillas aparecía cerrado por mera acumulación de cajas, contenedores y otros materiales hasta llegar a una altura de seis metros.

Resulta imposible vigilar el interior de tantos rincones, de miles de recovecos. Desde las verjas, donde las hay, el interior de esas iglesias cerradas se muestra invadido por la oscuridad. El Templo entero parece inundado de silencio. Resulta imposible que no retornen a la memoria con tenacidad y melancolía las escenas de los ríos de turistas transitando por allí y los guías pidiendo que no hablen alto.

En la Archibasílica, aun estando tan vacía, se mantiene el culto. Por pobre y mísera que sea la situación económica, las grandes y complejas ceremonias siguen llevándose a cabo con puntualidad. Con tanta gente en paro, la liturgia puede seguir contando con la colaboración de los voluntarios que sean necesarios. El incienso de los fastos litúrgicos sigue ascendiendo como siempre.

Todos los sectores comerciales del Celio situados fuera de los claustros habían sido cerrados. Los negocios habían ido cerrando uno tras otro. Finalmente, se optó por clausurar

enteramente esos centros, para evitar el vandalismo. Vandalismo imposible de evitar si estos seguían abiertos, aunque la apertura se redujese a pocas horas durante el día.

El Barrio Hierosolimitano y mucho más el Barrio Romano se habían degradado de forma muy lamentable. En el Barrio Romano más del 80% de las casas aparecían ahora abandonadas. Los millonarios que tenían alguna posesión que proteger, habían regresado a sus países en un vano intento de estar allí y poder tomar decisiones *in situ*.

De las capillas e iglesias cerradas han sido retirados todos los candelabros de bronce, así como los elementos móviles costosos, siendo agrupados en almacenes vigilados. Hay un sótano donde se acumulan dos millares de candelabros de todos los tamaños imaginables. En otra cámara se han agrupado cálices, custodias, relicarios, todos los símbolos reales de la capilla de las coronaciones, cruces pectorales, los tres orbes, las tiaras papales.

Se ha pedido a todos los habitantes del Celio, sea cual sea su oficio o su negocio, que se mantengan en sus puestos de trabajo. No se sabe cuándo cobrarán de nuevo, pero hay que intentar que la maquinaria humana se mantenga en marcha en la medida de lo posible. Así, cuando vuelva a fluir dinero, el mecanismo célico se encuentre lo más intacto posible. Por otra parte, esas personas tampoco tienen a donde ir. Si la maquinaria es preservada en la medida de lo posible, se mantendrá una cierta imagen de normalidad.

El problema es que desde que la economía mundial se detuvo, ya no vienen ni turistas ni peregrinos. El Celio se ha convertido en una especie de isla. El perímetro del principado se ha convertido en el límite de un mundo cerrado sobre sí mismo. El complejo de los claustros tiene el aire de un castillo abandonado.

Entre la segunda y la tercera muralla, se han creado cinco pequeños sectores de chabolas y tiendas de campaña. Desde hace varios meses, miles de desheredados se fueron acercando al Principado, atraídos por un enclave que confiaban vanamente que pudiera mantener una cierta prosperidad. No hace falta decir que los delitos de robo y agresión han aumentando extraordinariamente. Incluso han hecho acto de aparición técnicas de asalto en grupo a viviendas. Estos grupos comienzan a ir armados.

El miedo a un robo armado formado por más de doscientos agresores, llevó a cerrar el Tesoro Leonino. El museo de la sacristía del Templo donde se guardaban todo tipo de objetos preciosos usados en las liturgias. Hasta entonces esa parte de la sacristía había estado abierta al público. Pero se corría el riesgo de que entrando como turistas, un grupo armado con mazas y martillos, un grupo de más de un centenar de personas, tomase el lugar y rompiesen las vitrinas, dispersándose después en todas direcciones. El tesoro fue cerrado y se redobló la guardia a su alrededor, día y noche.

Durante un tiempo llegaron noticias confidenciales de que el ejecutivo italiano preparaba una columna militar que llegase al Celio e incautase todo lo que de valor encontrase: cálices, cruces, relicarios, obras de arte. La desesperación del Gobierno le había llevado a considerar que dado que el Principado era parte de Italia, y por tanto sujeto a su soberanía, podían nacionalizar esos bienes como medida de emergencia para una situación desesperada en la que la supervivencia del Estado estaba en juego.

El Gobernador del Celio tomó la decisión de que todos los objetos del tesoro fueran custodiados en cinco cámaras. Dos de ellas profundas bajo tierra, una situada en el corazón del Cuartel de la Guardia, y otras dos se habilitaron en sótanos del Celio. Se



trataba de sótanos que estaban fuera del acceso de libre de la gente. Los claustros y el Templo conformaban un laberinto verdaderamente inacabable. La cantidad de lugares con que contaba el plano del Celio era la mejor defensa. Además, las puertas se tapiaron y pintaron. En mitad de un edificio, nadie sabía que había un espacio de trescientos o cuatrocientos metros cuadrados al que no se tenía acceso por ninguna puerta. Había que saber que la cámara estaba allí, detrás de tal o cual pared. Pero nada, ni la más pequeña marca, indicaba que allí detrás se hallase parte del tesoro.

Las dos cámaras bajo tierra donde se guardaron los objetos más preciosos, habían sido creadas *ex profeso* con esa finalidad una generación antes. Las autoridades del enclave, durante algún tiempo, habían temido una repentina incautación de las obras de arte por parte de la República Italiana. Las aguas de la política italiana habían sido muy turbulentas algunos años. Así que dos cámaras fueron creadas para introducir dentro los objetos que se consideraran lo más dignos de ser preservados. Esas cámaras contaban con un solo acceso de entrada. El cual, una vez cerrado, era soterrado bajo un metro de tierra. Pudiéndose pavimentar de inmediato. Como el acceso estaba situado en los cimientos de un flanco del Templo, fuera de la vista de todos, nadie podía saber que allí estaba el acceso a la cámara, ni que ésta había desaparecido.

En este caso, la filtración del plan de incautación por parte de la República Italiana era verdadera. Pero la descomposición del Estado fue más rápida que ésa y otras medidas. De manera, que la columna nunca llegó al Celio.

El Celio apenas tiene peregrinos, porque la gente apenas viaja. El Templo, especialmente, parece un gran mausoleo, una

masa oscura y muerta. Lo más dramático es la falta de luz. Apenas hay luz eléctrica y la Archibasílica aparece con una cierta belleza inusitada, pero también muestra sus espacios con un aire amenazador.

Los altos muros del Templo se han convertido en un lugar inhabitable: sin ascensor, sin electricidad para subir agua. Subir al piso propio es como subir a una montaña. Ha habido que recolocar a sus habitantes. Ahora son masas oscuras y muertas. Como un castillo vacío. Sólo los monjes de la Abadía de San Simón Estilita permanecen en sus alturas, como si habitasen una montaña. Pero no se mueven de su monasterio. Cada día, durante varias horas, una cadena humana sube con cubos el agua que será necesaria para el monasterio.

El Papa no ha vuelto a pisar el Celio desde hace ocho años. Y ya lleva cinco años desterrado en USA. Las convulsiones sociales le obligaron a abandonar con urgencia el Vaticano. Años después, las masas urbanas enardecidas no respetaron ni la Basílica, ni el interior del Estado Vaticano.

Los cardenales y obispos tampoco van al Celio. Sólo permanecen un 40% de los habitantes que vivían allí en su época de esplendor. No ha habido nombramientos de cardenales desde hace siete años. De momento, contando con los purpurados jubilados, siguen viviendo dentro de las murallas del principado treinta y dos cardenales.

Murallas que han probado ser de máxima utilidad. Porque, hace dos meses, el Gobernador preguntó al Consejo de los Nueve hasta dónde estaban dispuestos a llegar en la defensa del Celio.

-¿Hasta dónde están dispuestos a llegar en la defensa del Celio?

-¿A qué se refiere? –preguntó preocupado un cardenal tailandés.

-Me refiero –respondió el Gobernador- a que es ahora, en este momento, en esta mesa, cuando tenemos que acordar hasta donde puede llegar el uso de la fuerza para repeler a los que quieran ingresar por la fuerza en el perímetro del Principado.

El Gobernador les explicó que la frontera del Celio estaba vallada con alambradas. Dos vallas metálicas delimitan un corredor de tres metros de anchura, relleno con varias espirales de cables superpuestas y jalonados con cuchillas verdaderamente afiladas. Les dijo que todo el que hasta ahora ha entrado en el Principado lo había hecho completamente desarmado. Que se había revisado, uno a uno, a todos. Y que ni un arma blanca había entrado en los tres últimos meses. Por otra parte, desde hace un mes ya se había dejado de admitir a más personas dentro del límite del Principado. Se trataba de una cuestión de mínimo sentido común. El Celio tenía sus límites. Sus reservas alimentarias no podían soportar una población infinita.

El enclave había sido extraordinariamente generoso en la política de admisión, por caridad. Aunque, al final, había habido que cerrar las puertas de ingreso. Se seguiría alimentando a los varios millares de personas que se agolpaban en sus alrededores. Pero para mantener la seguridad, no se les podía permitir que se concentrasen en un espacio de terreno tan limitado. La comida se racionaría al máximo y se distribuiría, confiando en Dios, hasta que se acabase. Pero la seguridad requería de un espacio de seguridad entre los claustros y la masa de gente. El Gobernador explicó las medidas de seguridad.

-Pero todo eso –continuó-, no servirá si un grupo armado y numeroso viene desde Roma u otro punto de Italia, con la idea de asaltar los claustros. Ese tipo de grupos ya existen y han asaltado

incluso centros gubernamentales en distintas ciudades. Buscan alimentos, gasolina, bienes preciosos. Sean grupos armados organizados o sea la masa desesperada, debemos ya ahora decidir hasta donde llegamos.

El Gobernador les explicó a los cardenales que si cinco mil personas, sin otras armas que piedras y palos, se lanzaban contra el Celio, decididos a penetrar, era necesario repelerlos con los medios proporcionados.

-Eso significa una matanza –constató un cardenal ugandés.

-Pero si penetran se acabó el imperio del orden y la razón –añadió un cardenal portugués-. Será la ley del más fuerte.

-Por eso necesito que me permitan abrir fuego sobre la masa de gente –dijo el Gobernador-. Armados o no, deben ser contenidos. Y eso puede costar cuatro mil o cinco mil muertos. Ustedes deciden.

Las discusiones se prolongaron una hora más. Pero, al final, el Gobernador salió de la sala con el permiso para abrir fuego con ametralladoras sobre la multitud. Y así se lo comunicó a la Guardia Romana esa misma tarde, con la mayor celeridad.

Todo un plan de protección se trazó de acuerdo al perímetro de las tres murallas. Con soldados apostados en sus azoteas eran perímetros fáciles de defender. Sólo la tercera muralla, incompleta, presentaba más problemas. Se optó por defender el perímetro marcado por el trazado proyectado para la tercera muralla. Si este perímetro caía, cada tramo de esa muralla debía resistir como si de un castillo asediado se tratase. Desde la segunda muralla se lanzarían unas horas después ataques para recuperar el dominio sobre el área tomada.

En el peor de los casos, si todo fallase, si lo inimaginable ocurriese. El claustro central se convertiría en el último bastión, en el último perímetro a defender. Las masas sin alimento se volverían como locas. Los gobernantes del Celio habían sido previsores y habían acumulado alimentos. Pero estos debían ser distribuidos de forma racional. Había que evitar la ley de la selva. Eso suponía que, previsiblemente, habría que matar a miles de personas. Por lo menos, ése se convertía ahora en un escenario posible. Y las decisiones había que tomarlas ese día y ya habían sido tomadas. No se podía consultar a través de la cadena de mando ante una masa de millares de hombres lanzándose al asalto.

Nunca los arquitectos del siglo XXI, cuando diseñaron los nueve claustros y las ampliaciones posteriores, pudieron imaginar que sus murallas acabarían sirviendo para semejantes propósitos.

## **133. Los estilitas**

Cien años después de la fundación célica, se erigieron cuatro columnas para ermitaños estilitas. Las cuatro columnas corintias contaban con quince metros de altura. Sobre cada capitel, se edificó una pequeña casa. La planta de cada casa era cuadrada, de siete metros de lado y dos niveles. En la cúspide del tejado de cada casa se alzaba una cruz dorada.

Allí vivían en completo aislamiento cuatro ermitaños. Con el tiempo, se edificaron más columnas, casi todas en el interior del Templo. Llegó a haber en total noventa y nueve columnas. Sus habitantes procedían de los monasterios del Celio. Tras varios años de vida comunitaria, algunos decidían pasar un tiempo en completo aislamiento. El tiempo mínimo de estancia era un mes.

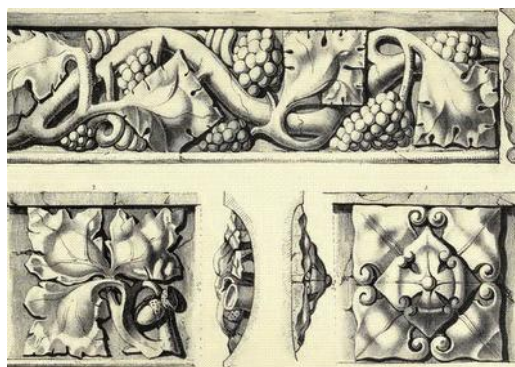
Algunos tras la prueba, prolongaban su estancia durante medio año o un año. Del casi centenar de estilitas, setenta habían hecho de ese modo de vida algo permanente. Incluso en los muros de la Nave Central se levantaron treinta columnas. Sus ermitaños vivían en completo aislamiento, pero dentro del Templo del Señor.

Un veinte por ciento de los estilitas no procedían de las filas de los monjes, sino que habían llegado al Celio con esa vocación en la mente. Ellos debían pasar un par de años en un monasterio o en la zona de las cuevas de los ermitaños. Una vez que se les conocía y se había discernido bien su vocación, era cuando se les admitía a ese otro tipo de vida.

Pero el *iter* normal era ser acogido en un monasterio, no como monje, sino como huésped. Después de un par de años, pasar a las cuevas de los ermitaños. Y, por último, tras unos años más, pasar a una de las columnas en cuanto quedaba una de ellas vacante. Pues todas las columnas estaban ocupadas y había que esperar a que alguna quedara vacante.

# Northminster y Southminster

La segunda generación de enclaves pontificios



## 134. El Architemplo

Doscientos años después de la gran profanación del Celio, doscientos años después de que las olas de la iniquidad lo anegaran todo, el mundo se ha vuelto un mundo esencialmente católico. En un mundo así, la resistencia vaticana para evitar que se crease un estado pontificio tuvo que ser notable. No es tan fácil negarse a tomar un dulce cuando así te lo pide y te presiona la opinión pública. El Estado Vaticano y el Principado del Celio son suficientes, dijo con energía el Romano Pontífice. Y así lo repitieron varios sucesores suyos.

Pero toda resistencia tiene sus límites. Y toda negativa tajante tiene sus compuertas menores. Y así, tras mucho debate, se aprobó (con gran apoyo mundial) la creación de un nuevo templo mucho más grande que el templo célico en un nuevo enclave a

media hora del Principado. Si las dimensiones del Templo estaban pensadas a la medida del Celio, el nuevo templo se pensó a la medida de un nuevo Estado Pontificio que, finalmente, nunca existirá.

En el Celio, cuando la Nave Central se llenaba de asistentes para las ceremonias más multitudinarias, se situaba a la gente en las naves laterales. Si con eso no era suficiente, también en las iglesias y pasillos de la Archibasílica. Cada vez había más ceremonias en las que había que situar a la gente incluso en los nueve claustros para que siguieran las ceremonias en las pantallas gigantes. Cuando tampoco se dio abasto con los claustros, se situó a la gente en la explanada que hay delante de la entrada al Templo y en el perímetro entre la segunda y tercera muralla. Como era inevitable, llegó un momento en que se pensó en hacer algo más grande todavía.

Northminster estaba pensado como un templo para acoger a masas de más de diez millones de personas. El Templo del Celio se erigió dando de sí lo máximo en aquel tiempo. De hecho, cuando se comenzó, a casi todo el mundo le pareció una locura. Varios cientos de años después, la idea era construir algo mucho más extenso e impresionante que la locura célica. Algo a la medida de la arquitectura del siglo XXIII:

Las dimensiones de este nuevo templo serán cincuenta veces más grandes que las del entero templo célico con todas sus iglesias y capillas. La empresa es tan descomunal, que la primera medida es no tener ninguna prisa en erigirlo, como se hizo con el Celio.

Primero se construirá el ábside. Después, se irán construyendo las bases de los muros y pilares, para que vaya apareciendo a la vista un bosquejo de lo que será el perímetro de la edificación. Aunque quizá el perímetro sea la única cosa clara en este proyecto.



De momento (durante algunos siglos), las naves de este templo estarán a cielo abierto. Ya que será el futuro el que tendrá que ir viendo cómo se materializa algún tipo de cubrimiento para una extensión tan formidable.

El ábside tendrá la apariencia de las ruinas inglesas de la abadía de Whitby, sólo que de un tamaño mucho mayor. El equivalente a un edificio de cincuenta pisos de altura.

Este lugar será, por tanto, durante muchas generaciones, un templo a cielo abierto, un espacio donde las grandes masas de gente puedan congregarse. Pero no será una mera explanada, sino una llanura donde el ábside, las bases de los pilares y las divisiones de las naves laterales le confieran un sentido de sacralidad.

Bajo el cielo y con la hierba creciendo en el suelo, será una especie de simple y sencillo Templo de la Naturaleza. Un conjunto en el que los visitantes no tendrán claro si están viendo un proyecto apenas comenzado, o si están delante de las ruinas de lo que, tiempo atrás, fue algo grandioso.

Nadie sabe cómo evolucionarán los materiales ni la ciencia de la arquitectura en los próximos doscientos años. Así que el plano general se pensará teniendo en cuenta lo bello, no lo posible. Si después se cambia esto en alguna medida, cosa inevitable, el plano inicial quedará como una especie de arqueología de este proyecto. Pero aunque las técnicas evolucionan, ya ahora sabemos cómo podrían ser los volúmenes de un macrotemplo ideal.

Este macrotemplo se erigirá sobre los planos con clara conciencia de la imposibilidad de llevarlos a cabo. ¿Cómo se puede cubrir sin columnas una nave lateral de dos kilómetros de longitud? Así que se considerarán esos planos más como un punto de arranque, como una idea. Pero una idea por la que se podrá ya pasear, en la

que se podrá orar. Porque los planos estarán marcados sobre la llanura. Aunque los grandes edificios que marquen los perímetros, al final, no lleguen a ser más que una anécdota primitiva en los muros definitivos de este templo.

## **135. El Ábside**

Lo que se convertirá en el icono de Northminster desde el principio, la imagen que todos conservarán en su retina, será el ábside de este templo. ábside que será una réplica exacta (pero colosal) de las ruinas de la abadía de Whitby.

Dentro de ese marco de muros y pilares, se encajará armoniosamente una iglesia techada que funcionará como el lugar diario para las celebraciones ordinarias. Con el pasar de los años, habrá una sucesión lineal de tres iglesias, cada una más grande que la anterior. Estas tres iglesias conformarán el ábside del futuro templo. Ellas acogerán a los peregrinos mientras no concurren grandes masas de gente.

Como se irá construyendo como una sucesión de tres ábsides, seguirá el esquema de la Abadía de Westminster. A este esquema inicial, se le irán añadiendo capillas e iglesias menores.

## **136. Naturaleza de este templo**

Este templo tendrá un carácter esencialmente distinto del célico. Deberá ser un lugar cuyas dimensiones sean tan impresionantes que generen una sensación de soledad, de estar vacío, de que el

cielo forma parte de esa construcción, de que la naturaleza es el gran retablo.

No nace este templo con la mera idea de erigir uno más grande que el ya existente. Sino que tiene una naturaleza propia. Es un templo pensado para retiros espirituales. Un lugar donde se tenga la sensación de haberse retirado del mundo.

Aquí no residirá la Curia. Sólo habrá monasterios contemplativos, monasterios de clausura. Se celebran un par de veces año grandes macromisas. Pero el resto del tiempo el lugar dará la impresión visual de ser una especie de gran llanura con ruinas de lo que en tiempos fue una gran iglesia, un lugar propicio para pasear meditando, o para sentarse y orar.

El carácter de Northminster no le evitará convertirse en un lugar de visita turística. Eso será inevitable. Así que habrá restaurantes e infraestructura turística, pero todo ello completamente oculto en el interior de los gigantescos muros de la construcción.

Además, los turistas únicamente podrán caminar por el exterior del perímetro. Al interior del templo sólo podrán acceder los que estén realizando un tiempo de retiro espiritual.

Incluso en las iglesias del ábside, habrá una parte en la que podrán entrar los visitantes, y otra parte en la que sólo podrán transitar los que estén realizando un tiempo de retiro.

## **137. Otras cuestiones**

El Architemplo está situado a media hora en automóvil desde el Celio, en dirección norte. Su promotor fue el Papa Adriano II, el segundo Papa inglés de la Historia. Él fue el que decididamente

bautizó al lugar como Northminster. Nombre escogido en contra del consejo de todos sus asesores. Aunque ése sea su nombre oficial, muchos italianos lo llaman Normister. En latín, se denomina Normonasterium.

Adriano II quiso que el nuevo enclave estuviera a no mucha distancia del Celio, porque quería que Northminster fuera una especie de satélite del principado. Pero, de ningún modo, insistió, debía convertirse en un Celio pequeño. El sitio no podía perder su naturaleza de lugar de retiro. Ese Papa también puso mucho empeño en que Northminster fuera un enclave completamente independiente de las autoridades del Celio. No debía depender ni de la Curia, ni del Colegio Cardenalicio, ni de su Protodiácono. Con este último, era con el que peores relaciones tenía.

Como se trató de un lugar de retiro, determinó que su liturgia debería quedar encomendada a una gran abadía benedictina. El entero enclave de Northminster se convirtió así en el monasterio del arcángel San Gabriel. Ésta sería una casa dependiente de la esplendorosa Abadía de San Simeón Estilita en el Celio. La abadía de San Gabriel constituiría un lugar de retiro perfecto para los numerosísimos monjes de la gran abadía del Celio. Las nutridas filas monacales de la impresionante abadía del Celio, tendrían, de esta manera, un lugar de retiro, un lugar de descanso, un lugar para cambiar de aires. El nuevo monasterio no sería independiente, sino que nacería, desde el principio, como una casa más de la constelación que dependía de la abadía célica.

El abad del monasterio de San Gabriel sería nombrado por el abad de la casa madre, no por el capítulo de monjes. Y según lo dispusiesen los superiores de San Simeón y de San Gabriel, los

monjes se trasladarían entre las dos abadías, como si se tratase de un solo monasterio con dos sedes.

Aunque, en realidad, eran más de dos sedes las que conformaban esa constelación de casas benedictinas sujetas a la casa-madre. Pues, además de la casa-madre con más de mil monjes, había en el Celio dos abadías más con más de ciento cincuenta monjes, tres pequeños monasterios y cinco prioratos con más de ochenta monjes, y, ahora, la abadía de Northminster, que llegaría a tener doscientos monjes.

Todo el mundo reconocía un nuevo Cluny en la abadía-madre y sus casas sujetas a ella. Aunque la verdad era que había superado a Cluny hacía mucho tiempo.

Por deseo pontificio, los gastos de la erección de Northminster corrieron a cargo del Celio. El nuevo enclave contaba con los siguientes elementos en su seno:

- la abadía del arcángel San Gabriel
- las zonas de retiro
- las zonas para el turismo
- los edificios donde había residentes que habían comprado un piso

El Papa ordenó que se formara una comisión de laicos pertenecientes todos ellos al Opus Dei. Decía que así todos andarían de acuerdo y en armonía. Esta comisión se encargaba de administrar el presupuesto para las nuevas construcciones, así como de la administración de las zonas turísticas. La citada comisión era soberana en sus decisiones, pero rendía cuentas al abad de Northminster y a un cardenal delegado por el Papa para supervisar el avance del entero proyecto. Adriano II no quiso que la comisión estuviera sujeta al Colegio Cardenalicio.

## 138. El poder abacial

Adriano II se dio cuenta de que la abadía de Nortminster no podía ser independiente. No sólo dependía enteramente para su desarrollo de la Abadía-Madre, sino que el nuevo monasterio era el lugar lógico de descanso y de retiro de los monjes de la gran casa del Celio. Por otra parte, el gran monasterio del Celio siempre contaría con muchos más monjes, pues allí estaban las grandes celebraciones y el gran trasiego de peregrinos. Northminster, al ser un lugar de retiro, siempre sería un lugar menos visitado.

Adriano II reconoció que la nueva abadía debía ser dependiente de la célica. Ahora bien, no quería aumentar todavía más el poder del gran abad del Templo. Así que en la carta fundacional se dejó bien claro que el abad de Nortminster era la máxima autoridad civil y religiosa de ese enclave, sometida directamente a la Sede Papal.

El problema era que esa misma carta fundacional también reflejaba el hecho de que la entera nueva abadía era dependiente de la Abadía-Madre.

Los teóricos del Derecho intentaron satisfacer los deseos papales, sin lograr una fórmula que claramente resolviera a nivel teórico esta situación. Al final, se estableció un *statu quo* de hecho. El abad célico no solía entrometerse en la administración y gobierno de la nueva abadía. Pero tenía derecho a dar las órdenes que considerara convenientes, dado que el abad estaba bajo obediencia del gran abad. En la práctica, como se ha dicho, el gran abad no solía interferir y el abad subordinado, de hecho, actuaba con independencia. Pero, al ser nombrado, siempre tenía que prometer su obediencia al gran abad, mandara lo que

mandara. Y siempre que se suscitaron desacuerdos, el abad subordinado siempre obedeció.

Algo que favorecía esa independencia, era que su nombramiento era para toda la vida. El gran abad le nombraba con entera libertad. Pero una vez nombrado no le podía remover, salvo que se probara la desobediencia a sus órdenes o por otras gravísimas razones.

## **139. Las casas femeninas benedictinas**

En Northminster también se establecieron catorce pequeños monasterios benedictinos de la rama femenina. Entre los catorce monasterios no sumaban más de doscientas monjas.

Hay que hacer notar que, en el mismo Templo del Celio, la rama femenina benedictina nunca logró un desarrollo comparable a la rama masculina. Proliferaron pequeños monasterios femeninos de entre diez y veinte monjas con el mismo esquema jurídico que la rama masculina. Se creó en el Templo una casa-madre para la rama femenina. Pero por más que se intentó potenciar, sólo alcanzó un máximo de un centenar de monjas. En el resto del templo célico, se repartieron el resto de las casi medio millar de religiosas benedictinas.

## **140. El Ducado de Normonasterio**

Al principio, cuando Adriano II tenía muy avanzado su secreto proyecto de creación de Northminster, su propósito era enclavarlo en Escocia. Fue entonces cuando las autoridades de Italia

movieron todos sus resortes para que el proyecto se llevara a cabo en Italia. El Estado Italiano ofreció el mismo estatus jurídico para el proyecto, si el enclave se situaba en la península italiana.

El Celio había probado ser un generador de riqueza: riqueza financiera, puestos de trabajo y turismo. La República no tuvo inconveniente en otorgar ese *status* a un territorio que, en el fondo, era el equivalente a un aeropuerto.

Las autoridades italianas tuvieron un gran aliado en el Colegio Cardenalicio. La presión fue tan fuerte que, al final, Adriano II cedió. No muy a gusto, pero cedió.

En un principio, se pensó en situarlo a medio camino entre el Celio y la parte más septentrional del Estado Italiano. Pensando, en un futuro lejano, en la posibilidad de crear un tercer enclave a medio camino entre el Celio y el Sur de la península. Dos enclaves que serían motores económicos y turísticos.

Pero pronto se dieron cuenta de que Nortminster sólo tendría un desarrollo notable si era localizado a media hora de distancia en coche del Celio. Si se hacía así, se convertiría en un satélite del Celio. Si estaba situado a varias horas de distancia, sería una realidad independiente pero mucho más pobre.

La mayor parte de las opiniones más sabias optaron por crear un satélite, no una realidad lejana, pobre e independiente. Ya existían otras muchas realidades independientes, y ninguna de ellas había *despegado*. Northminster debía ser un apéndice del Celio. El tiempo dio la razón a esta postura.

El Estado Italiano, con apoyo de todos los partidos políticos, otorgó a los Romanos Pontífices el título de Duques de Tuscia. El título se otorgó a perpetuidad y con los mismos derechos concedidos para el principado del Celio. Civilmente, ese territorio se denominó Ducado de Tuscia. Un ducado proveniente de la



Edad Media y que como título desapareció en 1860 al anexarse a la República Italiana.

El Papa otorgó al abad de Northminster, el título de Conde de Tuscia para que ejerciera en su nombre la plenitud de la autoridad civil en el territorio de ese enclave. De forma que su persona tenía los títulos de Abad de Northminster y Duque de Tuscia. Uno era un título religioso y otro civil.

La seguridad de ese enclave estaba a cargo de una compañía de la Guardia Romana. El cuartel se convirtió en un lugar de retiro espiritual y de descanso para miembros de ese cuerpo militar. Ochenta soldados eran los efectivos destinados a ese ducado.

El Conde-Abad era la máxima autoridad civil y el capitán de la Guardia le debía obediencia. Asimismo, era la máxima autoridad judicial y religiosa de ese territorio.

## **141. Sudmonasterium**

Diez años tras comenzar las construcciones en Northminster, comenzaron a su vez las obras en un nuevo enclave llamado Southminster. Situado a media hora al sur del Celio. Este territorio era un cuadrado irregular de cinco kilómetros de lado. El status jurídico era el mismo que el del recién creado Ducado de Tuscia. De hecho, la creación de ambos territorios fueron aprobados a la vez por el Parlamento y el Senado de Italia. El nuevo enclave recibió el nombre civil de Señorío de Gaeta. En su centro estaría situada la Abadía de Southminster, como popularmente se conocería a todo ese territorio.

Si Northminster nacía con el propósito de ser un templo, Southminster nacía con el propósito de ser un nuevo monte Athos. El terreno se iría dividiendo y subdividiendo para dar cabida a más y más pequeños monasterios. Las labores generales de gobierno y coordinación recaerían en el abad del monasterio central de Southminster. Monasterio central porque estaría situado en el centro en lo alto de una montaña. Esta abadía benedictina de San Rafael Arcángel contaría con unos doscientos monjes.

Este monasterio de San Rafael se constituiría como una abadía dependiente de la misma casa-madre que Northminster. Jurídicamente, la organización eclesiástica sería la misma. El abad de Southminster sería nombrado por el gran abad de la casa-madre, le debería obediencia, pero el nombramiento sería vitalicio. El abad de Southminster sería la máxima autoridad civil y religiosa de ese territorio donde se irían enclavando otros muchos pequeños monasterios. Sería el Papa el que recibiría a perpetuidad el título de Señor de Gaeta. El cual nombraría al abad Conde de Gaeta para que ejerciera su autoridad sobre ese enclave.

Antes de sesenta años, más de cuarenta pequeños monasterios se establecerían en el Señorío de Gaeta. Los turistas podían recorrer el enclave libremente, pero sin salirse de los caminos. Porque el territorio estaba dividido entre los distintos monasterios. Cada uno de los cuales tenía su propia clausura. Las clausuras no estaban cerradas por altos muros, sino por sencillas vallas de madera de poca altura. De esta manera, el señorío tenía un aspecto de campo abierto, no de compartimentos cerrados. A todos los que entraban en Southminster se les advertía que no debían internarse en las clausuras delimitadas por esas vallas, bajo pena de fuertes multas.

Los turistas y peregrinos podían recorrer los muchos caminos del señorío, pero siempre a pie. En cada monasterio, podían escuchar

los distintos oficios divinos. Pero sin ir más allá de donde se marcara el comienzo de la clausura.

Si en Northminster se había buscado un terreno lo más llano posible, en Southminster se había buscado un terreno dominado por un montículo central. Los cuarenta monasterios pertenecían a muy distintas órdenes contemplativas, masculinas y femeninas. Aunque el gobierno lo ejercía el abad de Southminster, todos los residentes en ese señorío podían recurrir a los tribunales civiles o eclesiásticos del Celio.

El Señorío de Gaeta contaba con doscientos efectivos pertenecientes a la Guardia Romana. Los cuales vivían en un castillo adosado a la abadía central, y las torres defensivas situadas en las cuatro puertas de entrada al territorio. Todos los delitos cometidos por los turistas eran juzgados por los tribunales del Celio. El castillo contaba con cinco mazmorras para confinar a un máximo de cien personas, por si fuera necesario.

## **142. El Gran Abad**

Cuando el Gran Abad del Monasterio de San Simeón Estilita del Celio moría, era un consejo de diez monjes-electores los que se reunían para elegir un nuevo abad, cargo vitalicio. El abad tenía tantas atribuciones, era un cargo de tanta responsabilidad, que no era la comunidad (de más de mil monjes en la Casa-Madre) la que lo elegía. Sino diez monjes-electores sabios y santos. Dignidad ésta de monje-elector que se tenía hasta el final de la vida. Cuando uno de estos monjes moría, el Gran Abad nombraba un nuevo monje-elector que ocupase su sitio vacante en el consejo.

Cuando un Gran Abad fallecía, se reunían en la Casa-Madre los dos abades-condes, los cuatro abades y priores del Celio cuyas casas eran dependientes de la Abadía de San Simeón. Estos abades y priores carecían de voto, pero el primer día tomaban la palabra para dirigirse a los monjes-electores y les aconsejaban en los días siguientes.

En el protocolo diplomático del Celio, los dos abades-conde iban detrás del Gobernador del Celio. Mientras que el Gran Abad se sentaba aparte, teniendo preeminencia sólo sobre el resto de abades. Según las reglas de protocolo, él nunca se sentaba en la zona de las autoridades civiles. Pero en el interior de los monasterios dependientes de la Casa-Madre, el Gran Abad tenía precedencia frente a los dos abades-conde. De hecho, ellos besaban el anillo del Gran Abad. La voluntad del Vaticano era que este *statu quo* se mantuviera aunque, por ejemplo, la abadía central de Southminster llegara a tener un millar de monjes.

## **143. Cuestiones menores de Southminster**

La abadía central de Southminster tenía aspecto de una gran montaña. Incluso parte de sus edificios semejaban peñascos o laderas cubiertas de vegetación. Este magno edificio servía de residencia para el clero que venía a pasar un tiempo de retiro espiritual. Una parte de esa abadía también ofrecía alojamiento a los turistas.

Junto a las puertas monumentales de la muralla exterior de Southminster, había magnos edificios (integrados en la muralla)

que servían para alojar a los turistas. En esos muros, se alojaron también las casas privadas de aquellos que vivían en ese territorio antes de que se creara Southminster. Se les expropió de sus casas y terrenos, pero se les dio a cambio pisos en esos muros por un valor no igual, sino superior a lo que poseían. Las casas deshabitadas de los pobladores iniciales quedaron deshabitadas y en ruinas como testimonio de la historia.

Southminster debía evitar totalmente el albergar edificios turísticos. Era un lugar para peregrinar por sus caminos. Un mosaico de pequeños monasterios donde escuchar oficios litúrgicos u hospedarse por unos días.

En el perímetro de Southminster se iría construyendo, sin ninguna prisa, un gran edificio-muralla en el que se alojarían viviendas privadas. También en el interior de ese edificio-muralla se localizarían algunas zonas de servicios turísticos. Pero sin ninguna salida al interior de Southminster. Por otra parte, esas zonas de servicios conformarían una especie de pasillo interior en el edificio. En el exterior, el edificio tendría la austera apariencia de una muralla de seis pisos de altura.

Con el pasar de los siglos, el perímetro quedaría cerrado por esa muralla con cuatro puertas monumentales. Una vez que se cerrara el perímetro, el proyecto incluía la posibilidad de construir una segunda muralla. Dejando, entre la primera y la segunda muralla, un corredor ajardinado de veinte metros.

Se estima que un siglo después de la creación del enclave, Southminster contaría con más de 50.000 personas viviendo en su muralla. Lo mismo sucedería con los muros del templo de Northminster. Antes de un siglo, sus habitantes se contarían por decenas de miles. La abadía central de Southminster llegó a contar con 800 monjes y fundó en el enclave cuatro abadías dependientes de ella.

Al crear Southminster, hubo un gran debate acerca si debía haber electricidad en ese territorio. Algunos propugnaban un terreno sin electricidad, teléfono o internet. Finalmente, esas medidas no se aprobaron para todo el territorio. Dejando libertad para que cada monasterio decidiera si deseaba contar con electricidad o teléfono.

Los títulos religiosos del Papa son Vicario de Jesucristo, Sucesor de Pedro, Príncipe de los Apóstoles, Primado de Italia, Arzobispo y Metropolitano de la Provincia Romana.

Los títulos civiles del Romano Pontífice, ahora, son Soberano del Estado Vaticano, Príncipe del Celio, Duque de Tuscia y Señor de Gaeta.

## **144. El Abad Assomou y el protocolo de transmisiones de órdenes papales**

Sobre los hechos que voy a relatar, hay diversas versiones. Aunque algunas de esas versiones son muy detallistas y extensas, he preferido decantarme por la más sobria:

El Cardenal Secretario de Estado llegó a la entrada principal Northminster a las diez de la noche. Su automóvil negro iba a compañado de cuatro coches con matrícula vaticana, de veinte furgones de la Gendarmería Italiana y de seis camionetas de las fuerzas especiales del ejército italiano.

El cardenal descendió y se presentó al cuerpo de guardia de la entrada. Los tres soldados de la Guardia Romana se cuadraron y saludaron.

-Comuniquen al capitán de guardia en el Centro de Comunicaciones que está aquí el Cardenal Secretario de Estado.

En menos de dos minutos, llegó azorado el capitán. Varios oficiales de la policía italiana se habían colocado detrás del purpurado. Detrás de los oficiales, ya había una veintena de agentes italianos fuertemente armados con cascos y petos protectores. El secretario del cardenal le entregó el documento papal al cardenal. El cardenal lo desplegó con calma y lo entregó al capitán, mientras le decía:

-Traigo una orden papal por la que asumo el mando en Northminster.

El capitán comenzó a leerlo, era una hoja grande, tamaño A3. Impresa a ordenador, pero con una gran letra inicial y un formato como el de las antiguas bulas. El capitán dijo:

-Está bien, tengo que comprobarlo con el documento gemelo. Tengo que ir a la caja fuerte del Centro de Comunicaciones.

El capitán retornó con un sobre en la mano. Lo abrió delante de todos y comprobó que el sello de los dos documentos era el mismo. Se trataba del sello que transmitía las órdenes papales a los enclaves. Sello que estaba oculto en ese sobre cerrado.

El capitán dudó. Se trataba ciertamente del Cardenal Secretario de Estado. En el Centro de comunicaciones tenían las fotos y nombres de los cuatro monseñores de la Secretaría de Estado que podían transmitir órdenes directas del Papa. El sello del documento también coincidía. Pero el capitán, inexplicablemente, parecía no estar convencido.

-Eminencia, lo siento, pero tengo que pedirle la contraseña.

La orden papal disponía que el cardenal asumía la plena autoridad sobre toda autoridad militar del enclave en ese momento. Incluso el abad pasaba a estar sometido bajo él. El capitán antes de ponerse a sus órdenes, pidió la contraseña. El cardenal, que ya se lo esperaba, sacó otro sobre y se lo mostró. El capitán telefoneó al capitán de guardia en el Cuerpo de Oficiales. En menos de tres minutos estaba allí un capitán con un sobre sacado de la caja fuerte de ese Cuerpo de Oficiales. El segundo capitán se cuadró ante el cardenal. Los dos sobres se pusieron ante la mesa ante la vista de los soldados de la Guardia Romana allí presentes. Los dos sobres se abrieron a la vez y quedó patente que la contraseña numérica coincidía.

Los dos capitanes se cuadraron ante el cardenal y dijeron:

-A la orden, Eminencia.

-Muy bien –dijo el cardenal-, según el protocolo deben telefonar al Cuerpo de Oficiales para advertir que, desde este momento, yo asumo el mando sobre este ducado. Transmitan que permito que las fuerzas de seguridad italiana penetren en el territorio y que no deben ser interceptadas de ninguna manera en las detenciones que van a practicar.

El cardenal se volvió e hizo un gesto al oficial de más alta graduación de la policía. Él y los agentes penetraron a paso ligero a través de aquel puesto de guardia, hacia el interior del edificio. En pocos minutos, procedieron al arresto del Abad, del prior, del comandante en jefe de la Guardia Romana en Northminster.

Días antes, el Ministro del Interior le había comunicado que tenían pruebas de que más de veinte personas, con orden internacional de busca y captura, residían desde hacía años en Northminster. En un edificio entero en el que guardaban grandes



cantidades de dinero y en el que vivían lujosamente con sus familias en una casi completa normalidad.

El ministro le hizo ver al cardenal que no podían confiar en el abad ugandés, ni en las fuerzas de seguridad de Northminster. No sabían quienes estaban en conocimiento de esas irregularidades y quienes no. Así que, para evitar la destrucción de pruebas y la huída de los interesados, había que tomar el mando del lugar y traer fuerzas de fuera. Se necesitaba una orden papal, porque podía ocurrir que un oficial corrupto diera orden de resistir con las armas lo que él hubiera calificado de una ilegítima invasión del Estado Italiano.

La operación e investigación subsiguiente demostró que los verdaderamente corruptos eran cuatro laicos subordinados al abad. En ese edificio de lujo se comenzó guardando dinero y, por último, acabaron viviendo personas buscadas por la Ley. Los gastos suntuosos de algunos familiares pusieron en la pista al Ministerio del Interior. Siguiendo el dinero, encontraron que se refugiaban allí. El Vaticano no puso ningún inconveniente a la operación.

Hasta aquí la versión de los hechos que más se ha extendido entre la gente. Sin embargo, no es cierta. Lo único cierto es que, a partir de cierto momento, se cree que medio siglo después de la fundación del Celio, se ideó un protocolo para transmitir órdenes papales. El enclave era un lugar donde vivían decenas de miles de personas, y la resolución de este tipo de *cuestiones civiles* ya no podían ser diferidas más en el tiempo. Pensando en una futura situación de emergencia, había que habilitar un protocolo de transmisión de órdenes.

No sólo eso, sino que para ver si funcionaba, se determinó que se haría un simulacro, al menos, una vez cada dos años. Un día cualquiera, sin que nadie fuera advertido previamente, se presentaba una de las cuatro personas de la Secretaría de Estado habilitadas para esta función, y comprobaba que el sistema funcionase.

Lo cierto es que empezó a correr la historia del abad nigeriano Assomou. Curiosamente, nunca Northminster ha tenido un abad nigeriano. Pero los amantes de las teorías conspiratorias afirman que su nombre ha sido borrado de los registros para desacreditar esta historia.

Esos mismos amantes de las teorías conspiratorias, afirmaron que, en un juicio eclesiástico, el abad y su prior fueron encontrados culpables de haber mirado a otro lado respecto a los laicos que realmente manejaron todo este turbio asunto. Se dice que en el juicio eclesiástico fueron condenados a vivir diez años de un modo penitencial y en estricto encerramiento en una casa de reclusión eclesiástica del Celio.

También dicen que el Vaticano, en un primer momento, pensó que el resto de culpables no eclesiásticos pasarían a disposición de la justicia italiana. Pero que, por razones que se escapaban al Vaticano, el mismo Presidente de Italia le pidió al Secretario de Estado que los detenidos fueran juzgados por un tribunal del Celio y encarcelados en ese enclave. Ante la sorpresa del cardenal, se le dijo que la justicia italiana había descubierto que el servicio secreto italiano usaba esa trama para sus propios fines de infiltración en otros grupos encargados del blanqueo de capitales. Pero también era cierto que varios agentes habían usado el lugar, ya no para los fines del servicio secreto, sino para su propio enriquecimiento personal. El asunto era un escándalo tan mayúsculo que tanto los detenidos, como el Ministerio del

Interior, estaban de acuerdo en preferir un juicio secreto en el Celio y una condena en ese mismo enclave en una casa de reclusión. Ésta es la historia espuria que más se ha extendido y que ha sido avalada por varios libros de investigación, que no son otra cosa que construcciones de indicios y tergiversaciones.

Algunos de esos investigadores han llegado a afirmar que tras varios encuentros y deliberaciones entre la Secretaría de Estado Vaticano y el Presidente y el Primer Ministro de la República, se optó por acceder a la petición del Estado Italiano que insistía en que el Celio, y sobre todo el discreto enclave de Northminster, le resultaban útiles al Estado en el complicado ajedrez de la política italiana. Las más altas instancias le insistieron en la utilidad del lugar como una especie de refugio cercano para personas y fondos económicos de los servicios secretos de Italia.

Los servicios secretos italianos tenían sumo interés en contar con un emplazamiento extraterritorial en plena Italia. Un lugar donde no podía investigar ni el fisco, ni la policía, ni la justicia italiana. La tozudez del Presidente y del Primer Ministro no admitía un no, al fin y al cabo, aquello era territorio italiano. Insistieron tanto en el interés general que eso tenía, que se pactó un acuerdo secreto al respecto. Sólo cuatro personas de la cúpula de los servicios de investigación del Celio, eran sabedoras de que varios pisos de Northminster estaban calificados como G4. Lugares y personas bajo la directa supervisión de Secretaría del Estado Vaticano.

Como ya he dicho, esto es completamente falso. Pero eso no es óbice para que sea una historia que ya parece imposible desmentir de un modo creíble. Incluso un ministro italiano, en una entrevista muy informal, dijo que él creía que esos hechos del pasado habían sido deformados y agrandados, pero que algo

había. Después insistió en que era una opinión suya que no se basaba en el conocimiento de información oficial reservada.

Algunos monseñores, sin duda dotados de gran sentido del humor, han propuesto incrustar en alguna pared de las murallas una discreta lápida al abad Assomou con alguna enigmática inscripción latina, ambigua y de muy difícil comprensión.

## **145. El Conclave Northwestminsteriano**

Ciento cincuenta años después de la creación del Celio, se congregaron masas antisistema muy violentas en los alrededores del claustro cardenalicio cuatro días antes del comienzo del cónclave. Al principio, todos fueron de la opinión de seguir adelante en ese emplazamiento a pesar de que todos los días iba a haber unas cinco mil personas protestando alrededor del perímetro del claustro. Pero cuando el asunto se complicó con cócteles molotov y actividades de similar violencia, se vio que el asunto de cuatro mil manifestantes protestando no iba a ser tan sencillo de obviar. Las cosas fueron de mal en peor, hasta el punto de que justo un día antes del comienzo del cónclave, se tomó la decisión unánime de trasladar el cónclave a Northminster. De forma secreta, por la noche, varios autobuses partieron a horas distintas transportando a los purpurados.

Nadie sospechó nada. Cuando las cámaras tenían que entrar para grabar la ceremonia de la clausura de la puerta del Claustro, se encontraron, por sorpresa, con tres cardenales eméritos que, delante de esa misma puerta de ingreso, leyeron un breve

comunicado en el que dijeron que a esa misma hora, estaba teniendo lugar la ceremonia de inicio de la clausura del cónclave en Northminster. Todo un sector de los muros de ese templo, así como una zona del interior de ese mismo templo, quedaron clausurados para el cónclave. Clausura que tuvo lugar con todas las ceremonias y protocolos que siempre tenían lugar en cónclaves anteriores.

Los que protestaban en el Celio, habían planeado concienzudamente las contramedidas ante la actividad represiva de la Guardia Romana. Pero no se podía hacer nada ante un cambio de emplazamiento del cónclave. Ahora se encontraban con que los medios de comunicación estaban migrando a toda velocidad hacia Northminster. Los dirigentes de las manifestaciones se encontraron con que si querían estar donde estuvieran los medios, tendrían que trasladarse a ese otro enclave. El problema era que el territorio del ducado se hallaba totalmente clausurado.

Controlar la entrada en el Celio no era tan fácil, vivían muchas personas allí. Tenían que entrar muchos turistas que habían reservado hospedaje desde hacía meses. Northminster, por el contrario, permitía una clausura perfecta.

Se habilitó una parte de un edificio de Northminster para hospedar a los medios de comunicación, pero sin acceso al resto de los edificios-muro del templo, ni al interior del templo. Se les dijo donde tendría lugar el anuncio de la elección papal. No se permitió la entrada de diez periodistas al interior de la clausura, tal como habían solicitado, para que pudieran dar fe de que el Sacro Colegio estaba allí reunido. Pero para tranquilidad de toda la Iglesia y el mundo, los mismos monseñores que acompañaban a los cardenales, fueron autorizados por el Sacro Colegio para grabar unas imágenes de los purpurados reunidos en una de las

iglesias de Northminster, comiendo en un gran refectorio, y paseando por un área delimitada del templo.

El anuncio del cardenal-protodiácono y la primera aparición del nuevo Papa tras la elección tuvo lugar en un gran claustro de ese templo. El claustro no tardó en llenarse con dos mil fieles y la prensa estuvo allí para enviar las deseadas imágenes.

Aunque incidentes así no se repitieron en varias generaciones, los cardenales llegaron a la conclusión de que era conveniente disponer de un lugar para el cónclave dotado de mucha más seguridad que el del Celio, un lugar que pudiera ser aislado de un modo mucho más efectivo y radical, simplemente por si era necesario.

Y así se construyó en Northminster, una construcción fortificada para este fin. El gasto no suponía ningún problema, se recuperaría en pocos años, pues se sufragaría con las visitas y su uso como hotel. Y así se procedió a dotar al lugar de unas medidas defensivas extraordinarias. Muros de hormigón de seis metros de grosor. Murallas que se levantaban sin una sola ventana, ni puerta, abierta al exterior hasta una altura de cinco pisos de altura. Un profundo foso que se podía llenar de agua y un puente retráctil de acceso a la única puerta completaban las defensas más evidentes, en un edificio que todo él había sido diseñado para ofrecer una seguridad máxima ante masas de miles de personas que quisieran tomarlo al asalto.

Pero el lugar contaba con muchas características defensivas menos visibles, tales como un bunker subterráneo, almacenes de comida, depósitos de agua, así como un cuartel para las fuerzas defensivas.

De esta manera, la Iglesia contaría con tres lugares para los cónclaves. El primitivo del Vaticano que se podía seguir usando, pero que era el menos seguro de todos, el más vulnerable a grandes manifestaciones que quisieran penetrar en el lugar a la fuerza. El segundo lugar que seguiría siendo el emplazamiento habitual para los cónclaves sería el Claustro Cardenalicio del Celio. El tercer lugar era la Fortificación Sixtina de Northminster, como recurso para ocasiones especiales.

Los gastos de la construcción de este lugar pronto fueron sufragados con su uso como hotel y con los billetes que pagaban los turistas que querían recorrerlo con guía. Los turistas y los residentes sabían que estaban pagando la construcción de ese edificio-alcázar, que desde el principio se convirtió en el lugar más popular de Northminster.

La fortaleza cardenalicia contaba en su interior con una réplica exacta de la Capilla Sixtina original, así como iglesias y capillas como las del edificio central del Claustro Cardenalicio del Celio, pero que no fueron una réplica. Sólo la Capilla Sixtina era exactamente igual en los tres emplazamientos. El resto de dependencias tenía su propio estilo en cada lugar.

## 146. El patio de los reyes de Judá

Él [Abraham] construyó allí [en la encina de Moreh] un altar a Yahveh, que se le había parecido. Gn 12, 7.



Dijo Él [Dios]: ¡No te acerques acá, descálzate las sandalias de tus pies, pues el lugar donde estás es suelo santo! Gn 3, 5.

Un sacerdote coreano paseaba por un patio interior del Celio con Helene, la famosa escritora sudanesa. Allí estaban representados seis reyes de Judá que habían tenido que ver con la construcción del antiguo templo de Jerusalén. Ese sacerdote era un gran personaje en el departamento proyectaba las ampliaciones del Celio. Ahora él y la escritora africana pasaban delante de la fachada que era réplica de la fachada del Patio de los Reyes en el El Escorial. El sacerdote señalaba a las distintas estatuas de los monarcas judíos, estatuas de cinco metros de altura.

-Éste es Josafad, representado con un cetro y un hacha. Éste es Ezequías, con un cetro y una nave. David aparece con un un cetro y una espada. Salomón, con un cetro y un libro. Josías, lo mismo, con un cetro y un libro. Manasés, con cetro, escuadra y compás.

-Volviendo al tema de antes, le dijo ella.

-Ah, sí. Pienso que en un mundo de más de 10.000 millones de habitantes, el Celio y sus dos satélites son una anécdota. Si fuéramos astrónomos, diríamos que es un mínimo evento singular



en un enorme universo. El evento es descomunal contemplado en sí mismo, pero diminuto comparado con el volumen de la Humanidad.

-A varios Papas no les ha gustado para nada *esto*.

-Si a un Papa no le gusta todo esto, puede refugiarse en el Vaticano. Ya quedan lejanos los tiempos en que se valoró si el Celio debía comenzar a existir o no. La decisión se tomó. Ahora ya existe, no hay marcha atrás. Ahora es el hogar de más de cien mil personas. Incluso si dejara de existir, seguiría existiendo en los libros de Historia. Y siempre habría más de un 1% de los católicos que querrían que volviese a existir. Y un 1% de los católicos son muchos millones de personas.

-Nadie niega que esto tenga que existir. Pero la moderación es una virtud. Aquí se predica la virtud. Y, si embargo, el lugar ha caído en el exceso.

-El Celio no puede existir más que con el esplendor que le es propio. El resto de la Iglesia no es el Celio. Al que no le guste esto, no tiene por qué venir. Tiene el resto de la Iglesia para satisfacer sus ansias de sencillez. Ancha es la Iglesia...

-Me repite viejas respuestas a preguntas que no se acallan con el paso de las generaciones. El Celio siempre será piedra de tropiezo, padre Jeong. ¿Jesús, hijo de un carpintero, hubiera querido esto?

-Creo en un mesías salomónico.

-¿Cree también en un imperio vaticano? Con el Celio, no tengo la menor duda, la Iglesia gana. La cuestión es si pierde más que gana.

-Mire, allí está el rey de España –dijo señalando a una pequeña comitiva de diez personas que caminaban charlando-. Éste es uno de los patios privados del sector regio. Aquí, todo el año, se hospedan de forma habitual jefes de estado, ministros y reyes.

-Quizá la presencia de ese monarca sea otro argumento para desear que esto algún día sean unas bellas ruinas visitables.

-Mire, aquí, en este bloque de piedra. La inscripción de aquí dice en alemán: *los espejos y las cúpulas son deleitables*. La famosa cita de Schroerckner.

-La idea de la multiplicación de los hombres tan cara para Schroerckner ... en un mundo inmenso el Celio tiene cabida. Ésa era su idea. Aunque eso no le salvó de un alcoholismo sin medida. Ni de otros muchos vicios.

-Sus vicios no estaban a la altura de su deseo de honrar a Dios.

-Padre Jeong, entiéndame, nadie niega lo adecuado que era que en medio, justo en la mitad, de la ciudad medieval se plantase la catedral. En el mundo del siglo XXI, había que plantar el Celio. El problema es que da la sensación de que la catedral va a invadir la ciudad.

-Hay tiempos, querida Helene, en que los proyectos, todo proyecto, humano o religioso, goza de un tiempo de expansión. En ese momento, uno tiene la tentación de pensar que esa bonanza no acabará nunca. Pero acaba. Hay que aprovechar la marea favorable, mientras nos lleve mar adentro. Después, el tiempo pasará. Y los guías hablarán del tiempo de esplendor del Celio. Además, no sabe los esfuerzos que hace la Santa Sede para contener las fuerzas expansivas. Si esas fuerzas hubieran sido abandonadas a sí mismas, Italia sería un microcosmos de enclaves célicos. Habría, por lo menos, diez o quince. Incluso tendríamos tres o cuatro enclaves menores en África. Grande es la fuerza del Celio para expandirse, pero más grande ha sido la fuerza para contenerlo.

Helene se detuvo y leyó las inscripciones que había en el pedestal de cada rey. El padre Jeong se lo tradujo y le explicó cada una.

**Josafad:** *Lucis ablati legem propagavit.* Destruídos los bosques idolátricos, propagó la Ley.

**Ezequías:** *Mundato domo phase celebravit.* Habiéndose restaurado y limpiado el Templo, celebró la Pascua.

**David:** *Operis exemplar a domino recepit.* Recibió del señor el modelo del templo.

**Salomón:** *Templum dño aedificatum dedicavit.* Dedicó al Señor el Templo que le edificara.

**Josías:** *Volumen legis domini invenit.* Encontró el libro de la Ley del Señor.

**Manasés:** *Contritus altare D. instauravit.* Arrepentido, restauró el altar del Señor.

Al acabar, Helene le dijo:

-Apuesto a que lo ha explicado docenas de veces.

-Efectivamente. Me gusta pasear por aquí, y a todos mis amigos se lo he explicado. Es un repaso sintético, en seis escalones, por toda la historia de la dinastía de los reyes de Judá.

-Son este tipo de detalles magníficos, los que hacen grande este lugar. No lo hacen grande sus dimensiones, sino sus detalles.

-Comparto completamente su opinión.

-Usted me dijo ayer que el gran límite de este lugar es su perímetro. Si esto estuviera emplazado en el centro de África y tuvieran un emplazamiento de veinte kilómetros de diámetro...

-¡Cuántas cosas podríamos haber hecho! Bosques, tierras de cultivo, pequeños poblados, tantas cosas.

-Padre Jeong, el Celio ha vivido cuatro cracks económicos mundiales, dos guerras europeas, una ofensiva nuclear entre superpotencias. Ha sufrido, hace cien años, el intento de las masas queriendo entrar, desbordadas y enfurecidas. Hace setenta años,

tuvo que repeler a milicianos armados y dispuestos a llevarse todo lo que fuera posible. Ha sido una intensa historia en dos siglos.

-Sí, nos hemos ganado la independencia. Ha costado sangre.

-Tampoco les tembló la mano a la hora de disparar a las masas que querían tomar los muros.

-Dentro estaba el orden. Si entraban ellos, hubiera sido el caos, la anarquía, la ley del más fuerte. Los muros separaron la racionalidad de la irracionalidad. Defendimos los muros.

-Me imagino la cara de sorpresa que hubiera puesto León XIV si hubiera podido mirar al futuro, y ver que el pequeño claustro que creaba para la Curia, algún día tendría monumentales murallas desde las que se dispararía a la multitud.

-Helene, nadie niega tu buen corazón. Un corazón noble repleto de buenismo. Pero ese buenismo conlleva sufrimiento. Las decisiones correctas, aunque duras, al final, ahorran sufrimiento.

-Padre, hagamos las paces. Al final, le han edificado un templo al Señor, y ya está.

En ese momento, el padre Jeong escuchó a sus espaldas que lo llamaban, también a su acompañante. Se volvió, allí estaba Raúl Ruiz, el esposo de Helene, con su pelo y su bigote completamente blancos. Caminaba con un bastón de empuñadura de marfil. Elegante pero espontáneo. Con una americana blanca y unos pantalones recién planchados. La conversación y el paseo siguió con él.

-Padre –le dijo Raúl-, su amor por Grecia es casi tan fuerte como su amor por la Iglesia. Y estoy de acuerdo con usted, sólo el cristianismo ha sabido vestir magníficamente el cuerpo desnudo de la época clásica.

Su esposa protestó. Raúl le escuchó pacientemente y después añadió:

-Perdónela. Es una mujer insulsa. No sabe valorar las cosas. Me casé con ella, sólo porque sabía cocinar bien.

El padre Jeong era más amigo de Raúl, aunque éste fuese agnóstico y su mujer católica practicante. Tras escuchar las quejas de su esposa, Raúl prosiguió con entusiasmo:

-Una iglesia románica es tan bella como un templo dórico; una escultura de Miguel ángel, tan admirable como una de Fidias; la labor de un Sixto VI, tan encomiable como al de Pericles.

Al cabo de un rato, los tres llegaron al pequeño apartamento del sacerdote. Con un diminuto salón, cubierto de arcos en las paredes. En esos arcos había una amalgama de papeles y libros. En varias de esas hornacinas, varias urnas con las cenizas de sus padres, abuelos y algún bisabuelo. El presbítero coreano les agasajó con una buena botella de vino. Después, los tres se fueron a comer tranquilamente a una terraza.

Yahveh predijo a David, mi padre, al decir: El hijo tuyo que pondré en tu lugar sobre tu trono, ése edificará la Casa a mi Nombre. I Re 5, 19.



Entonces exclamó Salomón: Yahveh dijo que habitaba en la tiniebla. He construido, cierto, Casa de residencia para ti, una morada para que habites siempre. I Re 8, 12-13.



La Gloria de Yahve penetró en la Casa por el camino de la puerta que mira a oriente. Ez 43, 4.

## **147. Desarrollo posterior de la triple ceremonia de elevación papal**

Cuando alguien era elegido canónicamente como Papa por el Colegio Cardenalicio, pasaba por un ritual conocido como la triple ceremonia de la elevación papal. Como era de esperar, la triple ceremonia sufrió un lógico desarrollo con el pasar de las generaciones. La ceremonia del segundo día era, al principio, una misa. Pero, finalmente, también ésta acabó convirtiéndose en un ritual extraeucarístico. Los liturgistas de la época consideraron que la alabanza a Dios no sólo se otorga en las misas, y que, por tanto, había que promover la variedad también con otro tipo de ceremonias. Las tres ceremonias de elevación papal se centrarían en la alabanza a Dios a través de hecho de celebrar la aparición de un nuevo vicario de Cristo sobre el mundo.

Un romano pontífice lo era desde el momento que aceptaba su legítima elección canónica. El ceremonial era un ritual de petición de gracias para el nuevo elegido, además de un ceremonial de manifestación de la grandeza espiritual de ese primado de Pedro. El ritual se compone de una triple ceremonia que tiene lugar durante tres días en tres lugares distintos. A lo ya explicado anteriormente acerca de este ritual, se añadían los siguientes elementos.

### **Ceremonia Sixtina**

---

#### **En la Capilla Sixtina.**

1. Preguntas canónicas y aceptación de la elección como Obispo de Roma.

2. El ceremoniero le coloca sobre la sotana de cardenal la *Cappa Alba*, una capa blanca recamada con cruces y vides, y le entrega un solideo blanco.
3. El ceremoniero ordena que se coloque un reclinatorio en el centro de la capilla, delante del altar. Allí, el recién elegido Papa, cubierto por esa amplia capa blanca, ora en silencio un momento. Todos los cardenales oran en silencio también.
4. Después, canto del Te Deum.
5. El Papa se retira a la sala donde se reviste con el hábito papal coral.
6. Al salir, se sienta en una sede colocada en el centro. Allí se le entrega el anillo. El anillo lo recibe en la palma de la mano. Si le cabe en el dedo, el Camarlengo se lo coloca en el dedo índice. Se trata de un anillo con inscripciones que pasa de Papa a Papa. Es un anillo que, normalmente, puede ser colocado en el dedo del Pontífice.
7. Después de entregarle el anillo, el el Dean del Sacro Colegio le entrega las llaves de Pedro, las preciosas llaves que dos días después se usarán en su coronación.
8. Después, el Papa recibe el acatamiento de los cardenales. Solo cuando todos los cardenales han besado el anillo papal, el camarlengo da orden de que se prenga la fumata blanca. Dos minutos después da orden de que se toquen las campanas.

El Papa y los cardenales se dirigen en procesión a la iglesia del edificio del cónclave, cantando la letanía lauretana a la Virgen.

### **En la iglesia cardenalia:**

El Papa adora al Santísimo Sacramento en el sagrario en silencio durante dos o tres minutos. Después, a un signo del Papa, el

Camarlengo lee la fórmula latina de acción de gracias a Dios por el nuevo Papa.

Salen en procesión de la iglesia y se dirigen a las capillas menores. Van cantando la letanía de los santos.

### **En las capillas menores:**

El nuevo Papa se detiene delante de la imagen de la Virgen y de algunos santos. El Dean recita la segunda oración en acción de gracias. Cada estación en esas capillas tiene asignada una oración y quién debe recitarla. Se supone que el Papa estará muy emocionado, así que las oraciones las recitan otros. Sólo en la última estación, el Papa da la bendición a todos y se retira.

El Camarlengo ordena que se dé el segundo toque de campanas, para indicar que los ritos de la ceremonia sixtina ya han acabado y el Papa se dirige hacia el balcón del Basilicarión para mostrarse al pueblo de Roma y del Mundo. Comienza, entonces, el proceso de traslado del Papa y los cardenales a ese balcón. Un tercer toque de campanas anunciará la inminente salida del Sumo Pontífice.

## Ceremonia Vaticana

---

### **En la cripta de los Papas:**

Los cardenales, revestidos con hábito coral, penetran en la cripta por la entrada del lado norte, por el pasillo de la tumba de Calisto III. En la parte central de las grutas vaticanas, junto a la tumba de Juan Pablo I, les esperan treinta arzobispos. Los arzobispos van revestidos con hábito coral, excepto tres arzobispos que van revestidos con mitras y capas pluviales. El Sacro Colegio entrega



el Papa a esos arzobispos que representan a la Iglesia. El Camarlengo precede a la comitiva y les muestra el acta de la elección papal. Después, diez arzobispos besan el anillo papal y guían al Papa en dirección hacia la *Confessio* de San Pedro.

A mitad de camino, los arzobispos recitan una serie de oraciones mientras el Papa se despoja primero del anillo que lleva, después de sus vestiduras corales, hasta quedarse sólo con la sotana blanca sin muceta. Incluso el solideo lo deja allí. Se le colocan al Papa las Sandalias del Pescador, unas sandalias sencillas de tipo romano. Después, se reviste sobre su hábito coral con un alba-casulla parecida a una amplia cogulla monástica. Este alba-casulla de lana es enteramente blanca, sin ningún adorno.

### **En la *Confessio* de San Pedro:**

Entonces penetra en el pequeño espacio de la *confessio*, donde se quedan veinte personas en representación del clero romano. Salvo diez arzobispos, los demás arzobispos han subido las escaleras y se han colocado alrededor de la balaustrada de mármol de la *confessio*, mirando desde arriba. Al Papa, situado ante la tumba de San Pedro, se le impone, en medio de una serie de oraciones, el palio; un palio largo como el de los primitivos mosaicos. Lo recibe de manos el Arzobispo de Ostia.

Los liturgistas discutieron hasta la saciedad cómo debía ir vestido para la ceremonia de imposición del palio. El palio se coloca únicamente sobre la casulla. El problema era que en esta ceremonia no iba a celebrar misa. Y el palio sobre el hábito coral o con capa pluvial no quedaba bien. Así que se optó porque el Santo Padre en la *confessio* se vistiera con un alba-casulla de estilo monástico, de hecho es como una amplísima cogulla.

El Papa con esa alba-casulla y el palio primitivo por único ornamento, muestra un aspecto arcaico y simple. Una vez recibido el palio y el cayado, hechas ya las oraciones del ritual, sube a la nave central de la basílica. Lo primero en surgir de la confessio es la cruz procesional de los tres brazos propia de los obispos de Roma, después suben los clérigos que han estado presentes, seguidos de los diez arzobispos presentes en la ceremonia, y de los tres revestidos con mitras y capas pluviales. Finalmente, entre los sonos del coro, aparece el Sucesor de Pedro revestido del modo sencillo antes descrito, sin estola, ni cruz pectoral. La cruz pectoral la lleva sobre la sotana, pero bajo el alba-casulla.

### **En la Basílica:**

En la nave, sólo hay varios centenares de arzobispos, y una mínima representación del pueblo de Roma y del Mundo. Una vez que llega a la nave, se dirige ante la estatua de San Pedro. Allí, tras unas oraciones, otro grupo de arzobispos le impone sobre la cabeza un solideo blanco. En esta ceremonia, las vestiduras del obispo de Roma son de un aspecto arcaico.

Desde allí, se dirige a la Capilla del Santísimo Sacramento, donde adora en silencio, durante un par de minutos, a Jesús Sacramentado. En ese momento un acólito llega trayendo un cayado en posición horizontal. Se trata de un cayado simple de madera, sin la más mínima decoración. Simple y sólido como el de Moisés en *Los Diez Mandamientos* o el de Pedro en *Quo Vadis*. Un cuarto grupo de arzobispos se lo entrega recitando otras oraciones.

Uno es el grupo de arzobispos que le recibe en la cripta, un segundo grupo es el que le impone el palio, un tercer grupo es el

que le impone la mitra, y un cuarto grupo es el que le entrega la férula.

En cada grupo hay tres arzobispos revestidos con mitra y capa pluvial, acompañados de nueve arzobispos revestidos con traje coral. Desde allí, se dirigen todos a la Capilla de San Juan Crisóstomo, donde se reza la hora tercia.

Después, el Papa, con la mitra y la férula, se dirige hacia el altar, se inclina ante él, asciende, lo besa y lo inciensa. Acto seguido, se sienta en la sede. Allí recibe y recibe el acatamiento de doscientos arzobispos.

Después de recibir el acatamiento, se dirige al brazo derecho del crucero. En ese lugar, besa varias reliquias e iconos, y recibe el abrazo de varios patriarcas ortodoxos. Después se dirige al brazo izquierdo del crucero. En ese lugar, besa las Sagradas Escrituras y las inciensa. Un pesado ejemplar manuscrito e iluminado cuyas páginas tienen más de un metro de longitud. Después, recibe el abrazo de varios pastores protestantes y de varios obispos anglicanos. Este gesto en ambos lados de la basílica se realiza para recalcar el papel del Papa como pastor de todos los cristianos.

Tras eso, se dirige, de nuevo, a la sede y dice unas palabras u ofrece un auténtico sermón. Tras lo cual, da la bendición y se retira.

Esta ceremonia vaticana no está abierta al público, ni se retransmite en directo. Quiere ser una ceremonia no íntima como la que tuvo lugar el día anterior, únicamente con los cardenales, pero tampoco abierta, multitudinaria y mundial como la que tendrá al día siguiente en el Basilicarión.

En esta ceremonia, el Papa quiere hablar en confianza, sin la presión de todo el orbe mirando. Por esa razón están allí sólo los

arzobispos. Si la ceremonia se abriera a todo el episcopado, la entera basílica estaría llena de obispos. Restringiéndola a los metropolitanos, se consigue que sea una ceremonia esté dotada de un carácter de mayor familiaridad.

La ceremonia entera se graba con cámaras desde la cripta, pero no se entrega a los medios hasta el día después de la coronación.

Acabada esta ceremonia, el Papa sale a dar la bendición al balcón de la Basílica de San Pedro.

## Ceremonia Célica

---

Esta ceremonia no requiere más explicaciones que las ya dadas anteriormente. La primera ceremonia sixtina es un reconocimiento como Papa por parte de los cardenales. La segunda ceremonia vaticana supone la recepción del obispo de Roma por parte de su clero, y después la recepción por parte del episcopado. La tercera ceremonia supone la manifestación como Vicario de Cristo ante el mundo entero.

Tres ceremonias: una cerrada, otra semiabierta, otra abierta. Lo esencial de la primera ceremonia es la entrega de las llaves, en la segunda el palio, en la tercera la tiara. En una hay ciento cincuenta personas, en otra mil personas, en la tercera cientos de miles de asistentes.

En una está vestido con hábito coral, en la segunda se le viste de un modo litúrgico pero simple y casi arcaico, en la tercera se le reviste con el máximo esplendor.

En el final de la segunda ceremonia, hay una manifestación del hecho de que algunas iglesias orientales, le reconocen un cierto primado y por eso le abrazan. Y otras confesiones cristianas le reconocen como hermano en la fe en Jesús y pastor de la confesión cristiana más numerosa, y por eso le abrazan también.

## 148. Gendarmería Pontificia

Durante ochenta años, el Claustro Central se halló custodiado por la Guardia Romana. De hecho, tal guardia nació en ese claustro. Pero con el formidable desarrollo del Celio y la progresiva articulación de las responsabilidades que le correspondían a cada autoridad, alguien reparó que si el Claustro Central constituía un área independiente de la autoridad del Gobernador, debía contar con su propia fuerza de seguridad. Y así se determinó por la Bula *In Curia Magna* que el Claustro Central estaría custodiado por la Gendarmería Pontificia.

Era esta fuerza la que con uniforme de granaderos custodiaba la fachada del edificio de la Curia. Se trataba del mismo uniforme que existió hasta la época de Juan XXIII, de aspecto napoleónico y sombreros de piel de oso, como los de la Guardia Real inglesa. Esos soldados custodiaban todo el claustro y el interior del edificio de la Curia. Estos doscientos soldados obedecían únicamente al Vicario General de la Curia, también llamado Moderador, el cual se hallaba bajo la directa e inmediata autoridad del Romano Pontífice.

La Gendarmería Pontificia tomaba sus miembros de la Guardia Romana. Es decir, los puestos vacantes de la gendarmería

se les ofrecían a aquellos que ya habían prestado servicios en la Guardia Romana, al menos, durante dos años. De entre todas las solicitudes que se recibían, es de donde se cubrían las plazas.

Aunque existía un pequeño cuartel en el Claustro Central, el cuartel original de la Guardia Romana, los gendarmes vivían y se entrenaban en el Claustro de la Guardia Romana. Eso sí, bajo las órdenes de oficiales de la gendarmería. Además, sólo vestían sus uniformes en el Claustro Central.

Aunque sus miembros procedían de la Guardia Romana, era un cuerpo de naturaleza muy distinta a ella. Pues la Guardia Romana funcionaba más como una orden militar y la mayoría de sus miembros estaban allí de forma altruista. Mientras que ser admitido en la Gendarmería era como entrar en un cuerpo policial normal. La mayor parte de los gendarmes estaban casados, recibían su sueldo y no realizaban actividades extrapoliciales de tipo benéfico.

## 149. La Guardia del Templo

En la citada bula *In Curia Magna*, se determinó que también el Templo dispondría de una guardia propia, por la misma razón que el Claustro Central, pues el Templo también constituye un espacio independiente respecto de la autoridad del Gobernador. Los Cardenales-Basilicarios son la máxima autoridad dentro de sus muros. La nueva guardia se guió según las palabras ya clásicas de uno de los cardenales basilicarios: *En un lugar tan sagrado como éste, conviene que haya una guardia más sagrada.*

En la citada bula, se denominaba a estos efectivos como Guardia del Templo. Aunque popularmente eran conocidos como los templarios. Sus efectivos, como los de la Gendarmería, eran escogidos de entre los miembros de la Guardia Romana tras dos años de servir en sus filas.

Pero se escogía para esta Guardia del Templo a aquellos miembros que habían manifestado su deseo de vivir una vida de más oración. La mayor parte de sus miembros vivían comunitariamente como religiosos en casas específicas para ellos. Unos moraban en ellas por unos años, otros de por vida.

Como se ve, una parte de los soldados de la Guardia Romana regresaban a sus países tras servir un año o dos en esta guardia. Pero de los que deseaban quedarse más años o, incluso, definitivamente, la mayor parte seguía en la Guardia Romana, pero una parte pasaba a integrar la Gendarmería si buscaban ellos algo más parecido a un puesto de trabajo tranquilo y sin mayores obligaciones. Y otros pasaban a la Guardia del Templo si buscaban una vida más contemplativa.

Hay que hacer notar que el mayor peso protocolario siguió estando en manos de la Guardia Romana. Bien para los actos cardenalicios, o para recepción de jefes de estado, o en los desplazamientos papales, casi toda la comitiva militar era de la Guardia Romana incluso cuando entraban en el Claustro Central o en el Templo. Si bien siempre se procedía a un saludo ceremonial del oficial del lugar y veinte o treinta soldados se insertaban en la comitiva.

Estas dos guardias especiales se movían únicamente dentro del área de sus lugares respectivos y no transitaban fuera de ellos. Cada una de ellas llegó a tener con el tiempo trescientos efectivos, y este número quedó como máximo para ambas. Nada

comparable con la Guardia Romana, que siguió siendo la gran fuerza de seguridad del Celio.

Todas las fuerzas armadas recibían instrucción militar. En caso de emergencia, vestidas con uniformes de campaña, podían ejercer de un modo coordinado y eficaz una defensa del enclave. Todos los años, había un simulacro general en el que se desplegaba de forma organizada y rápida a los soldados. Unas veces simulando una defensa del perímetro de la zona de los claustros. Otras veces simulando el encapsulamiento de un área supuestamente tomada por un grupo terrorista. La Guardia Romana, a pesar de su aspecto ceremonial en los desfiles, constituía una fuerza realmente entrenada para defender el principado de una fuerza externa o de una fuerza que actuase desde dentro.



## 150. Páginas sueltas de la Enciclopedia Célica

Borges escribió que *el universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales*. En esa biblioteca de los entes posibles, sin duda no sólo hay lugar para un libro acerca del camino que pudo o podría emprender la Curia Romana, sino que incluso podemos afirmar con toda seguridad que existe una entera enciclopedia sobre este preciso tema. De hecho, supone una afirmación inamovible el aseverar que el número final de tomos de esa *Encyclopedia Neovaticana Kircheriana* depende tan solo de nuestra perseverante paciencia para explorar esa biblioteca babeliana en busca de más tomos.



En un momento dado de esta Enciclopedia Célica (para ser más concreto, en el Tomo VIII, folio 397, en una glosa escrita con bolígrafo de tinta azul, junto a la II columna) se dice:

Justo al final comienza a parecerme pequeño. La creación de Northminster y Southminster fueron evidente síntoma de esa estrechez interna. El Celio no había comenzado a existir, y ya me sentía estrecho.

El comentario es interesante. Pero un Celio más grande requeriría un orbe mayor. Y estoy seguro de que el astro en el que nos movemos, cuenta con las dimensiones conocidas por buenas razones divinas. No sería razonable tener que cambiar las dimensiones del entero mundo y de la Historia, sólo para encajar un Celio sustancialmente más extenso. Además de que un Celio más grande en tamaño, supondría un Celio más grande en intensidad. Un Celio más grande tendría más poder. Y ya no sería

entonces *el Celio en la Historia*. Sino que estaríamos hablando de *el Celio y la Historia*.

Cierto que el papado debería ser (y lo ha sido en algunos momentos) el corazón de la Historia. Pero un Celio ya no digo mastodónico, sino (ahora sí) exageradamente mastodónico podría suponer una alteración del plan originario de Cristo respecto a la Iglesia. Aunque algunos se plantearían si no sería mejor eso, que no la selva de sangre y fuego que mancharon tantos siglos de la Historia. ¿Un exceso pontificio no sería preferible a un exceso napoleónico? ¿Una exageración célica no sería preferible a una exageración soviética?

Las cosas no son tan simples como les parecen a los ignorantes. Cabe una iglesia expandida por el mundo, descentralizada, coexistiendo con un Celio que, en el fondo, sea como un mosaico que refleja esa descentralización y multiculturalidad. La centralización por excesiva que sea, no requiere de Celio alguno. Y un Celio, por inmenso que sea, no es obstáculo alguno para la libertad y los justos ámbitos de independencia.

No hay un término medio. Aquí no hay un punto medio que hay que perseguir. El mundo de las posibilidades lícitas y adecuadas es más multiforme de lo que piensan las mentes estrechas. Pero una cosa está clara, y es que en un mundo donde reina lo virtual, en la civilización de Internet y de los efectos especiales, se necesita algo inmensamente pétreo, algo rotundo, tangible y duro que sea un icono de la Iglesia. En una sociedad rica de perplejidades, precisamos de algo que sea una gran afirmación.

Mi respuesta a estas preguntas ya la he manifestado en no pocos lugares de esta obra. Ya no es el momento de añadir ni un matiz más. Ahora es el momento de que la tinta deje de rasgar el

papel. Ahora sólo deseo no añadir más líneas. Por primera vez, siento que el Celio debe descansar. Pero no, no me debo engañar. Ya ha habido otros descansos, otros epílogos.

Éste no ha sido un libro con introducción, nudo y desenlace. Sin duda, ha sido una excursión por el mundo de los entes posibles, por las ramas de las alternativas de la Historia. Si quisiera mentirme a mí mismo, me diría que me gusta pensar que esta obra ha sido también un gran sermón, un sermón en piedra. Pero no solo el sermón ha recorrido, a menudo, las venideras patologías ficticias de la Iglesia. Sino que, además, el sendero ha andado demasiado por las regiones del pecado. No del pecado carnal, sino de una lujuria pétrea y arquitectónica.

¿Debemos pedir perdón por esos pecados venideros y ficticios de la Iglesia? ¿Anticiparse en la petición de perdón, sería el mejor modo de evitar el pecado? ¿No estaré pretendiendo lo contrario de lo que he defendido? ¿No será esta obra, en realidad, un Anti-Celio? No sé, demasiada pasión en algunos trechos para que sea un juego doble.



La Parábola del Presbítero Arquitecto fue predicada en la cuaresma del año 2098 por un sacerdote indio llamado Mahan Krishnam. La famosa parábola dice así:

Cuando murió un sacerdote, se le preguntó: -¿Qué has hecho con tu vida?

-He predicado a los indios del Amazonas.

A otro sacerdote, al morir, se le preguntó y contestó:

-Trabajé en un hospital, con los enfermos y los moribundos.

A un tercero se le preguntó y contestó:

-Atendí a los fieles en el confesonario, en sus casas y con mis catequesis.

A un cuarto se le preguntó y contestó:

-Construí el Celio.

Los santos presentes exclamaron, al modo de un coro de una tragedia griega:

-*Mortui sepeliant mortuos*, que los muertos entierren a sus muertos. Más te valió dedicarte a obras vivas y no a obras muertas.

Y lo repitieron tres veces, hasta que se dieron cuenta de que también un demonio pequeño gritaba con ellos en griego; *kakós, kakós*, malo, malo. Aunque gritaba desde otro lugar a sus espaldas, más apartado. Eso les dejó perplejos.

Entonces, el arcángel dijo al coro:

-Escuchad. ¿No os habéis percatado de que los tres primeros sacerdotes actuaron con ligeros toques de engreimiento? Realizaron obras buenas, pero con un refinado orgullo espiritual. Mientras que este pobre presbítero, realizó una obra soberbia lleno de humildad.

-¿Pero no le hubiera valido más la pena dedicarse a las almas y no a cosas que no tienen alma?

-¿Y quién eres tú para juzgar si Dios le encargó ese trabajo? ¿Acaso conoces los planes del Altísimo?

-No.

-Pues bien, yo te lo digo: Recibió ese encargo, como si de un nuevo Ezequiel se tratara. Fue menos santo que el profeta, pero su templo fue más grande.

-Ahora lo veo y ahora comienzo a comprender.

-Y te diré una cosa más. Si a este presbítero, el Omnipotente le hubiera encargado ir al Amazonas, hubiera ido gustoso. Si le hubiera encargado trabajar en un hospital, hubiera ido feliz. Si le hubiera encargado no despegarse del confesonario, se hubiera sentado dichoso. Pero recibió el encargo de construir el Celio, e hizo lo que se le mandó.

-¿Ha sido una obra inspirada?

-No, ha sido una obra de su inteligencia, de su ingenio, de la belleza que bulle en su corazón. Pero la Sabiduría divina estaba junto a él. Los ángeles se sentaban a su lado para inspirarle tal o cual corrección. Es obra suya –y le señaló con su índice-, de ese hombre, pero los ángeles tienen mano en esa obra.

El coro se marchó. El arcángel se dirigió al presbítero que se había quedado solo:

-Cierto que no pecaste de soberbia.

-Cierto.

-Pero sabes que adoraste a la adoración.

-Lo sé.

-Cuántas veces dejaste el diálogo con Dios ante el sagrario, para hablar a los hombres acerca de lo importante que es hablar con Dios. Preferiste ampliar el Celio, a ir ante el Templo Vivo.

-Los deterioros en el templo de tu alma son irreparables. El tiempo ha acabado para ti. El templo de tu alma ya quedará petrificado para siempre.

-Reconozco que el tiempo de construir en mi espíritu se ha agotado. Tantas veces preferí mi templo a Dios.

# 151. El último reducto ante las olas de la ira

Año 2388

Casi cincuenta años después de la decadencia del Celio en los tiempos del Gran Crack.

Los seis generales de la Guardia Romana están reunidos con el Capital General Crawford en una sala del cuartel central del ejército del Celio. En el centro de esa sala de paredes completamente desnudas, una mesa. Sobre ella varias pantallas, un par de planos impresos en papel, entre otros objetos menores. Los generales sentados en esa mesa van vestidos con los uniformes tradicionales de la Guardia Romana. Todos ellos con la ayuda de varios oficiales que entran y salen, están ultimando los detalles de la defensa del principado. Sobre la mesa se ven también varios cafés en vasos de plástico, entre sobres de gran tamaño abiertos y de los que sobresalen varios folios

Algo agitado, pero conservando el control, entra un coronel saluda militarmente y comunica:

-Mi general, la columna acaba de salir de Roma.

-¿Cuántos hombres?

-Unos veinte mil a pie. Se estima en cuatro mil los vehículos.

-¿Artillería?

-De momento no tenemos constancia.

-Gracias.

Los generales siguen repasando las medidas de defensa, el despliegue de efectivos y dando instrucciones. Crawford, hace un gesto como si le doliera la espalda, se levanta, da unos pasos, después se sienta en uno de los sillones que hay en la otra mitad de la sala. La estancia está dividida en dos partes. La mitad ocupada por la mesa, la otra mitad por varios sillones alrededor de una mesa pequeña y baja, para reuniones más relajadas. Mientras el Capitán General descansa su espalda y la vista, entra en el lugar un comandante:

-Los vehículos llegarán al principado en un cuarto de hora. Están a unos ocho kilómetros.

*Ocho kilómetros* repitió para sí mismo el máximo oficial de esa sala. En ese momento, sonó el teléfono que había dejado en el lugar que ocupaba en la mesa grande. Crawford se levantó sin prisa y atendió el teléfono. Después dijo a sus generales sentados alrededor de esa mesa:

-El Papa estará aquí en pocos minutos.

-¿Va a venir él?

-Sí, siempre he sido yo el que se ha desplazado al Palacio Adriano –explicó el Capitán General-. Pero le he pedido que sea él el que venga aquí. Le he dicho que en estos momentos el Estado Mayor no puede perder ni un minuto.

-¿Y le ha parecido bien?

-Ha dicho que lo comprendía y que sería él el que vendría –respondió el Capitán General.

-Es lógico, pero debe ser la primera vez que eso ocurre.

-Bien, señores –dijo el Capitán General cerrando su carpeta y juntando las manos sobre la mesa-, ya tenemos ultimados todos

los detalles del despliegue de defensa. Ahora únicamente queda esperar y rezar –hizo una pausa-. Hay otro asunto que tratar.

La mirada del Capitán General indicaba bien a las claras que se trataba de algo serio. Continuó con lentitud, midiendo sus palabras:

-Señores, tenemos que ponernos de acuerdo acerca de un tema... espinoso. Imaginemos que comienza la defensa del Celio y que aparece el Papa en las murallas y viendo la matanza de decenas de miles de personas, ordena detener el fuego –miró a los ojos de los oficiales sentados a la mesa-. ¿Debemos obedecer? Es mejor que nos pongamos de acuerdo ahora.

Los generales se miraron unos a otros. Nadie dijo nada. El Crawford continuó:

-Siempre he obedecido, bien lo sabéis, de todo corazón al Papa. Siempre y sin ninguna restricción. Pero pienso que el derecho a defendernos lo poseemos como seres humanos y es inalienable. Si Urbano X quiere inmolarse, está en su derecho. No puede exigirnos que lo hagamos. Cuando ordene a los soldados defender las murallas del Celio, estaré defendiendo a mi familia. Mi mujer, hijos y nietos, como vuestras familias, viven aquí. No puedo obligar al Papa a que se defiendan, pero no me puede obligar a renunciar al derecho a defender a mis seres queridos. Si, finalmente, ordenara no abrir fuego... debemos sin fisuras responder que no podemos obedecerle. ¿Estáis de acuerdo?

El silencio reinaba en la sala. Al final, uno a uno, todos los generales fueron manifestando su acuerdo con el Capitán General. El cual respiró profundamente, aliviado. Continuó:

-Si se recibiera tal orden tajante, el que la reciba que trate de razonar el por qué no se puede hacer. Pero si se mantiene en su



decisión, límitaos a cuadraros ante él y repetid maquinalmente: En virtud del artículo 300, no puedo obedecer esa instrucción.

Como todos los presentes sabían, ese artículo decía que la *obediencia debida* no sería excusa para cumplir órdenes antijurídicas. Ese artículo se redactó para no eximir de responsabilidad ante órdenes contrarias al orden legalmente constituido. Pero se aferrarían a la letra del artículo, alegando que el derecho a la defensa es la primera ley no escrita de un ejército.

Un general brasileño comentó con aire preocupado:

-Se me ocurre que podemos tener problemas si el Papa da una orden a un general, éste no le obedece, y el Papa ordena a algún oficial inferior o a los soldados presentes que lo arresten. Podemos ser detenidos en menos de media hora. Y no podemos rodearnos de una especie de guardia de corps que esté dispuesta a desobedecer una orden directa papal.

-Sí, tienes razón –asintió un general de apellido brasileño-. Si esto lo hubiéramos previsto hace días, podríamos haber preparado a un grupo de soldados para que escoltasen al Papa, en todo momento, y lo aislasen temporalmente, el menor tiempo posible, si se produjese un desbarajuste de este calibre.

-Pero esto es ponernos en lo peor. Tampoco debemos pensar que va a ocurrir lo peor.

-Un militar siempre debe prever todos los escenarios, incluso los improbables.

-Bien, sea lo que sea, ya no hay tiempo de seleccionar e instruir a un grupo de soldados u oficiales así –concluyó Crawford.

En ese momento, entró un capitán y anunció que Su Santidad había llegado al edificio e iba a entrar en la sala en

breves instantes. Los generales se lanzaron una última mirada silenciosa entre sí y se pusieron en pie formaron a lo largo de la pared. Al poco, un teniente anunció marcialmente su llegada en alta y contundente voz:

-¡Su Santidad, Urbano X!

El Capitán General le saludó militarmente e inclinó la cabeza. El Papa le estrechó la mano. Los cuatro monseñores que le acompañaban salieron en cuanto Su Santidad se dirigió a su asiento. La puerta acorazada de esa sala se cerró. Todos se sentaron y el Estado Mayor le informó con detalle de las últimas noticias llegadas al Celio. La república italiana había colapsado totalmente un mes antes, como todos los países del mundo tras las últimas represalias nucleares. Roma había sido saqueada a conciencia durante todos esos días en medio de la más increíble anarquía. No había electricidad, ni teléfonos, ni Internet, ni gobierno, ni fuerzas policiales que salieran a patrullar y poner orden. Si quedaban fuerzas armadas operativas, se habían acantonado en sus cuarteles con el único propósito de sobrevivir a la hambruna que se avecinaba. Pero reconociendo que resultaba imposible imponer cualquier tipo de orden en la anarquía que reinaba a nivel nacional, europeo y planetario.

El mando militar del Celio había enviado varias personas para que les informasen de los acontecimientos en Roma. En esa sala, se disponía de información de primera mano y se puso al corriente al Papa de los últimos acontecimientos. Urbano X preguntó:

-¿Qué se sabe del Vaticano?

-Se defendió hasta el límite de sus posibilidades. Fue tomado al asalto por masas convencidas de que dentro había tesoros increíbles. No hay nada que comer, pero se sigue teniendo

como un instintivo sentimiento de que las riquezas servirán en esta situación. Lamentable. La desesperación por comer y la fascinación del mito les llevó a tomar al asalto las murallas leoninas.

-¿Ha sido aniquilada toda la Guardia Suiza?

-De eso no hay ninguna duda. Parte de los guardias se atrincheraron en las puertas de entrada a la basílica, defendiéndola contra cada oleada de atacantes. Pero la muralla leonina es extensa y acabaron entrando por algún lugar. Lo seguro es que los últimos reductos que resistían dentro del estado vaticano fueron masacrados hace dos días. Aunque nos hemos enterado hace poco. Y toda esa masacre para descubrir que dentro de esos muros había tan poca comida como fuera. Sólo pinturas y estatuas. Nuestros informantes vieron sacar estatuas a la calle. Otros salían con uno o dos libros bajo el brazo. Todos querían traer consigo algún recuerdo. Incluso se formaron grupos para ayudarse a llevarse los muebles. Es la mentalidad del saqueo.

-No me lo puedo creer –comentó el Papa llevándose la mano a la frente.

-Lo peor es que dentro no han encontrado alimentos, y ahora el objetivo es el Celio. Se ha organizado una masa de gente, unas veinte mil personas, lideradas por anarquistas, que se dirigen hacia aquí.

-¿En busca de qué?

-De alimentos. En el Vaticano no había. Pero están en lo cierto, aquí sí que hay. Además, sus caudillos son revolucionarios. Son de esos que están deseando matar curas. En Roma, las ejecuciones han sido impresionantes. En plena vía pública. No nos podemos hacer ilusiones.

-¿Cuánto tardarán en llegar?

-Los que van a pie, mucho. Pero los vehículos deberían estar delante del perímetro que hemos creado antes de diez minutos. Santidad...

-¿Qué?

-Necesito que nos dé permiso para defender este principado con los medios proporcionados.

-¿Qué significa eso? –la pregunta papal era retórica, todos la esperaban casi como si se tratase de una pregunta ritual.

El Capitán General fue claro:

-En nuestra mano no está el evitar el ataque a este lugar. El ataque es seguro. En nuestra mano sólo está el evitar que en este enclave se repita la matanza vaticana. Pero para ello hay que disparar sobre las masas cuando quieran tomar al asalto el Celio.

-Eso implica que habrá decenas de millares de muertos – musitó el Papa.

-No hay otro modo. Créame que no lo hay.

-¿Debe el sucesor de Pedro mantenerse en el puesto derramando sangre ajena? –preguntó el Papa a sus generales.

Tras un respetuoso silencio, el Capitán General contestó por todos:

-Santidad, si entran se establecerá un reinado del terror. Mientras impidamos que los anarquistas penetren, podemos mantener el orden. Podemos racionar la comida. O eso, o la ley del más fuerte.

El Papa se sacó el anillo de oro, el Anillo del Pescador, lo miró. Acarició su relieve con yema del dedo. Era el momento de

tomar una decisión trascendental. Una decisión que acompañaría a la Historia de la Iglesia Católica para todos los siglos por venir. Una cosa había sido la inquisición, otras las cruzadas. Esto era disparar sobre masas hambrientas. Un ejército profesional disparando con sus ametralladoras sobre multitudes. Centenares de miles de personas podían morir en los meses por delante. Después dijo ensimismado:

-El Celio nació como un ideal. Ahora el ideal se mantendrá con un baño de sangre. En vez de poner la otra mejilla, abriremos fuego sobre la multitud. Nosotros los hijos de Abel disparemos sobre los caínes.

-Santidad –dijo un general de ascendencia polaca-, si usted no se siente con fuerzas para liderar la defensa, ceda esa responsabilidad a los aquí presentes. Es nuestro trabajo.

-Sí –añadió otro general coreano-, si el peso de estas decisiones abruman su alma, déjelas a nuestra conciencia.

-General Wozniac, general Yong-si –les contestó el Papa sin dejar de mirar la imagen de su anillo-, llevo meditando sobre el tema desde hace días. Y no sólo durante el día. No albergo la más mínima duda acerca de qué es lo que debo hacer: defenderé el Celio por todos los medios.

Los militares se miraron aliviados. El Papa continuó:

-Su oficio es la defensa de este lugar. Mi oficio como gobernante es conocer a las personas. Les conozco bien a ustedes. Si yo hubiera tomado otra decisión que la defender este lugar, a ustedes les hubiera cambiado ya hace tiempo. Me gusta pensar que soy bondadoso, pero no soy ingenuo. Ustedes están aquí alrededor de esta mesa, en sus puestos, porque yo ya tomé una decisión hace más de una semana. Capitán General Crawford,

tiene mi permiso para repeler por todos los medios a los invasores.

-Gracias. Sabía que estaría a la altura de las circunstancias.

-¿No sería mejor retirarse a Northminster? –preguntó el Papa-. Contamos con la fortaleza preparada para los cónclaves.

-Esa fortaleza fue ideada para contener a manifestantes. Pero no carece de las facilidades para albergar a un ejército de millares de hombres como tenemos aquí. Tampoco cuenta con varias líneas defensivas. Aquí tenemos tres murallas.

-¿Pero la Tercera Muralla es funcional? –preguntó Urbano X.

-Ciertamente, Santidad. Aunque sólo esté completada hasta un 70%, eso nos permite concentrar fuerzas en una línea de terreno mucho más reducida. Incluso si esa barrera cede, la muralla hará la misma función de una línea de castillos avanzados. Desde allí nos informarán, desde allí hostigarán a los que avancen entre la tercera y la segunda muralla. Su altura permite disparar a voluntad sobre la masa.

-Da por supuesto que será una masa de ciudadanos normales, no un ejército –dijo el Papa.

-Sin duda, será una masa que vendrá armada con piedras y palos. Están liderados por cabecillas revolucionarios. Su única arma es el número. Será como una guerra medieval. Oleadas de hombres lanzados contra nuestras murallas. Disponen de las armas de las que se han apoderado en la ciudad de Roma: unos cuantos miles de revólveres de la policía, menos de cien armas automáticas de mayor calibre pertenecientes a las fuerzas de protección. Damos por descontado con que habrán encontrado un

cierto número de granadas y explosivos. Pero, por nuestros informadores, nos consta que se trata de un número muy limitado.

-¿Resistirá la Tercera Muralla?

-Damos por descontado que la primera línea defensiva caerá. Eso significa que no podremos mantener ni el barrio romano ni el hierosolimitano. La población ya está siendo evacuada. Pero afortunadamente los que diseñaron el sector de los claustros, dispusieron que sus murallas por dentro fuesen de hormigón hasta una altura de seis metros. Resulta providencial que tomaran tal medida. En esa época ya estaban muy preocupados con los movimientos antisistema y con manifestaciones masivas. Por eso, el sector de los claustros se puede clausurar como una verdadera fortaleza. Además, si cae un claustro, los otros ocho se pueden aislar perfectamente del caído, como si fueran compartimentos estancos.

El Capital General iba señalando distintos detalles en un gran plano de una gran pantalla situada en la pared: compuertas, espesor de los muros, torres, terrazas superiores para el desplazamiento de fuerzas. Continuó:

-No sólo los claustros son compartimentos estancos, sino que si unos cuantos centenares de hombres logran penetrar, las calles entre claustros son verdaderas ratoneras. Desfiladeros desde cuyas alturas podemos aniquilar a los intrusos.

-¿Dónde debería situarme yo? –preguntó el Papa.

-Ésa es otra ventaja. Los intrusos no saben en qué claustro estamos ni usted, ni nosotros. En el peor de los casos, según vayan cayendo los claustros, podemos desplazarnos.

-En principio, el Claustro Cardenalicio es el más sólido de los nueve –añadió el general coreano-. Fue diseñado para resistir

ataques terroristas o asaltos de masas. Pero, precisamente por eso, pueden pensar que usted y nosotros nos hallamos allí.

-Por lo cual –continuó el Capital General-, parece lo más prudente esperar en el claustro más interno, el Claustro Central. Pero siempre con la idea clara de que podemos desplazarnos hacia otro si la necesidad nos obliga.

-Y el nivel subterráneo de vías de comunicación, ¿los asaltantes nos pueden entrar por ahí a todos los claustros?

-A una orden nuestra, se abrirán los depósitos de BR38. Se trata de un gas derivado del argón. Un gas pesado, denso, que puede permanecer allí durante meses porque no cuenta con una vía de salida. Es un gas tan denso que se comporta físicamente como un líquido. Los mecanismos de renovación del aire serán completamente destruidos. No habrá manera de extraer de allí ese gas que quedará atrapado sin salida. Nadie podrá introducirse en la red de túneles, eso se lo aseguro.

-¿El uso de ese gas en la guerra no contraviene alguna convención?

-No lo usamos como arma ofensiva, sino como barrera defensiva. El gas estará allí en cuanto se aproximen a los muros de la Segunda Muralla, mucho antes de que los intrusos bajen al subsuelo.

-Muy bien, siguiente punto: ¿Ya han puesto a salvo todos los tesoros? –preguntó el Papa.

-Cálices, custodias, reliquias, obras de arte, archivos se están metiendo en los almacenes subterráneos desde hace semanas. En veinticuatro horas más, todo lo que se debe salvar, se hallará a treinta metros de profundidad. La consigna es clara, si los intrusos penetran a través del primer perímetro, las entradas a los diez



almacenes deberán ser hechas explotar. En el futuro, quizá dentro de varias generaciones, lo primero que tendrán que hacer será encontrar la localización de los almacenes. Después supondrá toda una larga obra de minería el sacar escombros, entablar y apuntalar los túneles derruidos para acceder a esos tesoros.

-Una sola orden –explicó otro general-, y los subterráneos bajo el Celio quedan inundados de gas pesado, las hélices de salida del aire destruidas, sus motores completamente inutilizados, y las entradas de los túneles explotan. Quédese tranquilo que todo esto se hará con tiempo, no en el último momento.

-Sobre todo pongan margen de tiempo, no se arriesguen a hacerlo en el último momento –aconsejó el Papa.

-Santidad, quédese tranquilo. Todas esas cosas y otras se harán de forma automática si rebasan la primera barrera, en el mismo momento en que la rebasen, así está decidido en el protocolo de defensa. Esos protocolos de defensa última del Celio fueron ideados hace mucho tiempo.

-El Templo me imagino que no será defendido –preguntó el Papa.

-A los habitantes del Templo se les ha dado a elegir. Pueden quedarse allí o retirarse tras la Segunda Muralla. Pero se les ha dicho que tienen que decidirlo ahora. Porque después las compuertas se cerrarán.

-Conociendo a los que allí han vivido toda la vida, muchos no van a querer salir –dijo Urbano X.

-Sabemos según nuestras estimaciones que un 20% de los habitantes del Templo no abandonarán el lugar santo, aunque eso signifique la muerte. A la Guardia del Templo se le ha dado

libertad para quedarse o retirarse a los claustros. Casi todos han decidido quedarse. Les espera una muerte segura. El Templo no es posible defenderlo.

-¿Por qué?

-Sus muros son altos, pero no son sólidos. Sus pilares sí, pero no sus muros. En nuestros claustros, los soldados pueden moverse con rapidez para defender un punto concreto. Los muros del Templo son viviendas, no permiten el desplazamiento rápido de soldados. Tampoco desde sus terrazas superiores hay una visión clara de la base. En definitiva, muchos trechos del perímetro del Templo podrán ser tomados sin que los soldados lo sepan, ni tampoco puedan trasladarse. Las fuerzas defensivas se hallan incomunicadas en su perímetro.

-Si todas las fuerzas se concentraran en los claustros – preguntó el Papa-, ¿podemos hacer una salida violenta para refugiarnos en el Templo o en el Sector de los Círculos Concéntricos? El sector del Palacio Adriano parece un lugar óptimo de retirada.

-Sólo lo parece. Realmente, resulta más eficaz concentrar fuerzas en la parte más sólida y resguardada del Celio. Mucho me temo que si todo es tomado por los asaltantes, la última parte en caer será la correspondiente al Claustro Central.

-¿Y si este claustro cae?

-Todo se concentraría en la defensa del edificio de la Curia.

-¿Y si éste cae?

-Antes de que cayera, el plan era que usted, Santidad, y un reducido número de cardenales fuesen evacuados a bordo de un helicóptero a Northminster. Ahora mismo no hay ningún país que no sea una selva. Por lo menos, en aquí o en Northminster estaría

localizado y contaría con un número de fuerzas armadas que le defenderían. Un número pequeño, pero fuera de aquí no habría nadie. En estos momentos de anarquía e incomunicación, la Cabeza de la Iglesia debe ser clara y estar localizada. No sería deseable comenzar el proceso de un cónclave en mitad de semejante situación.

-Han pensado en todo –dijo el Papa.

-Es nuestro trabajo. Pero... ése era el plan. Ya no lo es.

-¿Por qué?

-Hace media hora los dos helicópteros que se dirigían hacia aquí, han sido interceptados a poca distancia del Celio. Los asaltantes tienen en su poder, al menos, ocho o nueve lanzagranadas.

-Así que para bien o para mal –concluyó el Papa-, mi suerte está vinculada a la suerte del Celio.

Los presentes asintieron con leves gestos. Después el Papa tomando en sus manos uno de los varios sobres abiertos que había sobre la mesa, mirando la palabra *secreto* escrita en rojo en su parte exterior, preguntó qué era aquello. La pregunta era en un tono relajado, de alguien que está cansado. El Papa leyó en silencio lo que estaba escrito debajo de la palabra *secreto*: Protocolo N° 1: Articulación de la defensa final de los Claustros frente a ataque militar externo.

-Este es el plan detallado de defensa de los claustros –le respondió el general coreano bebiendo su café-. Hay muchos pequeños detalles que se nos podrían pasar si decidiéramos todo en el último momento. Por ejemplo, allí se dice que hay que inutilizar los mecanismos de extracción del aire del nivel subterráneo de comunicación entre los claustros. Se especifica

cómo hay que destruirlos completamente para evitar su reparación. Son 138 pequeños detalles que podrían ser olvidados en la tensión de una defensa organizada a toda velocidad.

El Papa leyó el punto número 97: La entrada de agua a los claustros debe ser cortada (véase el lugar en el CR341-AB-9), para evitar que entre agua contaminada en los depósitos. El general continuó explicando:

-Todas estas cosas, unas pequeñas, otras importantes, han sido pensadas y repensadas por varios equipos durante años. El protocolo ha sido perfeccionado una y otra vez. Cada equipo revisaba y criticaba la labor del anterior, buscaba puntos débiles como si ellos fueran los atacantes.

-Hay ocho protocolos esenciales –añadió otro general-. Dependiendo del nivel de ataque y de dónde se produzca éste. Desde un asalto de manifestantes desarmados en tiempos de paz, ofensivas terroristas, hasta un ataque militar como es éste.

-Me imagino que el Protocolo N° 1 es el que afronta el ataque más grave –comentó el Papa dejando los papeles sobre la mesa.

-Sí, es el que articula una defensa frente a un ataque militar frontal. Se organiza una defensa con todos los medios ante un ataque que va a usar todos los medios. Requiere la autorización de Su Santidad, a no ser de que se carezca de tiempo para recabar esa autorización.

-Si yo no hubiera estado aquí y no se hubieran podido comunicar, ¿hubieran puesto en marcha este protocolo? –preguntó el Papa.

-Sí, sin ninguna duda. El primer punto de este protocolo especifica que, en su día, hace más de cincuenta años, se autorizó

a ponerlo en marcha de forma automática si se dan los supuestos especificados en el primer punto. En caso de súbito ataque armado frontal, se articula de forma automática una respuesta militar de este grado.

-Entiendo.

En ese momento, entró un coronel y saludó:

-Mi general, la vanguardia de la columna ha llegado. Sus vehículos se están desplegando a lo largo de una franja situada a quinientos metros de distancia de la alambrada de la Línea Roja.

La Línea Roja era la zona no protegida por la Tercera Muralla. Allí se habían concentrado las fuerzas de la Guardia Romana y las excavadoras, en los días anteriores, habían creado un sistema de tres trincheras. Las imágenes de las fuerzas venidas de Roma aparecían ya en la pantalla colgada de la pared. Los generales con los que estaba el Papa no dieron ninguna orden. Todas las medidas se habían tomado ya, sólo había que esperar.

El Papa se levantó y dijo:

-Generales, me marcho a rezar a mi capilla. Dejo todo esto en sus manos.

-Santidad –le dijo Crawford-, no conviene que vaya al Palacio Adriano donde está ahora. Una vez que comience el ataque, es mejor que esté en el Palacio Clementino, en el Claustro Central.

-Entiendo.

-Es mejor que envíe a alguien para que le traiga sus cosas. Otra cosa, desde este momento, desde el momento en que estamos a punto de un ataque inminente, su Guardia de Corps va a ser la Compañía Tarnhelmdrache. Y un escuadrón de élite, formado por

trece hombres, le acompañará en cualquier desplazamiento por los claustros

-Santidad, por favor –intervino el general polaco-, no se arriesgue para nada en los próximos días. Lo último que querríamos sería una situación de sede vacante. Tendría un efecto profundamente desmoralizador. En los próximos días, esto va a ser como una isla rodeada por olas que van a golpear una tras otra contra estos muros. Necesitaremos una moral intacta para resistir ante las colinas de cadáveres amontonados que se van a formar ante los muros de los claustros.

-¿Se imagina un cónclave en el Claustro Central con todos los claustros rodeados y atacados diariamente? –añadió otro general.

-Le aseguro –dijo el Papa mirándole fijamente- que, de ningún modo saldré de los claustros.

-Por favor, esté siempre localizable.

-Me hubiera gustado –añadió el Papa-, ir una última vez al Templo. Han sido tantos años allí rezando... años de ceremonias. Esa última visita... como una despedida.

-No se lo aconsejo.

El Papa calló, después tímidamente repitió:

-¿Y si voy y regreso rápidamente antes del primer ataque al perímetro externo?

Crawford frunció el ceño, entornó los ojos y con su voz grave y enérgica, determinó:

-Está bien. Ir y volver. Coronel Courtois, que vaya con él toda la Compañía Centauro.

Mientras iba hacia allí, le comunicaron que los vehículos de los atacantes se habían alineado en una posición que claramente no era de ataque. Las cámaras situadas en lo alto de la Tercera Muralla mostraban que estaban esperando a que llegara la columna de gente desde Roma. Estaban seguros de que no habría ningún ataque ni en todo ese día, ni en toda la noche. Esperarían a que llegaran las decenas de miles de personas que marchaban hacia allí.

El Santo Padre había querido simplemente rezar con brevedad en el centro de la Gran Nave. Arrodillarse ante su altar y orar en silencio. Sin vestiduras especiales, sólo con su sotana blanca. Pero, ante las nuevas noticias, pensó que no: el Templo se merecía una despedida más solemne. Lo organizaron todo en media hora, a toda velocidad, pero el Obispo de Roma entró en por una de los grandes portones del templo revestido con su capa pluvial y su tiara, sobre la silla gestatoria, con una comitiva acompañada del esplendor usual.

Atravesó las galerías desiertas de la Archibasílica, donde reinaba el silencio. Había muy poca gente. Ningún turista, sólo algunos residentes que se ponían a los dos lados del camino del séquito para recibir la bendición. Cuando llegó a la Nave Central, el Papa se arrodilló en un reclinatorio colocado ante el presbítero. Allí rezó en silencio, con una treintena de obispos arrodillados detrás de él. La oración fue larga. Algunos prelados ancianos no resistieron tanto tiempo de rodillas sobre los mármoles y se pusieron en pie.

Después, el Sumo Pontífice con los brazos extendidos leyó una serie de plegarias de un gran libro que el sostenía un acólito. El viejo y erudito maestro de ceremonias sabía que conservaban un ejemplar manuscrito en uno de cuyos capítulos había una sección cuyo título rezaba así: *Plegarias para ser hechas en lugar*

*sagrado que va a ser invadido y profanado.* Tal como indicaba el texto, el Papa se postró ante el altar, alzó los brazos a lo alto, se invocó a los bienaventurados con letanías a los santos, se pidió no odiar, se purificó con la aspersion del agua bendita a los presentes, se pidió la protección de los ángeles, dio bendiciones especiales al lugar para que resistiera y para que los allí congregados pudieran huir y tener firmeza de ánimo.

En un momento dado del ceremonial, los acólitos recogieron el crucifijo y los candelabros del altar. Otros plegaron los manteles y los retiraron. El Papa se aproximó al altar, el maestro de ceremonias el entregó el martillo ritual, el mismo con el que se abría la Puerta Santa, o se llamaba al portón principal al tomar posesión de la Archibasílica. El Sumo Pontífice dio cuatro golpes rituales en los cuatro lados de la juntura de la losa que cerraba la reliquia del ara. Después se retiró hacia atrás y dejó que dos operarios dieran más golpes y retiraran la losa. Un acólito retiró una arqueta de estilo gótico, donde estaban las reliquias. Se limpió la superficie del ara y se volvió a colocar la losa, esta vez sin sellarla.

No se podían retirar las reliquias de los más de seiscientos altares del Templo. Pero la retirada de las reliquias del altar mayor tenía un sentido simbólico. Y, de hecho, el ritual (de forma optativa) así lo indicaba.

Finalmente, el Santo Padre besó en sus cuatro extremos el altar y en su centro, lo incensó. Besó incluso los cuatro extremos del presbítero. Y dijo la oración final donde se solicitó la consolación del Omnipotente y se pidió por los enemigos de la fe.

Fue un ritual sobrio y triste, ante unas cuatrocientas personas que se habían ido agregando. Una ceremonia que todos sabían que podía ser interrumpida en cualquier momento por el coronel al mando de la compañía de escolta. El Papa había sido



advertido que no se sorprendiera si rápidamente era introducido en un vehículo y sacado a toda velocidad de ese lugar.

Al salir del lugar, sintió un ligero dolor en el esternón. Por un momento, imaginó la tristeza de un cónclave en el Celio sitiado. Un cónclave al que asistirían únicamente los veinte cardenales presentes. Pero estaba equivocado, se trataba de un dolor óseo. Su corazón seguía funcionando razonablemente.

El Papa se marchó a la pequeña capilla del Palacio Clementino. Una pequeña capilla en una residencia de siete estancias. Allí, en soledad, leyó al profeta Zacarías.

El perímetro de la Tercera Muralla sólo tardó dos días en caer. Se había dado por supuesto que los atacantes no contaban con lanzagranadas y armas similares. Se consideraba que éstas habían sido gastadas por las fuerzas de la República Italiana que trataron de mantener el orden en Roma. Pero ahora se veía que no todas las armas fueron usadas en la resistencia de los últimos reductos militares. Una de las últimas consignas dadas por el Presidente de la República había sido la destrucción de todo el armamento sin excepción, antes que dejar que fuerzas anárquicas se apoderasen de él.

Pero los atacantes habían gastado prácticamente todos los explosivos para atravesar esa línea no defendida por la muralla. Las muertes entre los asaltantes no habían bajado de los cuatro mil hombres. El pillaje y la destrucción en el Barrio Romano y el Hierosolimitano duraron varios días. Comprobando que allí no quedaba ni el más pequeño almacén de comida. Toda la comida se había llevado al Sector de los Claustros. Los defensores hicieron saltar por los aires los cinco depósitos centrales de agua potable. Ningún grifo del Celio, desde ese momento, dio agua.

Incluso en el interior de los Claustros, la población sólo se pudo proveer de agua haciendo cola en una serie de grifos establecidos.

Desde las cámaras de vigilancia situadas en las torres de la Tercera Muralla, el Estado Mayor pudo ver la crueldad con que esas masas desesperadas trataron a los prisioneros de la Guardia Romana. Crueldad extrema hasta la muerte con los soldados y civiles prisioneros. Esas grabaciones de las cámaras fueron utilísimas, porque, desde ese momento, nadie en el interior del sector de los claustros se planteó otra posibilidad que la resistencia hasta la muerte.

Los ataques de las jornadas siguientes dejaron bien claro que los atacantes habían gastado todos sus explosivos. Aun así, en los días siguientes, se llegaron a contar una treintena de impactos explosivos contra los muros del Sector de los Claustros. Varias veces, los desperfectos llegaron a hacer saltar por los aires toda la protección exterior de la base de algunos trechos de las murallas. Las masas podrían haber entrado por allí al interior del edificio-muralla. Bien sabían los atacantes que si lograban irrumpir en el interior, sería como tratar de controlar un río desbordado que ha roto un dique de contención.

Pero los defensores concentraban el fuego en esas zonas, hasta reparar las brechas. El Estado Mayor se había preocupado de acumular todo el material de construcción que había en el Celio. Los huecos se cerraban con planchas metálicas, o se creaban muros de cemento, ya que carecían de hormigón. Otras veces, cerraban los huecos creando montones de chatarra con los pilares y planchas de los andamios de construcción amontonados. Estos montones de chatarra demostraron ser la opción más resistente. Resultaban imposibles de atravesar y, ante los explosivos, ofrecían más flexibilidad que las paredes de metal que aparentemente parecían más sólidas.

Había que andar con cuidado por las terrazas de los claustros. Los atacantes contaban con fusiles con miras telescópicas. Hubo que plantar postes verticales a distancias regulares y extender tela de tienda de campaña entre ellos. Si no se creaba ese obstáculo visual, los otros jugaban todo el día a hacer blanco sobre los desprevenidos soldados.

A partir del quinto día, todos los ataques tenían lugar por la noche. A cualquier hora entre las diez de la noche y las seis de la mañana. Silenciosamente, podían colocarse en la base de los muros para colocar explosivos. Hubo que iluminar todas las murallas. Eso suponía un gasto extraordinario de electricidad, y por tanto de gasoil, que era uno de los bienes más preciados. Los atacantes pronto aprendieron a disparar a los focos. Y un foco encendido siempre era algo muy visible. Cuando se destruyó el último foco, hubo que iluminar los muros con barras luminiscentes de emergencia, que se acabaron en dos noches. Después, hubo que iluminar la base de las murallas con hogueras que había que alimentar hora tras hora.

Las montañas de cadáveres alrededor de los muros de los claustros, eran impresionantes. Los cuerpos se acumulaban sobre los cuerpos. Eso dificultaba el ataque, porque literalmente había que trepar a gatas por esas inestables colinas de muerte.

Un buen día, los atacantes se dirigieron a los oficiales del Celio con grandes altavoces de megafonía. Dijeron tener en su poder a diez sacerdotes y dos obispos. Ofrecieron intercambiarlos por latas de comida. 70 kilos de comida por la vida de cada uno. *Ni siquiera pedimos más por los obispos*, añadieron con sorna. La reacción inmediata, instintiva, de todos dentro de los claustros fue una rotunda negativa. Pero un par de horas después el Papa razonó así en la modesta salita principal del Palacio Clementino:

-¿Qué son para nosotros unos kilos de comida? ¿Es que no tenemos fe? ¡Salvar una vida por unas cuantas latas! Tengamos fe. Salvemos ahora la vida de unos hermanos y después Dios dirá. Eso sí, negociad. Negociad para lograr que bajen el precio. Precio de una vida humana.

-Creo que con diez kilos de comida será suficiente, dado el nivel de desesperación que reina en los que nos sitian –añadió el Cardenal Secretario de Estado.

-Qué triste tener que negociar el precio de un ser humano - repitió el Papa con un rosario en la mano.

Un general asintió a la opinión de que aceptarían la oferta de diez kilos por prisionero. Pero un coronel presente exclamó contrariado:

-Resultan llamativas sus palabras, Santidad, cuando cada día estamos matando no menos de cinco mil personas.

Un general presente lanzó una mirada de indignación al coronel por su comentario. El Papa, sin prisas, contestó:

-Salvar a cada uno de ellos... ¿qué no daría yo por eso? Mi labor es salvar almas, no matar cuerpos.

Pero el coronel no se daba por satisfecho y preguntó:

-¿Y si mañana nos ofrecen el mismo canje por diez laicos?

-Por supuesto que aceptaría. ¿Cómo puedes pensar que eso supongo para mí alguna diferencia?

-Bien- continuó el coronel-. ¿Y si al día siguiente nos ofrecen la vida de cuarenta cristianos? ¿Y si al día siguiente son cien?

-Escucha –dijo el Papa-, tomamos las decisiones para hacer el bien de acuerdo a unas circunstancias. Si las circunstancias cambian, tomaremos nuevas decisiones.

-¿Entregaría la mitad de las provisiones por salvar a mil cristianos?

-Supongo que no. ¡No! –contestó con decisión el Papa.

La discusión se alargó todavía durante un cuarto de hora. Hubo negociaciones, por vía de megafonía, durante un día y medio. Al final, se iba a aceptar el intercambio de 30 kilos de comida por persona. Pero un general llegó a toda velocidad al Claustro Monástico, donde estaba el Papa.

-Santidad –le dijo-, ¡no podemos hacer el intercambio!

Y le explicó que había un problema en el que no habían pensado. ¿Qué seguridad había de que dos, tres o cuatro de los sacerdotes prisioneros no fueran, en realidad, saboteadores infiltrados? ¿Se podía admitir dentro de los muros a un Caballo de Troya? El tema se debatió con los generales. Se le explicó al Papa lo que una sola persona podía hacer. El intercambio se abortó.

Al día siguiente, bien visibles desde las murallas, se crucificó y ahorcó a un centenar de cristianos. Un día después, en otro punto cardinal, se erigió una imagen de Satanás. Se trataba de una imagen pobremente realizada, pero no por ello menos terrible. De Roma, de una Urbe cada vez más aniquilada por el hambre, llegaban cada día una media de cuatro mil personas incrementando las filas de los atacantes.

Si en las murallas los soldados protegían el perímetro, en el interior de los claustros continuamente se celebraban grandiosas liturgias llenas de magnificencia. Poco trabajo había entre los sitiados. Así que para muchos, el único trabajo fue participar en la

liturgia. Si la adoración de la Eucaristía era ininterrumpida en el Templum Cuadratum, la liturgia iba rotando (también de forma ininterrumpida) de una iglesia angular a otra. Resultaba llamativo el hecho de que ese pequeño perímetro rodeado por decenas de miles de anarquistas llenos de odio, tuviera en su centro a la Eucaristía rodeada de continua adoración.

Cada tres días, el Sumo Pontífice, acompañado de gran comitiva, recorría las terrazas interiores de los claustros, bendiciendo a los defensores. Sólo las terrazas interiores. No podían arriesgarse a que una bala hiciera blanco en él. Recorría esos muros dando ánimos, con todo esplendor, como si nada pasara. Aparecía con su tiara, sobre la silla gestatoria, con su séquito, flabelos y sus acompañantes de la Corte Civil.

En cuatro lugares del perímetro, con ademán revestido de gran solemnidad, el Papa descendía de la silla, subía las escaleras a la terraza superior y bendecía a los defensores. Incluso, se asomaba hacia afuera y bendecía a la masa de atacantes que se preparaba para la oleada de furia e ira que tendría lugar por la noche. También ellos eran hijos de Dios.

Uno de los días en que Urbano X se dirigía de nuevo hacia la silla gestatoria, se preguntaba si en el siglo XXI, cuando surgió la idea del Celio, podían haber imaginado que la Curia Romana habría de defenderse tras esos muros que ellos levantaron. Lo cierto es que en los trescientos años desde su construcción, ya era la segunda vez que el papado tenía que parapetarse tras ellos. Dos veces estos muros habían defendido el papado.

Dos meses después, ya sólo resistía el Claustro Central. Pero las oleadas de atacantes habían ido perdiendo fuerza día tras día. Cada vez eran menos, cada vez tenían menos armas. El primer día

de defensa quedó claro que los atacantes ya sólo disponían de unos tres o cuatro mil hombres, que ya no tenían munición de ningún tipo y que su única comida era el canibalismo practicado con los cadáveres. Dentro del claustro, quedaban 8.000 personas. Los atacantes en los siguientes días perdieron a mil hombres. Se vio claro que la toma de ese último reducto era ya imposible. El anciano Cardenal de Albano, ya muy enfermo por su avanzada edad, sintiéndose morir, quiso ser acompañado a una torre de una de las iglesias angulares. Quería ver por última vez *el fragor del mar*, como él decía. Desde allí, mirando en todas direcciones exclamó emocionado: *Las olas llegaron hasta aquí*. Murió esa noche anunciando con tono profético que se iniciaba una nueva era, una era de un esplendor espiritual mucho mayor que el de la Edad Media.

El calor de agosto vino en ayuda de los defensores. Llegó un momento en que toda la carne de los cadáveres era carne pútrida. Los atacantes, cada vez más afectados por la disentería, ya no ofrecían verdaderas ofensivas organizadas. Sino desesperadas oleadas humanas que buscaban una muerte rápida en esos muros. Después, ya no fueron sólo las heces con sangre, sino que las moscas y la masa pútrida hicieron imposible ya no vivir, sino incluso transitar en los claustros tomados.

Toda la población que moraba en el Claustro Central, se encerró en los edificios con puertas y ventanas cerradas día y noche. La aireación de cada sala tenía que ser breve y después había que proceder a matar todas las moscas que habían entrado. Varios retenes patrullaban las terrazas cubiertos con trajes especiales, inicialmente pensados para la guerra química.

Los, más o menos, dos mil atacantes que quedaron vivos tras las oleadas finales, o murieron de infecciones o huyeron de ese lugar bien lejos. Carecían de cualquier alimento. Así que ni

uno solo de ellos debió quedar con vida cuando se dispersaron en todas direcciones. Los habitantes del Claustro Central por precaución no salieron de su reducto durante dos meses. Pero en esos dos meses, equipos de personas con vestiduras especiales fueron retirando cadáveres, restablecieron el suministro de agua y pusieron progresivamente algo de orden en esos claustros. Tenían alimentos y agua para dos años. Eso no suponía un problema acuciante. Ya iban pensando en sembrar los campos situados inmediatamente alrededor de los claustros y en ir organizando la sociedad civil. No sabían que había sido del resto del mundo. Pero allí permanecía viva la Cabeza de la Iglesia. Allí seguía el obispo de Roma y un reducido colegio cardenalicio. Si dentro de unos años, se restablecían las comunicaciones, los lugares distantes descubrirían que la comunidad cristiana de Roma con sus pastores seguía viva.

En la misa de acción de gracias, al comienzo de octubre, Urbano X dio principio al sermón con estas palabras casi sin poder contener las lágrimas: *Y las aguas retrocedieron.*

La comunidad del Celio iba prosperando. Al acabar esa misa, se enviaría a diez hombres armados hacia Roma, para recabar información. ¿Qué había sido de Roma? Esos hombres volverían unos días después. En la Urbe, un millar de personas habían sobrevivido a todas las matanzas, a todas las masacres, a la hambruna posterior. Providencialmente, esas mil personas eran muy religiosas y contaban con un grupo de cuatro presbíteros. Se estableció un contacto regular entre el Celio y esa comunidad romana que vivía agrupada en torno a área de la Piazza del Popolo. El Papa les visitó, eran sus hijos, él era obispo de Roma. La intención de Urbano X era trasladarse a Roma tan pronto como



fuera posible. Aunque, de momento, sus asesores se lo desaconsejaban. Estaba mejor protegido en el Claustro Central.

Urbano X visitó también el Vaticano. El espectáculo de desolación era terrible. Seis personas se ofrecieron a vivir allí, para custodiar ese santo lugar, vivirían cultivando algunos huertos. Un año después, por casualidad, esas seis personas encontraron por casualidad (o providencia) el lugar donde habían ocultado el arca de plata con los restos del Apóstol Pedro. Los cardenales que ocultaron esa arca, dejaron perfectamente identificados los restos de los que se trataba. El arca contenía en un interior un papel escrito a mano a prisa, pero que dio tiempo de firmar y sellar, y en el que se explicaba la terrible situación que se vivía con el Vaticano asediado y la necesidad de proteger el contenido de esa arca. Se colocó en una fosa excavada al efecto en una cripta y se cubrió con cemento, sobre el que se colocaron baldosas sin nada que identificase lo que había debajo.

El arca con los restos de San Pedro se trasladaron al Celio, para protegerlos en la cripta del Templum Cuadratum, hasta que el Vaticano fuera un lugar seguro. Se han enviado hombres a Northminster y Southminster. En ambos lugares, siguen viviendo pequeñas comunidades. Unos cuarenta hombres en una y más de veinte en la otra. La mayoría de los monjes conocieron el martirio. Pero, en mitad del asalto, unos cuantos monjes se quitaron los hábitos, se mezclaron entre la muchedumbre, se dispersaron y se volvieron a reunir allí en las semanas siguientes, cuando ya todo había acabado.

Ahora mismo, hay comunicaciones entre Roma, el Celio y los otros dos enclaves. Ahora hay que atender a las necesidades básicas. Urbano X escribía a mano en un cuaderno de notas:

Pero con el pasar de las generaciones, todo se irá reconstruyendo poco a poco. Aunque no se reconstruirá todo como estaba antes. Es decir, la sociedad no se reconstruirá como estaba. El mal ha sido global, y por eso el castigo ha sido

global. Ya se habla abiertamente de una nueva Edad Media. Un tiempo neomedieval con todos los descubrimientos técnicos del pasado, pero con el Evangelio en el centro. Hace treinta años, la Iglesia languidecía. La sociedad no despreciaba a Cristo, lo admiraba como a un maestro, como a un maestro humano. Pero la Iglesia sí que era atacada desde el Estado: Primero tuvo lugar una persecución jurídica, después la persecución se tornó cada vez más agria.

Cuando se produjo el colapso de toda autoridad, los hombres se transformaron en bestias. Ahora Cristo, una vez más, ha colocado el futuro en nuestras manos. No importa el odio que nos tuvieron, no importa la cantidad de basura que echaron sobre nuestra reputación y nuestra historia, sencillamente ya no existen. Dios nos ha entregado el futuro para que lo modelemos. Porque Dios sostiene el Tiempo en sus manos y lo entrega a quien quiere.

Los curas, las monjas, los obispos fuimos considerados como la escoria de la sociedad. Cuánto desprecio. Qué poco hace de eso. Qué poco sabían los poderes de este mundo, que era, precisamente a nosotros, a quienes se nos encargaría reconstruir la sociedad desde cero. Hemos visto caer la ira de Dios. Y la furia divina ha sido terrible. El tiempo del llanto ha pasado, ya estamos en el tiempo de la construcción de un mundo nuevo.

## 152. Post Scriptum:

No se me ocurre peor manera de acabar esta obra que si lo hubiera hecho contando la historia de Ha-Neul, la coreana con problemas con problemas para distinguir entre la realidad y la ficción, por decirlo de un modo caritativo. Otro modo pésimo de acabar esta obra hubiera sido sugerir telegráficamente las distintas raleas de pecadores que pulularon o que hubieran podido pulular en el interior de sus muros. Todas estas pésimas maneras de culminar el libro hubieran sido desechadas con un acto de razonable sentido común. Cualquier idea buena y razonable puede ser hinchada hasta convertirse en hiperbólica o monstruosa. Pero la Historia (la de la Humanidad) se comporta así con las buenas ideas, con las buenas intenciones y, en general, con todo.

Dejo al buen sentido del lector (si es que podemos confiar en el lector) la labor de discernir lo bueno, lo desviadamente correcto, lo genialmente malo y lo pésimo. Por otra parte, la entera Historia se recuesta con cierta negligencia ante nuestros ojos para ser discernida. No podíamos exigirle a esta descripción de un edificio más que a la Historia. No olvidemos que, al fin y al cabo, sólo he descrito un edificio. Eso sí, por dentro y por fuera.

Muchos afirman que la diferencia entre locura y racionalidad, en ocasiones, resulta sutil. Eso es falso. Uno puede presentar el proyecto más grandioso y visionario del mundo, y hacerlo desde la más perfecta cordura. Mientras que otro puede lavarse las manos con agua y jabón de un modo tan insistente o tan ansioso que demuestre que detrás hay una patología mental. No es la dimensión de un proyecto lo que determina su racionalidad o no. Desgraciadamente, la sana racionalidad se discierne por reglas

más complicadas que la dimensión de un proyecto. Me gustaría pensar, aunque a veces me haya esforzado en lo contrario, que cada una de las líneas de este escrito ha sido redactada desde la más perfecta cordura. Por eso me he permitido ir más allá de lo razonable como un acto deliberado de mi voluntad.

Desde el primer momento he reconocido que este edificio se erige en ese delgado confín entre lo realizable y lo que no lo es. Es más, este templo descrito se levanta en el límite entre lo que es bueno para la extensión del Evangelio y lo que comienza a perjudicarlo.

En estas páginas, me he complacido en ofrecer la construcción y la deconstrucción de este Templo, su apología y su crítica. Llegar a ese punto en que lo que escribía comenzaba a destruir lo ya descrito. Describir lo aceptable pero integrándolo en un ejercicio literario extremo que volviera inaceptable el conjunto. Levantar pilares sólidos (sólidos precisamente por razonables) para después describir el espectáculo de su caída. Pilares colosales que se derrumban bajo el peso del exceso. El exceso de peso es lo que mata a este dinosaurio. Pero la muerte (de la credibilidad) por hipérbole era también un espectáculo literario y teológico al que no me he resistido.

Estéticamente no he podido resistir la tentación de describir este proceso de elevar al cuadrado la entera obra, para volverla a elevar al cubo. En el fondo, se describe una obra en movimiento. Al final, se describe una obra que acaba cayendo en el abismo. En el abismo de lo no creíble y en el abismo de lo que ya no ayuda al Evangelio. El Celio se construyó como ayuda para el mensaje de Cristo y se convirtió en una losa sobre ese mensaje. Lo sacro requiere la distinción con lo profano. Aquí lo sacro se acaba confundiendo con lo profano. El obispo acaba siendo César, pero sólo en cierta medida. En la medida justa para que las mentes

duden acerca de dónde colocar la línea de división entre lo correcto y lo incorrecto.

En *Alicia en el País de las Maravillas*, Carrol nos habla de realidades a través de la fantasía. En *Neovaticano* a través de lo supuestamente real caigo (como Alicia al caer por el agujero) en lo completamente fantástico, en lo bellamente irreal. Pero de una irrealidad justamente localizada en el límite de lo realizable; y en mi opinión dentro y no fuera de ese límite. Diríase que el género es legendario, si pudiera haber leyendas emplazadas en el futuro. Quizá sea un nuevo género, lo legendario eclesiástico. Un suplemento al Levítico. Un *Alicia en el País de las Maravillas* que expresa del modo más consumado la pesadilla de todos los amantes de la Teología de la Liberación.

Esta nueva *Alicia* es para ellos pesadilla, pero al mismo tiempo perfecta demostración de un camino equivocado. *Neovaticano* será una lectura apasionante incluso para algunos protestantes evangélicos que se oponen completamente a que se construya templo alguno. En esta nueva *Alicia* se internarán con pasión tanto los seguidores de la Teología de la Liberación, como los protestantes evangélicos. Porque para ellos será la constatación de lo errado del camino, quizá por eso sea para ellos un libro amado. Unos se internarán en el Edificio por amor, otros por repudio. Venid, penetrad todos por sus espacios. Las puertas están abiertas. Este concepto es un concepto de puertas abiertas.



*Salomón, ¿te he sobrepasado!*, refiere Procopio de Cesaréa que exclamó el emperador Justiniano al ver completada Santa Sofía. A veces me he preguntado si la afirmación no debería ser, más bien, pregunta: Salomón, ¿te he sobrepasado? Es decir, ¿no estaría ya todo en su perfecta medida en el Templo de Salomón?

¿Más es, realmente, más? ¿Realmente lo sobrepasó o simplemente hizo algo más grande?

En mi opinión, sí, Justianiano sobrepasó a Salomón, del mismo modo que la Nueva Alianza sobrepasó a la Antigua. También el templo salomónico fue más grandioso que la Tienda de la Reunión. La decisión de Dios sobrepasa a otra decisión divina anterior. Ambas realidades materiales eran perfectas en sí mismas. Pero el Templo superó a la Tienda, y la catedral superó al Templo.



La idea arquetípica de un Templo Absoluto no existe. Siempre se puede construir algo mayor o mejor. Pero sí que existe la idea de un templo en crecimiento constante que tiende hacia lo supremo. Esta idea de Templo Célico es el que me he esforzado en describir en unos pocos centenares de páginas. Si a partir de cierto momento se comenzó a hablar de Portaviones de la serie Nimitz, o de portacontenedores de la clase Nuevo Panamá de más de 397 metros de eslora, a partir de esta obra podemos hablar del concepto de templo célico.

Pero para hablar de ese templo debemos materializarlo de algún modo concreto. Pero detrás esa materialización, lo que se ha expresado es la idea. El Templo puede no ser construido, pero la idea del Basilicarión no puede dejar de existir. La idea arquetípica de un templo de este tipo, debe concretarse si queremos dejar hablar de conceptos genéricos y hacernos una idea creíble de aquello de lo que estamos hablando.

Pero tras el ropaje, lo que subyace es el arquetipo, digamos platónico, de templo célico de crecimiento indefinido. Idea platónica, además, porque cualquier materialización de ella siempre estará por debajo de la grandeza del prototipo original.

Del mismo modo que el Templo Célico, en este escrito, siempre crecía tendiendo para alcanzar la idea de Templo Supremo, así también cualquier templo que en el mundo real quisiera llegar a ser este templo concreto aquí descrito, siempre tenderá a él sin alcanzarlo.



Pero pasear por el prototipo de templo descrito, no es una actividad ociosa. Nadie que haya paseado por este arquetipo, podrá después mirar al Vaticano de la misma manera. El Celio cambia nuestra hermeneútica del Vaticano. La completa, porque nos damos cuenta de que eran posibles otros vaticanos. Comprender el arquetipo de Templo Supremo, nos ofrece una relectura de la entera realidad vaticana.



*Domus Ecclesiae*, iglesia, basílica, catedral, Vaticano, Templo Célico. Ha pasado mucho tiempo desde que Abraham colocó unas piedras sobre otras como altar. Han pasado, sí, muchas cosas: Jerusalén fue saqueada por los asirios, se levantaron los muros de Constantinopla, Nehemías erigió el segundo templo, se alzaron altas torres en tierras germánicas, la cúpula de San Pedro se coronó con una cruz, una a una se levantaron las columnas de la abadía romana de San Pablo Extramuros y una a una las de la abadía londinense de San Pablo. Han pasado muchas cosas.



Aún no he publicado estas anotaciones, y soy consciente de que el libro tendrá pocos lectores. Cada vez que me propasaba, sabía que disminuía el número de estos. A veces, me daba cuenta de que estaba aniquilando a los lectores, por muy sufridos que estos fueran. Fue un acto plenamente deliberado. Fue un acto de

violencia literaria del escritor contra sus lectores. Pero también era consciente de que aunque pocos fueran los supervivientes que como exploradores llegaran a la última página, estos lectores serían lectores apasionados. Me confortaba pensando, cuando escribía, que no estaba practicando ningún tipo de suicidio literario, sino que el Celio debía ser lo que debía ser, y que no otra cosa me pedían los lectores. He escrito para pocos, porque me debía a ellos y sólo a ellos.

Este libro buscará sus lectores. Los nativos del Celio caerán en sus páginas. Las almas que nacieron para recorrer todos sus recovecos, cuando caigan en el libro, ya no saldrán hasta mirar todas y cada una de sus salas. Sí, hay ciudadanos del Celio que no lo saben que lo son, pero que lo sabrán al caer. Y no todos sus habitantes serán creyentes en la Iglesia. Sin duda, también ateos y agnósticos, pecadores y budistas, querrán vivir en sus muros de palabras. Así como obispos habrá que se rían de esas mismas murallas del Sector de los Claustros. Tienen todo el derecho a reírse, como esas murallas a existir. Desde luego, las murallas duermen tranquilas.



Este libro no contiene ninguna exageración. Puedo aceptar que alguien denomine a estas anotaciones como el resultado de una mente enferma e incluso malvada. En incluso podría intervenir en la discusión acerca de si la mente de su autor era quizá más malvada que enferma. Pero no podría aceptar, de ninguna manera, que ésta sea una obra exagerada. Y no lo es, porque se trata de un libro coherente consigo mismo. Un agujero negro puede existir o no en un lugar concreto del universo. Pero si existe no es exagerado. Si el agujero negro existe, lo hace con las dimensiones que serían propias para algo de su naturaleza.



En cualquier momento en que esta obra se haya podido hablar de exageración, hay que tomarlo como un recurso retórico. De hecho, a estas alturas, escribiendo la última conclusión, el último epílogo de este libro (hay varios), se me hace pequeño el Celio. No descarto que haya nuevos epílogos coronando nuevas ampliaciones. Ahora que he acabado, el Celio se me hace pequeño.

# Índice general



¿Se puede hacer un índice de un edificio?

---

## I Parte

Los claustros o el placer de la geometría



## II Parte

El Templo o la construcción de la montaña sagrada



## III Parte

Los detalles o el goce de la iluminación de un libro pétreo



## IV Parte

Los pormenores en el seno de los detalles  
o la delectación de las enumeraciones



## V Parte

### Apéndices

Apéndice I: un templo para el Templo

Apéndice II: El Dios vencedor de los dioses

Apéndice III: Arquetipo platónico de muros inexistentes



## VI Parte

El flanco violento de la montaña

Northminster y Southminster

Apéndice IV: las cúpulas de Ukbar



## VII Parte

Post Scriptum

# Índice Extenso

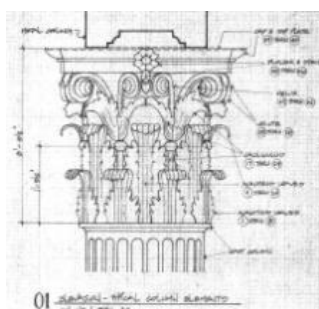
1.	La Curia Romana .....	13
2.	Templum Cuadratum .....	23
3.	El exterior del edificio-claustro .....	26
4.	Las iglesias angulares.....	28
5.	Los nueve claustros .....	31
6.	Segundo claustro: la Basílica Constantiniana. ....	33
7.	Tercer claustro: el Chorus Primus. ....	36
8.	Las azoteas.....	38
9.	Plan de ampliaciones.....	40
10.	Cuestiones legales .....	42
11.	Cuarto claustro: el Jardín de la Clausura. ....	44
12.	Quinto claustro: el Jardín de los Curiales .....	47
13.	Sexto claustro: el cuartel de la Guardia Romana .....	48
14.	Séptimo claustro: el claustro de la lectura orante. ....	56
15.	Octavo claustro: el Claustro del Agua .....	59
16.	La administración financiera de los beneficios .....	63
17.	Noveno Claustro: el Claustro Sixtino .....	65
18.	El Basilicarión .....	83
19.	La Nave Central .....	85
20.	Naves laterales.....	99
21.	El resto del Basilicarión.....	104
22.	El Tesoro del Templo .....	107
23.	Capillas menores .....	109
24.	La ceremonia de la Traslatio del Triduo Pascual .....	114
25.	Las siete capillas de los sacramentos .....	117
26.	El Celio como lugar de jubilación .....	118
27.	Los siete cabildos.....	119
28.	Las velas.....	121

29.	La fachada principal.....	125
30.	El Balcón Papal .....	129
31.	Aspectos menores de la fachada .....	130
32.	El Tabor .....	132
33.	El Templo del Jubileo.....	134
34.	La plaza delante de la fachada principal.....	144
35.	Las capillas orientales.....	147
36.	Las capillas occidentales .....	148
37.	La capilla de Abraham .....	149
38.	Las Capillas Ecuménicas.....	153
39.	La comunidad judía .....	154
40.	La Sala de los Concilios .....	156
41.	Las Nueve Puertas .....	159
42.	Los muros del Basilicarión .....	163
43.	La Abadía de San Simón Estilita .....	164
44.	Las tres murallas.....	171
45.	Las siete peregrinaciones.....	174
46.	Zona sepulcral .....	178
47.	El espacio de los círculos concéntricos .....	180
48.	Los bosques circulares .....	183
49.	El Jardín Pontificio .....	184
50.	El Reloj Férreo .....	188
51.	Las hornacinas.....	189
52.	Los talleres de arte .....	190
53.	Los novendiales.....	192
54.	Los noctuarios .....	196
55.	Las tiendas de campaña.....	198
56.	Fuentes de ingresos.....	200
57.	La estética del complejo .....	203
58.	Los Cardenales Basilicarios .....	205
59.	El Protodiácono .....	210
60.	El Vía Crucis Interior .....	213
61.	La Misa Magna .....	214
62.	La Gehenna .....	227

63.	Capilla de las Excomuniones .....	233
64.	El Barrio Jerosolimitano .....	235
65.	El Barrio Cesariano .....	239
66.	La Semana Santa vivida en el Celio .....	243
67.	Fases de construcción del Celio .....	247
68.	El sentido de todo el proyecto .....	289
69.	Pensamientos conclusivos .....	292
70.	Historia de una idea.....	301
71.	Tiempo de Adviento y Navidad .....	311
72.	Protocolo para la Muerte de un Príncipe de la Iglesia. ....	316
73.	El Cementerio Occidental .....	322
74.	Solemnidad de Todos los Santos.....	323
75.	Solemnidad de Todos los Difuntos .....	324
76.	La apertura del tríptico hebdomadario .....	329
77.	La Ceremonia de la Clausura del Tiempo .....	332
78.	Las sesenta congregaciones de la clausura .....	335
79.	El Retablo del Tiempo.....	338
80.	Exvotos y regalos.....	340
81.	El arquitecto y las ruinas circulares .....	345
82.	Toma de posesión de un Cardenal Apostólico.....	362
83.	El sector del Imperio Celeste .....	367
84.	La comunidad de las niñas consagradas.....	369
85.	Los nueve sagrarios notables.....	371
86.	El Sagrario del Coro Aúreo.....	377
87.	El sagrario del Templo Redondo .....	378
88.	Las ceremonias suprabasilicales.....	379
89.	Las pegrinaciones a las iglesias patriarcales .....	382
90.	El Centrum o centro diocesano .....	385
91.	Los Claustros o claustros continentales .....	386
92.	El Archivo Secreto.....	387
93.	La previsión de lo peor .....	391
94.	La Sala de los Leones .....	394
95.	Versiónes insatisfactorias del Celio .....	406
96.	Extractos de la Obra de Ha-Neul .....	410

97.	El IOR .....	415
98.	Los deseos de la iconoclastia .....	416
99.	Toma de posesión de un obispo titular .....	419
100.	Títulos de los cardenales .....	420
101.	Ritual para la renuncia del Obispo de Roma.....	423
102.	La reforma del Trono de la Palabra .....	429
103.	Ritual de Año Nuevo.....	436
104.	Las órdenes menores.....	438
105.	Las diócesis titulares célicas.....	441
106.	La apertura dominical de la puerta del Templo .....	443
107.	Una conversación con Charles Cadwell .....	448
108.	Los títulos nobiliarios.....	454
109.	La Corte Civil Papal .....	457
110.	Los tribunales de justicia .....	460
111.	Reflexiones de la Enciclopedia Celianense, .....	462
112.	Última semana del Tiempo Ordinario .....	463
113.	Retablo del Apocalipsis.....	465
114.	La Habitación de la Agonía.....	470
115.	Los Palacios Papales .....	475
116.	Las tres ceremonias de inauguración de un nuevo pontificado .....	482
117.	La coronación de un nuevo Papa .....	483
118.	Los cuatro corazones del Basilicarión.....	491
119.	La Bula Inter Levíticos.....	494
120.	Guardia Célica .....	499
121.	Ciudades Subcélicas.....	500
122.	Casa de reclusión eclesiástica .....	502
123.	Las Torres Magnas.....	506
124.	La iglesia de la Rosa de los Vientos .....	516
125.	División del plano del Celio.....	518
126.	El Camino de San Andrés .....	519
127.	La Iglesia Redonda bajo el Tabor .....	521
128.	La evolución del mando en el Celio.....	522
129.	Las órdenes militares.....	526
130.	Las tres recepciones de ingreso del Papa en el Celio .....	526

131.	La Capilla del Agua Santa .....	531
132.	Los años de la decadencia .....	533
133.	Los estilitas.....	541
134.	El Architemplo.....	543
135.	El Ábside .....	546
136.	Naturaleza de este templo .....	546
137.	Otras cuestiones.....	547
138.	El poder abacial .....	550
139.	Las casas femeninas benedictinas.....	551
140.	El Ducado de Normonasterio .....	551
141.	Sudmonasterium .....	553
142.	El Gran Abad .....	555
143.	Cuestiones menores de Southminster .....	556
144.	El Abad Assomou y el protocolo de transmisiones de órdenes papales .....	558
145.	El Conclave Northwestminsteriano .....	564
146.	El patio de los reyes de Judá .....	568
147.	Desarrollo posterior de la triple ceremonia de elevación papal .....	574
148.	Gendarmería Pontificia.....	581
149.	La Guardia del Templo.....	582
150.	Páginas sueltas de la Enciclopedia Célica .....	585
151.	El último reducto ante las olas de la ira.....	590
152.	Post Scriptum: .....	619





[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)





José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.



Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.



Actualmente vive en Roma, donde realiza su doctorado en Teología, dedicado a su tesis sobre el tema de los problemas teológico-ecclesiológicos de la práctica del exorcismo.



Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo. Su obra abarca otros campos de la Teología, así como la Historia y la literatura. Sus títulos han sido publicados en siete lenguas.



[www.fortea.ws](http://www.fortea.ws)